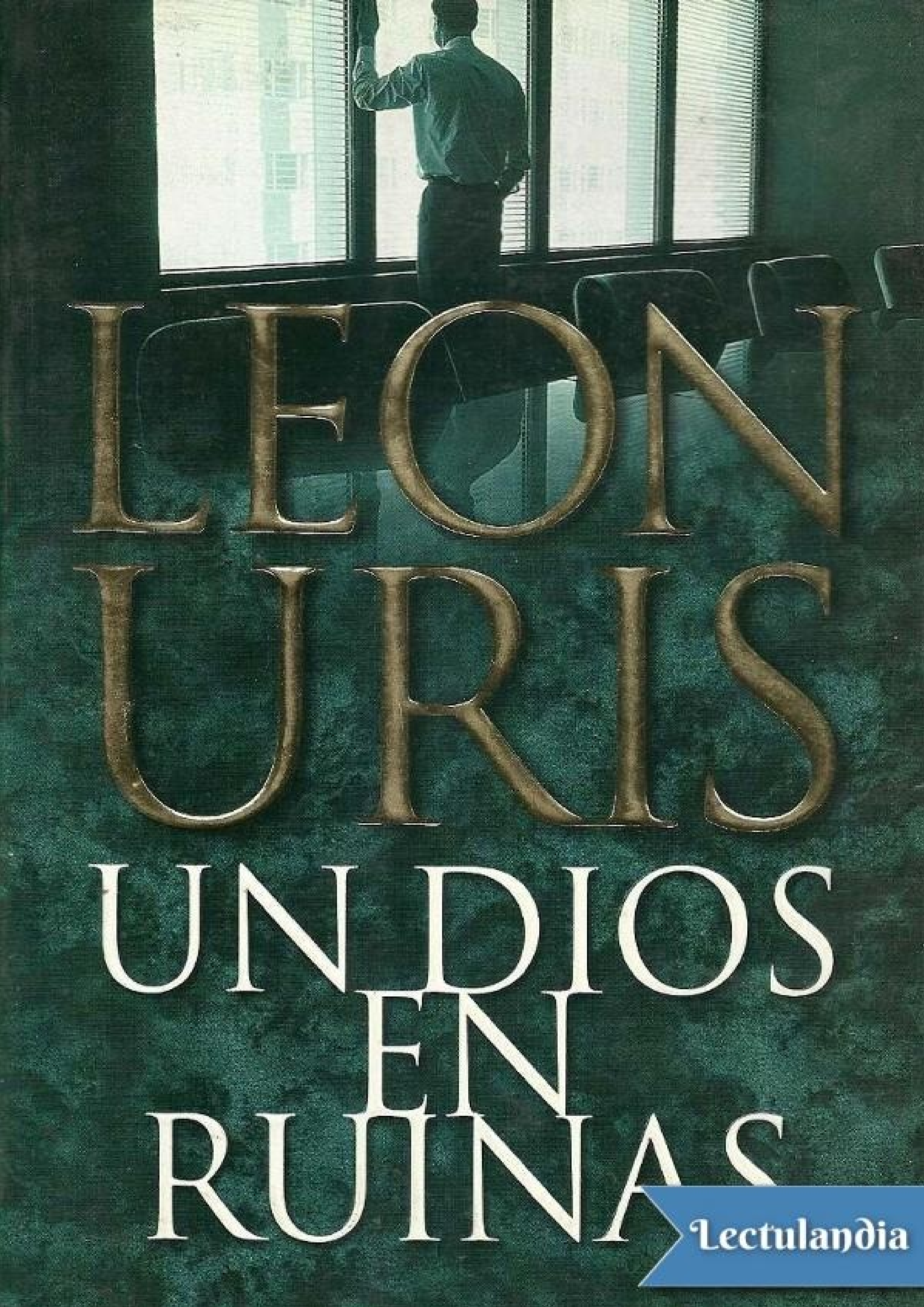

LEON
URIS
UN DIOS
EN
RUINAS
Lectulandia

Al volver a casa como un héroe luego de la Segunda Guerra Mundial, Daniel O'Connell reencontró a Siobhan, su mujer, y juntos forjaron una nueva vida. La felicidad fue completa cuando adoptaron un bebé que llamaron Quinn… el tiempo ha pasado y Quinn Patrick O'Connell es ya todo un hombre. Honesto, valiente y emprendedor, puede llegar a ser el segundo católico de origen irlandés que alcance la presidencia de los Estados Unidos en el año 2008.

En una era en que los principios escasean, su candidatura es una verdadera esperanza para mucha gente. Pero hay un secreto inconfesable que ni él mismo conoce y que bien puede destruir todas sus ambiciones políticas.

Autor consagrado de varios bestsellers inolvidables, como Éxodo, Mila 18, QBVII y Trinidad, Leon Uris nos ofrece una nueva y atrayente novela. La historia de un hombre, una vida y un país que se confunden en una honda crisis de final impredecible.

Lectulandia

Leon Uris

Un dios en ruinas

ePub r1.0

German25 19.04.16

Título original: *A God in Ruins*
Leon Uris, 1999
Traducción: Servanda de Hagen y Verónica I. Weinstabl
Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Editor digital: German25
ePub base r1.2

Este libro está dedicado a mi amigo
más antiguo y más querido,
HARRY KOFSKY.

Agradezco especialmente
a mi investigadora, MARYLYNNE PYSHER,
y a mi asistenta, JEANNE RANDALL.

El hombre es un dios en ruinas…
La infancia es el Mesías perpetuo
que es acogido en los brazos de
los hombres caídos y les ruega
que regresen al paraíso.

RALPH WALDO EMERSON, NATURE

Parte Uno

Capítulo 1

TROUBLESOME MESA, COLORADO, OTOÑO, 2008

No es probable que un huérfano católico de sesenta años olvide el día en que se enteró de que es judío de nacimiento. No habría sido un acontecimiento tan grandilocuente de no ser porque voy a postularme para la presidencia de los Estados Unidos. Falta menos de una semana para las elecciones del año 2008.

Hoy, más temprano, mis asistentes más cercanos se miraron entre ellos alrededor de la mesa de conferencias. Digerimos los números. No sólo íbamos a ganar, sino que no había forma de que perdiéramos. Gracias a Dios, ninguno de ellos pronunció antes de tiempo las palabras «Señor Presidente».

Esta mañana pasó hace diez mil años.

Soy Quinn Patrick O'Connell, gobernador de Colorado y candidato demócrata para la presidencia. Los votantes saben que fui adoptado a través de la burocracia católica por los hacendados Dan y Siobhan O'Connell.

Mi padre y yo éramos muy irlandeses cuando discutíamos. Gracias a mi madre, todos vivimos en paz y con una gran dosis de amor antes de que lo enterraran.

Tal como estaban las cosas, al parecer yo iba a ser el segundo presidente católico en la historia de los Estados Unidos. Sin que yo lo supiera, ese mismo día por la mañana, también sería el primer presidente judío.

Nada puede compararse con la constante sed melancólica del huérfano por encontrar a sus padres biológicos. Es el aparato que nos forma y nos gobierna.

Sí, siempre había alguien allí: un rey y una reina sin rostro en una fría bruma, acechando.

Ben Horowitz, mi medio hermano, me había estado buscando, obsesionado, durante medio siglo. Hoy me encontró.

Mañana, a la una, hora de las Rocallosas, debo compartir mi destino con el pueblo de los Estados Unidos. ¿No oyeron sobre la hora de las Rocallosas? Algunas de las cadenas de radio y televisión tampoco. Mucho espacio, pero poco mercado.

Durante la segunda mitad del siglo pasado los judíos se convirtieron en una de las principales fuerzas en la vida de los Estados Unidos. Desde el punto de vista político, hubo una mescolanza de congresistas, senadores, alcaldes y gobernadores judíos de gran popularidad y poder. Ninguno ganó el gran premio. Supongo que es mi responsabilidad.

De haber sido elegido gobernador como Alexander Horowitz, habría sido igual de bueno para mi estado. Sin embargo, el descubrimiento de mis padres biológicos una semana antes de las elecciones presidenciales podría perfectamente provocar una serie de acontecimientos trágicos en la penumbra donde esperan los que van a odiarme.

¿Cómo lo digo, amigos? En las últimas horas he escrito «compatriotas norteamericanos» veintiséis veces, «algo curioso me pasó camino a Washington» veintiuna veces, y «el pueblo de los Estados Unidos tiene derecho a saber» tres docenas de veces. Mi papelero desborda.

No llores, pequeña Susie, sin duda habrá un árbol de Navidad en el jardín de la Casa Blanca.

No, la cocina de la Casa Blanca no va a ser *kosher*. Mi gusto por la lengua y el pastrami Carnegie no es de naturaleza religiosa.

Por decreto presidencial, es opcional el uso del *yarmulke*.

Israel no va a convertirse en nuestro estado número cincuenta y uno.

A decir verdad, compatriotas, simplemente no sé qué significa esto en mi futuro. O'Connell fue un excelente gobernador, pero estamos en aguas desconocidas.

Me siento un poco confundido. Puedo ver el interior del dormitorio donde Rita está durmiendo la siesta, inmersa en un profundo sueño. Rita y nuestro dormitorio y su atuendo están mezclados con los tonos acallados de Colorado, de textura tan suave y ligera. En la hacienda, a Rita le gustaba ponerse esas faldas amplias y coloridas como una mexicana de fiesta. Ahora, tendida allí con la ropa un poco arrugada, alcanzo a verle los muslos. Daría cualquier cosa por poder tirarme a su lado. Pero entonces nunca terminaría mi discurso de despedida de Washington.

Por otra parte, Rita y yo hemos hecho el amor de la forma más exaltada cuando estábamos atrapados dentro del más profundo estrés.

Escribe tu discurso, hijo, tienes que «enfrentarte a la nación» mañana, hora de las Rocallosas.

Narrativa directa, nada de mezclar tonterías ni de hacer política. Explica el fenómeno del O'Connell que nació Horowitz. La verdad, amigo, la verdad. Por lo menos, la verdad no va a volver para perseguirte.

Qué extraño, en este momento tendría que estar pensando en Greer. Rita es el alma gemela más sensual que alguien podría desear. Nos hemos amado incondicionalmente durante casi treinta años. Sin embargo, ¿es posible que Greer sea realmente el amor de mi vida?

Nunca habría llegado tan lejos en la campaña sin el genio de Greer Little. Me habrían arrojado al osario de candidatos de los que nadie vuelve a oír. Ella organizó, recaudó fondos, conocía las estrategias políticas y planeó mi «milagrosa» campaña.

Me sorprendí al darme cuenta de que Greer se iría pronto y sentí la misma agonía que cuando nos separamos hace años. Necesitaba ver a Greer por algunos asuntos y golpeé a su puerta y entré. Ella estaba en la cama con Rita, totalmente borracha. Rita la sostenía y la tranquilizaba como si fuera una niñita, y Rita se llevó un dedo a la boca para decirme que guardara silencio.

Bueno, había vida sin Greer pero no podía haber vida sin Rita. Sin embargo,

todavía duele.

Observo las horas volar en el pasillo detrás de mí como el tictac de una bomba oculta a punto de estallar. Terminé un borrador. Escribo otro.

A medida que pasan las horas que conducen a la madrugada, todo parece reducirse a las mismas preguntas básicas. ¿Estoy contando la verdad? ¿Acaso el pueblo estadounidense tiene la cortesía y la decencia de aceptar la verdad y elevarse con ella?

¿Por qué yo, Dios mío? ¿No me has gastado suficientes bromas? ¿No te parece demasiado cerrarme en las narices la puerta de la Casa Blanca, incluso para Su Santidad? Estoy en el descanso arriba del vestíbulo de recepción de la Casa Blanca. La banda de marines toca una pieza para aclamar al jefe y el mayor de la guardia proclama: «El Presidente de los Estados Unidos y la señora de Horowitz». Vamos, Señor, ¿no estás llevando todo esto demasiado lejos?

Bien, todas las historias de las buenas vidas irlandesas se pasan de boca en boca en los fogones de *schanachie a schanachie*, y no voy a privarlos de la mía.

En realidad, mis propios comienzos se remontan hacia fines de la Segunda Guerra Mundial, cuando mi futuro padre adoptivo, Daniel Timothy O'Connell, regresó del Pacífico con un par de hileras de galones y una marcada cojera.

BROOKLYN, OTOÑO DE 1945

La guerra para poner fin a todas las guerras había terminado. El Transporte Aéreo Militar DC-3, o MATS, gimió cuando los cables se estiraron con un giro, y un trozo de la piel del avión golpeó la ventana del piloto. La cola dio una vuelta. Un contingente mareado de soldados, marineros y algunos marines estaban perdiendo la batalla contra su equilibrio.

El sargento primero Daniel Timothy O'Connell trató de aspirar oxígeno del aire enrarecido al tiempo que gotas de sudor le empapaban la frente. El sargento murmuró ocultándose tras su barba. Había viajado desde San Diego sin vomitar y ni loco pensaba hacerlo dentro de un avión cargado de marineros y soldados.

En la cabina, un par de mujeres del servicio de transporte aéreo militar piloteaban el avión, lo cual aumentaba su incomodidad.

—Guadalcanal —siguió murmurando. Tarawa, Saipan, Okinawa, ¡y me vengo a estrellar a quince kilómetros de casa!

Cruzar los Estados Unidos no era nada fácil. No había ningún servicio aéreo comercial a San Diego ni desde allí. El MATS, que transportaba a tantos veteranos dados de baja como podía, tenía a cientos en su lista de espera.

O'Connell había tomado un tren de San Diego a Los Angeles. Desde allí, dos líneas aéreas diferentes que hicieron nueve escalas en un período de doce horas lo depositaron en Wright-Patterson Field, en las afueras de Dayton.

Hubo un retraso de varias horas antes de que otro avión lo llevara hasta la Costa

Este. Se registró y fue a un bar fuera de la entrada del campo y entró dándose aires con un marinero al que se había unido, llamado Gross. Los marines pocas veces usaban los nombres de pila, así que Gross era Gross.

Entraron en el salón del Blue Lady y vieron a unas seis mujeres alineadas en un extremo de la barra.

—Podría ser un tugurio —dijo O'Connell. ¿Tienes la pasta a salvo?

—En un cinturón para dinero.

—Verás —siguió O'Connell—, saben que muchos soldados pasamos por Wright-Patterson Field con toda la paga y que tenemos que salir de la ciudad pronto.

—Sé que vas a protegerme —dijo Gross.

—Cerveza.

—Jim Beam con un refuerzo de Jim Beam.

—A un par de damas les gustaría invitarlos, muchachos.

—Seguro que sí.

—Bueno, dejen la mochila y descansen —dijo el camarero. —Yo también pertenezco al Ejército. Éstas son del club de esposas solitarias. Algunas de ellas han pasado dos años sin sus maridos. Sólo son mujeres sin hombres. Trabajan en Wright-Patterson.

—Sabes —dijo Gross. —A lo mejor me instalo aquí algunos días.

—Sí, después de encontrar una oficina de Western Union y enviar a tu casa el dinero que llevas.

—¿Vas a quedarte? —preguntó Gross.

—No —le contestó O'Connell.

—Quiero decir, míralas, son cuerpecitos ansiosos que se retuercen.

—Es una cuestión de deber —respondió bruscamente el marine.

—Yo pienso lo mismo —concordó Gross. —Dios nunca me perdonaría si pasara por alto Sus obras perfectas de belleza.

—Hace más de tres años que no veo a mi novia —dijo Dan, poniéndose serio. —Así que elige a una potranca y hagamos llegar el dinero a tu casa.

Con Gross camino al país de las maravillas del brazo de una dama contenta y triste a la vez, madre de dos niños, Dan O'Connell regresó al MATS en Wright-Patterson Field. Un oficial se lo llevó por delante.

Corriendo por la plataforma, se subió a un tren para Pittsburgh sin tiempo que perder para el viaje nocturno a Nueva York. Dan se despertó antes de que amaneciera, cien sueños amontonándosele en la mente. ¿Cómo se representa la escena de vuelta a casa?

Siobhan Logan corrió a los brazos de Dan mientras que su hermano, el padre Sean Logan, permanecía un paso atrás. Sean sonrió ampliamente mientras ellos se abrazaban. Los había visto de adolescentes y de jóvenes adultos en la misma actitud, sólo que esta vez ella gritaba de alegría.

La irritable cadera y rodilla de Dan se hicieron sentir cuando él dejó caer su bolso

marinero para abrazarla y hacerla girar.

—Oh, Dan, tu pierna, lo siento.

—Todavía soy lo bastante fuerte como para sostener a un borracho en cada mano. ¡Siobhan! ¡Siobhan! Ah, eres tan bella.

Dan vio al padre Sean avanzar tímidamente. Llevaba el cuello de sacerdote. Ordenado y todo.

—Padre Sean.

—Dime Sean.

Los dos hombres habían sido íntimos amigos y luego cada uno siguió su camino: Sean fue al seminario y Dan a la Academia de Policía de Brooklyn. Ambos habían rezado para que Dan volviera a casa. Dan no abrazaba a los hombres. Un fuerte apretón de manos, un par de palmadas en la espalda.

—Yo llevo el bolso —se ofreció el padre Sean.

—Yo puedo con el peso.

—Ah, no se trata del peso, es tu torpeza general. Mira, con tu cojera tendríamos que atarte el bolso a la cintura y obligarte a arrastrarlo, o si no, podrías llevarlo en el hombro y cuando te caigas yo puedo rezar por ti y Siobhan pasará el sombrero.

—¡Está bien, está bien, si no respetan a un veterano herido…! De todas maneras, envié el baúl grande a casa por Railway Express.

—Espero que algún día te llegue —dijo el padre Sean.

La costanera a lo largo de Brooklyn Heights pocas veces tenía suficientes bancos y espacios para estacionar en aquellos días. Dan no era el único muchacho de Brooklyn que volvía a casa.

—Están hablando de construir un puente desde Narrows —comentó Siobhan rápida y temblorosamente— hasta Staten Island.

—Nunca van a poder construir un puente hasta allá.

El beso fue ferozmente suave o, como solía decir Dan con los marines: «Las apuestas en el poquer acaban de subir».

Siobhan se enderezó y aspiró hondo.

—Estamos casi casados.

—Por supuesto.

—Entonces te estás portando en forma estúpida.

—¿Qué hice?

—¡No se trata de lo que hiciste, sino de lo que haces! Si estamos prácticamente casados, quiero hacer lo que hace la gente casada, ahora, hoy —dijo ella.

—Pensé tanto en eso —admitió Dan— que quiero que sea completamente perfecto, completamente. Primero quiero que estemos unidos ante Dios.

—Eso va a tomarle a Dios dos semanas. Dios puede ser paciente, pero yo no puedo esperar tanto. Tengo la llave del departamento de una amiga. O vamos allí

ahora o me desvisto aquí mismo, ya.

¡De vuelta en casa! La gran ilusión.

Todo lo que uno recordaba tenía que ser perfecto para equilibrar las imperfecciones. Un policía de Flatbush. Ése era un hombre importante a los ojos de un marine. El único hombre que realmente provenía de un lugar perfecto era su mejor amigo de toda la vida, Justin Quinn.

¡De vuelta en casa! Dan había olvidado que la voz de su madre oscilaba entre un grito y un chillido. Se le ponía la piel de gallina cuando ella discutía, como si alguien hiciera chirriar las uñas contra un pizarrón.

¡De vuelta en casa! Dan recordaba esas rondas desde la medianoche hasta las ocho. Se hacía mediodía antes de que pudiera dedicarse al papeleo. Las noches traían tiroteos y sangre. Uno de sus compañeros de refuerzo había sido gravemente herido. Un bebé asesinado en su cuna, la madre degollada y un novio trastornado que optó por empezar a los tiros. («Eso fue horrible. Tómate un par de días libres, Dan»).

¡De vuelta en casa! Hasta que no volvió a verla, había olvidado por completo la verruga del mentón de su tía.

O lo pequeñas y apabullantes que eran las calles.

O lo diminuto que era su cuarto.

La cercanía del espacio y la gente llevaba a una repetición de la vida.

¡Justin Quinn tenía un verdadero hogar! Justin Quinn nunca regresó. Lo mataron en Saipan, pero incluso la noche antes de su muerte habló de la belleza de la propiedad de su padre en Colorado. Era la perfección buscada por todos, pero que pocos experimentaban.

La vida de un marine puede ser aburrida, pero siempre hay una chispa atractiva cuando se está arreglando para salir de licencia. Él y Justin se largaban por las puertas del campamento. Justin iba en busca de unos brazos que lo esperaban. Dan fue fiel a Siobhan todo el tiempo. Pero era cantante, bailarín y sabía contar muy buenos chistes. Bueno, se vio envuelto en un par de situaciones embarazosas con las damas de Nueva Zelanda, pero nada que no pudiera contarle a Siobhan en el futuro.

Su casa. Parientes y amigos que pasaban la mayor parte de su vida criticándose mutuamente y viejas solteronas mordaces que se jactaban de la Primera Guerra Mundial, la «gran» guerra en Francia y la victoria en París.

No pasaba un domingo sin un casamiento o un bautismo. Prácticamente no pasaba una semana sin un velorio.

—¿A cuántos japoneses mataste, Dan?

—¡San Diego! ¡Eso es el fin del mundo!

—Repasa otra vez tus medallas, Dan. ¿Cuál fue por haber sido herido?

—¿Es verdad lo que dicen de las mujeres asiáticas?

BIENVENIDO A CASA, DAN decía la pancarta por encima de la entrada de la estación de policía. Sin duda, era un feliz acontecimiento. La estación había perdido a cinco hombres en la guerra.

Habían preparado una gran torta y habían conseguido varios cajones de Coca. (¿Puedes creerlo, Dan? La Coca subió a diez centavos la botella).

El nuevo uniforme de Dan llegó con cumplidos de un agradecido alcalde. Se le entregó un revólver, un dulce Smith &Wesson calibre 38 especial de la policía.

—¿Sabes? Puedes usar tus galones militares en tu uniforme de policía. ¿Ése qué es?

—Se llama «pato roto» e indica que eres veterano.

Las autoridades sabían que Dan no iba a poder hacer más rondas. Podría arreglárselas de alguna manera, pero perdería a muchos sospechosos y posibilidades de arrestos si tenía que perseguirlos. Bueno, no importaba: Dan O'Connell era un héroe de guerra y hablarían sobre un trabajo administrativo o quizá de un auto patrullero y, sólo quizá, de convertirse en un detective.

Un novato llamado Kofski estaba en la antigua ronda de Dan. Se puso su uniforme nuevo y se ató la funda del revólver para «la recorrida». Kofski era muy torpe. Dan prefería a los policías irlandeses en lugar de los polacos.

«La recorrida» iba a ser una especie de vuelta de la victoria para reclamar el homenaje de su protectorado. Empezó como todas las recorridas, con Dan tomando una manzana del vendedor italiano.

Al avanzar, subieron corriendo a un tercer piso para interrumpir una pelea conyugal. En los viejos días, Dan hacía de árbitro, junto al cura de la parroquia. Aranceles de consulta, una taza de té y un trozo de tarta. ¡Por Dios, Kofski, no irrumpas blandiendo tu cachiporra!

Finalmente, atraparon a un chico robando las tazas de las ruedas de los autos. Kofski sacudió con mucha fuerza al niño y quería llevarlo a la estación. Dan rápidamente tuvo que evaluar si este chico estaba demasiado metido en las calles o si aún podían rescatarlo. Optó por llevarlo con sus padres.

Este incidente de la persecución hizo que Dan tomara conciencia de su limitada movilidad. Kofski tuvo que correr tras el muchacho y no fue fácil.

En el Cuerpo de Marines, había estado con toda clase de hombres: texanos, granjeros y esos salvajes de Los Angeles. Sólo había oído hablar de esas personas y nunca creyó que viviría para verlas. ¿Acaso la nación no va a cambiar cuando termine la guerra? Cuando terminaron «la recorrida», Dan se preguntó si su ronda en realidad no era el perímetro de un cementerio amurallado.

Se hundió en un estado de ánimo irlandés sensiblero. El caos propio de un gran casamiento irlandés tomó forma. Un patio lleno de gallinas cluecas escribiendo

invitaciones, yendo y viniendo. Se contrató una banda y bailarines y un tenor y un poeta, y hasta el alcalde a lo mejor lograba ir.

Mientras llegaba el gran día, Dan se encerró en su cuarto diminuto, aguardando su único respiro: la visita diaria del padre Sean Logan, su futuro cuñado.

—Es como si ya estuvieras harto de mujeres, Dan.

—Ajá.

—Bueno, el matrimonio es el único momento en la vida en que una chica puede hacerse matar. Va a poner a prueba tu paciencia. Pero ¡tengo buenas noticias! Me llegó el permiso del propio cardenal de Brooklyn para usar la catedral grande. He esperado casi tres años y nunca llevé a cabo una ceremonia de matrimonio. Quería que tú y mi adorada hermana Siobhan fueran los primeros.

Dan dijo que le iba a costar una fortuna.

—No te preocupes. No se usa este cuello para hacer dinero. Parece que estás sufriendo los típicos nervios prenupciales.

—Sin duda, Sean. Amo a Siobhan con toda mi alma.

—Casi tanto como al Cuerpo de Marines —le retrucó el sacerdote.

—¡Es tan difícil liberarse de todo eso! —exclamó Dan.

—Paso gran parte del día aconsejando a veteranos. Muchos muchachos están dando tropiezos. Para la mayoría de ustedes fue el primer encuentro con la vida fuera de Brooklyn, y pase lo que pase, la guerra será siempre el gran acontecimiento de tu vida.

—Se me pasó por la mente volver a enrolarme.

—Uno de los capellanes del Sexto Batallón de Marines estuvo conmigo en un retiro hace algunos meses. Me dijo que tu batallón perdió cuatro comandantes en el primer día.

—Saipan fue una trampa de mierda. Igual que Guadalcanal y Tarawa. El peor hoyo es el que te toca cuando la mierda pega contra el ventilador.

—¿Encontraste algún lugar especial en el camino?

—Sí, al principio. En el tren camino al campamento de entrenamiento en San Diego. En Buffalo había otro tren de reclutas. Para alcanzarlos tuvimos que atravesar la estación hasta su plataforma. La estación en Buffalo daba miedo; era alta, helada y silenciosa, un viaje a lo desconocido. Cuando los dos trenes se juntaron estaban tan llenos que algunos reclutas dormían en el suelo. Terminé en una cucheta de abajo con otro tipo. Así fue la lucha por el espacio en el viaje de vuelta a casa.

»Después bajamos la velocidad antes de que amaneciera. Esa noche yo estaba del lado de la ventanilla y subí la persiana. Afuera había una enorme extensión de césped delante de una estación bellísima recién pintada. Douglass, Kansas. Más allá, vi casas bonitas, como la de Mickey Rooney cuando hizo de Andy Hardy.

—¿No estabas tratando de engañarte, Dan? ¿Queriendo creer que hay lugares perfectos fuera de Brooklyn? Si tocaras a la puerta de ese lugar en Kansas, encontrarías que Brooklyn se ha trasladado de lugar.

—Bueno, ¿qué tengo aquí? Todavía somos cinco en nuestra casa, unos encima de otros tratando de echar al otro del baño. Mis padres siempre están discutiendo. La conservación normal de todos los días tiene el tono de una discusión. Alguna sobrina de quince años está embarazada, a alguien le dieron puntos después de una pelea y la cama de mierda está llena de bultos.

—Parecería que estuviste haciendo planes durante mucho tiempo.

—Quiero visitar Douglass, Kansas, y muchos de los lugares de donde provienen mis hombres.

—No es una mala idea, pero no podrás irte lo bastante lejos para escapar de los problemas. La virgen que viste al amanecer quizá te hace ver su culo con algunos granos bajo el sol de mediodía.

Dan se entusiasmó.

—Después de Douglass, Kansas, iremos a Colorado y visitaremos a los padres de mi mejor amigo de toda la vida, Justin Quinn. Siento un impulso, Sean. No puedo descansar hasta ver a la madre y al padre de Justin y contarles qué valiente marine fue su hijo. Justin Quinn era el hombre entre nosotros que se ganaba a cualquier mujer con una mirada, que ganaba el rodeo de la división. Ah, el imbécil pretendía ganar la batalla de Saipan él solo. Quizá después de eso pueda concentrarme en establecerme. Ahora estoy demasiado inquieto.

—Bueno, es natural. Te han quitado tu guerra. ¿Cuándo planeas irte?

—Después del casamiento.

—¿Siobhan lo sabe?

—Ah, Dios, ahora no puedo enfrentarme a las lágrimas.

—¿Acaso no se te ocurrió que tal vez no quiera ir? Es muy gregaria.

—Sí, pero tengo que arriesgarme.

Sólo faltaban tres noches para la despedida de soltero. Habría casi cien policías empinando el codo y parientes de Jersey y quizás uno de esos tipos asquerosos con un proyector de ocho milímetros y películas pornográficas.

Siobhan estaba recibiendo sorprendentes vibraciones de Dan a un ritmo rápido. ¿Realmente quería casarse con ella? ¿O era que había regresado de la guerra demasiado vacío? Hablaba poco de batallas sangrientas o de la malaria o de la fiebre del dengue. Desde un lugar extraño y secreto solía murmurar el nombre de uno de los muchachos de su pelotón. Con excepción de Justin Quinn. Hablaba de Justin.

—Dos días más y te tengo —dijo Siobhan. Me enteré de que los muchachos van a llevar a dos mujeres que van a hacer *strip-tease* en tu despedida de soltero. Recuerda que eres un oficial de la ley.

—Ah, por Dios, Siobhan, el propio capitán es el que las consiguió.

—¿Cómo suena señora Jane O’Connell? —preguntó ella. ¿O debería seguir usando Siobhan?

—Usa señora de Daniel Timothy O'Connell. Si fue lo suficientemente bueno para el libertador de Irlanda, también lo es para nosotros.

—Oh, gracias, amo, pero seguiré usando mi nombre de pila.

—Mira hasta dónde llegó la guerra y lo que hizo —espetó Dan. —Ustedes, las mujeres, se liberaron para trabajar en las fábricas de defensa. Eso no te da el derecho de arrojar a la basura el magnífico nombre de tu marido.

Era maravilloso. Dan conocía formas de calmar a su mujer. El compromiso oficial tenía muchas ventajas. Podía tocarle los pechos cuando quisiera. En todo momento, ¡a ella le encantaba! Ponía su mano encima de la de él para que la dejara un rato. Una vez que la acarició hasta que ella quedó debilitada, se puso de pie de un salto.

—Tengo algo muy importante que decirte —anunció de repente.

—¡No vamos a casarnos!

—Por supuesto que vamos a casarnos. Nos casamos el domingo. Me refiero a un asunto después del casamiento.

—Vamos a las Cataratas del Niágara, ¿no es así, Dan?

—Definitivamente, pero no en tren —dijo con voz ronca.

—¡No pienso ir a pie!

—¿Me dejarás meter un bocadillo? —Ella se quedó callada. Él comenzó a caminar. Todos sus argumentos infalibles desaparecieron al instante. —Bueno —logró decir. Pensé que cuando nos vayamos de las Cataratas del Niágara, podríamos seguir directamente a San Francisco.

—¡Dios santo! ¡Voy a desmayarme!

—Siobhan, traté de insinuártelo en mis cartas. Conocí a demasiados hombres de demasiados lugares como para no darme cuenta de que ésta es una gran tierra y de que la vida podría ser maravillosa como nunca lo sería aquí.

Después de un rato, ella susurró:

—He estado pensando lo mismo. Brooklyn es una isla. Con el tiempo, las islas pueden encerrarte tanto como una cárcel. Quizá debí decírtelo, pero no me atreví, jamás, por temor a perderte, Dan.

—Jesús, eso es una gran cosa.

Siobhan se quitó la blusa y se desabrochó el corpiño.

—Bésalos, Dan.

Él hizo lo que ella le pedía y la tomó en su regazo.

—Tendremos una vida mejor. ¿Recuerdas al chico Romero en la calle italiana? Su auto estuvo en venta durante la guerra. Lo mataron en Iwo.

—Lo sé.

—Mi hermano Pearse, que sabe de autos tanto como Henry Ford, fue y lo revisó de cabo a rabo. Está en perfectas condiciones. El padre Sean dijo que si alguien compraba el auto, ayudaría al viejo Romero a sobreponerse a su dolor. Es un DeSoto de 1941.

—¡De 1941! ¿Te olvidas de que somos plebeyos? ¿Robaste el dinero?

Se detuvieron para besarse un rato. No fue gran cosa en pleno día.

—De todas formas, lo conseguí por una miseria. El viejo Romero quería que lo tuviera, ya que su hijo era un oficial de policía colega y un marine. Yo, eh, lo compré por setecientos dólares.

—¡Setecientos dólares! Además, nunca oí de nadie que cruzara el país en auto. ¿Dónde dormiríamos? ¿Dónde comeríamos? Podrían atacarnos los indios.

—Deja que te explique, deja que te explique. Fui al Automóvil Club y, como soy veterano, me dieron gratis mapas y un libro con una lista de moteles.

—¿Qué diablos son moteles?

—Bueno, no son exactamente hoteles… son hoteles para la gente que viaja.

Lo asimilaron.

—¿Tienen baños?

—Sí, baños y duchas privados, y encontraremos uno cada ciento sesenta kilómetros, más o menos.

—¿Vamos a volver? —ella susurró con voz temblorosa.

—Si no encontramos algo mejor. Pero nunca lo sabremos a menos que lo intentemos.

—¿Estaremos engañándonos de que hay algo mejor que esto?

—Por lo que he visto, es probable.

—¿Cómo vamos a vivir?

—Tengo una bonificación del estado de Nueva York, más la indemnización por cese de los marines, y tengo una compensación por invalidez. He estado mandando dinero a casa, que papá depositó. Luego, ya sabes que jugar por dinero no es ilegal en el Cuerpo de Marines, y adquirí mucha habilidad en el poquer.

—¡Poquer! ¡Solías allanar los juegos de poquer!

—Y los dados.

—Solías allanar esos lugares. ¡Obtuviste un ascenso por eso!

—En el Cuerpo de Marines es perfectamente legal, de modo que cuando estás con los marines, haces lo que hacen los marines.

—¿Cuánto dinero sucio les sacaste?

—Tenemos más de nueve mil dólares en total, incluyendo la bonificación y esas cosas. Y no te olvides: cobro doscientos al mes del gobierno por mi herida.

Siobhan se enojó un poco ante las revelaciones.

—Estuve en demasiados lugares, Siobhan. No quiero ser un policía irlandés más toda mi vida.

Ella se abrochó el corpiño bruscamente y se puso la blusa.

—Supongo —dijo— que sabré encontrar el camino de regreso a Brooklyn si tengo que hacerlo.

Capítulo 2

OTOÑO DE 1945

La luna de miel se convirtió en una especie de epopeya de pioneros. Daniel O'Connell siguió usando su uniforme del Cuerpo de Marines, con el «pato roto» abrochado al bolsillo del pecho y aceleraba el paso cada vez que pasaban frente a una tienda de ropa de hombre.

Siobhan O'Connell perdió su nerviosismo de recién casada. Al cabo de un día entero en el auto encontraban un motel o el típico hotel de ladrillo de cuatro pisos que usaban los viajantes y que ocupaba una esquina del cruce de las calles principales del pueblo donde estuvieran. Era sorprendente la semejanza de los cuartos, los recepcionistas de mirada fría y los botones tartamudos. Eran habitaciones de nivel medio, de seis a ocho dólares la noche.

Siobhan en general esperaba en el auto mientras Dan se registraba en la recepción. El empleado de mirada fría custodiaba las puertas del reino como un verdadero centurión. Para cuando llegaron a Cleveland, la señora Siobhan O'Connell abrió su cartera y depositó con fuerza el certificado de matrimonio sobre el mostrador.

Cada mañana parecían estar al rojo vivo y más aún cuando las fechas correctas y seguras aparecían en el calendario. Siobhan se dio cuenta de que podría haber otras vías de gratificación durante el período de abstinencia, pero tenía toda la vida por delante para dedicarse a ellas. Sin embargo, por el momento, la abstinencia era un infierno.

¡CHICAGO!

Un amigo casado, Cliff Romanowski, vivía en Chicago. Cliff había perdido un brazo en la primera batalla de Tarawa. Bellísimo encuentro. La mujer de Cliff, Corinne, estaba embarazada de seis meses y toda hinchada. Buen augurio, pensó Siobhan.

Después de una cena casera de salchichas polacas, los cuatro salieron a divertirse. Dan logró dominar su pierna renga y bailó una especie de polca, que parecía ser el baile nacional de Chicago.

Las mujeres toleraron deliciosamente la bebida de sus maridos y el subsiguiente jaleo. Todos volvieron al amanecer.

Al día siguiente, marcadamente lento, Dan los llevó a un restaurante griego, la ansiedad de su primer encuentro transformada en nostalgia. En el departamento de Cliff y Corinne, terminaron sentados en el suelo en un círculo, reclinados sobre almohadas y el dedo del pie de Siobhan tratando de meterse por el pantalón de Dan.

El Cuerpo de Marines. Los recuerdos comenzaron con el sudor de una caminata a paso redoblado, luego se desplazaron hacia sus payasadas patentadas y

comportamiento inmaduro. Los descalabros con cerveza fueron recordados con simpatía.

—Y yo y O'Connell y Quinn llegamos a la estación de ferrocarril cuando el último tren para los hombres con licencia se estaba yendo. Todo estaba lleno: los asientos, el suelo, la plataforma, donde se podía dormir de pie. Así que los tres nos trepamos al portaequipajes, donde ya había hombres acostados en todas partes. ¡Y una hora después de salir de Wellington, el portaequipajes se rompió y cayó! Se apagaron las luces y tengo que decirles que me sentí un estúpido marine.

Nueva Zelanda había sido una tierra de ensueño, con su paisaje exuberante, los maoríes, las bandadas en el cielo, las costumbres coloniales. Siobhan se sintió tentada de preguntarles sobre las mujeres neozelandesas pero se contuvo. Era la noche para dejar que sus hombres se desahogaran.

Y llegó la guerra.

—¿… te acuerdas de ese alfeñique?

—… sí, Weasel, de Arizona.

—… nadie pensó que lo lograría.

—… gran combatiente.

—… el pequeño Weasel.

—… recuerdas…

—… Dios, no me acordaba de ese brote de malaria.

… recuerda… recuerda… por el amor de Dios, recuérdame, marine.

—Yo estaba en el Hospital Naval Oak Knoll, cerca de San Francisco, cuando ustedes atacaron esa playa en Saipan. Finalmente encontré a un tipo, ¿te acuerdas de Prentice, de Inteligencia? —preguntó Cliff.

—Sí, por supuesto.

—Me contó lo que les había pasado a ustedes. Todas las bajas en la playa. Pero creo que lo peor fue el día que supe de Justin Quinn —recordó Cliff. —Uno no se imagina que a un marine de su calidad iba a alcanzarlo una bala perdida.

—Le dieron porque tenía que entregar un mensaje y todavía no había líneas telefónicas conectadas. Fue su propia maldita culpa. Debió esperar.

Golpe sobre la mesa. La visita terminó en forma cansina.

Dan, Siobhan, Cliff y Corinne nunca iban a olvidarla. Después de dos resacas devastadoras, los O'Connell cargaron el DeSoto y se dirigieron hacia los campos de maíz y trigo de las Grandes Llanuras.

Aunque costaba una llamada telefónica de larga distancia, Siobhan siempre se aseguraba de que hubiera comida y alojamiento al cabo del día. Más adelante, se internaron en una infinidad de carreteras de doble vía.

Allí Siobhan aprendió a manejar. Cuando la detenían por exceso de velocidad, se convertía en la típica mujer: explicaba tímidamente su estado de recién casados y con su marido recién llegado de la guerra…

—No se preocupe, señora, sólo vaya más despacio.

Atravesaron Kansas City, luego eligieron el motel E-Z Inne sobre la carretera fuera de la ciudad, porque ofrecía habitaciones a mitad de precio para veteranos. Había muchos camiones grandes y una parrilla al lado.

«¡Los engañé!», pensó Dan mientras tomaba un largo trago de lo que había comprado en una tienda de bebidas. En realidad, un estado sin alcohol, ¿podría ser posible? No debía de haber muchos irlandeses por ahí.

Dejó el vaso en el suelo y se sumergió en el fondo de la bañera.

—¡Ah!

Siobhan respondió a su llamado de alce y le frotó la espalda mientras él se hundía y volvía a salir exclamando: «¡Ah!».

En la parrilla, los dos se quedaron mirando, sorprendidos, el extraordinario tamaño de la carne.

—Sin duda, nunca tuve un pedazo de carne como éste en mi refrigerador —comentó Siobhan maravillada.

—Y se corta con un tenedor. Me pregunto qué le harán a la carne.

—No es lo que *ellos* le hacen —corrigió Siobhan. —Es lo que nosotros hacemos después de que nos la dan.

Dan rápidamente escondió su botella de whisky envuelta en una bolsa de papel madera cuando el alguacil entró y se sentó en un taburete delante del mostrador. En unos minutos, el camarero se acercó con dos botellas de cerveza, atención del alguacil.

«Ah, esto es vida», pensó Dan.

—¿Te diste cuenta de lo agradable que es la gente por aquí? —comentó ella.

—Sí —respondió Dan con tanta tristeza que le salió la voz ronca. Sí.

—Dan, estoy tratando de ser paciente y comprensiva. No se trata simplemente de deshacerte de la guerra. Siempre va a estar contigo, pero ya no puede seguir dominando nuestra vida. Tenemos mucho futuro en que pensar, y tienes que dejar de lado el Cuerpo de Marines y mantenerlo en un lugar cerca de tu corazón, pero lejos del centro de nuestro matrimonio.

Dan asintió y miró los grandes camiones avanzando a toda velocidad, su sonido amortiguado por el vidrio.

—¿Por qué iremos al sur mañana? —preguntó ella.

—Me imaginé una y otra vez a nosotros dos en esa pequeña estación de tren de fantasía en Douglass, Kansas. Yo, abrazándote, mirando más allá de las extensiones de césped a esas preciosas casas de muñecas.

—No puedes trasladar tu ciudad porque no te guste su ubicación. Haces todo lo posible para engañarte. Si no vamos, su recuerdo permanecerá intacto.

—Tengo miedo de llegar a Colorado —admitió bruscamente Dan. —Tengo miedo de ver a los padres de Justin Quinn. Mi visita puede causarles pesadillas. No saben que vamos a ir. Evité escribirles. Hay algo muy definitivo en todo eso.

—Sí —dijo ella. —Significa que estás cerrando la tapa del libro. Aunque nunca

podrás olvidar a Justin Quinn.

—Éramos tan amigos, casi tan íntimos como tú y yo, Siobhan. No se puede decir o sentir que en realidad amas a un hombre porque es pecaminoso e insano. Pero ya sabes, disfrutábamos haciendo barullo, saltando uno encima de otro, haciendo gansadas. Todo correcto, ya sabes. Con mi voz de barítono y la suya de tenor, dejábamos callados a todos los de nuestra tienda. Y con nosotros dos… bueno, nadie nunca les hizo nada a mis muchachos. Limpiamos un bar que tenía precios que eran un robo. Los bajamos como leñadores.

Ella deslizó la mano dentro de la de él, y asintió para que continuara.

—Una vergüenza. Su familia tiene esta enorme extensión de tierra, más allá de Denver. Justin Quinn, al ser el mayor, debía encargarse de la hacienda. Antes iba a ir a la Universidad de Colorado, donde había ganado una beca para jugar al fútbol americano.

—No temas, Dan. Los padres de Justin van a estar eternamente agradecidos con tu visita, y estaremos totalmente cómodos allí.

Ningún viaje de peregrino a Jerusalén fue más etéreo que el que experimentaron cuando Dan condujo el DeSoto por su primer contacto con un camino —si así podía llamarse— sin pavimentar, lleno de baches y huellas, al lado de un precipicio. Cada curva que daban traía un paisaje más espléndido. Siobhan se apartó las manos de los ojos para mirar el panorama, contuvo la respiración y luego volvió a tapárselos.

Finalmente, el distrito de TROUBLESOME MESA les dio la bienvenida. Allí estaba el Oeste. Lo único que necesitaban era un par de pistoleros que se enfrentaran en el camino de tierra.

—¿La hacienda M/M? —preguntó el dueño de la estación de servicio.

—Sí, señor.

—Ah. No se oye mucho de ella estos días.

—¿Está muy lejos?

—A unos veinticinco kilómetros… camino arriba. Es probable que casi le lleve una hora. ¿Está seguro de que quiere ir hoy?

—Sí.

—Bueno —dijo el empleado, protegiéndose los ojos para determinar la hora. Si son más de las cinco y no llegó a la hacienda, dé la vuelta. De lo contrario, se encontrará en medio de una helada oscuridad y es probable que mañana tengamos que sacarlo de una hondonada.

Le dibujó un mapa rudimentario y Dan agradeció con entusiasmo al empleado. Medio atontado, Daniel Timothy O’Connell se preparó mientras el empleado le llenaba las cantimploras.

—Si vuelve esta noche, tengo una cama para ustedes en el garaje. El maldito hotel dejó de funcionar cuando se cerró la mina de molibdeno.

Un poco saludándolos y otro poco cuidando el lugar, dos collies los mantuvieron acorralados hasta que un hombre salió de una casa grande y lujosa.

—Debe de ser el lugar —dijo Dan. —Es exactamente como Quinn me lo describió.

—Hola, marine —saludó el hombre, ordenando a los perros que se alejaran. —¿Puedo ayudarlo?

—¿Ésta es la hacienda M/M?

El hombre rió.

—Eso fue hace mucho tiempo.

Dan estudió al hombre. Su piel era oscura y ciertamente tenía mucha sangre mexicana, pero hablaba sin acento.

—Estoy buscando a la familia Quinn. Verá, eh… Justin Quinn estaba en mi compañía. Lo mataron en Saipan. Mi esposa, Siobhan, y yo hemos venido a presentar nuestros respetos a su familia.

Una mujer de aspecto agradable, de más de veinte años, salió de la casa y se acercó a su marido. Él le habló en español y, al hacerlo, la cara de ella se ensombreció.

—Soy Pedro Martínez, el capataz. Y ella es mi esposa, Consuelo. ¿Quieren entrar? ¿Su nombre?

—Sargento… mejor dicho, Daniel Timothy O'Connell. Mi esposa, Siobhan.

—Siobhan es un nombre muy bonito —dijo Consuelo.

—Es la forma irlandesa de Jane. Oh, qué cuarto más bonito.

El living de la casa era de madera y tenía el cielo raso alto, con un hogar de piedra haciendo juego. El tal Pedro parecía preocupado al mirar la hora.

—¿Puedo ofrecerles algo para beber? —preguntó Consuelo.

—No, gracias. Quiero saber sobre la madre y el padre de Quinn.

—Tengo que llevarlos a otra parte de la hacienda —dijo Pedro. —El problema es que va a anochecer antes de que volvamos y no voy a dejarlos ir a Troublesome por ese camino de noche. Son bienvenidos a pasar la noche aquí.

Siobhan sonrió y asintió a Dan.

—Quizá, señora Siobhan, el sargento y yo deberíamos hacer la visita solos —sugirió Pedro. —Eh… hay que cruzar un arroyo.

Pedro no era muy bueno para disimular su incomodidad.

—Por supuesto —respondió Siobhan.

Dan y el capataz se subieron a un jeep y tomaron un camino sinuoso de tierra dentro de la propiedad hasta que oyeron un suave torrente de agua. Estacionaron cerca de un inestable puente de madera que atravesaba el arroyo y llevaba hasta la cabaña casi desmoronada de un minero.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó Dan, desalentado.

—Me temo que sí —contestó Pedro.

—Tal vez no pueda cruzar —dijo Dan de pronto. —Es posible que la pierna me falle sobre esa viga angosta.

—Entiendo.

«¡Qué vas a entender! ¡Qué vas a entender!», pensó Dan.

—Entonces, ¿volvemos a la casa?

Dan no contestó. Su opción era girar e irse, pero era incapaz de hacerlo. Si se iba, volvería.

—Crucemos —susurró.

La casucha apestaba a moho. Todo lo que había en su interior estaba roto. En las grietas habían metido papel de diario para evitar que entrara el frío. El techo estaba medio caído; las ventanas, rotas y llenas de barro. El excusado, derrumbado. Era un lugar para ratas. Los ojos de Dan estudiaron el lugar de vida humana destripada. No pudo hablar ni casi respirar. Dan salió tambaleándose y se quedó mirándola, con un dolor enloquecido en los ojos.

—La hacienda nunca perteneció a los Quinn —dijo Pedro.

—¡Cuénteme! —exclamó Dan.

—Hay un gran asentamiento de serbios entre este lugar y Crested Butte. Esta hacienda era propiedad de los hermanos Tarka y Sinja. Tarka Malkovich era el único hombre que conocí que pudiera ganarle a un irlandés bebiendo. Él y su hermano estaban peleados con todos y entre sí. Siempre causaban problemas. Para el valle era difícil vivir con ellos. Todos tenían alguna queja de los Malkovich: el doctor, el alguacil, el almacenero. Tarka murió de un ataque al corazón, sin duda a causa de la bebida. Eso fue justamente antes de la guerra. Sinja administró tan mal el lugar que enseguida se vino todo abajo. El Banco lo desalojó y la hacienda quedó abandonada durante más de un año. El Banco me ofreció un trato. Yo debía levantar la hacienda y hacerla funcionar de nuevo. Cuando se vendiera, el Banco me prometió concederme unas ciento veinte hectáreas, mi propia hacienda pequeña.

—¡Quiero saber sobre Justin Quinn! —lo interrumpió bruscamente Dan.

—Debería ver la forma en que el agua baja en la primavera después del deshielo de invierno —comentó Pedro.

—¡Quiero saber sobre Justin Quinn!

Pedro suspiró y pronunció un suave «Amigo».

—Su padre era Roscoe Quinn, un hombre malo, malo. Durante un tiempo, los hermanos Malkovich le permitieron administrar y explotar una parcela. Roscoe era un cerdo. Les pegaba a su mujer y a sus hijos, y jugaba con su hija, ya sabe cómo. De todas formas, Justin era el mayor y cuando creció aprendió a manejar a su padre. Dicen que sus peleas eran sanguinarias.

—Él era un buen peleador —murmuró Dan.

—Roscoe fue a Denver a la feria de ganadería, se emborrachó y terminó violando a una mujer y tratando de robar un Banco. Está en la prisión del estado en Cañón City. Le dieron veinte años. Su mujer y sus hijos se fueron a casa de unos parientes en

Arizona. Justin se alistó en el Cuerpo de Marines.

La voz de Dan se quebró, pero sabía que tenía que seguir hablando, seguir pensando.

—Bueno, es una lástima que no llegó a terminar su beca en la universidad… o… a enamorar a todas las chicas del valle.

—Sargento Dan, Justin nunca tuvo una beca. Nunca terminó la secundaria. En cuanto a las chicas, nadie quería acercarse a la familia Quinn.

Dan se quedó sentado junto a la ventana toda la noche.

—Mentiroso de mierda —dijo en voz baja.

Siobhan lo buscó en la cama, luego se incorporó sobre un codo. La traición le había robado a Dan su momento sagrado. Jamás nada lo había afectado tanto, ni siquiera la noticia de la muerte de Quinn.

—Mentiroso de mierda.

—¿Por qué no puedes sentir el dolor en su vida que lo obligó a vivir en una mentira? —lo desafió ella.

—¡Sí lo siento! ¡Pobre Quinn! ¡El hijo de puta! Todos mentimos, pero nada como esto. ¿Yo? Policía de Brooklyn. Seguro, exageré sobre lo de pegar a los maleantes. Todos mentimos. Impresionarnos unos a otros es un arte. ¡Pero ésta era una mentira demasiado importante, carajo!

—Justin tenía mucho sobre lo cual mentir.

Él sintió la mano de ella sobre el hombro. Oh, Dios, eso le gustaba. Se dio vuelta, encontró los pechos de ella donde poder apoyar la cabeza y respiró con dificultad para sofocar los sollozos.

—Mintió desde el primer día acerca de su casa grandiosa y su ganado, lleno de premios. Acerca de su beca de fútbol. Quizá ni siquiera era estadounidense. Tenía la piel un poco oscura. El Cuerpo estaba aceptando mexicanos e indios. Teníamos a tres navajos. ¡Pero nunca hubo negros en el Cuerpo!

—Dan, ésa es una palabra fea. No me gusta.

—Bueno, nunca tuviste que hacer rondas en el barrio de gente de color.

—Cállate. Pareces un fanático.

Dan lloró.

—Lamento tu dolor —dijo ella. Siobhan se puso el albornoz y fue hasta la galería. Por primera vez vio la Luna sobre una serie de cumbres. Troublesome Mesa se extendía al pie de una cañada en un valle pronunciado y sinuoso. Mantos de nieve y la lonja plateada de un arroyo. Qué tierra, sin duda. No sabía que existía un lugar como éste.

—Dios, lo siento —se disculpó Dan, saliendo del cuarto. —De verdad lo siento. Ese tipo Martínez ha sido un hombre bueno y sensible. Supongo que importan a muchas de estas personas de México. Es bueno ver a un hombre bueno, quiero decir,

no sólo otro mexicano que se limitaría a multiplicarse y a recibir dinero de la seguridad social.

—Consuelo me dijo que Pedro estuvo seis años en la Marina. Proviene de una antigua familia de Colorado, y lo hirieron en Pearl Harbor, o quizá no notaste que es ciego de un ojo.

—Siento que tengo todo patas arriba —dijo él suavemente.

—Eso es porque te han dado vuelta tu mundo. Así que tendremos que volver a enderezarlo.

—¿Puedo tocarte, Siobhan? Eso me alivia.

Ella supo cómo acomodarse en sus brazos grandes y fuertes.

—Quinn sabía que vendrías aquí —dijo.

—¿Realmente lo crees?

—Sí —respondió ella.

—Entonces, ¿qué significa?

—Es difícil decir qué podía estar pasando por su cabeza. Pero que quería que vinieras aquí.

Capítulo 3

DESDE FINES DE 1945 EN ADELANTE

La silla de principios de siglo del banquero estaba gastada en varios lugares, de la misma manera en que el decrépito First National Bank of Troublesome Mesa había sobrevivido a los derrumbamientos, la caída de la plata y la eterna sequía.

El señor Dancy, un mormón, conocía cada árbol del valle y más allá. Fue sorprendentemente directo.

—Pude desalojar a los hermanos Malkovich justo a tiempo.

—Francamente, no podría haber vendido la hacienda M/M ni siquiera con el puente de Brooklyn incluido. De todas maneras, Pedro vuelve a casa de la guerra, con un solo ojo, y se casa con la muchacha más bella de las laderas del Oeste. Yo sabía que sus días de patán ya habían quedado atrás, ¿no es así, Pedro?

—No los echo de menos —respondió Pedro.

—Pedro me convenció de que le permitiera administrar el lugar hasta que terminara la guerra, cuando yo pudiera encontrar un comprador. Vamos a darle a Pedro unas cien hectáreas en alguna parte.

—Los dejaré solos, caballeros —anunció Pedro. Yo estaré en el restaurante, sargento Dan.

Dan y Dancy hablaron acerca de la superficie de la hacienda: más de ochocientas hectáreas con parcelas en toda la montaña y el derecho a la utilización de aguas. La casa, de un valor de por lo menos once mil dólares, sería parte del trato. Dieron muchas vueltas al asunto; las fuerzas armadas y las condecoraciones de Dan ejercían su propio impacto. Dancy había guardado la hacienda para algún muchacho mormón que volviera de la guerra, pero éste le caía maravillosamente bien.

—¿Cuáles son los números? —soltó Dan.

Dancy estudió el libro de contabilidad.

—Es una buena hacienda y puede expandirse, excepto donde esos eslavos dementes empezaron a alambrar la parte de cada uno y a hacer trampas con el agua.

—¿Cuánto?

—No puedo decirle con exactitud. En los libros todavía figura en treinta mil dólares. Tendría que estudiar los registros del condado, en particular la tierra del gobierno que linda al sur. Yo diría que podría arreglarse en cuarenta y tantos mil.

El corazón de Dan se convirtió en una bala de cañón.

—¿Usted fue policía en Nueva York?

—En los tres días que he estado con Pedro, me parece que puedo montar a caballo sin sentir demasiada molestia.

—¿Lo hirieron?

—Sí, señor. Saipan.

—¿Cuánto puede poner?

—Tengo más de nueve mil en efectivo y es probable que pueda reunir otros cuatro o cinco mil de mi familia.

—Pero no sabe un pepino sobre ganadería.

Dan bajó la cabeza y se encogió de hombros.

—Tengo una idea —sugirió Dancy. ¿Le agrada Pedro Martínez?

—Lo tendría en mi pelotón en cualquier momento.

—Él fue un muchacho alborotador, demasiado generoso con el dinero que no ahorraba, y los mexicanos no tienen dinero heredado de su familia. El hecho es, sargento, que ya nos hemos negado a otorgarle un gran préstamo. No son muy confiables, si sabe a qué me refiero.

—Él es honesto, ¿no?

—Honesto como Jesús. Estuvo en el hospital durante casi un año, la mayor parte del tiempo con los ojos vendados y bolsas de arena sobre la cabeza para que no la moviera. Si uno no encuentra a Dios de esa manera, significa que Él no está cuando uno lo necesita. En este momento, le pago el diez por ciento del neto y además la vivienda. Si usted le diera, digamos, el veinte por ciento, tendría uno de los mejores ganaderos de Colorado.

—Déjeme hablarlo con mi esposa.

—En confianza, sargento, usted y yo podemos hacer un trato, pero sólo si tiene alguien que lo capacite. —Dancy se inclinó hacia él. —Soy un hombre de Dios, y Dios me dice que vale la pena arriesgarse por ustedes dos juntos.

A Daniel Timothy O’Connell le llevó tiempo transformarse de un policía de Brooklyn a un tosco habitante de Colorado. Casi una semana. Su actitud era una fuerza, una fuerza que lo despertaba cada mañana y lo hacía arrodillarse para agradecer a Dios por haberlos conducido a aquel lugar.

A Dan le encantaban las botas y los sombreros de cowboy y los protectores de cuero para las piernas. Le encantaba usar el lazo, marcar el ganado y entrenar a su nuevo collie. Le encantaba la vida durante una furiosa tormenta de nieve.

A Dan le encantaban los rodeos y todas las estupideces del negocio del ganado. Le encantaba el respeto. Era un hombre duro en un valle duro.

El sábado a la noche en la antigua ciudad minera, Troublesome Mesa cobraba vida en el Bottomless Mine Saloon. A pesar de toda la jarana, era bastante pacífico para llevar a las mujeres. Dan enseñó a la banda un repertorio de baladas irlandesas para agregar a las canciones tristonas de la música *country*.

¡Era hora de música irlandesa! Y, Dios, Dan O’Connell conmovía a todos hasta las lágrimas cuando cantaba *Danny Boy*. Si tan sólo Justin Quinn estuviera cantando con él, siempre pensaba.

A medida que la confianza crecía entre Dan y Pedro, formaron un equipo

trabajador, inteligente y emprendedor. Dan había sido el sargento de un pelotón, y los hombres aprendieron a escucharlo. No le tenían que decir que escuchara a Pedro.

Durante varios meses, las familias vivieron juntas. Cautelosas al comienzo, había suficiente espacio para sentirse cómodos entre sí. Siobhan en particular estaba extática con las costumbres totalmente nuevas para cocinar, y adoraba a Consuelo.

Al llegar la primavera, la prioridad fue agrandar la cabaña del cuidador a un kilómetro y medio en dirección a Troublesome Creek. Para aumentar la urgencia, Consuelo estaba embarazada de su segundo hijo.

Terminaron la casa a toda prisa. En los dos meses siguientes, todos los hombres del valle pusieron clavos e hicieron una encantadora cabaña de madera. La parte mexicana del valle puso el hombro, al igual que algunos mormones, católicos y protestantes a medida que el final se acercaba. Cuando terminaron el techo, estalló una fiesta. En ese momento y lugar, todos parecían menos amenazadores. Dan avistó a algunos de los hombres mormones bebiendo alcohol sin que sus esposas los vieran. De allí en más, Dan siempre tuvo una botella «mormona» en el armario.

En cuanto la familia Martínez se mudó a la nueva casa, Consuelo empezó con trabajo de parto y dio a luz al pequeño Pablo. La alegría de un nuevo niño quedó atenuada por la situación de Dan y Siobhan.

Una vez instalados, todos los meses durante tres años, Dan esperó que ella le diera la buena noticia de que tenía un atraso. Nunca sucedió.

A medida que fueron haciéndose prósperos, los O'Connell poco a poco fueron convirtiéndose en verdaderos habitantes de Colorado. Ambos piloteaban el Cessna bimotor de la hacienda, agrandaron los límites de su propiedad, enviaban dinero a casa, eran magníficamente generosos con la iglesia, la escuela y hasta los mormones. Dan fue elegido miembro de la asamblea legislativa del Estado. Lo único que les faltaba era un bebé para su nido.

La alegría cedió el lugar a una constante sensación de pesar. Su cama se fue enfriando cada vez más. Cuando cantaba *Danny Boy* esos días, era en tono llorón, y el dueño del Bottomless tuvo que advertir a Dan que tuviera cuidado con su comportamiento. El día después de que un alguacil contrito echó a Dan y lo encerró en un calabozo durante la noche, Siobhan llegó al límite.

Encima de su cama había una valija a medio hacer, la francesa del conjunto que él le había comprado para Navidad.

—¿Qué demonios está pasando?

-—Me voy a Denver. Estaré en el Brown Palace.

—¿Para qué?

—Para hacerme un estudio completo de fertilidad.

—Ya era hora —dijo él. Por Dios, espero que puedan descubrir qué te pasa y te curen.

—Quiero que vengas conmigo —anunció ella.

—¿Yo? ¿A mí me hablas?

—Sí, tú.

—No quiero nada de ese curanderismo de magia negra y vudú.

—Muy bien. Pienso seguir viaje a Nueva York. He estado echando muchísimo de menos a todos. Hace tres años que no veo al padre Sean.

—¿Es una amenaza?

—No, quiero verlos. Pero creo que es hora de que te enfrentes al hecho de que algo grave está pasando. ¿Tienes miedo de venir a Denver conmigo? ¿Por eso nunca me lo sugeriste?

Dan empezó a caminar hacia la puerta.

—Una de estas noches te vas a caer por una de las curvas con todo lo que estás bebiendo.

Dan abrió la puerta.

—Duerme en el cuarto de huéspedes —le ordenó ella.

Él dio un portazo pero se quedó en el cuarto.

—¿Vas a ir a un hospital católico? —le preguntó.

—Por supuesto.

—Entonces, está bien, haz una valija para mí también.

El eminente doctor Leary en St. Anne's Hospital comenzó por controlar la ovulación de Siobhan. Podían pasar meses antes de obtener una lectura precisa.

Mientras tanto, el doctor Leary accedió a la historia clínica de Dan del Cuerpo de Marines. Había tenido las típicas dolencias de los marines: fiebre en el campo de entrenamiento, ictericia y malaria después de Guadalcanal, fiebre del dengue en Tarawa y una cadera hecha pedazos en Saipan. Dan se sintió escandalizado cuando el doctor Leary le pidió una muestra de semen.

—¡No es posible! Quiero decir, ¿la causa, yo?

—Es un procedimiento de rutina, señor O'Connell.

Dan gruñó con desagrado, pero hizo lo que el doctor le pedía.

Al poco tiempo, fue citado por el doctor Leary, que le pidió que fuera a Denver solo.

—Tengo una noticia difícil —dijo el doctor Leary. Tomó mucho tiempo porque tenía que estar seguro.

—Ella no puede concebir hijos —gimió Dan.

—Su esposa está tan sana como una vaquillona.

—Entonces…

—Quiero revisar algo en su historia clínica. Campamento Matthews, enero de 1942 —dijo el médico.

—El campamento Matthews era un polígono de tiro, alejado de la base. Allí nos

quedamos varias semanas entrenándonos con las armas.

—¿Lo enviaron a una tienda de cuarentena?

—Algunos de nosotros nos enfermamos, y no había un médico en Matthews. Sí, ahora me acuerdo. Tuve que terminar el entrenamiento con un nuevo pelotón.

—Todo eso concuerda con lo que creemos que fue un brote de paperas.

—Tenía la cara hinchada, de un aspecto raro, y sentía mucho dolor en… ya sabe… las partes. Sí, me costaba caminar.

—¿Alguien diagnosticó eso como paperas?

—Todos habíamos tenido esta fiebre y disentería; a lo mejor bromeamos con paperas, pero ya sabe, es una enfermedad de niños. Pensé que ya la había tenido de bebé.

—La historia ésta dice: «Posiblemente paperas».

—¿Acaso no es una enfermedad de niños?

—En general, sí, sin efectos posteriores. En un adulto puede haberlos. Su semen es estéril.

¿Acaso hubo un momento más terrible que el día en que se enteró de que nunca podría engendrar hijos? Ni siquiera la jungla, la laguna de Tarawa con los japoneses disparándoles y ellos con el agua hasta el pecho sosteniendo el rifle sobre la cabeza, ni la Playa Roja en Saipan que observaba mientras su batallón estallaba en pedazos, ni siquiera la muerte de Justin Quinn…

Sería un doble golpe para Siobhan, ya que Consuelo acababa de tener otro hijo. Carlos era la belleza de la familia Martínez.

«¡Dios! ¡Pobre Siobhan! Qué duro fui al no darme cuenta de que ella sufrió más que yo».

Lo conversó con un sacerdote en Denver antes de regresar a Troublesome Mesa.

—Olvídate de Dios por el momento —dijo el sacerdote. ¿Qué hacían durante los peores momentos en el Cuerpo?

—Yo siempre les decía a mis muchachos que cuando uno está cagado de miedo, cuando el dolor es tan grande que la muerte sería un placer, o cualquiera fuera la catástrofe, lo único que se puede hacer es «Ser un marine».

—Entonces sé un marine para tu mujer.

Dan encontró a Siobhan en la casa de los Martínez. Estaba en la mecedora, cotorreando con Consuelo, que estaba preparando la cena para los O’Connell y para su propia familia.

Él se asomó, pero ellas no lo vieron.

«Sé un marine», se dijo.

Siobhan estaba sentada en la silla que Consuelo usaba para amamantar. Le había entregado al pequeño Carlos a Siobhan para que lo alzara mientras ella ponía la comida en el horno. Siobhan puso la cabeza del pequeño sobre su pecho con un

anhelo que deseaba disimular. Entonces vio a Dan.

La mano de Dan nunca fue tan firme, tan llena de significado, al apretarle el hombro.

—Todo va a estar bien, querida —le aseguró.

Capítulo 4

WASHINGTON DC, 2008

Sí, soy el presidente de los Estados Unidos, Thornton Tomtree. Hace un año yo era considerado imbatible para un segundo mandato, pero como George Bush y James Earl Carter se dieron cuenta en su momento, hay una caprichosa inconstancia en nuestros votantes.

En este momento estamos a una semana de las elecciones del año 2008. Una extraña serie de acontecimientos ha dañado mi candidatura. Dios, ¿existe un hombre más desestimado que un presidente de un solo mandato?

Cualquiera puede señalar el momento y el lugar en que la marea se volvió contra mí. Fue la masacre de Six Shooter Canyon.

Enseguida después del desastre, mi popularidad se desmoronó y luego volvió a subir cuando recorrí el país sin cesar y pude aplacar parte del trauma nacional. Logré desligarme de la responsabilidad directa de la masacre a los ojos de la mayoría de la gente.

Durante esos días difíciles, el vicepresidente, el exsenador de Texas Matt Hope, mantuvo a raya a ese enorme grupo de votantes que son los conservadores cristianos. Elegir a Hope como vicepresidente significó que yo no tenía que tratar personalmente con esos predicadores pomposos que custodiaban el reino. El vicepresidente Hope rápidamente convenció al electorado cristiano de que no tenía otro lugar a donde ir. Ciertamente, el gobernador Quinn Patrick O’Connell, liberal católico, representaba una alternativa impensable.

Faltan siete días para las elecciones. Quizás esté ansioso, pero siento que la repentina falta de noticias de los cuarteles generales de O’Connell significa algo. Aunque estamos separados por tres mil doscientos kilómetros, siento tensión y un dilema.

Le había hecho sudar tinta a O’Connell. Toda la esperanza que tenía desapareció en nuestro «gran debate» en la Biblioteca Pública de Nueva York. Durante un intervalo al cabo de la primera hora, me informaron de una traición que me haría perder el cargo.

Bueno, Thornton Tomtree, ¿cómo llegaste aquí? ¿Cómo me mezclé en una tragedia de la que no fui responsable? ¿Por qué tuve que vivir para ver la gran traición?

Aun en la década de 1950, nunca quise ser más que un perro de un depósito de chatarra, como mi padre, Henry Tomtree, que conocía cada trozo de metal, cada hato de diarios y cada batería descargada y picaporte de su depósito, y que podía llevar adelante el negocio sin calculadora ni libro de contabilidad porque lo tenía todo en la cabeza. Henry Tomtree era el más grande perro de depósito de chatarra que jamás

habían conocido los estados del nordeste.

¿Cuáles son tus primeros recuerdos? Vagamente, en la época del jardín de infantes o primer grado. Me encantaba el depósito y no tenía muchos amigos. De pronto, me encontré en aulas grandes con chicos y chicas. Un día estaba de pie delante de nuestro gran espejo del corredor. Recuerdo que me costó mirarme. Era diferente de los demás chicos. Aun al mirarme al espejo quise defenderme de las inspecciones externas que se me hacían.

En mis primeros grados lo pasé muy mal en el colegio. En los estudios me iba bien y no me resultaba difícil. Pero durante la hora del almuerzo, en la cafetería y en el patio no me dejaban tranquilo ni un momento.

Y mientras se burlaban, yo corría a un lugar a salvo en un rincón del depósito de chatarra. Allí empecé a construir mi imperio. Estudié las costumbres de mi padre. Jugueteaba durante horas con problemas de física. Logré jugar mentalmente un partido de ajedrez desde los dos lados.

Si no se puede resolver un problema a través de la lógica, se desarrolla una parte de él. Desarrollé un método auxiliar para la matemática estándar, mi propio método. Entraba y salía de la matemática cuántica.

Todo esto lo tenía dentro de mí, pero apenas podía levantar una mano en clase o sostener una conversación y mucho menos acercarme a una chica. Yo era interesante, pero nadie sabía las cosas que me interesaban a mí.

Estaba almacenando tantos datos y tantas fórmulas que tenía que tener un lugar donde guardarlo todo. De modo que creé un lugar de fantasía. Se llamaba Bulldog City, aunque en realidad era una nación, en un lugar aislado con montañas alrededor, puestos de guardia en las cimas y emplazamientos de misiles. Inventé un fantástico láser para derribar misiles y aviones espía. Hasta podía darle a un satélite cuando espiaba Bulldog City. Dios, nada podía entrar ni salir, y yo comandaba las fuerzas armadas, dirigía el equipo de fútbol, cantaba conciertos y todas esas cosas que yo no podía hacer.

El socio de mi padre era un negro llamado Moses Jefferson. Moses era un caballero espiritual que hacía trabajos aislados hasta que demostró lo que realmente valía. Moses entró en una licitación secreta para demoler el antiguo hotel Williams. Su oferta fue inferior a la de Henry Tomtree.

Moses no tenía el dinero para pagar a los obreros y al equipo, pero subcontrató tanto personas como máquinas y les ofreció un plan de participación en las ganancias. Terminó con un enorme alijo de fregaderos, tuberías, inodoros, ladrillos, magníficos orinales de principios de siglo, arañas, barandas y todo lo que podía obtenerse de un pequeño hotel.

Henry Tomtree había sido desollado, pero entendió el mensaje. Moses Jefferson poseía la mente astuta de un comerciante de chatarra. Por desordenado que pareciera

el depósito, un buen comerciante lo tenía organizado en su mente hasta el menor detalle. Diablos, mejor tener a Moses como socio que como competidor.

—Perdón, es mi teléfono.

—¿Sí?

—Hemos contactado a todo el mundo, Señor Presidente, pero no podemos averiguar qué diablos está pasando con O'Connell.

Tomtree dijo «mierda» entre dientes.

—Son las dos de la mañana, ¿qué demonios significa eso en hora de las Rocallosas o como mierda sea?

—Creo que preferiría mantener algunas personas aquí para cubrir los monitores y los teléfonos; el resto de nosotros nos retiramos —dijo Darnell. El momento en que O'Connell convoque una conferencia de prensa, reunimos al personal superior, observamos la conferencia juntos y de inmediato preparamos un contraataque.

—¿Algún indicio de lo que están tramando los demócratas?

—Ninguno.

—Está bien —dijo el Presidente, decepcionado. Darnell, quédate esta noche aquí en la Casa Blanca. Yo, eh… te necesito cerca.

Capítulo 5

PAWTUCKET, RHODE ISLAND
DESDE FINES DE LOS AÑOS 50 HASTA FINES DE LOS AÑOS 60

El depósito de chatarra de Henry Tomtree ocupaba toda una manzana en una zona industrial casi marginal. Su auge había pasado tiempo atrás. Pilas de autos chocados y neumáticos cortados se mezclaban con las nuevas cosechas de botellas de gaseosas y cerveza, tachos de vidrios rotos, plásticos y el pilar del comerciante de chatarra: fardos de periódicos y revistas.

—Una cacofonía de olores —solía comentar Henry, inspirando los gases de los camiones de combustible, el humo de un vertedero cercano de basura y el aceite de los fosos de engrase. Todas las noches la flota de camiones de basura estacionaba en un terreno cercano, el cielo enloquecido con las alas crueles y los graznidos frenéticos de las gaviotas.

Cuando Henry descubrió lo que realmente valía Mo, los dos iniciaron una relación que duraría toda la vida y que continuarían sus hijos: Thornton Tomtree y Darnell Jefferson.

Moses y su familia vivían en Pawtucket, una ciudad muy decente de clase media baja. Tenía un poco menos de todo, excepto por el equipo de béisbol Red Sox de Pawtucket.

Henry Tomtree vivía a algunas manzanas de Mo en Providence, que era considerada de clase media, realmente media. Providence era una ciudad de buen tamaño, bellísima para mirar cómo ondeaba por las montañas hasta el mar. Las casas parecían recién pintadas y la ciudad estaba llena de instalaciones educativas y se jactaba de una intensa vida cultural, que era muy reducida si se la comparaba con la de Nueva York y Boston.

A treinta y dos kilómetros bahía abajo se vanagloriaba Newport, que tenía categoría para turistas y la clase alta, verdaderamente alta. Dejando de lado los aspectos de ciudad marítima y otros adornos veraniegos, Newport era un puerto de nivel mundial para regatas. Allí, la calle principal se llamaba America’s Cup Way por el trofeo ganado por los navegantes yanquis durante más de un siglo.

La ascendencia estadounidense de Moses Jefferson se remontaba más que la de Henry y aún más que la de muchos de los dueños de mansiones de Newport.

La familia de Mo originalmente provenía de una colonia portuguesa en las islas de Cabo Verde, frente a la costa occidental de África. Nunca fueron completamente esclavos, pero se ganaban la vida prestando servicios a los cientos de barcos que surcaban las rutas del Atlántico. La mujer de Mo, Ruby, siguió limpiando casas durante algunos años después de que él empezó a trabajar para Tomtree. Muchas veces, tenía que dejar al pequeño Darnell con su padre en el depósito de chatarra.

Thornton Tomtree era un muchacho tímido. Su principal forma de recreación era pasar el tiempo en el depósito. Cuando Darnell logró empezar a caminar solo como un pato, Henry estaba librando una interminable guerra jugando a las damas con Mo. Nadie sabe el número exacto de tableros por los que pasaron hasta que Ruby le regaló a su marido uno de madera para su cumpleaños.

Durante la escuela primaria, creció la atracción de Thornton hacia el depósito. Solía saquear todo antes de que terminara en la compactadora o fuera enviado a otro lugar: paneles de instrumentos, motores de lavadoras, hélices de lanchas, cortadoras de césped y más correas de ventilador de las que necesitaría GM en un año.

En el área más interna del depósito, había un almacén donde se guardaban las cosas buenas: vitrales de mansiones demolidas, estatuas, elementos de cobre, maderas talladas, barandas que alguna vez fueron brillantes.

Centímetro a centímetro, Thornton y su pequeño ayudante, Darnell, movían las cosas de lugar dentro de ese almacén para poder establecer una mesa de trabajo.

Cuando Thornton tenía once años y Darnell apenas nueve, Moses y Henry instalaron un aro de basquetbol. Al principio, los dos padres tenían la fantasía de que eran más hábiles que sus hijos. Esta fantasía fue rápidamente destrozada por Darnell, y los dos hombres regresaron a sus juegos de damas.

Algo inefable atrajo a Darnell al depósito de chatarra: pilas de revistas *Playboy*. Darnell recibió un reto cuando Ruby encontró una debajo del colchón de su hijo, pero eso no lo disuadió. Pensó que había algo extraño en la revista, extraño y a la vez estimulante. Todas las mujeres de las fotografías eran blancas, y ninguna de ellas tenía vello pubiano. Darnell creyó por mucho tiempo que eso era normal. Años después, en una fiesta nocturna donde todos iban a bañarse desnudos, se dio cuenta de que *todas* las mujeres, negras y blancas, tenían vello pubiano. Ésa fue la época en que la revista tomó una posición valiente y lo mostró directamente.

Darnell Jefferson era un defensor nato y siguió siéndolo: rápido, grácil, engañoso e impasible, sí, impasible. Tenía el rostro lleno de sol y la bendición de una lengua de seda.

Thornton Tomtree creció desgarbado como su padre, con un aura permanente de tipo raro y un poco tonto, aunque era musculoso y muy fuerte por cargar fardos de diarios y chatarra. Desde un comienzo pareció que la misión de toda la vida de Darnell iba a ser modelar la personalidad de Thornton, o la falta de ella.

Siguieron por caminos separados cuando fueron al colegio y ambos ingresaron en diferentes círculos sociales, pero siempre se apresuraban a volver al depósito, donde estaba su reino conjunto.

Luego llegó el entrenamiento de Thornton Tomtree, un improbable jugador de basquetbol. Darnell proyectaba películas durante horas, describiendo la forma en que los grandes pivots del juego operaban como un centro.

Darnell le arrebataba la pelota cien veces por día hasta que sus reflejos y su coordinación llegaron a sus límites.

—¡Agarra la pelota! ¡Pásasela al hombre que no está marcado!

—¿Qué tal si me dedico un poco a tirar?

—Tú no sirves para tirar, Thornton. Los que pueden lo hacen. Tú eres un guerrero de trinchera. Eres un poste blanco con tipos a tu alrededor. Pero eres fuerte. Plántate debajo del cesto y destripa a todo aquel que quiera quitarte *tu* pelota.

Thornton Tomtree era torpe, no tonto. Una vez que entendió el nicho que Darnell estaba creando para él, estudió la complejidad y las posibilidades del juego y su valor particular.

Darnell invitaba chicos al depósito para jugar partidos que eran interminables ataques verbales a su alumno para que moviera los pies, saltara, encestara.

Al cabo del verano, Darnell había creado a un jugador de la nada. Su fuerte era ubicarse debajo del cesto. Sólo había un problema. Los dos iban a distintos colegios secundarios.

Thornton cambió la dirección de su casa al depósito de chatarra, lo cual le permitió transferirse al colegio Pawtucket High.

Sólo había dos chicos blancos que se presentaron para entrar en el equipo y se convirtieron en el blanco de malas intenciones. Al medir un metro ochenta y ocho, Thornton era un pivot de buen tamaño para un pequeño colegio. Cerró los oídos a las bromas. Una vez que su fuerza física fue puesta a prueba y demostrada, Thornton se convirtió en un legítimo jugador de reserva. Era el «Frankenstein» de Darnell Jefferson.

La habilidad en la cancha de basquetbol era una gracia difícil de conseguir. Menos difícil era el rápido dominio de Thornton de todos los planes de estudio del colegio tanto en matemática como en ciencias.

Darnell lo entrenaba en habilidades sociales, en particular chicas. Con el tiempo, se unió a Darnell en la lectura de viejas *Playboy* en el depósito.

—¿Cómo es posible que las mujeres blancas no tengan concha? —se preguntó Darnell.

—Nunca vi una —dijo Thornton. ¿Tus mujeres sí tienen?

—Ah, sí, pero nunca hubo una foto de una mujer negra en *Playboy*.

Estas sesiones finalizaban más pronto de lo que Darnell deseaba. Thornton siempre terminaba suspirando y meneando la cabeza al irse a su mesa de trabajo.

Sin decirlo en voz alta o sin siquiera saberlo, Darnell se estaba convirtiendo en una pieza esencial de la capacidad de Thornton de funcionar en el mundo exterior. Darnell prefería arrojar pelotas al cesto, mirar *Playboy*, ir de pesca y hablar de conchas, pero la enorme devoción de Thornton hacia su mesa de trabajo lo atrajo. Una especie de campana electrónica era explicada como un invento al estilo Rube Goldberg. Como aprendía lo suficiente sólo con la proximidad y el contacto, su amplio vocabulario terminó salpicado de términos científicos.

Un nuevo día de hechicería científica estaba llegando, y Thornton Tomtree se encontraba en su casa trabajando en ello. El invento electrónico de Thornton era una

especie de computadora a la que llamó Bulldog. Nunca compartió con Darnell ni con nadie el secreto de Bulldog City.

Thornton despertó la curiosidad de las universidades técnicas que dominaban esa área. Estableció contacto con el MIT y jugaba a complejos juegos de física. Cualquier cosa que la Bulldog pudiera hacer, parecía reducir la oposición de renombradas instituciones.

Cuando Thornton Tomtree terminó el secundario en Pawtucket High, hicieron una medalla de ciencias con su nombre. Pero fue un mal día para la pareja despareja. Thornton iría a la universidad y a Darnell todavía le faltaban dos años para terminar el secundario.

Durante un tiempo temió que fueran a alistarlo para Vietnam, pero lo eximieron por ser hijo único.

Una noche a fines del verano en Newport, mil y un turistas paseaban por la calle mirando curiosidades, y otros mil y uno caminaban por el otro lado de la calle mirando curiosidades. Navegantes con aire de machos, que tripulaban los yates de los ricos, festejaban. Peticionarios miraban hacia Brown University, que tenía una noche abierta para postulantes. En los salones de las grandes mansiones, cuartetos de cuerda tocaban para obras de caridad a mil dólares la pieza.

Thornton estacionó la camioneta del depósito de chatarra en la calle de entrada de la casa de Darnell y esperó en la hamaca del porche a que él llegara de una cita.

—Darnell.

—¿Tú, Thornton?

—Sí, ¿cómo te fue?

—No demasiado mal, supongo, pero esas chicas jamaiquinas tienen planes que se relacionan con atrapar a portadores de pasaportes estadounidenses. Así que, ¿cómo está todo?

—No estuviste en el depósito casi nunca este verano —le reprochó Thornton.

—Está bien —admitió Darnell sentándose frente a él en una mecedora. Quiero decir, estás tomando tu propio camino. Oigo a mi padre hablar de todas las universidades que te persiguen: MIT, Harvard, Carnegie Tech. ¿Cuántas becas te ofrecieron? Te confundieron con un jugador de defensa.

—Bueno, ¿y qué tiene que ver eso con nuestra amistad?

—Todo —respondió Darnell. Hombre, estás en un territorio exclusivo. Un par de años de universidad y vamos a necesitar un traductor para hablar. Vas a despegar como un cohete. Tú y yo nos quedamos sin tiempo ni espacio. Quiero decir, siempre podemos ser amigos. Buenos amigos, pero tú vas al norte y al sur, y yo voy al este y al oeste.

—He tomado una decisión —anunció Thornton. No voy a aceptar una beca. No voy a ir a la universidad. ¿Para qué voy a pasar cuatro años aprendiendo algo que ya

sé? Emplearía mejor mi tiempo si sigo desarrollando la Bulldog.

—¿De qué mierda estás hablando?

—No voy a ir a la universidad.

—¿Tu padre ya lo sabe?

—Mi padre es inteligente —respondió Thornton. Me miró de arriba abajo como si estuviera haciendo una oferta sobre diez toneladas de metal y me preguntó si sabía lo que estaba haciendo. Confía en mi juicio.

—Porque Henry no necesitó tener una educación universitaria para administrar un depósito de chatarra —replicó Darnell.

—Necesitó más. Nació con cosas que no se aprenden en la universidad. ¿No lo entiendes, Darnell? Tú estarás en Pawtucket dos años más y yo estaré en el depósito.

—No estoy casado contigo, hombre.

—No, pero eres la única persona en el mundo que quiero que me ayude. La Bulldog va a hacer algunas cosas impresionantes una vez que la termine.

Darnell detuvo la mecedora.

—Pensé que todo esto te iba a alegrar mucho —murmuró Thornton.

—Parece tratarse de ti y de lo que quieres tú —respondió Darnell. ¿Y yo? Bueno, avancemos dos años en el tiempo. Yo iré a la universidad. Universidad de Derecho de Columbia. Me alentaron para que fuera a verlos primero para pedir una beca de basquetbol. Hombre, estamos hablando de la ciudad de Nueva York.

—Detesto la estupidez —dijo Thornton disgustado. Quiero decir, realmente detesto la estupidez. Mírame. Puedo hacer los movimientos. Todavía puedo atrapar la pelota y pasar al hombre que no está marcado. ¿Cómo es posible que no puedas oler la mierda en un establo?

—Columbia no es un establo. Acostúmbrate.

—Entonces, desperdicia tu vida para obtener un título de abogado y termina como el sirviente negro de una de las compañías de seguros. Todos buscan negros, en especial negros defensores. Eres el perfecto sueño de la minoría ideal, Darnell.

—¿Por qué haces esto, Thornton?

—Para cuando te recibas, la computadora Bulldog va a ser todo un éxito. Y tú tendrás *bupkas*. Es el término judío para «cero».

—Hablemos de ejercer influencia sobre el otro —dijo Darnell. Mira, eres arrogante. Yo tengo mi propia vida. ¿En qué quieres que me convierta? ¿En tu negrito?

—Quizá no lo entiendes, Darnell. Voy a llegar a la cima. Necesito a alguien delante de mí para que se encargue de las cosas y yo pueda quedarme en mi mesa de trabajo.

—Qué arrogante.

—¿De verdad? Vivo en un mundo curioso que me tiene atrapado. Estoy más adelantado que la mayoría de los matemáticos del mundo. Es algo que no aprendí. Simplemente está allí. Pero cuando me miro al espejo, veo algo feo. Veo una estatua

rota de arcilla a la que le faltan los dedos y un hombro y una pierna. Soy incompleto y no puedo hacer nada al respecto. Tú eres el único amigo verdadero que tengo o que probablemente tenga. Quizás al ir al depósito día a día este verano, solo, quizá sentí miedo sin ti.

«Oh, Tomtree», pensó Darnell. En medio de un partido, podía leer los ojos de Thornton en la cancha. El tipo estaba resolviendo un problema de física. Las pequeñas y bellas porristas con sus brillantes pantaloncitos de satén rojo sobre sus pequeñas piernas negras y blancas. La cabeza de Thornton estaba en otra parte mientras ellas lo alentaban. Siempre estaba tan lejos que la mayoría de las personas temía hablarle, interrumpir ese canto de sirenas que sólo Thornton oía.

Tampoco había sido un verano tan maravilloso para Darnell, a pesar de los bikinis. A lo largo de los años toda esa exclusividad y la tradición del depósito de chatarra habían invadido su ser. Echó de menos a Thornton. Al principio pensó que se había liberado de él, pero terminó sintiéndose solo sin él. ¿Por qué? «Lo que quiere de mí es que sea el perro del depósito de chatarra del perro del depósito de chatarra», pensó Darnell.

—¿Así que quieres que me una a ti en cuanto termine el secundario? No sé nada del negocio. No sé cómo funciona el dinero. No sé nada.

—Sí que sabes, Darnell. Tienes instintos con respecto a… las personas… y eso es lo principal. En este estado nadie es más listo que tú.

—Es un estado pequeño.

—Bueno, si estuviéramos juntos, aun podrías ir a una de las universidades cerca de Providence.

—Voy a ir a Columbia.

Thornton se alejó furioso del porche y bruscamente instó a la camioneta para que arrancara.

Darnell se dio vuelta al oír el ruido de la puerta mosquitero al cerrarse detrás de su padre, que salía arrastrando los pies.

—Lo siento, oí sin querer —dijo Mo.

—Está bien, papá.

—Todavía te quedan dos años para terminar el secundario. Tienes tiempo de sobra para decidirte.

—¿En qué estás pensando, papá?

—Escucha lo que él te dice; es realmente algo bueno.

—Papá, yo te quiero y respeto tu juicio. Pero si hay alguien a quien conozco mejor que tú es a Thornton Tomtree. Toda su vida es como un juego de ajedrez donde está cuatro jugadas delante de Bobby Fisher. Si permito que Thornton me atrape, terminaré caminando detrás de él con una escoba y un trapo de piso.

—¿Estás dispuesto a callarte un minuto? —preguntó Mo.

—Sí, señor.

—Vas a ser realmente bueno hagas lo que hagas, hijo. Ahora hablemos un poco

de la realidad negra. Todavía estamos luchando por la igualdad. Por muy increíble que sea un negro, el camino para él seguirá siendo una tortura. Te vas a convertir en el sirviente negro y te vas a ver forzado, toda tu vida, a tratar de actuar y vivir en un mundo blanco. No importa la profesión que elijas, como tampoco importa lo bueno que seas: seguirán pensando en ti según el color de tu piel.

—Quizá los negros no lo aguanten más, papá. Estoy hablando del movimiento de derechos civiles.

—Ésa va a ser una lucha larga y sangrienta y, al final, los blancos seguirán siendo los jefes —respondió Mo.

—Thornton Tomtree tal vez no cumpla todos los fabulosos planes que tiene. Quiere que yo sea su esclavito. Creo que prefiero luchar solo y obtener mi libertad.

—O enterarte un día de que ya es tarde.

—¿Por qué admiras tanto a Thornton, papá?

—Porque nunca vi un genio como él. Es la clase de genio que debe ser servido. Si se mantiene lejos de los problemas, si aprende a distinguir su pie derecho del izquierdo, si aprende todo lo que tú puedes enseñarle, va a terminar siendo uno de los hombres más poderosos de los Estados Unidos. Estuve mirándolos a ustedes dos la mayor parte de tu vida, Darnell. Si te vuelves indispensable para él, estarás frente a algo realmente importante. —Ahora papá Jefferson lo señaló con un dedo. —En mi opinión, siempre tendrás un jefe. Un jefe al que puedes controlar es el mejor que se puede tener.

Durante dos años, Darnell vigiló de cerca el invento de Thornton Tomtree. La Bulldog estaba haciendo un trabajo fascinante. Thornton rechazó una docena de ofertas para formar parte de las principales compañías nacionales de electrónica.

No sabía exactamente qué quería en última instancia de la Bulldog. En el país aparecían más investigaciones sobre electrónica y productos. Thornton se concentró en tener una noción general del fenómeno informático.

Darnell se sintió atraído. Con el camino abierto a cualquier cosa, inició su propia recolección de datos para encontrar un nicho indispensable donde pudiera insertar la Bulldog.

Columbia quiso cortejarlos, pero no hubo caso. Darnell ahora estaba en su rincón en el depósito de chatarra. A lo mejor en el futuro le viniera mejor ser defensor de refuerzo del elegante equipo de Providence College.

Durante los siguientes dos años, quiso reunir y analizar hasta la última información disponible sobre el negocio a la que pudiera echarle mano. Providence le serviría.

—Henry, no saques el barco hoy. No me gusta la dirección del viento. Podría haber olas muy feas.

—Moses, ese hoyo está lleno de chernas, y están hirviendo de lujuria —dijo

Henry, arrojando su equipo de pesca en la parte trasera de la camioneta.

Mo le aferró los brazos.

—No salgas hoy. Sencillamente no me parece bien.

—Te vas a quedar con la cabeza y la cola.

Cuando había chernas, la mejor pesca estaba en Noah's Rock, con su desagradable corriente de resaca que corría entre las rocas y la playa, a seiscientos cincuenta metros de distancia.

Cuando la corriente entrante superaba la marea saliente en la resaca, los peces llegaban como una tormenta de nieve.

Pero aquel día, el poder del mar arremolinado y agitado demostró ser demasiado para el viejo barco de pesca de langosta transformado. Una fuerte ola de casi cuatro metros de altura azotó una roca, luego succionó el agua de la ensenada hasta que se pudo ver el fondo. Detrás de ella venía un fuerte oleaje que literalmente arrojó la embarcación contra Noah's Rock, donde se despedazó.

Henry Tomtree estaba tan destrozado que tuvo que ser enterrado con el ataúd cerrado.

Thornton no lloró en el velorio ni en el funeral. No oyó ni recordó los ruegos de Darnell. El dolor paralizante de su primera gran pérdida lo arrojó a un lugar más profundo dentro de sí mismo, donde trabajó día y noche, encorvado sobre su laberinto de cables. Después de un mes se permitió emitir un solo gemido de dolor.

Como nuevo, se presentó en el depósito para revisar las cuentas con Moses.

—Los libros son un lío, Mo —dijo Thornton.

—Ésos no son los libros. Los libros están aquí arriba —respondió Mo, señalándose la frente con un dedo.

—Bueno, tengo que ordenarlos de alguna manera. Estamos haciendo el trámite para obtener la validez del testamento. Yo no heredo simplemente. Heredo lo que quedó. Mo, tengo miedo de perder el depósito.

Mo acarició el pelo de Thornton.

—No vas a perder el depósito, hijo. Henry fue muy bueno conmigo. Aparté una buena suma para esa ocasión.

—Un mes después, un Moses Jefferson muy solitario dio una última mirada alrededor del reino de metal torturado. Se detuvo junto a la cancha de basquetbol. «¡Atrapa la pelota! ¡Arrójasela al hombre sin marcación!».

La luz estaba encendida en la casucha de Thornton. Parecía que siempre estuviera encendida.

Mo sintió que esos días estaba esperando, sólo esperando. Sabía que pronto sus ojos se iban a cerrar para siempre.

Capítulo 6

TROUBLESOME MESA, 2008

Quinn, me dije, que sea simple. La literatura no se aprecia estos días. Di lo que tengas que decir y aléjate del escenario. ¡Qué es esto! Sólo las 02:14 de la mañana.

¿Qué haríamos Rita, yo y los niños después de las elecciones? Si nos derrotaran durante la campaña, nos lo tragaríamos y seguiríamos con nuestra vida. Haber llegado tan cerca de la Casa Blanca y que me cierren la puerta en la cara, rechazado, sería otro asunto. Podría encontrar cierto solaz en el hecho de que el derrotado fuera Alexander Horowitz y no Quinn O'Connell. La realidad dice que esto nos acompañará a la tumba y determinará en gran medida la vida de nuestros hijos.

Hojeo el discurso. Bueno, necesita algunos retoques, pero no ahora.

Siento un resplandor. Rita está cerca. Reconocería su presencia a un kilómetro de distancia. Al entrar por el camino de la hacienda, adivino al mirarlo si ella está en casa o no.

Entró flotando desde el cuarto sin que la oyera, pero yo sabía que estaba allí, detrás de mí. Sus dedos están sobre mis sienes. Nadie gime como yo.

—¿Cómo está todo? —preguntó.

—No importa cómo se lo exprese al pueblo norteamericano mañana, no suena real. Ganar la nominación demócrata tampoco parecía real. Pero esto es una locura desenfrenada. ¿Quieres despertar a Greer, mi amor? Tiene que organizar la conferencia de prensa.

—Greer está en Los Angeles. Se lo encargué a Kohlmeyer antes de acostarme.

Quinn llamó por teléfono.

—Habla Kohlmeyer.

—Pete, es Quinn. ¿Cómo estamos para mañana?

—Los santos están marchando hacia Troublesome Mesa, jefe. Están zumbando como jejenes al atardecer en busca de un pedazo de carne muerta. Quinn, si puedo atrasarlo para mediodía en Denver, apareceremos a las once en la costa justamente antes de las noticias de mediodía y a las tres de la tarde en la Costa Este, lo cual nos da la oportunidad de empezar con el pie derecho en las noticias de la tarde.

—Esta vez no hará diferencia, Pete —dijo Quinn.

Peter Kohlmeyer, como todos los demás asistentes, quería saber qué se traía entre manos Quinn. Pete se contuvo con un gruñido entre dientes.

—Pete, esto está en gran medida en manos del presidente Tomtree. Su reacción podría cambiar todas las elecciones.

—El hijo de puta es demasiado listo para dispararse a sí mismo ahora —dijo Pete.

Date por vencido, Quinn. Ríndete ante Rita. Ella te ofrece todo para consolarte. Dios, en cuanto toco la almohada empiezo a volar por el espacio. Rita sabe lo que a

mí me gusta. Siento el calor de la protección y alivio al saber que todavía la tendré cuando todo esto termine.

Dios mío, no puedo dormir, pero por lo menos la atmósfera es agradable.

Los detalles de mi nacimiento me eludieron toda la vida y nunca dejaron de hacerme daño.

Trato de recordar, de lograr una pequeña conexión con mi vida de niño, pero todo lo que recuerdo comenzó en Troublesome Mesa.

Dan y Siobhan habían pasado doce inviernos de descontento cuando yo entré en escena.

TROUBLESOME MESA, 1953

Dan era un marine, el hombre más tierno y cariñoso, pero se enfrentaba a la circunstancia más penosa. Siobhan, igualmente cómoda en vaqueros o detrás de los controles del Cessna, encontró que la fe y la comprensión de Dan les daban mucha fuerza.

En la primavera, la nieve de las altas montañas se derritió y soltó su carga. El viaje la convirtió en ríos grandes y caudalosos. Su rugido creaba estremecimiento en la casa de la hacienda.

Cuando el agua llegaba al valle, dejaba lagos y pequeñas playas llenas de truchas de montaña hambrientas, pero experimentadas en las alturas.

Los hacendados leían los vientos, predecían las lluvias, conocían el valor de la cosecha con sólo tocarla.

Llegaron los colibríes, flacos y exhaustos de su vuelo hacia el norte. Consuelo puso varios recipientes de vidrio rojo para atraerlos y decirles que tenían un regalo en la hacienda O'Connell. Se colocaron bebederos de agua azucarada y tinte rojo y, para el atardecer, había cientos de colibríes. Un bravucón, más grande que los de «pecho colorado», pasaba horas cerca del bebedero echando a los más pequeños. Parecían luchas de la Segunda Guerra Mundial: se peleaban para llegar hasta el alimento.

Con poca luz para encontrar el camino desde la ciudad de noche, la hacienda O'Connell estaba en la oscuridad, lo cual permitía un gran espectáculo para mirar las estrellas. Y uno se preguntaba si la Tierra era realmente el centro del universo.

Luego venían las bailarinas de ballet: lluvias de plantas con flores amarillas, rojas y violetas, cada masa llenando su propia colina o pradera o ladera de acantilado para radiar su vitalidad y luego irse, demasiado pronto. Dan y Siobhan eligieron su propia pradera mágica y hacían el amor en el césped. Y él se reía de los semidioses de cimas blancas que tenían arriba de ellos.

Dan hizo lo que cualquier hombre bueno tenía que hacer para aliviar el dolor de su vida. Con Pedro Martínez firmemente en control del funcionamiento de la hacienda y Siobhan encargada de la contabilidad, Dan pudo obtener un escaño como senador del Estado.

Gracias a Pedro, Dan aprendió a cazar y a pescar y a navegar en canoa, a sobrevivir si se perdía en las montañas, a arreglar cercas, a arrear, comprar y vender ganado, a leer los frentes climáticos de rápido movimiento que rugían valle abajo.

Sin embargo, el clima bueno y cálido no duraba mucho. No tenía que hacerlo, porque millones de álamos, propagados a través de sus raíces, cubrían las laderas a cada lado del valle. Sus hojas, de un verde pálido traslúcido, temblaban ante la menor brisa. Los mexicanos las llamaban «dinero para el papa».

En la segunda o tercera semana de septiembre llegaba el anuncio de que el invierno no estaba lejos porque las hojas adquirían un tono dorado con la mancha ocasional verde oscura de una conifera en medio de los álamos.

La primavera y el otoño eran fangosos y sucios a causa de que los copos de nieve tenían demasiada agua. Para la época de Acción de Gracias, cuando el frío verdadero ya se instalaba, los copos eran tan livianos que se podían caer de una rama con sólo respirarles cerca.

¡Llegaba el padre Sean!

Durante tres años había estado en uno de esos espantosos lugares en África adonde sólo iría un misionero católico. Devastado por las dolencias, lo llamaron de vuelta a los Estados Unidos. Después de tres años en África, se había ganado el respeto que se merece un dedicado y sacrificado sacerdote a los ojos del cardenal Paul Watts, arzobispo de Brooklyn. El cardenal recluyó a Sean.

El sacerdote necesitaba curarse. Se estableció una rutina liviana de obligaciones en la que podía pasar parte de su tiempo en la cercana St. John estudiando y enseñando.

El cardenal Watts estuvo de acuerdo en que un mes de vacaciones en Colorado iba a traerles un poco más de color a las mejillas. El padre Sean fue recogido en el aeropuerto de Denver y conducido a la sección de avionetas. Casi se murió de miedo cuando su hermana, la pequeña Siobhan, tomó los controles del Cessna. Ella había esperado mucho ese dorado momento y lo levantó a las alturas y aterrizó en la pista de tierra de Troublesome sin ningún problema.

Otra sorpresa: ¡un departamento, el departamento de Sean, había sido añadido a la casa! Tenía todo: desde su propio vehículo hasta un equipo futurista de sonido, un enorme hogar y una galería que ofrecía un paisaje impresionante.

Se reunieron delante del fuego, el primer fuego del padre Sean. Siobhan desató los cordones de los zapatos de su hermano y deslizó sus pies en un par de pantuflas de lana. Él gimió de placer y pronto el humo de su pipa bailoteó con el humo del fuego.

—¿Cómo estás ahora? —preguntó Dan.

—El cardenal Watts es la clase de hombre para quien quieres trabajar duro.

Sean tomó un sorbo de un raro coñac aterciopelado y pudo oírse su satisfacción;

luego los miró primero a uno y después al otro.

—Siobhan, ¿cuántas veces volviste a Brooklyn?

—Ocho, diez. No lo sé exactamente.

—Todos admiran la vida que han logrado aquí en Colorado. Pero ese cuarto al final del pasillo sigue cerrado con llave.

—Ya sabes lo que pasó —dijo Dan. Durante un tiempo viajé a Dios sabe dónde a ver especialistas en fertilidad. Hasta me bajé los pantalones delante de médicos judíos. Todos dijeron que la esterilidad causada por las paperas es poco común y que existe la posibilidad de que pueda arreglarse.

—¿Cuánto planean esperar?

Dan dejó caer las manos sobre su regazo y bajó los ojos.

—Es posible que estemos listos para adoptar —dijo con un susurro.

—Investigamos en nuestra agencia católica. De alguna manera, parece muy arriesgado recibir a un niño enfermo después de meses, quizás años, de esperar —dijo Siobhan.

El padre Sean vació su pipa.

—Hice algunas averiguaciones por mi cuenta. El ayudante más cercano del cardenal Watts es monseñor Gallico. Es el mediador de la diócesis. Cuando le hablé al cardenal de su situación, me dijo: «¿Por qué no lo habla con monseñor?».

Ambos se tensaron visiblemente.

—No tienen más que conocer a monseñor Gallico para darse cuenta de que le encanta ocuparse de las cosas, un verdadero jesuíta. Estas últimas semanas me mostró algunos niños, pero yo no pude elegir a ninguno en términos de la hacienda y las montañas. Antes de viajar aquí, Gallico me llamó, muy entusiasmado. Encontró un bebé en particular que él había estado rastreando. El niño vivió con sus padres biológicos durante su primer año y fue dejado en un convento con órdenes de que debía recibir una atención especial. Sospecho que monseñor quizá sabía de este niño en todo momento y me mostró los demás para despistarme. Ya conocen a la Iglesia, siempre con nuestros misterios y secretos.

Siobhan se sobresaltó más de una vez. El padre Sean llenó su pipa y volvió a encenderla.

—¿Qué sabes de este niño? —preguntó Dan tímidamente.

Sean se encogió de hombros.

—La Iglesia tiene una enorme burocracia cuando se trata de huérfanos, bienestar y hogares adoptivos. Siento informarles que la mayoría de los niños que tenemos para adopción son de madres solteras o menores de edad. Sin padres. El asunto es —prosiguió— que si no adoptan a un recién nacido, tienen que saber lo más posible sobre el primer año del niño.

—¿Por qué? —preguntó Dan, sorprendido.

—En el primer año, el contacto de humano a humano es fundamental. Casi siempre es la clave para el comportamiento futuro. Sé que éste fue un niño querido y

objeto de un gran afecto. Él confía en las monjas, que lo adulan mucho.

—A mí me parece que es posible que monseñor conozca a este niño desde que nació —dijo Dan. ¿Acaso es su padre, Sean?

—No lo sé. No se me permite preguntar. Sin embargo, cuando Gallico trajo este niño para verme, no hubo otra razón para preguntarse por qué es tan especial. Es guapo, es inteligente, es adorable. El niño es maravilloso con los otros huérfanos, un pequeño caballero. Tiene un aura que no puedo explicar con palabras.

Sean buscó en su billetera gastada, rota y con manchas verdes de hongos africanos. Siobhan resolvió comprarle una nueva al día siguiente. Sean la sostuvo cerca de la luz y extrajo una fotografía.

—¡Oh, Dios, es precioso! —exclamó Siobhan. Dan supo, por la reacción de ella, que era un trato hecho, más allá de su participación o reacción personal. Tomó la foto y también él se derritió.

—Voy a tener que preguntarte, padre Sean, ¿no podremos saber nada de sus padres?

—Nada.

—¿Cómo se mezcló en todo esto monseñor Gallico? —se preguntó Dan en voz alta. Amo a mi Iglesia. La hacienda está llena de santuarios. Pero no me divierte mezclarme en secretos y engaños. ¿Acaso están encubriendo a este niño porque fue engendrado por un sacerdote o una monja?

—¡Dan! —exclamó Siobhan bruscamente. Ya conoces las reglas.

—Va a ser igual con cualquier niño que adopten —dijo el padre Sean.

Dan volvió a tomar la foto. No quería volver a ver jamás la angustia en la cara de Siobhan cuando se enteró de que su marido era estéril.

—Puede sonar cruel, pero cuanto más sepan ustedes y el niño de su pasado, más abrirán las puertas de su casa para que vengan extraños a instalarse. Yo he visto niños conocer a su padre o madre biológicos, y puede destrozar una vida. Echa por la borda sueños que deberían permanecer como tales.

—¿Y quién emite ese juicio?

—Siglos de sacerdocio cargado con los problemas más sagrados y secretos de hombres y mujeres.

—Secretos que van a la tumba. Mentiras que van a la tumba.

—Si no sabes y le dices a tu hijo que no sabes, le estarás diciendo la verdad.

—Maldito discurso ambiguo de Gallico.

—Dan —dijo Siobhan. ¿Cómo será la noche de mañana y las que siguen si rechazamos esta oportunidad?

—No puedo decirte las veces que pasé por donde se pesca y me vi con mi hijo. Cuántas veces íbamos juntos a los partidos de fútbol. Cuántas veces… estas cosas siempre son complicadas, ¿no es así, padre?

—La vida es complicada.

—Está bien, Siobhan, tenemos un hijo —dijo Dan.

—Me alegro, y que su vida comience en el momento en que ponga un pie en la hacienda. Les prevengo que a veces el impulso de un niño de encontrar a sus padres biológicos es insaciable. Lo único que pueden hacer es criarlo con sabiduría y amor. Su vida puede ser tan plena que quizá su necesidad de saber se desvanezca. Ofrézcanle una vida tal que no quiera otros padres más que ustedes.

Dan se inclinó contra el hogar. La repisa, la galería de fotos de todas las casas irlandesas, estaba vacía.

—Dios nos ha dado todo —dijo Dan. No podemos descargar nuestras frustraciones en este niño. ¿Cómo se llama?

—Las hermanas lo llaman Patrick.

—Eso es lo suficientemente irlandés.

—Patrick O'Connell —repitió Siobhan tres veces.

—Sabes —dijo Dan—, en el Cuerpo casi todos nos conocíamos por nuestro apellido. ¿Crees que podríamos llamar a nuestro hijo Quinn Patrick O'Connell?

—Era lo que había pensado —dijo su mujer.

Capítulo 7

WASHINGTON DC, 2008

Son casi las tres. Nada hace pasar el tiempo más lentamente que esperar que el agua hierva.

—Comuníqueme con Whipple —ordené por teléfono.

—Habla Whipple, señor Presidente.

—¿Qué está pasando?

—Hace unos minutos, la gente de O'Connell convocó a una conferencia de prensa para mañana a la una de la tarde, hora de las Rocallosas.

—Parece que O'Connell está trabajando hasta tarde.

—Sí, señor. Toda la prensa está yendo a Troublesome Mesa.

—Contacte a mis asesores. Miraremos la conferencia de prensa en la sala contigua a mi oficina. Dios, ¿qué está pasando?

—Muchos rumores. Aquí hay uno interesante. Una corresponsal del *New York Times*, June Siddell, vio a alguien que conocía desembarcando en el aeropuerto de Denver. Accedió a la lista de pasajeros y confirmó que era un detective de la policía bastante conocido, llamado Ben Horowitz. Fue recibido por asistentes de O'Connell y salieron del aeropuerto hacia Troublesome Mesa. Los periodistas en Troublesome confirman la llegada de Horowitz, que fue llevado directamente a la hacienda de O'Connell.

—¿Qué tiene que ver todo esto, Whipple?

—No tengo ni idea, señor Presidente.

—Que el FBI en Nueva York averigüe quién es este Horowitz.

—Antes de que Whipple pudiera quejarse por tener que usar al FBI para eso, traté de seguir con otra cosa. —Ahora bien, ¿dónde está el vicepresidente?

—Eh… señor, ¿está seguro con respecto al FBI?

—No tenemos tiempo para tonterías. ¡Hágalo! Ahora, ¿dónde está el vicepresidente?

—En Dallas.

—Contáctelo.

El senador, ahora vicepresidente, Matthew Hope era mi mayor concesión a una coalición sureña cristiana muy conspicua. Matt Hope era uno de ellos, en cuerpo y alma. A través de él, yo podía controlar ese bloque. Durante la última etapa del reinado de Clinton, varias confesiones cristianas, presbiterianas, metodistas unidas y también el clero católico y judío aparecieron con cabales propuestas antiarmamentistas. Cuando Clinton dejó el cargo, el cabildeo acerca de las armas resurgió y recobró la mayoría de sus derechos. Esencial en todo esto era el control incuestionable de Matt Hope sobre dieciséis millones de bautistas sureños.

—Habla Matt Hope.

—Matthew, ¿qué rumores hay en Dallas?

—No muchos, señor Presidente.

—Tenemos un pequeño cambio de planes, Matt. Vuelve a Washington de inmediato. Tienes que estar en la Casa Blanca a las dos de la tarde. Antes de despedirnos, quiero que consideres unas cifras perturbadoras que recibí de nuestros encuestadores hace algunas horas. Desde el gran debate ha habido una baja en todo tu territorio.

El vicepresidente se aclaró la garganta.

—Oh, sólo una oleada. Habrá cifras más favorables a medida que las tendencias se nivelen.

—¡No es así! —le informé. Hubo una tendencia de dos puntos a favor de O'Connell en Carolina del Sur y Alabama. Y una tendencia de dos puntos y medio en Louisiana, Georgia y Mississippi. Es una clarísima tendencia, Matthew.

—Demonios, los presbiterianos son *su* gente, Señor Presidente.

—Ése es el punto, Matthew. Los bautistas sureños son tuyos. Hay dieciséis millones. Estamos perdiendo terreno en tierra bautista. Quizá sus mujeres no se han sometido de buen grado.

Matthew Hope, mi potencial salvador, parloteó sin decir nada en una jerigonza ininteligible. Le colgué. La puerta del cuarto adyacente estaba abierta y entró Darnell.

—Pensé que había oído una alondra cantando —dijo—, así que supuse que estabas levantado.

—Mandé buscar a Matthew. Si puedo ganar sin los bautistas y lograr sacarme de encima esa amenaza bautista, pondré a Matthew paleando mierda, que es lo que debería hacer un vicepresidente.

—Tengo la corazonada de que lo que anuncie O'Connell va a ser un asunto nacional. El sur tal vez sólo sea un jugador.

—Por lo general tienes razón, Darnell. Usaremos a Matthew esta última semana para conquistar a Texas y Florida.

Darnell conocía mi malestar.

—Estamos en un territorio muy poco definido, Thornton. Sin embargo, hemos estado en un territorio poco definido la mayor parte de nuestras vidas. Hablando de salvarnos por un pelo, no teníamos un carajo cuando tocamos fondo. Fuimos listos, fuimos valientes. Fuimos poco éticos y salimos de apuros gracias a nuestra astucia. ¿Extrañas esos días, Thornton?

—Diablos, no.

—Estas elecciones no han terminado. Hay algo en el aire. Casi puedo oler la sangre de O'Connell desde aquí.

Envié a Darnell a averiguar las últimas novedades.

Es inútil tratar de dormir. Antes de asumir la presidencia nunca tuve problemas para dormir. Traté de plantearme un problema de Física, pero sencillamente tenía la

cabeza en otra parte.

Es extraña la forma en que Darnell divide nuestras vidas en dos extensos ciclos. Tiene razón cuando dice que las primeras épocas establecieron el tono de nuestra rudeza y nuestros recursos. ¿Pueden creer que la década del 70 fue hace casi cuarenta años?

¿Realmente la extraño? ¡Diablos, no! Bueno, tal vez.

PAWTUCKET, DÉCADA DEL 70

Thornton Tomtree se aferraba al bloque cuadrado del depósito de chatarra, tan absorto en su trabajo que apenas diferenciaba entre el día y la noche. Estaba fabricando una flota de prototipos con sus propios timbres y silbatos y funciones exóticas.

La gran revolución electrónica que había rugido y rugido ahora estallaba por la boca del volcán.

Como Thornton no analizaba las habilidades de sus futuros competidores, estaba solo en una tecnología de una sola persona. Sin embargo, ¿cómo encajaría la Bulldog en este nuevo mundo feliz?

Darnell, que se suponía que debía comercializarla, se preguntaba incluso para qué servía la Bulldog. Darnell no regresó a Providence College en su último año, sino que empezó a trabajar con Thornton en el depósito. Darnell ya había gastado toda su herencia, cien mil dólares, que Thornton no tuvo problemas en comerse.

El depósito había dejado de vender chatarra. La cuenta bancaria no existía. Darnell organizó una liquidación total.

A medida que las diversas pilas de chatarra y papel fueron desapareciendo, terminaron con un estilo de vida e iniciaron otro. Ninguno de los dos había heredado el amor hacia los desechos que sentían Henry y Mo.

Finalmente, las cosas buenas también se fueron. Se llevaron los vitrales y los adornos antiguos, y lo único que quedó fue un depósito con aspecto de casucha y el nido de ratas lleno de cables de Thornton.

Darnell trazó los caminos más probables que iban a tomar las nuevas empresas. Gran parte de todo esto estaba pasando con demasiada velocidad como para poder comprenderlo. Los principales inventores y comercializadores nuevos no tenían una respuesta racional con respecto a dónde se estaba dirigiendo todo. Algunas compañías tuvieron mucho auge, otras quebraron. Chocaban unas contra otras en intentos despiadados por que sus productos se convirtieran en productos estándar.

Darnell y Thornton se pasaron más de una noche entera hablando y tratando de elaborar una estrategia. Sabían que no llevarían a la Bulldog al medio de un campo de batalla. También sabían que tenían que mantenerse libres del control externo.

Se reducía a una cuestión de propósito. ¿Para qué servía la Bulldog? ¿Qué camino podrían tomar con la Bulldog que otros no pudieran seguir? ¿Qué nicho único llenaría

este sistema?

Al mismo tiempo, habían llegado a un lugar oscuro. La oscuridad guardaba el secreto. La velocidad es la semilla de la codicia, había dicho Darnell.

A medida que cada innovación iba llegando al mercado, el «propósito» de Thornton se abría más. Tomaba caminos internos dentro de su mente donde Darnell no podía seguirlo.

—Debemos mantener la oscuridad oscura —dijo Thornton por fin. ¿Qué está pasando, Darnell? Cada computadora está tratando de superar a las demás. La alta tecnología está tratando de rechazar a los invasores. Existe una cacería demente para mantener la seguridad y la integridad de un sistema. Esto consume la mitad del tiempo de un investigador. ¡Pero! ¿Qué están haciendo sino reaccionar ante algo que ya está teniendo lugar? En mi propio estilo modesto, puedo ingresar en casi todas las líneas y decodificar cualquier mensaje.

—No podemos comercializar eso.

—Podemos construir un sistema que sea impenetrable. Podemos instalar ese sistema y aferrarnos a nuestra porción del mercado mientras los demás están jugando a la cacería. Lo haremos.

—¿Qué cosa?

—Mensajes y transacciones inaccesibles y codificados.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente —respondió Thornton, levantando una caja negra y pequeña llamada Growler, una consumada y sofisticada computadora codificadora y decodificadora. La Growler también provenía de un lugar de lo más profundo de Thornton Tomtree: sus versiones de matemática, su coqueteo con la matemática cuántica. ¡Su natural inclinación hacia lo secreto!

—¿No estaríamos mejor si vendiéramos la Growler?

—De ninguna manera.

—Pero puede costar millones instalar una red para una compañía.

—Instalamos nuestras terminales en Harvard, MIT, Cal Tech, Georgia Tech, Stanford, y en el Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea, y dejamos que esas personas se rompan el culo tratando de decodificarnos. Tú, mi querido amigo, venderás los resultados a, digamos, trescientas compañías incluidas en Fortune 500. Instalaciones en trescientas corporaciones que paguen tarifas mensuales por protección absoluta suman miles de millones…

Thornton tenía razón, pero aun así, estaba equivocado, pensó Darnell. Había dicho: *mantener la oscuridad oscura*. Cuando Darnell estudió el alcance del sistema, trató de calmarse pensando que estarían libres de violaciones a la ley de antimonopolio, competencia desleal y otras interferencias del gobierno. Después de todo, sólo iban tras una pequeña porción del mercado.

No obstante, Thornton no estaría dispuesto a detenerse con trescientas redes Bulldog una vez que se hubiera convertido en el Rolls-Royce del mundo de la

informática.

Bancos, compañías de seguros, fabricantes de autos, empresas petroleras, policía, líneas aéreas, cadenas comerciales, redes médicas… todos en secreto.

Una gran computadora central que iba a construirse en Pawtucket podría dirigir a miles de redes. Los emisores y receptores no podrían operar a menos que ambos fueran positivamente identificados a través de huellas digitales, fotos y un lector de ADN.

Darnell no estaba plenamente convencido, pero siguió cumpliendo con su parte del trabajo. Instaló la red en las universidades y las fuerzas armadas, entusiasmando y desafiando a quienes lo escuchaban. En particular buscaron a las fuerzas armadas, ya que cualquier sistema instalado para ellas abriría la puerta a cientos de empresas. Las personas inteligentes dentro de su nuevo pensamiento se devanarían los sesos tratando de acceder a la Growler. Sin éxito.

Thornton gruñó satisfecho cuando sus adversarios amistosos tiraron la toalla. La Growler saltaba a uno de varios millones de algoritmos codificados de modo que el emisor y el receptor tenían que estar «casados».

Pero eso era allí afuera y esto era aquí adentro. En el mundo real, estaban lejos de obtener la financiación para construir las computadoras centrales.

Darnell tenía dudas persistentes. Siempre albergaba la esperanza de que en alguna parte del sistema pudiera encontrarse un beneficio universal. Era la crianza de Darnell, una necesidad del alma de responder a preguntas sucias. A medida que Thornton entraba en todo ese terreno, al parecer sin escrúpulos, Darnell se preguntaba si iba a poder seguirlo.

—Lo que estamos haciendo, Thornton, es aprovechar la paranoia de la gente. La mitad de la energía de una computadora es para desconfiar, y las paredes son cada vez más altas hasta que llegamos al arma última, la Bulldog. Verás, la desconfianza engendra desconfianza, y la maldita industria informática se está construyendo sobre la codicia. Así que estaríamos construyendo un parachoques alrededor de las elites empresariales para que sigan adelante en secreto total. Ése es el espacio oscuro, y vamos a controlar la noche. El gobierno terminará haciéndonos entregar la Growler.

—Piensa en esto, Darnell, porque tú lo planeaste. Dentro de diez años va a haber millones de terminales individuales y redes de negocios, y una buena parte de ellos estará engañando al público. Los federales irán tras ellos, para limpiar la indecencia y el robo.

—Van a llegar hasta nosotros…

—Para cuando el gobierno lo logre, gran parte del comercio y la defensa del mundo funcionará a través de las redes Bulldog. Seremos una parte demasiado integral del mundo como para que nos estén jodiendo.

—Mantener la oscuridad oscura —murmuró Darnell.

—Lo entendiste. Todo lo que hacemos —dijo Thornton— es proveer la tecnología. Nuestros clientes son responsables de proveer la moralidad.

Refinar el sueño era algo que avanzaba muy lentamente. Obtener una red de tamaño completo y ponerla en funcionamiento era de alcance galáctico.

La chequera empezó a sufrir las consecuencias.

—Voy a necesitar veinte mil dólares para el fin de la semana que viene, Darnell.

—Quizá tengamos que ir al Banco o asociarnos con alguien.

Thornton meditó la posibilidad de usar su base de datos para descifrar códigos.

—¡Thornton, no me gusta que hagas eso!

—Veamos, First Union of Providence. Es dinero del narcotráfico. Lo lavan transfiriéndolo a «Fondos de Reserva para la Construcción», que el Banco invierte en parte en nuevas construcciones. Entra mucho efectivo. Se emiten cheques por docenas.

—Hombre, se trata de tipos desagradables.

—Bueno, ¿cómo diablos crees que nos mantuvimos vivos? Además, no estamos tratando con gente realmente brillante. Estos estúpidos banqueros prestan dinero a México. De todas maneras, no cuestionan las transferencias que provienen de los Fondos de Reserva para la Construcción. Lo único que hago es facturarles por aranceles de asesoramiento, recojo un cheque en una casilla de correo y lo deposito. Darnell, están enviando cheques a narcotraficantes todo el tiempo bajo la fachada de aranceles de asesoramiento.

—Ejem —anunció una voz detrás de ellos. Un caballero entró en la casucha y entregó a Thornton una tarjeta que decía DWIGHT GRASSLEY. Era una de esas tarjetas profesionales de nivel alto que no necesitaban incluir la dirección, el número de teléfono o el tipo de actividad. Dwight Grassley pertenecía a esa clase de personas.

El linaje de los Grassley en Rhode Island se remontaba a más de dos siglos cuando llegaron como cuáqueros a Block Island. La dinastía Grassley, alguna vez líder en Seguros y Bancos, había alcanzado su cumbre, pero principalmente debido a una escasa diversificación, había caído a una plataforma inferior, cuando cerraron fábrica tras fábrica y Nueva Inglaterra se hundió en una crisis manufacturera y económica.

Sin duda, los Grassley eran un poder disminuido, pero un poder al fin.

El Grassley que tenían frente a ellos era bajo, de cara redonda, mejillas sonrojadas, con la sonrisa pastosa de un hijo que no es el preferido. Nadie habría vuelto a oír de él, pero los patriarcas y las matriarcas al parecer murieron todos al mismo tiempo y se convirtió en el principal heredero.

Dwight llegó a ser primer vicepresidente y director de la entidad operativa de Grassley.

—Perdón por aparecer sin una cita.

—Bueno, eso no parece ser un problema —comentó Darnell.

—Estaba mirando Hell’s Acres para ver qué podemos hacer con esta tierra.

Somos dueños de la mayor parte de ella, pero no da dinero estacionar camiones de basura.

—Diablos, no sabía que hacían eso por aquí —dijo Darnell. El señor Grassley estaba ofendido por los comentarios listos que hacía Darnell. —Si nosotros tuviéramos su terreno, tendríamos más de diez hectáreas contiguas y ciertamente podríamos atraer el interés del mercado. De otra manera, tendría que dividirse en dos, lo cual dificulta mucho su venta. Ahora bien, incluiríamos una buena prima para usted.

»Y sucede que usted tiene algunas parcelas entre Harmony y Chepachet que nos quiere cambiar por una bicoca —dijo Darnell al tiempo que Grassley se exasperaba cada vez más.

—¿Quiere vender o construir? —preguntó Thornton.

—Todo, nada o parte y parte —respondió Dwight. Hay unas cuantas opciones…

—Sí —intervino Darnell—, un paseo de compras pero demasiado cerca de Pawtucket, un hotel con una marina pero demasiado lejos de Newport, un predio para ciudadanos de la tercera edad. Los costos para construir condominios para ancianos están muy lejos de los posibles beneficios.

Dwight ahora tuvo una reacción diferente: estaba escandalizado.

—¿Cómo obtuvo esa información?

Thornton empezó a querer dar explicaciones, pero Darnell levantó la mano.

—Obtuvimos la información sobre la venta de terrenos por sus computadoras.

«Bueno, bueno», pensó Dwight. «Bueno, bueno, bueno». Se aclaró la garganta y se inclinó hacia Thornton, bajando la voz.

—¿Podemos hablar en privado? —le pidió.

—Lo siento —dijo Thornton. Él es Darnell Jefferson, mi vicepresidente, único empleado y confidente negro. Seguramente usted tendrá abogados negros para que puedan traducir a los negros del distrito de bajos recursos.

—Tuve —dijo Dwight, cruzando los brazos sobre el escritorio y apoyando la cabeza sobre ellos. Hasta los grandes hombres como yo cometemos errores —agregó, tratando de hacer una broma. Ahora que ya nos presentamos, ¿tienen una Coca fría?

—Si todavía tenemos electricidad —respondió Darnell. ¿Qué piensa, señor Grassley?

—La tierra se venderá a un precio suficiente para nivelar nuestras finanzas.

—Veamos, después puede poner Woolworth’s, Jacques Penne, Sears, Filene’s Basement y quizás un estadio para cien mil personas, hecho enteramente de palcos de lujo para atraer una franquicia de la Liga Nacional de Fútbol. Al Davis estaría interesado.

—Dwight… ¿puedo llamarlo Dwight? —quiso saber Darnell.

—Por supuesto. Y usted es Darnell y usted, Thornton.

—Subamos al techo —dijo Darnell. De allí tenían un panorama del vertedero de basura y era bastante deprimente. —Señor Grassley, Dwight, usted pertenece a una de

las grandes familias de Rhode Island. Este estado es famoso por cuentas, pulseras y bisutería, probablemente lo que los indios enseñaron a los primeros colonizadores. Ya no es una industria de crecimiento o un importante centro financiero. Esta tierra, aprovechada, podría albergar a un moderno parque industrial que podría ayudar a revivir la economía de Rhode Island.

—Con su planta como nuestra ancla —replicó Dwight. Miren, amigos, nosotros también hicimos nuestras averiguaciones. Nadie sabe qué hacen ustedes, incluyendo ustedes mismos.

No había sol que pudiera disipar la neblina aquella mañana. Regresaron a la oficina.

—Déme una cifra por su tierra. La adjuntaremos a nuestras parcelas y le daremos, digamos, veinte por ciento de la venta total.

En ese momento, Darnell y Thornton se miraron, completamente metidos cada uno en el cerebro del otro. Thornton asintió imperceptiblemente. Darnell recibió el mensaje. Tomó una Growler y se la entregó a Dwight.

—Este pequeño demonio hace que nuestra red Bulldog sea totalmente segura.

Dwight lanzó una carcajada, se disculpó e hizo un ademán despreciativo.

—Ahora, todos los artistas estafadores, psicópatas travestidos, pervertidos pornográficos, ladrones, Bancos monstruosos, manipuladores bursátiles, traficantes secretos de armas están invadiendo el ambiente informático —dijo Darnell.

—Y ustedes, chicos, deben tener a Dios de su lado —se burló Dwight.

—En cierto sentido —contestó Thornton. El First Union Bank of Providence, su Banco, echa mano a diez cuentas numeradas de narcotraficantes y «reinvierte» a través de sus fondos para la construcción. Es difícil acceder a registros exactos. Se queda con un dulce y limpio diecisiete por ciento.

Dwight palideció. De repente se encontraba frente a dos hombres jóvenes, llenos de determinación y poseedores de una pavorosa información. Se obligó a permanecer calmo. Después de buscar una razón, se dio cuenta de que no había explicación alguna.

—¿Van a delatarnos? —preguntó Dwight.

—Por supuesto que no —respondió Thornton. Ustedes están haciendo lo que cualquier Banco respetable haría. Pero consíganse un nuevo sistema de seguridad.

—Como la Bulldog y la Growler —dijo Darnell.

Fue un día de suerte para Dwight Grassley. Thornton Tomtree y Darnell Jefferson hacía tiempo habían previsto el alcance de su propia ambición. Era mucha, y se traducía en la desconfianza de la computadora hacia la computadora, o más sucintamente, en la desconfianza del hombre hacia el hombre.

First Union of Providence, su compañía de seguros y sus sociedades de bienes raíces usaron la red Bulldog/Growler inicial. Estaba llena de fallas, pero nadie podía acceder a su circuito secreto.

Luego llegó la Fuerza Aérea, después de que un pirata informático irrumpiera en

una de sus redes más vitales y secretas.

Equipos de genios en muchas universidades y laboratorios empezaron a hacer ejercicios con Bulldog/Growler y cada uno alababa increíblemente el hecho de obtener una confidencialidad absoluta.

El auge de Thornton Tomtree empezó cuando una hilera de topadoras fueron a remover la tierra. El primer edificio albergaría a las computadoras centrales, un par de monstruos electrónicos creados artesanalmente por Thornton.

Darnell se aseguró de que cada demostración fuera cubierta por los medios. Con mucha publicidad, el sistema se vendió y pronto hubo una lista de espera para instalaciones. Darnell propuso un gran nombre y logotipo: Industrias T3.

En pocos años, Industrias T3 había instalado redes para más de cien industrias incluidas en Fortune 500.

De querer satisfacer la demanda, la capacidad de fabricación tendría que haber aumentado varios cientos de percentiles. Exaltado por un trato generoso con T3, Dwight Grassley sabía que tenía una compañía infinitamente rentable. Hasta se deshizo de sus cuentas de dinero del narcotráfico.

A medida que el sistema fue creciendo, Darnell Jefferson se propuso llevar más allá los parámetros de la personalidad de Thornton. Era algo lento y pesado. Reunirse con la prensa, usar la astucia, crear confianza dentro de los negocios locales y compartir almuerzos fraternales. Darnell le trajo a alguien para que lo ayudara a hablar en público y Thornton aprendió, lentamente. Al principio, cuando subía al estrado, le aparecía un incómodo temblor que le secaba la boca y decía bromas sin gracia. Un suave betabloqueante le calmó el temblor. El desafío era enorme, y Thornton se esforzó y logró ser razonablemente hábil.

Cuanto más hablaba, más se aclaraban en su mente y luego en sus labios esos pensamientos esquivos. Empezó a jugar con las palabras y empezó a darse cuenta de que resultaba gracioso.

Thornton empezó a aparecer en graduaciones en la universidad, como invitado en convenciones comerciales y profesionales, y aprendió que tropezarse en la mitad de una frase podía resultar encantador. Un momento de temblor podía hacer estremecerse al público, su tímido encanto provocaba sonrisas, y ese antiguo humor, que apenas entendía, hacía que los demás se desternillaran de risa.

Mientras tanto, Darnell se encargó de que las apariciones de Thornton fueran muchas e importantes.

Darnell entendió de inmediato que ésta era otra hoja que se abría en el Apocalipsis de Thornton Tomtree del presente y el futuro. «¿Por qué trata de que la gente lo adore?», se preguntaba Darnell. ¿Cuál era su maldición, su pecado, su carga? Al parecer, no resultaba cálido, pero siempre actuaba como el padre sabio.

Una noche durante su discurso en el ultraliberal y prestigioso centro cultural Y, en la calle 92 de Manhattan, todas las piezas encajaron. Cuando hacía tres o cuatro minutos que había empezado el discurso, Thornton se dio cuenta de que el público

estaba fascinado. Cruzó el enorme abismo y pasó de ser un orador común a un orador que controlaba absolutamente a su público: un orador, un actor.

Alejarse del atril y meterse las manos en los bolsillos «al estilo casero», limpiar sus anteojos o señalar que había perdido su lugar, aflojar la tensión con una salida graciosa, intercalar un insulto.

Bien, Thornton solía dormir como un lirón, pero pasó tres días sin dormir después de ese discurso. Estaba en la cima, apenas por debajo de Kissinger, era una atracción.

Tenían que expandirse. Era el bebé de Darnell. La estación central de Pawtucket sería el hogar de última generación de dos computadoras centrales capaces de transmitir y recibir decenas de miles de mensajes en forma simultánea.

En una fábrica se haría y se montaría la computadora y el tablero de codificación. Ningún empleado trabajaba en más de un cuarto de la Growler. Otro edificio albergaría el laboratorio de investigación y la división de reparación e instalación.

Un último edificio iba a ser una modesta oficina de cuatro pisos.

Darnell llevó a Thornton todos los planos, incluyendo algunos que T3 nunca había visto.

—¿Qué demonios es esto? —Thornton desplegó las últimas hojas sobre su mesa de trabajo. —¿Acaso estoy leyendo correctamente? ¿Centro de Salud y Recreación para Empleados? ¿Ésta es tu idea de un chiste gracioso de un genio?

—Los arquitectos —contestó Darnell—, y no abogo por ellos, dicen que toda nueva fábrica progresista tiene salas de gimnasia, sala de televisión, salón de baile, etcétera.

—Este dispensario de aquí parece el Hospital General de Massachusetts.

—Piensa en términos de los días que nos ahorraremos por enfermedad.

—¡Una mierda! Restaurante de buena calidad, agencia de viajes, club de mar, paquetes de excursiones… ¡*Qué*! ¡Una guardería para niños!

Thornton arrancó las hojas de cuajo, las rompió en seis, las hizo un bollo, las arrojó al papelero y les encendió un fósforo.

—Supongo que no estás totalmente de acuerdo —observó Darnell.

—Esto es el socialismo de mierda. ¡Niñeras! Terminaremos con mano de obra rusa, con un retrato de Lenin en la sala de reuniones de los camaradas.

—Ya sabes por qué insisto con esto —dijo Darnell.

—No, a menos que sean tus últimas palabras en este mundo.

—Tuve que luchar contigo ferozmente para obtener los mejores empleados del país. Tenemos a los mejores. Pero no puedes pagarle a un hombre un sueldo de seis cifras para trabajar en un depósito de chatarra. Tenemos una oportunidad única de sacarnos de encima futuros problemas laborales. Las cuestiones que tienen que ver con las relaciones públicas son dinámicas. Si alguna vez crean un sindicato aquí adentro, si no disminuye el ausentismo y la producción por empleado no aumenta, te

beso el culo frente a la vidriera de Macy's el Día de Acción de Gracias.

—Ni un solo director general republicano, que conforma el noventa por ciento de los directores generales que valen la pena, apoyará esto. Estás loco si crees que puedes comprar la lealtad de los empleados.

Ambos habían llegado al borde de su abismo. Lo que empezó como uno de sus debates amistosos, llegó rápidamente a la razón misma de su ser.

—¿Me estás dando un ultimátum, Darnell?

—Sí.

—¿Y vas a pasar el resto de tu vida chantajeándome?

—Sólo cuando estés a punto de echar a perder todo, Thornton. Ahora, la inversión no será mucha. ¿Más tarde? Una semana de huelga nos va a costar cuatro veces más. ¡Maldita sea! Sigues viviendo en la Revolución Industrial.

—¿Qué pasará si el mundo de los negocios me ataca?

—Las probabilidades son que lo mejor del mundo de los negocios te imite.

La instalación de la piedra angular del edificio de recreación para empleados resultó ser una jubilosa ocasión y un excelente golpe de efecto en el terreno de las relaciones públicas.

Una banda, un picnic, el gobernador, Miss Rhode Island y la orquesta Boston Pops contribuyeron a organizar una fiesta de gala. Dos mil ciento cuatro bifes fueron devorados.

Mientras la banda tocaba *Yankee Doodle Dandy*, el propio T3 cavó la tierra para colocar la piedra angular.

Capítulo 8

TROUBLESOME MESA, 1953

La hermana Donna depositó al niño en el aeropuerto de Denver y señaló a Dan y a Siobhan del otro lado de la sala. El pequeño corrió hacia ellos.

—¡Mamá! ¡Papá!

Siobhan lo abrazó primero.

—¿Cómo es posible que nos reconociera? —preguntó, sorbiéndose la nariz.

—Estuvimos mostrándole a Patrick fotos de ustedes dos y diciéndole que son su padre y su madre.

Quinn llegó con una pequeña valija de ropa, un muñeco de trapo y ojos maravillados.

Durante el período de traspaso, Siobhan estuvo todo el tiempo al lado de la hermana Donna, y cada vez que recibía al niño, lo apretaba y lo besaba, y cada vez que Dan lo cargaba, buscaba algún parecido con un O'Connell o un Logan.

Cuando llegó el momento en que la hermana Donna debía partir, Siobhan la acosó con teorías complejas sobre el origen del niño.

—Siobhan —dijo finalmente la hermana Donna. Yo no sé de dónde viene Quinn Patrick. Soy sólo la mensajera. Los primeros años de este niño son un libro cerrado. Es el precio que tú y el señor O'Connell tienen que pagar por tener a esta bendición de niño. Votos son votos, Siobhan.

—Pero Dan es tan orgulloso, tan irlandés, tan generacional. Y Quinn Patrick. Que Dios no quiera que llegue el día en que Dan se entere de que el niño no es irlandés.

—Todo lo que sé es que fue traído al convento y nos hizo a todas muy felices —dijo la monja, mirando directamente a Siobhan.

Siobhan mostró sabiduría. Dan estaba extático. Todas las familias tienen sus secretos y cosas que se murmuran. Sin embargo, dos fantasmas —un hombre y una mujer que habían dado vida a Quinn— ahora eran parte de su vida, de la tácita familia extendida.

Durante los años en que Quinn fue creciendo, en general siempre estaba de la mano de su padre. La gran mano tomaba a la pequeña; montaba en el caballo de papá con los brazos de papá a su alrededor.

Dan era duro, dirigía la partida, fue coronado rey del valle y ganó las elecciones dos veces como senador del estado. Una vez fue demócrata de Tammany Hall, luego se convirtió en un hacendado republicano que detestaba… execraba… odiaba las leyes del gobierno. Troublesome Mesa era su territorio y no quería tener nada que ver con esa escoria barbuda y hippie que fumaba marihuana y que se hacía llamar «ecologista». «¡Una mierda! ¡Venir a decirme que tengo que desviar mi arroyo!». Llegó un día en que un ecologista, vestido como un hombre normal, se sentó a la

mesa con Dan para idear una pequeña represa que iba a salvar a los castores del lugar. Dan cambió apenas de opinión a favor de ellos.

En cuanto al pequeño Quinn Patrick, una vez que su presencia dejó de ser una novedad y una vez que demostró que tenía su carácter y podía ser travieso, el calendario de la paternidad los obligó a ponerse al día. Prácticamente en cada momento y cada ocasión, el niño los hacía sentirse orgullosos.

Siobhan se dio cuenta de que Quinn, un niño muy listo, se estaba adaptando mejor que Dan. Cuando se trataba de ingeniárselas con su padre, Quinn podía moverse lateralmente y abordar una discusión, o si las cosas se ponían difíciles, hacía algo para agradar a Dan.

Sin embargo, Quinn y Dan podían ser tercos, tanto que Siobhan sentía temor cuando se tornaban bruscos. Con frecuencia, Dan le echaba la culpa de muchas frustraciones al misterio del nacimiento de Quinn.

La revelación sucedió, como la mayoría de las veces, por accidente, por un comentario al azar y sin pensar.

—Hola, Quinn —dijo Frank Piccola, acercándose a la parada del autobús del colegio.

—Hola, Frank, ¿vas a jugar al béisbol hoy?

—No, mi viejo tiene un montón de trabajo.

—Si alguna vez logramos reunir a nueve jugadores en el campo, vamos a tener una especie de club de béisbol.

—Eh, Quinn —continuó Frank—, oí a mi padre y a mi madre hablando en la cocina, en italiano, como cuando no quieren que entienda. Pero entendí. Mi padre dijo que se acordaba del día en que la monja te trajo a la hacienda.

El amor estaba tan arraigado que el secreto los hizo tambalear, pero no los quebró.

Este día del juicio final existiría inevitablemente.

—Papá y yo hemos hablado de esto mil veces. ¿Cuándo es el momento adecuado para decírtelo? Los secretos no se mantienen ocultos. Salen a la superficie en los momentos más inesperados. Como en la parada de autobuses del colegio —dijo Siobhan.

—Frank Piccola no lo dijo para lastimarme —se defendió Quinn.

—Me alegro de que haya salido a la luz, hijo —dijo Dan. Esperamos demasiado tiempo, pero lo suficiente para saber que tenemos que estar juntos. Tú eres Quinn Patrick O'Connell, llamado así por un valiente marine, y eres nuestro hijo.

—¿Fui adoptado?

—Sí —contestó Siobhan, y le relató toda la historia, tal como ellos la conocían.

Quinn los tomó de las manos con absoluta madurez.

—Los amo —dijo. Somos una familia ahora y para siempre. Esto contesta tantas

preguntas que surgieron sobre mí que parecían no tener respuesta… pero los amo… los amo.

Dan y Siobhan experimentaron el dolor del dolor. Quinn se puso de pie para salir del cuarto.

—¿Y mis verdaderos… quiero decir, mis otros padres?

—¡No sabemos nada! —exclamó Siobhan.

—Por Dios. Por María. Nos dijeron que no preguntáramos porque te perderíamos. Te lo juro, hijo, mamá y yo no sabemos nada —le aseguró Dan.

—La Iglesia sabe —dijo Quinn, saliendo.

Las aguas no se separaron por completo. Los tres permanecieron muy juntos. Sin embargo, dos fantasmas vivían en la casa. ¿Quiénes eran? Estaban siempre acechando. Por momentos era fuertemente doloroso. En otras ocasiones, pasaba inadvertido.

Los años fueron buenos para todos ellos. Largas expediciones para ir a pescar con su hijo… viajes a Los Angeles a ver a los Dodgers… descenso por los rápidos… prácticas de tiro. La cadera de Dan le impedía correr tras una pelota, pero la mayoría de las veces no era necesario dada la precisión de Quinn.

La gran amistad de Quinn con Carlos Martínez, hijo del capataz de la hacienda, se desarrolló temprano. De su familia, Carlos era al que menos le atraía la hacienda. Le gustaban el ajedrez, la lectura seria y la buena música. También tenía la actitud machista de un líder latino. Sus conquistas comenzaron en su adolescencia.

La vida de Quinn, por otra parte, estaba unida a la naturaleza y al ganado. De esa manera, cada niño y, después, cada joven, traía regalos para el otro. A Dan le recordaban un poco a su propio amor hacia Justin Quinn.

La única chica en la zona era Rita Maldonado, hija del famoso retratista y escultor Reynaldo Maldonado. Reynaldo había construido una magnífica casa y estudio sobre una meseta a un kilómetro y medio de la hacienda. Era viudo y había criado a Rita con la ayuda de una niñera mexicana.

Aunque Rita era bastante menor que Quinn y Carlos, insistía en irrumpir en su club de dos socios. Galopaba como el viento, jugaba al béisbol y ayudó a construir una enorme casa sobre un árbol. Siempre estaba en la cocina de los O’Connell. Aprendió a jugar al ajedrez lo suficientemente bien para vencer a sus dos «hermanos».

Para cuando llegó al secundario, Carlos Martínez sabía hacia dónde iba y cómo llegar allí. Su ambición fue lograr que lo aceptaran en una facultad de derecho, graduarse y convertirse en un gran abogado. Las elegantes universidades de la Costa Este estaban fuera de su alcance, pero quería especializarse en inmigración y la Universidad de Texas era el mejor lugar para aprender eso.

Mientras que Carlos sabía qué quería, Quinn estaba en el aire, principalmente

afinando sus habilidades en la hacienda.

Dan O'Connell observaba a Quinn con atención. Dan no había ido a la universidad a causa de la falta de dinero de su familia.

Siguió de cerca el crecimiento y la habilidad de Quinn en los campos de juego. Quinn mediría un metro setenta y cinco y pesaría setenta y seis kilos, la mayoría de los cuales eran duros como ladrillos.

El colegio secundario de Troublesome Mesa ponía equipos débiles en el campo, afortunadamente, para jugar contra otros equipos débiles. Quinn era un diestro jugador de primera base de béisbol. Jugaba al hockey sobre hielo y corría carreras de esquí de un modo bastante mediocre.

Dan insistía con el fútbol americano. Quinn jugaba como *fullback* en ataque y como *linebacker* en defensa. Para todos, era un jugador medio, excepto para Dan O'Connell.

Dan estaba preocupado con las crecientes estanterías de libros del cuarto de Quinn, algunos sobre temas que él no comprendía. Él lo veía como un símbolo del deseo del muchacho de irse de la casa en forma permanente. Para Daniel O'Connell eso sería la peor pesadilla.

A medida que fue pasando el tiempo, había cada vez menos interacción entre Dan y Quinn. Parecía que Dan tuviera una agenda, metas hasta el momento ocultas que lentamente estaba revelando.

La situación se tornó más solitaria cuando Carlos Martínez se fue a la Universidad de Texas en Austin, donde lo taparon los estudios.

Los dos muchachos se escribieron con frecuencia al principio, pero cuando Carlos entró en un nuevo entorno, el tiempo entre carta y carta fue alargándose. Carlos simplemente estudiaba y dejaba que las mujeres lo persiguieran.

La primera reunión en la hacienda estuvo teñida de pesar, puesto que sabían que lo que alguna vez había existido ya no estaba y tampoco regresaría. Carlos hasta tenía otro aspecto, con su bigote y todo.

Quinn conservaba a su pequeña amiga, Rita, que parecía muy contenta de estar con él. Ya casi había entrado en la adolescencia y su cuerpo estaba empezando a florecer. Por desgracia, seguía siendo una niña, pero Rita iba a ser extremadamente bella.

Quinn se encontró meditando sobre su catolicismo. El colegio había terminado, Carlos ya se había ido y hasta Rita estaba en México con su padre. Tuvo tiempo de encontrar una roca junto a un arroyo, lanzar una línea y pensar. La chispa de su meditación era la devoción de sus padres, que muchas veces conducía a intentos fallidos de explicaciones.

En forma casi exagerada, la hacienda y el jardín tenían una docena de santuarios y todas las camas de la casa estaban custodiadas por una cruz.

Quinn sabía que no debía discutir el tema con sus padres.

La visita del padre Sean llegó en buen momento. Era un sabio observador del progreso de la familia. Un cierto nivel de conversación ahora era posible sobre un centenar de temas de los cuales Dan y Siobhan no sabían nada.

En el porche del departamento del padre Sean, Quinn se convirtió en un invitado nocturno.

—¿Te sientes solo, Quinn? —le preguntó el sacerdote.

—En cierto sentido. Hay muchas cosas que hacer y tengo unos cuantos buenos amigos. Lo que me parece que me está faltando es alguien con quien hablar. Carlos se va a quedar en Austin este verano. Está obsesionado con terminar sus estudios. Pasé horas maravillosas con Reynaldo Maldonado, pero él y Rita estarán en México hasta que empiece el colegio.

—Tu padre me dice que seguramente podrías ganarte una beca para jugar al fútbol americano en una de las universidades más pequeñas.

—Mi padre me mira y ve a Gayle Sayers. En realidad, nunca me lo preguntó, pero no me gusta el fútbol. No me importa mezclarlo con otras cosas. Soy bueno jugando al hockey sobre hielo. El fútbol no me excita como, perdona la expresión, el béisbol. Pero Dan parece obsesionado con que me gane una beca de fútbol.

No era la beca de fútbol, era el control sobre su hijo. El padre Sean confirmaba lo que sospechaba: que Dan quería convertir al chico en su otro yo. No estaba funcionando. Cada vez que discutían, Dan temía que se debiera al deseo de Quinn de salir corriendo a buscar a sus padres biológicos. Su temor se volvió irracional.

También le preocupaba a Quinn.

—Tío Sean, no puedo controlar ciertos deseos insaciables. No puedo imaginarme por qué Dios me ha puesto a prueba con el secreto de mi nacimiento. Así que busco en lo más profundo de mi catolicismo para encontrar consuelo para mi frustración. Por favor, quiero que sepas que mi lealtad es hacia Dan y Siobhan, pero he perdido confianza en la Iglesia. Lo siento.

—Oh, me he cuestionado lo mismo —admitió Sean. El sistema debe estar haciendo algo bien; es la organización no militar más antigua y más fuerte que el hombre conoció jamás.

—¿Cómo puedo encontrar solaz en tantos sacerdotes alcohólicos? ¿O un nacimiento virginal? Casi me muero cuando me enteré de que Saladino, el musulmán, era el verdadero héroe de las Cruzadas, y de que los cruzados eran salvajes carniceros. Y la Inquisición y el Holocausto. Todo esto fue causado principalmente por naciones católicas.

El padre Sean levantó la mano.

—Hay muchos caminos para llegar a Dios; nosotros somos sólo uno de ellos. Debemos representar un espectáculo para los ricos que se identifican con la pompa, el oro y el esplendor. El poder de la Iglesia es su poder.

»El mismo espectáculo se representa para los desesperanzados. Carne para

humanos. Usan el catolicismo para sus propios fines, para la supervivencia. En algunas culturas, sacrifican pollos en las escaleras de la catedral. Las necesidades de cada grupo modifican el catolicismo para satisfacer esas necesidades.

»Hombres malvados van a la iglesia —prosiguió. Hombres malvados rezan en las sinagogas y hombres malvados llevan a cabo mutilaciones en mujeres para la gloria de Alá. Hombres malvados nos pagan grandes sumas para renovar los contratos en sus conciencias. Los hombres inventaron el sistema porque lo necesitaban y el sistema, defectuoso como es, funciona.

Hombre sabio, su tío, pensó Quinn. Su sabiduría lo hizo darse cuenta de lo solo que se sentía y de lo mucho que necesitaba el rico alimento de ideas y conversaciones.

—Para mí hay algo esencial —dijo el padre Sean—, y es el mensaje de amor de Jesús. Todo el resto, milagros y santos y lo que sea que creamos o distorsionamos, no importa. El amor es lo esencial. Encuentra algo en ese mensaje que puedas incluir en tu vida.

Aun al hablar, el padre Sean se dio cuenta de que Quinn siempre cuestionaría, siempre desafiaría a una iglesia que no promovía las preguntas y el desafío. Pero ninguna otra religión funcionaría para él, porque nunca podría aceptar realmente lo que para él era inaceptable.

Parecía que cada vez que terminaba una estación, en particular el invierno, la brecha entre padre e hijo se iba ensanchando. En el colegio de Troublesome Mesa, con cuatrocientos alumnos desde jardín de infantes hasta el secundario, Quinn era uno de los héroes. Una personalidad encantadora brillaba desde un espíritu encantado. Era una persona agradable. Los niños siempre se acercaban a él.

El padre Sean, con mucho cuidado y diplomacia, hizo pensar a Dan que la búsqueda de Quinn de sus padres biológicos era un impulso humano natural por el que pasaban todos los huérfanos. No pondría en peligro su relación con Quinn.

Además, Quinn era un intelectual. Sin embargo, tenían a los Dodgers en común y a Duke Snyder, Jackie Robinson, Camp, Pee Wee Reese y Gil Hodges y Preacher Roe. Pero los Dodgers ascendieron y se fueron de Brooklyn.

Quizá, sólo quizá, comenzó a pensar Dan, podría haber una verdadera solución, en lugar del creciente dolor, si pudiera pensar en una gran universidad académica para su hijo.

La represión controló la situación. Cuando se tiene que emplear la cortesía con precaución, se convierte en una forma agotadora de comunicación entre dos personas.

Dejaron de hacer cosas juntos: pescar o ir a los rodeos o navegar en canoa o andar en bicicleta. Con la graduación del colegio de Troublesome Mesa, llegó el momento de tomar una decisión, quizá la primera decisión de vida.

Carlos Martínez quería que Quinn fuera a Texas, pero era un deseo egoísta. A la

velocidad con que Carlos estaba avanzando en la universidad, estarían juntos apenas un año.

Dan O'Connell escribió a varias universidades en nombre de Quinn, algunas «sólo porque sí». En un momento de magnanimidad, y para demostrar a Quinn que le importaban sus intereses, envió a Quinn y a Siobhan al este para echar un vistazo a algunos de los grandes campus universitarios. A Dan O'Connell nadie le había dado esa maravillosa oportunidad. «Nunca», pensó Dan, «lograré que entienda que el deporte es donde el hombre establece su marca para toda la vida. Pero su vida es su vida. Si entra en una magnífica universidad del este, entonces tendrá la deuda moral de volver a Colorado». Dan estaba rodeado de escenarios, y ninguno de ellos meditados con seriedad.

Madre e hijo recorrieron Nueva Inglaterra en auto, en un viaje de reconocimiento. El este no era el oeste. En Nueva York, durante el segundo acto de una obra de teatro de Tennessee Williams, todos los personajes sobre el escenario estaban llorando, descargando su tristeza y nadie oía al otro. A decir verdad, Quinn quería ir a la ciudad de Nueva York y a Fordham. Pero nadie oía la tristeza del otro.

Quinn sabía que si iba a una universidad del este, probablemente tendría serios problemas para volver a la hacienda. Eso destrozaría a sus padres. Además, nadie se va de Colorado sin haberse lastimado a sí mismo. Era la vida de Quinn, pero no podía darle la espalda a la herencia de Dan. Entre las fantasías de Quinn estaba la de tener un hermano, pero hacía tiempo que se había dado por vencido. Era Quinn, solo.

Quinn y Siobhan viajaron desde el estado de Washington a través de Stanford y hasta Los Angeles. Quinn se quedó maravillado con la grandeza de los Estados Unidos y sintió sus primeras punzadas de deseo de hacer algo valioso para todos.

Regresaron a la hacienda y encontraron a Dan eufórico. En su ausencia, algo bueno le había sucedido al hombre.

—¿Qué universidad era tu favorita, Siobhan? —preguntó Dan.

—Personalmente, me gustaba Berkeley.

—Comunistas —replicó Dan. Comen copos de protesta para el desayuno. En cuanto a la Universidad de California en Los Angeles, es un burdel.

Era el momento apropiado para que Dan les mostrara media docena de cartas de aceptación, todas de magníficas universidades. Dan extendió una, luego golpeó con ella la mesa y su rostro estalló en una amplia sonrisa y esperó los gritos de alegría que nunca llegaron.

Siobhan vio que la mirada furiosa de Quinn se volvía preocupada en el momento en que Dan leyó: ¡*Harvard*!

—… ésa es de Harvard, en caso de que no lo sepas. ¡Harvard! El primer O'Connell en ir a Harvard, el primero en hacer algo más que la escuela nocturna. ¡Mi hijo va a Harvard!

—Mamá me dijo que presentara la solicitud a través de mi colegio. No pensé que tuviera la menor oportunidad.

—Tus plegarias fueron oídas. Junto con mi Estrella de Plata, éste es el momento de mayor orgullo en mi vida.

—Espera un momento, Dan —dijo su mujer. No pareces contento, Quinn.

—¿Acaso no tengo derecho a decir nada? —preguntó Quinn.

—Bueno, ¿tú y tu madre no recorrieron suficientes universidades? Quiero decir, estamos hablando de Harvard. La universidad más grande del mundo. ¿Sabes a cuántos rechazan?

—Papá, acepté echar un vistazo a Harvard para confirmar que voy a hacer la elección correcta.

—¿A qué te refieres, hijo? —preguntó Dan con un dejo de maldad en la voz. Hasta podrías integrar el equipo de béisbol.

—Por el amor de Dios, papá. Soy un atleta marginal.

—En béisbol, no. Realmente tienes talento.

—Deja de tratar de convertirme en un Brooklyn Dodger. Los alumnos van a Harvard para formarse académicamente. No quiero verme metido en una carrera de ratas hasta saber qué quiero estudiar.

—Quinn, eres el primer hombre blanco que rechaza una educación en Harvard. ¿Tienes idea de lo que cuesta?

—Es suficiente, Dan —dijo Siobhan enojada. Olvídate de lo que dijo, hijo. Dios ha sido generoso con nosotros, y tengo mucha plata ahorrada.

Con insultos directos, Dan descargó su ira. Quinn lo puso incómodo al no arrepentirse de su decisión.

—Quiero vivir mi propia vida, papá. Vi suficientes partes del país con mamá para saber lo maravilloso que es. Todavía no quiero sentirme atrapado. Quiero quedarme por aquí. Papá, no necesitas tener un título de Harvard para manejar una hacienda.

—Entonces, ¿qué necesitas? —preguntó Dan con tono ominoso.

—Es sólo un muchacho —dijo Siobhan. ¿Cuántas veces llegaste de tu ronda de policía maldiciendo a tu padre por manejarte la vida?

—Voy a ir a la Universidad de Colorado —anunció Quinn. Nada de hockey sobre hielo, nada de fútbol. Quizá juegue al béisbol si el equipo es lo suficientemente malo. Voy a hacer un curso de humanidades y artes liberales. Quiero estudiar con Reynaldo Maldonado. Espero que me conduzca a algo por lo que pueda sentir pasión.

Dan se puso de pie, se acercó a Quinn y le dio una bofetada en la cara. Siobhan se metió entre ellos de inmediato. Quinn se dio vuelta y fue hacia la puerta.

Capítulo 9

TROUBLESOME MESA, 1968

Era la época en que todo estaba cubierto de fango. Las huellas y el camino de tierra lleno de baches durante el día estaban blandos y de noche estaban cubiertos por una fina capa de escarcha. Era un viaje resbaladizo de la hacienda al pueblo, más de tres kilómetros de curvas y pendientes pronunciadas. Caminar también era resbaladizo. Cada veinte pasos uno se caía.

Quinn se fue sin llevarse una campera, sin una linterna, ni el Jeep, que nunca sintió realmente suyo. ¿Iría a ver a Carlos a Texas? No. Eso metería a Consuelo y a Pedro en una disputa familiar de la que no eran parte.

¿Llamaría a su tío Sean? Rió en voz alta ante su propio sufrimiento. No había teléfonos a más de un kilómetro a la redonda. Los faros de un auto lo iluminaron por atrás. Se detuvo en una huella, con el fango cubriéndole las botas.

—¡Quinn! —exclamó Siobhan, deteniendo el Jeep. ¡Hijo, vuelve a casa! ¡Por favor! Tu padre está destrozado del dolor. ¡Por favor! Quinn.

Él se limitó a sacudir la cabeza.

Ella le rogó a la meseta y al valle, pero él no la oyó. Siobhan lo abrazó. Él la apartó con firmeza. Era una mujer enfangada, una mujer llena de lodo, que lloraba grotescamente mientras el fango le caía por la cara.

—Llévate el Jeep —jadeó. Hay dinero y tarjetas de crédito en la guantera. Por favor, llámame, hijo, ¡por favor!

Se volvió y regresó tambaleándose a la casa. Después de un rato, Quinn aferró el volante y, con un movimiento automático, se deslizó en el asiento del conductor. El agua del parabrisas estaba medio escarchada. Limpió una parte empañada para poder ver, luego puso el vehículo en doble tracción baja y se dirigió lentamente camino abajo.

Entre sus lágrimas y la escarcha apenas podía ver, pero conocía las vueltas de la montaña y entendía que podía ser su último momento en este mundo. Su precaución le dijo que no quería morir y le dio un leve alivio para su dolor.

El Jeep patinó. Tuvo que soltar los frenos. Se detuvo abruptamente en la cuneta al costado del camino, rozando apenas un gran pino viejo. Allí iba a quedarse. Para llegar al pueblo todavía faltaban dos vueltas. «Bueno, ¿cuál es la diferencia?», pensó. «No pertenezco a nadie. No soy nadie».

Una linterna le iluminó la cara.

—Virgen santísima, ¿eres tú, Quinn?

—Sí.

—¿Estás herido?

—No, no, estoy bien.

—Oh, Dios mío —susurró ella cuando vio la agonía como una máscara de *Pagliacci*.

—¿Quién eres?

—Rita Maldonado.

Ella encontró un trapo, le limpió la cara con cuidado y le puso puñados de nieve sobre los crecientes chichones y moretones.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí en una noche como ésta? —gimió él.

—Fui al cine y, si mal no recuerdo, tú eras el que estaba en la cuneta tratando de treparte a este árbol. Te llevaré al hospital.

—No, te juro que estoy bien.

—Parece que acabaras de ver al abominable hombre de las nieves.

—Sí, quizá lo vi.

—Está bien. Te llevaré a tu casa —le ofreció ella.

—No. No tengo casa.

—Oh, Dios —murmuró Rita. Vamos, te llevaré a mi casa. Llamaré al alguacil para decirle dónde está tu jeep. Vamos. —Casi lo arrastró hasta su camioneta, lo depositó en el asiento y le ajustó el cinturón de seguridad y luego se sentó detrás del volante.

—¿Qué estás haciendo manejando un auto? Sólo tienes trece años —gruñó Quinn.

—Voy a cumplir catorce y soy muy madura para mi edad. Además, cuido a los hijos del alguacil. Él no quiere que maneje de día.

Rita tenía razón en algo: era madura.

Avanzaron con el motor petardeando por el camino resbaladizo hasta el siguiente arrecife y giraron en una calle de mano única que ofrecía otra vista fabulosa de Troublesome Mesa. La propiedad de los Maldonado estaba rodeada por algunas hectáreas de césped nivelado, lleno de esculturas salvajes y una casa con un arbotante.

Reynaldo Maldonado, que residía allí desde hacía sólo siete años, había traído una dosis de fama a Troublesome al seleccionar el lugar para instalar su estudio y su hogar.

Había hecho de todo: desde recoger algodón en Texas hasta estar preso en Cañón City. Eso fue por ser un trabajador no legalizado, por contrabandear en la frontera, por hervir bebidas alcohólicas, por vender peyote.

Sus primeros dibujos fueron acerca de la típica ira mexicana contra la explotación, y trabajó para convertirse en uno de los retratistas y escultores más famosos de la nación. Aunque siempre se pensaba en él como mexicano, en realidad era estadounidense de tercera generación. Su único matrimonio fue con una chica blanca y rubia de Minnesota, que murió de cáncer de mama y le dejó una hija de seis

años.

Su muerte apaciguó sus costumbres alocadas y por Rita encontró Troublesome Mesa.

La casa de Maldonado se había convertido en una especie de santuario para los chicos del secundario del área. Inventaba cuentos que causaban embeleso, cantaba y tocaba la guitarra, tenía un montón de desnudos en paredes y pedestales. Durante años, Maldonado era una figura que entraba y salía de la Universidad de Colorado, donde enseñaba a grupos pequeños, al azar, una serie de temas mundanos. Era un «tesoro» de Colorado.

Rita ayudó a Quinn a subir los escalones del porche trasero. Mal les encendió una luz.

—¿Qué tienes allí, Rita?

—A Quinn O'Connell.

—Quinn, pareces un patio lleno de fango.

—Estoy bien. Quiero decir, no estoy herido. En realidad, estoy herido pero no lo estoy… no tengo nada roto.

Rita le desató los zapatos, le dio un enorme albornoz de la bañera caliente y le ordenó que se diera un baño. Cada vez que los helados dedos le devolvían la conciencia, la bofetada de Dan volvía a golpearlo. «Está bien», se dijo, «cálmate».

—Va a ser mejor que llame a tu casa —dijo Mal unos minutos más tarde.

—No.

—¿Qué quieres decir con «no»?

Después de un momento, respondió:

—Cruzamos algunas palabras.

—Voy a llamar. Si Rita estuviera afuera con este tiempo, me gustaría que me llamaran por más terrible que fuera lo que hubiera pasado.

Todos sabían, pensó Quinn, que Mal era un artista con inclinaciones excéntricas. Oyó la voz apagada de Mal desde el otro cuarto.

—Te quedarás esta noche con nosotros. ¿Comiste?

—No me vendría mal algo caliente.

La sopa devolvió a Quinn la sensibilidad en los nervios helados; la circulación salió de su trance medio hipnótico.

—¿Sabían que soy adoptado? —preguntó Quinn.

—Yo no sabía —respondió Rita.

—Yo tampoco. ¿Te enteraste esta noche? —preguntó Mal.

—No, tenía cerca de diez años.

—Hace sólo siete años que estamos en Troublesome Mesa. Quinn, si yo hubiera sabido algo como eso, personalmente me habría enfrentado a tus padres. Tu madre incluida.

—Nadie sabe nada sobre mis padres biológicos. La Iglesia está mezclada: secretos, mentiras, la voluntad de Dios.

—Bueno, eso es asunto de la Iglesia. Un sacerdote una vez me sacó del infierno. A veces se gana y a veces se pierde. Estás demasiado agotado para hablar. Échate. Me quedaré contigo y quizá te cante una o dos canciones.

La cabeza de Quinn cayó sobre el pecho de Mal, sollozó suavemente y permitió que lo acompañaran a un cuarto de huéspedes, y en ese momento echó de menos a su padre.

Estaba casi dormido cuando Rita apagó las luces, encendió una vela y un velador en el baño. Mal cantaba sobre una pequeña paloma moribunda. Entre sueños, Quinn pensó: «¿De dónde sacan esa voz tan magnífica los mexicanos?».

Mal dejó su guitarra a un lado y miró a Rita con un poco de aprensión. Ella adoraba a Quinn, siempre lo había adorado. A los trece años, esos cambios ováricos galopantes dentro de ella… de ninguna manera. Quinn nunca se aprovecharía de su cachorrita muerta de amor, a pesar de sus atributos.

El verano anterior, Rita había convencido a Mal para que hiciera un desnudo de ella. Qué demonios, ellos se bañaban desnudos con quienes estaban dispuestos a hacerlo y tomaban baños calientes sin ropa. Pero mientras posaba, Mal ni siquiera podía mirar a su hija. Tanto el artista como la modelo se echaban a reír hasta que estaban histéricos. Él quemó los bosquejos que había hecho y le dijo que volviera cuando hubiera tenido dos hijos.

—Voy a acostarme —anunció Mal.

Rita trató de obtener cierto permiso.

—¿Por qué no te sientas con él un rato? Asegúrate de que se duerma. Debió de haber pasado algo terrible.

—Gracias, papá —dijo.

«Oh, Quinn… flor de mi corazón… ¿por qué nunca notaste mi presencia? No abandones el valle, Quinn. Si lo haces, me muero… Algún día me vas a pertenecer, y yo te cuidaré. Nada volverá a herirte…».

Capítulo 10

UNIVERSIDAD DE COLORADO, BOULDER

El resultado de la ira materna se hizo notar rápidamente. Cuando Siobhan se fue para llevar a su madre y hermana a Europa, Dan recibió el mensaje.

Él rezó. Ofreció penitencia. Pagó. Se confesó. Se sintió el policía más tonto del universo.

Habló por teléfono interminablemente con el padre Sean.

—Ahora, Dan, las finanzas de Dios están relativamente bien. Tienes que dirigir ese gesto hacia Quinn.

—Estaba pensando en enviarle un Mustang…

—Mejor envíate a ti mismo.

Dan se sentía mal por algunas cosas que había hecho como policía y marine. Intimidar valiéndose de su rango. En el pasado, una palmada en la espalda y se acababa el problema.

Pero ¿ahora? Estaba instalado como un repollo sin digerir debajo de su corazón, día y noche.

Siobhan llevó a su hijo un jeep usado y le abrió una cuenta bancaria moderada, pero suficiente para que alquilara su propio departamento. Rodeado de un pacífico campus diferente de Kent State, atravesó por dos años de estudios de humanidades, aún preguntándose, como uno suele hacer a esa edad, adonde estaría llevándolo el camino.

La punzada de la pelea con su padre se atenuó un poco hasta el día en que Dan entró en un bar de Boulder donde Quinn trabajaba una vez por semana para cubrir a un amigo.

Dan caminó hasta el final de la barra, se sentó en un taburete y se echó atrás el sombrero de cowboy Stetson.

—-Me gustaría hablar con mi hijo. Si hubiera un millón de formas de decir que lo siento, las estoy diciendo ahora.

—¿Coors? —preguntó Quinn.

—Liviana.

—¿Tú, liviana? —preguntó Quinn.

—Los malditos médicos.

Cuando Quinn se puso a limpiar la barra con un trapo, Dan extendió la mano y cubrió la de Quinn, quien miró hacia una cara cuya expresión iba más allá del ruego.

—Termino mi turno en una hora —dijo Quinn. ¿Por qué no vamos a la parrilla?

Al cabo de la noche, Quinn lo había perdonado y la cara de Dan recobró el color en forma instantánea.

—Gracias a Dios, no somos como las típicas familias irlandesas que se llevan

algo como esto a la tumba. ¿Estás bien instalado? —preguntó Dan.

—Sí, tengo un departamento de dos dormitorios. El profesor Maldonado viene cada dos semanas y da un curso de ética artística. Se queda en mi departamento y paga parte del alquiler.

—¿Profesor? ¿A qué te refieres con «profesor»?

—Bueno, papá, ve a cualquier galería y diles que quieres un Reynaldo Maldonado.

—No tenía idea. Pensaba que sólo pintaba mujeres desnudas por aquí.

—También lo hace…

—A la mierda. ¿Vas a volver a casa, Quinn? Ha pasado mucho tiempo, más de dos años.

—Quiero volver —contestó con voz temblorosa. Yo… eh… tengo muchos amigos aquí, a veces una novia nueva.

—Ya veo lo que quieres decir. Dios, los chicos están avanzados estos días. Me refiero a que juntarse con alguien ya no es más pecaminoso que beber una cerveza. Ése es parte de mi problema, hijo. Para mí es difícil adaptar, ya sabes, mi vida impecable a todas estas cosas que pasan. Quiero decir, mujeres fáciles, ésas con quienes no te casas.

—Ese problema lo resolveremos cuando lleguemos a él, papá.

En cierta manera, funcionó. Quinn no iba con demasiada frecuencia y llevaba a una novia con menos frecuencia todavía. Quinn y la chica del momento en general iban a Dan’s Shanty, una cabaña solitaria de la hacienda en la cima de Ivory Pass, cerca de unos manantiales de aguas termales. Durante esos fines de semana, cualquiera que se acercara a Dan podía verlo mirar colina arriba hacia Dan’s Shanty y oírlo emitir un gruñido de desagrado.

Sin embargo, cuando todos se sentaban a cenar, las novias de Quinn resultaban encantadoras. Imagínense, una estudiaba derecho y la otra estudiaba ingeniería. Un mundo feliz, lo llamaban. El padre Sean dice que hasta los chicos católicos viven juntos sin casarse.

Bueno, quizá Quinn encuentre una chica *buena*, interesada en su dignidad personal. ¡Madre santa!

Quinn lanzó bolas altas a los jugadores del perímetro. El entrenador panzón llamado Hoy estaba con las manos en las caderas, gritando a sus jugadores para que atajaran la pelota.

Cuando Quinn cambió los baldes de pelotas, se dio cuenta de que estaba representando una actuación para la misma chica que había estado observando los entrenamientos durante los últimos tres días.

No era nada del otro mundo. Era delgada pero se movía de una manera que decía que serlo no le costaba mucho. Movía todo en armonía al caminar. Eso era bueno.

Encantador, alrededor de un siete en la escala femenina. ¿Novio? Quizá.

El entrenador Hoy dio por terminado el entrenamiento de los jugadores y, mientras trotaban hacia la caseta y los vestuarios, Hoy silbó y le hizo una seña a la muchacha para que se acercara.

—Quinn, quiero que conozcas a esta señorita.

—Me llamo Greer Little.

—Greer escribe para el *Bison Weekly* y está preparando un artículo en profundidad sobre alguien de cada equipo. Tú eres el entrevistado de béisbol. —Sus piernas curvas desaparecieron en la caseta.

—Todo tuyo —dijo Quinn.

Se sentaron en la primera fila de la tribuna, y ella anotó la información general. Tercer año, hijo de hacendado, estudios en humanidades generales, algo de política, algo de literatura. Pocas drogas, poco sexo y poco rock and roll. Amigo personal del ilustre profesor Maldonado.

«¡Vibraciones!», pensó Quinn. «¡Estoy recibiendo vibraciones!».

Lo primero que notó Quinn fue una clara piel olivácea que parecía demasiado suave para ser piel. Ella dejaba que su ropa trabajara para ella, envolviendo sus pequeñas virtudes con un material liviano que destacaba sus puntos sobresalientes. Joyas fulminantes, no caras pero explosivas. Su lenguaje corporal hablaba, pero no provocaba. Consciente, pero no consciente.

—Voy a necesitar por lo menos otras dos o tres sesiones —anunció ella.

—Cualquier cosa por mi país.

—Los vestuarios de hombres huelen mal —dijo ella. Mi departamento tiene otras dos chicas que son más desordenadas que los hombres. ¿La biblioteca?

—¿Qué te parece una cena de trabajo?

—Sí —aceptó ella—, y sí otra vez. Los malditos jugadores de fútbol piensan que puedes pasarte toda una noche con una cerveza.

—Salgamos del campus —propuso Quinn. Hay un restaurante camino al valle.

«Con un motel cercano a mano», pensó Greer.

Greer comió más de lo que habría indicado su tamaño. Y después. Tres batidos de leche.

—Veamos, tu papá es senador del estado. ¿Te importa si digo, extraoficialmente, que es un reaccionario terrible?

—Él sería el primero en estar de acuerdo contigo. Aún se desviste con la ropa puesta.

—¿Por qué no me cuentas sobre ese tema de la adopción?

Los ojos de Quinn se humedecieron de repente, y sacudió la cabeza.

—Paso.

Ella simplemente se quedó mirándolo mientras él trataba de deshacerse de su

incomodidad.

—-Greer, no creo que tus lectores necesiten un capítulo sobre Oliver Twist.

—Está bien, entonces, hablemos en forma extraoficial —contestó ella.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Por Dios, Quinn. Me gustas. Me gustas mucho. El entrenador Hoy me dio a elegir entre ustedes. Vi tu trasero haciendo todos esos pequeños pasos de baile de primera base y los largos estiramientos. Luego examinas la pelota y la lanzas a la tercera base en el mismo movimiento. Los movimientos del jugador de primera base son únicos.

—También salto, para bolas lanzadas con fuerza. ¿Quieres que salte para ti?

—Depende de dónde aterrices.

—Lo único —dijo Quinn— es que no soy nadie hasta que sepa quiénes son mis padres. ¿Nací en un baño de mujeres? ¿Tengo una hermana en Dallas? Las personas que me adoptaron tuvieron que hacer un juramento católico vudú de que guardarían silencio, y sufrieron por eso tanto como yo. Mi padre me dijo el fin de semana pasado que gran parte de la ira contra mí era porque no era su hijo, pero que podía hacer la mayoría de las cosas mejor que él. Papá es el típico policía de Brooklyn. Es duro y conoce el territorio. Así que este pequeño mequetrefe que es encontrado debajo de una roca, dispara mejor, cabalga mejor, lee libros de los que él nunca oyó, arregla autos y adora a los mexicanos del valle con quienes Dan nunca está demasiado cómodo.

Greer cerró su cuaderno de notas con un golpecito. Quinn parecía tan suave y fácil en el campo de juego que ella pensó que se había conseguido un bomboncito. Seis horas de relación le bastaron para darse cuenta de que no había vulgaridad ni réplicas bruscas sobre feministas y corpiños.

Ella sorbió el fondo del batido de leche como si fuera la última cena de un moribundo.

—¿Otro?

—Paso.

—¿Cómo te mantienes tan delgada?

—Sexo —respondió ella.

—Espera, te quedó un bigote —dijo él, limpiándole el labio superior con una servilleta.

—Quiero agradecerte por la cena, pero tengo malas noticias. Llegaste a doscientos setenta el año pasado porque estás lleno de malos hábitos. Yo podría hacerte llegar a trescientos.

—¿Perdón?

—Mi padre jugó para el equipo de Des Moines, y al ser yo el hijo que nunca tuvo, conozco íntimamente todo, incluyendo los suspensores.

—¿Estás chiflada?

—Sí, pero puedo subir tu promedio al batear. Me tienes, temo decirlo, en más de

una forma.

—Explícate.

—Eres o bien un bateador o bien un gorila. Nueve de cada diez jugadores universitarios son gorilas. Quinn, no quiero ofender tu lado machista, pero me podría pasar el día arrojándote pelotas y no le pegarías a una sola más allá del montículo del lanzador.

—Hablas en serio, ¿no?

—Mañana es domingo. ¿Nos vemos después de la misa de doce?

—No voy a misa.

—Yo tampoco. Creo que soy luterana o algo escandinavo.

Cargaron la máquina para lanzar pelotas y tomaron una docena de bates de los estantes. Greer se colocó en el montículo del lanzador, puso la máquina a velocidad media y el brazo de hierro comenzó a arrojar misiles.

Quinn bateaba con la mano derecha, atajaba la mayoría de las pelotas y cuando golpeaba algunas era como un coro de aleluya. Después de treinta o cuarenta golpes, ella detuvo la máquina y se acercó.

—¿Esquí? —preguntó ella.

—Esquiador medio.

—¿Golf?

—Pocas veces.

—¿Y tenis?

—Me encanta, pero soy un verdadero pirata, un zurdo.

—Está bien —dijo. Acabamos de arrojarle un garrote a un cavernícola, y él va tras un león. La mayoría de sus movimientos son naturales. Ponte un bate en la mano y la mayoría de tus movimientos son aquéllos con los que te sientes cómodo. Hay un movimiento básico en tenis, en esquí y en béisbol. Mueve la cadera.

Ella giró en cámara lenta, el paso hacia adelante natural, y eso disparó la secuencia. El giro de la cadera y el cambio de peso debían ser fluidos, de lo contrario parte de todo el giro o todo pierde sincronía.

Lo entrenó como si nunca hubiera tomado un bate. Lo que era sorprendente era su razonamiento.

—Bateas con la derecha pero juegas al tenis con la izquierda. Ahora quiero un golpe de revés, sostén el bate sólo con la mano izquierda. No dejes que tu revés caiga demasiado. Ahora arroja la pelota en el aire con un golpe de revés, lánzala hacia aquí, lánzala hacia allí.

Quinn se dio cuenta de que veía la pelota más que nunca. Sus antiguos movimientos le hacían mover los ojos y sacar el bate una milésima de segundo tarde. Ella se le acercó y se colocó delante de él.

—Ésta es la parte de la película en la que el instructor se propasa —dijo ella.

Brazos a mi alrededor, ponte contra mí lo más cerca que puedas. Ahora, repasemos algunos movimientos.

—No puedo —dijo Quinn.

—¿Por qué?

—Se me paró.

—¡Bueno, válgame Dios, señor Quinn Patrick O'Connell!

Se tambalearon abrazados durante un momento, y Greer se alejó.

—Sé que voy a olvidarme de esto. No alinees los dedos en el bate. Quiero que muevas los nudillos de tu mano izquierda un octavo de vuelta. Toda clase de control encaja. —Volvió a la máquina de lanzar pelotas.

¡Hija de puta! ¡Una, dos, tres pelotas!

—¡Baja! ¡Aléjate! ¡Colócate en el montículo y tira!

Ella sonrió y sus ojos parecieron enormes bollos marrones.

—Ah, esos últimos movimientos estuvieron bien. ¿A cuántos niños atrajiste al campo de juego?

—Docenas. Tuve que aprender a jugar o morirme de hambre. El equipo de mi padre de la Pequeña Liga, el John Deere Tractors, ganó un campeonato del estado y dos locales.

Quinn debatió consigo mismo cuando se dio cuenta de que estaba a punto de cometer una verdadera estupidez.

—Aún necesitas mejorar —dijo ella.

—Temía que fueras a darme de baja. Greer, me das un miedo infernal.

—Y tú me calientas —dijo ella.

—Nadie de Grand Junction se calienta.

El departamento de Quinn era un lugar muy agradable de dos habitaciones, pero no era ostentoso. Estaba sorprendentemente ordenado, atestado de libros y lleno de detalles.

—Al final del pasillo está el cuarto de Mal.

—Mm.

—Su hija viene con frecuencia. Cuando lo hace, duerme en el colchón de aire del living. —Agradable. Estaba cubierto con una colcha bordada *bushkashee* y todo el lugar se encontraba inundado de almohadones peludos y de cuero.

—Te vendrían bien algunos espejos. No se puede tener una casa sin un espejo. Escucha, ¿qué es esto? ¿*Madame Butterfly, La Bohème*? —preguntó, pasando un dedo por sus discos.

—Mi amigo Carlos Martínez me enseñó esto.

—Mozart, Glenn Miller, Satch. Perfecto, pero ¿nada de los Beatles?

—El comienzo del final de la música en este siglo.

—Detesto decirlo, pero estoy de acuerdo. Entre el frenético ritual tribal, la marihuana y un evidente loco que te grita… eh, hombre, quizá tú y yo no seamos tribales. ¿Trajiste a muchas chicas aquí?

—Las tengo marcadas y calificadas en un calendario en alguna parte. Veré si puedo encontrarlo.

—Quiero algo fuerte de beber —pidió ella.

—Tengo algunas botellas para los sacerdotes. —Abrió el armario. Ah, ahí había algo para hacerle temblar los huesos. Lemon Hart, un solvente polaco que vendían como si fuera una bebida. Un poco más, y algo de granadina para que no le dé un paro cardíaco.

Greer, con acento de cowboy, dijo:

—Salud, amigo.

Se le abrieron los ojos y salió corriendo al fregadero a beber agua.

—¡Hijo de puta!

—Lo siento, Madame —se disculpó y tomó un sorbo del Lemon Hart. Lo saboreó y exclamó: —¡Ah, suave!

Ella le echó los brazos al cuello.

—Ay, eres divertido. Debiste ver al jugador iraní peludo sobre el que tuve que hacer una biografía.

—El mejor asiento es sobre el colchón —dijo Quinn. También es el más seguro. No me tiro lances. Simplemente empleo mis mejores modales de domingo y espero a que me inviten.

Greer se desplomó de espaldas y se estiró en todas las direcciones mientras él le preparaba un gin tonic dulce y humano.

—Me siento maravillosamente. ¿Tienes un padre rico?

—Más o menos.

Quinn acomodó algunos de los pequeños almohadones para apoyarse y sentirse bien cómodo. Greer se incorporó, probó su nueva bebida, luego puso las rodillas debajo del mentón y pasó los brazos alrededor de ellas.

—Entonces, ¿adónde vas desde aquí? —preguntó.

—A mi último año. Soy un fanático de Maldonado, eso es seguro. Además de sus clases, da un curso de ética casi privado con cuatro alumnos. Tiene una forma fantástica de explicar la condición humana en relación con la civilización y Eros. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Ajá.

—Sólo soy una chica de Junction en una parada camino a Nueva York. Voy a ser la mejor en los medios. Voy a ser jefa, un gigante. Nací con toda clase de viboritas en la cabeza. Quizás el profesor Maldonado pueda explicármelas el próximo semestre.

—Tratas de escandalizar a la gente con tus palabras insultantes hacia los deportistas. ¿Qué estás cubriendo?

—Cuarenta y cuatro kilos y muchas otras viboritas, de las calientes. El año que viene es mi año erótico. Leí todos los libros y vi todas las películas pornográficas que me llegan a las manos. Déjame decirte, no soy exactamente casta. Por desgracia,

siempre hubo a mi alrededor cowboys practicando con el lazo y marcando ganado. De todas maneras, eso fue un buen aperitivo que me dijo todo lo bueno que tengo por delante.

—Bueno, un tipo afortunado.

—Podrías ser tú —dijo ella.

—No me incluyas —replicó Quinn.

—Ah, todos los días un nuevo día y un nuevo camino. Compraremos todas las velas de Boulder, el incienso, espejos en cada rincón, ropa de prostituta, tatuajes. Voy a tener una juerga de un año antes de ir a conquistar Nueva York.

—Realmente eres un caso de atar —dijo Quinn.

Ella arrojó sus brazos alrededor de él.

—¡Lo sé! Y sé algo más. Sientes algo por esa chica Maldonado.

—Vamos, tonta. Sólo tiene dieciséis años.

—Pero, Dios. Tendrías que verla mirar un partido.

—No me llames. Yo te llamo.

La frase machista «yo te llamo» no duró mucho. Quinn estaba molesto porque Greer no apareció en los entrenamientos ni en un partido donde acertó tres dobles, uno hacia cada campo.

La vio por casualidad en la cafetería en compañía de un tipo con una camiseta sin mangas que parecía un espárrago coronado con un arbusto de pelo que podía dar sombra a un regimiento. Era la estrella del equipo de basquetbol. Se le ocurrió que un animal como Greer era la peor daltónica que conocía; de hecho, a lo mejor sólo se dejaba guiar por su curiosidad. Quinn siempre terminaba sus sermones hacia sí mismo con la frase «sólo es una pobre infeliz».

El club de béisbol jugó un respetable campeonato. Quinn O'Connell se convirtió en un bateador de doscientos noventa y cuatro y pasó de octavo a segundo en la categoría.

De hecho, el equipo profesional de Bakersfield trató de atraparlo para el verano. El entrenador Hoy contuvo el aliento y puso su mirada de perro de caza.

—Bueno, no te preocupes —le dijo Quinn. Le debo a mi padre todo un verano de trabajo, y quiero familiarizarme con la hacienda.

—¿Vas a volver para tu último año?

—Es gracioso. El profesor Maldonado vive al lado de mi casa, pero tengo que venir hasta Boulder a oír sus conferencias. Creo que voy a volver.

—¿La chica flaca? —gruñó el entrenador Hoy.

¡Dio en el blanco! Quinn se encogió de hombros.

—Su juego es sólo un juego. Una gran boca tratando de cubrir tetas pequeñas.

—Cuando yo era joven las llamaban «calienta braguetas» —dijo Hoy.

La conversación terminó con Quinn dejando caer sus manos temblorosas a los

lados del cuerpo.

Él la vio sola nuevamente, acurrucada en una silla en la sala de lectura de la Biblioteca Norlin.

—Hola, compañera.

—Ah, hola. Siéntate, el lugar es público.

—Esperaba que hubieras visto lo que hizo tu alumno en los últimos tres partidos.

—Te vi. Le diste a nueve de quince contra los mejores lanzadores de Missouri y Kansas. Dios, si Colorado tuviera un lanzador más.

—¿Por qué no te vi, Greer?

—Por la misma razón por la que yo no te vi. Me sentí tan bien y abierta contigo que supongo que me pasé un poco. Te pinté un cuadro de una prostituta barata y, en realidad, lo único que quiero ser el año que viene es una prostituta barata. Pensé que podría ser un poco loco lo nuestro pero…

—¿Qué?

—¡Qué! Quinn, tienes todas las ventajas con ese silencio atractivo, firme y hábil y no eres un ignorante, no con esos libros en tus bibliotecas. Tú tienes unos cuantos trucos para chicas en la manga, pero no haces tanto alarde como yo.

—¿Cine? ¿Viernes a la noche?

—¿Por qué no lo dejamos? —dijo ella.

—¿Estás avergonzada de ti misma o algo por el estilo? —le preguntó él.

—Me siento tonta.

—Por Dios, mujer, te envidio de los pies a la cabeza. La forma en que la vida sale de tu persona y tiñe todo con colores brillantes —dijo Quinn.

—¿Le robaste eso a algún poeta? —preguntó ella.

—Entonces, ¿vamos al cine?

—No.

Quinn apretó los dientes para cambiar de rumbo en sus tácticas. Estaba tratando de decidir cuál era ese rumbo. Un puñetazo frustrado sobre la mesa provocó chistidos y toses molestas a su alrededor. Su silla chirriante provocó una esperada expresión de sorpresa del bibliotecario.

—Mira —dijo Quinn, hablando suavemente y sonriendo a los que estaban cerca de ellos. No puedo hablar susurrando. Salgamos.

Ella hizo un puchero durante un instante. A él le encantaba esa expresión.

—Está bien —le contestó ella.

Encontraron un lugar en las escaleras de la biblioteca. Desde allí, el campus estaba protegido por una serie de cimas de montañas del otro lado de la divisoria principal de aguas. Muchas eran antiguas elevaciones que arrojaban su nieve de invierno sobre las laderas, que pronto se cubrirían con grandes margaritas de montaña.

—¿Soy yo? —preguntó Quinn. ¿Soy yo, la personalidad de Quinn O'Connell, la costumbre de tirarme eructos o de meterme los dedos en la nariz lo que te aleja? Sólo dilo: «No me gustas, Quinn, y me iré».

—No, soy yo —admitió ella. Te tiré toda esa carne cruda y me pusiste en evidencia.

—Pero, Greer, nena…

—Quinn, no tengo la mente clara con respecto a ti, y sé lo que sé y lo que sé es que una vez que te ponga las manos encima, va a ser para el campeonato.

—Podemos empezar despacio —dijo él. Tenemos muchos fines de semana para conocernos en la hacienda.

—¡Maldición! No quiero ir a la hacienda contigo. No quiero enamorarme perdidamente de ti. Nada va a impedir que me vaya a Nueva York.

—Bueno, ¿puedo visitarte?

—Quinn, amor, tengo un curso de diez semanas de prácticas con un productor y director de Crowder Media en Nueva York. Si estuvieras allí, no sería justo para mí.

Quinn digirió esto de mala gana. Toda la vida de ella estaba centrada en esta oportunidad. Como una pareja en Manhattan, apenas podrían conocer los puentes y los túneles en diez semanas. Ella estaba en una misión sagrada. ¿Quinn? No iba a ninguna parte, no iba a hacer nada. Desde el viaje al este con su madre, a Quinn le habían entrado un montón de dudas acerca de esa tormenta humana llamada Manhattan, pero podía imaginarse a Greer disfrutando de todo eso. Él no.

—¿Planeas volver a Colorado? —le preguntó.

—Perspectiva uno, sí. Perspectiva dos, no. Quizá me olvide de ti, quizá no. Quizá Nueva York me atrape.

—Te vas —susurró él.

—Quinn, tal vez no sabes con cuánta desesperación me estoy conteniendo en este momento. Te deseo, hombre, pero no puedo quedarme en mi casa el resto de mi vida horneando galletas.

Ella pensó. Había estado pensando en eso. Había llegado el momento.

—Vamos a hacer un trato. Te juro que voy a volver de Nueva York, voy a pasar mi año próximo en Colorado y viviré contigo. Después cada uno sigue su camino.

—¿Para qué vas a volver? —preguntó él con tono ácido.

—Dentro de veinte años no quiero maldecirme por dejar pasar esta oportunidad.

—Me suena un poco fáustico. ¿Cuán libres podemos ser sabiendo que el reloj está avanzando?

—Si no es por ti, Quinn, no vuelvo. Iría a la Universidad de Nueva York. Dios sabe que es posible que una estación de televisión quiera contratarme. No, espera, no digas nada. Aunque me den las becas y aunque vea que avanzo, voy a volver porque sabré que puedo lograrlo allí. No temo cambiar de ciudad por un año contigo.

Él la levantó y caminaron juntos, abrazados. Ella se acurrucó tan cerca de él que Quinn no se acordaba de haberse sentido mejor en su vida.

—¿Qué te parece si esta noche hacemos el amor?

—¡Oh, Dios! —exclamó ella. No me refriegues por la cara imágenes del paraíso, obligándome a volver a Colorado antes de tiempo.

—Tienes razón —admitió él. Trataba de no ser justo. Cariño, cuando pienso en ti, me olvido de todo lo que se suponía que tenía que estar pensando. Es más fuerte que cualquier cosa que haya sentido —le confesó.

—Para mí también.

—Te iré a buscar al aeropuerto el Día del Trabajo.

Era el verano del gran dolor y la cicatrización de heridas. Dan trató de contener sus sentimientos de temor y urgencia y de remontar sus vidas diez años, cuando prevalecían la paz y el amor.

Quinn se dio cuenta de lo mucho que iba en contra de los principios de marine de Dan tomar este camino de compasión y se alegró por ello. Pasaron una buena temporada juntos, la mejor, en un retiro en Langara Lodge, en la frontera entre Canadá y Alaska, donde los salmones medían casi un metro.

Quinn leía mucho y pasaba mucho tiempo con Maldonado, y siempre salía más lleno de vida que cuando entraba. Mal no predicaba, simplemente hablaba y una curva torcida dentro de la mente de uno de pronto se enderezaba.

Rita cumplió diecisiete años, pero parecía de veinte. Se sentía ridícula con algunos de los jóvenes llenos de granos con quienes salía. ¡Quinn era un hombre! ¡Un hombre de más de veinte años! Cada vez que sopesaba sus posibilidades, el alma se le iba al suelo.

En las primeras dos semanas de vacaciones, las líneas de teléfono ardieron entre el Village en Nueva York y Troublesome Mesa. Esos momentos fueron difíciles para Quinn, porque Greer estaba ocultando la emoción de su experiencia en Nueva York. Lentamente, llegó a darse cuenta de que tal vez ella no iba a regresar, ni siquiera para su año de fantasía juntos.

Dan y Siobhan conocieron a Greer por teléfono. A Dan le pareció que era bastante serio porque Quinn estaba pasando el verano muy solo, con excepción de sus visitas a Maldonado y a Carlos, quien volvió a su casa durante una larga semana.

¿Acaso Dan estaba más desesperado por saber más de Greer o por no echar leña al fuego?

—¿Es católica?

—No. ¿Por qué?

—Bueno, ya sabes que es mejor si se es de la misma religión.

—¿Por qué?

—Ya sabes, por los niños y todo lo demás.

—Papá, la cosa entre nosotros no es tan seria.

—Seguro, está bien —decía Dan, aliviado.

—¿Greer es buena cocinera?

—Una experta en Pizza Hut.

—¿Es partidaria de Nixon?

—Es una liberal de Kennedy.

—Dicen que la mayoría de las chicas de Colorado son un poco salvajes.

—¿Como mamá, quieres decir?

El sentimiento era de tristeza cuando terminó agosto y el Día del Trabajo inauguró el siguiente semestre.

Greer no volvió tal como lo había prometido y él sintió la aprensión en la voz de ella. Las llamadas telefónicas se espaciaron hasta volverse esporádicas. Greer le decía que estaba trabajando en turnos muy tarde o que tenía que cubrir algo fuera de la ciudad o que iba a formar parte de un equipo en un gran acontecimiento en Manhattan.

No hubo llamadas por diez días. Quinn no se quejó al prepararse para el otoño.

—Hijo —dijo Dan, con tono comprensivo—, ¿por qué no traes a alguna de tus amigas a la hacienda y pasan el fin de semana en la cabaña? Te han estado llamando otras personas durante todo el verano.

—Pero no Greer.

—Este verano tampoco has sonreído mucho.

—Te agradezco tu compasión, papá, pero llamemos las cosas por su nombre. Estarías feliz si ella no volviera de Nueva York.

—Sí y no. No me gusta verte tan desdichado. Soy tu padre, y tengo derecho a una opinión. Greer Little nunca va a darte lo que necesitas. El dolor de perderla va a pasar. Simplemente no tenía que ser.

—Nunca pronunciaste palabras más verdaderas —dijo Quinn con voz triste.

El pie de Siobhan abrió con una patada la puerta mosquitero; ella puso en la mesa un par de bolsas de compras.

—¿Hay más?

—Sí.

Cuando salió por la puerta trasera, sonó el teléfono y Siobhan lo contestó. Cuando Quinn volvió, ella le entregó el teléfono, y parecía algo sorprendida. Dan tenía la cara inclinada sobre su taza de café. Siobhan apenas sonrió y se fue del cuarto con Dan.

—Quinn —contestó él.

—Voy camino a Colorado —anunció Greer del otro lado. Querido, no me acosté con nadie en todo el verano. No puedo luchar contigo.

El suspiro de Quinn estuvo lleno de vocales.

—Aquí va la flaca. Volaré a Junction a ver a mi familia. Llegaré a tu departamento en algún momento del domingo.

—Yo también. Tenemos un rodeo y una yerra en el campo, pero voy a llegar

también el domingo. Nena, ¿es en serio?

—¿Cambiaste de opinión?

—Para nada.

Greer llegó antes, desbordante de historias sobre Manhattan que quería compartir, pero temerosa de que fueran a aburrir y, a la vez, a agradar a Quinn. Por la locura en la comunidad homosexual cada vez más fuerte y la liberación femenina, dijo que no había tenido sexo, lo cual era casi verdad, a excepción de los bailes hasta las cuatro, los refrescos en las fiestas y el escenario acelerado… la vastedad de la Biblioteca Pública de Nueva York, la altura del edificio Empire State, el zumbido de los trenes subterráneos llenos de inscripciones. Una noche bailando, una noche llorando. Greer no dejó entrever el desgarrador dolor de la pérdida de Quinn.

¡Lo que fuera! ¡Greer Little no pasaba inadvertida en ninguna parte!

«Rápido», se dijo en el departamento de Quinn, «antes de que llegue de Troublesome Mesa». Abrió la primera de dos valijas. Sacó un trapecio para enganchar en las vigas por arriba del colchón en el rincón. Un látigo, pero misericordiosamente cubierto de terciopelo, esposas y… velas: velas grandes, velas pequeñas, velas aromáticas, velas flotantes, velas cristianas, velas judías. Había suficientes prendas íntimas para vestir a un pequeño grupo de coristas o un grupo de coristas pequeñas. El resto de la valija contenía una serie de juguetes de adultos.

La segunda valija tenía la parafernalia de artista. Greer se desvistió y se detuvo frente al espejo del baño. Primero se puso una peluca anaranjada; luego se pintó la cara: la mitad izquierda violeta y la derecha, anaranjada. Rodeó su pecho derecho con una pincelada verde y el izquierdo, con una roja.

«Partes de abajo», se dijo. «Botas blancas hasta los muslos. Ahora, veamos, aquí vamos». En el abdomen se escribió las palabras ALABADO SEA EL SEÑOR y las llenó de brillo.

Greer oyó que un auto estacionaba afuera. Bueno, no tenía un segundo que perder. Contuvo el aliento y se colocó a unos metros de distancia para que él tuviera un cuadro completo de ella.

Hubo un golpe en la puerta.

—Usa tus llaves. Tengo las manos ocupadas —exclamó.

La llave estaba dura de no usarse durante el verano. Finalmente, se abrió la puerta con un movimiento brusco.

—¡Cógeme, hombre! —exclamó Greer con los brazos y las piernas abiertas.

Hicieron falta unos segundos de silencio para que se recompusieran. Siobhan sostenía un par de bolsas de compras.

—Perdón —dijo Siobhan—, estaba buscando el burdel. Veré si lo encuentro al final del pasillo.

—¿Señora O’Connell?

—Sí, es un placer conocerte en persona por fin.

—¡Oh, *Dios*!

Siobhan dejó las bolsas y fue a la alacena de la cocina.

—Creo que necesito un trago —dijo y se tomó un poco de Lemon Hart antes de que Greer pudiera detenerla, se tambaleó hasta la mesa de la cocina al tiempo que Greer le hacía beber varios vasos de agua.

De pronto, se miraron y estallaron en carcajadas, reprodujeron la gran entrada y les dio otro ataque de risa.

—¡Gracias a Dios que Dan no estaba aquí! —chilló Siobhan. —¡O Maldonado!

—¡O la hija de Maldonado!

—¡O el padre Sean!

—¡O el decano de admisiones!

—No estaba esperando exactamente esto, ¿no, señora?

Greer fue frontal con Siobhan. Ella y Quinn eran los clásicos barcos tristes que pasan de noche.

—Quince semanas es mucho tiempo, Greer. La vida no va a detenerse, pueden pasar un millón de cosas.

—¿Quiere que vuelva a Nueva York?

—Vas a volver —dijo Siobhan. Simplemente no sé cómo funcionaría si Quinn te siguiera hasta allí. Cuando viajamos juntos buscando universidades, Nueva York lo deslumbró por un momento, pero él no es un hombre que se deslumbre. Me alegro de que sepa que existe una Nueva York. Me alegro de que hayamos podido lograr que siga estudiando. No se está dejando estar y no es un perdedor. Pero a diferencia de ti, no sabe lo que necesita.

—Sí sabe. Quiere desesperadamente encontrar sus raíces. Nadie más que Quinn puede controlar esa hambre. Escúcheme, Siobhan, quizá yo sea la única persona que entendió su intensidad. Él quiere la paz que yo nunca podría darle. Quiere, cómo puedo decirlo, quiere mejorar las cosas para cada ser viviente.

—¿Te vas a quedar un año? —preguntó Siobhan.

—Un año es mucho tiempo. Soy alguien un poco loco para establecerme en un lugar.

Después de reunir la banda compuesta por una bazuca, una tabla de lavar, huesos, el arpa judía, una chicharra y cuatro instrumentos de metal, Quinn irrumpió con ellos cantando: *Don’t Roll Them Bloodshot Eyes at Me*.

Capítulo 11

BOULDER, 1971

Greer Little era una amante cuya mente nunca se alejaba mucho de la escena. Todas las piezas de poder ocultas en Quinn respondieron por quintuplicado. La abierta audacia de ambos al expresarse y luego en general al representar sus sentimientos era sorprendente.

Llegó a tal punto que con sólo tocarse cuando pasaban uno cerca del otro podían provocar un incendio. A medida que las aprensiones se fueron convirtiendo en confianza, los envolvió una fresca dulzura. El tiempo, gracias a Dios, se detuvo. La inevitable despedida al cabo del año parecía muy lejos, en el extremo de la pista.

Cuando la distancia les impedía besarse, corrían a encontrarse para estar juntos. Y el humor era salado, atrevido y muy elevado. Ninguno de los dos tenía intenciones de ser el mejor alumno, pero leían con voracidad cuando estaban demasiado exhaustos para hacer el amor. Aprendían lo que sus universidades les podían dar y, en su mayor parte, lo aprendían en el colchón del rincón, donde ella iba a leer, mientras que él elegía la silla de la cocina.

Una vez por semana hacían una fiesta. El lugar desbordaba de jóvenes contentos, frustrados, enojados, sorprendidos y temerosos. Las drogas eran mínimas, no así el sexo. Era la clase de campus donde la visita de Nixon a la China podía ser un tema de discusión igual que la nueva droga psicodélica. Ah, si tan sólo tuvieran una relación como la que tenían Quinn y Greer.

Poco a poco, Greer se fue sintiendo bien al contarle cosas de Nueva York. No quería que él pensara que ella estaba volviendo a un escenario de asesinatos en el subte o en el Central Park. Ella entendía que Quinn sólo estaba interesado en parte en sus viajes salvajes, y eso le daba una sensación de paz: la ciudad no era lo de Quinn. Muchas veces pensaba: «Nos conocimos en el siglo equivocado, querido, pero gracias a Dios, nos detuvimos y caminamos un rato de la mano».

Durante el verano anterior, Greer había recorrido los peores tugurios de la Octava Avenida, comprando libros y revistas y buscando películas pornográficas. La Biblioteca Pública de Nueva York ofrecía otro tesoro. Tachando y haciendo combinaciones, logró juntar una lista de ciento seis formas de hacer el amor.

—Eso lo hicimos, eso lo hicimos —dijo Quinn, leyendo la lista. —Entonces, ¿qué hay de nuevo?

—Nosotros. Sigue leyendo.

—¡*Qué*! ¿Encontraste esto en la Biblioteca de Nueva York?

—En la misma sección que *Mary Poppins*.

—Esto no lo conseguiste en la biblioteca. Tienes una mente fértil y enferma.

—Eso es precioso, Quinn. Haces llorar a una chica.

A veces fumaban marihuana, en general en fiestas. Quinn sentía que tenía las cosas bajo control, y ella se enloquecía de lujuria. Los mejores momentos eran a las tres de la mañana, cuando se levantaban medio dormidos, bebían un gran vaso de jugo de naranja y daban algunas pitadas en la pipa para marihuana.

Quinn les puso un límite a las drogas. Después de ver a dos hombres del equipo destrozarse con LSD y cocaína, dijo basta. Ella rompió las reglas una vez con cocaína y él se mudó por dos semanas hasta que ella le juró, y mantuvo la promesa, que no habría más coca.

—La coca es el demonio, mi amor. El demonio es más listo cuando no crees que hay un demonio. Por Dios, cuando recorrías la Octava Avenida, ¿no veías lo que hacía? ¿Había coca en el trabajo?

—Sí, algunas chicas y compañeros del estudio realmente se destrozaban. Gracias a Dios que te tengo a ti.

Besos melosos cuando se pasaban un cubo de hielo almibarado de boca en boca y dejaban que se derritiera y les corriera por el cuello y luego se lamían. Audaces, arriesgados, se abrían por completo.

El contacto, el contacto, el contacto. Era lo único que hacía falta como una advertencia de un viaje de toda la noche o un salto rápido desde el muelle. Se entendían perfectamente.

Después de algunas visitas a la hacienda, Dan se ablandó en gran medida. El encanto normal de Siobhan siempre estaba atenuado por el oculto temor de que Greer no regresara a Nueva York. Estos dos muchachos estaban llenando enormes tanques de almacenamiento para toda una vida, para ciento veinte años.

El primer escalofrío fue en Navidad, que incómodamente tuvieron que dividir entre Grand Junction y la hacienda. Sin embargo, fue bueno que salieran a tomar un poco de aire fresco. A Quinn le agradaba el padre de Greer, un excelente jugador de béisbol…

—Papá podría haber llegado a ser un grande, pero nunca pudo pegarle a la pelota con una curva interna lenta —explicó Greer.

—Eso fue lo primero que me enseñaste —dijo Quinn.

—Lástima que ella nació con el sexo equivocado. Pero ya sabes, sí puede dirigir un equipo. De la Pequeña Liga. Un chico le tocó el trasero cuando ganaron el campeonato del estado. Ella le lavó la boca con jabón enfrente del resto y lo obligó a disculparse… bueno, en mi opinión, Jimmy Foxx fue el más grande bateador de todos porque era diestro.

Feliz y triunfante.

Después de un galope por el prado, Quinn tuvo que llevarla a la casa y depositarla en una bañera. Nada de lazo, entonces.

Oh, ven. Oh, ven.

VÍSPERA DE AÑO NUEVO, 1971

Víspera de Año Nuevo. Todos los departamentos abrían las puertas. Los juerguistas tristes y los felices se preguntaban qué significaba. La devastación nuclear era el único tema de conversación. Una experiencia deprimente recorría la Tierra. Pero la mayoría de los que estaban deprimidos se tenían los unos a los otros. El beso de Año Nuevo siempre era un beso de bienvenida. En ese instante Greer y Quinn supieron que era un beso de despedida; la horrenda cuenta regresiva había empezado.

En un entrenamiento de béisbol en un gimnasio cubierto a fines del invierno, Quinn estaba mirando la pelota como si tuviera los ojos de Superman. Había cruzado una línea mágica en la que su mente podía frenar la pelota.

Ella lo miró como si hubiera dado vuelta una página para siempre y ahora esa nueva página no contuviera la felicidad descabellada de la anterior. Si bien aún tenían meses de su odisea por delante, ella había empezado a sentir un dejo de descontento en la boca del estómago.

Quinn estaba, como de costumbre, encorvado sobre la mesa de cocina, lejos, sumergido en Joseph Campbell, cuando ella llegó medio arrastrándose. Greer le despeinó el pelo y encendió la pava.

—¿Qué tal tu día, cariño? —preguntó Quinn.

—Ah, muy bien, excepto por una cosita —dijo ella, sentándose frente a él.

—Estás embarazada —dijo Quinn.

—¿Cómo lo supiste?

—Sé contar hasta veintinueve.

Ella meneó la cabeza. La mano de él la arrastró hasta su regazo. Le masajeó el estómago.

—No hay mucho lugar aquí.

—No pareces muy molesto, Quinn.

—Por la forma en que hemos estado comportándonos, no íbamos a seguir desafiando a Dios eternamente. De todas maneras, pensé en eso antes. Estos últimos días, pensé mucho en eso. Hemos recorrido mucho camino. Hablemos como sabemos hacerlo nosotros.

—Oh, Dios, eres maravilloso —dijo ella, apoyando la cabeza sobre el hombro de Quinn y sollozando.

—Te amo, Greer. Tomemos una decisión, yo la acepto.

—Mi reverendo Jackson. No es tan terrible en esta época. Pasa todos los días en la universidad. Cuando me enteré, iba a arreglarlo, iba a hacerme un aborto y engañarte. Hasta concerté una cita. No pude hacerlo. Te amo. No nos vamos a casar y yo me voy a ir a Nueva York con el bebé.

—Eso tiene un gran inconveniente, mi amor. Mi hija, mi hijo, quiero criarlo. ¿Madre soltera de veintidós años en Manhattan? No cuando quieres tener una carrera

dinámica.

—¿Adopción? —susurró ella.

—¡No! —exclamó él. ¡No! Greer, ten el niño. Yo lo criaré en Colorado y, con el tiempo, conocerá a su madre.

—¿Estás dispuesto a hacerte cargo de algo semejante?

—Completamente.

Greer lloró.

—Eres demasiado bueno para mí. Soy una maldita egoísta. —Le aferró las manos y le suplicó. —Sabes que no puedo empezar en Nueva York con un niño.

—Fuimos lo máximo, Greer. En cinco mil años no hubo una pareja más apasionada que nosotros. Estamos muy adelantados, con bebé y todo.

—¿Y si nos casamos con otras personas?

—Tendrá una madre y un padre, y dependerá de ti qué clase de relación quieres establecer. Por lo menos, él o ella siempre va a saber de dónde viene… la idea de una niña… de verdad me hace sonreír.

Después de su siesta, el padre Sean salió de su departamento y entró en un cuarto que parecía pegajoso con alquitrán húmedo. Siobhan, Dan y Quinn exhibían sus expresiones de Eugene O'Neill.

—¿Soy parte de la familia o soy el sacerdote? —preguntó Sean.

—Te escribí y te hablé sobre Greer Little —comenzó Quinn. Por desgracia, no seguí tu consejo. Tienes razón, tío Sean, hay que pagar un precio. Greer no es la típica *Hausfrau*, sin ofensas, mamá. Es una de las alumnas de ciencias de la comunicación más brillantes que ha tenido la universidad. También es una mujer salvaje. Va a graduarse y tiene tres o cuatro trabajos esperándola en Nueva York. Pensamos que nos gustaría vivir un año en el paraíso antes de seguir con nuestras vidas.

—Y está embarazada —dijo el padre Sean—, ¿y quiere seguir en Nueva York?

—Así es.

—¡No se comportaron normalmente! —exclamó Dan.

—Es lo que querían —dijo Sean—, no ser normales. ¿Fueron muy alocados?

—Sí, señor —contestó Quinn.

—¿Hubo otra gente involucrada? —preguntó Sean.

—No, sólo nosotros.

—¿Drogas?

—Uno o dos cigarrillo de marihuana por semana. Nada más.

—Desde el principio —dijo Siobhan—, yo sentí que Greer no era adecuada para Quinn. También sabía que si iba a Nueva York tras ella o si nosotros no aprobábamos la relación, íbamos a perderlo.

—No sabe cocinar —agregó Dan—, no sabe coser, no sabe montar a caballo, no

es católica.

—Cállate, Dan. ¿Amas a esta chica? —preguntó Sean.

—Sí. Nosotros… no… no… vamos a casarnos. Eso sería una farsa.

—¿Qué quieres hacer, Quinn?

—Quiero que se quede aquí, que lleve el embarazo a término y tenga al niño. Quiero cuidarlo el resto de mi vida.

—¡Perdida! —gritó Dan. Perdida, sucia, podrida.

—¡Dan, basta! —exclamó Siobhan.

—¡Papá, no vuelvas a decir eso! ¡Papá, no digas eso jamás!

—¿Estamos tan seguros de que es el niño de Quinn?

—¡Es suficiente, Dan! —ordenó Sean. Hablo sin el hábito católico. ¡No y no! No puedes traer a un niño en medio de este odio. Sí, Quinn podría irse y esta vez para siempre. Eres un hombre muy decente, Quinn, pero no tienes idea de lo que hace falta para criar a un niño cuya madre está viva y lo más probable es que nunca vuelva a verlo. ¿Acaso no te basta tu propia experiencia, Quinn, que quieres trasladar tu pena?

—No estarás sugiriendo un aborto —lloró Siobhan.

—Sí, eso es lo que estoy sugiriendo —respondió Sean—, y que Dios me ayude.

—La única forma —murmuró Dan— es hacer que aborte. Además, le daré diez mil dólares.

—Me acabas de decir todo lo que quería saber, papá. ¡Greer no quiere al niño aquí, igual que tú no me querías aquí! Lástima que mis padres me dejaron nacer. Vamos, hombre, arroja al feto a un tacho de basura.

—Dan, me pongo de rodillas —lloró Siobhan. Es el hijo de Quinn.

—Me voy de aquí —anunció Quinn suavemente. Voy a empacar mis cosas.

—¡Ah, adelante! Se está convirtiendo en una rutina —dijo Dan. Cada vez que me miraste desde que tenías diez años, Quinn, me echaste la culpa. Me mirabas de esa forma que decía: «No eres mi padre». ¿Y *mis* sentimientos? Acepté todo, pero hay un límite. ¡Tú y esa mujerzuela!

Siobhan estaba muda, aferrándose a Quinn.

—Y tú, padre Sean, diciéndóme que mate a mi bebé. Que lo tenga en un baño público y lo arroje a la basura —exclamó Quinn.

—Sí, así es —respondió Sean mansamente.

—Antes de arrastrarte hasta esa pequeña prostituta, oye bien esto. Greer es una prostituta igual que tu madre biológica. ¡Tu madre era una monja y una prostituta!

—¿Es verdad?

—No —dijo Sean.

—Mi Iglesia… mi Iglesia diciéndome que pase toda la vida con una mentira. Mi sacerdote, mi tío diciendo que lo asesine.

Quinn salió sin mirar atrás.

Una sensación de urgencia, una necesidad de aclarar sus ideas envolvió a Quinn mientras se dirigía a toda prisa a Boulder. La idea de ser padre crecía dentro de él como Billy Bigelow en *Carousel*: mi niñito… mi niñita… «Este niño conocerá el amor. Esta preciosa vida no será desperdiciada por las discusiones humanas sobre las comas y los puntos y comas».

—No padecerás pesadillas, mi amor.

Llegó al departamento sabiendo lo que tenía que hacer. Lo que fuera, como fuera, ella llevaría su embarazo a término. ¡Lo que fuera, como fuera! La puerta estaba sin llave. La abrió de par en par.

—¡Greer!

Vio su sombrero y sus anteojos sobre la mesa.

—¿Dónde demonios estás? —Abrió las puertas de armarios, revisó el baño. Vacío. Un débil sollozo llegó a sus oídos. Estaba acurrucada contra la pared detrás de un escritorio.

—Nena, sal de allí, vamos.

Ella salió arrastrándose, se abalanzó hacia él y se puso a llorar.

—¡Ya me encargué de todo! —gritó.

Lo único que se oía era la dolorosa respiración y un repentino regreso a la calma.

—El momento en que me lo hice, me di cuenta de lo que había hecho. ¡Te amo, no puedo dejarte! Al diablo con Nueva York, Quinn. Me quedaré. Cásate conmigo y haremos otro bebé.

Él le proporcionó el consuelo y el refugio y sonrisas suaves y tristes. Su tiempo había pasado. Y todas las noches mientras la abrazaba, sentía que el dolor de ella disminuía cada vez más y luego crecía la necesidad de volver a ser Greer, volar, irse.

Y se fue.

Capítulo 12

TROUBLESOME MESA, 1973

Hacía mucho tiempo que Carlos Martínez no iba a su casa. La última vez había sido para su graduación de la Universidad de Texas; luego empezó a estudiar derecho por la noche. Había sido contratado por un prestigioso estudio de abogados en Houston que manejaba muchísimos asuntos mexicanos.

Aunque era un socio menor, Carlos rápidamente dejó bien en claro que iba a ganarse su puesto. Pasaba gran parte de su tiempo en trabajos legales del otro lado de la frontera y una cuantas veces en muchos lugares de América del Sur y el Caribe.

Carlos usaba las mejores ropas. En poco tiempo supo que manejaría el mejor auto, navegaría el mejor velero y quizás hasta volaría el mejor avión. Era inteligente, brillante y convincente, una rara combinación para alguien tan joven.

Regresar a la hacienda era una bendición ambivalente. Su padre y su madre, Pedro y Consuelo, habían reducido su caudal de trabajo y disfrutaban de las comodidades de la incipiente vejez.

Juan, el menor de sus hermano, era el hacendado. Bajo la mirada y la dirección de su padre, Juan evolucionaba para asumir el cargo de capataz.

La familia Martínez poseía el veinticinco por ciento de la hacienda, de modo que las generaciones estaban haciendo lo correcto. Por lo menos un hijo de la familia Martínez permanecería allí.

¿Los O’Connell? Quinn se había ido y no trataba con nadie más que con Reynaldo Maldonado y su hija, Rita. Un manto permanente de crepúsculo había caído sobre Dan y Siobhan.

¡*Fiesta*!

Todo el valle, incluyendo los mormones, se acercaban para la diversión y la fiesta. Carlos devoraba la atención femenina y también el temor reverente de los hijos de los hacendados. «¡Vean quién soy!», decía con su actitud. «¡El año que viene voy a tener un Corvette! Nunca pensaron que Carlos iba a ser tan grandioso, ¿no?».

Las muchachas del valle le parecían algo pesadas y sin gracia. Su mejor ropa era sosa. Las chicas de las haciendas eran para los chicos de las haciendas, que no eran muy selectivos. ¡Era toda una gran victoria para Carlos, el regreso del hijo triunfante!

Y luego vio a Rita Maldonado y a su padre abriéndose camino entre la multitud hacia él.

—Dios —susurró para sí.

¿Cuántos años tendría ella ahora? Diecisiete. Reynaldo nunca había pintado o esculpido una mujer tan hermosa como su hija. Era Afrodita con pelo oscuro y suficientes genes nórdicos de su madre para refinar sus rasgos.

—Carlos —exclamó ella, lanzándole los brazos al cuello.

—Has crecido.

Eso incluía una observación de sus pechos y todo lo demás. Se quedaron parados, mirándose, hasta que la gente a su alrededor se puso incómoda.

Llevaron sus caballos por las sendas familiares que habían recorrido de niños y jóvenes. Sólo que ahora faltaba Quinn. La ausencia de Quinn revoloteaba sobre el regreso al hogar y empañaba su alegría.

Metieron los pies en un arroyo helado cerca de grandes rocas, a trescientos metros por encima de la hacienda.

—No es lo mismo sin Quinn, ¿verdad? —dijo ella.

Carlos meneó la cabeza.

—Lo vi algunas veces cuando estaba en San Diego por negocios. No habló mucho sobre por qué se había ido de Troublesome.

—Yo tampoco lo sé —dijo Rita. Estaba con esta chica, se llamaba Greer, y la amaba mucho. Cuando ella se fue a Nueva York por una pasantía, él gimió sobre el hombro de Mal casi todas las noches. Luego ella volvió y, después de un año, se separaron y Quinn se fue. Ni su madre ni su padre quieren hablar de él. Sé que no les escribe. Algo que ver con lo católico, creo.

—No es lo mismo —repitió Carlos. Verás, aunque yo era el mayor, Quinn me protegía en el patio del colegio y me enseñó muchas cosas.

—Tú también le enseñaste mucho, Carlos. De todas maneras, todos los meses nos escribimos. Yo le escribiría con mayor frecuencia, pero no quiero que me deba cartas. Ya sabes lo que quiero decir.

—Es curioso, él siempre fue una especie de héroe para mí —comentó Carlos. Creo que llegué a aprender sus lecciones ejerciendo el derecho ahora. Gran parte de las leyes están podridas, son mentiras y engaños. Hace muy poco, me di cuenta de que Quinn nunca fue de esa manera. Si te prometía algo, lo cumplía.

Carlos miró fijamente a Rita, encontró una gran roca donde sentarse y se puso las botas. Estaba mudo al mirarla. Cuando ella se metió en el agua, se sostuvo en alto la amplia falda y mostró sus magníficas piernas; la blusa semiabierta mostraba sus maravillosos pechos. Rita se acercó a él pensativamente.

—Supongo que ambos lo perdimos —dijo Carlos.

—¿Qué quieres decir, Carlos?

—Recuerdo el día en que tú y Mal se mudaron a la casa. Al día siguiente ya estabas enamorada de Quinn. ¿Cuántos años tenías? ¿Seis o siete?

—¿Tanto se notaba?

—Yo me di cuenta. Los tres pasábamos juntos mucho tiempo.

—Bueno, Quinn Patrick O'Connell nunca tuvo ojos para mí. Todavía soy su hermana pequeña. Lloré sola mucho cuando se enamoró de esa Greer. Y cuando se separaron, no puedo decir que estuviera triste. Le envié fotos para indicarle que ya no

era una niña, pero no pareció darse cuenta. Supongo que habrá tenido a cientos de mujeres en San Diego.

Carlos no dijo nada, lo cual decía todo.

—Fui una tonta, Carlos. Nada más. Quiero hacer cosas.

—¿Qué cosas?

Ella le puso los brazos alrededor del cuello y acercó los labios a los suyos y apretó el cuerpo contra el de Carlos, como un signo de puntuación. Carlos la alejó, sorprendido. Ella volvió a besarlo, pero él se volvió, alejándose.

—¿Ésta es la manera de vengarte de él? —preguntó Carlos.

—No lo sé —contestó ella.

—¿Qué sabes? —le preguntó Carlos.

—Sé que durante los últimos años has estado deseándome. Y te envié fotos porque quería que me desearas. Cuando me enteré de que venías a Troublesome, supe que me había llegado el momento de entrar en la sociedad de la mujer adulta. Sé —siguió con voz entrecortada— lo suave que puedes ser y que confío en ti y que quiero que seas suave conmigo.

Se abalanzaron el uno sobre el otro y se abrazaron y se mecieron…

—Es tan injusto para Quinn —exclamó Carlos.

—¡No! Él tomó una decisión. No es injusto para Quinn. No puedes sentirte culpable por un hombre que me rechazó como mujer. ¿Culpable por qué? ¿Por descubrir que mi amante eras tú todo el tiempo?

Su explosión soltó torrentes de restricción, una restricción de años jóvenes. Rita y Carlos eran tan salvajes como las gigantescas rocas y el arroyo helado y la tierra áspera. Durante la semana de la estada de Carlos, salieron todos los días, embelesados.

Cuando se acercó el momento de la partida, ambos estaban tristes.

—¿Es muy difícil para ti ir a Denver? —preguntó Carlos.

—Puedo ir los fines de semana.

—¿Y Mal?

—Le diré que tengo un novio en Denver.

—Esa parte es verdad pero ¿y la otra?

—Quinn ya no forma parte de mi vida —le aseguró ella. Así que, ¿por qué tenemos que mentir?

—No sé lo que no sé —dijo Carlos—; sólo sé que tú y yo como amantes seguiríamos envenenando el pozo de los O'Connell y mis padres. Rita, nunca he pasado días como éstos. Te amo. Quiero que seas mía para siempre.

—¿Pero? —preguntó ella.

—Apenas estoy comenzando mi carrera. Todavía no llegué tan lejos como para tener una esposa. Viajo todo el tiempo. Tenemos una oficina en Denver a la que puedo venir una o dos veces al mes.

A desgano, Rita tuvo que aceptar su modo de pensar.

—A papá se le rompería el corazón si no terminara mis estudios —dijo por fin.

—¿Nos veremos en Denver hasta que se nos aclare el panorama? —preguntó él con tono implorante.

—Algo va a pasar, Carlos, algo malo.

—No seas supersticiosa —le dijo él.

«Carlos Martínez sería una elección perfecta», pensó ella. «Me alegro de que haya sido el primero. Sí, una elección perfecta, si no podía tener a Quinn».

Capítulo 13

PAWTUCKET, RHODE ISLAND — FINES DE LOS AÑOS 70

El auge personal de Thornton Tomtree comenzó junto con las brisas cálidas de primavera que cubrían el inmaculado césped del club náutico de Dwight Grassley, un sofisticado club algo venido a menos que alguna vez había defendido la Copa de América. Como el nombre de T3 estaba ganando influencia en el país, Dwight auspició a Tomtree dentro del mundo de elite de Newport.

Como descendiente de la vieja familia Grassley, Dwight tenía la obligación de ocuparse de que sus hermanas se casaran con hombres de buena familia. Tenía tres hermanas: una apenas coherente, que vivía en un loft en Tribeca; otra que hacía todo bien; y una que era un problema. Penny, la *contessa* que se paseaba descalza y se bañaba desnuda, no era una mala artista, pero amaba a todos los hombres que se cruzaban en su camino. Tres de ellos la habían dejado con tres hijos completamente diferentes. A Dwight le molestaba que fuera la más feliz de todas, a pesar de uno o dos intentos de suicidio.

Nini, por otra parte, hacía todo bien. Celebró una boda en el Yatch Club de Newport que cayó en el olvido en cuanto la escultura de hielo se derritió. La pareja era chata, pero produjo hijos preciosos.

Pucky era el problema. Era una exhibicionista, alta, delgada, de casi un metro ochenta de altura. Tenía una cara agradable, aunque sus dientes eran algo grandes. Pucky supo desde que fue pupila a su primer colegio cuál sería su camino en la sofocante y perrada sociedad de Newport. Le dejaría los corredores de autos a Penny.

Al mirar a Pucky con detenimiento, cualquiera vería una personalidad burbujeante como una botella recién abierta de Perrier. Su cuerpo era delgado, pero se curvaba en la forma correcta en los lugares correctos, lo cual le daba una esbeltez que ella sabía cómo explotar.

Lo que parecía ser una superficie chata era en realidad una muy profunda, con una cantidad sorprendente de conocimientos de una amplia gama de temas. En alguna parte del camino, Pucky se sentía muy cómoda consigo misma, y detenía los salvajes embates monetarios de algunos de los socios del club más distinguidos que trataban de cortejarla o seducirla.

La aparición de Thornton Tomtree le despertó de inmediato el interés. Parecía más alto que ella a causa de su creciente prestigio en la comunidad nacional.

A T3, como llegaron a conocerlo, no le gustaba el ambiente del club náutico, pero a ella tampoco. En el fondo, esas mutuas cualidades la conmovieron. Lo vio como un gran cachorro de terranova, un poco desgarbado, pero un solitario que necesitaba una mujer, una esposa, una amante compasiva.

Pucky, cuya selecta lista de candidatos en general estaba poblada de actores,

escritores y artistas de Providence, de pronto se encontró atraída por un industrial.

Ella estaba lejos de ser invisible. Navegaba espléndidamente, era una anfitriona encantadora, una fanática de las obras de caridad y, sobre todo, una fuerza que impulsaba la vida cultural del estado, incluyendo el gran festival de jazz.

Providence se había convertido en una fuerte comunidad satélite para los artistas que no llegaban a ingresar en la escena de Nueva York. El fuerte de Pucky era su ayuda callada pero muy seria hacia los creativos. «Se decía» que era muy romántica.

Cuando todo estuvo dicho y hecho, Pucky quiso que la magnífica mente de Thornton Tomtree, o parte de ella, la llevara a lugares donde tuviera la oportunidad de echar un vistazo al mundo etéreo de ese hombre.

Penny engañó a Thornton al enviarlo a la cabaña de la familia sobre la playa para que le llevara una toalla a Pucky. Cuando él entró, la encontró desnuda. Esta aparición inesperada parecía una estatua griega alta, bellamente proporcionada, en particular sus pechos, de donde Thornton no podía apartar la vista.

Industrias T3 obtuvo mil millones netos el día que se casaron. Él compró Nanatuck Island, construyó una casa de mil metros cuadrados entre las rocas ascendentes y las planicies y se desplazaba en helicóptero para ir y venir de Pawtucket.

Los primeros años fueron bastante sabrosos. Algunos años después Pucky dio a luz al hijo y la hija reglamentarios.

El atractivo que ella le encontraba a su introversión antes del matrimonio, con el paso del tiempo, se desvaneció. El capullo se cayó de la rosa. *Bum*.

Los siguientes veinte años fueron un catálogo de la indiferencia de Thornton hacia ella y las cosas buenas que ella hacía.

Pucky Tomtree nunca llegó muy lejos en el interior de la mente de su marido. Tenía una ciudad amurallada dentro del cerebro, conectada principalmente para hablar el nuevo lenguaje de la computación.

La bifurcación de sus caminos iba en direcciones opuestas, y así fue cómo evolucionaron, lejos el uno del otro. Él aparecía en algunos conciertos de cuartetos de cuerda barrocos que se realizaban en mansiones de Newport para acontecimientos de caridad de gran escala. Pucky estaba más a gusto con las trompetas de jazz en el festival del pueblo.

Sus hijos, CiCi y Thomas Carmichael Tomtree, crecieron chatamente dentro del entorno de los Grassley y Newport. Eran chatos con respecto a su ambición y a sus logros, eran grandes navegantes y pacíficamente ocuparon sus lugares en la escala de herencia y siguieron llevando vidas chatas y ricas, con parejas igualmente chatas y ricas. Pero antes de embarcarse en ese viaje chato y permanente, ambos se desviaron hacia el mundo de jóvenes pacifistas y hippies y tuvieron que ser rescatados de Haight-Asbury, el corazón del movimiento hippie, en dos ocasiones.

Pucky simplemente tenía demasiada vitalidad. Incapaz de sondear la mente de su marido o de excitarlo físicamente, aguantó durante un tiempo ser simplemente un

bien mueble. Para Thornton, el sueño significaba resolver un problema mientras dormía. Hacer el amor significaba resolver un problema técnico de lubricación.

¿Nueva York? ¿Teatro? Una pérdida de tiempo. «¿Esos clarinetistas con las mejillas infladas tocando *Saints*? Por Dios, Pucky, ¿después qué? ¿Conversación? ¿Con qué fin si no es para progresar en tu negocio?».

Después de dos décadas y cuando ya no tenía ningún niño que criar, Pucky tiró la toalla. Su confidente no era otro que Darnell Jefferson.

—T3 es más una pieza de tecnología que un ser humano —le decía a Darnell una y otra vez.

Aun sabiendo que ambos eran demasiado distintos para tener una relación fructífera y pacífica, Darnell evadió la discusión hasta que vio a una mujer que se acercaba a los cincuenta años casi por completo melancólica.

—Sabías en dónde te estabas metiendo, Pucky.

—Lo sabía y nunca me quejé.

—Te embarcaste en el matrimonio con Thornton pensando que podrías cambiarlo, cogerlo hasta amoldarlo a tus deseos. Demasiadas esposas abren de par en par la heladera la noche de bodas y dicen: «No debes comer esas salchichas, pero sí deberías comer más yogur». Nadie en el mundo puede cambiar a Thornton Tomtree. Es un excéntrico.

—Tú puedes —lo desafió ella.

—Pucky, no puedo producir su testosterona.

Así que ella siguió con sus buenas obras en las artes, yendo y viniendo de Washington por comités nacionales, patrocinando el teatro en su región, apoyando a artistas jóvenes. Era todo muy Grassley. Y Pucky fue felicitada por estabilizar a sus hijos de tal manera que ya no eran ni hippies ni drogadictos.

El dormitorio principal en Nanatuck daba al mar; estaba equipado con hidromasaje y una zona de juegos. Thornton dormía en la oscuridad más profunda porque demasiada luz le dañaba los ojos.

A eso de las cinco de la mañana, la mayoría de los días, Pucky se despertaba con el sonido de Thornton en su baño, orinando y cepillándose los dientes. Ella rápidamente iba a su propio baño y él sabía exactamente cuánto tardaba en prepararse y volver a la cama.

Comenzaba un ritual muy medido, con un suave beso seguido de ciertos contoneos y reverencias, y después adoptaban la postura del misionero. Entre una cosa y otra, todo el ejercicio duraba alrededor de quince minutos. Era imposible que Pucky lo enfrentara a la insuficiencia sexual de él. Thornton simplemente no lo entendía, no lo necesitaba ni se daba cuenta de que tenía que haber más.

La mujer se lo guardó, pidió que le ataran las trompas después del nacimiento de su hija y vivió siempre cerca de una oleada de tristeza.

Darnell siempre tenía negocios en Nueva York y Washington, donde T3 poseía oficinas. Era una época llena de acontecimientos: desde la explosión del *Challenger* hasta el desastre de Chernobyl y la caída del Muro de Berlín. Él y su mujer muchas veces acompañaban a Pucky al teatro en Broadway, al Lincoln Center o a los lugares alocados de moda del Village.

Al cabo de la velada, ella en general no volvía al departamento de T3 en Park Avenue, sino que se iba sola al Village, al loft de su hermana Penny. Darnell no sabía si había algo que no funcionaba pero lo sospechaba.

No quería tener una relación cercana con la esposa de Thornton. Eso podría causarle problemas.

Hacía algún tiempo, Darnell había convencido a Thornton de que debía crear una fundación para obras de caridad. La monstruosa cuenta era de decenas de millones; su filosofía era un sistema de apoyo para investigación en las áreas de ingeniería, medicina y ciencia.

—Sobre mi cadáver —le advirtió Thornton cuando Darnell le propuso un subsidio de investigación de cinco millones de dólares para el sida. La empresa T3 estaba viva y en buena situación cuando se hizo la donación. Atrapó la atención nacional y, de pronto, más de cien empleados homosexuales de Industrias T3 salieron a la luz.

Darnell manejaba al jefe como si estuviera tocando un magnífico violín, de modo que Thornton obtuvo las felicitaciones por poner a Pucky en el directorio de la fundación. Fue una estrategia perfecta que devolvió el brillo a los ojos de su mujer.

El doctor Hans Neucamp, presidente de la Fundación Tomtree, estaba cansado y tenía los ojos enrojecidos y medio bizcos.

—Subsidio número ciento veintidós —dijo—, treinta mil dólares para el estado de Utah, destinados a terminar los estanques para el resto de los experimentos con peces de agua dulce.

Sin objeciones.

—Y uno más. Los hermanos Peterson en Toledo. Su batería hará funcionar un jeep quinientos kilómetros sin una carga de repuesto. Están a punto de realizar un gran descubrimiento —dijo el doctor Neucamp.

Thornton asintió.

—Bueno, eso es todo —dijo Neucamp.

—Si no hay objeciones, propongo votar para aceptar los subsidios en forma unánime.

—Me opongo —dijo Pucky. *Sal de tu larga oscuridad ahora*, le había rogado Darnell. Ella vislumbró a Darnell ubicado a la derecha de T3.

«Vamos, nena», pensó Darnell, «vamos».

—¿Señora Tomtree? —preguntó el doctor Neucamp con una sonrisa torcida y una

voz que le salió unos tonos más aguda.

—¿Qué demonios es todo esto? —preguntó bruscamente Thornton, mirando el reloj. Se inclinó hacia Darnell y éste asintió.

—Siendo éste el caso, hemos tenido un día muy largo. ¿Por qué no lo posponemos para mañana? Veré qué tiene en mente la señora T y sólo me llevará unos minutos solucionar el asunto. Los veré aquí a las diez.

El doctor Neucamp quería oír con toda su alma qué estaba pasando, pero Darnell lo tomó del codo y lo guió a través de la puerta revestida de cuero. Los otros miembros del directorio, en medio de un intimidado silencio, salieron sigilosamente.

Darnell llamó por teléfono a la oficina de prensa y les dijo que no hicieran aún los anuncios de fondos.

—Por Dios —dijo Pucky. «Me opongo» fueron las primeras dos palabras que pronuncié en diez reuniones de directorio. Me opongo, me opongo, me opongo.

Darnell comenzó a salir.

—Vuelve aquí. No vas a dejarme solo con esta loca.

—MIT, Cal Tech, Carnegie-Mellon van a estar rebosantes de júbilo mañana —dijo ella.

—Ya sé qué se trae entre manos mi adorada mujer —exclamó Thornton.

—Cuando ingresé en el directorio, aceptaste que una parte, no especificada, estaría destinada a las artes. Una parte de cero es cero.

—¡Correcto! Nada de nada es nada. Y en el próximo siglo las artes no van a ir a ninguna parte. Los dramaturgos han abandonado el escenario y las novelas se van a convertir en reliquias. Prefieren difundir porquerías en ciento cincuenta canales de televisión.

—Un momento, Thornton —le ordenó Pucky. Nos despertamos de una guerra cantando *Oh, What a Beautiful Morning*. Era la canción de esperanza de la nación. Personas brillantes y llenas de talento llevaron esto adelante a lo largo del siglo con obras maravillosas, novelas maravillosas y teatro maravilloso. Eran tan buenos como cualquier otro de la historia de los Estados Unidos. Richard Rogers, Tennessee Williams, John Steinbeck… ¡Por Dios!

—La gente hizo su elección, Pucky. Yo sólo cumplo sus órdenes —respondió Thornton.

—¡Sus órdenes! ¿Para ocultar la codicia corporativa?

—Por Dios, Pucky. La gente ha cambiado gustosamente su libertad por un sitio en la red. Todo, todo va a ser envasado y comercializado para que nunca más nadie tenga que volver a levantarse de la silla. Ya oíste a los cantantes de rap.

OH, POBRE DE MÍ,
POLICÍA DE RONDA, MALA MADRE,
SIENTO DOLOR CON MAL SABOR.
ASÍ QUE, ESCUCHA, HERMANO,
Y ESCUCHEN, LESBIANAS,
¡LAS ACUCHILLARÉ PARA SACARLES

—¿Quieres que apoye ese ruido? —continuó. ¿Quieres que apoye a esos que dicen ser artistas y meten hígados en botellas de orina y llaman a eso arte? ¿Dónde están los hombres y las mujeres que escriben para el teatro? Una sola obra estadounidense podría llegar a Broadway. Ni una maldita obra de teatro en veinticinco años. *Jesucristo Superstar*… ¿eso es un musical?

»Escucha, Pucky, pronto van a arreglar Broadway. ¡Fuera las prostitutas! ¡Fuera los proxenetas! ¡Fuera los traficantes! ¡Abajo las fachadas de tiendas que cierran todas las semanas! ¡Fuera todos los estrafalarios! Vamos a tener una Broadway higienizada, empaquetada y comercializada. Cuando echen a los maricones de la calle 42, vamos a tener la Broadway impecable de Walt Disney… un lugar donde un hombre puede llevar a su mujer e hijos a tiendas impecables de ropa.

Por primera vez Darnell oía a su jefe emitir una opinión apasionada sobre algo que no fueran sus computadoras. Thornton sabía que estaba a la vanguardia de una revolución para la mente de la gente, una en la que la regla sería la gratificación instantánea y no el conocimiento extraído de lugares profundos. Thornton estaba dedicado a alguna clase de esterilización de la sociedad.

—Anoche oí a un hombre con una voz de oro cantar en Juilliard —dijo Pucky como si estuviera en un trance. No tiene ninguna oportunidad sin una beca, porque el dinero para estudiar no le cubre a una mujer tullida y dos hijos y, a menos que se la proporcionemos, es posible que perdamos a un nuevo Pavarotti.

—Ya tenemos uno. ¿Quién necesita otro?

—Thornton. Los músicos y escritores y la mayoría de los artistas son las personas menos ambiciosas del mundo. Como no pueden funcionar sin apoyo, ¿qué hacemos? Todas las culturas desde el comienzo de la humanidad han apoyado su patrimonio creativo.

—¿No ves, mujer, que nos hemos estado despojando de este pasado año a año? Es un nuevo esquema de las cosas. Así que, ¿qué pasa, Pucky? ¿Nosotros abandonamos a los artistas o ellos nos abandonaron a nosotros? Las renovaciones se remontan claramente a *El príncipe estudiante*… reciclada. ¿O preferirías un *tête-a-tête* británico? Los escritores están todos haciendo más dinero ocupando el tiempo desesperadamente en ciento cincuenta canales. ¡El dinero es bueno! Los escritores nunca tuvieron dinero. Así que, querida, que se dé a Disney lo que es de Disney, se limpie Times Square y que las princesitas de los cuentos de hadas repartan caramelos de goma en la calle 42.

Pucky palideció. Él tenía toda la razón, pero ni loca se quedaría callada observando un colapso cultural.

Ahora el que saltó fue Darnell Jefferson.

—¡Espera! ¡Espera! —exclamó. Estoy teniendo una visión. Pawtucket acaba de inaugurar un complejo de diez cines. Yo voy al cine. ¿Qué película? Ocho de las diez son películas de amigos policías y tiros que deben recaudar veinte millones el primer

fin de semana o morir. Ah, por fin la película que *tanto* quiero ver. Avión de pasajeros, un 747, por supuesto un vuelo transatlántico. De alguna manera, unos seis terroristas abordan el avión con pistolas plásticas desarmadas. Hay una valija con un virus mortal dentro del depósito de equipaje. Oh, Dios, si los malvados terroristas encuentran y abren el recipiente… adiós la Costa Este. El Presidente de los Estados Unidos es informado en su oído izquierdo defectuoso mientras dormita en una recepción. Llamen a reunión urgente a sitcomm.comm.comm.org, ordena el Presidente *por encima* de la cabeza de su secretario, el mariscal de campo Stoopnagel. Hagan despegar los cazas del famoso Escuadrón de Idiotas. Derriben al hijo de puta si se acerca a menos de ochenta kilómetros de la costa. Una niñita dulce e inocente en la fila veintidós cepilla el pelo de su muñeca Barbie. «Voy a ver a mi papi en Sing Sing».

Pucky y Thornton contuvieron el aliento y esperaron que Darnell dejara de despotricar. No lo hizo.

—Espera un minuto, ¿ésta es la película en la que el veneno iba a destruir la Costa Este, o donde iba a llevar una carga de semillas de kudzu para estrangular a todos los árboles del sur? Bueno, sabemos una cosa, ¿no? *Sólo un hombre puede salvar la situación*: Sylvester Ford Harrison, que hizo sesenta películas sin sonreír. Lo bajan al baño del 747 con un helicóptero. Ya saben, hermano y hermana, dejé el complejo de los diez cines bastante decepcionado, así que cuando llegué a casa, encendí el televisor para recibir una oleada de calidad. Tenían a un público refinado de chicos de catorce y quince años, y en el escenario frente a la cámara un montón de gente gorda. La anfitriona, Jenny Degenerada, le preguntó a Hortensia Panqueques si había cometido incesto con sus hermanos y su padre. ¡El público chilló! «Sí, señora, hasta que me casé con mi tío».

—Está bien, suficiente, Darnell. Hemos tenido paciencia. ¿Qué estás tratando de decir? —quiso saber Thornton.

Darnell se inclinó sobre la mesa, las lágrimas le desbordaban de los ojos y el sudor le goteaba por la cara.

—¡Thornton, por Dios! Estas películas de mierda y esa televisión de mierda comen más material en un día de lo que escribieron todos los autores ingleses durante toda la época victoriana. Pucky sólo está tratando de contener una avalancha de ignorancia.

—Está bien —dijo Thornton suavemente. Quiero que escuches algo y luego me dirás.

Insertó un disco en el CD-ROM de la Bulldog y pulsó las teclas correspondientes. En unos segundos, se oyó música saliendo de los parlantes. Era dulce, melódica, bailarina y burlona. Era puramente Mozart.

Thornton cambió la música a lo que obviamente era Beethoven. Pucky se debatió tratando de identificar la sinfonía. Se le ocurrió que de alguna manera se había descubierto algún Mozart o algún Beethoven nunca interpretado ni publicado. Por

Dios, era de otro mundo.

—Ése es el futuro de la música —dijo Thornton. Ya es el futuro de la escritura, como tú tan bien documentaste, Darnell. La Bulldog fue programada para registrar cincuenta horas de cada compositor, luego componer algo usando la estructura del compositor.

—¡La computadora compuso eso! —exclamó Darnell.

—Ése es el futuro. ¿Quieres ver algunas pinturas que no son pinturas de Rembrandt o algunas estatuas que no son estatuas de Miguel Ángel o quizá leer un librito que no es de Hemingway? Por Dios, la Bulldog está un poco floja con Hemingway.

Pucky miró la oficina a su alrededor hasta que vio el florero de la dinastía Ming que había comprado en una subasta, lo arrebató de su base, caminó hasta el escritorio de él, lo levantó por encima de su cabeza y lo arrojó contra el monitor de la Bulldog.

Capítulo 14

BASE AÉREA DEL CUERPO DE MARINES, EL TORO, CALIFORNIA
FINES DE LOS AÑOS 70

A lo largo de la historia de la república, han surgido inconformistas militares, algunos que provocaron innovaciones que cambiaron la naturaleza de la guerra. Después de la Primera Guerra Mundial, un general de la Fuerza Aérea, Billy Mitchell, demostró lo imposible: que los aviones podían hundir a un buque de guerra.

El ejemplar más renombrado de la Marina aparecía bajo la forma del almirante Hyman Rickover, padre del submarino nuclear, quien fue una pesadilla para sus superiores y el Congreso.

Jeremiah Duncan, teniente general del Cuerpo de Marines, era un inconformista menor, pero un inconformista al fin. Para la época de la Gran Depresión, los militares estadounidenses habían caído en un estado patético. Había presión del Congreso para disolver el Cuerpo de Marines o limitarlo a que sólo diera conciertos en las escaleras del Capitolio y a que sus integrantes se convirtiesen en guardias de embajada.

Le correspondió a un grupo de marines, incluyendo a Duncan, reinventar la misión del Cuerpo y, con eso, salvarlo de la extinción.

Su tesis era simple pero única. En guerras futuras, de naturaleza global, tenían que desarrollar tácticas para desembarcar hombres desde el mar y atacar posiciones terrestres fortificadas.

La principal prueba de la Primera Guerra Mundial había tenido lugar en la península turca de Gallipoli. Los disparos de los barcos británicos azotaron a los fuertes y emplazamientos turcos durante semanas antes de un desembarco por parte de fuerzas de Australia, Nueva Zelanda, Gran Bretaña y Francia. Las tropas aliadas fueron desmembradas y la campaña terminó en un desastre cuyo resultado fue la destitución de Winston Churchill del Almirantazgo.

Lejos de los ojos suspicaces en la isla de Vieques, alejada de la costa este de Puerto Rico, los marines estaban desarrollando las tácticas que se convertirían en una clave para la victoria en guerras futuras. Los ataques navales se desplazaban y se concentraban sólo en una o dos playas, lo cual forzaba al enemigo a retirarse tierra adentro en forma temporaria. Los marines luego hacían desembarcar a la infantería, establecían un perímetro de defensa y cavaban trincheras para resguardarse del inevitable contraataque enemigo. La clave era retener una parte de terreno y luego desplazarse tierra adentro.

Lo único que hacía falta era una guerra para demostrar la tesis. Llegó en el momento oportuno.

Se dijo que las primeras palabras de Jeremiah Duncan como marine fueron *Semper Fidelis*, siempre fiel. Se convirtió en el primer piloto de combate que derribó a cinco Zeros japoneses en un solo día en Guadalcanal, pero a su vez fue derribado y logró escapar con vida. Un as, pero no podía volver a volar en combate.

Como comandante del batallón en Corea, cuando le informaron que sus hombres estaban rodeados, dijo:

—Bien, eso hace que la situación táctica sea más simple. —Duncan condujo a sus fuerzas destrozadas desde Chosin en la frontera con China hasta el mar en medio de un invierno feroz.

En Vietnam fue trasladado de un comando de campo al estado mayor para desarrollar y mejorar nuevas tácticas contra un enemigo tenaz y lleno de recursos.

El pecho de Jeremiah Duncan llevaba una Medalla de Honor del Congreso, una Cruz de la Armada y tres Corazones Púrpuras. Conocido afectuosamente en todo el Cuerpo como «Aliento de Perro», ahora deseaba retirarse a la Costa Este, donde tenía una casa grande y vieja, un simpático barco de pesca y un montón de hijos y nietos.

Su esposa había muerto trágicamente a los treinta años en un incendio de su casa y lo dejó devastado y debilitado. El Cuerpo lo ayudó a superar el dolor.

Jeremiah nunca llegó a la Costa Este. Terminó con un título incierto como asesor de planeamiento en la Base Aérea del Cuerpo de Marines, en El Toro. Allí, en las afueras de Los Angeles, ideó otra innovación: la fuerza de ataque relámpago.

El Cuerpo, junto con Bell y Boeing, estaba desarrollando un avión híbrido no convencional, el SCARAB, que podría despegar y aterrizar como un helicóptero, luego volar como un turbopropulsor, estaba diseñado para transportar más de veinte marines con personal médico, electrónico y especializado.

Como era su costumbre, Jeremiah pronto estuvo enfrentándose con los militares de más alto rango. Cuando una mujer coronel apareció en su vida, finalmente pidió su retiro tardío.

No fue ninguna sorpresa cuando el general Keith Brickhouse, comandante de los marines, un espécimen raro parecido a Duncan, apareció en El Toro. Con un apellido que quería decir «casa de ladrillos», el general tenía una reputación parecida a la de «Aliento de Perro».

—Así que tú y la coronel Dorothy, ¿no? ¿Te vas a casar, Jeremiah?

—Si el Cuerpo de Marines quisiera que tuviera otra esposa, ya me habría conseguido una. Vamos al grano, Keith, pero antes déjame decirte que después de Vietnam, me tomó seis meses poder escribir mi nombre. ¿Quién te envió, Keith?

—El Presidente.

—Bueno, te escucho.

—Y la Defensa, el Estado, los jefes del Estado Mayor Conjunto y la CIA —siguió Brickhouse. No te asigné a El Toro para jugar con el SCARAB por accidente.

—Cualquier idiota podría decirte que tuvimos que desarrollar una rápida fuerza de ataque. El SCARAB es interesante. Un helicóptero convertido en avión convertido en helicóptero y que transporta un arsenal de mayor magnitud que cualquier cosa diez veces más grande, con la excepción de las armas nucleares.

—Es más que eso —dijo el general. Jeremiah, estamos dirigiéndonos hacia una era de un tipo de guerra totalmente distinto, guerra de vómito.

—¿Como qué?

—Terrorismo mundial. Tenemos que estar preparados. La Organización para la Liberación de Palestina es sólo la punta de un iceberg gigantesco. No se guían por ninguna regla, operan encubiertos y se multiplican como cucarachas. Hasta la última organización insignificante con una queja se siente libre para llamarse Héroes de Dios el martes y hacer volar un avión civil y rebautizarse Unidad Veinte de Liberación el miércoles y tomar un aula de niños como rehenes. La mala noticia es que las naciones del Pacto de Varsovia y los Estados islámicos les están ofreciendo protección, campos de entrenamiento, dinero, pasaportes diplomáticos, armas. Hasta ahora, la actividad terrorista ha tenido lugar fuera de los Estados Unidos. En este momento, no somos inmunes. Pero algo va a pasar dentro de los Estados Unidos y antes de lo esperado. Depende de nosotros tener algo listo.

—Déjame que termine por ti —lo interrumpió Duncan. El Presidente quiere que cree una fuerza de ataques relámpago pequeña y secreta. Una vez que identifiquemos al perpetrador de un acto terrorista, atacaremos a un blanco planeado de antemano en represalia.

—Eso lo dijiste tú, no yo —replicó Brickhouse. ¿Cómo crees que encajaría el SCARAB?

Jeremiah no tuvo que pensar mucho para interpretar eso.

—El SCARAB podría ser una parte importante del futuro de los marines.

—Estamos pensando en pedir quinientos —le contestó Brickhouse.

Jeremiah había disfrutado jugando con el SCARAB en el hangar cuidadosamente custodiado. Lo remontaba a su primer amor: la aviación. Ya había supuesto cuál podría ser la futura función de la nave. La noción de casarse con una mujer coronel y retirarse ya no le atraía tanto. La alternativa era permanecer en el Cuerpo.

—El SCARAB tiene potencial. Para llevar a cabo una misión de ataque relámpago quiero algo más veloz, más liviano y con misiles de gran altitud. Podría aumentar la potencia de los motores. Querría un ala de titanio e instalaría el nuevo sistema para bombas dirigido por láser —dijo.

—Voy a conseguir la financiación —anunció rápidamente Brickhouse.

—No dije que lo haría, Keith. Dije que lo pensaría.

El general sabía que o bien Jeremiah aceptaría o se le daría la baja. Esperó.

—Quiero formar mi propio equipo —anunció bruscamente Jeremiah—, y no

quiero que me esté molestando un maldito comité supervisor del Congreso…

—Trato hecho —lo interrumpió Keith.

—Te daré una lista de las personas clave que necesitaré —dijo Jeremiah, ya enfrascado en la empresa.

—Si queremos que sea totalmente confidencial, tiene que ser una fuerza formada sólo de voluntarios —interpuso el general.

—Seguro, está bien. Yo los haré ofrecerse como voluntarios —contestó Jeremiah.

El sargento Quinn Patrick O'Connell era el hombre al que había que dirigirse en el comando de helicópteros de El Toro. Recibía las naves nuevas, supervisaba las instalaciones electrónicas, se ocupaba personalmente de hacer las pruebas de rutina de todos los helicópteros que habían pasado por mantenimiento, mantenía actualizados los manuales y tenía el mejor récord de seguridad del Cuerpo.

La relación de Quinn con el teniente general Jeremiah Duncan comenzó formalmente cuando el piloto de helicóptero personal de Duncan se enfermó. Sabía que Aliento de Perro estaba jugueteando con una especie de caja de huevos voladora en el Hangar Q. Con frecuencia iba en helicóptero a Camp Pendleton y avanzaba por la costa hasta unas instalaciones casi misteriosas del Cuerpo de Marines cerca de Barstow, en el desierto de Mojave.

Volaban juntos con tanta frecuencia que naturalmente se generó una confianza entre ambos que se afianzó cuando Quinn llevó al jefe a Las Vegas para un encuentro con la coronel Dorothy.

Poco después de la visita del general Brickhouse, Jeremiah llamó al comandante de El Toro.

—Necesito pedirte prestado a un piloto de helicóptero durante un mes, más o menos. Envíame al sargento O'Connel para asignarlo a una misión especial.

—No puedo dártelo por un mes, Jeremiah —replicó el comandante. Es un empleado clave.

—Entonces, te lo agradeceré doblemente.

—¡No me mandes como a un soldado!

—¿Te parece que lo llamemos un pedido y no una orden?

—Está bien, está bien.

—¡Señor! —exclamó bruscamente Quinn, cuadrándose delante del escritorio de Duncan.

—Siéntate, hijo.

«Oh, Dios», pensó Quinn cuando el teniente general extendió un brazo para estrecharle la mano, «qué me espera».

—Mi piloto de helicóptero se pescó una infección. Voy a necesitarte por un mes, más o menos. Se aceptó tu asignación a una misión especial. Espero que no tengas

objeciones.

—Entiendo lo que quiere decir un mes, pero no entiendo cuánto tiempo podría ser «más o menos».

—Más o menos significa más o menos.

—Estoy supervisando a unos seis hombres nuevos. Un par de ellos son verdaderos locos volando. Déjeme elegirle a un hombre que esté más que dispuesto —le ofreció Quinn.

—No me parece.

—¿Puedo tomarme cuatro o cinco días para dar instrucciones a mi reemplazante en el sector de helicópteros? —pidió Quinn.

—Tómate dos.

—Señor, eh…

—¡Qué, hijo, qué!

—En su helicóptero, señor, me gustaría elegir al copiloto.

—En realidad —respondió Jeremiah—, yo voy a ser el copiloto.

—Ah.

—Noto que no te entusiasma mucho —gruñó Duncan. Al no recibir respuesta, gritó: —¡Bueno!

—General Duncan, este marine lo respeta tanto como a Joe Foss, Marian Carl y las Ovejas Negras de Pappy Boyington. Señor, fue un día glorioso en la historia de nuestra aviación cuando se convirtió en el primer as estadounidense en un solo día. Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial terminó hace treinta y cinco años y con estos sistemas nuevos, no podría acertarle al culo de un toro a un metro de distancia.

La voz de Duncan empezó a emitir gruñidos, quejidos y sonidos sordos.

—Señor, hay un nuevo póster en la pared más lejana. Por favor, lea la línea superior desde aquí.

Duncan bizqueó y bizqueó, y luego golpeó el escritorio en forma ominosa.

—¿De qué se trata todo esto, señor?

—Te necesito —confesó Jeremiah, vencido. Estoy reuniendo una fuerza especial de voluntarios, como dos pelotones, y quiero que seas un voluntario.

—¿Voluntario para hacer qué?

—Preferiría no tener que explicártelo —respondió finalmente, calmándose. La naturaleza de nuestra misión exige la máxima confidencialidad. No puedo decírtelo a menos que te ofrezcas como voluntario.

Quinn revisó mentalmente su relación con Duncan, el Cuerpo y la presente conversación.

—Señor, mi servicio termina en cinco meses.

—Entonces, te pido que te embarques con nosotros.

—Señor, amo el Cuerpo. Me salvó la vida. Cuando descubra para qué sirvo en este mundo, gran parte de mi fuerza provendrá de los marines. Sin embargo, no soy un hombre de carrera.

—De alguna manera, rogué para que lo fueras —admitió Jeremiah con cierta tristeza. Eres inteligente, O'Connell. Vas a tener un éxito terrible y harás una gran fortuna allí afuera.

—No creo que el dinero sea mi motivación —dijo Quinn.

—Y por eso pensé que elegirías una carrera en el Cuerpo.

—Qué buena manera de arrinconarme, señor.

—Perdón. Me dijiste que te quedaste huérfano al nacer.

—Sí, señor.

—Mi viejo —dijo el teniente general— trabajaba en las haciendas de Texas y, créase o no, era un predicador bautista los domingos. De una u otra forma, todos estamos buscando a nuestro padre. Siempre tratando de hacer algo que lo enorgullezca. Mi padre nunca fue exitoso, ni tampoco vivió para verme obtener la primera estrella. La primera vez que debía retirarme, hace mucho tiempo, recibí ofertas de puestos no sólo de todas las plantas de defensa, sino de una línea aérea, una petrolera, una cadena de heladerías. Recibí más de treinta ofertas de empleo, algunas con un sueldo que ni siquiera sabía que existía. Sólo sabía que no podía probar sabores de helados por el resto de mi vida. De todas manera, ¿qué diablos podía hacer con el dinero?

—Con su permiso, señor —dijo Quinn, poniéndose de pie.

—Seguro —respondió con un movimiento de la mano—, ve.

Quinn no pudo abrir la puerta. Se tambaleó.

—Señor.

—¿Todavía estás aquí?

—Señor, dígame la verdad, sólo esta vez —pidió Quinn.

Jeremiah gruñó con una sonrisa.

—Voy a tratar.

—¿De qué se trata esta misión?

—Es la máxima prioridad para el Presidente. La considero la misión más importante para cualquier marine vivo. Y además, es una fantasía de los marines.

—Yo, eh… podría extender mi servicio por dos años.

—Has hecho muy feliz al viejo Aliento de Perro —dijo Duncan. Lo primero es quitarte esas tiras de la manga. Te saltarás el grado de teniente segundo y pasarás directamente a teniente primero.

—No quiero parecer desagradecido, señor…

—Pero…

—Hay demasiado, demasiado…

—¿Murmuraciones, reglamentos y esa mierda? —sugirió el teniente general.

—Algo así.

—Eres uno de los que siempre siguen alistados de corazón, cualquiera sea su grado. Cuando llegué a la misma encrucijada en el camino —siguió— no necesitaba reglamentos. Así que me convirtieron en artillero de los marines —dijo, refiriéndose

a un grado especial de suboficial de cargo superior al de los hombres alistados, pero debajo de los oficiales, como un puente entre los dos. Las insignias de sus charreteras con la bomba explotando eran muy respetadas.

—Artillero de los marines —admitió Quinn. Eso me gusta, señor.

—Entonces serás artillero O'Connell —dijo Duncan. Y gracias, marine.

Quinn sabía lo que quería decir Jeremiah.

De esa manera se formó la unidad RAM, de recreación y moral de Jeremiah Duncan. La Compañía RAM ocupaba un espacio remoto en Pendleton y en el desierto, y sus pilotos de caza soportaron un régimen que haría encogerse a los Navy Seals y los Army Rangers. Eran hombres livianos para no agregar demasiado peso a la carga del SCARAB. El mayor Hugo Grubb, otro amante de su profesión, los afiló como navajas.

Cherokee Cottrell, que decía ser medio sioux, hacía cinco años que no probaba el alcohol cuando Jeremiah lo sacó de la oscuridad para pilotear el SCARAB.

Un fracaso en Harvard, Todd Wetmore IV, un excelente talento con algo que probar a su familia, entró como copiloto y navegante.

Un excéntrico, el capitán Novinski, sin quien el Cuerpo no compraba nada electrónico, encontraba, instalaba y probaba todos los sistemas en uso o en los tableros de planificación.

Aliento de Perro obtuvo su ala de titanio. Era casi dos metros más larga que el ala de aluminio. Al ser más fuerte y más rígida, el ala negra hacía al avión más rápido, más liviano y capaz de transportar más peso.

Los motores turbopropulsores Allison fueron exigidos una y otra vez.

El artillero de los marines Quinn O'Connell tenía muchas funciones: respaldo en el tablero electrónico, bombardero, piloto de auxilio y, más que nada, experto en logística. Se le dieron veinte blancos posibles en todo el mundo para prepararse para un ataque de la contrasublevación.

Todos los miembros de la Compañía RAM funcionaban también como cuerpo médico.

Jeremiah agregó compartimentos de bombas para transportar una combinación de dieciséis misiles ultralivianos, dirigidos por láser, con capacidad explosiva aún no vista en combate.

Lo que se creó fue un motocultivador de doble capacidad que podía volar como un helicóptero y convertirse en cuestión de segundos en un avión turbopropulsor estándar. Tenía una decente velocidad subsónica de quinientos nudos y, con tanques de combustible de repuesto, una autonomía de tres mil doscientos kilómetros. Podía transportar veinticuatro hombres más los pilotos y alcanzaba el punto más alto a una altitud de seis mil metros.

Cada centímetro cuadrado y cada kilo admisible eran diferentes sistemas, desde

buscadores autodirigidos por láser hasta visión terrestre.

Transportaba sus propios pertrechos, construidos de manera de caber en su espacio limitado y dentro de su capacidad de peso. Sus demostraciones eran impresionantes: un bombardeo letal seguido de un aterrizaje o una suspensión en el aire mientras veinte marines desembarcaban por una rampa trasera.

Pasó casi un año. Al SCARAB se le exigieron mejores niveles de rendimiento, igual que a los hombres del equipo RAM.

En Europa en particular, los terroristas seguían aumentando el nivel de violencia con creciente osadía. Fuera de los Estados Unidos, sus edificios, sus empresas y sus ciudadanos eran blancos, aunque la nación misma no había sufrido un ataque. Todos estaban de acuerdo en que esto era sólo una cuestión de tiempo.

Sucedió lo inevitable. Un jet Lear de la Fuerza Aérea que cruzaba el Atlántico, proveniente de Alemania, y transportaba a un embajador de los Estados Unidos y un general estadounidense de la OTAN, estalló en el aire.

Una serie de sucesos increíbles se vincularon…

En Francfort, un agente israelí del Mossad identificó a iraníes que entraban en Alemania y los siguió hasta un hotel venido a menos en la parte de la ciudad de los trabajadores extranjeros. El Mossad informó a la CIA.

El teniente de la Fuerza Aérea Sumner Smith era oficial de guardia en la sección de aviones pequeños de la base aérea de Rhein-Main. Cuando lo contactaron los terroristas, Smith aceptó colocar un maletín con una bomba por cien mil dólares.

El piloto del jet Lear pudo enviar una llamada de pedido de auxilio en el momento de la explosión.

En un acentuado estado de alerta, la policía alemana pudo atrapar a los terroristas, seis iraníes, en el aeropuerto y la *Autobahn* cuando se apresuraban a abandonar Francfort.

La esposa del teniente Smith, una alemana llamada Helga, descubrió los cien mil dólares. Descontenta con su matrimonio, llevó el dinero a la policía.

Cuatro de los iraníes confesaron, igual que el teniente Smith.

El Presidente de los Estados Unidos cubrió todo con un velo de reserva. No habría ningún anuncio público. Si los presionaban, dirían que faltaba un avión y que estaban investigando.

Con confesiones en el bolsillo y más confirmaciones, el Presidente vio una oportunidad de devolver el golpe.

Capítulo 15

—Aquí Jeremiah Duncan —gruñó Duncan.

—Un momento, señor, para el Presidente.

—¿General?

—Señor.

—Uno de nuestros jets Lear que llevaba al embajador August y al general Marplade, de la OTAN, estalló en el Atlántico hace unas cinco horas. Logramos increíbles detenciones y confesiones. Nos están llegando dobles y triples verificaciones. Fueron terroristas iraníes.

—Sí, señor.

—Con estas novedades en el bolsillo —dijo el Presidente—, y los iraníes a la sombra, sentimos que podríamos llevar a cabo un contraataque aun antes de que se denuncie que nuestro avión está desaparecido. Ahora bien, ¿su equipo ya hizo alguna práctica en algún punto iraní específico?

—Sí, señor, cuatro o cinco.

—¿En cuánto tiempo puede llegar a Washington?

—Estoy en camino. ¿Tengo permiso para requisar algunas cosas aquí y allá?

—Carta blanca. En cuanto esté en el aire, establezca comunicación con la sala de máxima seguridad en la Casa Blanca. Estarán pendientes de usted.

SALA DE MÁXIMA SEGURIDAD — CASA BLANCA — VARIAS HORAS DESPUÉS

En el sótano de la Casa Blanca, la sala de máxima seguridad no era ninguna fantasmagoría futurista de un estudio intergaláctico de Hollywood, sino una mesa de conferencias rodeada de hombres inteligentes. Estaban reunidos los jefes del Estado Mayor Conjunto, el director de la CIA, el secretario de Defensa, el hombre de más alto rango en el Estado, el consejero de defensa del Presidente y varios asesores indispensables.

En medio de la noche, Jeremiah Duncan llegó con un solo ayudante, un artillero de los marines. El equipo de dos hombres representaba a un comandante, un jefe de planeamiento, un bombardero y un copiloto de emergencia.

Cuando el Presidente ocupó su lugar y asintió al general Jeremiah Duncan, el ánimo alrededor de la mesa fue templado por un renuente respeto hacia el viejo marine. Hacía apenas un año los jefes del Estado Mayor Conjunto le habían rogado a Duncan que permaneciera en servicio por esta clase de eventualidades. Pero, y era un gran «pero», en esa mesa Duncan podía ser un bribón.

Los largos años de servicio beneficiaron a Jeremiah. Ofreció una magnífica presentación, sabiendo que el Presidente tenía que darle una paliza a Irán porque, de

lo contrario, la actividad terrorista empezaría a colarse por todo el continente europeo.

—Caballeros, como sabemos —dijo Duncan, haciendo hincapié en sus observaciones—, tenemos una oportunidad que surge una vez en la vida. Una *Frau* alemana traicionó a su esposo teniente, una rata estadounidense, y los israelitas de Francfort ya habían delatado a los terroristas antes de que pudieran salir de la ciudad. Un jet Lear está desaparecido. El gobierno iraní no sabe qué sabemos nosotros. Podemos atraparlos.

—Pero un golpe relámpago sin prácticas deja un gran margen de error.

—Además, Duncan, no sabemos lo suficiente sobre las capacidades de su SCARAB.

—Además, Duncan, vamos a perder un tiempo precioso llevando el SCARAB hasta la Costa Este, junto con su equipo RAM.

—Caballeros, Señor Presidente, usé mis poderes discrecionales y requisé un avión jet de carga C-5 de Long Beach, plegué el SCARAB y lo puse a bordo junto con veintitantos marines del equipo RAM. Estamos listos para partir.

Los lápices afilados como dagas y apoyados sobre blocs de hojas se encendieron. Los asistentes detrás de sus jefes intercambiaron rápidos susurros.

—¿Lo entendí bien? ¿Trajo su equipo de ataque y su avión?

—Sí, señor.

Ahora se oyó cuando todos se aclararon la garganta y se dispusieron a prestar atención.

—El artillero de los marines O’Connell aquí presente ha hecho planes para cuatro puntos posibles de ataque en Irán. Una red de suministro eléctrico en Teherán, una represa y una terminal petrolera. Sin embargo, no van a funcionar en esta situación.

—Dijo que eran cuatro.

—A eso voy. Mientras trabajábamos, aprendimos a eliminar todo plan que requiriera meses de inteligencia y un uso masivo de recursos. Destruye la misión fundamental de un ataque relámpago sorpresa.

El artillero O’Connell pidió que se bajara la pantalla y operó un carrusel de diapositivas de mapas, fotos, tácticas y hojas de estadísticas.

—La génesis de este ataque es sorprenderlos en las próximas quince o veinte horas, en medio de la noche. RAM estará camino a Irán mientras Washington se esté despertando mañana. Alrededor del mediodía, hora de Washington, el Departamento de Defensa dará el informe de que un jet Lear estadounidense está desaparecido. Se vio un destello en el cielo. Algunos de nuestros barcos en esa área están investigando. Caballeros —dijo Aliento de Perro—, no jodo cuando les digo que los iraníes se van a meter en sus cuevas cagados de miedo.

—¿Cuál es su blanco, general Duncan? —preguntó el Presidente.

Quinn mostró la diapositiva de un mapa de Irán.

—Aquí —dijo Jeremiah, señalando—, en el centro del país, entre el Gran

Desierto de Sal y el golfo Pérsico. Como saben, es una región salvaje, amarga y montañosa. ¿Quinn?

Clic, clic.

—Ésta es el área alrededor del monte Shir. Tiene una altura de alrededor de cuatro mil metros y una fortaleza en lo alto domina el panorama. El fuerte tiene un par de siglos, es de adobe, pero desde allí, los militares pueden controlar un área enorme y escasamente poblada. Durante generaciones, el fuerte Urbakkan dominó el área, recaudó impuestos de los campesinos y pastores, decapitó a los contrabandistas e impuso peajes a las caravanas. También tiene celdas de prisión para los hijos de puta judíos. La guarnición consiste de doscientos hombres, con un mayor al mando. Desde que los ayatolas asumieron el poder, el fuerte ha sido usado para detener a miembros de alto rango del régimen del *sah* mientras los ayatolas deciden su futuro.

—¿A quién tienen allí ahora?

Duncan hizo un gesto con la cabeza a Charlie Bethune, jefe de la CIA.

—El general Duncan nos contactó al salir de California. Le dimos la información que teníamos sobre el fuerte Urbakkan. En la actualidad, tienen preso a Bandar Barakat.

¡Bandar Barakat! El nombre resonó en las paredes de la sala.

—¡Por Dios!

—¡Barakat!

—¿Charlie? —preguntó el Presidente.

—Si puede entender a Bandar Barakat, entonces puede entender a Oriente Medio. Era una de las principales personas de inteligencia del *sah*. Previo que los ayatolas se iban a apoderar del mando y se convirtió en doble agente. Gracias a sus contactos con la inteligencia occidental aún podía pasar información al nuevo régimen. De nuestro lado de la ecuación, pensamos que habíamos enterrado a un valioso topo en el nuevo gobierno. Esta fuente de inteligencia occidental se secaría si le cortan la cabeza a Barakat. Así que lo encerraron y lo trasladaron al fuerte Urbakkan, donde los prisioneros vip son albergados en una torre específica.

El salón reverberó con sonidos de admiración ante la precisión de los datos aportados por la CIA.

—Sigue, Charlie —ordenó el Presidente.

—Barakat probablemente esté haciendo como Scheherazade: dando sólo la información suficiente para mantenerse con vida.

—¿Para qué queremos a este hijo de puta? —preguntó el almirante Clearfield, jefe de Operaciones Navales.

—Buena pregunta —contestó Bethune. Barakat se las había arreglado en Irán para convertirse en jefe coordinador de actividades terroristas. Además, los ayatolas no van a deshacerse de él hasta que encuentren el dinero que les sacó a los sauditas, que están financiando la mayor parte de su operación. En nuestra manos, Barakat puede darnos los nombres de los terroristas, sus alias, células, organizaciones, lugares

de entrenamiento, sus cuentas bancarias, sus futuros blancos…

—¿Quiere decir que pretenden sacarlo del fuerte? —interrumpió el comandante de la Fuerza Aérea, Hoyt.

—Precisamente —respondió Jeremiah Duncan.

—¿Cómo saben que va a cooperar?

—Lean mis labios… D-I-N-E-R-O.

Sonrisas incrédulas.

—Créase o no —dijo Bethune—, todavía tiene amigos en la inteligencia occidental. Eso incluye cautelosamente a la CIA.

—¿Cómo se explica eso?

—Tiene más dinero esperando en los Estados Unidos que en Irán. Eso incluye uno de los mejores edificios en la Quinta Avenida. Con los ayatolas respirándole en la nuca, Barakat tiene que imaginarse que van a descubrir su fortuna en Irán y en Europa y quitársela. Por otra parte, nos parece que nos ha elegido como ganadores y quiere arriesgarse. Una cosa más. Barakat es árabe. Los iraníes no confían en los árabes.

—¿Estamos todos de acuerdo? —preguntó el Presidente.

—Con reservas —observó el general Bellicek, presidente del Estado Mayor Conjunto. Siempre con reservas.

—¿Y piensan que pueden sacar a Barakat? —le preguntó el Presidente a Jeremiah Duncan.

—Hay bastantes probabilidades. Si muere, el ataque sigue siendo un éxito. Si lo sacamos, ganamos la lotería.

—¿Cómo planea hacer esto?

—Quinn.

Clic, clic.

—Aquí tenemos un mapa ampliado que incluye la base de la OTAN en Tikkah sobre la frontera turca, cerca de Armenia. Sacamos el SCARAB del C-5, desplegamos las alas y las paletas, lo armamos con bombas y misiles que hemos diseñado, le cargamos combustible y nos vamos.

—Un momento, Jeremiah. ¿Está sugiriendo que vamos a eludir el radar iraní? —preguntó Hoyt, de la Fuerza Aérea.

—Sí, de dos maneras. Vamos a imitar un ataque israelí a los egipcios en la Guerra Árabe-Israelí en 1967. Los israelíes volaron hacia el Mediterráneo y se alejaron del radar egipcio, luego se acercaron y atacaron desde la retaguardia. Nosotros mismos también iremos por atrás. El SCARAB va a seguir la costa del mar Caspio y va a entrar en Irán por la frontera turcomana.

—Dijiste que había dos razones.

—Hice construir este prototipo de SCARAB con metales compuestos. No es un avión todo de aluminio y el área de eco del radar es muy baja.

A continuación, durante una hora debatieron sobre precaución, pros y contras y

alternativas: no hemos probado completamente los misiles y las bombas experimentales, el SCARAB tiene que recargar combustible en medio del vuelo, necesitamos un ataque de distracción o un golpe a un portaaviones del golfo Pérsico o de Omán… protección aérea… el estado del equipo RAM será de agotamiento después de volar quince horas…

—No quiero que parezca una falta de respeto, Jeremiah —dijo el general Bellicek —, pero ¿no está un poco demasiado entusiasmado con esos ataques sorpresa israelíes? Tienen que ganar. Tenemos que planearlo para no tener pérdidas.

—Sí, pero funcionan —replicó Duncan—, y la maldita razón por la que funcionan es porque no están llenos de todos los pitos y matracas yanquis. Un avión, entra y sale, veinte marines.

—Pero ¿el SCARAB tiene posibilidades, Jeremiah? —presionó Hoyt. Van a volar bajo el radar enemigo en terreno rocoso. Son tácticas que consumen mucho combustible.

—Quinn.

—Sí, señor —dijo el artillero. Adelantó varias diapositivas y habló: —Usando un escenario pesimista, podemos llegar al fuerte Urbakkan, hacer el ataque y alejarnos unos cuantos cientos de kilómetros. Hemos pedido a un avión cisterna de Diego García que se encuentre con nosotros a treinta y un grados, cuarenta minutos de latitud, cincuenta y ocho grados, veinte minutos de longitud. Eso nos dará cuatro horas hasta que amanezca para irnos hacia el sur, al mar de Arabia y aterrizar a bordo de uno de nuestros buques portacontenedores.

—¿Cuántas cargas de combustible del avión cisterna al SCARAB probaron? —preguntó el almirante Clearfield adrede.

Duncan desvió la mirada, molesto.

—Dos —respondió con voz aguda.

Avance y retroceso, avance y retroceso. Era la clase de plan que hacía dudar a los militares norteamericanos. Un error significaría una catástrofe. Desaprovechar esta oportunidad podría ser un signo de extrema cautela, o un temor a las bajas. Los terroristas recordarían una reacción semejante por parte de los Estados Unidos.

Keith Brickhouse, comandante de los marines, rompió el silencio.

—La OLP, los iraníes y el resto de esos terroristas hijos de puta aumentarán sus ataques. Van a decir que los Estados Unidos no tienen la capacidad de detenerlos. Somos capaces de llevar a cabo esta misión. Entraremos y saldremos de allí antes de que el muecín llame a los musulmanes a orar en Teherán.

—Y van a desear como nada que lleguen tropas nuevas —dijo el comandante Hoyt.

—«Tropas nuevas» es un oxímoron —respondió Duncan. Nunca conocí hombres que lleguen a la batalla o que peleen como tropas nuevas. Las guerras son ganadas por los hombres que están menos exhaustos.

Silencio. Ante la perspectiva de bajas estadounidenses y un fracaso, los jefes del

Estado Mayor Conjunto y el Presidente estaban agobiados.

—De vez en cuando, de guerra en guerra, los estadounidenses han mostrado la mayor ingenuidad y el mayor coraje. Ese momento y ese lugar están aquí ahora —dijo Brickhouse.

Catorce horas y veintidós minutos habían pasado desde que los terroristas iraníes hicieron desaparecer un jet Lear estadounidense del cielo.

Arriba, un gigantesco jet C-5 que llevaba al RAM y a su durmiente SCARAB se dirigía a la Base Aérea de Tikkah en los confines de Turquía.

Capítulo 16

A bordo del C-5, cada miembro del equipo RAM recibió un paquete de mapas personalizado para la participación de cada marine en el ataque.

Se explicó la misión y la importancia de Bandar Barakat. Jeremiah pidió ampliaciones de mapas y revisó el plan, minuto a minuto, centímetro a centímetro. Habían practicado durante días y semanas maniobras específicas que ahora encajaban dentro del esquema del ataque.

Cada marine tenía obligaciones secundarias y terciarias. Todos ellos podían desempeñar otra tarea como efectivos. Ahora se llamaban sólo por sobrenombres y nombres propios; nadie llamaba a otro por su grado. También se habían entrenado para eso y fue un momento glorioso cuando pudieron llamar al teniente general Jeremiah Duncan «Aliento de Perro».

El artillero Quinn O'Connell era piloto de auxilio, bombardero, segundo apoyo en el sistema electrónico, efectivo y navegante de apoyo detrás de los pilotos.

Grubb, comandante de campo, y los mayores Ropo y Marsh, Novinski en electrónica y los pilotos, Cherokee y IV, estaban conectados a través de sus cascos con Aliento de Perro y Quinn.

Más fotos de inteligencia. Más información meteorológica.

Ahora una verificación de armas y municiones. Los veinte marines estaban rodeados de un fuerte armamento.

Duncan gruñía de tanto en tanto; había presionado tanto al Presidente para llevar a cabo un golpe de inmediato que bien podrían estar metiendo la pata. ¿No habría sido mejor haber practicado un ataque virtual durante una semana? Pronto lo sabrían.

Apenas habían pasado dieciséis horas y media desde el ataque terrorista. El C-5 volaba muy cerca de donde los restos desperdigados del jet Lear flotaban sobre las olas, más abajo.

El avión salió de su curso, siguiendo las aguas internacionales para no ingresar en un espacio aéreo donde se le exigiría un permiso.

En el C-5 hicieron ejercicios aeróbicos muy, muy, muy exigentes. Hugo Grubb era un monstruo para ponerlos en forma. Podía hacer que a un hombre se le cayera la mano de tanto hacer ejercicios para dedos.

¡Había cerveza! Tres por marine. Bajaría el ritmo cardíaco, tranquilizaría los nervios de punta.

Repasaron una vez más el inminente golpe paso a paso.

Se proyectaron dos películas: una normal y otra pornográfica. Para cuando amaneció, todos estaban en sus cuchetas de lona, agotados, roncando con tanta fuerza que el ruido casi tapaba los motores del jet.

El equipo RAM llegó antes de tiempo y fue llevado a un hangar desierto, donde debieron permanecer.

Los hombres se desperezaron, bostezaron, eructaron, se rascaron y se tiraron pedos, haciendo crujir los huesos para recobrar una postura cómoda. Se despertaron de inmediato, descargaron sus pertrechos del C-5 y depositaron sus mochilas y sus armas contra una pared.

Hubo un momento de silencio entre los reunidos cuando el SCARAB fue bajado por la rampa del C-5. Dios, parecía tan pequeño y frágil, un marine que nacía de una gigantesca nave de carga.

Habían doblado las alas sobre un eje para el viaje; se extendían desde la cola hasta la cabina. Fueron giradas hasta su posición normal de vuelo y luego bloqueadas.

Cherokee entró en el avión y apretó el interruptor con el pulgar para levantar las nacelas que albergaban los motores y los propulsores. Las puso a setenta y cinco grados para que las paletas estuvieran bien alejadas del suelo. Las largas y poderosas paletas tenían una ventaja y una desventaja. La desventaja era que todos los despegues y los aterrizajes tenían que hacerse en vuelo estacionario. Otra desventaja era que también había que estar en vuelo estacionario al disparar misiles de los compartimentos debajo de las alas. La ventaja consistía en que el avión era muy silencioso al volar y era improbable que el enemigo lo oyera.

¡Duchas!

Trozos de carne para el desayuno con pasta y litros de jugo de naranja y chocolates de alto voltaje.

Entró el capitán Novinski y su auxiliar, el suboficial mayor Roosevelt Jarvis. Instalaron una minipantalla y una consola de mando directamente detrás de los pilotos, activaron y controlaron sistemas y los paneles de visualización.

—¿SMAC?

—Bello como una foto.

—SMAC enganchado.

—¿Correlación del área correspondiente?

—Perfecto.

—¿NOE? —Jarvis verificó el sistema digital de rastreo de mapas.

A Novinski y Jarvis se les unió el jefe de pilotos estadounidense de la Base Aérea de Tikkah. Los tres programaron un plan de vuelo. Activaron el radar multifunción de seguimiento del terreno que registraría sus pulsaciones, las compararía con su base de datos y exhibiría su posición dentro de un radio de treinta metros.

El jefe de pilotos señaló corrientes de aire desparejas, picos ocultos, estaciones de radar y una serie interminable de peligros.

En la cabina de la radio, los pilotos recibieron sus frecuencias de radio y también frecuencias rusas e iraníes.

—¿Fellah?

—Hola —contestó el cabo Anwar Fellah, tomando unos auriculares que le permitirían ingresar en la red de comando.

—Cuando se encienda la luz roja, eso indicará que fuimos contactados por una torre o, Dios no lo quiera, una patrulla de cazas. Si hablan en persa —dijo Quinn—, te haré una señal para que les hables. ¿Entiendes la maniobra?

—Sí.

—Volkovitch, lo mismo va para ti en ruso.

—Perfecto.

Carros de bombas transportaron brillantes pequeños misiles. Los misiles «Duncan» eran cortos, livianos, pero podían penetrar un *bunker* altamente resistente. En el fuerte Urbakkan estarían disparando a una mezcla de barro y piedra.

Un segundo conjunto de bombas eran pequeñas y gordas, asesinas, feas bombas de dispersión que caerían sobre el enemigo con miles de cuadrados de acero filosos y cojinetes de municiones.

Las nacelas permanecerían a setenta y cinco grados para que el SCARAB pudiera disparar en vuelo estacionario sin temor a golpear los propulsores. El espacio debajo del ala era limitado. El sistema para bombas dirigido por láser parecía perfecto.

El recorrido de la bomba, en manos del artillero O'Connell, tenía que ser ejecutado con precisión y seguridad. Para acertar a los blancos de lleno, el SCARAB sería maniobrado lo más cerca posible. ¿Acaso el SCARAB en vuelo estacionario recibiría proyectiles de tierra en ese período? ¿Las bombas serían escurridizas? ¿Podrían asegurarse durante lo que iba a ser un vuelo salvaje y violento?

En la parte trasera de la cabina principal del SCARAB, aseguraron al techo una mesa de operaciones y suministros de sangre, instrumentos quirúrgicos y medicinas. Una cuerda con polea les permitía bajarlos fácilmente. El doctor Wheat verificó los suministros. Dios, que las bajas sean pocas. Volvieron a asegurar la mesa en su lugar en el techo.

Jeremiah Duncan y sus pilotos recorrieron el exterior del SCARAB, inspección que duró una hora y media. En ese lapso, el camión cisterna entró en el hangar y llenó el avión de combustible. Éste fue un momento arriesgado. Con una carga de ese tamaño y los tanques de combustible llenos, existía una remota posibilidad de incendio durante el despegue. Jeremiah había descubierto el peligro hacía meses y esperaba haber resuelto el problema con los ingenieros de Bell y Boeing.

—Caballeros, ¡el SCARAB está listo!

Los marines se dirigieron hacia sus mochilas y armas de combate, esperando recibir la orden.

—Primero vaciarán sus intestinos y vejigas. Nadie podrá salir hasta que haya tomado una píldora para el mareo.

Gruñidos. Abucheos.

—*Van* a tomar la píldora para el mareo porque el Cuerpo de Marines dice que necesitan una píldora para el mareo. Vamos a pasar por algunas corrientes de aire que

causan náuseas y nos sacudiremos hasta que las tripas les queden en la garganta. Vomitar no es una opción, pero si tienen que hacerlo, vomiten en sus bolsas de evacuación.

Cuando todos los que pudieron evacuaron, se acercaron a la rampa de abordaje. El personal fue cargado de proa a popa, así que Jeremiah les estrechó la mano y entró detrás de Cherokee y IV.

Directamente detrás de los pilotos y un escalón más arriba que sus cabezas, Duncan tenía instalada una miniconsola. Duncan, con Novinski de un lado y Quinn del otro, podía leer una serie de pantallas desde ella, para controlar la velocidad, el combustible, el terreno, las comunicaciones y también los sistemas que entrarían en juego en el momento del ataque.

—Intercomunicador, ¿estamos todos conectados?

—Sí, Quinn.

—Sí, Cherokee.

—Sí, IV.

—Sí, Grubb.

—Aquí Ropo.

—Marsh, sí.

—Aquí Novinski.

—Todos los hombres presentes y listos, señor.

La puerta del hangar se abrió lentamente como una gran boca. Un carro remolcó al SCARAB hacia la menguante luz. Con las nacelas a setenta y cinco grados, el SCARAB podía recorrer una corta distancia por la pista en una maniobra de ahorro de combustible para el despegue, en comparación con todo el impulso que podía cobrar el helicóptero.

—Aliento de Perro, aquí Cherokee. ¿Intentamos carretear?

—Aquí Aliento de Perro, déjame pensar. Llevamos una carga monstruosa. Toda maniobra a media potencia comprende seis o siete riesgos que yo puedo imaginar, ninguno de los cuales es agradable. Haz subir a este hijo de puta a noventa grados y a toda potencia.

—Comprendido.

Cherokee encendió los motores. Se oyó un gemido y luego el atronador susurro del SCARAB.

—Potencia —ordenó Cherokee.

IV tomó la palanca larga a su izquierda y la bajó. El SCARAB vaciló un instante y luego se elevó, permaneció suspendido y después subió.

—Estamos a trescientos… trescientos treinta —dijo IV.

—Baja las nacelas.

Los pies de Fred Astaire de Cherokee apenas rozaron los pedales al tiempo que su mano sobre la palanca de mando mantenía la parte delantera quieta.

—Nacelas a cuarenta y cinco grados.

—Volemos un poco… pero antes quiero cantarles una pequeña canción.

Ubicado en la atestada consola detrás de los pilotos, Novinski operó el sistema infrarrojo para visión nocturna.

Jeremiah y Quinn revolotearon por encima de las pantallas que exhibían la disposición del fuerte Urbakkan. Las instalaciones principales del fuerte estaban a cien metros más allá de un patio junto al edificio del cuartel general, con sistema de radio y teléfono. Junto al cuartel general había barracas de personal subalterno y comedor, y luego los cuarteles de oficiales. A lo largo de la pared trasera, el edificio de provisiones y el arsenal.

Enfrente de eso, un establo para mulas que servían para recorrer los kilómetros finales a lo largo del camino junto al acantilado que llevaba a Urbakkan. Luego una pequeña prisión y un paño de castigo.

Quinn recibió un mensaje de radio y lo descifró: NO HAY PRUEBAS DE QUE HAYA UN OFICIAL ALOJADO EN LA MEZQUITA.

—Eso lo hace más difícil —dijo Aliento de Perro. ¿Quinn?

—Sí, lo leí.

—¿Crees que deberíamos reservar un compartimento de misiles en caso de que la mezquita esté armada? —preguntó Duncan a Quinn.

—No. Esta información nos da la ventaja de entrar directamente por la puerta principal sin que un enemigo potencial pueda sorprendernos por atrás. Este bebé vuela tan silenciosamente que entraremos sin que nos detecten. Propongo que ingresemos por encima de la puerta principal, permanezcamos suspendidos y descarguemos nuestros misiles y bombas directamente. En cuanto los edificios y sus municiones estallen, bajamos junto a la torre de Barakat.

—Déjame pensarlo —dijo Aliento de Perro. Y lo hizo hasta que sus ojos perdieron el color y se volvieron vidriosos por la concentración.

—Cherokee, aquí Aliento de Perro.

—Sí.

—Probablemente vamos a tomar la mezquita como blanco.

—Eso significa que podemos volar directamente sobre la puerta principal.

—No hay problema.

—Novinski, aquí Aliento de Perro.

—Sí —respondió Novinski, quien estaba sentado junto al general.

—¿Alguno de esos aparatos puede indicarme cuánto ruido hay afuera?

—Sí —contestó Novinski. Jesús susurrando y cantando una canción de cuna. Menos de dieciséis decibeles.

Aliento de Perro sacudió la cabeza, sorprendido. El SCARAB era ocho veces más silencioso en el modo turbopropulsor que como helicóptero. «¿Lanzamos las bombas o esperamos que los iraníes estén totalmente desprevenidos? Necesitamos algunos minutos para entrar en el fuerte y para que Quinn saque sus misiles. Voto por Quinn».

Aliento de Perro se volvió, sonrió y saludó con la mano al RAM en la parte

trasera. Estaban sentados rodilla contra rodilla en asientos durísimos; sus mochilas de combate, cascos y armas apilados en el suelo del pasillo central. Aliento de Perro encontró algo más para preocuparse: la cabina principal no estaba presurizada y tendrían que usar oxígeno si el SCARAB subía para ahorrar combustible.

El primer destino del vuelo era llegar a la cima que estaba más al norte de Irán, evitando el radar de Tabriz. El SCARAB tomó su curso en zigzag preprogramado como un viejo profesional. Si bien toda la misión se tornó más difícil a causa de las montañas, navegó sin contratiempos.

¡Ninguna llamada de Tabriz!

Imaginando que la cobertura del radar no era buena y pensando que el SCARAB no iba a ser detectado debido a sus materiales compuestos, Aliento de Perro ordenó que subieran por arriba de las cimas de las montañas para ahorrar combustible.

Volaron de acuerdo con el plan hacia las fronteras de Irán, Armenia y Azerbaiyán.

—Volkovitch y Fellah, aquí Aliento de Perro.

—Sí.

—Sí.

—¿Están leyendo sus frecuencias?

—Aquí Fellah. La torre de Tabriz está hablando normalmente. Al parecer, no nos vieron ni oyeron.

—¿Volkovitch?

—No hay noticias de los rusos de Bakú.

—Novinski.

—¿Sí?

—¿Algún radar sospecha que estamos aquí arriba?

—No parece.

—Aliento de Perro a Cherokee y IV. Parece que estamos limpios. Dirijámonos al mar Caspio al sur de Arbail —ordenó Aliento de Perro.

El SCARAB descendió al acercarse al mar Caspio y se ladeó a la derecha para seguir la costa. Una alta cordillera junto a la costa les daría protección de las instalaciones terrestres. Inteligencia tenía las montañas bien fotografiadas. Un viraje aquí y otro viraje allá impediría que los avistaran.

Los que no comían golosinas dormían sentados.

En la frontera entre Irán y Turquía, Aliento de Perro ordenó a los pilotos mantenerse al norte y cruzar un profundo pantano que les permitiría llegar por la entrada trasera a Irán y evitar Teherán.

Dentro de un loco remolino de vientos calientes y fríos que chocaban, el SCARAB siguió y siguió y cayó de repente, luego cayó dentro de un uadi con la cola casi completamente girada. Cherokee enseguida desconectó el piloto automático.

La nave protestó profundamente por su carga y su altitud.

—Novinski, aquí Cherokee, ¿cuál es tu seguimiento del terreno?

—Estamos en un valle estrecho. Los vientos cruzados soplan demasiado enloquecidos. Es posible que no obtengamos lecturas precisas —respondió Novinski.

—Voy a cambiar al modo visual. Manténte en el radar multifunción —ordenó Cherokee.

—Comprendido —dijo IV.

Cherokee se puso los anteojos para visión nocturna, y susurró:

—Oh, Dios. Voy a subir trescientos metros y pasar ese pico.

Ese pico no quería que lo pasaran; el viento soplaba con violencia dentro de las cimas aserradas. Volaban detritos, algunos de los cuales golpeaban el SCARAB.

—¡Mierda! —exclamó Novinski cuando abruptamente terminó la cadena de montañas. Otro uadi profundo obligó a Cherokee y a IV a volar por instinto.

Durante el violento clima y las turbulencias, Aliento de Perro mantuvo su mente concentrada en los paneles, sin percatarse de la tensión a su alrededor.

«¿Debí haber traído otro piloto más de El Toro? Maldición, ¿cómo podía hacerlo? Sólo tenemos un total de veinte hombres con armas. Insignificante, insignificante. Bueno, ahora no puedo solucionarlo. ¿Qué es eso?», se preguntó mientras el sudor le mojaba la frente. «Maldición, debí haber tomado una píldora para el mareo. ¡No puedo vomitar delante de esta gente!».

—Quinn, aquí Aliento de Perro.

—Sí.

—Hemos elegido la mezquita como nuestro blanco, así que examinemos tu plan de ataque frontal.

El SCARAB cayó dentro de un valle largo y llano, y el aire se volvió sucio, deplorablemente sucio. Quinn miró hacia atrás y vio hombres del RAM revueltos, unos encima de otros, como una película rota. ¡Gritos!

—Felicitaciones, señores —dijo Cherokee, encendiendo el sistema de altavoces —, volvimos a lograrlo.

Quinn transmitió una lectura de combustible a IV. El maldito estaba consumiendo demasiadas calorías. IV afinó el ángulo de las paletas del propulsor.

—Quinn a cabina principal. Estamos a salvo del radar de Teherán.

—Aliento de Perro a Cherokee.

—Sí.

—Estamos gastando demasiado combustible. Es cuestión de segundos si podemos alcanzar el avión cisterna o no. Como estamos a salvo del radar principal y no hay patrullas en el área, cierra el sistema de seguimiento de radar, sube a seis mil y busca un poco de aire tranquilo.

—Veré si puedo encontrar un viento de cola a favor —dijo Cherokee.

—Atención, todos —llamó Aliento de Perro. Subiremos a buscar un aire mejor. Preparen las máscaras de oxígeno para usarlas en sus horribles caras.

Mal momento para el humor. La cabina trasera parecía llena de carcasas colgando

de ganchos en el refrigerador de un carnicero.

El SCARAB trepó contento.

—Informe del satélite entrando —anunció Quinn. Algunos vuelos comerciales entrando y saliendo de Teherán.

—¿Hora?

—-Tenemos dieciséis minutos de retraso.

—Ahí vamos —cantó Cherokee mientras el motor se suavizaba, tomaba un viento de cola y levantaba su velocidad a unos respetables quinientos nudos subsónicos por hora.

La cabeza de Aliento de Perro asintió al unirse a sus hombres en un descanso de treinta segundos.

—Novinski, aquí Aliento de Perro.

—Sí.

—¿Cómo va a estar el viento a cuatro mil metros?

—Unos cuarenta a veintitrés nudos, pero definitivamente arremolinado sobre Urbakkan.

Encendió el altavoz del SCARAB.

—Aquí Aliento de Perro. El viento sopla demasiado fuerte y de direcciones inciertas. Me gustaría su aporte. Tomamos napalm como parte de nuestro armamento y lo reemplazamos con fósforo. Ahora estamos considerando la idea de un aterrizaje directo en el patio después de lanzar los misiles y las bombas. Si dejamos caer una cortina de fósforo, como hemos practicado, tendremos que salir volando y rodear el fuerte. También temo que el barro del patio pueda ser inflamable y que un maldito cambio de viento envíe el fuego hacia nosotros. Por supuesto, el fósforo bien podría asegurarnos el éxito… si sale perfectamente.

—Aquí Grubb. No me gusta trabajar con fuego; no coopera.

—Aquí Novinski. Qué tal algo como esto: arrojar el fósforo a aproximadamente quince kilómetros a favor del viento desde el Inerte. Eso nos ahorrará casi trescientos kilos.

—Aquí Quinn. No podemos arrojarlo todo. Necesitamos un poco para bengalas cuando nos reunamos con el avión cisterna.

—IV.

—Sí.

—No habrá lanzamiento de fósforo. Si encendemos el fuerte demasiado pronto, podría darles a los iraníes varios minutos para organizarse. Es posible que necesitemos las bengalas cuando volvamos a casa.

Confirmaciones. Aliento de Perro se quitó los anteojos de visión nocturna y examinó uno y otro panel. Con respecto al fósforo, cualquier decisión que se tomara era difícil.

«Qué carácter tiene este avión», pensó. «Si salimos de todo esto, será un gran participante en el futuro del Cuerpo de Marines. ¿Cómo te sientes, Jeremiah

Duncan?», se preguntó. «Muy bien, creo que tenemos todo cubierto».

—Atención, todos, les habla Aliento de Perro. Vamos a hacer una variación en el aterrizaje. No vamos a pasar sobre el fuerte, sino que dispararemos artillería desde la posición de vuelo estacionario, luego caeremos directamente en el patio. Marsh, Ropo —dijo, llamando a los mayores.

—Sí.

—Sí.

—Aquí Aliento de Perro. Vamos a atacar en veinte minutos y Cherokee va a reducir la velocidad para poder dar en el blanco con precisión en el momento indicado.

Hora H menos doce minutos… once minutos.

—Todos verifiquen sus armas, cargadores de municiones y equipo. No lleven nada fuera del SCARAB que no puedan disparar, comer o no sirva para limpiarse el culo. Mantengan puestas sus máscaras de oxígeno hasta que desembarquen.

Hora H menos siete minutos.

Toda la gente de la cabina principal tenía anteojos para visión nocturna. Esto les brindaba un panorama nítido de lo que estaba pasando debajo de ellos.

«¡Dios!», pensó Aliento de Perro. «¿Qué pasa si plantamos el SCARAB en el patio y ponemos el altavoz a los iraníes diciéndoles que somos un avión iraní despachado para llevar a Barakat a Teherán? No… si aterrizáramos y estableciéramos un perímetro de defensa, nos veríamos mezclados en un desagradable combate armado cuando ellos nos alcanzaran. No, tenemos que derribar nuestros blancos. Pero ¡qué idea! Nunca vamos a tener otra oportunidad… Está bien, Aliento de Perro, aprovéchala…».

Hora H menos tres minutos.

¡Dios, madre santa! IV lo vio primero en el resplandor verde amarillento y veteado que iluminó su pantalla. Otros resplandores destellaron en los paneles.

—El minarete sobresale como la erección que tuve esta mañana —dijo Cherokee. IV, empieza a levantar las nacelas.

—Cuarenta y cinco… cincuenta… sesenta… setenta y cinco.

—Nada en movimiento allí abajo, Aliento de Perro —informó Novinski.

Un leve golpe del motor y el propulsor fue suavizado por la mano de Cherokee.

—Estamos en modo helicóptero —anunció IV.

—Aquí Aliento de Perro. ¿Quinn?

Quinn O’Connell hizo una lectura de su pantalla, luego se dirigió al extremo del patio con un rayo láser. Los iraníes no podían ver su luz. ¡Allí está! La torre de comunicaciones. El rayo iluminó además los edificios de las instalaciones.

—Estoy bloqueado en el edificio del cuartel general y necesito ajustes mínimos para apuntar hacia los cuarteles de oficiales y las barracas de subalternos. Denme diez

segundos entre compartimentos.

—Dios —dijo suavemente Aliento de Perro. Allí abajo están todos durmiendo.

—Cherokee, aquí Quinn. Elévate algunos cientos de metros para obtener un mejor panorama.

—Rotores a ochenta y cinco grados. Estamos en modo helicóptero.

Cuando el SCARAB avanzó por sobre la pared del fuerte, los dedos de Quinn soltaron las trabas de los compartimentos de las bombas. Si las bombas de Aliento de Perro funcionaban, iban a seguir al rayo láser hasta el blanco.

Quinn presionó la traba de la bomba.

—Que Dios me perdone —susurró. Cuando los misiles caían sobre el primer blanco dormido él ya tenía alineado su segundo blanco.

Todo empezó a avanzar en cámara lenta, como si se moviera en un sueño: nubes hinchadas, truenos, luz cegadora y un viento enloquecido.

Las palpitantes olas de aire se hincharon ante un fuerte viento.

—Quinn, aquí Cherokee. Retén tu segundo compartimento. Voy a subir un poco porque si no vamos a empezar a temblar como un perro que caga carozos de durazno.

—De acuerdo.

El SCARAB quedó atrapado en la última parte de la explosión, que lo hizo estremecerse. Pequeños trozos de las edificaciones de barro enviaron hacia arriba una lluvia de desechos que golpearon la nave.

—Aquí Quinn. Bloqueé el arsenal.

—Aquí Cherokee. Necesito otro minuto y medio…

—Novinski, aquí Aliento de Perro. ¿Puedes confirmar que sólo hay una pequeña reacción de pánico cerca de las instalaciones?

—Novinski a Aliento de Perro. Están corriendo en círculos, ni siquiera están armados.

—Cherokee a Quinn. Puedes soltar el contrapeso de tus compartimentos.

—Dos disparadas… tres disparadas… cuatro disparadas.

El fuerte Urbakkan saltó y se sacudió y se despedazó. Luego se derrumbó por completo, un profundo hoyo abierto desde el emplazamiento del arsenal.

Un extremo del patio se llenó de hombres en pijama que gritaban, caían de rodillas y se estremecían, como hormigas tratando de salir del agua hirviendo.

—Novinski, Quinn, IV… ¿cuántos iraníes hay allí abajo?

—Cincuenta, quizá más.

—Todavía están tratando de salir de los escombros. Setenta y cinco —calculó Quinn.

—Yo diría cincuenta —dijo IV.

Por primera vez desde que comenzó la misión, Aliento de Perro parpadeó. Detuvo el tiempo para poder pronunciar las palabras…

—Aliento de Perro a Quinn. Dispara todas las bombas de dispersión.

La escena debajo de ellos se convirtió en un horror de iraníes a los que les caían

cientos de miles de trozos filosos de acero y cojinetes de municiones que estallaban.

—Aliento de Perro a Cherokee. Aterriza lo más lejos posible de esa gente y lo más cerca posible de la torre.

—Entendido.

—Atención, todos, aquí Aliento de Perro. Vamos a bajar a tierra. Parece que hemos neutralizado nuestros blancos principales.

Los hombres del RAM estaban tan contentos de salir del SCARAB que por un momento se olvidaron del miedo. El avión tocó tierra suavemente y formó una pequeña nube de polvo. ¡Bajar rampa!

—¡Vamos!

Veinte marines salieron por babor y se separaron. El escuadrón de Marsh se dirigió a la torre, mientras que Grubb estableció un perímetro de defensa frente al SCARAB. Al no encontrar oposición, Grubb desplazó a sus hombres cuidadosamente por el patio.

¡Vieron al enemigo! Sobrevivientes arrastrándose fuera de los escombros… algunos caían de rodillas y rogaban no ser matados, mientras que otros levantaban banderas blancas en señal de rendición.

—Grubb a Aliento de Perro.

—Sí.

—Hay entre cuarenta o cincuenta iraníes tratando de rendirse.

Aliento de Perro gruñó, a punto de dar la orden de matarlos. No había planes de emergencia para los prisioneros. «A menos que acabemos con ellos, podrían organizarse para un ataque suicida… un par de disparos afortunados y el SCARAB podría ser alcanzado en un punto vital».

—Aliento de Perro a Grubb. Que tu gente les dispare por sobre sus cabezas y avance por el patio. Trata de llevarlos hacia el extremo más lejano. Sólo si detectas reacciones hostiles o si hacen algún gesto hacia nosotros, acaba con ellos.

Los marines extendieron su perímetro de defensa un poco más, luego un poco más lejos.

El ataque había alcanzado su momento crítico. «Todo está saliendo de maravillas», pensó Jeremiah. «¡Nada puede disparar y maniobrar como esto!» Primer obstáculo. Un escuadrón iraní con ametralladoras estaba trepándose por la pared occidental. Grubb ordenó a su artillero con el arma TOW de visión nocturna sobre el hombro que lanzara una bomba. Lo hizo. Afuera, en el patio, los iraníes parecieron interceptar la comunicación del RAM y retrocedieron.

Momento de verdad.

—Aliento de Perro a Ropo. ¿Qué está pasando?

—Ropo, no puedo hablar.

Aliento de Perro se puso tenso por la tortura de no saber si Mandar Barakat había sido localizado y si estaba vivo.

Ropo trepó por una escalera circular que debió de ser construida para enanos. Su

equipo luchó detrás de él como un tren de juguete que tomaba una curva pronunciada. ¡Callen los malditos quejidos!

La mano de Ropo trató de alcanzar el siguiente escalón. No existía. Tanteó el suelo. Había llegado a un descanso. Ropo se arrastró hasta él y se sentó, la espalda contra la pared; sostuvo el arma lista para disparar y encendió una linterna para ubicar la puerta del departamento. Sintió una presencia. Ropo miró hacia arriba y vio a un hombre gordo de pie junto a él, con una pistola a unos centímetros de su cabeza, y alcanzó a vislumbrar la cara del hombre cuando le pateó la linterna de la mano. ¡Barakat!

El hombre dijo algo en persa.

—Barakat —dijo Ropo en voz alta—, si me dispara, usted es hombre muerto.

—¿Israelitas? —preguntó el hombre gordo.

—Venimos de Marte —respondió Ropo, tentado a asir a Barakat de los tobillos y derribarlo.

La conversación podía oírse por la red de comando. Los que estaban en el SCARAB sudaban. El marine que se encontraba debajo de Ropo había llegado con dificultad a la plataforma, pero prácticamente no veía nada. La respiración irregular de Barakat se volvió pesada.

—¿Dónde están sus guardias? —preguntó Ropo.

—Les disparé en cuanto oí las bombas.

—¿Puedo encender la linterna y hablar?

El marine que venía detrás de Ropo apuntó una linterna a la cara de Barakat. Ropo golpeó la rodilla de Barakat con su antebrazo y lo hizo caer. Él disparó.

—¡Oh, Dios, no! —susurró Duncan al oír el ruido de la bala.

—¡Lo tenemos! Lo tenemos. Estaremos de vuelta en siete u ocho minutos.

Jeremiah Duncan se permitió descomprimirse por primera vez desde que recibió las órdenes de volar a Washington. No había alegría ni euforia ni sensación de victoria final. Duncan, hombre religioso cuando nadie lo veía, asintió a Dios en señal de agradecimiento por ver las cosas a su manera esta vez. Novinski, Quinn y IV estiraron los brazos y le apretaron el hombro. Jeremiah agradeció el gesto, movió los hombros e hizo crujir el cuello.

El viejo marine se permitió un momento de satisfacción. «Dios, todos los años de planificación. ¿Cuántos años? ¿Cuarenta? Planeando maniobras, ataques, batallas, campañas». Ahora, por lo menos se trataba de una operación casi perfecta. Por lo menos, hasta el momento. Parecía que algo siempre salía mal después de intercambiar los primeros disparos, y en general todos los marines terminaban improvisando con el hombre a su izquierda y derecha para ganar su pedazo de terreno. ¡Esto era sublime!

—Quinn a Novinski. ¿Qué clase de lectura puedes obtener en tu pantalla del patio?

—Aquí Novinski. El escuadrón de Marsh a las diez de la pared occidental a un

tercio del patio. La gente de Grubb volviendo al SCARAB. La separación entre marines e iraníes es de por lo menos sesenta metros. Un momento, deténganse todos, hay algo en el suelo a unos veinte metros detrás del escuadrón de Marsh.

—¿Qué?

—¡Quinn a Aliento de Perro! ¡También lo veo! ¡Una bomba sin explotar!

—Aquí Grubb. Lo veo perfectamente.

—Aliento de Perro a Grubb. ¿Puedes ver las rayas?

—¡Negras y azules, una bomba de dispersión!

—Aliento de Perro a Grubb. ¡Detente! Te ordeno no arrojarte sobre esa bomba. No va a servir de nada. Haz retroceder al escuadrón de Marsh, deshazte de tus municiones y misiles tal cual lo planeamos, para reducir el peso. Marsh.

—Aquí Marsh.

—Cubre a la gente de Ropo y Grubb. No disparen, repito, no disparen cerca de esa bomba, pero impidan que esos iraníes avancen. No permitan más movimientos.

—Aquí Marsh. Entendido.

La mitad del escuadrón de Grubb se deshizo de sus cargadores de municiones, puso los misiles en el suelo y subió la rampa corriendo. Los hombres tuvieron que apretujarse alrededor de la mesa de operaciones y el dispensario que habían bajado del techo.

El escuadrón de cinco hombres de Ropo salió corriendo de la torre arrastrando a un prisionero regordete cuyas piernas se negaban a sostenerlo. ¡Al avión! Marsh hacía retirar a sus hombres…

—Aliento de Perro a Grubb. Tenemos al gordo. Trae a tu gente, pero cautelosamente y alertas.

Se oyeron disparos que reverberaron en todo el patio. O bien algunos iraníes se habían reagrupado o quizás había una patrulla fuera del fuerte que había regresado.

—Aliento de Perro a Grubb. Dispárenles con los TOW. No disparen, no lo hagan, cerca de la bomba que está allí. —Al tiempo que los misiles volaban y daban en los blancos, el extremo del patio se ahogaba en sangre y agonía.

Bandar Barakat fue empujado hacia adelante, a la cabina delantera, atado y amordazado. Grubb y Marsh permanecieron fuera del SCARAB mientras sus hombres subían la rampa.

Jeremiah Duncan echó un vistazo rápido y aferró el brazo de Quinn.

—Si algo me pasa, quedas al mando, Quinn.

Quinn protestó.

—No me gusta.

—¿Sí o no?

—Aquí Quinn. Lo haré.

—Aliento de Perro a Cherokee y IV.

—Sí.

—Sí.

—Preparen el SCARAB para partir.

—Entendido.

—Sí.

No sucedió ni violenta ni estruendosamente, sino con un poderoso sonido sordo. Afuera, Marsh cayó. La burbuja del lado izquierdo del parabrisas del SCARAB se metió hacia adentro; luego un siseo vibrante de aire y una lluvia de cuadrados filosos de metal y perdigones explosivos. La parte superior de la cabeza de Cherokee desapareció limpiamente; detrás de él, los rostros de Jeremiah Duncan y de Novinski volaron en pedazos. IV recibió un proyectil de rebote en su lado izquierdo. ¡Seguía vivo!

Quinn había estado arrodillado sobre Barakat, atándolo, y quedó fuera de la línea directa de la ira de la bomba. ¡Oh, Dios! ¡La cabeza de Quinn gritaba! Se dobló en dos, tenía la frente abierta y la sangre le caía por la cara. Luchó para recobrar la conciencia con un poder desconocido que lo mantuvo con vida y despierto.

—Doctor —llamó Quinn débilmente—, me dieron, cuando puedas…

Afuera del avión, Grubb corrió hacia Marsh, lo cargó sobre sus hombros y corrió hacia el SCARAB. Los marines saltaron del avión para cubrirlos y asistirlos. La pierna de Marsh colgaba de un hilo de tejido.

El doctor Wheat avanzó.

—¡Tres bolsas para cuerpos! Aliento de Perro, Novinski y Cherokee están muertos.

Los hombres de Ropo arrastraron los cuerpos y los depositaron en el pasillo central; luego buscaron las bolsas para cuerpos.

—IV y Quinn —llamó el doctor Wheat.

—Estoy bien —dijo débilmente Quinn. ¿Te dieron? Tengo un poco de dificultad para ver.

IV, estaba vivo y gemía. Se señaló el costado. Wheat le rasgó la camisa por la mitad para llegar a la herida y aplicó una compresa de presión con mucha, mucha fuerza.

—Ahora no vayas a desarmarte, IV. Vas a lograrlo si podemos detener la sangre. Habla.

—Así está mejor, cuenta conmigo —dijo IV con voz ronca.

—¡Doctor! Aquí atrás hay un lío.

—IV, aprieta con fuerza. Quinn, enviaré a mi asistente Lew para que te atienda.

—Bien.

El doctor puso a Marsh en la litera de operaciones, examinó el miembro destrozado y planeó un curso de acción. Le aplicó un torniquete y envió a Lew a atender a Quinn.

Lew ayudó a Quinn a sentarse, luego se arrodilló a su lado.

—Aguanta, hombre. —Le envolvió la cabeza con un gran trapo y le limpió la sangre de la cara. Era muy difícil moverse porque del techo de la cabina chorreaba la

sangre de los tres marines muertos y el suelo estaba resbaladizo.

—Háblame, hombre. ¿Dónde te dieron?

—Creo que en la parte de atrás y de adelante de la cabeza.

—¿Cómo te sientes?

—Estoy bien, maldición.

—Hablando de tu maldita suerte —dijo Lew—, la parte de atrás de tu cuello está desgarrada y parecería que un topo hubiera hecho un surco hasta tu frente… y ahí hay un bonito boquete. Vas a estar bien, Quinn. Voy a pegarte la herida y te voy a vendar la cabeza con fuerza. Vamos a parar esa sangre… sí, señor.

—Bueno, —Lew, con cariño, querido.

Lew inspiró con fuerza después de terminar un vendaje muy rápido.

—¿A quién le dieron? —exclamó Quinn.

—Cherokee, Novinski y Aliento de Perro están muertos. IV está muy dolorido. Marsh está herido. Tendremos que meternos en la barriga de IV y echar un vistazo.

La mente de Quinn no cesaba de pensar en medio de los ataques de dolor. Se dio algunos segundos más para analizar la situación. «Piensa, hijo, piensa». Se atrevió a abrir los ojos y la primera visión de la cabina lo hizo vomitar. Eso estaba bien. El vómito terminó.

Se le aclaró la mente. IV era el único que podía volar el SCARAB. Quinn llamó al doctor Wheat y a Grubb.

El doctor examinó rápidamente a Quinn.

—Vas a durar un buen rato. Lew, una inyección de penicilina en el culo de Quinn y prepara algo de plasma. Tengo que volver para cortarle la pierna a Marsh.

—No —replicó Quinn. IV es el único que puede sacarnos de aquí. Él tiene prioridad en la atención médica. Grubb.

—Sí.

—Aliento de Perro me dijo que me hiciera cargo. ¿Tienes algún problema con eso?

—Yo lo oí —dijo con voz áspera IV.

—Diablos, no, artillero —respondió Grubb.

—Tal como lo entiendo —manifestó Quinn—, tenemos dos emergencias: Marsh y IV. IV es el único que puede sacarnos de aquí. Manténganlo despierto y consciente.

—¿Y Marsh? —preguntó el doctor Wheat.

—Lew queda asignado a Marsh hasta que puedas atenderlo.

—Pero no puedo volar, no puedo moverme —se quejó IV.

—Puedes decirme cómo hacerlo. Recuerda: tengo algunas horas de vuelo en este avión —dijo Quinn.

—¿Puedes ver algo, Quinn?

—Ya me arreglaré. No hay opción. Por favor, mantente con vida, IV. Necesito a Jarvis aquí adelante.

El suboficial mayor Roosevelt Jarvis había estado sentado cerca de la cabina

delantera. Entró con dificultad.

—Novinski estiró la pata —dijo Quinn.

—Mierda.

—Toma el asiento de Aliento de Perro y verifica nuestros sistemas.

Cuando Quinn terminó de limpiarse los ojos de sangre, Jarvis le dio una noticia mortal.

—Ninguno de los sistemas está funcionando. Los paneles desaparecieron. Creo que ni siquiera tenemos radio.

—Quinn a Grubb.

—Sí.

—Necesito algunos mapas impresos y un par de brújulas de campo. Jarvis se queda aquí conmigo.

Quinn se volvió hacia la ventana destrozada.

—IV, ¿hay alguna manera de que podamos volar sin la ventana?

—No.

—Mercer, aquí Quinn. Toma tu caja de herramientas y sube aquí.

Se desplazaron con gracia certera a través de la alfombra resbaladiza, mientras Quinn daba órdenes entre borbotones de sangre que le corrían por la cara.

¡Qué rotura! El marco de la ventana estaba hecho de titanio y estaba intacto. Mercer midió el agujero.

—Creo que el respaldo de mi asiento es de titanio —dijo Quinn con voz áspera. Quítalo y ve si puedes usar una parte.

—No hay forma de poder colocarlo en el marco.

—Está bien —dijo Quinn—, ¿tienes grapas?

—Sí, cuatro o cinco.

—A ver qué te parece esto: envuelve la pieza con el plástico de las bolsas para cuerpos que sobran y la lona de las literas. Lo enganchamos todo junto, lo ponemos dentro del avión y lo atamos con cable de alambre a través de las riostras. ¿Alguien tiene una idea mejor?

El olor de las partes muertas ahora estaba mezclado con un torrente de sudor.

—Jarvis, ayúdame a sentarme en el asiento de Cherokee —ordeno Quinn.

—Sí.

Grubb le quitó a Quinn el vendaje empapado y le puso otro.

—Grubb. Quiero que te quedes adelante. Deja a Ropo a cargo de la cabina trasera. Luego siéntate como puedas junto a Jarvis. Jarvis, tú lee los instrumentos y señala. Grubb, toma mi mano y colócala en las palancas adecuadas. IV, ¿sigues allí, amigo?

—Por llamarlo de alguna manera… —respondió IV casi sin voz.

—¿Entendieron todo? Deténganme si hago un movimiento equivocado —les pidió Quinn.

Quinn cometió el error de estirarse para darle una palmada a IV. El estómago de

IV parecía estar a punto de explotar a borbotones.

«Si no podemos hacer subir al SCARAB para irnos, creo que vamos a luchar hasta perder al último hombre», pensó Quinn. «No voy a permitir que estos hombres terminen en una cárcel iraní». Dio un puñetazo a la ventana improvisada. «Quizá no aguante».

—Mercer, pon una abrazadera o una cruz sobre la ventana con un par de caños de ametralladora.

—Entendido.

Ningún iraní había avanzado demasiado hacia ellos, pero podían oírse maldiciones lejanas de los sobrevivientes, quienes llegaban hasta lo más profundo de su valor y recogían armas entre la devastación y trataban de llevar a cabo una nueva acometida.

Los primeros disparos resonaron en el patio y levantaron polvo cerca del SCARAB.

—¡Ropo! ¡Haz salir del avión a todos tus hombres con TOW y no dejen de atacar a los iraníes! ¡Disparen con todo lo que tengan! Necesitamos diez minutos.

IV recitó con un gemido la lista de verificación a Grubb, que rápidamente iba localizando los interruptores y las palancas y movía la mano de Quinn hacia ellos.

El doctor Wheat hizo un torniquete en la pierna de Marsh, lo dejó a cargo de Lew y avanzó resbalándose en la sangre hasta la cabina principal para soltar la presión del vendaje de IV. Lo examinó.

—¡Necesito una linterna más fuerte aquí!

—Voy —respondió Mercer.

—¡*Madre santa*! —gritó IV.

—¡Polvo de sulfamida! ¡Polvo de sulfamida! —gritó Wheat, explorando con fórceps y dedos. Dios —exclamó, extrayendo un trozo de perdigón. Lo siento, amigo, tengo que cauterizarte… no vayas a desarmarte. ¿Quién sostiene la linterna?

—Dame la luz y dile a Lew que necesito la aguja caliente y un par de tragos de coñac, luego ponle esta grapa en la boca para que muerda.

Afuera, los misiles sobre los hombros de los marines dejaban escombros sobre los escombros y dispersaban el intento de acometida de los iraníes.

—¡Nos estamos quedando sin TOW!

—Disparen los cargadores hasta que estén vacíos. Hay municiones caídas en el suelo, a la derecha del avión.

—Ya está, Quinn —dijo Mercer, señálando la poco convencional abrazadera de la ventana.

—Patéala con fuerza —ordenó Quinn.

Soportó el golpe.

—IV.

—Oh, mierda, ¿qué?

—Si la nave no soporta la presión, ¿a qué altitud tenemos que volar?

—Debajo de los tres mil metros… —gimió.

—¡Está viniendo la aguja caliente!

Una descarga de fuego automático ahogó todos los otros sonidos. Rápidamente, todos aferraron los auriculares deflectores de ruidos.

—Ya te insensibilicé el estómago lo mejor que pude, IV; ahora bebe esto, luego, muerde la grapa. Vamos.

Wheat aplicó la aguja. IV se arqueó, gritó. Sostenido por manos fuertes, volvió a su posición y una sonrisa le cruzó por la cara sudada, ensangrentada y torturada.

—Bueno, marine; bien hecho —lo felicitó Wheat.

—Jarvis, ¿puedes encender un sistema alternativo y tratar de poner en funcionamiento el CDU?

—Todos los paneles y las lecturas del diodo emisor de luz fueron destrozados por la bomba de dispersión —contestó Jarvis.

—¿Tenemos radio? —preguntó Quinn.

—Negativo.

—Oh, Dios. Bueno, veamos. —El dolor de la cabeza le volvió como un torrente hasta que tuvo que morderse la lengua y el labio inferior con fuerza. «Vamos, Quinn, por el amor de Dios, no es momento para desmayarte».

—Jarvis.

—Sí.

—Jarvis, límpiame la sangre de los ojos, luego di a los dos hombres más cercanos a Barakat que le quiten la mordaza y que se asome. ¿Qué dice el indicador del combustible?

—No hay indicador.

Quinn rápidamente analizó la situación. Se había deshecho de todo el peso de cada pieza de equipamiento. Si restaba todos los misiles y las balas disparadas y restaba el peso aproximado del combustible usado, podría obtener una cifra redonda del combustible restante. Transmitió el problema por el intercomunicador.

—Nada de preguntas, sólo respuestas —ordenó.

Al parecer podían despegar y volar… pero durante cuánto tiempo era discutible…

Quinn meditó acerca de pasar por el patio con las nacelas a setenta y cinco grados para ahorrar combustible. No… era una locura. «¿Y si, por temor a quedarnos sin combustible, voláramos en modo helicóptero e hiciéramos un aterrizaje suave en alguna parte de Irán cuando el combustible se acabe?».

«¡Mierda! Voy a hacerlo subir, ponerlo en modo turbopropulsor y rogar a Dios que podamos encontrar el avión cisterna». Quinn había tomado la decisión. Sería mejor estrellarse que ser capturados.

La cara sudorosa de Barakat apareció junto a Quinn.

—Deje de temblar, Barakat.

—¿Soy amigo o enemigo? —preguntó Barakat.

—Que me maten si lo sé, pero ahora su culo nos pertenece. ¿Va a ayudarnos a

salir de aquí?

—Lo intentaré, lo intentaré.

—Tengo las pantallas y los sistemas completamente destrozados.

—Intenta con el altímetro —gimió IV.

Grubb encendió los diales.

—Tengo una lectura.

—Barakat, tenemos dos brújulas de campo y un mapa. El altímetro parece estar funcionando. Voy a guiarme por las estrellas. Quiero que me trace una ruta de vuelo para un encuentro con un avión cisterna a treinta y uno cuarenta de latitud y cincuenta y ocho veinte de longitud.

—Lo intentaré, pero aunque los alcancemos, ¿cómo vamos a contactarlos?

—Fósforo. Ubíquese en el asiento detrás de mí y póngase a trabajar.

—A todos, ¿todo el mundo adentro?

—Aquí Ropo. Todos presentes. La rampa está levantada.

Un chillido horrendo de Marsh cuando le cortaron la pierna. Durante un instante, la acción disminuyó y luego se reanudó.

Quinn situó los ángulos de las paletas. Movió los pies sobre los pedales, casi con delicadeza, como si estuviera pisando huevos. Maniobró el control de mando. Lo sintió firme. Ahora lo veremos.

—Barakat.

—Señor.

—¿A cuánta altura tenemos que subir para atravesar estas montañas?

—Cerca de cuatro mil doscientos metros.

¡Cuatro mil doscientos metros! Sería el límite del uso de oxígeno. El oxígeno ahora los ayudaría a cualquier altitud. Qué demonios. No tenía sentido ahorrarlo.

—¡Todos! Aquí Quinn. Tenemos la oportunidad de llegar a casa. Los rezos van a ayudar. Traten de no usar oxígeno, pero úsenlo si sienten que se desmayan.

Se oyeron alrededor del avión balas disparadas al azar. Quinn verificó que los rotores estuvieran funcionando en forma apropiada y puso en práctica cualquier instrucción previa a un vuelo que pudiera obtener de IV, que se hundía y se recuperaba.

Quinn aceleró los rotores al máximo, soltó el freno de vuelo estacionario y estiró el brazo para alcanzar la palanca de potencia al lado de IV. No pudo llegar en forma apropiada.

—¡Jarvis! Métete aquí y empuja hacia adelante la palanca de potencia. Trata de no tocar a IV.

—Entendido.

El SCARAB salió disparado hacia arriba.

—¡Oh, Dios, no tengo más pierna!

—Quinn —logró decir IV—, equilibra la nacela a cuarenta y cinco grados… ah… juega con el ángulo de la paleta, la oirás cuando esté bien.

—Grubb, pon mi mano sobre la nacela o las palancas de inclinación del rotor.

—Sí.

—Aquí IV —dijo, su estómago abierto por la mitad. Siento que estoy en buena forma.

El doctor garabateó una nota a Quinn. «IV necesita morfina».

El peso de una terrible decisión tras otra cayó sobre Quinn cuando Jarvis agregó más vendajes a su cabeza. Si IV tomaba morfina, estaría atontado y diría incoherencias. Por otra parte, IV iba a tener que sufrir un terrible dolor si no recibía una fuerte medicación. «Lo siento, IV», se dijo Quinn, «te necesitamos lúcido».

Quinn levantó la mano e hizo al doctor Wheat un gesto con el pulgar hacia abajo.

El fuerte Urbakkan se volvió cada vez más pequeño, con su gran patio lleno de sobrevivientes, que ahora disparaban sin ton ni son.

Capítulo 17

CLÍNICA MILITAR DE RHEIN - MAIN, FRANCFORT

Era un extraño día en que el tiempo no estaba desagradablemente húmedo. El sol besaba el solárium. Quinn dirigió su silla de ruedas hacia el calor y levantó la cara. «Ah, qué bueno. Pronto saldré de la oscuridad».

El pesado vendaje le impedía rascarse la frente, que tanto le picaba. «¿Cuántos puntos dijo el médico? Más de cuatrociento puntos invisibles para cerrar las capas internas de la piel. Maldito afortunado», pensó.

¿El resto? Cosa rara, pero excepto las heridas de metralla, su daño perdurable sería mínimo. El ojo derecho se había salvado las migrañas cederían con el tiempo y la cicatriz se convertiría en una suave línea. Incluso podría dejarse crecer el pelo sobre la cicatriz de dieciocho centímetros que le recorría desde la nuca hasta la sien.

El doctor Llewellyn Comfort, una eminencia en cirugía plástica, había sido traído desde Londres para la operación. Las habilidades del doctor Comfort eran obvias mientras suavemente tarareaba arias de *La Bohème* y *Tosca* cuando trabajaba. Quinn permaneció consciente e intercambió bromas con el médico.

Quinn se tensó y emitió una mueca de dolor al recordar ahora, debajo de sus vendajes. Podía pensar más allá del ataque durante un momento, pero el ciclo siempre se cerraba: Jeremiah Duncan, muerto; Novinski, muerto; Cherokee, muerto; Marsh muerto. Sus rostros y sus cuerpos lo salpicaban, su visión cegada por su propia sangre…

¡Pesadilla! Por Dios, cómo había logrado pilotear el SCARAB hasta su encuentro con el avión cisterna mientras Barakat leía las coordenadas en un mapa, con un par de brújulas de campo, IV susurraba las instrucciones con dificultad, y Grubb y Jarvis, colocaban las manos de Quinn en los controles. Se estremecía y avanzaba a los tumbos por el desierto montañoso con una carga de marines macilentos y verdosos hundidos en plegarias.

—Eh, artillero. —Alguien interrumpió sus pensamientos. Era la enfermera, la amable enfermera que le apoyaba su cuerpo cada vez que se le presentaba una ocasión. Quería bautizarlo en aguas de compasión. —En la planilla dice que el doctor Comfort va a quitarle las vendas hoy.

—Va a ser agradable despegar mis ojos.

—El doctor se los inmovilizó para que no tirara de los puntos sin querer.

Ella le palmeó la cara, la amable Mandy, y exhaló un afable suspiro, luego puso en movimiento su silla de ruedas.

—¿Adónde vamos? Todavía no tengo que irme —dijo Quinn. El sol está agradable.

—Hay alguien aquí que vino a verlo —contestó Mandy. Hay un cuarto tranquilo

allí al lado.

La gran puerta se abrió bruscamente y cuando Quinn contuvo el aliento, lo supo.

—¿Greer? —susurró, apenas audible.

—¿Cómo es posible…?

—Hueles a vestuario de hombres.

—Es Arpége, y gracias a ti empecé a usarlo. Qué lástima que no puedas verme, estoy fantástica.

«Después de todos los malditos años, pum, entra así como así. Hola, extraño, ¿te acuerdas de mí?».

—Bueno, déjame adivinar. ¿Cómo supo Greer que Quinn estaba en Francfort? ¿Qué tienes? ¿Una red de radio y televisión, cuarenta y seis diarios, siete revistas y satélites?

El corazón de Quinn se aceleró cuando los labios de ella encontraron su mejilla.

—Bueno, qué buenas noticias. Sentí cosquillas en el pito. Todavía funciona. ¿Cómo está Vampira, la reina de los medios?

—Eh, hombre, sólo soy una empleada asalariada de Warren Crowder…

—… de Somos los Dueños del Mundo Sociedad Anónima.

—De hecho, soy directora general de una división de tamaño mediano.

—Me enteré de que elevaste el nivel de la programación de radio y televisión y lograste que fuera casi culta.

—¿Sabías que la serie *Grandes Orquestas Sinfónicas de los Estados Unidos* atrae más público que el fútbol americano y las luchas de mujeres juntos? Déjame decirte que estoy muy orgullosa del hecho de que todavía puedo encontrar una civilización que respira debajo de todas las telenovelas y los desagradables *talk shows*. ¿Cómo lo hago? Saco temas de los canales que saturan con publicidad y también empaquetan cuestiones culturales. Shakespeare vende copos de maíz.

—Sí —dijo Quinn. Disney ahora hace también películas pornográficas para adultos. Pero no hablemos más de trabajo. ¿Cómo me encontraste?

—Nunca te perdí de vista, Quinn. Siempre te vigilé.

—¿Qué sabes de mi pasado reciente?

—El equipo RAM de marines atacó y aplastó, o mejor dicho, arrasó un antiguo fuerte persa en la cima de una montaña cerca del Gran Desierto de Sa, rescató a Bandar Barakat y logró escapar.

—¿Así que ya se conoció la noticia del ataque?

—No, no exactamente —contestó Greer. Algunos rumores, en su mayoría suposiciones arriesgadas. El banquero de Barakat me dio el primer indicio. De ahí en más, trabajé yo sola.

—Entonces todavía no se dio a conocer…

—El Presidente me llamó y nos pidió que no divulgáramos la historia —explicó Greer. Se da cuenta de que no puede retenerla durante mucho más tiempo. Así que la Casa Blanca quiere convocar a una conferencia de prensa y exhibir a Barakat.

Importante golpe antiterrorista.

—¿Aceptaste abandonar una primicia semejante?

—Suena un poco cursi, pero aunque estoy en los medios, no significa que no puedo hacer un gesto poco egoísta por el bien de mi país.

—Ah, pero tus colegas te van a castigar. Te van a bañar con bilis de bruja por negarle al público el derecho a saber.

—Después de lo cual tendremos paneles en todos los canales acerca de la enorme capacidad destructiva de los medios y la responsabilidad de los medios… hasta que aparezca la siguiente gran historia. Sí, amigo, pero intenta tener democracia sin nosotros.

—Así que, ¿cuándo se va a enterar el público sobre el ataque a Urbakkan?

—Pasado mañana.

—¿Qué va a pasar con la Compañía RAM?

—Están tratando de decidir si desmembrar a la Compañía RAM, integrarla dentro de una fuerza de ataque más grande, o simplemente seguir teniéndola preparada para cualquier eventualidad. Probablemente, habrá una investigación del Congreso. De todas formas, Quinn, estás por encima de todos ellos. Tenemos un verdadero héroe estadounidense.

—Cada miembro del ataque fue un héroe.

—Oh, qué humildad, mi querido —se burló ella.

—Greer. Naciste con bastante cinismo. Ni siquiera podría tratar de hacerte entender.

—Sí —dijo ella—, cosas de hombres.

—Está bien, tengo en claro lo siguiente: tienes mucho éxito con Crowder, empresa universal multinacional, que emite simultáneamente veinte espectáculos deportivos, incluyendo salto de una montaña con patines. Lo que quiero saber es por qué me devolviste todas las cartas sin abrir durante ocho meses y por qué huiste de Nueva York cuando fui a verte.

—¡Ya sabes por qué, maldita sea!

—Te diré lo que sé. Un corazón roto no es una metáfora. Ese golpe que recibí en la nuca nunca me dio el dolor que sentí por tu culpa.

—Mi amor… —susurró ella y le tocó la mejilla. Él estiró el brazo para tomarle la mano, pero ella la alejó.

—Está bien —dijo Quinn. Ya me demostraste lo inteligente que eres y que has cumplido con tu responsabilidad con el Presidente abandonando la primicia del año. ¿Algo más?

—Hijo de puta —replicó ella.

—Típica respuesta de Greer.

—Hijo de puta. Si hubiera abierto una sola carta tuya, si te hubiera visto en Nueva York, Quinn… opté por no pasarme la vida horneando galletas para la cena de la iglesia en el día de San Patricio. Hice lo que me propuse hacer.

—Entonces, ¿por qué no estás feliz?

—No sé lo que significa la felicidad. Amo el dinero, ansío tener poder, adoro mi departamento de la Quinta Avenida, me muevo en limosinas con chofer. Pero no sé lo que es ser feliz. No sé. No sé.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Ya no es tu cuerpo el que está en mi cama y pago por eso todos los días de mi vida.

Iba a ser la típica pelea monumental de Quinn contra Greer. ¿Acaso disfrutaban con ello?

—¿Lo clavaste a Crowder? —preguntó Quinn.

—A la cruz —respondió ella. Nunca tuvo una oportunidad. Tampoco pudo deshacerse de mí como si fuera una de sus muñecas.

—La amante de Warren Crowder.

—La que llegó para quedarse y, déjame decirte, él me necesita:

—Bueno, sólo es un pequeño cachorro desventurado si le quitas la coraza de magnate. Es una pequeña alma perdida cuando no se come a un competidor o cierra una fábrica. Está destruido y herido cuando el gobierno no lo deja crear un monopolio.

—No es ningún cachorro —lo corrigió Greer con brusquedad—, pero tampoco es una especie de fenómeno de último momento. Usaba toga en las épocas romanas y conducía a una horda de mongoles por las estepas. Los hombres poderosos como Warren han estado dirigiendo el espectáculo desde el principio de los tiempos.

—Ustedes dos deben de encender volcanes.

—Sí, sí, es verdad.

—Y tienes control sobre el monstruo.

—Veo futuro en eso.

—Bueno, pasa a verme otra vez si estás por la zona.

La campana sonó y él se fue a su esquina y ella a la suya, y se gruñeron mutuamente a través del cuadrilátero.

—Todavía me duele, nena —dijo él con voz ronca.

—Todavía me duele —susurró ella. Quinn, tomé un avión hasta aquí para hablarte de otro asunto. Es sobre tu padre.

Quinn reaccionó como ella sabía que lo haría, con una confusión que le hizo apretar los labios, las mandíbulas y los dientes.

—Han pasado cinco años desde que lo viste por última vez. ¿No es suficiente?

—Es extraño —dijo Quinn. Greer hablando en defensa de Dan O’Connell.

—No te han perdido de vista. Leyeron cada carta que les enviaste a Rita y a Mal. Han derramado suficientes lágrimas para volver a llenar el universo de estrellas. Cuando te alistaste en el Cuerpo de Marines, yo casi enloquezco. Dan vino a Nueva York y me suplicó que lo perdonara. Estaba destrozado por lo del aborto. Lo perdoné. ¿Ves? No soy tan terca como tú. Yo lo perdoné.

—No quiero oír más —dijo Quinn.

—Bueno, no estás en condiciones de imponer tus deseos, así que vas a oírme. Dan sabía que tú y yo nunca íbamos a terminar juntos, pero fue extremadamente amable. Él y tu madre insistieron en velar por mi bienestar, como si yo fuera su hija. Yo lo perdoné y después acepté su ayuda. Fui a una serie de psiquiatras, pero todos resultaron ser un fiasco. Fue tu padre, Dan O'Connell, quien le enseñó a Greer a volver a ser Greer, y que tenía que seguir jugando el juego de Greer en la vida. El hombre llora por ti con una pasión de reyes. Si existe algo llamado redención, se han redimido.

Quinn giró las ruedas de su silla en un círculo ciego, se puso de pie y trató de ir hasta la puerta.

—¡Deshazte de tu ira, Quinn! ¡Dios ya los castigó bastante! ¡Ya basta de este maldito silencio de los irlandeses! ¡Ya basta de esta maldita obra al estilo Eugene O'Neill!

Quinn no pudo hablar en forma coherente por la presión de un diluvio de compuertas que estallaban. Ella lo condujo suavemente otra vez a la silla. Él trató de tragarse nuevamente su agonía.

—Quinn —dijo suavemente—, Dan tuvo un ataque cerebral. Te necesita, amigo.

—¡Oh, Dios! —exclamó Quinn y tartamudeó y murmuró, y más lágrimas le brotaron de los ojos vendados. Greer lo consoló hasta que su temblor se calmó.

—¿Está muy grave?

—Más o menos. Ciertamente no se recuperó por completo, pero no está paralizado. Le cuesta un poco caminar y hablar. El dolor está en su pecho, así como estaba en el mío y en el tuyo.

—¿Mamá?

—También está destrozada por su pecado contra la Iglesia. Y tú eres el único hijo que jamás tendrá.

Se sentaron en silencio durante mucho tiempo, tanto que el día se convirtió en noche.

—Ahora tengo que irme —anunció Greer. ¿Puedo decirles a tus padres que esperen tu llamada?

—Sí.

—Y así termina otro capítulo de la espléndida aventura de Quinn y Greer —dijo ella.

—Nena… —le suplicó él—, sólo una vez.

—Por favor, no me lo pidas —gimió ella.

—Nena… nena…

Greer se levantó la falda y se sentó a horcajadas en el regazo de él, mirándolo. Él le levantó la camiseta. Sabía qué ropa usaría. Esos pequeños pechos estaban iguales que siempre. Un beso, dos.

—Nena… nena… ahora vete —dijo él.

Quinn O'Connell estaba vacío, pero lleno. La ira había desaparecido. Igual que su relación con Greer.

Había personas que lo amaban con locura, y él podría volver a amarlas. Sin embargo, ¿acaso la finalidad puede ser verdaderamente final? Todavía lo acechaba la intriga del nombre de su madre biológica… y de su padre. ¿Nunca iba a terminar esta maldita y persistente intriga? Estaba iniciando un proceso que quizá le permitiera pasar el resto de su vida con el misterio. Al hacerlo, entonces tal vez podría permitir que Dan y Siobhan se acercaran y él podría darles lo que les debía.

Sintió que la enfermera entraba para llevarlo de regreso a su cuarto; luego le pidió si podía escribirle una carta.

Queriendo estar lo más cerca posible de Quinn, Mandy escribió la carta que él le dictó, dirigida a Mal. No revelaba nada del ataque porque tendría que guardar silencio hasta la conferencia de prensa del Presidente.

¿Y cómo estaba Rita? Recibía muchas cartas de ella. Cada año le llegaban nuevos álbumes de fotos. ¿Cuántos años tenía ahora? Veintidós, quizá veintitrés. Cada foto permanecía en su billetera hasta que la reemplazaba por una más actual. Estaba magnífica. Las cartas que ella le escribía eran poderosas por lo que dejaban sin expresar.

Más tarde, el doctor Llewellyn Comfort llegó con un pequeño pelotón de médicos de menos experiencia y residentes que lo seguían. Hizo un gesto con la cabeza a Mandy para que le retirara el vendaje, mientras que tarareaba un aria ininteligible al tiempo que ella hacía lo que le pedía.

El cuarto fue oscurecido mientras ella le enjuagaba los ojos con una solución que le permitió abrirlos. Quinn bizqueó un poco, luego vio a media docena de caras sonrientes detrás del doctor Comfort.

—Bravo —exclamó un médico.

—Fantástico, fantástico, fantástico —concordó Comfort.

Mandy casi se desmayó ante la belleza y la fuerza de Quinn. Se dio cuenta de que era el final de un amor no correspondido, ya que él pronto la vería a la luz del día.

—Así que ésa es su cara, doctor —dijo Quinn. Hola, Mandy.

El doctor lo examinó, contento con los resultados.

—Me encantan los hombres a quienes les gusta su obra de arte —dijo Quinn. ¿Puedo echar un vistazo?

No había más que una fina línea del camino recorrido por la metralla y una pequeña marca por donde había salido.

—La cicatriz de un duelo —comentó Quinn, permitiendo que su miedo le saliera como una gran burbuja.

—La mayor parte de eso va a quedar limpio —le aseguró Comfort. Mantén las persianas bajas, usa la luz tenue hasta que te acostumbres. Estarás perfectamente en

unos días. He operado todas las heridas que existen, pero tú te llevas la medalla de oro, artillero. Dieciocho centímetros de puntos entre tu cráneo, la piel y el pelo.

—Gracias, doctor.

—En mi trabajo no vemos demasiadas oportunidades de Dios. Debió haberte reservado para algo grande.

Cuando se fueron, Quinn le tomó la mano a Mandy, se la besó y le agradeció su amabilidad. ¡Qué demonios! Mandy quería algún recuerdo. ¿Por qué no?

—¿Qué te parece si cenamos cuando me dejen salir? —le propuso.

—No tiene que hacerlo —dijo ella, sonrojándose.

—Quiero hacerlo —replicó Quinn con fuerza. Una vez dicho eso, vio cierto encanto en ella. Todas las mujeres son bellas, era lo que muchas veces se decía.

El teléfono rompió la incomodidad.

—Es para usted, artillero —dijo Mandy, y salió del cuarto.

—Artillero Quinn.

—Hola, hijo —dijo Dan con voz ronca.

—Hola, papá.

—¿Qué demonios estás haciendo en un hospital alemán? Pensé que estabas en Pendleton.

—Tuve algunos problemas en un ejercicio de entrenamiento. Algunos rasguños y moretones. Greer estuvo aquí. Gracias por ocuparte de ella en Nueva York.

—Es una mujer maravillosa —comentó Dan.

Quinn se apresuró para detener las disculpas que veía venir.

—Papá, empecemos de nuevo. Dejemos atrás el pasado. Quiero volver a casa lo antes posible.

—¿Me perdonas, hijo?

—Por supuesto. Eres mi padre.

—Conque artillero de los marines, ¿no? —dijo Dan. Tenías que tener un grado superior al mío, ¿no es así?

Quinn rió. Le dolió la cicatriz.

—¿Mamá está ahí?

—Está aquí. Te la voy a pasar. Te amo, Quinn.

—Te amo, papá… te amo.

Capítulo 18

Quinn pasó una noche tranquila, el sueño de los indultados. Había tenido muchas mujeres desde Greer, pero ninguna había extinguido la llama olímpica que él mantenía para ella. Ahora sentía que podría haber y habría una vida después de Greer.

¡Qué bien durmió después de hablar con su madre y su padre! Ellos también durmieron bien esa noche.

Golpearon a la puerta de Quinn.

—Adelante —dijo desde la butaca.

Entró el general Keith Brickhouse, comandante de los marines.

Quinn se puso de pie. El general le hizo un gesto para que volviera a sentarse, colgó la gorra y la fusta de montar en el gancho de la puerta, dio vuelta una silla para poder apoyar los brazos en el respaldo.

—¿Te está tratando bien el Ejército aquí?

—Todos han sido maravillosos, señor.

—El doctor Comfort hizo un excelente trabajo en tu cabeza.

—Tengo suerte de tener cabeza todavía.

—Tenemos qué hablar de algunas cosas. Dentro de un día vas a ser una gran noticia. Por favor, habla ahora y que sea una charla informal. Te van a dar una gran medalla. Yo diría que lo indicado sería una Medalla del Congreso, pero estamos en tiempos de paz y existe la política. Así que tendrás que conformarte con una Cruz de la Armada.

Quinn meneó la cabeza.

—Lo siento, señor. Lloro mucho estos días, más en la última semana que en toda mi vida. No puedo aceptar una medalla.

—¿Por qué? —quiso saber Brickhouse. Luego añadió: —Como si no lo supiera.

—Si lo sabe, entonces no me lo pregunte.

—Artillero, el equipo RAM, todo, quiere que la lleves en nombre de todos ellos. El Presidente va a emitir una medalla especial de mención para el resto de los hombres. El ataque fue uno de los grandes capítulos de la historia del Cuerpo de Marines.

Quinn no contestó nada.

—Tienes una carrera brillante por delante, artillero. Antes de que empiece todo el jaleo, quería agradecerte personalmente. ¿Te molesta que fume?

—En absoluto, señor. En cuanto a mi futuro, he alcanzado mi máxima capacidad como marine. General, no puedo vivir con tanta violencia. Es curioso decir esto después de Urbakkan, pero no estoy hecho para recibir más golpes como ése. La cabina estaba tapizada con pedazos de cerebro que caían de las mamparas y el techo. El ojo de alguien estaba incrustado contra una ventana y me miró durante todo el

viaje de vuelta. Y debo añadir, señor, que no sentí satisfacción al matar a todos esos iraníes. Debo de haber matado a más de cien de esos pobres diablos mientras dormían. General Brickhouse, me duele demasiado la muerte de Jeremiah Duncan y los demás. Lo siento, lo siento.

Brickhouse siguió el humo de su cigarrillo hasta la ventana, se sentó en el profundo alféizar e hizo un comentario sobre el mal clima de Europa central.

—Todos alcanzamos un punto de saturación.

—Pero hay una diferencia. Usted sabe, y el general Duncan lo sabía, qué hacer con los puntos de saturación. Por eso llegó a general.

—¿Te parece?

—Sé lo destrozado que Jeremiah Duncan estaba después de Vietnam, pero tuvo las agallas para sobreponerse. El Cuerpo está en mi ser y puedo llevar conmigo su espíritu. Estoy empezando a tener una idea de dónde puede estar mi futuro —dijo Quinn.

Brickhouse sopesó la posibilidad de engatusarlo, tratar de convencerlo, dorarle la píldora. El artillero O'Connell era un hombre fuerte. Tenía agallas suficientes para llorar. Dios, las veces que deseó poder hacerlo. Dios, las veces que se había alejado del pecho de su mujer. Uno sigue hasta que se desploma, eso era.

—Va a ser una gran pérdida para el Cuerpo —dijo por fin Brickhouse. Pero tenemos otros asuntos que tratar.

—Sí, señor.

—Todo lo concerniente a la formación de la Compañía RAM y el SCARAB era secreto. El ataque fue de extraordinaria importancia para probar que podíamos tomar represalias prácticamente en horas en cualquier punto del mundo. También probó la gran resistencia de la nave. Ahora, artillero, eres consciente de que la naturaleza del ataque fue una operación militar y no una operación de la CIA, que estaría bajo la supervisión de un comité del Congreso.

—El general Duncan me entrenó cuidadosamente.

—¿De qué manera?

—Me instruyó sobre las ramificaciones políticas de las acciones militares en una democracia. Me enseñó que el Cuerpo no se baja los pantalones y se inclina delante de los otros servicios o el Congreso. Lo llamaba la guirnalda de margaritas de la democracia.

—¿Oíste hablar del senador Sol Lightner, de Carolina del Norte?

—El señor Usina Eléctrica. Invencible. Es jefe de la supervisión de inteligencia y es el hombre duro contra los servicios armados. No es amistoso con el Cuerpo —contestó Quinn.

—Ése es él. Estuvo en el Senado durante más de veinte años. Bueno, está camino a Francfort con uno de sus doberman. El senador Sol está furioso porque no fue notificado del ataque de antemano. Nuestra posición, es decir, la del Presidente, es que no sólo fue un asunto estrictamente militar, sino que la necesidad de seguridad

era mayor a la necesidad de notificación. La inferencia es que la oficina del senador filtra mucha información.

—Pero, general —interrumpió Quinn—, el Presidente no me preguntó a *mí* si estaba bien. Dijo ataquen, entonces atacamos.

Brickhouse sonrió.

—Sólo te presento los lineamientos generales. El senador va a tratar de golpearnos por partida doble. En primer lugar, el ataque huele a masacre. Fue una exageración. En segundo lugar, parece haber una contradicción. Las autopsias llevadas a cabo en nuestros cinco muertos muestran que están llenos de metralla de una bomba de dispersión estadounidense.

—¿Qué demonios se supone que debemos hacer, señor? ¿Sentarnos y negociar las reglas de combate con los iraníes?

—El senador Lightner tiene en su poder la palabra mágica capaz de crear un frenesí para alimentar a los medios, es decir, que nuestros hombres fueron matados por fuego amistoso. La televisión se pone como loca entrevistando a los deudos destrozados. La prensa va a sacar a relucir sus términos grandilocuentes. Los medios dirán que «no jugamos limpio» al usar bombas de dispersión, y van a destrozar al Cuerpo de Marines por nuestras ansias de sangre.

—¿De qué diablos se trata todo esto?

—Tiene que ver con el pueblo estadounidense, que quiere librar una guerra sin bajas. Cuando las palabras fuego amistoso aparezcan en los titulares, las verdades a medias van a opacar uno de los grandes momentos de nuestra historia militar. Pero teníamos que hacerles saber a los terroristas que los atacaremos una y otra vez.

—Señor, la verdad es que nuestra gente murió a causa de una de nuestras bombas de dispersión. Ésa es la verdad.

—No vamos a atenernos a nuestro lema de siempre fieles y así todos somos amigos, artillero. Recuerda que tu héroe, Jeremiah Duncan, igual que yo, ha dado que hablar un poco al Congreso.

Quinn se puso de pie tambaleándose. Ahora la cabeza le latía. ¡Mierda! El Cuerpo está primero. Inclinó su jarra de agua y la volcó al no verter el agua en el vaso.

—¿Me está pidiendo que mienta, señor?

—Diablos, no. Sólo que seas creativo con la verdad. No nos educaron de esa manera, pero nuestros compatriotas esperan que seamos santos, que seamos impecables y puros. Además de toda la mierda por la que tuviste que pasar para entrenarte y llevar a cabo un ataque contra el terrorismo, encima ahora todavía tienes que justificarlo. Y la prensa puede estar tan sedienta de sangre como el enemigo. Por lo que Jeremiah me dijo de ti, sabrás cómo manejarlo.

Keith Brickhouse preparó el mortero del honor y el deber y depositó los ladrillos de la responsabilidad sobre sus hombros. Quinn tenía una sensación de capacidad, un

tranquilo sentimiento de su propia habilidad.

Aunque Quinn quiso ir caminando a la sala de conferencias, Mandy no lo dejó. Lo llevó en la silla de ruedas. No era sólo la herida, sino que había perdido mucha sangre y resistencia y todo su cuerpo necesitaba revitalizarse. El vuelo desde Urbakkan le había exigido hasta sus últimas fuerzas. Le extrajo demasiada energía de su propia voluntad y lo debilitó con migrañas recurrentes.

El comandante y senador Sol Lightner entró y tomó asiento ante la mesa de conferencias. El abogado del comité levantó la vista desde la mesa, se puso de pie a medias y asintió.

Quinn detectó de inmediato una relación de confrontación. V. VINCENT ZACCO, decía su tarjeta: ABOGADO ESPECIAL. La tarjeta era más pequeña de lo normal, pero cara, como el propio Vincent. Traje a medida, cuello como los de Hoover y el gran bigote que los hombres pequeños del mundo usan para enviar un mensaje de su masculinidad. Al estrechar su mano, Quinn se dio cuenta de que el abogado no había llegado arriba a través de una pesada labor.

El senador Lightner se sentía honrado, honrado, honrado. Siguió ronroneando:

—Debíamos hacer esta pequeña visita antes de la conferencia de prensa del Presidente mañana para ver si estamos todos de acuerdo. Creo que la informalidad es la orden del día. Ahora, usted entiende, artillero, que las audiencias son cosas cotidianas en el Congreso, y más tarde es posible que le hagan las mismas preguntas bajo juramento.

«Dios», pensó Quinn, «el último clon del senador Claghorn en la comedia de radio *Fibber McGee and Molly*, ¿o era Fred Allen?». El senador de un senador, con bromas azucaradas. Audiencias que aseguran a los legisladores una función en la división de poderes.

Lightner regresó a su asiento, encendió un puro delgado e hizo una señal con la cabeza a Zacco, que estaba revolviendo sus papeles de antemano. Zacco se aclaró la garganta repetidamente, para afinar la voz. Dejó escapar una o dos preguntas para dar una falsa impresión de amabilidad y una fingida inocencia. Quinn se puso en guardia.

Vincent condujo a Quinn a través de su conocimiento del difunto general Duncan y su relación con él, su incorporación a la unidad RAM y una «comprensión» de la función de Quinn en el ataque.

Quinn explicó que había entidades separadas dentro de la compañía, a saber: la sección de combate, el comando y la tripulación de la cabina principal, y el avión mismo. La tarea de Quinn era coordinar a las tres y supervisar los horarios de entrenamiento. Además, Quinn trabajaba en la logística de posibles blancos futuros. Quinn también tenía voz en todas las reuniones y controlaba todos los equipos que llegaban a los marines y que eran puestos a prueba para el SCARAB.

—En realidad —dijo Zacco—, usted no sólo era el segundo al mando, sino que el personal completo del general.

—En cierto sentido —contestó Quinn. Era su forma de operar: viajar con poco

peso. De la misma manera, todos los hombres de la unidad tenían una segunda, tercera y cuarta habilidad. Todos sabían cómo manejar todas las armas que llevábamos, por ejemplo.

—Pero ¿no había una diferencia de jerarquía desde teniente general a artillero de marines? Mi intención no es faltarle el respeto, pero ¿no debía haber una cadena de mando más fuerte? ¿Quizás un coronel directamente debajo de Duncan?

—Bueno, desgraciadamente —dijo Quinn—, el hombre que podría responder esa pregunta ya no está aquí. Sin embargo, y por fortuna, funcionaba tan bien que estábamos perfectamente.

Brickhouse permitió que en su rostro se dibujara una leve sonrisa.

—«Simple es mejor», diría el general Duncan.

—¡Exacto, «simple es mejor»! —replicó el general Brickhouse.

La sonrisa se agrandó en las comisuras de los labios de Brickhouse.

—Sé que duda en dar su opinión, pero ¿no estaría de acuerdo en que Duncan era un inconformista y jugaba un juego inconformista? —preguntó Zacco.

—Le daré mi opinión —contestó Quinn. En mi opinión, Jeremiah Duncan fue el más grande marine que conocí.

—Y los hombres tendían a seguirlo ciegamente. —«Ése fue el primer ataque de V. Vincent Zacco», pensó Quinn mientras miraba el aire de castor, ardilla y rata del abogado. —Déjeme decir más: ¿no hacía que los cascos de los oficiales estuvieran conectados para poder moverlos como robots?

Quinn rió en voz alta.

—Duncan hacía sugerencias. El hombre que estaba en la escena tomaba la decisión. Nuestra red nos daba unidad. Nos movíamos con la precisión de coristas. ¿Ciegamente? Diablos, era uno de los grupos de hombres mejor entrenados e informados de cualquiera de los servicios. En lo concerniente al coronel faltante en la cadena de mando, obviamente no lo necesitábamos.

La ceniza del puro de Lightner creció frente a su cara petrificada. Zacco cambió de tema rápidamente y habló del salvajismo y la exageración del ataque.

—Los hechos que encontramos eran claros —dijo Quinn. Nos vimos obligados a luchar en un área amurallada y estrecha. Nuestro primer golpe fue no sólo para acertar a la mayoría posible, sino para crear confusión. Nuestra misión principal no era cobrar víctimas enemigas, señor. Simplemente no queríamos que nadie lograra acertarle al SCARAB.

—Así que —refutó rápidamente Zacco— muchos iraníes salieron al medio del patio y trataron de rendirse.

—Sí, pero quizá le gustaría decirme qué se suponía que teníamos que hacer con los prisioneros.

—¡Así que los masacraron!

—No exactamente, señor. Recibimos la orden de disparar por encima de sus cabezas y alejarlos del avión, luego evitar que se levantaran.

«¡Dios!», pensó Quinn, «¿cómo pudo Duncan tomar las decisiones *sabiendo* que más tarde el Congreso iba a interrogarlo?».

La expresión tan amable de Sol Lightner estaba nublada por sus ojos de jabalí verrugoso por encima de sus colgantes carrillos.

Zacco luego disparó contra la velocidad con que se armó el ataque. ¿No fue un asunto descuidado incluir hombres no entrenados adecuadamente para esa misión en particular?

—La piedra angular de la unidad fue la preparación anticipada y el desarrollo de una serie de aptitudes. Esto fue garantizado por entrenamiento tras entrenamiento. Duncan y sus pilotos verificaban el funcionamiento del SCARAB durante dos horas antes de hacerlo volar. Los sistemas eran controlados en todos los sentidos durante los entrenamientos. La gran fuerza del SCARAB ha sido demostrada por su vuelo asesino hacia el blanco y desde él.

Quinn se defendía de cada ataque con la habilidad de un maestro de esgrima.

—¿No deberíamos tomar un pequeño descanso? —sugirió el senador, sabiendo que su doberman había conducido el interrogatorio hacia las áreas críticas, las que Quinn no podía evadir.

—Me gustaría continuar —presionó Quinn—, mientras me sienta bien.

Sintió que aun en ese estado tenía más resistencia que el abogado, que estaba a punto de lloriquear de frustración.

—Supongo que usted y el general Duncan eran muy amigos.

—Trabajamos muy cerca. Era bastante informal. Sin embargo, nuestra relación seguía todas las reglas.

—¿Visitaba su casa con frecuencia?

—La oficina del general Duncan viajaba con él, en su cabeza, en su maletín, en el baúl de su auto. La oficina estaba abierta para trabajar las veinticuatro horas del día. Él me llamaba, yo iba.

—¿Y cenaban juntos?

—También daba de comer a los perros.

—¿En la mesa?

—¿Qué demonios tiene que ver esto con el ataque a Urbakkan?

—Ya entenderá —dijo Zacco con voz retumbante, sintiendo el primer sabor a sangre. ¿Veían películas juntos, jugaban al golf de vez en cuando?

—¿Puedo interceder? —interrumpió Brickhouse. El general Duncan pensaba que Quinn O’Connell era la mejor promesa joven para un alto mando que jamás había visto. Yo diría que con toda la responsabilidad que Jeremiah le dio, probablemente fueran muy amigos, y no olviden que en esta clase de unidad la delgada línea entre oficial y subalterno muchas veces desaparece.

—Estoy sugiriendo —dijo Zacco— que ustedes dos eran tan amigos que si usted lo sobrevivía, lo cual sucedió, haría cualquier cosa por proteger sus antecedentes.

Quinn distinguía a los hombres asquerosos con sus tácticas asquerosas. Pudo

hacer poco más que mirarlo con ira al ver al senador Lightner inclinar la cabeza esperando que su perro de ataque le asestara el golpe.

—¿No mentiría por el general Duncan? —preguntó Zacco. ¿No lo cubriría por su profundo respeto y amistad personal?

Quinn sintió que sus manos se aferraban a los brazos de la silla, y empezó a ponerse de pie. «¡Siéntate!», se ordenó, «siéntate, ¡Quinn, carajo!».

—¿Como volar a Las Vegas en un helicóptero del gobierno para asistir a una cita amorosa?

—Es repugnante —exclamó Brickhouse. No responda, artillero.

—Bueno, caballeros —dijo suavemente Lightner. Creo que está dentro del ámbito del abogado establecer que, en la posición de Duncan —es decir, alguien con poder ilimitado, que no tenía obligación de rendirle cuentas a nadie—, podría haber cruzado la línea y aprovechado…

—¿Qué? —exclamó bruscamente Quinn. ¿El dinero de los contribuyentes? Está claro lo que ustedes dos están tratando de hacer. No sé cuán bajo quieren llevar todo esto, pero no voy a traicionar a un marine amigo en asuntos que a ustedes no les incumben un carajo.

Lo vencieron.

—Sólo tengo algunas preguntas más —anunció Zacco con entusiasmo. Estas bombas de dispersión caseras. ¿Usted ayudó a Duncan a fabricarlas?

—Trabajamos con los mejores expertos en municiones y armamento del país. El peso de los hombres, el peso de las bombas, las alas de titanio, todo fue fabricado para que el avión fuera más liviano.

—Ésa no era una bomba segura —lo acusó Zacco.

—Era tan segura como pudimos hacerla. Probamos más de cien con éxito.

—Pero no era una bomba segura porque explotó en el momento equivocado y mató a cinco marines. Artillero, fueron asesinados por una bomba de dispersión, ¿no fue así?

—Sí, así fue.

—Y usted fue herido por la misma bomba.

—Sí.

—Fuego amistoso —replicó el abogado.

«Espera, Quinn», se obligó. «Míralo a sus ojos de rata. Pero mantente tranquilo, amigo». Quinn se encogió de hombros.

—Es una expresión estúpida. Es el mayor oxímoron que existe. No existe algo que sea fuego amistoso… bombas seguras.

—Es un término comúnmente usado para denotar la muerte en manos de nuestra propia gente.

—La bomba fue mi responsabilidad —dijo Quinn. Acepto la culpa.

La ceniza cayó del puro del senador Lightner.

Zacco parecía confundido.

—¿Le importaría explicarse? —murmuró.

—Por supuesto. Desde el diseño hasta la instalación y el lanzamiento, fue mi bebé. Yo controlé los compartimentos de las bombas en la Base Aérea de Tikkah. Parecían seguros. Eso quedó demostrado por el vuelo tan movido hasta Urbakkan. Volamos a diversas altitudes y el avión se sacudió tanto que parecía que iba a despedazarse. Ninguna bomba detonó. Si una lo hubiera hecho, habría sido el final del juego. Verá, señor Zacco, usted trabaja con su gente y sus equipos al máximo de su capacidad humana, y después tiene que tener confianza. El Cuerpo de Marines está construido sobre la base de la confianza.

Siguió un silencio. Quinn estaba perfectamente calmo, los ojos fijos en el abogado. Al abogado no le gustaba nada.

—¿Sigo?

Vito Vincent Zacco asintió con cautela.

—Entre la Base Aérea de Tikkah y el fuerte Urbakkan, hubo un problema técnico en el compartimento cuatro de las bombas. Pudo ser todo ese movimiento violento del avión, los cambios drásticos de temperatura, quizás algún sonido metálico de algún detrito que volaba hacia nosotros al cruzar cerca de las cimas. No tuve indicación alguna de un problema en los paneles ni en lo instrumentos.

Lightner estaba petrificado. Zacco estaba confundido.

—Nos ubicamos para disparar —prosiguió Quinn. Yo tenía menos de un minuto para descargar los compartimentos de los misiles. Una bomba obviamente se desvió de su curso y cayó en el patio. Era demasiado pequeña para que nuestro sistema de visión nocturna la detectara, y ni siquiera la vimos hasta el final del ataque. Alejamos a nuestra gente de la bomba, pero detonó La siguiente media hora o cuarenta minutos estuvimos con sangre hasta los tobillos, con cerebros y vísceras en el techo, una amputación y un copiloto con el estómago a punto de estallar, necesitábamos cerrar una ventana… con el conocimiento de Barakat del terreno y la valentía de IV, nos reunimos con el avión cisterna… y después de eso… IV se mantuvo con vida y me dió instrucciones durante más de tres mil kilómetros… eso nos llevó cinco horas y media desde que salimos del fuerte. Cuando aterricé en el helipuerto de nuestro buque portacontenedores y apagué los motores, IV murió instantáneamente.

Zacco sabía que cuando se dijera la cuarta versión de esta historia demente, Quinn se confundiría con contradicciones. Ahora tenía las pruebas para culpar a Quinn por la bomba de fuego amistoso.

—La bomba fue mi responsabilidad —afirmó Quinn, dejando sin aliento a sus dos inquisidores.

El senador Lightner tuvo un extraño momento de vergüenza y asco de sí mismo. Zacco había sido despojado del derecho que el Congreso le daba para intimidar. Golpeó la mesa en forma sucesiva.

—Tengo la sensación de que tiene algo más que decirme, artillero.

—Sí, por supuesto —dijo Quinn en voz baja. Usted practica la necrofilia, le

encantan los cadáveres. Ahora, desaparezca de mi vista.

—Señor Zacco —dijo con suavidad el senador reflexivamente—, el artillero ha pasado por momentos horribles. Considero que su comentario fue hecho en un momento de exaltación. Haga el favor de esperar afuera.

El senador aplastó una caja vacía de puros, trató pero no pudo decirle nada al artillero. Quinn llamó a Mandy, que esperaba más allá de la puerta, para que se lo llevara.

Ahora la mirada desdeñosa del general Brickhouse cayó sobre Lightner.

—No creo que debamos tener una audiencia sobre esto —dijo el senador. No voy a meterme con el artillero Quinn.

Parte Dos

Capítulo 19

TROUBLESOME MESA, 1980

Ah, qué valle magnífico. El eco parecía repetir la palabra «paz».

Dan O’Connell no podía conducir ni montar. La primera vez que Quinn lo levantó repentinamente en sus brazos y lo ubicó en el lado del pasajero, ambos se miraron, en silencio, pero llenos de alegría. Nunca ninguno dijo: «Lo siento». Dan estaba al lado de su hijo gran parte del día, jugaban al ajedrez, iban al cine o Quinn lo llevaba en su silla de ruedas al Estadio Mile High para ver jugar a los Broncos.

Quinn se repetía, una y otra vez: «Así debería ser la vida».

Dan O’Connell cedió su banca como senador estatal, y el gobernador eligió a Quinn para que terminara el mandato, aunque significara un cambio de un republicano a un demócrata.

Dan había realizado grandes cambios y perdido parte de su mentalidad de policía de Brooklyn. Estaba más abierto y, finalmente, había logrado un agudo y compasivo entendimiento de los demás.

Se sintió confundido por las irritantes protestas estudiantiles contra la Guerra de Vietnam, por el alboroto al que llamaban música y por la disminución de la moralidad. Sin embargo, había crecido lo suficiente para comprender el significado del movimiento de los derechos civiles.

Era bueno tener un hijo tan inteligente como Quinn, quien parecía comprender bien todo tipo de situaciones y estudiaba la historia y el comportamiento del hombre.

Como Dan y su hijo últimamente compartían tanto tiempo juntos, Siobhan tenía la libertad de transitar un camino que siempre anheló. Siobhan siempre había sido partidaria de la Iglesia. Tenía que asumir el aborto de Greer Little y, finalmente, llegó a la conclusión de que la Iglesia cometía errores. Los errores por lo general provenían de los hombres, a quienes se les pedía que dieran más de lo que tenían.

En poco tiempo, Siobhan representó a Colorado como miembro de clase media alta del comité nacional. Ella y Dan realizaban muchos viajes organizados por la Iglesia para visitar las magníficas catedrales de Italia y Francia, o hacían cruceros a los glaciares de Alaska, visitaban los templos budistas o se trasladaban en avión a las islas griegas.

Quinn cada vez se involucró más en el funcionamiento de la hacienda, lo que lo puso en contacto directo con la familia Martínez. Consuelo y Pedro tenían cuatro hijos, tres de ellos se habían graduado en la universidad y estaban instalados en ciudades donde tenían sus carreras como profesionales.

El hijo que quedaba, Juan, se convirtió en lo que parecía ser una extensión natural de su padre.

La familia Martínez tenía un veinticinco por ciento de la hacienda. El cambio de

guardia de Pedro a Juan continuó con la estrecha relación con los O'Connell.

Las familias se tenían el afecto y el respeto que tienen las personas que han compartido mucho tiempo juntas. Y esto, también, era bueno. Dan había superado gran parte de su intolerancia cuando los Martínez reemplazaron, en gran medida, a su propia familia, que se encontraba en Brooklyn.

Los más viejos estaban encantados con la idea de que Quinn y Juan continuaran haciéndose cargo de la hacienda. Juan, en particular, era un cowboy hecho y derecho, nacido para montar y enlazar; era un hombre de montaña con una elegante ética de trabajo.

Lo malo era que faltaba Carlos. Quinn y Carlos se llevaban tan bien. Habían jugado, bailado al son de la música, montado como una furia por los campos, perseguido a las chicas y bebido e ido de juerga a escondidas cuando sentían la virilidad entre la piernas.

Después de terminar su carrera de derecho en poco tiempo, Carlos había sido contratado por un importante estudio de Houston. Su especialidad: inmigración. Fuera lo que fuese, la familia sabía que Carlos sería bueno. Carlos estaba siempre viajando al sur y al Caribe y ya parecía tener un lugar prominente en el estudio.

Quinn sólo lo vio una vez en los cinco años desde que se había ido de Troublesome Mesa. Se encontraron en San Diego, principalmente por casualidad, cuando Quinn pertenecía al Cuerpo de Marines.

Carlos tenía una vida envidiable, pero ¿por qué nunca regresó a Troublesome? Consuelo y Pedro lo visitaban todos los años en Houston y se preguntaban por qué su hijo seguía soltero o por qué no les comunicaba cuando viajaba a Denver.

Había algo misterioso. «Bueno», Quinn pensó, «es cierto que no obtuve la aprobación de Carlos cuando me alisté en los marines y, en realidad, Carlos no estaba contratado en la hacienda. Sin embargo, le encantaba la hacienda. ¿Qué lo hizo irse?». En la fantasía que Quinn tenía del futuro, Carlos siempre cabalgaba a su lado.

Cuando Quinn regresó trajo una afectuosa carta de Carlos. Volvería a la hacienda por primera vez en cinco años. Cuando Carlos llegó, él y Quinn se saludaron como si fueran extraños.

Carlos llevaba un traje italiano, un reloj de pulsera de miles de dólares y, en conjunto, era un joven dandi adinerado. Parecía que su buena reputación como abogado aumentaba día a día.

Los pensamientos que Quinn tenía acerca de ellos dos cabalgando y aullando a la luna y emborrachándose quedaron embarazosamente de lado.

La visita de Carlos fue corta. Hablaron a tropezones acerca de sus letanías, dándose cuenta de que habían cambiado y de que ahora vivían en mundos diferentes.

Carlos era reservado y callado y estaba decorado como un costoso príncipe heredero. ¿Qué había de su vida amorosa? Muchas mujeres a quienes amar, pero ninguna con quien contraer matrimonio, le dijo Carlos.

Había algo extraño, que no concordaba con su regreso. Carlos nunca mencionó al

tercer miembro del club de su niñez, esa pequeña plaga, Rita Maldonado. Después de graduarse en Wellesley, se había quedado en el este para realizar un posgrado en escritura creativa y enseñar en las eternas conferencias de los escritores.

¿Por qué, de repente, ella no le escribió más a Quinn? ¿Por qué no estaba allí para recibir a Quinn? Bueno, es cierto que todos los marines congelan una parte de su niñez, una parte perfecta. La vida continúa y Quinn nunca se imaginó, en sus sueños, la madurez de Carlos y Rita.

Las recompensas de su nueva vida con sus padres se vieron contrarrestadas por una sensación de vacío respecto de sus compañeros.

Si Carlos y Rita eran la frustración de Quinn, Reynaldo Maldonado lo aliviaba. Se reunían con frecuencia e intercambiaban historias del Cuerpo e historias de la vida, y se quedaban conversando casi hasta medianoche.

Maldonado aún no se había casado aunque todavía tenía una colección de grandes bellezas, en particular en México, donde poseía un pequeño departamento en Cuernavaca. Siempre había una fila de magníficas criaturas esperándolo y deseando posar para él, y Quinn pensaba que era admirable cómo Mal había evitado la ira de un marido celoso.

Cada vez que Quinn iba a la casa de Mal, se detenía frente a la colección de fotografías sobre la repisa de la chimenea. Esas fotos mostraban el crecimiento de Rita desde que era pequeña hasta la actualidad. Cada vez que iba, Quinn estudiaba las fotografías con mayor interés.

—Mi Dios —murmuró una noche.

—No esperabas que siguiera usando colas de caballo —dijo Mal, estudiando detalladamente el interés de Quinn.

—Es realmente hermosa. Quiero decir, sobrenaturalmente hermosa.

—De manera abrumadora —opinó Mal. Con un poco más de esto o un poco menos de aquello, probablemente Rita sea una de las mujeres más bellas del mundo.

—Y escribe cartas encantadoras —agregó Quinn. Sus cartas nunca son repetitivas hasta el hartazgo. Es capaz de contar una historia acerca del movimiento de la punta de la nariz de una de tus modelos o quizá sobre la noche de un sábado en el viejo pueblo minero o del comisario más obeso del oeste o su caminar por entre las flores silvestres. Sabes, era terriblemente hermosa cuando caminaba por un campo de flores, incluso de niña, y luego se levantaba sus polleras para cruzar un arroyo.

En contraste con su propia vida algo ligera, Mal había criado a Rita como un padre protector con una gran inteligencia. Rita se convirtió en Rita, y eso es lo que él había anhelado.

Rita era una niña leal, que se entretenía silenciosamente con su poesía, muy dulce y muy tolerante de las malas costumbres de su padre, puesto que él también fue fuente de su crecimiento.

Mal supo, casi desde un principio, cuánto deseaba a Quinn desde el momento en que fue por primera vez a Troublesome Mesa. Era algo por lo cual un padre no podía

hacer mucho. Al ver progresar y desarrollarse a Rita y, después de romper con Greer Little, quizá Quinn la notara. La diferencia de edad entre ellos no era tan pavorosa, pero los años de separación los colocaron en distintos niveles.

«Ha crecido», pensó Mal. «La fiesta de bienvenida ha terminado y Siobhan y Dan se han ido a Florencia. ¿Entonces? ¿Qué importa, Quinn? ¿Cuántos corazones rotos hubo durante el tiempo en que serviste en el Cuerpo?».

—¿Cuántos años tenía Rita cuando me fui? —preguntó Quinn. ¿Dieciséis o diecisiete?

—Ya no tiene diecisiete, Quinn. Cuando te enganchaste con Greer, Rita sufrió como sólo una adolescente puede hacerlo.

—Ah, vamos, Mal. Nunca la miré de manera deshonesta.

—Sí —dijo Mal—, y eso me hizo sentir muy bien. Incluso un artista vagabundo puede tener instintos protectores como los de un león para con su única hija. Rita siempre fue una luz sagrada para mí. Trató de posar para mí un par de veces, pero era demasiado hermosa para arruinar en piedra u óleo.

—¿Por qué de repente me cuentas todo esto? —preguntó Quinn.

—Su ausencia se hizo notar.

—Yo también la extrañé —admitió Quinn. He querido a Rita toda mi vida, pero nunca pensé en ella excepto como una hermana menor.

—Ése es exactamente el punto —respondió Mal. Rita tiene pánico de que la rechaces como mujer.

Quinn quiso contestarle, pero lo que Mal acababa de decir tenía mucha fuerza, demasiados años de sabiduría.

—¿Quieres ver el santuario de Quinn O'Connell en la habitación de ella? —Mal lo condujo tomándolo del brazo y abrió la puerta de la habitación. Las paredes éstaban adornadas con fotografías de Quinn, el jugador de béisbol; Quinn, el jinete de los rodeos; Quinn, el marine. Había una vieja camiseta de fútbol colgando de una viga, un álbum de recortes.

—¿Qué piensas de esto, Mal?

—No se le puede pedir a una persona que cambie los deseos de su corazón. Sin embargo, ahora, bueno, has vuelto para quedarte, y creo que Rita quiere regresar para quedarse y escribir. Quisiera ver resuelta esta parte de su vida. En los cajones hay cuentos cortos y poemas. Rita está intentando demostrarnos, a ti y a mí, que merece nuestro amor. Por eso es que las niñas pequeñas se retuercen en difíciles posturas en las clases de danza, para obtener la aprobación de sus padres. Por eso es que las niñas mayores escriben poesía erótica, para obtener la aprobación de su amante.

—¿Y yo, Quinn Patrick O'Connell?

—¿No sabes cuánto te quiero, amigo? —dijo Mal. No ha sido nada agradable conocer su secreto y tener que permanecer callado todos estos años. ¿Le harás frente ahora y se lo dirás? Las palabras de Mal lo hicieron estremecerse. Tenía miedo.

—¿Y si no… no puedo quererla de ese modo? —preguntó Quinn.

—Tendrías que estar loco para no amar a Rita, pero es tu corazón, hombre, dile la verdad.

Quinn miró fijamente sus fotografías y las mezcló con sus propios recuerdos de un pequeño ser tranquilo, de ojos color azabache y sedoso cabello negro como un cuervo, a quien le hacía cosquillas pero quien apenas reía para demostrarle de qué estaba hecha. Incluso en su temprana adolescencia había sido deliciosa, redondeada de manera clásica, voluptuosa en un bikini.

—He hecho algo terrible —confesó Mal. Sabía que tenía un cajón con poemas secretos, y lo revisé sin permiso. —Abrió el cajón y le alcanzó a Quinn un papel. —Escribió esto cuando tenía dieciséis años.

En nuestra primera noche juntos después del atardecer,
nunca me descubriste
cuando te seguía a una corta distancia,
cuando regresabas a tu morada desde el río.
Si hubieses mirado hacia atrás,
habrías encontrado a la misma niña
cuyo delgado cuerpo inexplorado
instintivamente hubieses protegido con el tuyo,
contra la repentina pérdida del tiempo que pasa.
Te detuviste dos veces,
como entre movimientos de una sinfonía,
el secreto hacía temblar a las hojas que crujían
bajo mis pies
y el ritmo natural en la audiencia de tu bosque.
Un álamo temblón señala el lugar
donde comienza tu tierra.
Sus infinitas sombras cual huellas digitales
de los momentos que he estado de pie junto a él
confundiendo tus brazos con sus largas ramas firmes;
el profundo color cedro de tu piel,
el blanco corteza de la esquina de tus ojos,
la savia que los llena cuando no hay luz natural
corre por la aspereza típica de la madera,
las mejillas que no has afeitado.
Por primera vez, esta noche,
me quedé más tiempo para verte caminar
hacia las ventanas iluminadas de tu cabaña.
Vi cómo tus dos mitades se separaban en la raíz:
madera y carne,
corteza y piel,
las venas de hojas secas las más verdes
que recorren tus muñecas.
Nunca lo supiste
pero nos dormimos juntos
una mitad tuya a mi lado,
la otra, encerrada detrás de una ventana iluminada,
todo en silencio hasta que el oscuro y ruidoso pasto nos despertó,
agitándose al pensar en su propio rocío.

—Mi Dios —susurró Quinn. ¿Sus historias? ¿Alguna vez las has leído, Mal?

—De vez en cuando me leía. Nunca quise juzgarla. Supon que no tenga talento.

No quiero ser quien rechace a mi hija. Quinn, he leído lo suficiente de lo que escribe para saber que no lo va a lograr. Allí estaré para ayudarla cuando se dé cuenta. Soy un artista mediocre. Me las arreglo por ser un mexicano mujeriego. Jodo con esta mierda moderna porque nadie, ni críticos ni clientes, saben qué es, pero no se atreven a decirlo. No puedes salir triunfante con mi mierda como escritor.

—Mal, de ninguna manera. Eres fabuloso.

—Él es fabuloso —dijo Mal, señalando un grabado original de Van Gogh.

Esa noche, Quinn sacó las cartas que Rita le había escrito de su baúl. Había más de cien. Al mirar una y otra carta, pronto comprendió su continuidad. No se trataba exactamente de palabras de amor veladas, sino de cuánto se extrañaba su ausencia en las montañas. Nada sobre novios ni de su propia madurez. Dejaba que las fotografías lo dijeran todo.

Quinn se había sacado un peso de encima. La reconciliación con sus padres significó una gran bendición. ¿El otro? Greer Little. Se aferraba a un hilo reducido, irreal. ¿No había hecho lo mismo Rita? Las mujeres que amaban a los marines artilleros eran muchas, pero…

Quinn estaba asombrado por el hecho de que su propia alma se abriera. No sabía si la amaba y no lo sabría hasta que estuvieran uno frente al otro.

Quinn se estremecía cada vez que pensaba en Rita. Durante todo el viaje a la Conferencia de Escritores en Nueva York, suspiró sin cesar. Era una poderosa incertidumbre a la que el momento de la verdad le había llegado.

En los espléndidos bosques que rodeaban el lago George, el excelente y antiguo novelista Christopher Christopher predicaba durante diez semanas en el verano para aspirantes a escritores serios. Diez semanas para alimentar la ilusión.

Uno tenía que retrotraerse un poco para recordar la última buena novela de Christopher. Había sobrevivido a su talento mediocre, pero conocía el cuándo y el cómo. Se convirtió en un leyenda.

En realidad, ¿tenía Christopher alguna obra maestra? Su nombre se entrelazaba con una generación de excelentes escritores estadounidenses, desde los expatriados en París entre las guerra mundiales o en Pamplona, donde perseguía a los toros con Hemingway. ¿No había sido en realidad un periodista inexperto que consiguió una entrevista con Hemingway y después de su muerte se convirtió en un «amigo cercano» y aficionado de Hemingway? Escribió acerca de visitas a Cuba para reunirse con Hemingway. Nunca se concretaron.

¿Qué hay de Sinclair Lewis? El retrato de Lewis hecho por Christopher Christopher para el *New Yorker* era, por cierto depuradísimo. Por supuesto, tampoco se ha escrito mucho acerca de Sinclair Lewis.

Christopher Christopher en realidad tuvo éxito en la literatura estadounidense con un artículo para *Esquire* titulado «Chrysler Airflow: el gran automóvil estadounidense».

Un productor de Broadway de revistas con mucha energía y vigor pensó que tenía

un sonido contagioso: *El gran automóvil estadounidense*. A una de sus revistas teatrales anuales le puso ese nombre y después de ochocientas funciones, Christopher Christopher estaba hecho para toda la vida.

En estos días era un ícono estadounidense (que una vez había arrojado un martini helado en la cara de F. Scott Fitzgerald). Ahora, con un tupido pelo plateado salvaje, daba charlas en Lake George a una docena de estudiantes «expertos» lanzados a la caza eterna de la gran novela estadounidense.

—He puesto mi granito de arena, he hecho mi pequeña contribución —decía a los alumnos de ambos sexos mientras su mirada se nublaba. Al igual que Pearl, Pearl Buck, Dios la tenga en la gloria, dijo antes de morir: «Christopher», dijo, «mantén la llama encendida».

Mientras miraba a los nuevos alumnos, muchos de los cuales habían madurado hacía mucho tiempo, se preguntó cuáles, hombres o mujeres, serían sus compañeros de cama durante el verano.

—Es hora de pasar la antorcha —susurró Christopher.

Rita Maldonado se dio cuenta en menos de dos semanas de que o el seminario era un fiasco total o debía hacerle frente a una realidad definitiva acerca de sus escritos. Nadie puede enseñar a escribir sentado en un alegre círculo mientras se analiza la forma de escribir del otro. Las sesiones de crítica podrían haber matado a un joven Shakespeare. Christopher babeaba y dormitaba mientras sus alumnos lanzaban críticas.

Rita estaba empacando para marcharse cuando Quinn levantó la aldaba de bronce de la cabaña Jack London. De pronto, lo asaltó la idea de que Rita podría estar en medio de… bueno, una escena.

Usó la aldaba y dio un paso hacia atrás.

Rita abrió la puerta y espió a través del mosquitero.

—He venido a verte —anunció él.

La puerta mosquitero se abrió con un chillido, y entró lentamente en la cabaña. Era tan hermosa que tuvo que bajar la vista por temor a sonrojarse. Rita se llevó la mano de él a la boca y besó la articulación de un dedo al menos una docena de veces.

Luego pasó la mano por detrás de él y deslizó el pestillo.

Sus frentes se acercaron suavemente. Ella comenzó a temblar.

—No quiero lastimarte más —dijo Quinn—, pero me siento como… esto aquí, ahora es el gran más allá… y estamos flotando… Rita, no quiero herirte más.

Ella llevó la mano de Quinn hacia su blusa y lo ayudó a abrir el botón de arriba, sin quitarle los ojos de encima, botón a botón.

—Te amo, Rita.

—¡Sí! ¡Sí!

No tenía corpiño.

—Dios, eres bellísima. He sido un verdadero tonto…

—Sí —confirmó ella.

—Me preocupa que…

Presionó un dedo sobre la boca de él.

—No te preocupes. Quinn, nunca querrás dejarme.

—Creo que tienes razón —respondió Quinn.

—¿Seremos amantes?

—Te deseo tanto.

—¿Tanto o mucho?

—De las dos maneras —contestó él.

Ella dio media vuelta y se dirigió a un gran sillón.

—Disfrútalo —le dijo. Quiero desvestirme para ti. —No había mucho que quitarse: jeans y bombacha. Lo hizo deliberadamente, ya que debía de haber practicado ese momento un centenar de veces en sus fantasías.

Rita se sentó en el gran brazo de la silla y asumió una pose; le entregó su bombacha. Quinn se la pasó por la mejilla, luego intentó comerla, beberla, morderla.

El gong que anunciaba la cena sonó para aquéllos para quienes sonó el gong.

Capítulo 20

TROUBLESOME MESA — PRINCIPIOS DE LOS AÑOS 80

Acontecieron varios sucesos en Troublesome Mesa, tanto dolorosos como alegres. El padre Sean Logan, el bondadoso sacerdote, falleció. Nunca se perdonó por haberle aconsejado a la novia de Quinn que abortara; ni tampoco aceptó por completo las promesas que imponían confidencialidad en relación con los padres biológicos de Quinn.

Siobhan O'Connell, funcionaria de la Iglesia con contactos de nivel alto medio, inició un silencioso sondeo en el funeral de Sean para localizar al misterioso monseñor Gallico. Fue inútil. Había desaparecido sin dejar rastros.

Unos meses después, Daniel O'Connell tuvo otro ataque devastador que casi lo debilitó por completo.

Hubo un momento de desenfadada dicha en ocasión del matrimonio de Quinn y Rita. Más de trescientas personas de todo el estado se reunieron para celebrar. La promesa matrimonial tuvo lugar junto a la cama de Dan, quien falleció poco después mientras su mujer le sostenía una mano y su hijo, la otra.

Así fue. Una pomposa celebración de un matrimonio y un velatorio tuvieron lugar juntos con una fiesta que Troublesome Mesa nunca olvidaría.

Quinn lamentó lo de Dan durante su larga caminata por la oscuridad. A pesar de sus diferencias, a pesar de sus errores, él y su padre habían terminado en la misma ruta. Quinn se dio cuenta de que él y su padre estaban marcados por el mismo sentido del honor y el amor inculcado a los marines. A pesar de los defectos de Dan, éstos eran superados por la lealtad, la honestidad y el coraje.

Después de tres meses de un profundo dolor, Siobhan dijo una noche al terminar de cenar:

—Tenemos que continuar con nuestras vidas. Les voy a hacer una oferta que no podrán rechazar. ¿Por qué tú y Rita no se toman unos meses para hacer algo que los haga felices? Mientras tanto, en la hacienda, yo me haré cargo de todo.

Su felicidad los condujo a Venecia. Llegaron un poco antes del amanecer y subieron a la única góndola que se veía en el Gran Canal mientras que un sol débil se elevaba, irradiando brillos color pastel mezclados con rocío nebuloso como en una pintura impresionista.

Había valido la pena esperar la luna de miel.

Deslízate, deslízate, deslízate, susurraba el ornamentado barco al rozar el agua, que salpicaba el timón del gondolero.

Debajo de los pequeños puentes para peatones, clic, clic, clic sonaban los tacos de

las mujeres.

Las seductoras callejuelas sinuosas y complejas como un laberinto.

Y no hay que olvidar las palomas de la plaza de San Marcos.

La suite de la esquina que tenían en el palacio Gritti era endulzada por la suave música de los saxofones y cintas de jazz italiano del Festival de San Remo… ¡y Pavarotti!

Iniciaron su visita a Venecia haciendo el amor en una góndola. El resto era poderoso, tan poderoso que parecían drogados y exhaustos a la luz del día hasta que se abrían las grandes cortinas y los sonidos y la luz de esa tierra de hadas los alcanzaba.

Después de una semana, Quinn se dio cuenta de que no había pensado en Greer Little desde que habían llegado. Rita, él, Venecia. Un plan de toda una vida que lo conmovía por completo. Darse cuenta de que no había pensado en Greer lo hizo pensar en ella, Ahora estaba encerrada en un lugar de su memoria. El deseo que sentía por Rita era casi insano.

Sin embargo, en los ratos libres, Rita parecía lejana. Podía pasar de una pasión descontrolada a una tristeza estremecedora, lánguida.

Les llevó seis semanas saciarse de Venecia y volver en avión a los Estados Unidos, al comenzar a extrañar.

Una vez en su hogar, Rita hizo frente a su gran desafío. La hacienda y sus distintos ruidos, desde el balido del ganado hasta el zumbido de las camionetas y la actividad general, pusieron fin a sus intentos de escribir.

Le pidió aprobación a Quinn y armó su estudio de un solo ambiente en la mansión de Maldonado a casi un kilómetro hacia el sur. La habitación era enorme, tenía un hogar y estaba aislada.

Rita puso un pequeño armario para ella y Quinn. Si ella trabajaba hasta tarde, si él necesitaba un descanso de la hacienda, si querían hacer el amor salvajemente, el estudio era perfecto.

Entonces estaba el compromiso de escribir, pero la oficina más lujosa no es ninguna garantía de hojas frondosas. Rita se encontraba a solas con Rita, nada entre ella y su máquina de escribir.

Todo estaba serenamente tranquilo.

Mal se iba gran parte del tiempo a esculpir o pintar algún hermoso cuerpo. Dios, Mal, ¡todas esas ricas mujeres casadas que quieren que se les agranden los pechos! Algunas de sus clientas eran mujeres mayores, no en las mejores condiciones físicas, pero provocadoras y burlonas de su sensualidad.

Rita había visto a su padre trabajar con ellas durante toda una vida. De todas maneras, siempre parecía inspirado, sin importar su flaccidez.

Mal se estableció en su departamento en Cuernavaca para que su hija tuviera lugar para pensar.

Quinn tenía cierto recelo acerca del estudio de Rita. No quería que se convirtiera

en el escenario de su angustia. Viajaba a menudo a Denver para cumplir con sus obligaciones de senador, o por cuestiones de la hacienda o iba a reuniones del Partido Demócrata que se celebraban en todo el país. Por lo general, quería que Rita estuviera con él, pero ella tenía derecho a buscar su propia felicidad y a hacer su propia vida.

Escribió acerca de Venecia y lo leyó y corrigió, seducida por el suave aroma del fuego. A los pensamientos que habían sido tan claros en su mente les costaba un terrible trabajo encontrar la forma de plasmarse en el papel.

Sabía que el lugar era perfecto. Había logrado estar en paz y aislada. Tenía un marido maravilloso, comprensivo. «Dios», pensó, «¿acaso Dios quiere que los escritores pasen por un infierno para escribir?».

A pesar de toda la etérea maravilla, Rita comenzó a sentir que se encontraba en una trampa, en una jaula. ¿Por qué la historia se detuvo repentinamente?

Quinn debía llegar de San Francisco tarde. Se reprendió por no haber ido a Denver para recibirlo y pasar la noche en su departamento. No le gustaba que volara a Troublesome por la noche.

Cerró los ojos y pensó en él, y la excitación entre sus piernas comenzó automáticamente. Pasaría las horas pensando en Venecia y luego su jeep entraría ruidosamente por el camino. Oír su voz era como comer chocolate. Rita ronroneó y se estiró y se acarició el cuerpo.

Sentía cosquillas en el estómago. Se preparó una jarra de margarita, cosa que nunca hacía cuando bebía sola. Mientras pasaba la lengua por la sal que cubría la parte superior del vaso, la frente se le llenó de pequeñas gotas de transpiración. Entonces surgió un miedo desenfrenado.

El nivel en la jarra de margarita bajaba.

Quinn supo que algo andaba mal cuando llegó unas horas más tarde. Rita se tambaleaba ligeramente y su beso estaba acentuado por la sal.

—Te llevo un par de copas de ventaja —dijo ella. ¿Cómo fueron las reuniones?

Le relató el viaje de negocios. La cena estaba en el piso frente a la chimenea en la mesa ratona. Luego, se desplomó en mullidos almohadones con suave música de saxo.

Rita apareció con los ojos nublados, sin apartar la vista de él, A Quinn le encantó lo que vio. Parecía que no podían pasar uno cerca del otro sin tocarse de cierta manera. Pantalones de cuero pintados, vientre desnudo, una blusa abierta con un nudo debajo de sus pechos, lápiz labial brillante. Vio cómo levantaba la mesa…

—Quinn —dijo, caminando sinuosamente hacia su escritorio. Quisiera que leas lo que escribí. Me doy cuenta de que hay partes que parecen escritas en la cama. Mira, creo que voy a necesitar ayuda.

Quinn estuvo a punto de evadirse como de costumbre, pero esa noche había algo diferente en el aire.

—Me daría muchísimo miedo —contestó.

—¿Miedo de lastimarme? ¿Miedo de rechazarme, de decirme que soy pésima? Mal ya lo ha hecho durante años.

—Rita, no es como si Mal te dijera que el tocino te salía demasiado crujiente, trata de comprenderlo la próxima vez. Escribir ha sido el más grande deseo que has tenido durante la mayor parte de tu vida. Si no estoy adecuadamente preparado, no quiero meterme en algo en donde no tengo derecho a estar.

—Ya he oído eso antes —dijo con un tono áspero en su voz.

—No estés molesta con Mal por querer protegerte de su ignorancia. Fue inteligente al no cometer ese tipo de error. Ni loco quiero juzgarte.

—Ambos son convincentes. Francamente, pienso que se están lavando las manos. Entre tú y Mal han leído toda obra literaria que se ha escrito desde la Edad Media.

—Eso no me convierte en un experto.

—¿Quién es un experto? ¿Christopher Christopher? Cualquiera con licencia para robar es un idiota que se promociona solo en el negocio para hacer que los que quieren llegar a algo vuelvan a otra conferencia para escritores. Quinn, ¿sabes lo que es presentar un original para que te lo publiquen? Estás muerto, rechazado antes de ponerlo en el buzón. «Su historia está bien escrita, pero no se ajusta a nuestras necesidades», firmado «Los editores», que permanecerán en el anonimato.

—Rita, nadie te obligó a escribir.

—Gracias, te lo agradezco. Tengo veinticinco años. Escribo desde los nueve. Necesito un descanso. Mal lleva mi trabajo a los profesores de literatura de la universidad. «Promete mucho, pero tiene que trabajar».

—¿No acabas de contestar tu propia pregunta? ¿Qué profesores de la Universidad de Colorado o de todas las universidades de Colorado han publicado algo notable en los últimos cincuenta años? —argumentó Quinn.

—Quiero una respuesta directa. Quiero oír la verdad desnuda de una persona con integridad literaria. Sólo una persona. Si no puedo obtener eso de mi marido, ¿de quién lo puedo obtener?

No se podía disuadir a Rita. Había marcado la línea, y Quinn tenía que cruzarla.

—¿Éstas son las hojas? —preguntó. Bien, pero desearía saber mejor qué estoy haciendo.

Sabía lo suficiente.

Parte de su primera poesía había bailado y brincado y estaba llena de ingenio y de gracia y de metáforas. A través de los años, a medida que cada nueva obra que no era poesía se hacía más larga, se descarriaba. No podía organizar el trabajo, mantenerlo bajo el mando central del escritor. El diálogo provenía de títeres borrachos, no de gente observadora e inteligente.

Había una lista de errores típicos: ningún sentido de cuándo se podía alargar una oración hasta formar un párrafo o reducir un capítulo a unos pocos párrafos. El primer capítulo estaba cargado de información, el típico temor que los escritores

novatos tienen de dejar algo fuera del manuscrito.

¿Qué hay acerca de los requisitos previos? Escribir requería tanto una enorme motivación como un enorme impulso. Rita sólo tenía un enorme deseo.

La parte desconcertante de todo esto era que peores escritores habían tenido éxito. Rita podía brillar en ciertos puntos. Algunos escritores estaban dispuestos a cortarse los brazos y las piernas para tener el título de escritor. ¿Era posible que ella pudiera reunir sus dones, mejorarlos, y luego asumir el compromiso de esclavizarse en la máquina de escribir?

Quizá la vida de Rita y Troublesome Mesa y su belleza y su padre habían sido demasiado perfectos para originar algo de ira. Rita había estado demasiado protegida y su anhelo por expresarse sólo podía hacerla terminar media docena de versos de un salmo.

Quinn dejó las hojas sobre Venecia avanzada la noche. Estaba exhausto, demasiado cansado para hacer algo inteligente con ellas.

Rita se había quedado dormida sobre la cama, abandonada a su humildad. Estaba acurrucada, su perfecto cabello caía y había un persistente olor a tequila. Rita no podía beber nada. Se había embriagado hasta quedar dormida.

Dios, ¿qué le estaba pidiendo que hiciera?

Los ojos de Rita se abrieron lentamente, y lo primero que Quinn vio fue su temor.

—Hola —dijo, acariciándole la cabeza.

—Me voy a duchar —anunció.

—Son casi las cinco —contestó Quinn. Llegué anoche tarde, ¿te acuerdas? Estoy terriblemente cansado. Hazte a un lado, déjame acostarme.

Quinn presionó su espalda contra el estómago de ella, que le pasó el brazo por encima, ubicándose en su posición favorita para dormir. Sin embargo, ella podía sentir que los ojos de él estaban abiertos y Quinn siempre se daba cuenta de cuándo ella lo estaba mirando.

—Necesito escucharte, Quinn —presionó.

—Hoy te amo más de lo que te amaba ayer, y ahora te amo más de lo que te amaba esta tarde más temprano. ¿No es eso lo que realmente importa?

—¡Qué tendrá que ver! —Quinn sintió el violento tirón del acolchado cuando ella se lo arrebató. Él se irguió sobre un codo mientras que la lámpara ubicada sobre la mesa seguía encendida. Rita se paró sobre la cama, despeinada y balanceándose hacia adelante y hacia atrás. Obviamente, había estado despierta y a punto de estallar.

—De hecho es muy bueno —manifestó. No quiero entrar en detalles hasta que haya dormido unas horas y ordenado mis pensamientos.

—¡Mentiroso!

-—Hay cosas muy buenas —agregó. Cerró los ojos. ¡Pero la mayor parte no vale nada!

No era Rita la que estaba de pie frente a él, sino una criatura dolorida, demudada, que se había obligado a llegar más allá del limite. En esa única ocasión de verdad,

Rita oyó algo que había evitado durante una década y media.

—No es el fin del mundo —dijo Quinn.

Dios, ¡nunca la había visto así! Era una gitana iracunda, desconectada de su ser.

—Dos cosas, dos cosas, sólo dos cosas —dijo ella siseando. Era todo lo que quería. Quería escribir y quería ser perfecta para ti. No soy ninguna de las dos cosas.

—Déjame abrazarte, querida.

—No, no puedes abrazarme más.

—Rita, contrólate…

—Quería ser perfecta para ti, Quinn. No fui perfecta. ¿Me entiendes?

—¿Cómo podrías serlo? No estábamos comprometidos el uno con el otro. Te convertiste en mujer cuando yo no estaba. Sé que debes de haber tenido amantes. Eso no importa ahora.

—Pensé —se lamentó— que convirtiéndome en una gran escritora, me perdonarías mis imperfecciones. No soy ninguna de las dos cosas.

Rita se lamentó en voz baja, toda la belleza convertida en una ruina.

—Hice lo que hice con la esperanza de que te enteraras y de que te pusieras celoso y me prestaras atención. Lo hice para hacerte enojar. Lo hice…

—¿Qué?

—Carlos y yo.

El dolor de la herida que tenía en la cabeza revivió y con un esfuerzo se puso de pie y se tambaleó por la habitación. Los sollozos de ella eran fuertes y lo siguieron hasta que él se volvió hacia ella y la alejó de un empujón.

Rita oyó cerrarse la puerta mosquitero.

El jeep se alejó con un chirrido de neumáticos.

Capítulo 21

DENVER — PRINCIPIOS DE LOS AÑOS 80

¡Malditos secretos! ¡Malditas mentiras! La Iglesia, la hacienda, sus padres, todo el maldito valle parecía conspirar en su contra.

Esto era mucho peor que perder a Greer Little. Greer nunca lo traicionó. Había creído en Rita. Pero qué diablos importa, pensó Quinn, él había estado en la Base Aérea de El Toro persiguiendo mujeres, rompiendo corazones. Ella no le pudo prometer nada a él, porque no había nada que prometer.

¿Pero Carlos? Caliente y deliberado. ¡Su objetivo era apuñalarlo! ¿Por qué ella no se lo había dicho antes de contraer matrimonio? ¿Por qué tenía que ser parte de los malditos secretos y las malditas mentiras?

Reynaldo Maldonado regresó de Cuernavaca después de que Rita se fue. Estaba conmocionado y dolido casi tanto como Quinn.

—Discúlpame por haber demorado tanto en llegar —Mal le dijo a Quinn. Hice un par de paradas a lo largo del camino.

—¿La encontraste?

—Anteayer fue a casa de Carlos, en Houston.

Mal vio a su yerno estremecerse.

—Aparentemente, llegó en mal estado. No quiso verme. Quinn, no tenía idea de que ellos seguían juntos. Cuando una mujer engaña, lo puede sobrellevar muy bien. Sólo que ella se vio atrapada en su propia red.

—Pensé que me amaba más —dijo Quinn.

—Así es, más allá de toda razón. No te descargues conmigo. Tengo la garganta seca por toda la sal que cayó de mis ojos.

—¿Qué tipo de lógica destructiva la consumió con la idea de que se tenía que convertir en escritora para expiar un pecado que nunca cometió?

—Si hay alguien responsable, ése soy yo. Tendría que haberlo previsto —admitió Mal.

—¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué Carlos? —exclamó Quinn.

—Desesperación a partir de una lógica interpretada erróneamente. Confusión. Quinn era el Quinn que ella en realidad nunca podía tener. Carlos era el Quinn que la amaba.

—Basta. No quiero oír su maldito nombre, ¿entiendes? Se me cruzan imágenes desagradables por la cabeza. Lo podría matar.

Mal sacó su pipa de hachís. Encontró una botella para Quinn.

—Rita se crió rodeada de docenas de dibujos y figuras de alambre y mármol lustrado de su madre. Cada pose de Mimi anunciaba que ella era la perfección. Recuerdo a Rita tratando de imitar a su madre. Quizá todo eso hizo que se sintiera

inferior a Mimi. Cuando Mimi murió, Rita quiso suplantar a su madre en mi corazón. No podía pintarla ni esculpirla, y quizás eso la hirió incluso más profundamente.

Quinn se sirvió. Mal exhaló.

—Luego llegó un desfile interminable de mujeres. ¿Qué estaba buscando yo? A mi mujer que había muerto. Pobre Rita, siempre en el camarote de al lado durante los cruceros mientras papá estaba tallando a alguna viuda rica o a alguna mujer casada adúltera. Ni siquiera la vi cuando crecía, acurrucándose contra una esquina escribiendo poesía. Sentimental, profundamente dolida. Por eso es que busqué Troublesome Mesa, para que pudiera llegar a respetarse.

Quinn se sirvió un doble puro y cerró los ojos. Después de incorporarse al Cuerpo de Marines, había sopesado la diferencia de edad que había entre ellos. No era la cantidad de años lo que importaba. Cuando él ya era un joven de Troublesome con instintos, Rita aún era una pequeña niña de segundo grado. Cuando Rita floreció, Quinn estaba en la universidad, involucrado en su fogoso romance con Greer Little. Cuando ingresó en el Cuerpo de Marines, Rita apenas estaba entrando en Wellesley.

A medida que la imagen que tenía de Rita había crecido en medio de la soledad que sintió en la unidad RAM, ella inundó su mente cada vez más y más. Al principio lo atribuyó al hecho de que extrañaba las montañas. Él era de Colorado. Ella era de Colorado. Esperaba con ansias sus cartas y fotografías. Sin embarco, continuaba escribiéndole como si se tratara de una hermana menor.

En un momento pleno, rico, Mal le contó a Quinn lo que él no había visto. Rita era una gloria entre las mujeres y había esperado a Quinn pacientemente. Para cuando contrajeron matrimonio, había comenzado a darse cuenta de cuán profundamente Rita estaba metida en su ser.

—Es mi hija —dijo Mal. Tengo que ir a Houston y ver qué puedo hacer.

Quinn asintió con la cabeza demostrando que comprendía.

—Probablemente tenga que ver a Carlos. ¿Alguna vez podrá volver contigo?

—No —contestó Quinn. Y en cuanto a Carlos, si lo veo, le vuelo la cabeza.

Siobhan interrumpió su viaje y volvió rápidamente a Troublesome. Enseguida comprendió que lo único que podía hacer por Quinn era dejarlo solo y estar allí, en caso de que pidiera ayuda.

A la hacienda y a los otros negocios les había ido tan mal que Juan Martínez tuvo que buscar desesperadamente al jefe. Cuando Juan entró en la oficina de la hacienda, tuvo que disimular su asombro al ver aparecer a Quinn, quien se sentó del otro lado del gran escritorio del socio y vació su maletín.

—Hay que refrendar estos cheques —dijo Juan. La nueva cerca de Silver Alley Creek queda muy bien. Quiero que la inspecciones antes de pedir más. —Estudió un papel. —No me gusta la propuesta de Mountain Feed. Estoy a favor de enviar diez o veinte cabezas al campo donde engordan al ganado para ver si no estamos gastando

demasiado por animal.

Quinn estudió las propuestas, frotándose la barba y viendo cómo lo atravesaban los ojos de Juan.

—Creo que estoy hecho un desastre —dijo Quinn.

—Más que un desastre —respondió Juan—, como después de un terremoto.

Quinn logró sonreír mientras Juan armaba un cigarrillo, mordiendo la etiqueta de la soga para cerrar la bolsa. Algunos de los marines del equipo RAM armaban los suyos.

—¿Algo más? —preguntó Quinn.

—Mucho más —respondió. Siobhan y yo nos hemos encargado de todo lo que podemos sin ti. Entonces, ¿qué va a pasar?

—Estoy destruido, hombre —dijo Quinn con voz áspera—, valle de engaño, valle de mentiras, a excepción de la actual compañía. Tú no mientes, Juan. Yo he mentido por el honor de los marines.

—Eso no es mentir.

—Tú eres su hermano. ¿Qué puede decirme Juan?

—En realidad sentí que algo pasaba. Pero no espío a mi hermano. No era asunto mío. Dejaste que Rita te deseara durante demasiado tiempo. Sucedió en un momento en que eran libres. ¿Ahora? Dios mío, no sé. Es mi hermano, y debo ponerme de su lado. La familia Martínez está lista para irse de la hacienda.

Quinn sintió que se hundía, se desinflaba.

—Carlos no se pudo resistir a Rita. No puede ahora —continuó Juan. Incluso si significaba traicionarte. Eras más joven que él, pero eras su héroe.

—¿Por qué? Carlos hacía todo mejor que yo. Machismo, puños, deportes, mujeres, rasgueo de guitarra.

—Carlos —interrumpió Juan— te idolatraba por la sosegada manera en que te aferrabas a tus ideales. No permitías que los gringos ni los mormones atacaran a un niño mexicano. Cuando Carlos se escapó y se llevó el automóvil de tu padre, fuiste tú quien se interpuso entre Carlos y el alguacil. Y tu padre llegó e hiciste que se llevara a Carlos.

—Gracioso —reflexionó Quinn. Durante años consideré a Dan otro fanático intransigente.

—Dan era terriblemente reaccionario —dijo Juan—, pero era un hombre de principios. No sólo nos dio una buena vida, sino que hizo que nos sintiéramos parte de este valle. —Juan percibió el deseo de Quinn de seguir hablando. —¿Qué sucede, amigo?

—Carlos podría haber dicho que no.

—¿Cómo se podía resistir a Rita Maldonado? Mira, muy pocos de nosotros sabemos acerca de esto.

—No me importa un carajo quién sabe —exclamó Quinn irritado. Uno a uno el valle desentierra sus pequeños y sucios secretos. —Sólo en ese momento sintió el

impacto de la posibilidad de que Juan dejara la hacienda. —¿A dónde irías, Juan, qué harías?

—Mis padres están disfrutando su edad madura, con excepción de sus dolores y dolencias. Y yo, hay suficiente en el pozo de los Martínez para que comience con una pequeña hacienda.

—¿Te atrae la idea?

Juan dudó. Se puso de pie y sus espuelas hicieron ruido.

—¿Qué piensas al respecto, Quinn?

—Quiero que te quedes —contestó Quinn, y se levantó de la silla. Le dio a Juan un gran abrazo.

—Éste es mi hogar —dijo Juan.

—Hiciste lo correcto al no delatar a tu hermano.

Denver era una ciudad agradable. No era gloriosa ni dinámica, pero era amigable y tenía muchos olmos. El departamento de los O'Connell en Chessman Park tenía una hermosa vista a la capital del Estado y las estribaciones de las Rocallosas.

Al ser la capital del estado y una ciudad de tradición occidental, siempre se veían círculos de mujeres llenas de vida.

Quinn finalmente se interesó por Helena Baxter, ingeniosa presidenta de una empresa de relaciones públicas del tamaño de las compañías de Denver. Se había divorciado dos veces, no tenía hijos y era una compañera agradable y llamativa. Entablaron una relación sin mayores compromisos. Aumentó su calidez después de seis meses desde la desastrosa noche. Helena sabía que el dolor de Quinn estaba disminuyendo, aunque nunca desaparecería por completo. Ella se comportó extremadamente bien al respecto, hizo que él comenzara a sentirse mejor consigo mismo. Ante su bondad, él reaccionó con bondad.

Al principio, Mal veía o llamaba a Quinn con frecuencia. No había mucha información acerca de Rita. Sólo la vio una vez en seis meses. Quinn enterró su pérdida en su bóveda, y Mal pareció volverse más distante. Debido a que Quinn se encontraba en Denver la mayor parte del tiempo, en cierta manera se convirtieron en extraños.

En los ojos de Reynaldo Maldonado se veía el paso del tiempo, y oscuros ángeles revoloteaban por sobre su trabajo.

Llegó un momento de verdad con sorprendente rapidez y sin que nadie lo esperara. Quinn y Helena se encontraban sentados a la mesa tomando el desayuno, revisando papeles, haciendo llamadas, intercambiando palabras cuando sonó el timbre de la recepción.

—Buenos días, señor O'Connell. Hay alguien que lo quiere ver. Le dije que subiera.

Quinn sabía. Se dominó. Volvieron a tocar el timbre. Quinn abrió la puerta y se

encontró con los ojos de Carlos Martínez. Carlos entró sin esperar a que lo invitaran, sacó un revólver de su pistolera, lo colocó en la mesa de la cocina.

—Oh, mi Dios —sollozó Helena.

—No, no —dijo Carlos con una voz casi inaudible. Dejo el revólver en tus manos, Quinn. Está cargado. Mátame o, de lo contrario, háblame.

Quinn tomó el arma, abrió la recámara, sacó las balas y las puso en su bolsillo. Dejó el arma y se volvió hacia Helena.

—Estaremos bien —dijo Quinn.

Helena miró a uno y al otro. Carlos bajó la cabeza y asintió.

—Creo que va a ser mejor que me quede.

—No, vamos a estar bien. Te llamaré a tu oficina en unos quince minutos.

—No, no —dijo Helena. Esperaré en tu escritorio.

Besó a Quinn en la mejilla, miró furiosamente a Carlos y se retiró, dejando la puerta entreabierta.

—Una dama agradable —dijo Carlos. ¿Puedo quitarme el abrigo?

—Por supuesto. Toma asiento.

Carlos miró a la nada a través de las grandes ventanas corredizas.

—Por ser abogado, puedo decir que he perdido mi elocuencia —murmuró. Permíteme decir lo que tengo adentro de la mejor manera posible.

Quinn asintió con la cabeza.

—Antes que nada, Rita está bien. Está bien. Mejor, mucho mejor. —Pidió agua y dio un sorbo. —Debo decirte cuánto me aborrezco…

—Ahórrate esa mierda.

—Está bien, está bien —contestó Carlos. Entonces permíteme hablar a quemarropa. Cuando ella llegó a mi casa de Houston, estaba muy mal. Histérica, incoherente. Muy mal. Sí, me llamó. Sí, le dije que fuera a Houston. Le dije a mi novia que se fuera y que no volviera. No te voy a mentir, Quinn. No puedes odiarme más de lo que yo mismo me odio. Yo, bueno, estaba exultante por la llegada de Rita, exultante. Superaba cualquier sentimiento de decencia y de honor…

—¡Ahórrate esa mierda! —exclamó Quinn bruscamente. Sé cuánto has sufrido.

—Ella estaba mal. Durante los primeros días estuvo tomando sedantes y yo la cuidé día y noche. Viajo mucho.

—Eso lo sé, un asiduo viajero.

—Sería cualquier cosa por los honorarios que me pagan. El punto es que Rita recibió cuidado día y noche y la mejor asistencia profesional en Houston. No voy a tratar de mentirte, Quinn. Lo hice por mí, Carlos. Siempre la he deseado de manera desequilibrada.

—A la mierda con eso. Vete, Carlos, antes de que alguno de nosotros termine muerto.

—No —dijo Carlos.

Quinn sintió la mano de Helena sobre su hombro.

—Déjalo hablar —ordenó.

—No.

—Míralo, Quinn. Es como si ya estuviera muerto. Tú no te quedas atrás. Déjalo hablar.

Quinn se sentó en una cómoda silla y fijó los ojos en la alfombra.

—Rita se despertó de su pesadilla. Durante un tiempo estuve muy entusiasmado por su mejora. Pero luego, sin volver a caer en la locura, también comenzó a morir. Todos los días, todas las noches. Deseaba la muerte. Ella no me ama, Quinn. Yo la amo casi lo suficiente como para tratar de retenerla, pero la amo demasiado como para verla morir.

—Tienes una gran suma de dinero caliente —gritó Quinn-— camino a alguna exótica islita mar adentro. Isla mar adentro. Martínez mar adentro. Efectivo Carlos. Efectivo de cocaína Carlos mar adentro Martínez.

Helena se dio cuenta de que sus días y sus noches con Quinn podrían estar llegando rápidamente a su fin. Gracias a Dios, se dijo, que no le había entregado el alma. Todo lo que se oía eran sus roncas respiraciones.

—Sabíamos que no podíamos seguir viviendo con ello —profirió Carlos. Tiene la cabeza en claro ahora. Está más allá de todo. Hace unos días llamó a Mal para que fuera a Houston.

Quinn atravesó las puertas ventana para dirigirse al balcón y mitigar su ira. Miles de suspiros salieron en un solo suspiro. No podía articular palabra. Helena lo hizo.

—¿Rita sabe que estás aquí? —preguntó.

—Sí.

Helena se encogió. Malditas las solitarias noches sin este hombre.

—Estoy confundido ahora —dijo Quinn con voz áspera. La marea menguante y la marea alta rompen en medio de mí. ¿Ella no sabía que esto me destrozaría?

—Estaba enferma. Ahora está mucho mejor de lo que alguna vez la hayas visto —dijo Carlos.

—No soy el único en el mundo a quien han engañado. Entonces, ¿cuál es la propuesta, cuál es la oferta? Perder mi dignidad: ¿perdonar? ¿Puedo volver a verla?

—Eso depende de ti. Rita y yo no podemos seguir juntos. Mándala lejos si piensas que debes hacerlo. Mal estará cerca de ella.

—¿Harías eso? —preguntó Helena.

Quinn se alejó, sollozando.

—Quiero tener hijos con ella. Quiero estar con ella hasta el fin de mis días. No es tiempo de mentiras. Quizá pueda encontrar el perdón. No lo sé.

Carlos sabía qué sucedería; sin embargo, lo tomó con amargura. Pero Carlos estaba hecho de materia mexicana y había traicionado a su amigo y eso lo desgarraría de por vida.

—¿Alguna vez me perdonarás?

—Somos hombres, Carlos. Somos diferentes de una mujer y un hombre. No

podría perdonarte si hubieras cometido una traición o cometido un asesinato por odio o violación. Tu delito es… ni siquiera es un delito; sin embargo, hubo un momento en todo esto que se podría haber evitado. Podrías haber dicho que no. Yo hubiera dicho que no. Los hombres que se aman no pueden traicionar esa confianza. Eso es peor que la muerte.

Carlos se dirigió a tientas hacia un lugar donde poder apoyarse. Se deslizó en otra silla. Su cuerpo necesitaba apoyo. A su alrededor, todos los días, veía un desfile de hombres «honorables» en los que no confiaba y quienes no confiaban en él: políticos, patrullas de la frontera, comerciantes, jefes de empresas…

… éste no era sólo un juego entre un hombre y una mujer. Esto era la desconfianza, porque no se debía confiar en él y aquéllos con quienes trataba también estaban listos para traicionar.

¿Cómo podía decirle a Quinn que Dios no lo había hecho un Quinn? Carlos hizo el profundo gesto de enviarla a su casa, pero sólo porque él no podía tenerla. Y volvería a hundirse en su vida de aviones y mezquindad de mar adentro, cubriendo una montaña de excremento con una manta de rosas hasta ese maldito día en que Carlos Martínez hiciera la mala jugada o tomara la peor de dos malas decisiones.

Necesitaba estar solo para resolverlo y se fue al escritorio.

Helena miró a Quinn, con tristeza y con esperanza.

Carlos regresó a tiempo.

—Está todo listo —dijo. Miró a Quinn, desesperado por que Quinn le diera un momento de respiro. Le esbozó una sonrisa a Helena, tomó su abrigo y se dirigió a la puerta, luego se detuvo unos segundos.

—Asegúrate de llevarte el revólver —dijo Quinn.

Capítulo 22

NUEVA YORK, VÍSPERA DE AÑO NUEVO DE 1999

Aún faltaban cuatro horas para la medianoche. La fiesta estaba en todo su esplendor. El gran crucero, el *pepsi*GENERATION, pasó el *nasdaq*TRADER en su recorrido por el río Hudson hacia el *tropicana*GEORGE WASHINGTON BRIDGE.

Ambos buques se encontraban completamente iluminados y su capacidad para hacer ruido estaba al máximo. Todo Manhattan estaba iluminado, una luz para recordar.

A medida que se acercara la hora hechicera en todos los husos horarios, habría grandes estampidos en el planeta Tierra que les anunciarían a los cielos que aún estabamos aquí.

El *nasdaq*TRADER había sido contratado para la ocasión por Industrias T3. Era esencial contar con una invitación para la fiesta. La lista de invitados estaba llena de personajes ilustres de la política, la industria, los grandes banqueros, los emperadores y reyes de los medios de comunicación, los deportistas de Nike y Adidas, un importante acontecimiento para el liderazgo negro, actores/dioses de la industria cinematográfica y la televisión y algunos mafiosos célebres a quienes se les había dado la amnistía para la ocasión, bautistas de derecha que suspendieron la guerra contra el alcohol para esa noche y algunos judíos que eran genios de Industrias T3. Habían emigrado de Rusia.

Thornton Tomtree se envolvió en un abrigo y abandonó la timonera. Darnell estaba cerca de la baranda, admirando la increíble vista de Manhattan. Estaba solo, soñando, ajeno al sonar de las cornetas.

—Ha sido una vida fabulosa —comentó Thornton mientras su aliento volaba río abajo. Sabes, soy bastante lento para brindar mi reconocimiento a alguien, excepto a mí. Fue tu guía y buen sentido común lo que nos trajo aquí, Darnell.

—Mi padre, a quien Dios tenga en la gloria, me dijo: «Darnell, cuida a ese niño blanco. Es un grande». Lord Thornton, ¿realmente estoy aquí? ¿Todo se convertirá en una montaña de sal?

—Vine a decirte algo muy importante. Nunca lo adivinarías.

—Bueno, veamos, hace casi diez años que derrocaste al senador Garbowski y te convertiste en el gurú de la reglamentación de Internet. Nuestra lista de invitados en este barco de placer controla un gran porcentaje del aparato republicano nacional. Hay una multitud de bautistas que puede hacer oscilar el equilibrio de poder en siete estados sureños. El señor Jefferson es el expositor número uno de la comunidad negra. Tú te estás preparando para postularte como Presidente de los Estados Unidos. Estás sentando las bases para las elecciones del año 2004.

Thornton parpadeó y se quedó boquiabierto.

—¿Lo sabe Pucky?

—Se lo acabo de decir. Dijo que sería muy divertido.

—Seguramente tienes todo organizado. Cuentas con un nivel de reconocimiento similar al de Madonna, Seinfeld y Saddam Hussein. Tienes pagarés de muchos tipos poderosos.

—Debido a que sólo tú has comprendido y llevado a cabo las campañas de relaciones públicas más brillantes en la historia estadounidense, quiero que sigas en esto. Los medios de comunicación son nuestra clave para una nominación.

—Hay demasiados corresponsales, demasiadas redes y minirredes y demasiadas estaciones de supercable, demasiadas fuentes de noticias y esos paneles de expertos que recitan sus deprimentes letanías. Entonces, cada vez cavan más en el basurero.

—Tú has sido más astuto que ellos, Darnell, y has mantenido su simpatía por mí durante más de un cuarto de siglo. El pueblo estadounidense nunca podrá involucrarme en un escándalo. Estoy más limpio que Nixon en la cama. Y al público le importa un carajo quién está entre las sábanas con el líder, mientras que la economía funcione bien. Además, los medios de comunicación aún se están recuperando de la época del tribunal de Starr durante el segundo mandato de Clinton.

—Ah, se recuperarán con mucha rapidez para un candidato presidencial. ¡Primicia! Thornton Tomtree llega al *Libro Guinness de los récords*. Se masturbaba a los dos años. Sin embargo, luego mintió al respecto y cometió *perjurio*, y ésos son pecados mortales.

—¿Cuánto gastamos en esta fiesta? —preguntó Thornton.

—Bueno, con los regalos, la fiesta de los empleados en Pawtucket, el alquiler de este barquito para más de tres mil de tus amigos más cercanos. Debemos estar cerca de los veinte millones.

—¿No lo entiendes, Darnell? Esta fiesta me permite gastar veinte millones que no son de la campaña y obtener los primeros cuatro años de mandato.

—Me di cuenta de ello.

Ahora hubo un silencio entre ellos. Cuando el ruido aumentó hasta convertirse en atronador, el río saltó. En la costa, los altos ejes de los edificios parecían balancearse: cegadores, ensordecedores. Thornton y Darnell parecían estar solos en la tranquila oscuridad de la baranda de un barco.

Los estrépitos y los fuertes ruidos y la lluvia de luz cegadora se dirigieron al *nasdaq*TRADER. Darnell Jefferson apretó las manos contra los oídos y desvió la mirada. El presidente Tomtree y «el tío Tom». «Todo está al revés. Escucha, escucha», pensó. «El mundo se está enloqueciendo».

Capítulo 23

TROUBLESOME MESA — TEMPRANO POR LA NOCHE 31 DE DICIEMBRE DE 1999

El líder de la minoría del senado estatal Quinn Patrick O'Connell frenó el vehículo para la nieve y miró con los ojos entrecerrados a través del ruido que hacían los limpiaparabrisas. Su hijo, Duncan, saltó del vehículo y se enterró en la nieve hasta la cintura.

Su hermana Rae operaba la luz de búsqueda desde adentro del vehículo. Duncan se acercó al corto puente de troncos y lo movió, lo examinó, probó su capacidad para sostener peso, luego regresó al automóvil. Abrió la puerta, dejando que una ráfaga de aire congelado entrara con él.

—Papá, el puente me parece sólido.

Quinn pensó en voz alta:

—Llevamos una carga terriblemente pesada. Creo que es mejor que descarguemos las cosas y crucemos las provisiones en trineo.

A sus hijos les resultaba algo conservador, pero Quinn siempre era cauteloso cuando de ellos se trataba.

—Se debería poder descargar llenando tres trineos.

Los cuatro trabajaron como viejos embaladores llenando el trineo y, dos adelante y dos atrás, lo empujaron por sobre el puente, lo descargaron y repitieron el procedimiento dos veces más hasta que el vehículo estuvo vacío.

Rita y los niños esperaron del otro lado del puente mientras Quinn subió al vehículo y lo puso en marcha. «No cruces el puente a demasiada velocidad», se advirtió, «no debo resbalarme y caer en el arroyo». Apretó el acelerador, soltó los frenos. El monstruo de hierro cruzó aferrándose. El puente sólo se tambaleó.

¡Bien!

Alivio. Volvieron a cargar el vehículo para nieve y ronroneó casi un kilómetro barranca arriba hasta Dan's Shanty, la cabaña en el cielo.

Era cualquier cosa menos una cabaña. El techo que cubría el living y dos buhardillas para dormir era una cúpula hecha de plexiglás, y cuando las nubes que se filtraban retrocedían, se podían ver grandes partes del universo.

Semper Fi, la esencia del pastor alemán, ya había corrido hacia la cabaña para darles la bienvenida. Hombre, tenía mucho que cuidar esta noche.

A medida que se acercaba la Navidad, había aumentado el temor de que el sueño que habían tenido durante tanto tiempo de ver llegar juntos el nuevo siglo en Dan's Shanty no pudiese concretarse. El senador Quinn y Rita eran muy requeridos en todo el estado. La abuela Siobhan estaba confinada a una silla de ruedas por una operación

que le habían practicado para reemplazarle la cadera. Estaba en Denver y castigada a ser llevada a media docena de celebraciones.

La nieve cubría la burbuja gigante, pero como el hogar y el calor de la cabina subían, se derretía y lentamente les permitía ver el cielo.

Quinn hizo una suave mezcla con champagne para sus hijos y una más fuerte para Rita y él. A una altura de tres mil setecientos metros uno no necesitaba demasiado alcohol para sentir sus consecuencias.

Mientras sus hijos preparaban los cuartos para dormir, Quinn se concentró en su segundo deporte favorito: ver moverse a su esposa. Los años habían sido muy benignos con ella, y a ella le encantaba juguetear para él. Se deslizaba armoniosamente, con sus pechos siempre un poco sueltos y contoneando las cadera como una joven mexicana junto al pozo de agua.

La observó así durante veinte años, y durante veinte años ella lo supo. La mutua redención de su romance con Carlos les había dado una fortaleza increíble.

Cuando Rita se encargaba de las tareas de la cocina rozaba a Quinn con sus brazos cargados de víveres y le permitía gozar del devastador movimiento de su pelo.

Encaraban la vida como un nuevo regalo todas las mañanas. Aunque la necesidad de encontrar sus orígenes nunca desapareció, menguó debido al éxito de su familia.

Los años les dieron paz y recompensas. Con mucho amor y mucho trabajo duro, el sueño que tuvieron durante tanto tiempo se hizo realidad.

Dan’s Shanty estaba en buen estado, cálida y llena de los aromas de la comida de montaña hecha con carne y frijoles. Semper Fi bajó su hocico debajo de la copa de champagne de su amo y le dio un rápido golpe, luego retrocedió como si lo fueran a golpear hasta la muerte. Quinn saltó sobre él y lucharon hasta que les llegó el aroma y el ruido de la carne crujiente.

—¿No es maravilloso?

Después de comer, aún faltaban unas horas para el nuevo siglo.

—Sé por el brillo de tus ojos, Duncan… —dijo su madre en el momento oportuno.

—El agua del manantial está a más de treinta grados —contestó Duncan.

Bueno, en realidad ella sólo tenía que correr seis metros, pero afuera hacía treinta grados bajo cero y éste sería el gran momento de Semper Fi.

Vestidas con bikinis, la mujeres corrieron gritando desde la cabaña hasta el manantial.

—¡Una heroína! ¡Soy una heroína!

—¡Yo soy la más valiente!

—¡*Dios*!

Quinn sirvió vino en vasos de papel mientras Duncan le arrojaba la pelota al perro. Cuando todos confirmaron que lo que estaban haciendo era lo más grande del mundo, miraron con asombro y en silencio cómo los cometas se desplazaban.

—¡Y ahora! —dijo Quinn. Separamos a los niños de los hombres y a la gente de

la gente. —Saltó del manantial, rodó sobre la nieve, regresó al agua, que echaba vapor, mientras los bigotes de Semper Fi se ponían blancos debido a la humedad que se congelaba. Rita les exigió respeto a sus hijos, que la arrastraron fuera del agua hasta la nieve y ella gritó y Duncan gritó cuando Rae le hizo una zancadilla y Rae gritó cuando Rita dejó caer un montón de nieve sobre su espalda y todos los coyotes de Troublesome Mesa aullaron.

Gracias a Dios que Semper Fi estaba allí para protegerlos.

Duncan pronto se iría a la Facultad de Minas de Colorado para cursar dos años de geología básica y así comprender mejor su terreno. De allí iría a la Universidad de Colorado, importante facultad de veterinaria, donde estudiaría para ser veterinario.

Durante años, Duncan había analizado en silencio sus deseos. Cada vez que entraba en el living, tenía que pasar por dos grandes guardianes de la puerta. En un lado, sobre una mesa redonda, una fotografía de su abuelo, Dan O'Connell, recibiendo la Medalla de Plata y el Corazón Púrpura.

Sobre el estante de la chimenea, una fotografía de su padre, Quinn Patrick O'Connell, en uniforme azul. Incluso su nombre, Duncan, se debía a un gran marine, al igual que el nombre de Quinn, que debía el suyo a otro marine.

Quinn entendió la indecisión de su hijo. El muchacho se debatía entre asistir algunos años a la universidad antes de su período en los marines o cumplir con el servicio primero.

—Hijo, sigue tu corazón —le aconsejó Quinn. La mitad de la porquería de este mundo proviene de padres que tratan de hacer que sus hijos vivan como sus *alter egos*.

Rita puso todo su esfuerzo maternal en Rae para hacer que la niña siempre se sintiera bien con ella misma. El hada no debería haber entrado, ni entró, en un concurso de belleza sin consentimiento de su madre. Siempre que Rae se deprimía o dudaba de ella misma, Rita llevaba a su hija a algún lugar por algunos días sólo ellas dos.

Eran unidas.

Existían las lágrimas, las rebeliones, el dolor que la gente que vive con gente debe soportar, pero la unidad de su familia era la base fundamental de su poder.

Ni Duncan ni Rae tenían una relación seria en ese momento, por lo cual estaban agradecidos de que sólo ellos cuatro estuvieran en Dan's Shanty.

Quinn había establecido su familia en un lugar seguro donde vivir y crecer. Nunca le preocupaba tener que viajar demasiado lejos sin ellos. Su segunda oficina estaba en Denver. Brillaba como líder de la minoría en el Senado de Colorado y muchas de sus posturas legislativas eran tesoros. El último gran liberal de las montañas Rocallosas.

Rita aprendió de su suegra los detalles de manejar la hacienda, y con Juan al

mando, la hacienda continuaba prosperando.

La principal preocupación de Rita era que Quinn estaba desperdiciando su talento en un puesto demasiado pequeño para él. La oficina que tenía en Denver se había convertido en un lugar de ideas sociales y políticas, un centro de reflexión para estudiantes, un confesionario, un lugar a donde los republicanos rivales podían ir y debatir, un lugar donde los adversarios podían arbitrar.

La prensa divulgó el nombre de Quinn más allá de las fronteras de Colorado. Quinn tenía un secreto divino. No era corrupto, no mentía y admitía sus errores. El espacio de Quinn en Denver asumió el sentido de un santuario local.

Era un orador encantador, con una combinación de humor de la montaña y humor directo de los marines. También se caracterizaba por ser muy controlado y colaborador, excelente en su puesto en el Senado.

Rita sabía que su ancla en Colorado se debía a que ella, Duncan y Rae se encontraban en primer lugar. Era hora, se decía, de que la familia le diera algo a cambio.

Terminaron la suculenta y deliciosa comida, sentados sobre el piso cubierto de almohadones, vestidos con ropa de lana, frente al fuego.

Duncan habló acerca del gran hospital para animales que planeaba construir en la hacienda, con un edificio para realizar investigaciones sobre el control de las enfermedades y la reproducción.

Rita se imaginó que el abuelo Mal y la abuela Siobhan se habían desviado a propósito del camino a la cabaña para que ellos cuatro pudieran vivir juntos esta increíble experiencia.

¿Mal? Reynaldo Maldonado estaba en algún lugar de México o París o Manila agasajado por una dama de unos treinta años, tomada de su brazo.

—Éste es el día más feliz de mi vida. Los otros dos días más felices fueron cuando los vi nacer —dijo Quinn.

—¿En quién estás pensando, Quinn? —le preguntó su mujer intencionalmente.

—Dan. Nos llevó la mitad de nuestras vidas darnos cuenta de que el amor causa dolor. Lo peor es cómo algunos de nosotros podemos pasarnos la vida sin nunca saber nada del otro. Estamos tan preocupados por nuestro propio mundo que no oímos los llamados de amor y de ayuda. No lo hacemos.

—Tú sí lo haces —dijo Rae. Si existe un padre en el mundo que lo hace, ése eres tú.

—Sigo amándolos —dijo Quinn.

—¿Es tan serio? —preguntó Rita.

—Estoy tan satisfecho que es probable que comience a llorar a gritos —le contestó Quinn.

—¡Bravo! ¡Bravo! —exclamó Duncan.

Quinn se puso de pie, movió el fuego y vaciló frente al hogar. Rita conocía a su marido.

—Creo que su padre quiere decirnos algo que le cuesta.

Después de un silencio, Quinn dijo:

—Dios, uno ni siquiera puede guardarse un pensamiento con esta gente. No quiero parecer un extraño mártir que hizo sacrificios por ustedes. La alegría de mi vida se ha materializado en este momento. La felicidad y el bienestar de ustedes tres pesó más que cualquier ambición que pueda haber tenido. Bueno, ya han crecido, y creo que pueden soportar la crucifixión pública que acarrea un cargo público. He tenido que soportar una gran presión de mi partido últimamente. Quieren y están decididos a que me presente como gobernador en el año 2002.

—¡Mierda, eso es grandioso! —gritó Duncan.

—¡Bravo! —agregó Rae.

—Hagámosle cosquillas al gobernador —dijo Rita, tomándole los tobillos mientras que Duncan le daba un abrazo de oso y Rae lo alejaba del hogar.

—¡Ustedes saben cuán cosquilloso soy, así que deténganse! ¡Dije que se detengan! ¡En serio! Y saquen al maldito perro de mi cara. ¡Defiende a tu amo o te convertirás en comida para mapaches! —Semper Fi decidió que la mejor manera de defender a su amo era lamerle los labios, la nariz y los ojos.

—¡Postre! —aulló Quinn. ¿Qué hay de postre?

—Bueno, hay pastel de manzana, de zapallo, *brownies*, torta de zanahorias y helado Häggen-Das…

Cuando llegó la medianoche, se tomaron de las manos, lloraron un poco y se desearon lo mejor. Conversaron hasta que se apagó el fuego y luego, cansados, subieron a sus habitaciones. Rae y Duncan tenían cómodas camas de plumas donde recostarse y acolchados para taparse.

Mamá y papá, al otro lado de la cabaña, se metieron en una bolsa de dormir doble.

Hicieron el amor en silencio para que sus hijos no oyeran. Un baile lento, apasionadamente lento, experto. Les llevó dos horas.

Estaban abrazados cuando se elevaron y volaron al espacio y cruzaron el puente del milenio. El espectáculo de las estrellas parecía moverse hacia la tierra. Cada estrella se convertía en un copo de nieve a medida que caía hacia la burbuja.

—¿No puedes dormir? —preguntó Quinn.

—No. Nunca hubo una noche como ésta.

Respiró profundamente y se movió un poco, signos que Quinn conocía bien.

—Hay algo que te fastidia. Puedes hablar acerca de Carlos —dijo.

Hacía casi veinte años que había regresado con Quinn. Hacía diez años que Carlos había desaparecido en un avión chárter en el Caribe. Cuando su cadáver llegó a la costa flotando, la autopsia mostró una herida de bala en la parte trasera de su cabeza y los huesos seriamente destrozados. Era obvio que lo habían arrojado del

avión al agua.

Quinn llevó el cuerpo de Carlos a su hogar y lo enterró en el Cementerio de Troublesome Mesa.

—Cuando estaba en Houston, tambaleando entre la cordura y la locura —comenzó a decir ella— incluso entonces supe que la clave de mi recuperación estaba en las páginas del libro sobre Venecia. Mi culpa acerca de mi romance con Carlos, ya sea antes de nuestro matrimonio o no, me desgastó. Que Dios me castigue si alguna vez vuelvo a tener un secreto como ése… bueno, estoy preparando una defensa para mi caso —anunció de repente y dejó de hablar.

—Por favor, dilo —pidió Quinn.

—Hubo una especie de milagro. Un día, en Houston, tomé las ciento cincuenta páginas sobre Venecia que te había dado para leer. La primera vez que oí tus comentarios me enfurecí, pero no me di cuenta entonces de que literalmente te estaba forzando a rechazarme.

Ahora estaban abrazados, acostados sobre el mismo lado, y él la rodeaba con sus brazos. Ella se sentía tranquila y su voz sonaba como un vino fino.

—¿Qué sucedió? —preguntó él.

—Tomé mis propias páginas y me atreví a leerlas. De repente, el gran misterio de escribir comenzó a desaparecer como el sol que quema la niebla de la mañana. Al menos entonces tenía cierta percepción para comprender mi trabajo. Con la introspección sentí que cualquier talento latente en mí estaba emergiendo. Pude juzgar mis propios errores con claridad y entender tus comentarios. El milagro tuvo lugar cuando comprendí que una gran parte del ser del escritor, de su talento, sólo podía surgir con mucho, mucho trabajo. Y quizá, si trabajaba lo suficiente, podría elevar el nivel de talento lo bastante para triunfar.

—¿Qué aprendiste? —preguntó él.

—Volví a escribir esas ciento cincuenta páginas. Quizás algún día las leas, quizá no. Ya no temo que lo hagas. Nuevamente, me di cuenta de que para hacer esas ciento cincuenta páginas se necesitó más paciencia y voluntad y fuerza bruta de lo que creía que un ser humano podía tener. Bueno, esas nuevas páginas eran buenas, Quinn, pero qué precio tuve que pagar.

Besó a su mujer en el cuello y la espalda, y a ella le encantó, y las manos de Quinn la acariciaron suavemente y ella gimió con alegría.

—Entonces —continuó ella—, ¿qué era lo que quería en realidad? ¿Estaba realmente dispuesta a dejar todo para convertirme en escritora? Usé la escritura como protección. El temor, la esclavitud a esa maldita máquina de escribir, el aislamiento, la mente entumecida y el alma temerosa, todas esas cosas que hacen a un escritor. Quería a Quinn y quería hijos de Quinn. Al final, amarte fue, lejos, la fuerza más poderosa de las dos, y nunca derramé una lágrima por haber abandonado el canto de la sirena del escritor. Gracias por aceptarme de nuevo hace veinte años.

—Espero poder amarte tanto como tú me amas.

—Lo haces.
—¡Grandioso! —susurró maravillado.
—Sí —repitió ella—, ¡grandioso!
Quinn apretó el trasero de ella contra su estómago y le besó los hombros.
—¿Estás bromeando, Quinn?
—No lo creo.
—¿Te importa si averiguo?
—Pensé que nunca lo preguntarías.

Capítulo 24

EL ALAMO, MARYLAND
DÍA DE LA MADRE, 2002

AMERIGUN era un perro de circo que sabía hacer una sola prueba: la permitida promoción de venta de armas. Tenía una sola creencia. Sobre todo, que cualquier estadounidense de cualquier edad podía comprar y poseer cualquier arma en cualquier cantidad sin necesidad de tener que responder por ellas… según lo *garantizaban* los derechos de la Segunda Enmienda de la Constitución. Cualquier restricción era inaceptable, incluso las trabas para niños en las pistolas.

Era esencial para la creencia de AMERIGUN, con bases sumamente sólidas, inamovibles, retratar a los propietarios de armas como víctimas que trataban de defenderse del acoso de una conspiración del gobierno.

La nación había tolerado muchos bombardeos, demasiados disparos desde automóviles que se acercaban o en las escuelas, demasiados incendios de iglesias y demasiados hombres mayores jugando a los guerreros en los bosques durante el fin de semana.

En Bill Clinton finalmente se encontró a un presidente dispuesto a oponerse a la violencia y sus principales perpetradores. Las tácticas de perros doberman y matones violentos de AMERIGUN, que alguna vez había sido uno de los grupos de presión más temidos de Washington, no funcionaban tan bien ahora.

La reelección de Clinton en 1996 forzó a AMERIGUN a adoptar una postura defensiva. Al no poder llegar a negociar una solución o imaginar algo nuevo, la organización comenzó a hundirse en su propia mierda.

Los artículos de los periódicos y editoriales, las notas de las revistas y los especiales de televisión ahora detallaban los peligros de la imprudente posesión de armas, lo que hacía una década era impensable. Hubo un gran cambio cuando el pueblo norteamericano respaldó firmemente el control de armas. Por fin, el tema estaba en la palestra.

Bill Clinton, hombre sureño que provenía de un estado sureño, se convirtió en el primer presidente de los Estados Unidos en estar a favor del control de armas. Hizo que su mensaje llegara a su estado natal mediante tantas órdenes del Ejecutivo sobre el control de armas como pudo.

Sin embargo, el Congreso estadounidense no cumplió con la legislación de apoyo, AMERIGUN utilizó en el Congreso el método probado en el tiempo de la amenaza y el soborno: o aceptan las donaciones para la campaña o hacen frente a la derrota en la reelección. Debido a que el control de armas cruzó las líneas partidarias en estados «tradicionales» que no se oponían a las armas, los partidos políticos también se mostraron cautelosos.

La responsabilidad que Washington no había asumido de promulgar las medidas recayó en los ayuntamientos y en los legisladores estatales. En escenarios locales, el llamado contra las armas tuvo tal respaldo público que permitió que se aprobaran docenas de nuevas leyes para el control de las armas.

Para el año 2000, AMERIGUN había sido golpeada duramente y había perdido decenas de miles de miembros. Sus oficinas centrales en McLean, Virginia, eran un dinosaurio con un sistema informático de ocho millones de dólares que no funcionaba. Las opciones eran salir lentamente a la luz o morir.

Los encargados secretos de AMERIGUN crearon un comité especial para «guiar» el futuro destino de la organización. Estos nueve hombres y dos mujeres inofensivamente se llamaban a sí mismos «La Asociación». Nadie conocía sus nombres, ni siquiera AMERIGUN. Representaban a los fabricantes de armas, los encargados de hacer lobby y a los controladores financieros.

Los fabricantes de armas siempre estaban nerviosos acerca de los aspectos más desagradables de su producto: el contrabando y el tráfico de armas, y las ilegalidades masivas internas. Aunque AMERIGUN estaba algo disminuida, era necesario para La Asociación mantener a la organización funcionando como un escudo «limpio» que defendía un negocio sucio.

Se establecieron las nuevas oficinas de AMERIGUN, en El Alamo, libres de peligro, al oeste de Maryland, con vista a los montes de la Blue Ridge. La Asociación redujo las funciones de AMERIGUN. Podían continuar con los seminarios de tiro, publicar la revista *Armamento*, enviar correspondencia, organizar competencias, levantarse y gritar cuando se les ordenaba.

King Porter, quien había sido líder durante mucho tiempo de AMERIGUN, comprendió que sin la ayuda financiera de La Asociación la organización desaparecería.

En una época, King había sido un temible predador cuya fama en el Congreso era fruto de sus tácticas de temor. El hecho de que perdiera apoyo sólo exaltó sus entrañas para el momento de la venganza.

Durante dos décadas King Porter había sido la «roca de todos los tiempos», firmemente asentada y con una pared de quince metros de alto y seis metros de grosor que rodeaba su cerebro.

King en realidad no era muy alto. La mayoría de la gente de pie veía la corona calva de su cabeza con algún ocasional pelo parado de su flequillo en forma de herradura. Tenía la piel de la cara estirada, lo que aplastaba sus mejillas hasta una boca en la que el lado izquierdo estaba mínimamente más elevado que el derecho.

Su vestimenta, hecha por un antiguo sastre, tenía un aire del oeste: la espalda amplia y recta con contornos con pesadas costuras. Los tacos de las botas texanas lo elevaban un poco. Los ojos y las orejas de King daban lugar a chistes. Con frecuencia se había imaginado como un general confederado a punto de dirigir una carga de caballería cuando se presentaba a una audiencia de la Cámara de Diputados o del

Senado.

King Porter había sido criado y formado como el varón del medio y más pequeño de nueve hijos campesinos no muy lúcidos. Para sobrevivir se había creado un aura de poder a través de la intimidación. Nadie dudaba de que los incendiaría si estaba lo suficientemente enojado. Debido a que siempre estaba a punto de enojarse, pudo dominar a sus hermanos. El nivel de ira casi siempre llegaba al máximo, igual que su recuerdo del hambre y sus penas.

Porter era, a la vez, desagradable, pendenciero y acérrimo defensor de la Segunda Enmienda.

Lo que realmente molestaba a Porter era no conocer los nombres de quienes integraban La Asociación. Tenía que tratar con una única persona que representaba a La Asociación. La detestaba.

Maud Traynor era la abogada de La Asociación y el único contacto con este comité. Era una perra de mediana edad, claramente rechoncha. Su lenguaje podía sorprender a un marinero borracho. Hacía crujir sus nudillos y arrojaba hediondo humo de cigarrillo a los sensibles ojos de King, quien estaba seguro de que Maud Traynor era una lesbiana practicante.

Desde su ventana la pudo ver llegar al estacionamiento en su vulgar Ferrari rojo. King la recibió en la puerta del ascensor con la rigidez de un mariscal de campo prusiano. Ella le pellizcó la mejilla al pasar. Él sonrió apretando los dientes.

—Es un camino hermoso hasta llegar aquí —dijo Maud. ¿Estás guardando las bebidas para el 4 de julio? —Era una bebedora de whisky empedernida.

King Porter se deslizó en su asiento, con vacilación.

—Tenemos un problema —dijo ella sin preámbulos.

—¿En serio?

—Se trata de las elecciones secundarias de este año. Las encuestas muestran que estamos venciendo a los doce del patíbulo que identificamos para derrocar. Pero este cowboy que se presenta como gobernador de Colorado está tomando la delantera.

—¿O’Donald?

—O’Connell. El Quinn Patrick O’Connell de mierda. Quedó claro, King, que no podemos tener a un loco a favor del control de las armas en el medio del territorio de las armas. Podría envenenar a todos los estados vecinos.

King sacudió la cabeza.

—Es una lástima que su padre, el viejo Daniel O’Connell, haya fallecido. Dan era un verdadero tirador. —King pidió sus antecedentes. Colorado había sido saturado con comerciales informativos para trescientos programas radiales de entrevistas en la región. Se habían enviado seiscientas mil cartas. Hubo dos o tres filtraciones semanales a los diarios sensacionalistas. El sitio que AMERIGUN tenía en Internet había realizado un sonoro ataque.

—Mira —dijo King.

… O’CONNELL ES HIJO DE UN CONDENADO A MUERTE Y DE UNA PROSTITUTA.

… POSIBLE SÍNDROME ALCOHÓLICO FETAL.

… SERIOS PROBLEMAS DE APRENDIZAJE.

… ¿CUÁL ES LA VERDADERA HISTORIA DETRÁS DE LA CRUZ DE LA ARMADA? SE NECESITÓ UNA COARTADA PARA SU COBARDÍA.

… SOSPECHOSO DE SER ADICTO A LA DROGAS.

… MALTRATA A SU MUJER.

… SU SUEGRO, REYNALDO MALDONADO, ES PROFESOR DE IZQUIERDA, COMUNISTA Y CREADOR DE ARTE PORNOGRÁFICO.

… PROBABLEMENTE MALDONADO HAYA COMETIDO INCESTO CON SU HIJA CUANDO TENÍA DIEZ AÑOS.

… SE SOSPECHA QUE O'CONNELL PRACTICÓ SODOMÍA CON OVEJAS.

… LA MUJER MEXICANA DE QUINN SE DIVERTÍA CON JEFES DE LAS DROGAS.

… INFIDELIDAD CONYUGAL.

… ENCUBRIMIENTO DE CARGO DE ATROPELLO DE UNA PERSONA Y ABANDONO.

… INTENTO DE OTORGAR LAS CONCESIONES DE PARQUES ESTATALES A COMPAÑÍAS JAPONESAS.

… SE LO ENCONTRÓ EN UN BAÑO DE MUJERES.

… NO VA A LA IGLESIA.

… RITOS SATÁNICOS EN LA HACIENDA EN NOCHES DE LUNA LLENA.

… TIENE EL NÚMERO 666 TATUADO EN EL PENE.

… LA HACIENDA DE O’CONNELL ES UN LUGAR DE TRÁNSITO PARA MEXICANOS ILEGALES, QUE SON VENDIDOS A LAS HACIENDAS POR OCHOCIENTOS DÓLARES LA CABEZA.

… A MENUDO SE LO VE EN COMPAÑÍA DE PRESTAMISTAS JUDÍOS.

… SU HIJO, DUNCAN, UN UNIVERSITARIO RADICAL, DE QUIEN SE SOSPECHA QUE ADEMÁS ES HOMOSEXUAL.

… SU HIJA, RAE, TIENE UN GRAVE RETRASO MENTAL.

Maud se quitó los lentes y se frotó los ojos.

—¿Sabes qué tenemos aquí, King?

—Bueno, se niega a contestar a estos cargos públicamente.

—Está bien, compréndelo. Dije, ¿sabes qué tenemos aquí?

—¿Qué?

—Un agujero de mierda, y acabamos de tirar seiscientos mil dólares en él. Tu estúpida campaña sólo está haciendo que la gente se una a él.

—Esta estúpida campaña ha funcionado una y otra vez —sostuvo King.

—¿No puedes ni siquiera entender a un hombre que no puede ser intimidado?

—Tú siempre estás del lado que más calienta el sol —reaccionó él. Nuestros programas de educación siempre han tenido éxito. Sé paciente, porque finalmente alguna acusación lo va a afectar.

—Te diré qué está afectado, AMERIGUN y La Asociación estarán afectados con un liberal demócrata de mierda durante los próximos cuatro años.

—Tú eres quien puso fin a esta estrategia de Colorado —respondió King.

—Bueno, no está funcionando —contestó ella entre gruñidos. Cancela la operación de Denver, publicidad, entrevistas y folletos, y escabúllete sin hacer ruido.

King golpeó su pequeño puño contra el escritorio y respiró, incómodo.

—A partir de ahora —dijo Maud—, La Asociación quiere que planees un ataque posterior a las elecciones para O’Connell. Pensamos que somos nosotros quienes debemos pasar nuestra convención del año 2003 de Dallas a Denver. Lo que quiero decir es que entramos de manera deslumbrante y perseguimos a los legisladores. Llevamos a Hank Carleton y a todo niño que alguna vez haya tenido un arma de bajo calibre y se haya hecho famoso. Llevamos en autobuses a manifestantes de Utah, Wyoming, Oklahoma, etcétera, etcétera. Les mostramos qué desagradable va a ser la vida si se promulga esta mierda del control de las armas. ¡Tu campaña tiene que tener ingenio esta vez, King!

—La convención en Denver. ¡Por supuesto!

Maud abrió el cierre de su maletín de cocodrilo y lagartija, con bordes de oro de veinticuatro quilates, y guardó sus papeles.

—Campo de batalla, Denver 2003. Concentra tus planes en el Poder Legislativo. Quiero que todo pase por mí para su aprobación.

Maud tomó otro trago de whisky y exclamó:

—¡Ah!

No se movió. No había terminado. El teléfono sonó compasivamente. Era para Maud. Quizá su amiga lesbiana, pensó King, o quizás había traído a un joven hermoso para que se cubriera de aceite frente a ella.

—Mi nieta —dijo Maud después de colgar. Vamos a hacer una larga cabalgata por las colinas mañana. ¡Huy!, estoy algo mareada. Me imagino que querrías que me fuera por una de esas rutas sinuosas de regreso a Washington.

—Para nada, señorita Maud. ¿Tenemos algo más que hacer?

—Sí, tenemos que hacer algo acerca de esta revista de mierda —contestó, estirándose hasta una mesita para tomar una media docena de ejemplares de *Armamento* y arrojárselos sobre el escritorio. Ella leyó las portadas—: «Sig 357, Colt 380, AR-15 siguen ganando adictos a pesar de los ataques de los medios, Springfield, H&K USP .45 ASP, Savage, cómo llevarlas escondidas, la protección de la libertad, más armas menos delitos». Y en la página cinco la sonriente cara de King Porter en la continuación de su sermón sobre «ir a los *bunkeres*», versión ciento veinte. ¡Estamos en estado de sitio: a los decentes estadounidenses el gobierno de los Estados Unidos les está quitando su derecho de nacimiento, desafiando a nuestros antecesores, quienes nos dieron el derecho de portar armas en conformidad con la Segunda Enmienda, bla, bla, bla!

Todo lo que se podía estirar y endurecer dentro de King lo hizo.

—Aquí hay algo bueno —dijo Maud. Dios hizo al hombre, las armas hicieron que los hombres fueran iguales. Las armas son el legado de la libertad.

—Sólo porque… ¡sólo porque nuestra revista no tiene una mujer desnuda en la tapa! —gritó él.

Otro trago de whisky.

—Mierda, no, no hay mujeres desnudas. Los enfermos prefieren apretar un gatillo antes que el pecho de una mujer. ¡Las armas son buenos amigos! Tienen nombres viriles como… como Savage, Colt, Luger, Beretta, Sigs, Winchester…

Porter abrió grandes los ojos.

—¡Springfield! —exclamó.

—¡Browning! —gritó ella.

—¡Luger! —gritó él.

—Smith &Wesson —agregó ella.

—¡Remington Viper! —gritó él.

—Glock. ¡No te olvides de Glock! —dijo ella.

—¡Markov, Walther! —contestó doblemente.

—H y K —dijo ella.

—¡Mauser Parabellum! —exclamó él.

—Anschutz —anunció ella.

—¡Magnum de todo tipo! —gritó él.

—Me rindo, tú ganas —dijo Maud. Hasta Magnum llego.

King Porter respiraba con dificultad y sonreía por haber ganado.

—Comienza a pensar acerca de alguna Sandy o Debbie o Tracy para la tapa.

—¿Qué te parece Dixie? —preguntó, disgustado. No voy a convertir a *Armamento* en una revista pornográfica.

—¿Sexo? —preguntó ella. ¿De qué diablos crees que se trata, King? Las armas son las máquinas del sexo de la gente pequeña. Diablos, no son nada más que la extensión de un pene. ¡Bum! ¡El orgasmo final! Las armas hacen que los imbéciles que se encuentran en el fondo del bar sean tan grandes como Hulk mismo. Las armas igualan a los oprimidos en su interminable batalla contra el opresor. ¡Las armas son el poder!

Durante un momento, King Porter se vio en una iglesita de madera, en un barranco cercano al arroyo, en medio de una perorata furiosa que lanzaba el sacerdote. Volvió a la realidad.

—La Asociación está enviando a algunos diseñadores gráficos para que trabajen en *Armamento*. Quizás hagamos un concurso de belleza para elegir a Miss Bang Bang. Vendamos cincuenta mil en los kioscos y no las escondamos dentro de nuestros abrigos. Consigamos publicidad de camiones Ford y Seagrams y AT &T en vez de todos esos avisos de tabaco para mascar. Incluyamos historias narradas por escritores reales.

Maud estaba achispada. Logró entrar en el ascensor. King miró el estacionamiento. El Ferrari salió a una velocidad que sacudió las hojas de los árboles. El Ferrari rojo de Maud Traynor rechinó por el largo camino de El Alamo y entró en la autopista. King quedó de pie mirando en su balcón y dando unas bocanadas a su inhalador, su protección durante años. «Espero que encuentren a la perra hecha pedazos en el fondo de una zanja», jadeó para sí mismo. «Supongamos que no se sale del camino», pensó. «Quizá sea mejor que le avise a la patrulla estatal que hay una peligrosa borracha en la ruta».

La corriente roja de liberales estaba envenenando el país. Ya no podía usar la «persuasión amistosa» para asegurarse de que los comunistas no formaran parte del personal docente de la universidad y de que los planes de estudio se mantuvieran limpios como el agua. Ya no podía visitar a los alguaciles locales y ver que las puertas estuvieran abiertas para los clubes de armas y los programas de tiro. Incluso se estaba haciendo difícil influir sobre los funcionarios del gobierno local y estatal.

Los colores de afuera flameaban junto con su humor rojo anaranjado. Su capacidad de aterrorizar se había reducido. Libraba una eterna batalla, a menudo con

su propia junta de directores.

Y llegó la humillación final: desterrar a AMERIGUN a un diminuto hotel centenario reconvertido. ¡El Alamo! Él lo había bautizado, y se volvería a oír hablar de él.

King miraba el terreno que se inclinaba desde El Alamo. Tenía planes propios para el área que había a su alrededor. ¡Un día El Alamo sería el centro de un parque, patrimonio de AMERIGUN!

Se volverían a librar grandes batallas de la historia. Él, King Porter, encabezaría el primer embate hasta San Juan Hill. ¡*Embate*!

Las vueltas que los niños daban en los trenes o por los ríos los llevarían a través de campos de batalla virtuales; Belleau Wood, la invasión a Normandía, Iwo Jima, donde un niño podría colocar una bandera, Yorktown y bueno… incluso Gettysburg.

Y… y… y el Pabellón de los Grandes Pistoleros. Por un dólar un niño podría desenfundar rápidamente una pistola láser contra Wild Bill Hickok, Wyatt Earp, Pat Garrett, Billy the Kid y… y… y… Doc Holliday.

Y… y… un edificio muy discreto y encubierto que les rindiera honores a los fallecidos John Dillinger y Bonnie y Clyde y Pretty Boy Floyd y un montón de gangsters de la mafia, entre ellos Capone y… y el tipo que desde la torre de Texas disparaba a la gente que se encontraba en la calle…

Y los héroes, los cazadores de búfalos y los hombres que amansaron a los indios y conquistaron el Oeste. ¡John Wayne, Jesse James, Davy Crockett!

Y los niños podrían comprar una réplica sólo en la tienda del museo con un sin número de cuchillos y granadas y revólveres de AMERIGUN. ¡Y la coronación de la gloria sería un anfiteatro que presentaría una función en El Alamo todas las noches!

Capítulo 25

DENVER, 2002 - 2003
QUINN PATRICK O’CONNELL GANA LA GOBERNACIÓN DE COLORADO EN LAS ELECCIONES SECUNDARIAS

El gobernador O’Connell se encontraba de pie como un pino solitario en un bosque quemado. La victoria republicana llevó la cámara estatal de Denver y una mayoría de la delegación nacional a Washington.

El martes sigue al lunes. Quinn se dio cuenta de la realidad de que una ley de control de armas sensata no tenía posibilidades. Se tomaría su tiempo, formaría coaliciones con otros partidos, promovería la legislación fácil en una primera instancia. Una vez que llegara a conocer su cámara legislativa estatal, podría anunciar su proyecto de ley para el control de armas. De todas maneras, para ello faltaba un año.

Quinn no tenía que hacer frente a personas que odiaran a Quinn automáticamente. Su padre había sido tirador, republicano, héroe de los marines. Quinn era un héroe del estado, un hacendado exitoso y senador estatal y un obcecado habitante de Colorado.

Durante años, la oficina de O’Connell en Denver fue un lugar de civilidad, debate y transigencia. Los republicanos se relajaban mientras que Quinn no quisiera imponer con demasiada energía una agenda liberal.

La mansión que se encontraba en la Octava y Logan era demasiado pomposa para los O’Connell. La usaban para las funciones estatales, tropas de las niñas exploradoras, fiestas, exposiciones de fotografías, pero consideraban que su hogar era el departamento de Chessman Park, que se encontraba a algunas cuadras.

Durante los primeros meses, Quinn viajó en el King Air estatal para llegar a conocer a la gente, dar prioridad a su programa legislativo y obtener nuevos votantes como líder activo.

Su primer objetivo era equilibrar los recursos del estado para el siglo entrante. Se necesitaban leyes relacionadas con la tierra y el agua para proteger las haciendas y las granjas, para la minería, la urbanización y la enorme industria turística.

Dentro del panel de expertos de Quinn había cruces de ideologías, pero por orden de él, trabajaban de manera profesional e inteligente. Quinn les había impuesto el canon de que si un segmento de la economía de Colorado fallaba, la naturaleza del estado podría perderse.

Comenzó a dar discursos inaugurales, a asistir a reuniones de la municipalidad, a un programa televisivo quincenal, a almuerzos empresariales, a picnics de los sindicatos, a ceremonias de apertura y, gracias a Dios, fue jurado en el concurso de belleza de Miss Colorado.

Quinn terminaba su día laboral por la noche, llamando a todas partes dentro del

estado para felicitar a los ganadores del día o para expresar su pesar por las muertes que ocurrían.

Denver era una verdadera gran ciudad de poca monta, con generaciones de carácter y entereza, a la vez que mantenía su estilo cowboy.

Él y el alcalde Cholate formaban un comité de bienvenida a Denver. ¡Puerta a las montañas Rocallosas! ¡Ciudad de los Estados Unidos donde se practican la mayoría de los deportes!

El estado respaldó la decisión de la ciudad de contratar a un curador de museos importante para explorar el mundo y organizar exposiciones desde Mongolia hasta Brasil y Francia, y hacer que sus grandes inauguraciones tuvieran lugar en Denver.

Asimismo, obtuvo el respaldo, con una poderosa persuasión, para los fondos destinados a mejorar la Orquesta Sinfónica de Denver.

El comité de bienvenida a Denver adquirió un pequeño hotel, lo suficientemente grande para el reparto y el personal de un musical de Broadway. Quinn y el alcalde persiguieron a productores de Nueva York para que representaran sus grandes espectáculos en Denver.

Aprovechando el brillo de Aspen, se transmitieron por televisión una serie de acontecimientos que iban desde el esquí hasta el Festival de Música de Aspen en el verano. En menor magnitud, los festivales campestres y de cine del oeste de Telluride convocaron a millones.

Algunas de las zonas para esquiar ya no eran tan «fuertes», ya que el número de esquiadores se había reducido. Quinn convenció a empresarios de China y Rusia que habían ganado sus fortunas recientemente de que construyeran ciudades para que sus compatriotas pasaran sus vacaciones. Se crearon el Pequeño Moscú y la Pequeña Shangai, que, como consecuencia, se convirtieron en una puerta abierta para los productos de exportación del estado.

Quinn Patrick O’Connell creó una atmósfera en la que uno se sentía bien.

Sin embargo, siempre rondaba a su alrededor la futura convención de AMERIGUN. AMERIGUN envió ondas de choque a través de la capital del estado con su anuncio de que se estaba estableciendo en Denver una oficina regional de AMERIGUN.

AMERIGUN estaba armando camorra, creando un juego de poder. Era una derrota que el gobernador O’Connell no podía tolerar sin tirar su programa delicadamente equilibrado a la basura.

A medida que el año 2003 transcurría, el fin del juego se acercaba.

EL ALAMO — MARYLAND, 2003

En El Alamo, King Porter pasaba las horas que faltaban hasta la convención nervioso y jadeante.

En lo profundo, sin que nadie lo supiera, King había rezado por que Quinn

obtuviera el cargo de gobernador. AMERIGUN y él podían dar pruebas de su valor con una «victoria en Denver».

Mientras tanto, Quinn se quemaba las pestañas para tratar de diseñar un plan que de alguna manera mitigara el ataque de AMERIGUN.

El alcalde Cholate simplemente no quería un enfrentamiento que involucrara a su policía. La paz a cualquier precio. Oportunamente, se inscribió en un seminario que tendría lugar en Tokio durante la estada del grupo de armas en Denver.

Con un conocimiento limitado, fuerzas limitadas a su disposición y limitadas opciones legales, a Quinn simplemente lo superaban. Se dio cuenta de la impotencia de su situación cuando AMERIGUN envió volantes que anunciaban la presentación de un arma nueva, *La Blizzard de Colorado*, en la convención.

La Blizzard, invento australiano, promocionada como la primera gran arma del nuevo siglo, era una escopeta mejorada de doble cañón y calibre 12 a la que se le agregaban cartuchos mediante un cinturón de ametralladora. Era cincuenta veces más rápida que la «barredora callejera» semiautomática y podía disparar miles de balas por minuto.

¡Y no se infringía ninguna ley por simplemente ponerla en exposición!

Duncan destapó una Coors y se arrojó en el gran sillón.

Un sol que se ponía al pie de las colinas y una noche que salía se rozaron, y casi se podían oír los golpes de los bates de béisbol de Coors Field.

—Papá, esperaba que fuéramos a ver un partido.

—Lo lamento. Cedí nuestro palco. ¿Qué te parece mañana?

—Está bien. ¿Mamá y Rae vendrán?

—Si las apuntamos con un revólver. Hablando de armas, me enteré de que estás iniciando una célula terrorista en la facultad.

—Mierda —se quejó Duncan—, ¿quién te contó?

—Que Dios salve a los soplones —dijo Quinn—, antiparras para esquí, caños, una unidad de comando común. Es probable que seas la respuesta a las plegarias de AMERIGUN.

Duncan se levantó.

—Papá, ¿no es suficiente todo lo que tenemos que aguantar?

—Son gajes del oficio. Nadie me forzó para que me postulara como gobernador.

—Me alegro de que lo mencionáramos —dijo Duncan. Estoy harto de oír que fornicas con animales y estoy harto de oír que Rae es drogadicta y que mi madre es una prostituta lesbiana.

Se oyó el golpe seco de la heladera al cerrarse y el siseo de otra Coors al abrirse.

—Antes de que te ahogues en tu justificada indignación, Duncan, déjame presentarte un pequeño escenario. Imagen de apertura, todos los noticiarios: gas

lacrimógeno se esparce por todo el jardín del Capitolio mientras que las tropas de la Guardia Nacional del estado de Colorado disparan balas de caucho a una multitud inocente que protesta contra la pandilla encapuchada de Duncan, el hijo del gobernador. Primer plano, el hijo del gobernador. Ruinas y fuego lo rodean. Paneo hasta la imagen de un King Porter ensangrentado. Cortamos y volvemos a Washington, donde encolerizados senadores piden el trasero de O'Connell. Denver pierde cien millones de dólares de las reservas para la convención, y el estado lleva la marca de Caín durante una generación. Muchas gracias, Duncan, excelente.

—¡Sabías quién era esta gente! ¿Por qué diablos tuviste que postularte para gobernador?

—En este momento me siento demasiado presionado como para darte una respuesta.

Mal, que estaba durmiendo en su habitación, se despertó con sus gritos. Entró y arrebató el folleto de la Blizzard.

—Quiere hacer algo contra sus intentos para legalizar esta arma. Quizá lo hizo porque alguien tiene que oponerse al mal.

—Discúlpenme todos ustedes —dijo Duncan sarcásticamente.

—Nosotros nos preguntamos —continuó Mal—, ¿qué estamos haciendo aquí? Éste es tu padre, tu familia y tu estado, Duncan. No necesitamos tus rabietas. O estás de nuestro lado o te vuelves a Fort Collins y juegas con tus ostras de las montañas Rocallosas. Tu padre es el chico del anuncio de AMERIGUN, pero está señalado como un blanco. Diez puntos si le das entre los ojos.

—Es como ser juez en un concurso de belleza, Duncan. Alguien tiene que hacer el trabajo sucio —le explicó Quinn.

Duncan rió y gritó a la vez, sus mejillas enrojecidas de vergüenza.

—Soy demasiado ingenuo, ¿no es así?

—Sí —estuvo de acuerdo su abuelo.

—¿Hay algo que pueda hacer, papá?

—Sí. Necesito ayuda. Mucha ayuda.

Capítulo 26

—Oficina del gobernador —respondió Marsha.

—Hola, Marsha, habla Dawn Mock. ¿Puedo hablar con el gobernador?

—Ya le paso, doctora Mock. Gobernador, es la doctora Mock.

—Quinn.

—Debo hablar contigo enseguida —anunció.

—Dios, tengo una reunión de la junta sobre libertad condicional en diez minutos, y después mil cosas que hacer.

—Es urgente y no llevará demasiado tiempo. Estoy en camino. —Cortó.

—Marsha.

—Sí, gobernador.

—Retrasa media hora la reunión de la junta sobre libertad condicional. Cancela la comida con el asambleísta Bonnar en Ship's Tavern. Haz entrar a la doctora Mock enseguida y no me pases ninguna llamada.

Quinn se preguntó qué diablos podía ser tan urgente. Durante los diez meses que hacía que estaba en el puesto, era la primera vez que sucedía algo así.

Sonrió. La doctora Mock había sido su primer nombramiento y había resistido espléndidamente una desagradable audiencia de confirmación.

El puesto de la Oficina de Investigaciones de Colorado estaba vacante. Se derribaron todos los obstáculos para que pudiera acceder una mujer afroamericana.

Dawn Mock, madre de tres hijos y abuela de seis, estaba casada con un detective retirado que ahora se encontraba a cargo de una oficina regional de reclamos de liquidadores de seguros.

Dawn había ganado su reputación en la fuerza policial de Chicago como gran forense. Los libros, discursos, seminarios y apariciones de la doctora Mock como testigo en los juicios eclipsaban a los que estaban por sobre ella. Los futuros poderes sabían a qué se enfrentaban con la presencia de la doctora Mock, aunque se pasaba gran parte del año en préstamo en otras fuerzas policiales.

La Oficina de Investigaciones de Colorado era una unidad compacta de unas cincuenta personas; principalmente se trataba de un sistema de respaldo para las investigaciones en aquellas ciudades que no podían darse el lujo de tener laboratorios forenses o un grupo de detectives.

Rara vez se destacan las oficinas estatales. No en el caso de la de Dawn Mock. Quinn le dio carta blanca y otorgó a la oficina nuevos fondos. La doctora Mock hizo el resto.

—Hola, Dawn —la saludó.

—Gobernador.

Dawn sonrió. A los cincuenta y tantos años de edad seguía siendo

extremadamente atractiva, lo que se contradecía con sus años de trabajo policial. Hizo un gesto a Quinn comunicándole que quería reserva. A un lado de su oficina había una sala privada con un sillón, una pequeña cocina y una pequeña mesa de conferencias. Cerró la puerta cuando ella pasó.

—¿Conoces a Arne Skye? —preguntó ella.

—Lo vi algunas veces. Agente especial itinerante de la ATF, Oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego.

—-Ha estado trabajando fuera de la oficina de Chicago —continuó ella. Arne llegó hoy en avión para verme. Quiere hablar contigo con total reserva, a solas.

Quinn lo meditó.

—¿Cuál ha sido tu experiencia con él, Dawn?

—He tenido mucho contacto con él a lo largo de los años. Es una leyenda en la oficina, buena gente. Arne siempre ha sido honesto conmigo.

—Sabes que no me gusta esta basura —dijo Quinn, enojado. ¿Qué crees que tiene en mente?

—Bueno, se trata de alcohol, tabaco o armas.

—¿Quizá la convención de AMERIGUN? —murmuró Quinn esperanzado.

—No quiero especular, gobernador. He estado contigo durante un año y nunca te he visto sacar una carta del fondo del mazo. Lamento ponerte en el circuito de reuniones secretas, pero…

—Origina desconfianza —interrumpió Quinn.

—Pero —volvió a interrumpir ella— ninguna oficina pública de los Estados Unidos puede existir sin sus sucios secretillos.

—Gracias por decírmelo, Dawn.

—Quinn, Arne Skye es uno de los personajes clave del mundo policial. Estás loco si no te reúnes con él.

—Dios me perdone, ¿dónde y cuándo?

—¿Tienes un automóvil que no esté marcado?

—No hay problema.

Dawn sacó de su cartera la llave de una habitación. Motel Starlite, decía el llavero, 11 965 SANTA FE DRIVE; HABITACIÓN 106, y la deslizó sobre la mesa.

—Santa Fe Drive. No he transitado esa calle desde que estaba en primer año en Boulder. ¿Este Arne Skye es gracioso o qué? ¿Cuándo?

—Esta noche a las diez. Te estará esperando en la habitación.

—Sin trucos, ni escuchas ni vídeo —dijo Quinn firmemente.

—Es mejor que comiencen a tenerse confianza.

A las nueve y cuarto Quinn abandonó el garaje del departamento en la Cherokee de Maldonado.

¿Era ésta la gran oportunidad que esperaba? Sonaba promisorio. La ATF era

pequeña, unos mil quinientos agentes, pero podían ser poderosos.

Era uno de los organismos más antiguos de la nación y había sido creado después de la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos. En aquellos días de antaño, no había nada como el impuesto a las ganancias personales. La nueva nación tenía que financiarse en gran medida con impuestos al alcohol y al tabaco recaudados por la oficina. Luego, las armas de fuego y los incendios intencionales pasaron a estar a cargo de la oficina.

Al igual que el Cuerpo de Marines, la oficina logró vencer los intentos externos de disolverla. Demostró una y otra vez que tenía poderes únicos. Devolvía al gobierno ingresos fiscales superiores a veinte o treinta veces su presupuesto operativo.

Quinn dobló en Santa Fe Drive, diagonal para camiones que iba de la interestatal al centro de Denver. Pasó por los terrenos del ferrocarril. En un tiempo, la calle había estado llena de cafés donde paraban los camiones y hoteles para pasar la noche. Los interesados en conseguir parejas colgaban notas con sus atractivos en las pizarras de los hoteles antes de compartir las camas de agua y las películas pornográficas.

Ahora la calle tenía una zona «segura» con una franja de cantinas, bares con olor a moho y restaurantes donde se reunían los mexicanos indocumentados. Los allanamientos de Inmigraciones no eran frecuentes porque gran parte de la economía agrícola y la industria del turismo dependía de mano de obra y ayudantes de camareros estúpidos.

En su calidad de gobernador, Quinn podía hacer poco al respecto. Era un problema federal. Quinn sentía que los problemas de corrupción en México y la explotación de la clase baja estaban más allá de sus poderes para hacerles frente y mucho menos para solucionarlos.

El motel Starlite había gozado de mejores momentos en otros tiempos. Quinn metió la Cherokee en el estacionamiento y esperó. El Starlite tenía un solo piso y estaba ubicado a unos treinta metros de la cantina de la esquina. Había una cola intermitente aunque constante de hombres que iban a una de las habitaciones del motel y regresaban a la cantina.

Las diez.

Los zapatos de Quinn hicieron crujir el hielo roto. La llave no era necesaria. Empujó la puerta y se abrió. La habitación estaba completamente a oscuras.

—Salga, salga, donde quiera que esté —dijo Quinn.

Después de un golpecito, se encendió una luz débil. Quinn no podía estar seguro de quién se encontraba detrás de la lámpara.

—Hola, gobernador. ¿Hay alguien escuchando?

—No, a menos que sea alguno de los suyos —respondió Quinn.

—La doctora Mock me llamó y me garantizó su honestidad. Es bueno conocer a alguien de la oficina con honestidad. —La voz salió de su escondite. Todo Arne Skye era de talla mediana, excepto su cara. Era un mapa marcado por los antiguos

enfrentamientos, propio de alguien que había pasado su vida en el purgatorio. Estudió a Quinn, tratando de encontrar claves más allá de la inexpresividad del gobernador.

Arne Skye sacó una botella de vodka y vasos medianos del baño.

—¿Va a hacer algo acerca de AMERIGUN? —preguntó abruptamente en una voz aguda con acento noruego.

—Pensé que no lo preguntaría —respondió Quinn.

—La doctora Dawn dice que el estado se ha golpeado contra una pared.

—Estos tipos son hábiles tramposos —dijo Quinn.

—Se ha golpeado contra una pared porque no es asunto suyo. Es mío. ¿Qué sabe, gobernador?

—Que usted es un personaje rudo.

El mapa de rutas dibujado en el rostro de Skye cambió cuando sonrió.

—¿Qué sabe de todo esto?

—Bueno, veamos. Se realizan hasta unas cinco mil, más o menos, exposiciones de armas y cuchillos en todo el país por año, casi anónimamente. Las mesas para la exposición se alquilan, de esa manera AMERIGUN no tiene nada que ver con las ventas ilegales de quienes exhiben —recitó Quinn. AMERIGUN está alquilando mil quinientas mesas de exposición en el centro de convenciones. La mayor cantidad hasta ahora.

Un ruidoso cliente se anunció en el cuarto de al lado. Oyeron el arrullo de la paloma moribunda.

—¿Qué más?

—En muchas exposiciones hay armas ilegales. El contacto lo hace un comprador en la exposición y, por lo general, la transacción se realiza en un estacionamiento para trailers. Hay otras categorías de armas sucias que se exponen graciosamente como «antigüedades». ¡Y para evitar las licencias de los comerciantes, pueden vender armas en efectivo simulando que las venden de una «colección personal»! No se requiere registro de venta ni ningún otro tipo de registro.

—Entre el veinte y el treinta por ciento de las armas que están en manos de criminales y pandillas callejeras fue adquirido en estas exposiciones de armas. Si el estado investiga la sede de la exposición, es probable que atrape a unas docenas de traficantes callejeros. Si los atrapamos, no le afecta nada a AMERIGUN —dijo Quinn.

El cliente de la habitación contigua estaba verbalmente excitado.

—Mierda —opinó Arne—, no podemos seguir encontrándonos así, gobernador. Ahora bien, ¿con quién ha hablado confidencialmente acerca de AMERIGUN?

—Con la doctora Mock y mi procurador general, Doc Blanchard.

—¿Es todo?

—Bueno, con mi mujer y mi suegro.

—Si hubiera un curso de acción, y no estoy diciendo que lo haya, toda operación tiene que ser totalmente secreta —dijo Arne.

—¿Qué hay acerca de su oficina, Skye?

Arne sacudió la cabeza.

—Debe ser una operación de Colorado. Incluso la ATF puede ser penetrada. Es así: los pestillos de seguridad en las armas han vuelto a ser desaprobados por el Congreso por quinta vez. Cualquier filtración a la gente de las armas sería un desastre en este tipo de golpe. Ahora, permítame preguntarle, gobernador, ¿qué tipo de gente tiene encabezando la Guardia y los agentes estatales?

—Reb Butterworth es comandante de la Guardia Nacional. El coronel Yancey Hawke es jefe de los agentes estatales. Compartiría un secreto con ellos. De hecho, ambos están ansiosos por hacer un allanamiento.

—Me gustan sus posibilidades con estas tres personas —evaluó Skye. Se acercó más a Quinn. —¿Podría ordenar un curso de entrenamiento especial de dos semanas para setenta guardias y treinta agentes?

—-Se están realizando seminarios y cursos de capacitación. Siempre estamos rescatando a algún escalador estúpido de la cima de la montaña, rastreando incendios forestales, golpes relacionados con las drogas en las fronteras estatales, buscando insectos en la suciedad.

—¿Control de multitudes? —preguntó Arne.

—Practicamos ese ejercicio de manera regular. ¿La gente que participe en estos cursos tendrá idea de qué estamos buscando?

—No —respondió Arne. ¿Hay algo que no comprenda?

—No.

—Si quiere atrapar a AMERIGUN… —comenzó Arne.

—Quiero hacerlo —respondió Quinn.

—Estamos pasando por alto al FBI, al gobierno de los Estados Unidos y a la policía de Denver. En lo que respecta a la ATF, no sabemos nada. *Capisce*?

—*Capisce* —repitió Quinn.

—Tenemos que tener todo perfectamente preparado —dijo Arne. Primero, tiene que ser una gran redada, cientos, quizá miles de armas. Segundo, tiene que suceder en Denver durante la convención. Tercero, alguien con un puesto importante en AMERIGUN tiene que estar conectado con las armas. Por último, el accionar debe ser repentino y no debe haber derramamiento de sangre.

Se sintió un alboroto en una de las habitaciones cercanas. Media docena de hombres salió en un arrebato de la cantina y sacó arrastrando a uno de sus hombres por miedo a que llegara la policía y los detuviera a todos.

Arne Skye se puso de pie. El techo bajo lo hacía parecer más alto de lo que era.

—Si logra que Butterworth y el coronel Yancey junten un grupo de cien hombres para un entrenamiento especial, me contactaré con usted por medio de Dawn Mock.

—No es un trato, Arne.

—Usted necesita ayuda, ¿verdad?

—No me está diciendo todo. Quiero que me muestre la carta que tiene escondida

en la manga.

El gobernador había deducido lo correcto. Arne participaría mientras no se viera expuesto. Daría la señal para un golpe, quizá no. Si el golpe funcionaba, probablemente no se realizaría ninguna investigación, puesto que le cerraría la boca al Congreso. Si no funcionaba y averiguaban que él había sido quien lo había ordenado, adiós carrera, y el gobernador también tendría que regresar a Troublesome Mesa para siempre.

Treinta años en la oficina, pensó Skye, reduciéndose a un único momento: posibilidad de disparos, confidencialidad y desobediencia a su director. ¡Mierda!

Arne Skye estuvo toda su vida en el límite, a veces por completo haciendo caso omiso de sus superiores, sus órdenes y, a veces, pasando por alto los riesgos, pero un error aquí significaría la guillotina.

—Pareciera necesitar asistencia religiosa —dijo Quinn.

—Sé por qué vine a Denver —replicó a la defensiva. Si supiera lo que sé y no hiciera nada por evitarlo, jamás me lo perdonaría. Soy un policía honesto, gobernador, pero no me importa tomar algunos atajos.

—Cuando asumí el cargo —contestó Quinn—, pensaba que iba a salir resplandeciente de éxito. No funciona así, ¿verdad?

—Es difícil para tipos como usted y yo —dijo Arne. Éste es el golpe potencial más importante en tres décadas de la oficina. ¿Qué sabe acerca de la VEC-44?

—Es un tipo de ametralladora —contestó Quinn.

—Así es —confirmó Skye. Sacó un estuche para armas de su valija, lo abrió y puso el arma sobre la mesa. Era pequeña y liviana, tenía un cañón de unos ocho centímetros y pesaba menos de un kilo y medio. Había sido modificada para que fuera completamente automática, usaba poderosas municiones de centro hueco de nueve milímetros y tenía un cargador extremadamente grande, con capacidad para treinta y cinco cartuchos.

El arma había sido fabricada por Bélgica como arma para vigilancia de la OTAN. Se habían fabricado varios miles. Finalmente, la OTAN rechazó la VEC-44 por considerarla imprecisa a más de cuarenta metros y extremadamente peligrosa cuando las tropas se enfrentaban a civiles.

—No sirve para tirar al blanco o como arma de caza. El cañón se calienta tanto que se vuelve alocadamente rápido y por lo tanto los militares la rechazaron. La VEC-44 convertida en un arma totalmente automática opera como una máquina para matar en lugares cerrados o estrechos, como calles difíciles.

El vodka en la botella se redujo cuando llenó los dos vasos.

—Cuando la OTAN rechazó el arma, Bélgica vendió las licencias y patentes en Panamá, en la ciudad prohibida de Colón. Colón es imposible de penetrar y es un centro mundial para el contrabando de drogas y de armas.

»El paquete finalmente lo compró Ark Royal Arms Ltd., de Roy Sedgewick, fabricante canadiense, que siempre está un paso adelante del gobierno. Las VEC-44

se convirtieron en un cultivo comercial. Lotes de estuches pequeños se amontonaban en las exposiciones de armas y debajo de los mostradores de las armerías.

»Sedgewick desvió tres mil VEC-44 y las llevó en secreto a su granja cerca de Toronto. Las colocaron en estuches y las escondieron en un enorme granero debajo de fardos de heno.

»Cuando el gobierno canadiense estuvo al tanto de quién era Sedgewick y Ark Royal, éste había tomado precauciones para su edad madura.

»En el mundo paradójico del contrabando de armas, Sedgewick se asoció con Hoop Hooper, “comandante” de una milicia de doscientos hombres, el Gran Ejército de Wisconsin.

»Si Sedgewick podía pasar las armas por la frontera, Hooper las escondería en algún lugar en su “territorio militar nacional”.

»Debido a la ira con que el gobierno canadiense lo perseguía, Sedgewick no tenía muchas opciones, a pesar de sus dudas acerca de Hoop Hooper. Cargó su arsenal escondido en un tráiler y manejó hasta Salt St. Marie, donde lo traspasó a una gran barcaza en los Grandes Lagos.

»El alijo de armas aumentó en tres millones y medio de cartuchos de municiones, veinte mil cargadores largos y una variedad de granadas, cohetes, ametralladoras y morteros.

»Sedgewick estimaba un valor de más de tres millones de dólares en la calle. Hoop Hooper estaba seguro de que pronto podría pasar las armas a las milicias alejadas de la costa del Pacífico y tan lejos hacia el sur como la frontera mexicana.

Quinn estaba hipnotizado por la historia.

—Esperé durante un año que esas VEC-44 salieran de Canadá. Hasta que me informaron extraoficialmente acerca de un embarque de contenedores que se pasarían por la aduana sin ser inspeccionados, aparentemente como favor a un alto funcionario estadounidense.

—¡Ah! ¿Por qué diablos no los atrapó, Arne?

—Las armas eran más valiosas si se las comerciaba en los Estados Unidos. Quería descubrir quién era el funcionario y quería enterarme de qué rutas utilizaban y los nombres de sus clientes, sus comunicaciones, sus sitios en la red.

»El caso era mío, por lo tanto la ATF de Washington se apartó. Las armas se guardaron en un depósito aduanero hasta que las retiraran. Al día siguiente, abrí una serie de contenedores, confirmé el contenido e implanté el sistema GPS. ¿Conoce el GPS?

—Sí, es un satélite de posicionamiento terrestre —contestó Quinn. Tengo uno en mi avión.

—Seguimos las señales hasta el campo de entrenamiento del Gran Ejército de Wisconsin entre Madison y La Crosse. Allí se encuentran. Mediante un control remoto podemos encender y apagar el GPS y verificar aleatoriamente la posición. Tan pronto como el GPS emite la señal, lo apagamos.

—¿Qué sucedió con Hoop Hooper?

—¡Ay, pobre Hoop! —dijo Arne. El FBI, que por lo general se mete en nuestro camino, arrestó a Hooper por fraude con el correo, cargos relacionados con delitos económicos, evasión del impuesto a las ganancias, armas ilegales y estafas por Internet. Sa declaró culpable para obtener una sentencia reducida, pero no dijo nada acerca de las VEC-44. Las armas serían su inversión cuando saliera de la cárcel.

—Dios, qué historia.

—Mierda, ésta es una bastante sencilla —dijo Arne. Algunos de estos esquemas realmente se complican.

—¿Por qué hace esto, Arne? Es un riesgo para usted.

—Podría preguntarme también por qué pasé treinta años de mi vida en la ATF. No quiero que esos idiotas de mierda tiren tres mil armas asesinas a las calles y los bosques de mi país.

—Arne, le creo y le agradezco, hombre. Bueno, la última pregunta, ¿quién es el hombre que pasó las armas por la frontera?

—Un senador de los Estados Unidos. Importante en asignaciones, gran patriota en el departamento rojo, blanco y azul. Un verdadero dandi yanqui. La mitad del Estado le debe favores. Le dijo a la Aduana que se trataba de un cargamento sueco de maquinarias para granjas que se necesitaba con urgencia.

—Mi Dios —susurró Quinn. ¡Se trata del senador J. Richard Darling!

—Exacto —confirmó Arne Skye—, Dick Darling.

DENVER Y EL ALAMO, MARYLAND
UNA SEMANA ANTES DE LA CONVENCIÓN DE AMERIGUN

—Buenas tardes, oficina del gobernador, habla Marsha.

Alguien carraspeó.

—Soy King Porter, llamo de Maryland. ¿Podría hablar con el gobernador?

—Un momento, por favor —dijo Marsha, dirigiéndose al intercomunicador. Gobernador, King Porter está en el teléfono.

Quinn se sorprendió por la repentina llamada.

—Pásamelo —dijo, vacilante.

—¿Gobernador?

—Sí, señor.

—Habla King Porter.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Quinn.

—Bueno, gobernador, pensé que sería un gesto amable de mi parte contactarme con usted. Tenemos nuestras diferencias, por supuesto, pero AMERIGUN va a estar varios días en su hermoso estado y quisiera creer que, como estadounidenses, podemos pedir una tregua durante nuestra visita. Quisiera añadir que estamos esperando a más de diez mil delegados, además de los expositores.

—Lo recibiremos con los brazos abiertos, señor Porter.

—King, llámeme King. Tenemos un plantel de miembros muy activo…

—No hay problema. Denver sabe organizar fiestas.

—Si, bien, por cierto suponemos que no habrá ningún tipo de problemas.

—Y nosotros haremos todo lo posible para darles la bienvenida.

—Gobernador, me pregunto si le podría pedir un favor. Parece que el alcalde de Denver no va a estar en la ciudad. ¿Podría pedirle que dé la bienvenida a los delegados?

—¿Dónde y cuándo, King?

—Oficialmente, nos hacemos cargo del Centro de Convenciones la mañana del 11. El resto de ese día estaremos registrando a los delegados y ayudando a los expositores a instalarse. La ceremonia de bienvenida tendrá lugar a las seis de la tarde.

Quinn lo apuntó y se lo pasó a Marsha, que había entrado en la oficina.

—De acuerdo, King. Espero verlo pronto.

Quinn golpeó el puño contra el escritorio y gruñó.

—Bueno, vino en son de paz —dijo Marsha.

—Sabes lo que le importa. ¡Ese asqueroso hijo de puta! ¡Me arrastra allí como…!

—Los antiguos hebreos que eran llevados por Roma encadenados —dijo Marsha.

—Algo así.

—No se preocupe, gobernador, será todo un éxito. Vino la doctora Mock y quiere verlo unos minutos. Está esperando.

—Hazla pasar, y que no me molesten.

—Necesito buenas noticias, Dawn —dijo Quinn a manera de saludo.

—¿Recuerdas eso que pediste a Wisconsin?

—Nunca llegó.

—Está en camino —dijo Dawn. Estamos todos conectados. Puedo controlar su progreso desde mi oficina.

Quinn tomó las manos de ella en las suyas, suspiró, rogó y le besó la punta de los dedos.

—Está en la interestatal noventa y se dirige hacia el oeste, está por cruzar Minnesota, cantando alegremente a medida que avanza.

Capítulo 27

¡BIENVENIDOS A COLORADO!
CONVENCIÓN BODAS DE PLATA DE AMERIGUN. DENVER, DEL 13 AL 17 DE SEPTIEMBRE, 2003

¡Ja, ja!

Parecía que los tardíos espectáculos de Branson, Missouri, se hubieran volcado hacia la interestatal y todos se dirigían derecho a Denver.

En Denver, los bares tenían barrilitos adicionales apilados en sus pasillos, las prostitutas llenaban sus salones, las pandillas protegían el lugar donde traficaban droga. ¡Diversión en las Rocallosas!

Muchos acontecimientos familiares saludables en el menú. Se sortearían tres mil entradas valiosísimas para un partido entre los Broncos y los *dreamworks* KANGAROOS, último equipo en expansión de Los Angeles en el Estadio *intel* ELWAY. En las montañas, los aproximadamente miles de millones de álamos comenzaron su baile de oro. Había pocos interesados en las mil entradas de basquetbol para los *mcdonalds* NUGGETS.

BIENVENIDOS DELEGADOS DE AMERIGUN

¡Ja, ja!

El aire del otoño era vigorizador y suave. Se sintieron profundas respiraciones gloriosas.

Rae O'Connell miraba a su hermano, Duncan, ambular por el estacionamiento en dirección a la entrada. «Señor, qué ejemplo de cowboy», pensó, «es bueno que nos hayan criado con moral».

—¡Eh! ¡Aquí, Duncan!

Se abrazaron.

—Tengo entradas —dijo ella.

—¿A qué hora habla papá? —preguntó Duncan.

—A las seis. Tenemos un par de horas para dar una vuelta.

Veintisiete mil metros cuadrados, llenos con mil cuatrocientas mesas de tres metros desplegadas ante ellos. Las mesas estaban combadas debido al peso de las pistolas, los rifles, las escopetas, los aparatos de visión nocturna, los cuchillos, los dispositivos láser, las prensas de municiones, los telescopios de infrarrojo, las ganzúas, las herramientas para rateros, los micrófonos de vigilancia, las remeras.

Era el paraíso del diablo.

Una mesa doble tenía trescientos distintivos falsos de agencias de aplicación de la ley separados e individuales. Cualquier hombre podía prenderse la placa de comisario, subcomisario, detective, jefe de policía de los Estados Unidos.

Había mesas con chalecos antibalas y equipos para espías.

Y

Un artista en tatuajes.

Y

Esteroides, débilmente disfrazados, y manoplas de bronce y guantes de zapa rellenos con plomo, cachiporras, chalecos, aerosoles de pimienta y gas lacrimógeno, picanas eléctricas para ganado, garrotes y esposas de policía.

Las mesas del pasillo principal exhibían equipos para trepar subrepticiamente y herramientas para cortar alambre de púa y revistas sobre armas y bolsos de SWAT diseñados para disimular las armas automáticas.

El hall se estaba llenando. Los desconfiados expositores miraban sospechosamente a los desconfiados clientes. Se había corrido el rumor de que la policía de Denver tenía órdenes de «vivir y dejar vivir».

Los uniformes camuflados que imitaban a los del Ejército y el Cuerpo de Marines cubrían una zona de cinco mesas.

Al lado había bayonetas, orejeras para tiro, bípodes, trípodes para ametralladoras, borceguíes y perdigones.

Blancos con la figura de un ser humano.

Y

Banderas confederadas.

Y gorros de béisbol con inscripciones como SWAT, ATF, FBI, ALGUACIL, PATRULLA FRONTERIZA, JEFATURA DE POLICÍA DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Había una mesa con un arco iris de medallas y galones militares en exposición, desde la Orden de Lenin hasta la Cruz Victoriana. Suba y muéstrele a la gente cuán valiente fue, en caso de que no haya ganado su propia condecoración. Todas las medallas militares de los servicios armados desde la Guerra Hispano-Estadounidense hasta la actualidad estaban a la venta, con excepción de la Medalla de Honor del Congreso, que tenía que ser encargada especialmente.

Duncan y Rae se alejaron para comer un pancho y tomar una Coca, y masticaron indiferentemente, sin decir nada, hablándose con los ojos. Si esto es legal, entonces ¿qué es ilegal? Todo disfrazado para defender la libertad. Era toda gente amarga, temerosa, que había abandonado la alegría y la risa.

No eran personas exactamente estériles, pensó Duncan. Aquí, entre compañeros de tiro, se sentían fortalecidos por su cantidad.

—¿Qué hora es? —preguntó Rae.

—Las seis menos veinte —contestó Duncan.

—Entremos en el hall.

—Quiero mirar esos puestos de libros.

—Voy entrando y te guardo un asiento, en el pasillo cerca del fondo. ¿Mamá viene?

—Papá insistió en que fuera a Troublesome.

—Va a venir.

Pilas de libros que ocupaban seis mesas, pilas de panfletos, en tres mesas más.

Los diarios de Turner era el título principal, el libro que había inspirado al terrorista más infame de la historia estadounidense. Timothy McVeigh. Había sido su Biblia para hacer volar el Murrah Federal Building de Oklahoma.

Había una mesa con material para aprender a hacer distintas cosas.

Manual de explosivos terroristas.

—¡Muchachos! —se oía por los altoparlantes. Asegúrense de registrarse como delegados o simplemente como miembros visitantes de AMERIGUN. Quisiéramos mostrarles qué tipo de respaldo tenemos. Las mesas de registro están en…

Cómo crear sus propios rifles en el taller de su hogar

Cómo fabricar minas Claymore

Lanzagranadas

Cerbatanas: El aliento de la muerte 101 armas para mujeres En el límite

¡Cómo confeccionar documentos de identidad falsos! Técnicas para disfrazarse

La Biblia del proscripto: Cómo evadir el sistema usando la ley constitucional

Dígale no a las pruebas de drogas

La Biblia del envenenador: Mezclas mortales a través de los años

Cómo evitar que lo condenen por manejar borracho ¿Necesita obtener dinero $$$$?: Trucos en las calles de Nueva York

Guía del fugitivo: Cómo escapar, esconderse y sobrevivir

Técnicas para atrapar hombres

Detonadores

Flagelar, acuchillar, estrangular Trampas para tontos Toma de rehenes

Legiones olvidadas: Oscuras formaciones de combate de la inmortal Waffen SS alemana

Protocolos de los sabios de Sión: La verdadera historia de cómo la oscura religión del anticristo conspira para tomar el mando del mundo

¡Y el ganador es!

Cuerpo en venta: Vistazo al interior de la investigación médica, la prueba de drogas y los trasplantes de órganos y cómo USTED se puede beneficiar con ellos

—¡Aquí, Duncan!

Se desplomó al lado de ella. Los ruidos del auditorio aumentaron anticipadamente.

—Aquellos rifles a los que denominan antiguos —le susurró Duncan a su hermana— son de la Segunda Guerra Mundial. Tanto la carabina como el M-1 en la actualidad se usan para cazar, y el 03 de la Primera Guerra Mundial aún es uno de los rifles de mayor precisión del mundo. Están deformando y distorsionando todas las leyes.

—Todas las leyes y la decencia humana —dijo Rae. Dios, siento que estoy en un planeta diferente: Marte, guerra, sangre.

Le dio una palmada en el hombro.

—Hay que dar gracias a Dios de que existan hombres como papá —dijo él.

—¡Damas y caballeros! ¡Muchachos! ¡Tiradores! Su atención, por favor. La sesión de bienvenida de este gran cónclave tendrá lugar en quince minutos en el *unitedairlines* AUDITORIUM. Hay asientos especiales para los delegados y miembros de AMERIGUN que presenten sus distintivos de inscripción. El gobernador O'Connell ha aceptado darles la bienvenida personalmente. Asegúrense de que reciba una fuerte ovación.

Duncan pensó que iba a sufrir su primer ataque de asma.

VIVA LA SEGUNDA ENMIENDA decía una bandera colgada del balcón. Todos los asientos estaban ocupados. Hall Carleton, famoso jugador de fútbol americano que se había convertido en actor en el pasado, ocupaba ahora sus días con charlas que daba, después de comer, a grupos agitados y coléricos de una comunidad cristiana inmoderada.

La prominencia de los dientes de Hall había constituido un obstáculo en su carrera como actor. Como vocero célebre de AMERIGUN, se elevó entre ellos como un gigante. Cinco, seis, siete mil personas y más estaban comprendidas por el abrazo del protector.

King Porter arrastró los pies e hizo rechinar los dientes, a manera de motivación por su próximo y temerario sermón.

El día de las armas había llegado a Denver.

Las seis. Hall Carleton golpeó el mazo, declaró inaugurada la sesión y sonrió a los delegados exhibiendo sus dientes color marfil.

—¡Compañeros tiradores! Por favor, tomen asiento y preparémonos para el serio trabajo que tendremos en los próximos tres días. Ahora, somos todos estadounidenses aquí. Amamos nuestra libertad y a nuestros hijos, y tratamos a nuestras mujeres con respeto. Nos conocen por ser justos. Mi padre —continuó Hall, algo atorado— me dio un rifle BB Daisy cuando tenía cinco años para cazar los mirlos que se paraban sobre los cables telegráficos. Llegué a ser tan bueno que comíamos pájaros y conejos cuando yo salía a cazar. ¡Este viejo sabe cazar!

Aplausos, silbidos, música, tambores.

—Cuando me eligieron para ser protagonista en algunas de las grandes épicas del cine, nunca olvidé de dónde provenía ni *por qué*. Y agradezco a Dios —sí, liberales, Dios existe—, le agradezco al Todopoderoso por permitirme pasar mi ocaso, mis años de vejez al servicio de ciudadanos decentes que sólo reclaman los derechos que les dio Dios. Eso es todo lo que pedimos de un gobierno que se opone cada vez más a estos derechos otorgados justa y constitucionalmente.

Aplausos, silbidos, música, tambores. Ambos brazos se desplegaron como un Moisés dividiendo el Mar Rojo.

—Bien, no puedo decir —agregó Hall Carleton— que todos están de acuerdo con nosotros. Pero somos tolerantes. Es posible que el hombre que voy a presentarles no nos respalde en diversos temas, pero aprenderá a hacerlo. Porque es un hombre justo

y es un gran héroe estadounidense, un gran marine, un gran… hacendado y gobernador. Por lo tanto, pónganse de pie y den la bienvenida a nuestro honorable opositor, ¡el gobernador Quinn Patrick O'Connell, del gran estado de Colorado!

Rae y Duncan dirigieron sus miradas hacia la entrada del *unitedairlines* AUDITORIUM y vieron a su padre y a su madre a su lado, tranquilos como un susurro.

La banda hizo sonar la marcha de los marines, *Semper Fidelis*, Quinn avanzó lentamente entre las manos que se extendían para saludarlo. Rápidamente saludó a sus hijos con un gesto de la cabeza. Los aplausos se intensificaron cuando fue recibido en los escalones de la plataforma por Hall Carleton y King Porter. «Sé amable en la victoria», se dijo King a sí mismo. Quinn pasó a través de la hilera de miembros de la junta.

Se detuvo para estrechar la mano y recibir una palmada en el hombro del senador J. Richard Darling, y luego se dirigió al micrófono. Las cámaras tomaron primeros planos e hicieron un recorrido mientras se desplegaba una bandera del balcón con la inscripción: COLORADO ACEPTA A AMERIGUN.

Por fin se hizo silencio.

—Con enemigos como ustedes —comenzó Quinn—, ¿quién necesita amigos?

El *unitedairlines* AUDITORIUM se agitó violentamente.

Capítulo 28

El gobernador y su familia se apretaron en un compartimento en Daddy Bruce, renombrado abastecedor de costillas descarnadas de cerdo muerto desde hacía mucho tiempo. Las comieron ruidosamente.

—¿Qué le pasa a esa gente? —preguntó Rae.

—No se puede pintar un cuadro único y decir que es universal. Si hay denominadores comunes, serían la pobreza en la juventud, quizás el castigo corporal, una vida de privaciones o lugares de gran explotación. Crecieron para ser perdedores y se juntan con otros perdedores en bares de perdedores y playas para trailers de perdedores. Juntos, hablan de quienes causaron su miseria desde su nacimiento hasta su muerte. Poca gente tiene las agallas para realmente mirar en su interior, por lo tanto utilizan el cliché propio de los villanos: El gobierno es el gran malvado de sus vidas. Sueñan con ser guerreros y juegan a ser guerreros. Su razón de ser es una lógica retorcida aunque, sin embargo, para ellos es una lógica al fin. Viven como parias perseguidos, papel que les va muy bien, y por lo tanto todos lo representan. Entonces, entran en juego las armas, el ecualizador y ellos gritan acerca de los derechos fantasiosos que no tienen… pásame la salsa. El resto de todo el mundo masculino, desde los reyes hasta los plebeyos, siempre ha estado encantado y siempre estará encantado por el poder de las armas. En un momento u otro perdemos nuestra civilidad.

—Me alegro de que nos hayamos ido de esa convención —dijo Rita temblando.

—Yo también —admitió Quinn.

—¿Vas a poder hacer algo, papá?

—Posiblemente —contestó guiñando un ojo.

—No cometas una locura —dijo Rae.

—A ver si te hace caso —presionó Rita.

Quinn movió sus manos pegajosas. Rae las limpió con pañuelos y servilletas. Duncan señaló el mentón de su padre, y ella lo limpió suavemente.

Rita tomó la mano de su marido y la presionó contra su mejilla.

—Por favor, ten cuidado —susurró.

—La mayoría de esta gente que se encuentra en la ciudad por esto de las armas sólo está buscando pasarlo bien —dijo Duncan.

—A mí me preocupan los otros —añadió Rita.

Reynaldo Maldonado entró y acercó una silla al extremo de la mesa donde estaban sentados. Había comido. Había visto la bienvenida de su yerno por televisión. Valiente.

Quinn miró el reloj.

—Lleva a Rita y a los chicos al departamento. Yo manejo la camioneta.

—¿Podemos saber a dónde vas? —preguntó Rita.

—Estaré con Dawn Mock en la Oficina de Investigaciones de Colorado. No tengo idea de cuándo terminará la reunión.

—Cariño, por favor, no te hagas el héroe —le suplicó Rita.

—Estuviste allí esta tarde. Tenemos que terminar con esta mierda o vamos a empezar a perder nuestro país.

Permanecieron sentados mirando los platos y vasos de papel vacíos cuando se fue.

Quinn entró en la oficina de la doctora Dawn Mock. El coronel Yancey Hawke, jefe de los agentes estatales, se puso de pie y le dio la mano al gobernador.

—Diablos, gobernador —dijo Reb Butterworth, comandante de la Guardia Nacional de Colorado—, hoy podría haber ganado la gobernación de Louisiana.

—¿Dónde está el filón principal ahora, Dawn? —preguntó Quinn.

Encendió la pantalla, colocó un mapa de rutas de Minnesota e hizo un gesto con la cara.

—Nada. Pongamos un mapa de Iowa. —Marcó las coordenadas y tarareó: —Yo, ¡oh!… aquí está.

Un punto borroso en el monitor titilaba: piip… piip… piip.

—Lamento informarles —dijo Dawn— que realmente están llevando algo. Ya han pasado sin problemas Des Moines y se dirigen hacia el oeste, por la ochenta, hacia la frontera estatal de Nebraska.

—Su velocidad me dice que hay dos o más conductores que se turnan —observó Yancey.

Dawn Mock presionó unas cuantas teclas.

—Según la velocidad actual llegarán a la frontera estatal que divide a Nebraska y Colorado por la mañana. Colorado… Colorado… aquí vamos. Los cambios interestatales a la ruta setenta y seis. En cuatro horas estarán en Denver, después de hacer un descanso para comer.

—Lo han programado de manera de entrar en Denver a la noche —llegó a la conclusión Yancey. Cuando esté oscuro se dirigirán al lugar que han acordado.

—¿Doctor Chin? —preguntó Dawn a su pirata de Internet de la oficina.

—Estamos escuchando cien de los sitios de Internet para armas más activos —dijo Harry Chin, verificando sus notas. No ha aparecido nada respecto de un destino. Sin embargo, pareciera que hubiera una animosa actividad para la compra de VEC-44 en la convención.

—¿Cuántas? —preguntó Reb.

—Unos pocos cientos —contestó Chin.

—Lo que significa —añadió Dawn Mock— que se dirigirán a un lugar ya acordado y entregarán las VEC que han sido vendidas. No permitirán que los

compradores individuales retiren las armas. La docena aproximada de comerciantes retirará las VEC y las dispersará en los moteles y trailers.

—Sí —asintió Quinn.

—Van a huir hacia la frontera con Utah, quizás a Four Corners. Allí es donde actúan los grandes traficantes.

—¿A qué se debe todo este alboroto acerca del lugar de descarga? No podemos equivocarnos con el destino. El pequeño punto que titila en la pantalla nos conducirá directamente hacia allí. Respecto de nuestras fuerzas, Reb, su gente estará apretujada en el Estadio Elway a una corta distancia del centro de convenciones. Yancey, divida su fuerza en un triángulo, use vehículos veloces y converjan una vez que tengan la ubicación exacta.

—¿Y dónde sería eso? —preguntó Yancey.

—Mi primera suposición —contestó Quinn—, en un lugar alejado en West Colfax, cerca del pie de las montañas. El lugar está lleno de depósitos y fábricas. Colfax los deja justo en la interestatal para Utah.

—Gobernador —se quejó Yancey—, veo que quiere que se atrape a esta gente en el acto, pero vamos a tener más suerte si los agarramos justo dentro de los límites de Colorado.

—Sabemos que hay uno o más conductores de relevo, pero no sabemos cuántos de ellos hay en el tráiler con las armas —contestó Quinn. Tan pronto como los hagamos detenerse, en cualquier lugar, en cualquier momento, es posible que busquen sus armas.

—¡Qué! —exclamó Reb. ¿Formar una barricada y recorrer todo Colorado? No tiene sentido.

—El contrabando de armas no tiene sentido —dijo Yancey.

—¿Está en contacto con Arne Skye? —preguntó Quinn.

—Me temo que no, gobernador —dijo Dawn. Instaló el GPS aquí y se marchó. Se fue del circuito.

—Correcto —contestó Quinn. No vamos a revelar su nombre aunque nos cueste la vida. —El gobernador levantó ambas manos para dar tiempo a que pensaran.

—Una barricada no es lo que queremos. Si así fuera, los podríamos haber atrapado en Wisconsin, Iowa o Nebraska. La formación de una barricada y una persecución a alta velocidad crearán un tremendo lío.

Los jefes de los agentes estatales y la Guardia Nacional estaban algo molestos, al igual que Dawn Mock. Harry Chin se mostraba neutral. Los otros tres transpiraban y golpeaban las uñas sobre el escritorio.

—Denver está llena de gente que va de compras por la noche y turistas y miembros de la convención y cuarenta mil entusiastas del béisbol, todos en la vecindad del centro de convenciones. Gobernador, podría terminar de manera similar a la playa de Normandía si el punto titilante se detiene allí.

—Si usted está equivocado, gobernador, y créame que nos pueden haber

engañado, nos las veremos negras —advirtió Yancey.

—Yancey, coloque un vídeo y una cámara fija en la frontera estatal. Veamos si podemos volver a confirmarlo con los números de las patentes y las publicidades que llevan en sus lados.

—Estamos cerca, pero no tanto —dijo Dawn. Supongamos que irrumpimos en un depósito lleno de sillas reclinables y perfectos colchones Serta.

—Doctor Chin, ¿tiene algo sobre Roy Sedgewick, Ark Royal Arms?

—Tengo dos detectives en el aeropuerto que están controlando los pasaportes —contestó Chin. El gobierno canadiense le está pisando los talones a Sedgewick. Tengo información de que van a comenzar una auditoría en Ark Royal dentro de una semana. Ése podría ser el momento en que él se escape y necesite que el dinero se genere en Denver.

—No. —Quinn volvió a reflexionar. —No hay muchos vuelos de Toronto a Denver. Es probable que use Chicago como puerto de entrada, ya que no hay control de pasaportes allí, o está en camino a Sudamérica. Es imposible que Sedgewick aparezca.

—Es mejor que tengamos algo de puta suerte —reflexionó el comandante.

—Amén —dijo Yancey.

Quinn giró la cabeza e hizo sonar los huesos de su columna y cuello.

—Los amo, muchachos. Dawn, ¿tienes algún lugar donde pueda descansar durante unas horas?

—Hay un sillón grande en el hall fuera de la morgue. La gente de Hart nos informará si tienen novedades. Estaré aquí controlando el monitor durante toda la noche.

—Bueno, muchachos, saben qué hacer —dijo Quinn.

—Usted tiene más coraje que cerebro —lo elogió Reb, dándole al gobernador un cálido abrazo.

—Así es —confirmó Yancey Hawke.

Dawn Mock colocó una almohada debajo de la cabeza del gobernador y lo cubrió con una frazada. Le desordenó el pelo y le envolvió los pies.

—Mano Fría Quinn —dijo suavemente—, haz como quieras. A mi manera o nada. Feo momento para tomar decisiones. Eres mi héroe, gobernador.

—Yo no. Arne Skye.

—Buenas noches, hombre. Seguiré el punto titilante.

—Dawn, llama a Rita. Está en el departamento.

—Está bien, trata de dormir.

Capítulo 29

—¡Puaj! —exclamó Quinn, juntando los labios. Desenredó la frazada que lo cubría, se sentó y apoyó la cara en las manos. —¡Puaj! —repitió. Me llamo Quinn Patrick O'Connell —se dijo a sí mismo. Ahora bien, ¿dónde estoy… qué es ese extraño olor? ¡La morgue!

—Buenos días, gobernador —lo saludó la doctora Dawn Mock.

—Dios, ¿qué hora es?

—Las diez pasadas.

—Ah, se nota que estaba cansado. Buenos días, Dawn.

—¿Primero las buenas noticias o las malas? —preguntó.

—Las buenas.

—No hay. Roy Sedgewick desapareció en el aire.

—Podría estar aquí en Denver, usando un apodo —dijo Quinn, tratando de alcanzar los zapatos.

—O a mitad de camino hacia alguna parte —añadió Dawn. El gobierno canadiense ha alertado a Interpol acerca de él. Interpol lo atraparía en Europa. Eso nos deja América del Sur y Asia. Creería que China. Sedgewick tiene un largo historial de contrabando de armas para los chinos. Creo que los chinos lo financiaron para obtener las licencias para las VEC. Si se dirigiera a China, olvídalo. Está demasiado bien conectado, y lo dejarán entrar y esconderse.

—Mierda, entonces lo perdemos, ¿eh?

—Por cierto que no lo vamos a encontrar hoy.

Quinn se desperezó, bostezó y se disculpó.

—Voy rápido hasta el departamento a bañarme. Vuelvo en una hora.

Dawn le hizo una señal con los pulgares hacia arriba y se miraron de una manera que decía: «¿Estamos locos o algo por el estilo?».

Rita esbozó una amplia sonrisa para disimular la noche que había pasado sin dormir, al igual que Rae. Quinn tomó una ducha bien fría hasta que no la pudo soportar más. Lo esperaba una infusión de café cuando salió del agua.

—Estaba pensando —dijo Quinn mientras intentaba ponerse ropa limpia— que tú y los chicos deberían mudarse a la mansión. Lleva a Mal con ustedes.

—¿Por qué?

—No me lo hagas difícil.

—Está bien. Llamó Duncan más temprano. Está en la convención. Le di mi teléfono celular por si necesitabas hablar con él.

El gran tema de la «equidad» se había evaporado cuando el gobernador

O’Connell se fue del auditorio. Uno tras otro, los que estaban sentados en la primera fila de la junta se aproximaron a la tarima y criticaron severamente a los charlatanes antiarmas, antiestadounidenses, anticristo que detentaban el poder.

Se aprobó unánimemente un paquete de propuestas y condiciones a favor de las armas. Se consideraron violaciones a los derechos de la Segunda Enmienda el que los menores no pudieran poseer armas, que se colocaran pestillos de seguridad para los niños, que se impusieran limitaciones de veinte armas por familia, que los padres asumieran la responsabilidad y que existieran períodos de espera.

Esa mañana, King Porter se había encargado de que se recordaran las resoluciones de la noche anterior. La estrategia básica de AMERIGUN ahora era silenciar a esos dementes que estaban a favor del control de las armas y, en particular, a uno en un estado del Oeste. Si se ponía a Quinn O’Connell en su lugar, el resto de las cámaras legislativas de los estados de la nación pensarían dos veces acerca de la legislación para el control de armas.

King Porter volvió a encolerizarse con un severo y renovado sermón.

—Hola, Duncan, soy papá.

—Hola, papá. Te acaban de colgar. A ese tipo Porter le salía espuma por la boca.

—Entonces, ¿qué novedades hay?

—Recorrí el salón de la exposición con cuatro detectives de la doctora Mock. Estiman que podría haber varios cientos de armas ilegales en el lugar, pero no hay forma de llegar a ellas. Para cuando tengamos las órdenes de allanamiento y captura legal, ya van a estar desparramadas.

—Duncan, no pierdas la fe —dijo Quinn. Quiero que regreses al departamento, pronto, y te mudes a la mansión… ¡y sin discutir!

—Está bien, papá, entiendo.

El momento en que Quinn vio a Dawn Mock supo que había sucedido algo terrible. Harry Chin, que por lo general era inexpresivo, estaba repentinamente avejentado. Dawn señaló el monitor del GPS.

—Dejó de transmitir hace unos quince minutos —anunció ella.

—No hay nada que pueda hacer, gobernador —dijo el doctor Chin. Las baterías que se encuentran dentro de los contenedores han perdido energía y el GPS ha dejado de transmitir.

—¡Se suponía que durarían tres años!

—Pueden suceder cosas extrañas con las baterías —respondió Chin.

—Dawn, comunícame con Yancey.

—Habla el coronel Hawke.

—Soy Quinn. ¿Pudo sacar alguna fotografía de los camiones anoche?

—En este instante iba a llamarlo, gobernador. Hubo una terrible tormenta por la frontera estatal. Ni el vídeo ni las fotografías pudieron identificar nada.

—Perdimos contacto con el camión —le comunicó Quinn.

—Oh, Dios. ¿Qué quiere hacer? ¿Suspender todo?

—Déjeme pensar un minuto, déjeme pensar —murmurá Quinn para sí, tratando de diseñar un nuevo plan. Hagamos esto, Yancey. Mantenga su triángulo. Aún pienso que West Coster será la meta. Contáctese con Reb y asegúrese de que mantenga a su gente encubierta en el estadio. Me volveré a comunicar con ustedes tan pronto como pueda.

—Si no fuera tan serio —dijo Chin con cara inexpresiva—, resultaría gracioso tratar de encontrar un camión y un trailer sin identificación en Denver.

—Gobernador, dejémoslo ahí. Si nos abrimos ahora, no saldrás perjudicado. Para nada —rogó Dawn.

—Para nada, excepto que instalarán una oficina de mierda de AMERIGUN en Denver que nos dirá cómo vivir y pondrán tres mil armas asesinas más en nuestras calles.

—-Lo intentamos —exclamó ella. Tienes que considerar las carreras de la gente que ha estado contigo en todo momento.

Quinn se puso tenso como si fuera a golpear el monitor, pero sólo lo maldijo.

—Tenemos un largo día por delante —dijo Quinn finalmente—, al menos cuatro o cinco horas para llevar a cabo todas las opciones.

—No lo podemos mantener en secreto mucho más —manifestó Chin. Se va a filtrar.

—Está bien, denme dos o tres horas. Los necesito aquí. Ambos asintieron vacilando.

—Doctor Chin, averigüe quién es el principal hombre del sistema penitenciario federal. Averigüe acerca de su servicio militar, es decir, en qué fuerza prestó servicio. Continúe achicando la búsqueda hasta que me encuentre un marine.

—Marine de mayor jerarquía en el sistema penal.

Quinn estuvo a punto de marcar el número del abogado de Hoop Hooper, A. Wayne White, pero se contuvo.

—Recurriré a él en última instancia, Dawn. Una vez que empecemos a tratar con abogados, nuestra seguridad se verá comprometida.

Mientras tanto, la doctora Dawn Mock se había recobrado y organizaba el trabajo normal diario con sus asistentes en la oficina externa.

Harry Chin regresó en seis minutos.

—El oficial de mayor grado en el sistema penitenciario es George Appleton, subdirector principal, Cuerpo de Marines, 1978-1986, grado de mayor, combatió en Vietnam, fue condecorado.

—¿Hablo con el gobernador Quinn O’Connell? —preguntó el subdirector George Appleton entusiasmado.

—Sí, señor —contestó Quinn.

—¿Artillero O'Connell?

—Sí, señor —repitió Quinn.

—¡Es un honor! Estaba en un despliegue rápido en mi servicio. Ahora bien, ¿en qué puedo ayudarlo, gobernador?

—Esta conversación es de marine a marine —dijo Quinn.

—Comprendo —dijo Appleton lentamente. Creo que es mejor que hagamos una pequeña verificación.

—Seguro. Está mi mujer, Rita, en Denver y mi secretaria Marsha en el Capitolio. No hace falta que usted les diga quién es, sino que necesita hablar conmigo respecto de algo importante que llega de Wisconsin. Ambas le darán el mismo número. Estoy en el despacho de la doctora Dawn Mock, en la Oficina de Investigaciones de Colorado.

—Será de marine a marine —quiso asegurarse Appleton.

—Completamente.

—Me contactaré con usted a través de una línea segura.

Segundo a segundo la tensión aumentaba. Quinn y Dawn no se decían una palabra, pero ella casi podía ver el humo que salía de los oídos de él mientras hacía funcionar su cerebro para encontrar una solución.

—Habla el gobernador O'Connell.

—Appleton.

—¿*Semper Fi*? —preguntó Quinn.

—*Semper Fi* —aseguró Appleton. ¿Qué tiene en mente?

—En Denver se está realizando una convención de AMERIGUN.

—Sí, estoy al tanto. Una muy iracunda.

—Hemos interceptado un plan para vender hasta unas tres mil VEC-44 y millones de balas de municiones de nueve milímetros. Perdimos el contacto con el camión de entrega. Usted tiene un prisionero en su sistema que es nuestra última esperanza para que nos dé el destino de las armas.

—Entiendo… —dijo Appleton con voz apagada. ¿Él tiene un abogado?

—Tiene un montón. Hemos logrado hacer que esto sea un asunto exclusivo del estado de Colorado. En realidad, sólo seis personas saben algo acerca del objetivo, una de ellas mi mujer. El tiempo no nos permitirá hablar con los abogados. Si tengo que negociar con ellos, probablemente sea demasiado tarde para capturar el cargamento, ¿entiende?

—A los medios de comunicación les llevará meses darse cuenta de cómo lo logramos, si alguna vez lo hacen. Y para entonces ya habremos desaparecido.

Se sintió cierta demora del lado de Appleton. Quinn podía oír al hombre respirar, considerar. ¿Era justo que el gobernador utilizara el sistema federal para una operación en la cual los habían pasado por alto?

Sin dudas, pensó Appleton, O'Connell había obtenido información del FBI o la

ATF. Appleton estaba a punto de rechazar la propuesta cuando el retrato de un gran héroe, el artillero Quinn O'Connell, se le apareció delante de él. Después de todo, ¿qué diablos estaba haciendo Quinn? Rompiéndose el culo para servir a la gente. Por otra parte, el rencor entre las agencias federales garantizaría una conmoción en los medios de comunicación. ¿Por qué mierda tenía que hablarle de los marines?

—¿Qué necesita? —preguntó finalmente Appleton.

—Quiero hablar directamente con un prisionero en una línea segura.

—Oh, diablos, hacemos cosas peores —comentó Appleton y suspiró. Olvide mi nombre, por el amor de Dios.

—Primero la muerte antes que el deshonor —le aseguró Quinn. Su nombre no saldrá a la luz si de mí depende.

—¿Con quién quiere hablar y dónde se encuentra?

—Herman Hooper, también conocido como Hoop Hooper, Penitenciaría de Atlanta. Ex líder de la milicia de Wisconsin. Muchos cargos. Se declaró culpable para conseguir una sentencia reducida, que se bajó de cuarenta a veinte años.

—Me encargo —dijo Appleton.

—Y, George, tenemos poquísimo tiempo.

El senador Dick Darling cerró la sesión de la mañana señalando con su dedo hacia Washington y dando órdenes de lo que no se debería hacer. Hall Carleton fue elegido presidente de AMERIGUN por unanimidad, sin oposición.

Carleton esbozó una sonrisa tan amplia que sus dientes brillaron hasta la última fila cuando él y el senador se tomaron las manos en alto expresando su victoria.

King Porter anunció los temas de la tarde y una fiesta por la noche, con asado y bailes populares.

Reb Butterworth hizo ingresar a cincuenta guardias y agentes en el Estadio Elway, camión por camión. Estaba seguro de que no había levantado sospechas o creado alarma.

Las tropas se encontraban en un ancho corredor entre los asientos del campo y la platea. Tenían disponibles colchonetas y raciones en cajas.

Permanecerían totalmente vestidos y podrían llegar a sus camiones en dos minutos, y en otros cuatro minutos llegarían al centro de convenciones.

Un informe de Yancey Hawke. Él había establecido su triángulo: tres posiciones que podían converger en un instante. Cada ápice tenía unos quince agentes y guardias en zonas aisladas.

—Hola, Rae, soy papá. ¿Están todos bien en la mansión?

—Pareciera que hay veinte guardias afuera. ¿Los vamos a necesitar?

—Espero que no.

Las horas del mediodía pasaron lentamente, las más largas de sus vidas. Había un par de sandwiches de pastrami por la mitad sobre el escritorio de Dawn. Quinn estaba tensionado. Apenas podía aflojar los dientes para tomar Coca. Dawn miraba fijo al monitor vacío. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Se burlaron de nosotros —dijo ella. Son las cuatro.

—Media hora más —murmuró él.

—Has estado diciendo eso desde el mediodía.

«No importa», pensó Dawn. «¿Por qué discutir ahora? El gobernador ha actuado hábil y valientemente, pero ahora no se trata de la habilidad ni del coraje. Y nunca nadie ha descubierto cómo detener el tiempo».

Ambos se animaron cuando sonó el teléfono. Dawn asintió con la cabeza a Quinn. Levantó el receptor.

—Hola —dijo Quinn.

Dawn se puso un auricular para escuchar.

—Hola —dijeron desde el otro extremo. ¿Con quién hablo?

—Gobernador Quinn O'Connell, artillero de los marines O'Connell.

—Dígame, gobernador, ¿quién era su comandante en el ataque de Urbakkan?

—El general Jeremiah Duncan.

—¿Y obtuvo la Medalla del Congreso?

—Sí, como piloto de combate en la Segunda Guerra Mundial. Recibió una Cruz de la Armada póstuma por Urbakkan.

—¿Qué altura aproximada tenía Jeremiah Duncan?

—Era bajo, alrededor de un metro setenta.

—Soy George Appleton, gobernador. Lamento hacerle estas preguntas. Viajé a Atlanta después de nuestra conversación para arreglar las cosas. ¿Quién sabe de mi participación?

—La doctora Dawn Mock, jefa de la Oficina de Investigaciones de Colorado. Ha estado involucrada desde el principio. Y el doctor Harry Chin, nuestro especialista en Internet.

—¿Estamos hablando en un teléfono seguro? ¿No está pinchado?

—Por supuesto que no.

—Y sólo le estoy haciendo un favor, y no sé de qué se trata.

—Sí, señor —dijo Quinn.

—Está bien, aquí está su hombre.

—Hoop Hooper —dijo una voz quejosamente.

—Habla Quinn O'Connell, gobernador de Colorado.

—Sí, sé quién es.

—Bien. Voy al grano. Un trailer de dieciocho ruedas partió del Gran Ejército de

Wisconsin hace dos días y medio y llevaba tres mil VEC-44 y muchos artefactos de ataque. Destino, Denver.

—No sé de qué diablos está hablando, gobernador.

—Hemos perdido el camión cerca de Denver —continuó Quinn— y es posible que no lo encontremos aquí. Pero no le permitiremos salir del estado. Roy Sedgewick iba a obtener unos ahorritos para usted con las ventas de Denver. Sedgewick ha desaparecido, probablemente vaya camino a China. Hoop, usted tiene que saber que Sedgewick lo iba a traicionar con un par de cientos de miles de dólares de cualquier manera. Huyó porque todos estaban detrás de él.

—Bien, ¿quién carajo es Hedgehog?

Quinn no prestó atención al comentario.

—Dick Darling se va a quedar con todo el dinero que a usted tanto le costó ganar.

¡Bien! Quinn percibió que Hooper se inquietaba.

—Si nos apuramos, llegaremos a tiempo para hacer un arresto. ¿Adónde van a entregar las armas que se vendan en la convención?

—No lo entiendo.

—Usted tiene una sentencia de cuarenta años que se ha reducido a veinte porque se ha declarado culpable. Déme la información y haré todo lo que esté a mi alcance para reducir su sentencia a diez o doce años. Eso significa que con buen comportamiento podría salir en seis.

—Debería hablar con mis abogados, señor gobernador.

—De ninguna manera. Tendría que poner en riesgo la operación y a mis socios, y no hay tiempo para tratar con abogados. Usted y yo, Hooper, usted y yo, nosotros.

Hooper analizó la propuesta del gobernador. Significaba haber entrado con una sentencia de cuarenta años y salir con seis. «Tengo que creerle que Sedgewick se ha ido, y no se equivoca en cuanto a las VEC».

—¿Cómo sé que cumplirá? —preguntó Hooper.

—No lo sabe. Va a tener que confiar en mí.

—Nunca confié en nadie ni tampoco lo haré.

—Bueno, hoy es un día realmente bueno para comenzar.

Hooper resopló, gruñó y rezongó. Los tatuajes que decían DIOS MADRE PATRIA en su brazo izquierdo latían. Miró a George Appleton, que lo miraba fijo con odio. Hoop reconocía el odio cuando lo veía. Con seguridad. Sabía que si rechazaba al gobernador la vida en la prisión iba a ser brutal.

—Déme un momento para pensarlo —dijo Hooper.

—Seguro, tiene treinta segundos y cuelgo.

—Espere, gobernador. El recorrido de las armas desde Wisconsin hasta la convención de Denver se planeó hace siete meses, cuando no podíamos venderlas. Hace cinco que yo estoy en la prisión. Es muy probable que hayan cambiado el lugar de entrega.

—¿Cuál era el lugar original? —preguntó rápidamente Quinn.

—La fábrica de muebles Friehoff, en West Coster. ¿Me puede conseguir una celda para mí solo?

—Quizá. Cuénteme acerca de los camiones y los conductores.

—Están locos, hombre. Tres hermanos y un primo llamados Jensen. Han estado sacando contrabando de los puertos de los Grandes Lagos durante años. En este recorrido, se les pagará contra entrega.

—¿Qué publicidad llevan en los costados del camión? ¿Cuáles son sus patentes?

—Gobernador, no sé. Es probable que vayan en un camión que acaban de robar. En algunos recorridos, sé que ponían banderas de cerveza Old Milwaukee con imanes. No sé.

—Está bien, déme un nombre seguro de un expositor de la convención que esté traficando las VEC.

¡Dios! Hooper ya había expuesto a los hermanos Jensen y se había expuesto a sí mismo. «Al carajo y a rezar», se dijo.

—Quiero que me pasen a otra prisión —susurró Hooper con voz ronca.

—¿Por qué?

—Yo, bueno, me encontré con varios muchachos de la milicia y gente del Klan. En un abrir y cerrar de ojos los comencé a organizar en contra de los negros, y ahora los negros me quieren a mí.

—Hoop, no depende de mí. Déjeme hablar con el subdirector —dijo Quinn.

—Hola, gobernador —dijo George Appleton.

—Hoop está por darnos información clave, pero cree que ha sido señalado por los prisioneros negros. Quisiera que lo transfieran a una prisión donde no lo conozcan y pueda estar aislado.

Appleton lanzó un largo silbido.

—Mejor que lo logre o Dios nos salve. Aquí está Hooper.

—Bueno, ahora —dijo Hooper—, el mismo día conocí a dos tipos en los que no confío.

—¿Quiénes? —dijo Quinn abruptamente.

«Es él o yo», pensó Hoop Hooper. «Si estuviera en mi lugar, me traicionaría».

—Habrá una mesa de exposición de Chad Murtha. Él expone pistolas de plástico, teflón, titanio, municiones y cargadores.

«Encantador», pensó Quinn. ¡Las armas de todos los hombres para anular los detectores de metales!

Dawn Mock estaba de pie junto a la puerta tomando notas para su asistente: *Conseguir la distribución y un listado de las mesas de exposición… Chad Murtha es el expositor… Llamar a la detective Boedecker y retirar diez mil dólares en billetes marcados, de distinto valor… Investigar en el sistema penal de Tennessee y la oficina de patentes para ver si podemos conseguir una fotografía de Chad Murtha…*

—Está bien —continuó Quinn. ¿Las mesas de exposición de Murtha tienen algún tipo de señal o bandera de identificación?

—Sí, la bandera de atrás dice «¡Glock todopoderosa!» y debajo hay una más pequeña que dice «¡Glock para todos!».

—Ahora bien, cuénteme de usted y Chad.

—Yo y él hemos estado en el circuito casi doce años. Se le ocurrieron las armas de plástico porque son un artículo que deja mucha ganancia. Después de disparar unas pocas veces se comienzan a quebrar.

—Está bien. Cuando encuentre la señal de Glock todopoderosa y esté hablando con Chad Murtha, ¿qué le digo?

—Diga: «Creo que es la mesa equivocada. Billy Joe dijo que podía conseguir piezas de metal verdadero aquí». Chad le dirá: «Hace años que no veo a Billy Joe» y le va a preguntar dónde lo vio por última vez. Entonces usted le dice que lo vio en la exposición de armas en Fort Smith, Arkansas, el año pasado.

—Comprendo —dijo Quinn. ¿Cómo es Chad?

—Grandote, con una gran barriga, solía hacer pulseadas profesionalmente. Rubio, teñido, tiene alrededor de sesenta años y por lo general usa una gorra de béisbol.

—¿Podemos conseguir una fotografía de él?

—Probablemente. Estuvo en prisión en Tennessee.

—Continúe, Hoop.

—Chad va a decir algo como: «¿Qué tipo de metal está buscando?» y usted deberá responder: «Metal sueco». Le va a pedir un depósito del diez por ciento. Luego, le dará el lugar donde se encuentra estacionado su trailer y el número de su espacio de estacionamiento. Probablemente le diga que vaya a las dos o tres de la mañana.

—¿No puede simplemente marcharse con el depósito?

—No, no si quiere seguir traficando en las exposiciones de armas durante una docena de años más. Honor entre los ladrones. Ése es el horario estándar de las entregas.

—Mm.

—Vea, él tiene que mantener abiertas sus mesas de exposición hasta que cierre el centro de convenciones, por lo general entre las diez y media y las doce de la noche. Luego tiene que buscar las armas.

—Y en teoría, nos conducirá al filón principal.

—¡Eso es lo que quería, gobernador!

—Además —dijo Quinn—, hay un estacionamiento especial para los expositores en el centro de convenciones. ¿Qué auto tiene?

—Una camioneta Ford azul, la cambia año por medio por otra camioneta Ford azul. Tiene la caja de la camioneta cubierta con acero inoxidable. Debe tener patente de Tennessee.

—Hoop, concéntrese, ¿hay otros expositores que nos puedan ser tan útiles como Chad Murtha?

—No, él es el principal. Examinará a los expositores y si hay algunos que han

trabajado con él, probablemente elija a cuatro o cinco, dependiendo de cómo van las ventas.

Hooper no era consciente de la presión en su pecho. Siempre pensaba que el dolor era parte de su ser. Cuando hablaba, escupía palabras que salían de muy dentro de su ser, y era como el alivio de sacarse de encima una enorme máquina de triturar.

—Déjeme hablar con George —dijo Quinn.

—Appleton.

—Estoy poniendo en marcha ciertas cosas. ¿Puede poner a Hooper en una celda provisoria para que yo pueda estar en contacto con él si fuera necesario?

—El lugar actual es muy seguro —contestó Appleton y dio su número de teléfono. Estaremos aquí. Por el amor de Dios, no se olvide de informarnos.

—*Semper Fi,* compañero —dijo Quinn.

—*Semper Fi* —repitió Appleton.

Quinn tomó el pan viejo que había sobre el escritorio de Dawn y mordió un pedazo, muerto de hambre. En un momento, Harry Chin abrió un mapa del centro de exposiciones y lo recorrieron con lupas. Quinn revisó la lista.

—¡Bien! Murtha, Chad, Knoxville, Tennessee, armas plásticas y accesorios. Puesto lateral sobre la pared que da al oeste, puesto número setecientos veintitrés.

—Dawn, necesito media docena de detectives en tres grupos de dos hombres para ubicar la camioneta de Murtha. Sé que fracasamos en cuanto a las señales del camión grande, ¿pero puedes colocar algo en el vehículo de Murtha que emita una señal radial?

—Tengo algo excelente que va a funcionar.

—Está bien, los tres automóviles de la Oficina de Investigaciones seguirán a Murtha en algún momento después de las diez y media. Tan pronto como su señal nos indique una dirección general, puedo poner en acción el equipo de Yancey. ¡Espera un minuto, espera un minuto, espera! —exclamó Quinn, dándose una palmada sobre la frente. Ubica un par de hombres con ropa de calle en un automóvil sin marcar cerca de la fábrica de muebles Friehoff, de manera de tener una punta en 10101 West Coster. Tengo una corazonada de que esta gente no ha cambiado el lugar de entrega.

—Realmente vale la pena —dijo Harry Chin.

—Dios, quisiera poder ir con Yancey —comentó Quinn.

—Con todo el respeto que me merece, gobernador —contestó Chin—, no mueva el culo de su lugar.

Chin ingresó datos en la computadora de Dawn.

18:00 «¡GLOCK TODOPODEROSA!» DICE LA BANDERA QUE ESTÁ EN LA PARTE TRASERA DEL PUESTO NÚMERO 723. UNA SEGUNDA BANDERA MÁS PEQUEÑA DICE «GLOCK PARA TODOS».

18:22 LLEGA FOTOGRAFÍA DE CHAD MURTHA A LA OFICINA DE

INVESTIGACIONES DE COLORADO. DESCRIPCIÓN, EXCELENTE.

18:30 LA TENIENTE DETECTIVE MARY BOEDECKER SE CONTACTA CON QUINN DESDE EL CENTRO DE CONVENCIONES. HA UBICADO EL PUESTO. LA DESCRIPCIÓN DE MURTHA COINCIDE CON LA DEL HOMBRE QUE SE ENCUENTRA EN EL PUESTO.

18:35 MARY BOEDECKER SE DIRIGE AL PUESTO.

Su apariencia no delataba su profesión. Mary Boedecker era delgada, de unos cincuenta y tantos años y tenía el pelo negro y gris tirante hacia atrás en un simple rodete. No usaba maquillaje y estaba vestida como una hacendada. Mary señaló a Chad y dijo que le gustaría mirar una pistola. Murtha le sacó el seguro del guardamonte.

Mary hizo un gesto con la cara y apoyó la pistola.

—Creo que me equivoqué de mesa —dijo.

Chad la escudriñó con tanto interés que Mary casi podía sentir el calor de su mirada.

—Estoy buscando a Chad Murtha —dijo ella.

—Soy Chad.

—Vivo en una hacienda en Lodgepole County.

—Encantado de conocerla, señora.

—Billy Joe dijo que usted me podría conseguir verdadero metal.

—Billy Joe.

—Sí, Billy Joe.

—Hace años que no lo veo. Estaba seguro de que había dejado el circuito —dijo Chad.

—Lo vi hace un par de meses en Fort Smith, Arkansas —contestó Mary.

—No pude ir a esa exposición. Estaba haciendo algo cerca de Helena. ¿En qué tipo de metal está interesada?

—Sueco. El mejor sueco.

¡Funcionó! La mujer hablaba de mucho dinero.

—Bueno, ahora bien, es difícil encontrar metal sueco del mejor —murmuró Chad entre gorjeos, contando dólares mientras hablaba.

—Quiero diez —contestó ella, abriendo su gran cartera y dejándole echar un vistazo del contenido. Los ojos de Chad se iluminaron.

—Es un pedido sumamente importante —dijo Chad.

—¿Alguna vez intentó hacer algo con el gobierno de los Estados Unidos? —preguntó ella repentinamente. A mí y a algunos de mis vecinos nos limitaron nuestros derechos de apacentar en tierras públicas. Durante dos malditos años intentamos que se revirtiera. Era como caminar en el infierno y tratar de razonar con el diablo.

—El gobierno es la raíz de todo mal —convino Chad. ¿Cuál es su nombre,

señora?

—Mary Decker. Mis vecinos y yo pensamos que si formamos una unidad de milicia, podríamos cambiar la forma de pensar del gobierno.

—Parece un buen plan, Mary. ¿Podría darme su número de teléfono y el nombre de alguien que esté en la hacienda?

—Gracias, Chad —dijo con una amplia sonrisa. Le dio el número lentamente. —Mi marido, Harry, está allá.

—Usted sabe que el tipo de arma que está buscando es totalmente automática, de primera y casi a prueba de huellas. Diez VEC-44, nuevas, diez mil cartuchos en cargadores largos. Hablamos de alrededor de mil por pieza.

—Consígalas —ordenó Mary.

18:02 LOS DETECTIVES UBICAN LA CAMIONETA DE CHAD MURTHA EN EL ESTACIONAMIENTO DE LOS EXPOSITORES Y COLOCAN UNA RADIO QUE EMITE SEÑALES EN LA PARTE TRASERA.

18:31 LLEGA UNA FOTOGRAFÍA DE CHAD MURTHA A LA OFICINA DE INVESTIGACIONES DE COLORADO. LOS ANTECEDENTES MUESTRAN QUE HA SIDO CONDENADO ALGUNAS VECES POR ROBOS PEQUEÑOS. SE HA COMPORTADO BASTANTE BIEN DURANTE LOS ÚLTIMOS CINCO AÑOS.

18:40 LA TENIENTE DETECTIVE MARY BOEDECKER SE PONE EN CONTACTO CON DAWN MOCK. POR LA DESCRIPCIÓN DE LA FOTOGRAFÍA, MARY ESTÁ SEGURA DE HABER UBICADO AL HOMBRE CORRECTO.

18:41 EL DETECTIVE HYMES ORDENA A SEGURIDAD QUE COLOQUE UNA CÁMARA EN EL TECHO PARA REGISTRAR LO QUE SUCEDE EN EL PUESTO DE CHAD MURTHA. MURTHA VERIFICA EL DEPÓSITO PARA VER SI HAY BILLETES MARCADOS. SE MUESTRA SATISFECHO. MURTHA SE DIRIGE AL TELÉFONO PÚBLICO Y MARCA EL NÚMERO.

EL NÚMERO ES TRANSFERIDO A LA OFICINA DE DAWN MOCK, LÍNEA DOS. HARRY CHIN LEVANTA EL RECEPTOR.

—Hola —dice. Habla Harry Decker.

—Oh, hola, Harry. ¿Cómo están las cosas en la hacienda?

—Para el diablo. ¿Con quién hablo?

—Un amigo de la convención de AMERIGUN. Pensé que lo vería.

—Envié a mi mujer.

—Yo me encargaré de ella.

Chad cuelga con una gran sonrisa. ¡Mierda, va a ser un día de pago como los de antes!

19:00 EL SARGENTO HAP CRONIN, AGENTE ESTATAL, VESTIDO DE CIVIL Y CON UN AUTOMÓVIL SIN MARCAR, SE ENCARGA DE LA VIGILANCIA EN LA FÁBRICA DE MUEBLES FRIEHOFF, EN 10101 WEST COSTER.

19:30 SE ABREN LAS PUERTAS PARA EL «ASADO Y FIESTA» DE LA NOCHE EN EL MICROSOFT GRAND BALLROOM.

20:01 LA DETECTIVE MARY BOEDECKER REGRESA AL PUESTO DE CHAD MURTHA.

—Le tengo buenas noticias, señorita Mary. Logré encontrar las últimas piezas en el oeste de los Estados Unidos. La VEC-44 es una belleza, realmente puede detener a un hombre. ¿No está preocupada por todo el dinero que lleva?

—Bueno, no tema, señor Chad. Puedo darle a un mosquito a cuarenta metros con mi pequeña Beretta 25.

—Apuesto a que sí —dijo Chad, aparentando hacer una sonrisa. Funciona de esta manera. No escriba nada de lo que voy a decirle, sólo recuérdelo. Preséntese en el Campamento para Trailers de Foothills, en la calle Lawson, a las dos de la mañana. Van a estar vigilándola, así que vaya sola. Estoy en el lote ochenta y cuatro, en una pequeña casa rodante.

Mary repitió los números, luego preguntó:

—¿Qué tipo de vehículo tiene? No quiero golpear a la puerta incorrecta a esa hora de la madrugada.

—Una camioneta Ford, con patente de Tennessee. Quizá podamos tomar algunas cervezas.

Levantó los hombros de una manera evasiva que no significaba que no.

20:14 MARY BOEDECKER SE CONTACTA CON LA OFICINA DE LA DOCTORA MOCK, INFORMA ACERCA DE LAS INSTRUCCIONES DE LA ENTREGA DE LAS ARMAS Y CONFIRMA QUE LA CAMIONETA FORD AZUL ES EL VEHÍCULO QUE HAY QUE SEGUIR.

21:00 LAS COSTILLAS, EL POLLO Y LOS GUISANTES PROLIFERAN A MEDIDA QUE COMIENZA LA FIESTA EN EL MICROSOFT GRAND BALLROOM.

21:34 EL SARGENTO HAP CRONIN INFORMA QUE UN AUTOMÓVIL CON UN CONDUCTOR Y UN PASAJERO PASA POR LA PUERTA PRINCIPAL DEL 10101 Y ESTACIONA CERCA DE LAS PLATAFORMAS DE CARGA. EL AUTOMÓVIL ES UN MERCEDES DE ESTE AÑO Y PARECIERA PERTENECER A UNA PERSONA DE ALTA JERARQUÍA.

21:45 QUINN VUELVE A LA APUESTA INICIAL Y DECIDE QUE EL 10101

CONTINÚA SIENDO EL DESTINO. LE ORDENA A YANCEY QUE LLEVE A SU GENTE MUY SILENCIOSAMENTE A MENOS DE UN KILÓMETRO Y MEDIO DEL 10101 Y QUE ESPERE.

Fue la mejor noche que AMERIGUN hubiera organizado. Había muchos músicos que interpretaban canciones *country* y del Oeste, algunas primeras figuras de Nike, estrellas de comedias de televisión y, finalmente, el senador Darling conmovió a la multitud hasta las lágrimas.

Se formó una hilera de baile de hasta cuarenta metros que golpeaba el piso; las faldas flameaban, dejando ver las piernas de las damas; casi se agotaron las bebidas.

22:00 CHAD MURTHA CIERRA EL PUESTO HASTA EL DÍA SIGUIENTE, SALE DEL CENTRO DE CONVENCIONES Y TOMA DOS CERVEZAS EN EL BAR LONDONDERRY.

22:35 CHAD MURTHA SE DIRIGE AL ESTACIONAMIENTO DEL CENTRO DE CONVENCIONES, UBICA LA CAMIONETA FORD Y SE ALEJA MANEJANDO.

22:26 EL DETECTIVE SOLOMON, QUE SE ENCUENTRA EN EL ESTACIONAMIENTO, HACE UNA SEÑAL, ALERTA AL RESTO DEL EQUIPO Y SIGUE A CHAD MURTHA A CIERTA DISTANCIA.

22:36 TRES EQUIPOS DE LA OFICINA DE INVESTIGACIONES DE COLORADO SE ALEJAN DEL ESTACIONAMIENTO EN AUTOMÓVILES QUE NO ESTÁN MARCADOS Y VIGILAN A MURTHA MIENTRAS SE DIRIGE HACIA EL OESTE, HACIA LA INTERESTATAL.

—Por Dios, gobernador —exclamó Harry Chin con una emoción poco característica en él. ¡Tenía razón! Va a ser en el 10101.

—¿Qué clase de estúpidos son? —se preguntó Quinn en voz alta.

—Repetición —explicó Dawn Mock. Si un modo de operación funciona diez veces, funcionará once. Todos los delincuentes dejan una firma. Quizá nadie estaba seguro de quién se suponía que estaba a cargo de cambiar el lugar, por lo tanto, nadie lo hizo.

—Muchachos, ¿podrían prestarme atención? —sonó el altavoz. Hay una hilera de taxis amarillos en la entrada principal. Han sido proporcionados para su seguridad. Si sienten que han bebido de más, tomen uno de estos taxis. Los llevarán a sus alojamientos sin costo alguno, atención de la Junta de Turismo del Colorado.

Una voz dulce y lastimosa continuó cantando. Los parrandistas estaban comenzando a cansarse, transpirados, y sentían las piernas pesadas. La policía actuó rápidamente y detuvo una pelea antes de que comenzaran a golpearse.

—No mires a mi mujer de esa manera.

—Bueno, dile a tu mujer que no sea tan provocativa.

La policía los ubicó en taxis separados.

A medida que quienes estaban cansados salían del *microsoft* GRAND BALLROOM, el cantante cerraba con canciones lentas, amores perdidos, perdedores, amores abandonados, amores traicionados, todo con ritmo acongojado.

—Damas y caballeros, muchachos y muchachas. ¡Tiradores! Mañana por la noche es el gran banquete donde se entregarán los premios…

Puedo bailar contigo,
por el resto de mi vida
serás mi compañera
¡todas las noches!

—Déme con el gobernador.

—Habla Quinn.

—Soy el detective Solomon. Chad Murtha se ha alejado de la autopista. Se dirige al 10101.

—Espere.

Quinn, Mock y Chin desplegaron el mapa y Quinn regresó al teléfono.

—Ordene a sus equipos dirigirse directamente al Petroleum Boulevard. Estacionen sus automóviles en el estacionamiento de Colo Computer y vayan a pie las tres cuadras que hay hasta el este de Oakdale y Bancroft. Le avisaremos al sargento Hap Cronin que ustedes están llegando y lo mantendré informado. Y recuerden: que no haya víctimas dentro de lo humanamente posible.

23:30 CHAD MURTHA DETIENE LA CAMIONETA FORD AZUL FRENTE A LA PUERTA DEL 10101 Y HACE SEÑALES CON LAS LUCES DELANTERAS. INMEDIATAMENTE, PASA LA PUERTA, QUE PERMANECE ABIERTA. EN LOS SIGUIENTES SIETE MINUTOS, ENTRAN CUATRO VEHÍCULOS CONDUCIDOS POR TRAFICANTES DESPUÉS DE QUE CHAD LES HACE SEÑAS. SE CIERRA LA PUERTA. LOS VEHÍCULOS SE DIRIGEN A LA PLATAFORMA DE CARGA.

23:40 ENTRA UN CAMIÓN DE DIECIOCHO RUEDAS QUE LLEVA UN CARTEL DE OLD MILWAUKEE Y SE DIRIGE A LA PLATAFORMA DE CARGA.

23:42 LAS PRIMERAS UNIDADES DE LA GENTE DE YANCEY HAWKE SE CONTACTAN CON HAP CRONIN. LOS AGENTES ESTATALES, SEGUIDOS POR LOS GUARDIAS, RODEAN TODA LA CERCA, PREPARAN EL GAS LACRIMÓGENO, LOS REFLECTORES Y UN SISTEMA DE ALTAVOZ.

23:43 SE ABRE LA PUERTA POSTERIOR DEL CAMIÓN DE OLD MILWAUKEE.

SE IDENTIFICA AL DUEÑO DEL MERCEDES COMO FRANZ FRIEHOFF, PROPIETARIO DE LA FÁBRICA DE MUEBLES.

FRANZ FRIEHOFF Y CHAD MURTHA VERIFICAN UNA HOJA DE PEDIDOS.

—Morrison.
—Aquí.
—Diecisiete piezas, diecisiete mil balas.
—Trinowski.
—Aquí.
—Sesenta y seis piezas, sesenta y cinco mil balas.
—Aquí está mi pedido —dijo Chad. Tengo doscientas setenta piezas. Compro las cervezas. Me buscaron doce integrantes de las milicias.

—¡Reflectores! —ordenó Yancey Hawke.
El depósito de Friehoff y sus alrededores se iluminaron como si un astro del espacio exterior estuviera por aterrizar. ¡Cegador!
—¡Ahora escuchen! —dijo Yancey con voz resonante. Están rodeados y no hay escapatoria. ¡Si se resisten o abren fuego dispararemos a matar!
El primero en saltar de la plataforma de carga gritando «No disparen» fue Jessup Jensen, el hermano del medio del conductor del camión. Había corrido unos pocos pasos hacia la puerta cuando su hermano menor, Darren, le disparó por la espalda.
—Primera descarga —ordenó Yancey Hawke.
Una cantidad de granadas de impacto voló sobre la cerca, seguida por una andanada de gas lacrimógeno que golpeó contra la plataforma de carga y entró en el depósito rompiendo las ventanas.
—¿Reviento la puerta, coronel?
—Diablos, no, están acorralados. Déjelos así.
Parecía que todos los traficantes buscaron un arma al mismo tiempo y estaban disparándose entre sí.
—¡Suelten las armas! Caminen hacia la cerca con las manos en alto y deténganse, con las manos sobre la cerca, de cara a nosotros, o dispararemos. ¡Esto no es Waco ni Ruby Ridge ni Montana Freemen! Tienen treinta segundos para levantar una bandera blanca. ¡Nadie que intente esconderse en el depósito saldrá con vida! ¡Ahora tienen veinte segundos!

24:15 MARY BOEDECKER SE CONTACTA CON DAWN MOCK. EL SALÓN DE FIESTAS ESTÁ VACÍO Y EN DESORDEN. ALLÍ SE ENCUENTRA LA GENTE DE LIMPIEZA Y UNA DOCENA DE GUARDIAS DE SEGURIDAD.

24:25 REB BUTTERWORTH Y SU FUERZA, QUE SE ENCUENTRAN EN EL

ESTADIO INTELELWAY, SE DIRIGEN RÁPIDAMENTE A SUS CAMIONES Y ATRAVIESAN LA CORTA DISTANCIA QUE LOS SEPARA DEL CENTRO DE CONVENCIONES.

CUANDO SE DESCARGA Y SE MONTA UN PIQUETE DE VIGILANCIA UNO RECUERDA UNA ILUSTRACIÓN DE UN MANUAL DEL EJÉRCITO. VEINTE AGENTES ESTATALES Y DETECTIVES DE LA OFICINA DE INVESTIGACIONES DE COLORADO ENTRAN EN EL CENTRO DE EXPOSICIONES Y PONEN A UN LADO A LOS SERENOS.

—Bien, escuchen lo que voy a decirles —anunció Butterworth al salón de fiestas vacío. Esta instalación es, ahora, tomada en virtud del estatuto seis cero cuatro A de Colorado, como un peligro evidente y real para la seguridad pública y otros delitos.

Capítulo 30

Noticias de último momento Noticias de último momento Noticias de último momento

—Ahora pasamos a nuestros estudios en Denver. Don, ¿estás allí?

—Sí, habla Don Fender, CNN, Denver. Durante las últimas horas de anoche y las primeras de esta mañana, los agentes estatales de Colorado y la Guardia Nacional de Colorado llevaron a cabo un allanamiento relámpago al interceptar un plan para traficar armas. Una segunda fuerza de tareas tomó el centro de convenciones de Colorado, donde se realizaba el cónclave nacional de AMERIGUN.

—¿Nos puede contar…?

—Aparentemente, la operación dependía de la reserva y la velocidad. Están llegando detalles muy lentamente…

Noticias de último momento Noticias de último momento Noticias de último momento

—… interrumpimos este programa para traerles las últimas noticias de Denver.

—Soy Anita McGlore, MSNBC, Denver. El gallo ya cantó y los ciudadanos de Denver se despiertan esta mañana con estremecedoras novedades de un gran ataque armado y la clausura de la convención de AMERIGUN. El gobernador Quinn Patrick O'Connell ha programado una conferencia de prensa para la una de la tarde, hora de las Rocallosas. Se realizará en el histórico hotel Brown Palace.

Noticias de las montañas Rocallosas EL GOBERNADOR QUINN CLAUSURA EXPOSICIÓN DE ARMAS

Denver Post SE ALLANA GRAN ESCONDITE DE ARMAS

USA Today DOS MUERTOS EN GOLPE ARMADO. UN PAR DE HERMANOS, IDENTIFICADOS COMO LOS CONDUCTORES, MUEREN EN TIROTEO

New York Times (Véase historia en la sección A, página 31)

El cargamento de armas de asalto que llevaba un camión fue confiscado por la Patrulla Estatal de Colorado y una pequeña unidad de la Guardia Nacional de Colorado. Dos conductores fueron muertos en la operación y se recuperaron varios cientos de armas.

New York Post ATRAPAN A TRAFICANTES DE ARMAS

En el «histórico» Brown Palace ya se oían los murmullos. El atrio del lobby se elevaba nueve pisos hasta un techo de vidrio de donde colgaba una bandera de los Estados Unidos de cuatro pisos de largo.

Para la una del mediodía, se habían reunido unos sesenta periodistas de la prensa escrita y una docena de camarógrafos, cada uno con sus propias versiones.

Silencio total. Se podía oír cómo la gente le abría paso al gobernador O’Connell a medida que avanzaba hacia el podio. Hubo un estallido de aplausos. Media docena de periodistas se puso de pie vitoreando. Entonces, se oyó un aplauso sostenido mientras Quinn probaba el micrófono.

—En primer lugar, quiero contarles algo —comenzó Quinn. Nunca hice una conferencia de prensa de esta magnitud y es algo aterrador. No conozco a la mitad de ustedes, por lo tanto díganme sus nombres y medio para el que trabajan. ¿Está bien? Gracias.

Noticias de último momento Noticias de último momento Noticias de último momento

—… pasamos a una conferencia de prensa en el histórico hotel Brown Palace, en el centro de Denver.

Periodista, en voz baja:

—… Ése es el gobernador O’Connell en el podio. Las tres personas que se encuentran a su derecha fueron identificadas como el comandante Butterworth, de la Guardia Nacional de Colorado, el coronel Yancey Hawke, jefe de los agentes de Colorado, y la doctora Dawn Mock, jefa de la Oficina de Investigaciones de Colorado, conocida figura en los círculos encargados de que se haga cumplir la ley.

Quinn levantó y agitó una hoja de papel en el aire.

—Todos han recibido un informe como éste. Nos remonta a hace una hora, el mediodía. ¿Preguntas?

—Vernon Creech, *Rocky*.

—Hola, Vern, pensé que no me harías preguntas.

—Gobernador —continuó Creech—, el informe dice que su indicio inicial fue anónimo. ¿Quiere decir, señor, que no fue alguien del gobierno federal o que no tuvo ayuda del FBI o la ATF?

—En primer lugar, no vamos a revelar nuestras fuentes. Segundo, la operación todavía continúa y, tercero, es probable que deseemos volver a utilizar las mismas fuentes en el futuro. Yo estaba convencido de que toda la invasión de AMERIGUN a Denver era una especie de intimidación, una advertencia contra una futura legislación en contra de las armas. Si alguno de ustedes escuchó la retórica en la convención, comprenderá lo que quiero decir. Consideré que se trataba de un burdo intento de alejar a Colorado de sus derechos soberanos. Se trató de una operación estatal desde el principio hasta el fin. Mis colegas y yo sentimos que sólo podríamos tener éxito si guardábamos el secreto entre algunos pocos. Decidí que teníamos suficientes fuerzas estatales para llevar a cabo la tarea. Las armas son VEC-44 de origen belga, fabricadas en Canadá y fueron contrabandeadas a Wisconsin por los Grandes Lagos. Aparentemente, los conductores, los hermanos Jensen, habían estado pasando

contrabando durante varios años.

—Tiene que haber habido intermediarios, señor —dijo Creech, aún de pie.

—El fabricante, un tal Roy Sedgewick, de Toronto, ha desaparecido. Friehoff, en cuyo depósito se hacía la entrega, está arrestado, y también arrestamos a cinco traficantes que trabajaban desde las mesas de la exposición.

—Gobernador —dijo Chita Méndez del *Pueblo Chieftain*—, pareciera que no se involucró ningún funcionario de AMERIGUN.

—Sólo uno —contestó Quinn—, el senador Richard Darling de Wisconsin.

PUM

Noticias de último momento Noticias de último momento Noticias de último momento

—El gobernador O'Connell ha señalado al senador Darling de Wisconsin como el principal operador de un círculo de contrabando desde Canadá, que data de mucho tiempo. Capturado en el Aeropuerto Internacional de Denver, el senador ha declarado su inocencia fervientemente. Ahora pasamos al Aeropuerto Internacional de Denver…

Cuando la conferencia de prensa recobró su compostura, Len Sanders del *New York Times*, preguntó:

—¿Usaron vigilancia computadorizada? ¿Cómo siguieron las armas desde Wisconsin a Denver?

—Sí, usamos computadoras. Toda nuestra operación estuvo cubierta por las órdenes judiciales adecuadas. Además, tomamos excesivas precauciones para que no hubiera víctimas. Los dos hermanos Jensen aparentemente fueron asesinados por su propia gente. No puedo informarles sobre el método que usamos para rastrear las armas hasta Colorado.

—¿Nos puede dar más información acerca de las VEC-44?

Quinn levantó el arma de asalto.

—Aquí está. Es una nueve milímetros de calibre 38, una pistola totalmente automática que usa cargadores de treinta y cinco balas. Sólo pesa un kilo y medio y el cañón tiene unos pocos centímetros. No se le podría dar al culo de un toro a seis metros con una de estas pequeñas mierdas. Están diseñadas para disparar de cerca y a personas, en particular a ladrones y pandillas callejeras.

—¿Cuál es el estado actual de la operación, gobernador?

—Bueno, veamos. Se han registrado e incautado tres mil VEC 44. Anoche se iban a entregar entre quinientas y seiscientas armas a los compradores. Son parte de la información confidencial. Los traficantes están detenidos. Lo que es más importante aún es que está en vigencia una orden de búsqueda y captura. Nuestros equipos están en el centro de convenciones verificando todos los números de identificación de las armas. Hasta ahora, hemos encontrado bastante más de cien armas blanqueadas. Además, hay una docena de expositores que son buscados por la policía de otros

lugares.

—¿Qué va a hacer con todas estas armas, gobernador?

—Derretirlas para hacer tapas para cloacas. Permítanme decir que cualquier expositor que venda material legítimo puede recuperarlo con sólo presentarse en la mesa de entrada de la exposición.

—No espera que ningún sucio traficante intente reclamar un arma que no está registrada, ¿verdad?

—Han sucedido cosas extrañas —respondió Quinn. Quisiera pedir disculpas —continuó— a los delegados y directores de AMERIGUN y a los expositores de artículos legítimos. La gran mayoría de estos hombres son ciudadanos honorables, que cumplen con la ley. Desafortunadamente, existe un elemento desagradable que invade los cientos de exposiciones de armas que se realizan todos los años. Siempre emana un aura de temor y peligro. Ésta fue una oportunidad poco común para inspeccionar todos los contenidos de las mesas de la exposición.

—¡Canalla! —gritó una voz desde el fondo de la sala. King Porter estaba rodeado de sus confederados. —¡Nos tendió una trampa!

—Damas y caballeros —dijo Quinn—, ése es King Porter, director general de AMERIGUN. King tiene toda la libertad del mundo para subir aquí y participar de la conferencia de prensa.

—¡Qué! ¡A su prensa liberal de mierda! ¡Se trata de una guerra!

—Cuente con ello —respondió Quinn.

Durante los días siguientes, el gobernador O’Connell recibió un aluvión de mensajes de aprobación. La redada demostró que un pueblo pacífico por fin le había dado un golpe al matón del vecindario.

Quinn continuó presionando con un proyecto para regular la tenencia de armas, el proyecto sensato para ciudadanos sensatos que incluía cláusulas que habrían sido derrocadas unas semanas antes. Sería un modelo para los otros estados.

Las encuestas en Colorado y otros estados mostraron altos índices de aprobación a la medida del gobernador.

Las encuestas dieron como resultado un 78,6 por ciento a favor, un 21,4 por ciento en contra.

J. Malcolm Dunlay, ex procurador general, apareció en dos docenas de paneles de expertos durante la quincena siguiente formando parte de los ciento cincuenta y seis paneles de televisión destinados a debatir acerca de las ventajas y desventajas del golpe.

La asociación de Libertades Civiles echó leña al fuego al declarar que a los traficantes de armas se les habían negado sus derechos civiles.

Otros acusaron a O’Connell de usurpar la jurisdicción federal del FBI y de la ATF.

Más apariciones de los paneles.

Quinn y su gente se retiraron cuando hambrientos miembros de los medios de comunicación comenzaron a revisar los tachos de basura y los compartimentos de los baños de la capital.

Se perdió el recuento total de las comunicaciones por Internet, pero parecía que el 78,9 por ciento estaba a favor de la operación.

El público estaba entusiasmado. Abundaban las repeticiones de *A la hora señalada*. El gobernador Quinn Patrick O'Connell alcanzó prominencia nacional.

A fin de mes, la redada a AMERIGUN y el cowboy O'Connell desaparecieron y fueron reemplazados por la tragedia de una estrella de una de las comedias de televisión, quien cortó en pedazos a su mujer con un cuchillo de trinchar.

Los paneles sobre homicidios reemplazaron a los paneles legales y sobre armas, aunque J. Malcolm Dunlay pasaba de uno a otro sin ningún esfuerzo.

Aunque el gobernador O'Connell se había alejado del centro de atención directo, se comenzó a hablar de él. En vez de tomar la ruta de la gloria, pareció retirarse, aturdido y asombrado.

Rita finalmente pudo sacarlo de Denver y llevarlo a Troublesome. Se quedarían en casa de Mal, donde podrían gozar de un mayor aislamiento que en la hacienda.

La lluvia golpeaba en el tragaluz, quizá la última lluvia antes de que llegara la nieve. Las manos conocedoras de Rita masajearon los lugares donde le dolía. Al principio, él ni siquiera tenía ganas de hacer el amor.

El viento se mezclaba con la lluvia y bombardeaba de manera amenazadora, después se suavizaba hasta convertirse en un tierno tatuaje de pequeñas gotas de lluvia. Luego surgía una oportunidad para la resurrección.

Rita y su padre se mecían en las hamacas del porche, miraban cómo la tormenta se dirigía hacia el sur y sentían la frescura posterior a la lluvia.

Dejaron de hablar cuando Quinn, en un amplio albornoz, se dirigió a ellos bostezando.

Había dormido, en esta siesta en particular, durante cuatro horas.

—Bueno, parece que mi mujer y mi suegro están tramando algo… ¿qué? ¿Asesinar al cruel gobernador con puñales y conseguir la cámara legislativa estatal?

—Eres, querido yerno, víctima de tu propio éxito. ¿Hay algo que no tengas en claro, Quinn?

—¿Como qué?

—Como que te vi de rodillas en la capilla de la familia por primera vez en las cuatro décadas que te conozco —dijo Mal.

—Era entre Dios y yo —respondió Quinn. Por favor, dime, Señor, quién soy y qué tienes pensado para mí. ¿Tengo poderes de veto? Que mi corazón esté tranquilo.

—Sabes lo que está sucediendo —dijo Mal. Rita y yo hemos contestado preguntas de los personajes más prominentes del Partido Demócrata. Tienen un chico de oro. Acostúmbrate.

—Me encanta la política de la gente… —comenzó Quinn.

—Y eres el gobernador más querido en la historia de Colorado —agregó Rita.

—Estaba pensando quizás en una embajada. Quizás Australia o Nueva Zelanda. No quiero puestos en el gabinete, sólo una embajada que no cause problemas.

—Bueno —dijo Mal—, ¿por qué no intentar abrir un consulado en St. Barth y tirarnos en la playa y mirar tetas todo el día?

—Y me gustaría mirar pitos.

—¡Dilo, Quinn! —presionó Mal.

—Primero, el ataque de Urbakkan —murmuró Quinn—, ahora esta redada de AMERIGUN. De repente, la adoración es probable que desaparezca, y dirán: Quinn es un hombre de violencia. ¿Quién lo necesita? La buena vida depende de la paz y la prosperidad. Los imperativos morales como la derrota de la esclavitud llegan a muy alto precio. Mientras que sigamos productivos y libres, evitaremos los persistentes temas purulentos. En todo caso, no voy a ser quien una a la gente respecto de un tema moral. Eso hace que una persona se vuelva más aburrida.

—Eres todo menos aburrido —dijo Rita.

—¿Y qué me dices acerca de ti y Duncan y Rae? ¿Están listos para un millón de gusanos parados a la puerta todas las mañanas?

—Lo que me preocupa —respondió Rita— es que si huyes, pasaremos el resto de nuestras vidas en un infierno impuesto por nosotros mismos. Sabía que iba a suceder incluso antes de que te postularas para gobernador.

—No nos hagas creer que te retiras por tu familia. Saben que su papá es un gran líder… —afirmó Mal.

—Tiempo de *mea culpa* —dijo Quinn. Quería entrar limpio y salir limpio. Antes del arresto tomé la decisión de que me presentaría para una reelección si tenía la posibilidad de hacer aprobar esta legislación e incautar alrededor del ochenta y cinco por ciento de las armas de Colorado. Cuando los planes del golpe pasaron a ser una realidad, tomé dosis masivas de mendacidad, el antiguo arte de mentirse a uno mismo. Mentí, hice acuerdos sucios, fui muy selectivo respecto de los derechos de la gente, puse a muchos en peligro, puse en peligro las carreras de algunas personas muy talentosas. Entré en el tema de Urbakkan limpio y escapé por un milagro. Entré en AMERIGUN manchado y volví a escapar limpio, excepto por esos tristes hermanos Jensen. ¿Siempre me perseguirá la maldición de tener que llegar como un ave de rapiña? ¿Tengo que hacer estallar la mitad del estado para demostrar lo que quiero decir? ¿La gente realmente quiere un cowboy?

—Bueno, ahora tiene uno —dijo Mal bruscamente.

—Eres su héroe, Quinn —le aseguró Rita.

—Los quiero —susurró Quinn—, y sé qué están pensando, pero no se atreven a decir. Tómate con calma el próximo mandato, Quinn, luego ve y prueba con la presidencia. —Quinn cerró ambos puños. —Nada, nada puede pasar que sea peor que la agonía por la que tuvieron que atravesar Bill y Hillary Clinton —afirmó. Nada,

nada, nada.

Parte Tres

Capítulo 31

LA CASA BLANCA, 2007

Desde un principio, Thornton ordenó un operativo para volver más formal a la Casa Blanca. Era un lugar serio, con un código de vestimenta serio. No más patines por los pasillos con vestimentas como las de los miembros del coro de *Guys and Dolls*.

Republicanos serios nombraban a jóvenes serios para las pasantías. Ya no había más jóvenes liberales punk. No había más jóvenes mostrando las piernas o el escote o con peinados inadecuados.

La intimidad entre el personal era más arriesgada.

Bajo control, la multitud de legisladores, asesores, personal de los medios de comunicación, mercenarios de relaciones públicas y grupos de presión ingresaban en un lugar correcto y consagrado.

Audazmente, la sala de la prensa, que se encontraba cerca de la Oficina Oval, fue exiliada a otra ala del edificio. Los medios de comunicación se encolerizaron. Darnell sabía que se trataba de una apuesta que el Presidente podía ganar. Después de la hecatombe de los medios a fines del siglo pasado, el público estaba encantado de que la prensa aprendiera buenos modales.

Thornton Tomtree fue el primer Presidente de los Estados Unidos totalmente computadorizado. Instaló un equipo con los mejores analistas en informática. No importaba cuál fuera la tarea, los antecedentes de un político elegido, el clima en Alaska, una reunión de gabinete, podían analizar minuciosamente la información y traducirla con mayor rapidez que cualquier otro equipo del mundo. Tomtree iba a sus reuniones con datos recién obtenidos, las variaciones en la opinión pública, todos los matices del mundo de las finanzas.

Darnell Jefferson tenía las riendas del lugar. Juntó un grupo de personas encargadas de las relaciones públicas con un talento excepcional para oponerse a cualquier idea sobre la que la Oficina Oval se mostraba rígida.

Como durante los primeros años no hubo escándalos, la agenda social de la nación pronto se vio sorprendida por el poder conferido al mundo empresarial, supuestamente para mantener a los Estados Unidos como única superpotencia.

Si Thornton conocía algo bien, era la codicia humana. Todos los estadounidenses la tenían. Sus programas estaban diseñados para que la gente percibiera los beneficios.

Pucky se había convertido en una elegante mujer de sesenta años. Ella y el Presidente hacía mucho que no dormían juntos. Esto no provocó la ira en ella, sino que en un extraño sentido le daba libertad. Hacía todo lo que se esperaba de una primera dama, a menudo agregando picardía y humor y ofreciendo los banquetes más elegantes que se puedan recordar.

Thornton sabía cuánto valía ella y la recompensaba aportando al escenario cultural.

¡Estoy durmiendo y no me puedo despertar! ¡No me puedo despertar! ¿Dónde diablos está Pucky? ¡Dónde estoy! Va a ser de día y O'Connell le hablará a la nación… gran consecuencia.

—¿Dónde diablos está Pucky?

—Señor Presidente —mi mayordomo, Eric, repitió, despertándome de un sueño profundo, lleno de confusión. Me señalé la boca. Me pasó un vaso de enjuague bucal y sostuvo una escupidera, luego me puso gotas en los ojos.

—Son las cuatro de la mañana, señor Presidente, las dos según la hora de las Rocallosas.

Esto me llamó la atención. Pregunté dónde se encontraba Darnell. Eric lo había buscado antes de despertarme. Darnell estuvo inmovilizado durante alrededor de diez minutos en la sala de prensa.

—No me pasen llamadas hasta que Darnell me pueda informar —ordené.

¡Vamos, Darnell, mierda! Es gracioso. La primera vez que le dije esas palabras fue cuando éramos adolescentes.

Darnell Jefferson, primer millonario negro en la historia de los Estados Unidos, que pertenecía a tres docenas de directorios empresariales, que donaba grandes sumas a la comunidad y colegas negros, que había ido personalmente a Moscú cuando la Unión Soviética se estaba separando y consiguió a los veinte mejores científicos en informática del país para T3, que me convenció para construir un palacio de placer para mis trabajadores que se convirtió en el modelo para toda la industria, etcétera, etcétera.

Bueno, actué bien con Darnell… y él actuó bien conmigo. Es el único en quien puedo confiar en este vacío que llevo. No confío en nadie excepto en él. Supongamos que nunca nos hubiéramos conocido. Supongamos que no hubiera decidido pasar su vida cuidando que mi imagen pública se viera pura y dinámica.

La noche de año nuevo de 1999 le dije que me iba a postular para la presidencia en el año 2004. Darnell ya se lo imaginaba y planificó una campaña brillante.

Llegamos a la Casa Blanca a comienzos del nuevo siglo. El cuidado, la alimentación y el control de Internet habían dado lugar a grandes respuestas y a una mayor confusión.

De repente, el mundo tenía potencialmente tres mil millones de posibles escritores no sólo con un acceso libre y desencadenado, sino que además escondidos en el anonimato.

Las grandes empresas de computación estaban empeñadas en aumentar la velocidad y reducir cada vez más los chips. Empaquetarlos, comercializarlos era la parte agradable. La competencia se había vuelto cruel como un matadero y

enfrentarse a un juicio antimonopolio era la forma más noble de la vida empresarial. Nadie parecía tener una visión del futuro, o hacia dónde nos conducía este coloso electrónico.

Darnell tomó a un grupo de expertos y escritores dedicados a la ciencia y preparó un manuscrito: *Guía del sentido común de T3 para la ética internacional en Internet: Manual para el siglo XXI*.

Escribí el borrador final y subvencioné a un gran editor para que lo publicara. Vendió más de un millón de copias en las librerías y otro millón en los diferentes sitios de Internet. Declaré a *Sentido común de T3* obligatorio en toda convención y salón de ventas a precios accesibles y envié miles de copias a colegios y universidades.

Al igual que *Según Hoyle* y *La guía social de Burke*, *Sentido común de T3* estableció las reglas del juego para un juego que las necesitaba con urgencia. Había dado mi primer paso sobre la alfombra dorada que llegó a su punto culminante con mi elección como Presidente de los Estados Unidos.

Todo lo que acabo de decir les puede parecer gracioso a la luz de una nación que se caracterizó por ventilar los trapitos al sol hacia fines de los años 90. Sin embargo, muchas de las cosas que ventilamos nos serán de más utilidad si las volvemos a guardar.

El punto de todo esto es decir que yo mismo, Thornton Tomtree, soy un empresario limpio, moral, exitoso, creado por mi propio esfuerzo.

La masacre de Four Corners no fue mi culpa, pero sucedió durante mi mandato. Darnell Jefferson y Pucky literalmente me forzaron a viajar por una nación que estaba de luto y a compartir el dolor de la gente.

Con torpeza y a tropezones al principio, aprendí el arte de la compasión. Aunque nunca lo había conocido o comprendido personalmente. Lo representé, la gente respondió a mi «sinceridad»… Nunca sentí cuán profunda era su angustia. ¿Acaso ser líder no se trata de eso: no hundirse en un montón de cenizas, sino demostrar la fortaleza y la capacidad de soportar una tragedia?

Si un líder sintiera dolor por cada inundación, huracán, tiroteo, epidemia, vuelco de un colectivo escolar… se derrumbaría y ya no sería líder.

Darnell y Pucky me impusieron demasiadas cosas mundanas para ayudarme a recuperar mi posición para la reelección.

¡Hablando de tragedia! Me estaba acercando al gobernador O’Connell en las encuestas y en el gran debate esperaba terminar con él. ¡Lo eché a perder! Respecto del papel de Pucky en esto, mejor ni acordarse, no registrarlo.

Ahora quedan menos de dos semanas para la elección presidencial del año 2008. No me está yendo tan bien, ¿verdad?

¿Por qué, de la nada, se le ocurrió a O’Connell pedir una cobertura televisiva nacional de un anuncio?

Darnell entró con un manojo de hojas. Atisbo el traje oscuro que Eric había

preparado.

—Guarda este traje de luto —Darnell le ordenó a Eric. Quiero que el Presidente se ponga una chaqueta informal verde y camisa sin corbata.

—Darnell…

—Hay mucha gente abajo qué necesita que le levanten el ánimo.

No tenía sentido discutir sobre un tema tan trivial.

—¿Qué novedades hay?

—Tenemos algunos datos del Departamento de Policía de Nueva York. Esta visita de Ben Horowitz parece haber desatado una especie de reacción en cadena en la campaña de O'Connell. Ben Horowitz es teniente detective con treinta años de servicio, está casi retirado o alejado para enseñar en la Facultad John Jay de Justicia Penal. El padre de Horowitz era profesor de estudios rusos en la Universidad de Nueva York. Horowitz se especializa en personas desaparecidas.

—¿Hay fotografías?

Levanté la lupa y estudié las fotografías. Podría haber un parecido, quizá no. No puedo saberlo con estas fotos.

—¿Qué más? —preguntó Tomtree.

—He hablado personalmente con nuestro hombre principal dentro de la jerarquía de la Iglesia. No hay registros oficiales en los archivos de adopción de la Iglesia acerca del nacimiento de O'Connell. Hubo dos personas que participaron íntimamente de la adopción, el cardenal Watts de Brooklyn y monseñor Gallico; ambos han muerto. Lo hicieron en nombre de un padre que era hermano de Siobhan O'Connell, pero no le dieron detalles. También ha muerto. El convento donde se educó O'Connell y que lo envió a Colorado no pudo darnos ningún tipo de información acerca de los padres biológicos del chico.

Me gustaba lo que estaba oyendo. Estaba por salir a la luz algún tipo de furúnculo moral, el tipo del que los medios de comunicación pueden aferrarse para devorar a cualquiera. Era seguro, Horowitz y O'Connell estaban relacionados. Sí, pasé el punto crítico, y en pocos días las encuestas volverán a tenerme en la delantera. El milagro de mi reelección sucedería. Se trataría de un revés incluso más grande que la derrota de Truman sobre Dewey. Me consumía la impaciencia. ¿Había forma de enterarse qué iba a decir O'Connell antes de que lo hiciera? Si así fuera, podríamos estar planeando nuestro contraataque en este mismo momento.

—Se te hace agua la boca, Thornton —dijo Darnell.

—Así es. Si el padre de Horowitz era un académico que enseñaba ruso, tiene que haber un archivo de él en el FBI.

Darnell me miró como diciendo que «tenía mierda en el cerebro».

—Espera, por el amor de Dios. No jodas con los archivos del FBI. No te adelantes a los acontecimientos y eches todo a perder. Lo sabremos en unas pocas horas. Creo que O'Connell se está arrinconando. Tienen que ser buenas noticias para nosotros.

Capítulo 32

COLÓN PANAMÁ, 2007

La zona de libre comercio de Colón se encontraba a una hora de distancia en automóvil de la ciudad de Panamá. Esta zona estaba ubicada en el medio del eje norte-sur del hemisferio occidental y era el punto de tránsito de todo lo que iba hacia América del Norte y hacia América del Sur. Todo.

La ciudad misma era la personificación de un lugar de América Central caracterizado por los robos, la sordidez, la desolación, la humedad, el lodo, el calor y el peligro. Un lugar donde los ojos y oídos parecían estar detrás de todas las esquinas y paredes buscando negocios con avaricia.

Red Peterson, viejo temerario del oeste de Texas, apenas transpiraba, a pesar de que el ventilador que estaba arriba resoplaba en agonía.

Enfrente de Red estaba sentado Moshe Rosenthal, con rizos que le caían sobre las orejas, barba, *yarmulke*, y su manto para rezar. Tomó un sobre de su caja de seguridad y se lo pasó a Red por sobre el escritorio.

El sobre contenía un brillante blanco azulino de diecisiete quilates, con corte de diamante. La piedra era cegadora.

—Ahora bien, ¿de la mujer de qué dictador sudamericano proviene esta pequeña gema?

Moshe levantó sus manos inocentemente.

—¿Le pusiste precio?

—¿Tienes idea, Red, de cuánto vale?

—Más o menos.

—Para ti y sólo para ti, ciento cincuenta mil.

Red volvió a colocar el diamante en su sobre, lo cerró de modo que quedara seguro, lo guardó en el bolsillo superior de su camisa y lo abotonó. Firmó un pagaré a nombre de Rosenthal. El joyero podría cobrar después en la Villa Hans Pedro Oberg, una de las principales cámaras de compensación y Bancos de Colón.

—Hiciste una buena compra —-dijo Rosenthal. Podría ser algo arriesgado venderla como una piedra sola. Si así fuera, podría alcanzar más de medio millón. Te daré el nombre de un comerciante de primera que está en la calle 47 de Nueva York. Puede ver los cortes como ningún otro. Duplicará tu dinero.

—Moses, sabes que no trafico con esta mierda. Esto es sólo un pequeño regalo para la bomba sueca alta y grandota con la que estoy casado.

—¡Una piedra así para tu mujer! Bueno, lucirá fantástica engarzada en un collar.

—Es así, Moshe. Le compré esta tanga. Una tanga, sabes, ¿una tanga? —dijo Red vacilante.

Se puso de pie e hizo como si llevara puesta una tanga.

—A la parte superior izquierda, la llamo primera base; el hilo tiene una hilera de pequeños rubíes. A la parte superior derecha, la llamo tercera base; tiene una hilera de esmeraldas. Este diamante va directamente a la meta.

—Eres tan romántico —dijo Moshe.

La tetera silbó. «¿Cómo mierda puede tomar té caliente?», siempre se preguntaba Red. Nunca lo demostró, pero le molestaba cada vez que veía el tatuaje del campo de concentración de Moshe Rosenthal. Moshe sacó una botella de lo que tomaba Red. Brindaron por el trato; esa noche elevaría sus plegarias.

—Entregaste flor de pedido. Esta mañana vinieron unos tipos buscando a tu piloto, Cliff Morgan. Aparentemente, alguna entrega tipo paracaídas.

—Parece la CIA, ¿no es cierto, Moshe?

—Las armas van a las montañas de Sierra Maestra en Cuba, a media docena de bandos guerrilleros contrarios a Castro. Es extraño, recuerdo que en 1959 o 1960 los estadounidenses entregaron armas con paracaídas para Castro en Sierra Maestra.

—Nada cambia —dijo Red. Miró hacia afuera. Estaba oscureciendo para el chaparrón diario. —Las armas que salen de los Estados Unidos se venden a la CIA en Colón y se llevan en avión a los campos cubanos rebeldes. Simultáneamente, voy a comprar AK búlgaros para enviar desde Colón a los Estados Unidos.

Red caminó bajo la fuerte lluvia durante cuarenta segundos y llegó a Kelley’s Klub chorreando. Cliff Morgan ocupaba una mesa con una botella por la mitad y tenía una bailarina sentada sobré su falda. «Cristo», pensó Red, «esta pequeña belleza me recuerda por qué un tipo nunca puede dedicarse sólo a las rubias».

—¿No me vas a presentar a tu amiguita? —dijo Red al entrar.

—Ella es Choo-Choo —dijo Cliff. Ella y su hermana, Candi, hacen un número realmente artístico juntas. Les gustaría pasar un rato con un hombre maduro.

Red tomó la llave de su hotel y se la entregó a Choo-Choo.

—Arregla para salir a alrededor de las nueve o diez —dijo Red. Lo arreglaré con Kelley.

Ella tomó las llaves. La mano de Red sintió la hermosa curva de su cadera y ella se fue.

—Gracias —dijo Red a Cliff.

—Un gusto —contestó Cliff. Red deseaba con toda su alma que Cliff Morgan hubiera pagado la cuota de su jet.

—Me enteré de que la CIA te estaba buscando.

—Sí, quieren que transporte nuestra entrega en avión y la deje caer en Sierra Maestra. Hay cincuenta mil.

—¿Aceptas el trabajo?

—Después de que termine nuestro charter. ¿Cuándo nos vamos?

—Tengo un pequeño negocio en la Villa. Iba a partir esta noche, pero Choo-Choo y Koo-Koo… bueno, mañana por la mañana. Envía un plan de vuelo para Lubbock.

Los guardias hicieron pasar la limosina de la Villa Pedro Oberg por la puerta. Red

salió y desapareció con Hans Pedro en la hermética sala de seguridad. Era uno de los edificios civiles más protegidos desde Río Grande hasta el extremo de la Argentina.

El banquerito suizo de mierda, Claus von Manfried, estaba a mano para levantar las entregas de los negocios. ¡Cómo operaba! Dividía las grandes cuentas en media docena para media docena de Bancos, todas cuentas numeradas e inaccesibles.

—Veamos qué tenemos aquí —dijo Hans Pedro. Tengo una verificación de las piezas que envió. Le van a pagar dos millones setecientos cincuenta mil dólares. Menos cuatrocientos setenta mil que debe por los AK búlgaros.

—Sí. Le debo a Moshe Rosenthal ciento cincuenta mil.

—¿Verificó su compra?

—Sí, esta mañana. Están todos allá. Irán en un carguero griego, *Kaspos*. ¿Qué me queda? —La calculadora de Claus von Manfried sumó los sobornos, el transporte, las tarifas de la cámara de compensación de Hans Pedro Oberg.

—Algo menos de un millón.

—¿Cuáles son mis depósitos totales?

—Treinta millones en ocho cuentas.

Red se rascó la cabeza.

—Deje en el Banco medio millón del dinero nuevo y déme el resto en efectivo.

—Se lo prepararé, señor.

«Obviamente que lo preparará, suizo de mierda», Red pensó.

—Lo buscaré a las seis de la mañana.

Se dieron la mano e hicieron fríos gestos con la cabeza.

Red sonrió cuando dejó la villa. «Banda de ladrones», pensó. Pero Coo-Coo y Du-Du estarían… esperando… y, sonrió por primera vez en varios días, Greta se pondría la tanga. No estaba tan mal.

Capítulo 33

Hosanna Corner, en los alrededores de mala muerte del Lubbock de mala muerte, había ayudado a las personas rectas y a los pecadores en sus historias alternativas. Hosanna Corner había comenzado a existir después de la Guerra Civil como último abrevadero antes de que los vagones de los trenes entraran en el desierto del sudoeste.

Casi un siglo antes, durante el apogeo del petróleo en el oeste de Texas, naturalmente se convirtió en un salón donde había juegos y prostitución. Cuando la buena racha del petróleo pasó, miles lo perdieron todo y quedaron con tierras que apenas podían cultivarse.

Lubbock se convirtió en un lugar desagradable y de poco valor, donde el sueño americano había traicionado a los temerarios buscadores de petróleo, los más duros de todos los hombres.

Hosanna Corner recuperó su sentido de gracia como lugar de reuniones local donde una variedad de sectas cristianas intentó encontrar apoyo ante el descontento.

Ésa era una gran noche de reunión. Se necesitaba un santo y seña y una identificación. Red Peterson entró y avistó una silla vacía en el fondo. El gran piso principal había sido arreglado sacando las mesas y colocando las sillas como si fuera un auditorio.

Red se sentó, solo, inclinó la silla contra la pared y miró de soslayo a los personajes. A un lado de la barra, había un poster de un negro linchado. Al otro lado, una fotografía del incendio de Waco. La barra hacía las veces de altar, tenía una cruz de pie. Los hombres del Klan se quitaban las capuchas, sintiéndose aliviados por encontrarse entre los suyos. Más saludos secretos.

Entonces, unos seis *skinheads* de Oregon clavaron un poster de Adolf Hitler en la pared.

Las palabras que atravesaban el espejo detrás de la barra decían ¡YAVE ESTÁ AQUÍ!

Una docena de hombres que llevaban camisas de seda adornadas con una cruz anaranjada y una esvástica anaranjada se sentaron en la primera hilera. Eran los nuevos predicadores que jurarían para ingresar en la Llegada de los Cristianos Arios Blancos.

La luz del salón se atenuó, lo que recordaba que la mayor parte de su trabajo se realizaba en la oscuridad.

Los miembros de la Milicia del Oeste de Texas, que llevaban tatuajes, ametralladoras Uzi y enormes bigotes y pañuelos colorados, hicieron un círculo con las sillas.

—Ésta es una reunión importante —dijo a manera de apertura un miembro del Klan. Estamos aquí para que media docena de nuevos predicadores juren para

integrarse al grupo de la Llegada de los Cristianos Arios Blancos.

Cuando el miembro del Klan se llevó el puño al corazón, la sala se puso de pie y devolvió el saludo. Resonó el canto de ¡*Poder blanco*!, haciendo vibrar el Hosanna Corner hasta sus cimientos.

La docena de nuevos predicadores prestó juramento.

—… limpiaremos esta nación de la adulteración étnica. Defenderemos la pureza de nuestras mujeres contra la infestación mestiza y a nuestros niños de los libertinos perversos y homosexuales. Juramos todo esto en nombre de Jesucristo y en la memoria de Su olvidado hijo, Adolf Hitler.

—¡Poder blanco! ¡Poder blanco! ¡Poder blanco!

—Y ahora ha llegado el momento de aclamar a nuestro líder espiritual, el moderador de la Llegada de los Cristianos Arios Blancos… el pastor Ed Jenkins… Pastor Ed.

Los vítores, medias reverencias, saludos con los brazos dieron la bienvenida al pastor Ed al altar. Aclamaron a un pequeño hombre con anteojos, el pastor Ed de todos, vestido con ropa laica de poliéster, raída y desarrapada, un incansable trabajador del movimiento.

Red Peterson bebió un trago, al igual que una considerable cantidad de portadores de petacas que se encontraban en el salón.

—Esta noche aquí hay espías del gobierno —comenzó el pastor Ed. Miren a quién tienen al lado. ¿Es uno de ellos?

—¡No!

—Como sabrán, hermanos, me pusieron en libertad cuando el sucio y deshonesto gobierno retiró los cargos de sedición en mi contra. Pero durante seis meses me pudrí en una apestosa celda entre desviados sexuales, drogadictos, mexicanos, violadores y asesinos, todo por el delito de haber intentado defender a mi bendita esposa y a nuestros cuatro benditos niños de un allanamiento terrorista del gobierno en el medio de la noche, realizado por la Oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego.

Los silbidos y aullidos de desaprobación resonaron por todo el salón, y los golpes de los pies y pisoteos hicieron que el lugar retumbara.

El pastor Ed levantó las manos pidiendo silencio.

—La gente de la ATF me pegó hasta dejarme inconsciente, y luego escondió drogas y armas por toda mi casa, hizo pedazos todo el lugar y se llevaron las armas legales que debemos tener para defendernos de la tiranía gubernamental.

Entonces la voz modulada y quejumbrosa se abrió como el chirrido de una serpiente que hace ruido con la lengua:

—En esa celda oscura y peligrosa, en el punto más bajo de mi vida, Jesucristo vino a mí. «Pastor Ed», dijo Jesús, «vengo a ti en nombre de mi Padre, y mi Padre quiere que digas la verdad acerca de la conspiración del gobierno contra la gente decente de raza blanca».

El pastor Ed tomó un trago de su vaso de agua mientras ordenaba que se hiciera

silencio. Red Peterson bostezó.

—«Escucha, Ed», me dijo Jesús. Jesús me dijo que a principios del siglo XX el zar de Rusia instituyó una serie de pogromos falsos contra los judíos… que jamás existieron. Se trató de un truco para embarcar a millones de judíos hacia los Estados Unidos e infiltrarlos e infestar a nuestro amado país. Cuando los judíos llegaron a Nueva York u otras ciudades, todo lo que tuvieron que hacer fue retirar dinero de los banqueros judíos y mudarse a todas las ciudades y los pueblos.

—¡Poder blanco! ¡Poder blanco!

—*Sieg Heil*!

—Estos judíos tomaron la prensa, son dueños de todas las tiendas y dueños de Hollywood, y miren dónde nos ha llevado Hollywood. Y los Bancos y financieras, los Goldman, los Saks, los Lehman, los Rothschild y la televisión y la red de sociedades judías secretas han sofocado el aire de los decentes cristianos. Los judíos se apoderaron de las compañías para alimentarnos con veneno cada vez que lo desean. Y los judíos enfurecieron a los negros para que los negros se ubicaran en lugares importantes para hacer el trabajo de los judíos, es decir, cuando los negros no buscaban mujeres blancas.

El pastor Ed levantó su gastada copia de *Los protocolos de los sabios de Sion*.

—Aquí se expone la conspiración judía internacional para controlar el mundo. ¿Lo tienen? Los judíos lograron entrar en las universidades estadounidenses con sobornos. Y los judíos ganaron todos los premios Nobel porque el comité estaba conformado por judíos suecos y noruegos.

El pastor Ed había logrado que el salón entrara en cólera. Ahora, caían lágrimas.

—Vean, a ustedes y a mí nos consideran basura. No se ven judíos trabajando como pobres granjeros. No se ven judíos en los páramos secos del petróleo. Ningún hijo de judío recogió algodón y maníes o pescó camarones…

Entonces llegó el gran momento. El pastor Ed se quitó la chaqueta húmeda de sudor.

—… y Jesús me contó en mi celda acerca de la conspiración más ingeniosa de todas. Adolf Hitler era cristiano, nacionalista, un hombre que amaba a su país. En vez de ver a todo su país derrumbarse por la putrefacción judía, envió a sus camisas pardas pequeños, orgullosos, humildes y desarmados a la calle a limpiar la nación. Los judíos, hijos del Diablo y Eva, se replegaron cuando Hitler tomó medidas para liberar al mundo de ellos atacando a Rusia.

—*Sieg Heil*!

—Franklin D. Roosevelt, el mayor traidor que ha conocido este planeta, envió a muchachos estadounidenses para combatir del lado de los judíos y comunistas. Cuando los judíos se fueron de Europa al terminar la guerra para establecer una base de avanzada y desde allí conquistar el mundo, se le dijo al mundo la mayor de todas las mentiras: el llamado ¡Holocausto! Para ese entonces, los judíos se habían infiltrado en todas las ramas del gobierno. Lo único triste acerca del Holocausto es

que no existió.

Esperó que le respondieran con risas.

—Ustedes están aquí —continuó— porque han visto cómo fue la historia verdaderamente. Debido a todos los judíos y traidores del gobierno instalados en el poder, las granjas de los estadounidenses decentes como ustedes y yo, granjas que han pertenecido a la familia durante cientos de años, fueron ejecutadas en Nebraska y Kansas y Dakota, tanto del norte como del sur. Esos Bancos locales de mierda lo hicieron por órdenes directas de los grandes hombres de finanzas judíos. E instalaron gigantes empresas de cultivo de alimentos. ¡Ven de qué se trata! Los judíos controlan la prensa. Los judíos controlan el dinero. ¡Y pronto controlarán los alimentos!

Ahora el sudor de cien hombres se hizo sentir con su ira. El pastor Ed otra vez estaba hablando de Yavé y de la visita que Jesucristo le hizo a la prisión.

—Todo se reduce a algo muy simple. He visto con mis propios ojos camiones y artillería de la OTAN en un depósito en Houston. He visto con mis propios ojos a la gente del espacio interplanetario que aterrizó en Roswell, que fue secuestrada y escondida por el gobierno federal. He visto informes de nuestros hermanos canadienses que dicen que su frontera está llena de tropas rusas y de la OTAN… listas para actuar en nombre del Nuevo Orden Mundial. ¡Hermanos! Sólo estamos ustedes y yo para levantarnos y detenerlos y salvar esta nación.

Capítulo 34

PROVIDENCE — SEMANA ANTERIOR AL DÍA DEL TRABAJO — 2007

¿Qué era lo que le molestaba al presidente Tomtree del Día del Trabajo? Después de todo, en un momento él había creado un ambiente modelo de fuerza laboral. ¿O fue Darnell Jefferson? No importaba, fue la medida adecuada en ese momento. T3 se había sentido mucho más cómodo en las salas de directorio.

Viajaría a Detroit, pronunciaría un discurso del que habría que inferir cosas y en el cual ensalzaría la asociación entre los trabajadores y la gerencia, y se iría de la ciudad sin ofender a nadie.

Hoy, sin embargo, era un día para holgazanear en el agua, que estaba extrañamente calma cerca de Noah's Rock. El yate pequeño *Yankee Pride* estaba equipado para una pesca importante. No había demasiados días en que el Presidente podía tirar una línea al agua.

En un momento, oyó el agudo estallido del cañón del club de náutica que indicaba que el sol estaba debajo del penol y, lo que era más importante, que el bar estaba abierto. El Presidente ordenó que se recogieran los aparejos externos y, nuevamente, revisó el informe de su cuñado, Dwight Grassley.

En los años desde que Dwight Grassley había apostado por primera vez al joven Thornton Tomtree, dejó de ser el burro de la familia para convertirse en su patriarca. Dentro del Partido Republicano, Dwight asumió un papel de lo que se podría llamar «el hombre de hierro».

Grassley era un extraordinario recaudador que torcía y retorcía hasta el límite las reglas con respecto a la procedencia de los fondos que los partidos políticos tenían permitido recibir para las campañas. No se trataba de que T3 necesitara fondos. Podía extraerlos de sus propias cuentas, legalmente. Tomtree insistía en que se había tirado la red más amplia para hacer que cada director general hiciera su contribución.

Los fondos ilegales para las campañas se habían convertido en un canon básico de la política estadounidense contra el cual todos protestaban, pero que nadie detenía.

Sobre una mesa de cóctel se colocaron servilletas con el sello presidencial y diversas delicias. Eric, el mayordomo, ofreció toallas calientes con olor a limón para que se quitaran el olor a pescado de las manos.

—Black Label con hielo y más Black Label con hielo —dijo Dwight. Tenía el flequillo canoso, del blanco del club náutico, un blanco plateado ceroso que no concordaba con sus pantalones escoceses y su sorprendente chaqueta con escudo. Tomtree pontificaba sobre los beneficios de los fondos ilegales para las campañas… permitir que cada gran donante sintiera que tenía la percepción de alguien de adentro… los fondos ilegales eran sólo una manera de cubrir las apuestas… los fondos ilegales eran un suave injerto con una historia de tres mil años. Arrójalo por la

puerta delantera, volverá por la trasera. Si Tomtree rechazaba las contribuciones ilegales, los directores generales lo someterían a una gran presión durante los próximos cinco años. T3 los conocía a todos. Todos ellos tenían redes Bulldog que operaban desde su gran centro de informática en Pawtucket.

—Maldito Día del Trabajo —gruñó Thornton y tomó un trago. Mi padre se ahogó en uno de esos fines de semana del Día del Trabajo. Pareciera que siempre traen mala suerte.

—Bueno, las novedades no podrían ser mejores —interrumpió Dwight. Tenemos los cofres llenos. Podemos destinar fondos para una publicidad conjunta de nuestros candidatos y, además, la economía funciona perfectamente. Te van a reelegir con una victoria arrolladora.

Eric le dio la noticia de que el barquito del presidente del club estaba saliendo y llevaba a bordo al señor Jefferson. «Bueno, date prisa», T3 se dijo a sí mismo.

—Dwight —comenzó—, estamos planeando hacer el anuncio formalmente después del Día del Trabajo. Es el mejor momento táctico, antes de Navidad y la melancolía de enero. Hacer el anuncio antes hará que los otros candidatos busquen dinero y gente clave. Nosotros lo tendremos todo. Sin embargo, quiero entrar en la campaña sin sombras persistentes sobre mí.

Dwight se quedó helado. En todos los años que estuvieron juntos, nunca se sintió completamente cómodo con Thornton. En sus años de servicio, Dwight sólo quiso una pequeña recompensa: ser el segundo o tercer hombre en los ministerios de Justicia o de Hacienda.

El Presidente era totalmente consciente del valor de Grassley. Se compadeció.

—Hay cosas que no se pueden hacer —dijo—, incluso como presidente. No puedo evitar que el Papa inunde el país con pequeños de piel oscura y enfermos, con ojos que demuestran un odio perpetuo. No puedo evitar la inundación anual en Bangladesh. No puedo detener la corrupción en México e Indonesia.

Thornton salió y examinó el océano y sus símbolos de poder: un helicóptero sobrevolando, un piquete de embarcaciones de la Guardia Costera, los mejores marineros y agentes del Servicio Secreto que tenía la nación, equipos electrónicos que podían comunicarse con Moscú en tres segundos. Y además allí había una lancha llena de periodistas. Había ubicado al *Yankee Pride* de manera tal que a la embarcación de la prensa le llegara una corriente de resaca desagradable y los mantuviera a todos pálidos y nauseabundos.

—Pareces estar apurado por irte —dijo el Presidente. ¿Tienes una cita?

—Eso ya no vende —dijo Dwight. ¿A quién le importa?

—A mí —respondió Thornton. Libérate de él.

Dwight contuvo su deseo de gritar como siempre lo había contenido.

—Mira, no es que persiga a los homosexuales o sea homofóbico, Dios lo sabe. Tenemos a muchos tipos que han trabajado como burros para el Partido Republicano. Entonces, Dios sabe que no persigo a los homosexuales. Me agradecerás, Dwight.

Personalmente, nunca he dejado que la pasión por alguno de los sexos me dominara. Sabes, Dwight, en el momento que un hombre entra en la Oficina Oval me doy cuenta de si es adúltero.

Dwight lloró.

—Entiendo —presionó Thornton— que no quieres renunciar como mi director de finanzas.

«Ahora, mierda», pensó Dwight, «¡ponte de pie y dile que se vaya a la mierda! ¡El hijo de puta nunca ha sentido nada en la cama! ¡Mi hermana bien lo sabe!».

—Entonces, dile a Bruce que se vaya de tu departamento de Nueva York.

—Se llama Randy —gimoteó Dwight. Se lo diré.

La lancha se puso al lado de la embarcación. Darnell Jefferson, ahora distinguido caballero de cabellos blancos, ascendió la escalera de la embarcación con la gracia y la rapidez de un jugador de basquetbol que encesta una pelota. Darnell fue recibido por un pálido Dwight, quien esbozó una sonrisa y lo saludó, y luego lo ayudaron a subir a la lancha.

Darnell tomó rápidamente una bebida para ponerse a la par de los demás, mientras T3 estudiaba el escenario político.

-—¿Qué mierda le pasa a Dwight? Parece haber salido disparado de un cañón y caído fuera de la red.

Thornton hizo sonar una campanita de sonido dulce y señaló su bebida. Darnell sabía cuándo Thornton había bebido una gota más de lo permitido, a veces deslizándose a territorio prohibido. Darnell calculó que era el cuarto vaso del Presidente.

—Cristo, no me mires de esa manera fulminante —dijo Thornton. Te estás pareciendo a esos médicos de la Armada. Son autómatas. Beba menos, señor Presidente. ¿Sabes a qué me recuerdan los médicos de la Armada? A una acera llena de muñecas a cuerda que se mueven en diferentes direcciones y repiten una y otra vez: «Beba menos».

—¿Tú y Dwight discutieron?

—Le he dicho un par de cosas. Deshazte de ese amorcito, Rodney o Rudy o como mierda se llame, o renuncia al partido.

—Dwight Grassley es tu devoto esclavo, y es parte de la familia.

—Seguro, el mismo tipo de familia que tenía Jimmy Carter con ese burro de hermano como pariente.

—¿Y yo? Yo llevo chicas blancas a los banquetes de la Casa Blanca.

—Ahora no estás casado.

—Hace un cuarto de siglo que Dwight y Brenda no mantienen relaciones. Ambos tienen derecho a tener su propia vida. Recuerdas que cuando Dwight sugirió un divorcio hace doce años te enfureciste. Por primera vez en su vida, Dwight tiene a un dulce joven que lo ama.

La cara del Presidente se torció con desagrado.

—Es muy asqueroso.

—Señor Presidente, al pueblo estadounidense le importa un carajo si Dwight Grassley se está acostando con víboras de cascabel.

—Oh, seguro —respondió Thornton—, fíjate en la lancha de la prensa. ¿Piensas que el escándalo de Clinton ha puesto fin a nuestra lasciva curiosidad? —Cambió de tema. —¿Hay algo en tus informes que necesite mi atención?

—No. Algunos pocos problemas pasajeros. No quiero parecer arrogante, pero a menos que haya un desastre imprevisto, no puedes perder las elecciones del año que viene. Ni un volcán ni una tormenta de nieve pueden arrojarte de la cima de la montaña.

—Eso es lo que pensaba George Bush después de la Guerra del Golfo. —Levantó el teléfono que se comunicaba con el puente de mando y preguntó: —Capitán, ¿nos queda algo de luz?

—Tendríamos que iniciar el regreso en cuarenta minutos, señor Presidente. El Servicio Secreto quiere que lleguemos a tierra antes de que oscurezca.

Thornton miró el mar pensativamente.

—No vemos muchos atardeceres, Darnell. Ha pasado mucho tiempo desde que nos sentábamos aquí a mirar los atardeceres con nuestros padres.

—¿Por qué cambiaste tu itinerario del Día del Trabajo? —preguntó Darnell.

—No me gustaba. Además, me gusta despistar a la prensa. Desde Detroit volamos a la Base Aérea de Kirkland en Albuquerque y vamos en helicóptero a Glen Canyon. Se reunirán tres columnas de Eagle Scouts para un congreso de mil doscientos exploradores, Entonaremos canciones, entregaremos insignias al mérito y al coraje, y les hablaremos como si fueran los nuevos líderes de la nueva generación.

—¿Qué mierda tiene que ver eso con el Día del Trabajo? —preguntó Darnell.

—Se dice —contestó Thornton— que pronto los arquitectos serán innecesarios… obsoletos. En quince segundos una Bulldog puede poner en pantalla planos detallados de cada gran estructura que ha sido construida en los últimos dos mil años.

Thornton Tomtree miró fijo hacia Noah’s Rock, sorprendido. Para Darnell, parecía como Orson Wells a punto de decir «Rosebud».

—Los arquitectos están terminados. Los escritores están desapareciendo. Podemos poner toda obra literaria en la pantalla en segundos. Las artes creativas fueron, en un momento, la guía de la civilización. Sin embargo, ahora la gente ha comenzado a darse cuenta de que el mecanismo perfecto e infalible en la Tierra es la computadora —aseguró el Presidente. Yo soy el hombre que puede controlar Internet. La gente lo sabe.

En su estudio de Nanatuck, el Presidente grabó su discurso del Día del Trabajo. ¿A quién podía ofender yendo al congreso de los Eagle Scouts? ¡Qué carajo! Éstos eran muchachos que sabían cómo cortarse el pelo de manera prolija y usar corbata y

lustrarse los zapatos.

Eric le llevó la cena a su escritorio y Pucky entró. Tenía aspecto interesante. Thornton nunca la había visto en su oficina luciendo tan atractiva.

Pucky tenía un vaporoso género drapeado sobre su pecho, que seguía sorprendentemente joven. Era, por lo demás, llamativa y elegante, y su altura le permitía usar joyas enormes.

—Me voy a lo de los Van Alden. Se han desenterrado algunos Vivaldi. Tocará el Cuarteto de Cuerdas en Juilliard. ¿Estás bien, Thornton?

—La próxima va a ser una semana de mierda.

—Siempre estás en un ataque de furia cuando vas a Noah's Rock.

—¿En serio?

—¿Quieres que me quede contigo? Me gustaría.

—No, no, ve —dijo él reflexionando.

Capítulo 35

La peor parte de su trabajo, pensó Maud Traynor, eran los momentos como éste: ir al reducto de un contrabandista en un planeador con un solo motor. Todos estaban escondidos en mesetas chamuscadas y en la jungla. El Cessna se elevó en medio de una especie de aire caliente que provenía del suelo del desierto. Ahora, formaciones rocosas voluminosas, sombrías, de color opaco, se movían lentamente debajo de sus alas.

Intentó descansar y cerró los ojos, pero el movimiento del avión no se lo permitió. Maud se despabiló.

Ya habían pasado diez años desde que comenzó a trabajar como «asesora especial» de La Asociación. Trabajaba en un importante estudio de abogados de Washington como abogada especializada en temas laborales; estaba casada con Morton Traynor, que tenía la misma especialidad, y había caído en la monotonía.

Sin embargo, con sus apariciones en las oficinas de los legisladores del gobierno de los Estados Unidos, logró cierta fama. La Asociación le ofreció un puesto que le garantizaba una vida con comodidades.

Su marido se había negado. Con La Asociación ella se sumergiría en un mundo secreto de personajes viles y caminaría sobre la línea que divide lo legal de lo ilegal.

Algo era cierto, Morton tenía que desaparecer. Se divorciaron.

Un poco después, Maud dio pruebas de su valor a La Asociación, y compró una granja con caballos en la frontera estatal de Virginia.

La hija de Maud, también divorciada con dos hijos, se convirtió en el eje de su vida. Maud no luchó durante mucho tiempo o con gran intensidad para aceptar la moralidad de su trabajo: ciento cuarenta hectáreas, un automóvil deportivo muy rápido, anillos que encandilaban y la lujuria de un estibador.

Maud siempre había tenido algún candidato de Washington alto y buen mozo y con las manos arregladas tras su cuerpo bajo y extraordinariamente común. Seducía a quien quería. ¿Recompensas mundanas? El diablo paga salarios enormes. Maud no permitía que la moralidad comprometiera su estilo de vida. De tanto en tanto, cuando se bombardeaba a un avión en el cielo, se estremecía.

Así eran las cosas cuando se estaba en el límite. Legalmente, los Estados Unidos exportaban más armas que cualquier otra nación. Más allá del límite de lo legal, en el mundo gris y negro de los traficantes de armas, los Estados Unidos exportaban más armas que cualquier otra nación. ¿Caen en las manos equivocadas? ¿Quién decide cuáles son las equivocadas cuando se ponen misiles Stinger en manos de los afganos para que derriben aviones soviéticos, y luego hay que volver a comprárselos a los afganos?

Así era. Era mejor mantener lejos la moralidad.

Maud reflexionó acerca de la próxima reunión con Red Peterson, que se había convertido en un importante participante. La Asociación había decidido que era mejor aliarse con Peterson, quien tenía el control interno del punto de distribución en Colón, Panamá. Dos de los principales traficantes de La Asociación habían sido eliminados; uno fue arrojado desde un helicóptero al mar. Nadie acusó a Red Peterson. Sin embargo, todos comprendieron el mensaje.

El Cessna de Maud aterrizó sin inconvenientes en una franja de tierra caliente en el extremo más alejado de las montañas de Los Álamos, cerca de Yucca Bend.

El avión giró y carreteó hasta donde esperaba la camioneta.

—¿Maud Traynor? —preguntó Red.

—¿Red? ¿Lo llamo Red?

—Cristo, ni siquiera recuerdo cuál era mi nombre de pila.

Se evaluaron rápidamente. «Funcionará», pensó él.

Maud había mirado a los ojos de los hombres más crueles de Afganistán y Guatemala. Red Peterson pertenecía a esa calaña.

Tenía la piel manchada y arrugada por demasiados años en los yacimientos de petróleo.

—Permítame que le dé una mano.

«Viejo de mierda», pensó Maud. Red estaba vestido con camisa y jeans de calidad, confeccionados a medida, y llevaba los accesorios turquesas y plateados esenciales. Tenía la voz agradablemente suave. Podía dejar caer los párpados de manera tal de evitar mirar a otro a los ojos, pero, a la vez, mirarlo directamente.

La mansión de Peterson estaba a mitad de camino en un montecillo de unos trescientos metros, que se encontraba después de atravesar una serie de pendientes en zigzag. El edificio estaba irregularmente integrado a los contornos naturales de la colina. Una impresionante ala volante parecía colgar hacia afuera sin un sosten aparente; su vista casi llegaba al infinito.

Maud echó un rápido vistazo a todo. Garaje para cinco automóviles. Los Mercedes de él y de ella. Muebles de una mezcla atrevida pero cómoda, desde ultramodernos hasta sólidos del oeste. Las pinturas eran caras, en parte del oeste, y el equilibrio del impresionismo tendía a lo moderno.

Maud no había visto una habitación más esplendorosa desde el hotel Península. Pisos de mármol con suaves cobertores navajos, enormes y mullidas toallas con monogramas, vertedores de agua caliente, asientos para dos o más y todo aparato electrónico que uno pudiera imaginar. «Va a ser interesante», pensó.

Tomaron unos tragos en el mirador, que se extendía como un ala. El personal, bien adiestrado y callado. Maud levantó un par de binoculares y miró más allá del valle, donde algunos peñascos abiertos como libros extendían sus tapas en un esfuerzo vibrante antes de que el sol cayera. Vio un automóvil que avanzaba por las curvas hacia la casa e ingresaba en el garaje.

En un momento, la mujer de Red Peterson, que una vez había sido una de las

chicas del espectáculo más lindas de Las Vegas, apareció con un par de niñas casi adolescentes.

Maud lo vio convertirse en un afectuoso padre.

—Mi mujer, Greta, y mis hijas. Ella se llama Joan, en honor de mi madre, y Tammy, por Tammy Wynette.

Encontraron sus regalos en los bolsillos de su padre e intercambiaron palabras con él para ponerse al día. «Es igual que yo con mis nietos», pensó Maud. «Quizás ellos sean nuestra salvación».

Greta las llevó hacia sus escritorios para hacer la tarea. Greta aún era extremadamente hermosa, una valquiria, una amazona. Hablaba poco mientras enrollaba su largo pelo canoso con el índice.

Por cierto, parecía ser un hogar normal. ¿Qué mujer del espectáculo habría sido Greta? No una bailarina que levantaba las piernas en el coro, sino que con un metro ochenta se paraba en la plataforma de la escalera ascendente, con los brazos extendidos, los pechos hacia adelante y cargando veinte kilos de brillo.

Las hijas se mostraban animadas y, al parecer, cómodas con ellas mismas y con extraños.

Todo rompía con la imagen rezongona, rígida, de Red Peterson. ¿Y Greta? ¡Qué diablos! Una dama sueca de un metro ochenta llega a Las Vegas en busca de un Red Peterson. Él la consintió, y ella supo qué hacer a cambio.

No era una mala vida, los inviernos en México y viajes de placer a Las Vegas o una escapada a Nueva York o París.

Red deslizó la mano entre las piernas de su mujer.

—Los dejo conversar —dijo Greta. Pediré que sirvan la cena en el mirador.

—Está bien, sueca —dijo Red—, y quizá puedas comer con nosotros el postre. —Le dio un golpecito en el trasero cuando se levantó. —El burro va a montar esta noche.

«Ahora bien, que no se mezclen las cosas», pensó Maud, «¿Red me está haciendo propuestas amorosas a través de estos gestos provocativos?». Maud se dio cuenta de que Red le había retenido la mano un poco más de lo normal y de que había intentado mirarle las piernas en la camioneta. Eso hubiese deleitado a la mayoría de las abuelas divorciadas de sesenta años, excepto por la sencilla razón de que Red era una amenaza.

—Este coñac es exquisito —comentó Maud.

—Debería serlo, costó bastante. Se podría pensar que es bíblico.

Red había comenzado su vida como hijo de un pescador de langostinos del Golfo y siguió el osado camino de dedicarse a los yacimientos petrolíferos de Tyler. En los años 50 y 60, fue un golpe y estampido, estampido y explosión. Pasó por tres fortunas, y cantó la canción del buscador arriesgado y exitoso de petróleo y la del perdedor con el corazón roto.

Red olió el futuro derrumbe de los yacimientos petrolíferos a principios de los

años 60 y liquidó sus equipos y los arrendamientos.

¿Qué lugar caliente quedaba para un viejo buscador de petróleo? México por un tiempo. Venezuela por un tiempo. Diablos, estos países tenían tantos estafadores en el poder que el tipo que estaba en el campo no tenía posibilidades.

El tráfico de inmigrantes desde México parecía prometedor. Conocía cada recodo del Río Grande. Eso luego lo condujo al tráfico de drogas.

Durante los años de Clinton, el NAFTA revirtió el esquema establecido de tráfico en las fronteras. En épocas antiguas, los vegetales y las frutas y los artículos baratos de México fluían hacia los Estados Unidos. Ahora los Estados Unidos estaban exportando mucho a México.

Las armas estadounidenses, en camiones de dieciocho ruedas, viajaban debajo de pisos falsos. Los camiones pasaban sin una inspección verdadera.

Una vez del lado mexicano, hubo que ocuparse de algunos amigos, y se abrió el paso hacia América Central.

Hubo una cena exquisita en el mirador, pero el aire se tornó instantáneamente frío cuando bajó el sol. Se retiraron a la oficina de Red, una pequeña habitación atestada para recordarle el amargo pasado, con un escritorio de tapa corrediza y grandes cuadros de trabajadores del petróleo y sus huelgas. Red había sido un hombre fuerte y buen mozo en aquellas épocas.

—¿Tiene más de ese coñac de mil años?

Hablaron hasta que Greta llevó a Joan y a Tammy a desearles las buenas noches. Maud pensó que Greta era un poquito condescendiente, lo que indicaba una inclinación felina. ¿O era que a Red le gustaban todas las mujeres, a pesar de la edad y el aspecto?

Volvió a prometer que el burro cabalgaría y Greta partió.

—Bien, ahora, señorita Maud, ¿qué la trae a este antro de placer de Nuevo México? He estado tratando de contactarme con La Asociación durante más malditos años de los que recuerdo.

—Es un club cerrado, Red. Lo contactamos a usted porque sentimos que podemos negociar juntos ahora.

—¿Qué tipo de negocio?

—Casi no ha habido operativos de la Oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego desde que Thornton Tomtree asumió el cargo.

—Sí, le gusta el comercio libre.

—Red, hemos estado considerando su operación desde que algunos de nuestros principales agentes comenzaron a desaparecer en Colón.

—Me enteré. Vaya al grano, señorita Maud.

—Las rutas de los contrabandistas han cambiado. El contrabando va hacia el norte y el sur. Vancouver es prácticamente una ciudad oriental. Una vez que un

camión de dieciocho ruedas entra en los Estados Unidos, el camino es por la ruta 99, en el interior de California. Usted ha puesto un candado en la frontera a México. Eso ya no nos conviene.

—Usted piensa que a La Asociación le agradaría proveer a los nuevos ejércitos de la OTAN.

—Somos todos codiciosos que nos movemos en un negocio de codiciosos —respondió ella.

—Me gusta eso, señorita Maud. Quisiera estar en una embarcación lenta dirigiéndome a China con una carga de armas camino a Colón y pasar una embarcación gemela en alta mar con un cargamento de armas estadounidense que se dirige a las Filipinas. ¿De qué tipo de negocio hablamos?

—De primer nivel. Socios desde Vancouver hasta el extremo sur de la Argentina.

«Oh, mi Dios», pensó Red. El poder de La Asociación era sorprendente.

—¿Todas las provisiones?

—Ajá. Vamos cincuenta y cincuenta después de los gastos, Efectivo. Incluye ack-ack, ametralladoras calibre cincuenta, dinamita, plantas para tratamiento del agua, suministros médicos, borceguíes, usted sabe, usted sabe…

Red silenciosamente añadía ceros a su potencial ganancia. Todo el duro trabajo no había sido en vano.

—¿Por qué? —preguntó suavemente.

—Usted tiene muy buena reputación, y también tiene lo que pareciera ser un acceso a prueba de tontos hacia México y dentro de todo el país. Usted es un hombre de quien se piensa bien, un verdadero tirador. La Asociación ve un enorme potencial de crecimiento en el mercado del hemisferio sur. Ahora hay tres grupos guerrilleros opositores en Cuba, inquietas bandas a lo largo del Amazonas, armas para los traficantes y media docena de lugares en el Caribe que están por estallar.

—¿Qué piensa que podrá hacer por mí?

—Podemos proveerle armas estadounidenses, sin límites.

—Usted las proporciona, yo las paso por la frontera.

—Así es. Y, ah, cerramos el trato con un apretón de manos. Sin membretes, abogados, sitios en Internet, contratos. Tiene que ser un asunto de confianza, Red.

—Confianza entre zorrinos —reflexionó Red. ¿De eso se trata?

—Usted tiene que contribuir con un elemento clave. No toda la mercadería puede trasladarse en todo momento como una cinta transportadora. Usted tiene que contribuir con un depósito secreto de seguridad para el almacenaje.

Si Red Peterson quisiera oponerse, La Asociación podría construir rutas paralelas y liberarse de él. Sin embargo, eso le costaría una fortuna a La Asociación. Red había dispuesto que se sobornara a los funcionarios clave permanentes. Sabía que muchos Red Peterson irían y vendrían, pero La Asociación estaría allí para siempre, porque la codicia es eterna. Sucediera lo que sucediese, sequía, hambruna, terremotos, colapso del gobierno, las armas eran la divisa.

Ambos repasaron una larga lista de cifras. Red se estaba dando cuenta de que, en un tiempo relativamente corto, podía hacerse de más de cien millones de dólares. Le ofreció la mano.

—Es un trato cuando apruebe su depósito —dijo Maud.

—La llevaré allí mañana. ¿Quieres acostarte conmigo esta noche?

—Nunca en la primera cita, Red.

Capítulo 36

Red Peterson buscó a tientas, acarició y palmeó la espalda de su mujer, luego saltó al asiento del piloto de su Queen Air. Greta rozó su mejilla con la de Maud con un obligado «Mm», pero sabiendo perfectamente que su viejo desgraciado estaba al acecho.

El viperino sabía que era bueno, pensó Maud. Se habían fusionado de tal manera que coparían al mercado latinoamericano de armas en expansión. Maud había dormido con un ojo abierto y un oído atento a la puerta del dormitorio, con la esperanza de que la visitara. Era amenazador, como los hombres de La Asociación.

Red se movió con seguridad para tener bajo control el atrevido avión, como si pudiera ver el viento.

Aquella mañana, después del desayuno, Red le dio información sobre la Hudson Mining and Cattle Co. en la hacienda White Wolf. Estaba en la parte sur de Utah y era una de las pocas milicias capaces de tener algunos «soldados de la libertad» de tiempo completo. Estos hombres estaban en la nómina de pagos de la mina de cobre y la hacienda.

El comandante de la Brigada White Wolf y dueño de la hacienda era un oficial retirado del ejército, Oswald Wreck Hudson. La mina y la hacienda apenas eran rentables. Fuertes sumas provenían de Red Peterson, del contrabando de drogas e inmigrantes y chanchullos con sitios en Internet. White Wolf también era parte de una red subterránea que proporcionaba refugio a milicias criminales fugitivas.

Volaron hacia el oeste, se internaron en Utah y pasaron por un cañón tras otro, mesetas con algunos árboles, formaciones de roca como chimeneas fálicas, picos agonizantes, desierto dorado y, siempre, una edificación de piedra en honor de una doncella india durmiente.

Red aterrizó el Queen Air en Cortez, un aeródromo tan anónimo como le era posible, sin llegar a ser ilegal.

Maud no se equivocó al imaginarse a Wreck Hudson. Era un hombre delgado, con bigote levantado, en un intento por atraer la atención y ser valiente. Los saludó vestido de civil, pero con un par de pistolas con culata de marfil y terminación de plata.

En un Land Rover, Wreck se instaló detrás de un panel. Su mano experta hizo girar diales, presionó botones y levantó un micrófono.

—Aquí Rover Uno a Rover Dos —dijo Hudson a un segundo Land Rover cercano con un pequeño destacamento de guardia.

—Aquí Rover Dos a Personaje Respetado. Avanzamos exactamente detrás de

ustedes.

—Base Uno, aquí Personaje Respetado.

—Adelante, Personaje Respetado —respondieron de la hacienda.

—Base Uno, estamos saliendo de Cortez. ¿Se prevé algún problema de seguridad en la ruta?

—Negativo.

Wreck condujo su vehículo como si fuera un peso pesado golpeando contra una bolsa de arena. Wreck avanzaba como un fanfarrón al tiempo que yucas y plantas rodadoras pasaban volando.

Después de un largo camino de tierra por territorio de los navajos, se detuvieron en una garita de guardia. Tres miembros hoscos con ametralladoras Uzi se acercaron al auto y al reconocer al Personaje Respetado, se cuadraron para saludar.

—Informe a la Base Uno de mi llegada.

—Sí, señor.

El guardia colocó un par de banderines de cuatro estrellas en los guardabarros y les hizo una señal para que avanzaran.

Dieciséis kilómetros más adelante, apareció un oasis bajo la forma de una enorme casa de hacienda victoriana de estilo de Iowa, donde Wreck fue recibido por tres mexicanas descalzas, de veinte y tantos años o más jóvenes. El vehículo de guardia se detuvo detrás de ellos.

—Limpien el maldito auto de comando —ordenó. Las mujeres rápidamente tomaron el equipaje de Maud y de Red y cada una recibió un pequeño pellizco en la mejilla por parte del Personaje Respetado cuando pasaron delante de él. Wreck llevó a Red a un costado: —¿Podemos mostrarle cualquier cosa a esta mujer?

—Sí.

—¿Algo más que yo deba saber de esto?

—No, pero ponnos en cuartos contiguos.

Se instalaron y comieron un opíparo almuerzo en una enorme cocina con azulejos, donde las mujeres los atendieron. Los ojos de Red siguieron el vaivén de sus caderas y traseros. Wreck se unió a ellos después de vestirse con una especie de uniforme militar: una mescolanza de sables cruzados, charreteras de oro y galones dorados.

El almuerzo, el tequila y la cerveza surtieron efecto como un golpe, acompañado con la interminable intoxicación de Wreck Hudson con su propia persona. En medio de los relatos del pasado imaginado de Wreck, Red intervino:

—Será mejor que nos movamos y permitamos que la señorita Maud eche un vistazo a las instalaciones.

¡Sí, la señorita Maud! ¿Quién diablos era ella, de todas maneras? Wreck jugueteó con la consola de botones cerca de su silla.

—Aquí Personaje Respetado llamando a Ranger Dos. Estamos a punto de iniciar un recorrido de inspección. ¿El maldito auto está limpio?

—Positivo.

—Quiero que nos sigan cuatro guardias en el Ranger Dos.

A Red le gustó la ubicación de White Wolf desde el principio. Lindaba con tierras navajas por tres lados. La mal paga policía navaja recibía innumerables extras y mucho alcohol para que actuara como un sistema de advertencia adelantada. Aunque el gobierno fuera a montar un ataque contra White Wolf a través de la reserva o incluso aunque se usaran helicópteros, los navajos tendrían que ser advertidos de antemano.

La otra abertura hacia la hacienda White Wolf era a través de Six Shooter Canyon, un desfiladero de ocho kilómetros cuyo sendero estaba puntuado por profundas paredes de tierra de hasta seiscientos metros de altura. Una vez pasado un espacio amplio del cañón, llamado Bloody Gulch, recorría otros tres kilómetros por la parte trasera de White Wolf.

En la meseta, cerca de la casa de la hacienda, Wreck Hudson había instalado un anillo de artillería con forma de herradura para cubrir los tres kilómetros de cañón visibles.

Había seis nidos de ametralladoras multiuso calibre 50 y ack-ack de treinta y siete milímetros para derribar helicópteros, otros seis puestos de morteros de doscientos cincuenta milímetros y cuatro piezas de artillería de diversas medidas.

Abajo, en el cañón, cada lugar estrecho más allá de Bloody Gulch tenía alambre de púa de hasta cien metros que iba de pared a pared.

Contaban con equipos de visión nocturna y bombas caseras.

Todo esto facilitó mucho las cosas a Red Peterson. Ciertamente, las fuerzas gubernamentales podrían tomar White Wolf, pero el riesgo de tener bajas era demasiado alto en una nación a la que no le gustaban las bajas. Perder un ejército de cien o doscientos hombres no le iba a caer bien al pueblo norteamericano. Además, había falta de iniciativa del gobierno, una política de no intervención.

Siguieron hasta la entrada de la mina, un kilómetro y medio desde el anillo de artillería por encima del cañón. Hudson había construido un ramal de la línea de ferrocarril desde la reserva hasta el interior de la mina.

Una cantidad suficiente de mineral vendible, con el cobre y el hierro como los metales principales, justificaba la operación. Las vías del carro de los minerales se deslizaban lentamente hacia abajo y hacia el interior de la entrada del acantilado. En un empalme sin luz y oculto, un cambio de vía movía algunos rieles hacia lo que parecía un agujero negro.

Todos se subieron a carros para minerales y avanzaron por los rieles que seguían por el túnel estrecho algunos cientos de metros.

Y delante de ellos se abrió repentinamente una cueva enorme. Con sus cuevas hermanas, podría haber albergado el *Titanic*. En las paredes de la cueva estaban

alineadas armas de toda clase y aparatos y equipos de guerra.

A esta altura, Wreck confesó que también tenían una docena de misiles Stinger, comprados a los rebeldes afganos, la marca que había casi destruido a la fuerza aérea soviética.

En la hacienda, el sótano debajo de la bodega era una celda de megalomanía para el Personaje Respetado. Enormes mapas de inspección de la región de Four Corners colgaban de las paredes con marcaciones de las tropas, que indicaban un interminable simulacro de batalla.

Una computadora con un sistema rudimentario se mantenía en contacto con una plétora de patriotas: la Llegada de los Cristianos Arios Blancos y las milicias de los bosques. También mantenía un seguimiento de las ventas de armas, exhibiciones de armas, legislación sobre armas y su inventario de literatura de odio.

Maud contó una o dos docenas de hombres que probablemente estuvieran en la nómina de pagos. No confiaba en la presunción de Wreck de que podía reunir a mil patriotas en la hacienda en un fin de semana dado; sin embargo, ¿cuántos puntos purulentos como White Wolf existían?

Oswald Hudson despidió a su gente de comunicaciones y se instaló detrás de un enorme escritorio decorado con teléfonos de diferentes colores. Detrás de él había un poster ampliado de Tim McVeigh.

Una de las mexicanas sirvió café y pasteles y abrieron un carro oculto de bebidas alcohólicas. Red tocó el trasero de la mujer cuando ella atrevidamente pasó junto a él coqueteándole.

Maud lanzó preguntas, tratando de superar su sensación de que estaba en lo más profundo de un mundo imposible.

—Me conseguí este pequeño país para gobernar —explicó Hudson. Mis hombres me seguirían hasta al infierno. Estos patriotas son tan buenos como la flor y nata del Ejército, los marines y la Fuerza Aérea. Con una docena de haciendas de milicias en Four Corners bajo mi mando, y otras cien en todo el país, podríamos coordinar un ataque al puente Golden Gate, el túnel Lincoln, el Capitolio, el Superdome, los estudios de las rameras del cine.

Se sirvió un trago de coñac en el vaso y se limpió las gotas que le cayeron sobre el bigote con el dorso de la mano.

Maud era especialmente buena para disimular su incredulidad.

—Así que, cuéntame, Wreck, ¿cuál es tu blanco?

—La represa Hoover —respondió él, sin titubear.

—¿Cómo? —quiso saber ella.

Hudson se aclaró la garganta, bajó la voz hasta adquirir un tono «altamente confidencial».

—Estoy diseñando un torpedo submarino controlado por radio. Lo lanzaremos,

cuando se dé la orden, en el lago Meade y lo programaremos para estallar al pie de la represa.

Ahora Vietnam. Wreck les confió que debió haberse convertido en coronel en Vietnam.

—Mi batallón fue enviado a una gran aldea amarilla cerca de Phen Dok. Al avanzar colina arriba hacia Phen Dok, ¿pueden creerlo?, la maldita rodilla me traicionó. Una vieja lesión de fútbol en Michigan. Algunos periodistas deportivos dijeron que la rodilla me impidió convertirme en uno de los héroes del fútbol. Esa vez, no poder ascender la colina me representó no obtener una Medalla de Honor del Congreso. Mis hombres se desarmaron y lloraron. Me seguirían hasta el infierno.

Maud pasó la tarde reflexionando profundamente. Sintió una presencia. Red Peterson había entrado por una puerta de comunicación y estaba sentado en una mecedora cercana.

—No está tan loco como quiere hacer creer —dijo Red. Hace todo este simulacro porque su gente así lo quiere y porque los delincuentes necesitan un lugar donde esconderse.

—Tú sabías que este White Wolf me iba a nublar el pensamiento —dijo ella.

—¿Tienes un mejor depósito y punto de transición? ¿No? Entonces tienes que tratar con el demente que está al mando de éste. Además, señorita Maud, nunca tendrás que volver a ver a Wreck Hudson. Recuerda, me pertenece. Como dijiste, ¿o te lo dije yo?, todo se reduce a la confianza entre tú y yo.

«¿Cuándo fue la última vez que tuve confianza?», se preguntó Maud. Había construido un muro de fuego entre sus actividades y el extremo último del cañón de un arma. El grupo sucio, el grupo del camino de tierra, el grupo de la camioneta rota, el grupo que chupaba cerveza en el bar infernal al borde del camino, el grupo que nunca podría enfrentar sus propios fracasos.

Entonces, ¿qué hizo el grupo? Creó ese monstruo que revoloteaba, el gobierno, que era realmente responsable de su miseria.

«¿Acaso no fue inevitable, Maud, venir a este lugar?», pensó ella. Gracias a Dios que Red Peterson estaba con ella. Lujuria y todo, ahora se sentía a salvo con él.

—Maud, cada tanto nos detenemos, pensamos, nos odiamos a nosotros mismos. No disparamos estas armas. Si nos encierran, van a surgir diez como nosotros. Estábamos asesinándonos con palos y piedras hasta que descubrieron el arco y la flecha. La guerra es intrínseca a la raza humana, arrastrada por el impulso más apasionado de todos: la codicia.

—Hablas como un verdadero seguidor de Thomas Jefferson. ¿Alguna vez te miraste al espejo y escupiste?

—Sí… una vez. Tengo un amigo en Panamá, un joyero. Vi el tatuaje que tenía en el brazo. Lo que estamos haciendo en comparación es mantener divertidos a los chicos.

Maud pasó el tiempo que quedaba de luz recorriendo su pequeño porche y

meditando. La hacienda White Wolf era perfecta. Red Peterson era una pieza brillante. Tenía que sopesar eso contra el cuestionable equilibrio mental de Oswald Hudson.

Además, ¿quiénes eran estas personas que había alrededor?

Se había entrenado para no estar en casa cuando los problemas morales tocaran a su puerta. Esta vez llegaron a ella a los golpes.

Las cuestiones morales hacían que la gente pensara en sus nietos y se le cayeran las lágrimas. Red se lo había explicado perfectamente. Ella y él sólo eran un par de personas que satisfacían una necesidad de la raza humana, sedienta de sangre.

El almuerzo y el alcohol la vencieron. Los ruidos de sus arcadas atrajeron a Red a su cuarto. De rodillas sobre el inodoro, la señorita Maud no era tan atractiva.

—Amor profundo y perdurable —dijo él, ajustando el ángulo de su vómito— significa sostener la cabeza del otro sobre el inodoro. ¿Vas a estar bien?

—-Aj.

«Mierda», pensó Red volviendo a su cuarto y encendiendo su pipa de hachís. Oyó la ducha en el cuarto de ella. «Ésa es una buena mujer. No quiere oler mal».

Maud se reunió con él oliendo a crema. Tendría que averiguar el nombre para Greta.

¡Colores!

En el patio, el Personaje Respetado se reunió ante el mástil y, mientras se arriaba la bandera de White Wolf, todos rugieron: ¡Aaaauuuuuiiiii! ¡Aaaauuuuuiiiii!, después de lo cual Wreck, afectado por la cocaína, disparó algunos cargadores. Wreck se tambaleó…

—¡Aaaauuuuuiiiii! —respondieron sus patriotas, y comenzaron a disparar sus propios cargadores.

Desde un lugar lejano, un coyote respondió.

Maud y Red se excusaron de la cena y aceptaron una comida liviana para asentar el estómago en el cuarto de él. No importaba, porque Wreck estaba inconsciente.

—Hoy vi al diablo —dijo ella—, y soy parte de él.

—Hablando de Roma, ¿qué te parece un saque?

—¿Es una propuesta indecente?

—Arriésgate y descúbrelo. —Se entonaron con una dosis de hachís. Y enseguida el diablo desapareció. Red la depositó en la cama alta y se quitó las botas de una patada.

—Tengo que quedarme, Red, estás maravilloso.

—Con la piel de cocodrilo y todo.

—Sí… cowboy… sí…

—¡Aaaauuuuuiiiii! —canturreó con voz suave.

—¡Aaaauuuuuiiiii! —respondió ella.

Capítulo 37

FOUR CORNERS — FIN DE SEMANA DEL DÍA DEL TRABAJO
SÁBADO 1.º DE SEPTIEMBRE, 2007

Los primeros rayos de Sol se colaron sobre el campamento rocoso al tiempo que la corneta tocó la detestable diana. Se oyó un gruñido general en todo el campamento Eagle Scouts. Cuatrocientos hombres corrieron, en su mayoría descalzos y desnudos, hasta el arroyo Montezuma, que pasaba debajo de un acantilado.

Los jefes de los exploradores los apuraron. El sol subió rápidamente. Ruido de orina salpicando cuando cuatrocientos jóvenes se turnaron sobre las trincheras abiertas.

La columna había pasado tres días en el desierto, planeando llegar a su destino de Mexican Hat en la cima de Glen Canyon en dos días más.

Otras dos columnas de Eagle Scouts cruzaron de diferentes direcciones hacia Mexican Hat. Cuando convergieran los mil doscientos —es decir, un cuarto del total nacional de Eagle Scouts—, celebrarían un congreso de exploradores: competencias en bote y balsa, mil concursos de destreza y resistencia, cantos, fogones.

¡El Presidente de los Estados Unidos iba a asistir para darles un discurso el lunes!

Hank Skelley, un respetado viejo jefe de exploradores, estaba sentado en un círculo con sus jefes de compañía, estudiando un mapa. Hank era una vara delgada de un acero dedicado al movimiento que emanaba de cada desplazamiento y gesto. Alrededor de él, el olor a tocino revivía cualquier espíritu que flaqueaba.

Hank miró su reloj. Las cinco de la mañana.

—Ayer no movimos nuestro peso. Esos camiones que se descompusieron nos estropearon todo el transporte. No vamos a poder llegar a Mexican Hat mañana si bordeamos esta hilera de cañones como lo planeamos originalmente.

El dedo largo, flaco y artrítico de Hank trazó una ruta alternativa.

—Podemos cortar unos quince kilómetros si subimos directamente por Six Shooter Canyon.

—¿Dónde nos conduce el extremo del cañón?

—A la parte trasera de una organización llamada Hudson Mining and Cattle, una enorme hacienda de plantas rodadoras.

—Oí que en Hudson Mining se están entrenando algunas milicias de Utah y que no son muy amistosos.

—Bueno —contestó Hank. Traté de contactarlos a través del teléfono celular para obtener permiso para cruzar, pero nadie contestó su teléfono. Webster —dijo Hank al jefe de Colorado. Webster Penrose se abrió paso hasta el frente. —Creo que ya nada ni nadie sube al Six Shooter Canyon, pero he sobrevolado la zona constantemente y tuve ocasión de recorrer cuatro kilómetros y medio hasta un gran abrevadero…

exactamente allí… Bloody Gulch. Ahora, no creo que sea peligroso, excepto en una riada de invierno que provoca la caída de rocas.

—¿Y si vamos hasta la hacienda y nos hacen volver? ¿Qué pasaría entonces, Hank?

—Entonces volvemos a Bloody Gulch y tomamos una senda de cabras para salir del cañón. Nos llevará hasta la reserva de navajos, y aun así habremos ahorrado varias horas.

—¿Posibles daños, Hank?

—Nada que no podamos solucionar —interrumpió Webster Penrose. Tenemos un helicóptero esperando en Farmington.

En la parte posterior del círculo, un chasquido acompañado de campanas desvió la atención hacia Brad Bradley, que trataba de entrar en White Wolf a través de su computadora personal.

—¿Qué mierda es esto? —explotó Hank Skelley. Camiones para llevar nuestras camas y cocina, satélites de control desde tierra, computadoras, helicóptero de evacuación. Perdonen, pero *somos* Eagle Scouts y no vamos a permitir que nos amedrenten.

De acuerdo. Nadie había disentido con Hank en cinco años, quizá más.

Levantaron el campamento. Los colchones, la cocina y el peso muerto fueron apilados para que los recogieran los camiones. Cada explorador tenía un límite de dos cantimploras de agua para los ocho kilómetros a través del cañón, y cada uno esperaba encontrar agua dulce en Bloody Gulch.

¡Formar filas! Momento de hablar para levantar la moral. Yendo y viniendo con un megáfono, Hank Skelley gritaba que esta columna tenía más muchachos de más estados que las demás columnas.

—¡Vamos a llegar a Mexican Hat o moriremos en el intento!

—¡Un hurra para Hank Skelley!

—¡Hip hip hurra!

—¡Número uno a Mexican Hat!

Chester Skelley, nieto de Hank y uno de los exploradores más condecorados en el Oeste, fue llamado al frente y al centro para tomar su lugar junto a Hank y conducirlos a Six Shooter Canyon, a algunos kilómetros más allá del arroyo.

Chester se sintió henchido de orgullo y el corazón le latió con fuerza. Sabía que probablemente fuera la última marcha forzada de su abuelo. Llegar allí los primeros requeriría osadía. Chester conocía el coraje. Había luchado con una determinación sobrehumana durante toda su niñez contra una enfermedad que casi lo dejó tullido.

Los cantos se detuvieron cuando se encontraron frente a las paredes empinadas y la senda estrecha de Six Shooter Canyon. Un enorme cartel rezaba: CERRADO; PELIGROSO; NO ENTRAR, y un alambre de púa retorcido tapaba la entrada.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Brad Bradley.

—Es terreno público y somos ciudadanos estadounidenses —contestó Hank.

Sabía que era su último congreso de exploradores. Sabía que tenía que llegar allí el primero aunque las otras columnas tomaran rutas más fáciles. Este esfuerzo de ocho kilómetros a través de Six Shooter iba a terminar con una leyenda y una canción.

Cincuenta metros adentro, una gran roca bloqueaba la senda. Chester se trepó, encontró los puntos de apoyo para los pies y extendió la mano a su abuelo. Cuando el joven tiró del viejo jefe fue un instante de oro. Sus miradas se encontraron sólo un segundo y sus sonrisas fueron igualmente fugaces. Una generación estaba empezando, una generación estaba terminando.

Y llegaron al valle.

El teléfono rojo de alerta del cuarto de Wreck Hudson sonó despiadadamente. Wreck cayó torcido sobre el sofá, desnudo. El teléfono persistía. Wreck arrancó el cable de la pared, arrojó el teléfono por la ventana y se puso de pie temblando.

Las chicas ya no estaban. La segunda vez esa semana. Tendría que nombrar a un asistente masculino. Como hoy, tenía dificultad con los brazos y las piernas de su ropa.

Wreck se sintió mejor cuando se abrochó la pistola con culata de perla. ¡Mierrrda! No tenía puestos los pantalones, y las pistolas cayeron al suelo.

Golpes en su puerta. Wreck logró poner ambas piernas en una pierna del pantalón y se cayó de cara al querer abrir la puerta.

—¡Estúpido hijo de puta! —saludó Wreck al sargento Floyd.

—Lo siento, señor, recibí una llamada del puesto de avanzada número siete en el centro del cañón. Hay polvo a lo lejos.

—¡Por qué no lo dijo!

—Traté de llamarlo por teléfono, pero… anoche baleó las líneas telefónicas externas.

—Llame a todas las estaciones, un alerta doble rojo y movilice a todo el personal a los puestos de la herradura.

—Ya lo hice, señor.

—¿Qué mierda… quién lo autorizó?

En el fondo del pasillo, Red Peterson salió de su ensueño. Maud se había ido, pero por Dios, esa mujer lo había hecho pasar un rato maravilloso cuando la droga surtió efecto. ¿Había alguna forma en que Maud pudiera enseñarle a Greta algunos de esos gritos e insultos? A veces Greta actuaba como las estatuas que representaba en las escaleras de Las Vegas.

El ruido continuo de una discusión llenó el pasillo. Maud, duchada y vestida, entró e hizo un gesto con la cabeza hacia los ruidos de confusión.

Wreck abrió la puerta con violencia.

—Tenemos un problema.

—Bueno, Dios, déjame ponerme los pantalones.

—Se ve tierra levantada en el cañón.

—Bueno, Wreck, la tierra siempre vuela por los cañones.

—Quizás es una manada de búfalos —aventuró Maud.

—No hay búfalos y no hay viento.

—Personaje Respetado —dijo el sargento Floyd de la Gran Milicia—, quizá se trata de ganado robado que están arreando desde México y ocultando en el cañón.

—No lo creo —dijo Red. No se puede arrear una manada de ganado robado a través del estado de Arizona y hacia Utah sin ser visto. Sargento, vaya calentando el vehículo de Wreck. Iremos detrás de usted.

Se detuvieron en el sendero empinado cincuenta metros por debajo de una cima llena de rocas. Wreck bajó la marcha del vehículo para escalar la colina. Pero la colina no se lo permitió.

Llegó al puesto de guardia donde una docena de hombres de White Wolf se habían reunido y les gritó para que ocuparan sus puestos.

Red Peterson, mientras tanto, miró el horizonte a través de sus binoculares. Sus ojos entrenados siempre buscaban la mancha de oro negro.

—Sí —dijo lentamente. Los veo. Se detuvieron a descansar en Bloody Gulch.

—¿Quiénes? ¿Cuántos? —gritó Wreck.

—Wreck —dijo suavemente Red. Creo que va a ser mejor que bajes hasta allí, vayas a su encuentro y los hagas regresar o les permitas pasar. Deshazte de toda esa mierda y preséntate con aspecto de hacendado.

—Estúpido hijo de puta —gritó Wreck.

Red lo aferró y con una mano lo levantó del suelo y lo mantuvo así, nariz con nariz.

—Ningún maldito comandante va a hacer avanzar tropas dentro de un cañón a plena luz del día. Si esto fuera un ataque de las fuerzas armadas, te harían pedazos en cinco minutos. Ahora, baja de inmediato.

—¡Tú!

—¡Sargento Buck John de la Gran Milicia, señor!

—Ve abajo y haz regresar a esa gente.

—No, señor, no voy a ir —respondió Jones temblando. Fue acallado por las balas calibre 45 de Wreck, quien luego se volvió hacia los otros patriotas, que corrieron a sus puestos.

Peterson alejó a Maud a algunos metros.

—Nos vamos de aquí —le susurró. Voy a agarrar una de sus Uzi y dejar este lugar. Cuando abra fuego, baja la colina y métete en el Land Rover. Dejé las llaves puestas.

En los siguientes momentos desesperantes, la nube de polvo volvió a agitarse y levantarse. Wreck se quedó helado… inmóvil. Con la rapidez de la lengua de una lagartija, Red le arrebató una Uzi a un patriota y trató de meter una bala en el cargador. ¡Se atascó!

—¡Hijo de puta! —gritó Wreck Hudson.

Red arrojó el arma al suelo y sacudió la cabeza, exclamando:

—Traje doscientas mil de estas armas, y tuve que agarrar la que estaba atascada.

—Maten a los hijos de puta —ordenó Wreck.

Los otros cinco patriotas acribillaron a Red Peterson y a Maud Traynor hasta que las partes de sus cuerpos empezaron a volar por los aires.

En el fondo del cañón, la formación de Eagle Scouts se cerró y probó el agua en Bloody Gulch. Un poco de yodo y unos cuantos químicos la harían potable pero con un sabor espantoso.

Afortunadamente, las paredes del cañón impedían que se filtrara la mayor parte de los rayos del sol y las rocas surtían un efecto refrescante sobre los aventureros, pero hacía mucho calor.

¡Había sido una mañana infernal! Tuvieron que resbalar por las rocas, colgarse de paredes laterales… ese movimiento lento y torturador los había dejado sedientos en esos primeros cinco kilómetros.

Chester Skelley ahora cojeaba levemente a causa de su pierna más débil. Su abuelo lo miró a los ojos. Ambos enviaron una mirada hacia el cielo. Esta vez no hubo canciones durante el descanso.

Chester Skelley sabía que si tenían que trepar por una senda de cabras para salir de Bloody Gulch, el viejo Hank iba a estar en dificultades. Hank se paralizó al pensar que había tomado una decisión equivocada.

Un grupo de exploradores de avanzada recorrió ochocientos metros y regresó con la buena noticia de que la última parte, de tres kilómetros, parecía llana y amigable.

Los jefes exploradores discutieron respetuosamente. Tres opciones: tres kilómetros cañón arriba hacia la hacienda o tomar la senda de cabras y trepar por los lados de los acantilados seiscientos metros verticales o regresar al arroyo Montezuma y llegar en camiones al congreso.

Regresar sería una frustración. Quizá prudente, pero una frustración. Habían llegado hasta allí sin lesiones de importancia. No tenía que ver con la prudencia sino con el orgullo.

Los otros jefes comunicaron sin palabras el sentimiento de que Hank Skelley nunca podría lograr la dura escalada.

—Formen la columna. Vamos a seguir bajando por el cañón hasta la parte trasera de la hacienda Hudson. Doble fila, cuando sea posible, y díganles a los muchachos que ahora es sólo un corto recorrido.

Wreck Hudson pasó de un miedo enceguecedor a una enloquecida euforia, y parecía flotar sobre un gran campo de batalla con poderosas legiones a sus órdenes y una impenetrable defensa… al tiempo que él se transformaba en un George S. Patton.

—Aquí vienen —anunció Wreck con un suspiro. Contactó a su círculo de

hombres con ametralladoras, la artillería y los puestos de mortero.

—Dios, parece una división la que pasa por allí abajo —dijo Floyd.

—No tomamos prisioneros —replicó Wreck.

Llegaron como una hilera de hormigas que salía caminando con dificultad de Bloody Gulch hacia White Wolf.

—No veo armas —informó Floyd.

—Tienen sus pistolas en las mochilas.

—Parece que algunos están usando pantalones cortos. Bueno, parecen uniformes de los Boy Scouts.

—Es un disfraz —gruñó Wreck. Son comandos de marines o del Ejército.

Ahora entraron en el desfiladero profundo y estrecho. Wreck miró hacia abajo sobre toda la hilera doble. Hizo girar sus ojos de demente… Los tenía atrapados en un pozo hondo.

—Tengo menos de veinte hombres… ¡Anoche había cincuenta en White Wolf! ¿Dónde mierda está mi maldita brigada?

—Se fueron a la mierda.

Wreck emitió su aullido animal, cayó de rodillas y se cubrió la cara con las manos. Dos patriotas lo ayudaron a ponerse de pie. Estaban acercándose por allí abajo.

—¡*Fuego*!

El fuego de ametralladoras resonó en la estrecha grieta y rebotó en las paredes como pelotas de tenis. ¡Algunos de los invasores estaban cayendo!

¡Ahora van a saber de Wreck Hudson! ¡Gloria! ¡Dios! ¡Gloria! Complot judío frustrado. ¡Mírenlos caer! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

El eco de las balas era tan fuerte como las balas, un granizo de cuatro ametralladoras… los morteros caían zumbando y encendidos y la tierra rebotaba y se levantaba… ahora el fuego de cañones apuntados hacia abajo para volar las paredes y sellar el cañón para evitar la retirada.

«¡Esto es la guerra! ¡Esto es la maldita guerra, carajo! ¡Ahora me van a dar la Medalla del Congreso!».

El estrépito era inmenso, como una suerte de estruendo que debía de oírse en el nacimiento del planeta. Una explosión de rocas pequeñas voló por el desfiladero cuando las balas de ametralladoras las aflojaron. Ahora los morteros eran disparados hacia la parte más estrecha del cañón y abajo caían rocas cuyo tamaño era desde una pelota de basquetbol hasta un autobús.

—¡Los sorprendimos, hijos de puta! ¡Mírenlos correr y gritar!

Un enorme bloque cayó resbalando, rebotó en la pared del acantilado y detrás de ella; las rocas caían como una catarata.

Los Eagle Scouts quedaron atrapados, fueron acribillados y encima de ellos cayó una lluvia de rocas y una docena de enloquecidas avalanchas…

… los pedazos de roca fueron acumulándose cada vez a más altura sobre el suelo

del cañón, seis, nueve metros… encima de todos los exploradores.

Olas de sacudidas se agitaron con el polvo iracundo y soltaron miles de toneladas más de roca. Las olas pasaban a toda velocidad por huecos y fisuras…

… y encontraron la cueva con ochocientas toneladas de dinamita.

La cueva fue levantada de la tierra y arrojada al espacio. Ahora un torrente de rocas cayó cuando del cañón se desprendieron enormes pedazos.

La casa de la hacienda fue destrozada.

Los últimos gritos provinieron de los patriotas cuando su herradura de emplazamiento de artillería simplemente se deslizó de sus amarras y se desplomó.

Ahora los obuses de artillería, los misiles y las municiones de la cueva de almacenamiento lanzaron un interminable y atronador estruendo.

Ahora la muerte… ahora la muerte…

Capítulo 38

ESTACIÓN AÉREA NAVAL
SOUTH WEYMOUTH EN ESE MISMO MOMENTO

El avión presidencial *Air Force One* se desplazó hacia South Weymouth para que su partida no interfiriera con el tráfico aéreo alrededor de Boston y Providence.

El presidente Thornton Tomtree subió a bordo y fue directamente a su oficina para dar los toques finales a su discurso del Día del Trabajo a los Eagle Scouts.

Darnell Jefferson supervisó la ubicación del personal y se ocupó de que todos los sistemas estuvieran en funcionamiento. Al trabajar en una mayor proximidad que en la Casa Blanca, las personas a bordo parecían doblemente ocupadas. Más allá del *Air Force One* y seiscientos metros más abajo, una estela blanca salía del avión de prensa.

El jefe del destacamento presidencial del Servicio Secreto, Rocco Lapides, abrió la puerta de su oficina externa para dejar entrar a Darnell Jefferson. Darnell estaba muy tembloroso, notó Lapides, al golpear a la puerta del Presidente.

—Lapides, no conteste la puerta hasta que se lo diga. Tenemos que mantener en secreto algunas noticias durante diez o veinte minutos —dijo Darnell con voz áspera.

Sin preguntas, los oídos, los ojos y la boca sellados, el hombre del Servicio Secreto recibió sus instrucciones.

—Señor Presidente —dijo Darnell, dirigiéndose formalmente a Thornton, como siempre hacía en presencia de terceros.

—¿Todo en orden? —preguntó Thornton.

—No exactamente.

—Tienes un aspecto horrible. ¿Qué hiciste? ¿Te emborrachaste anoche?

—Hemos recibido informes confirmados de un cataclismo. Una de las columnas de los Eagle Scouts se desplazaba por un cañón, y las paredes del cañón se desplomaron sobre ellos.

—¡Por Dios! ¿Hace cuánto?

—Quizá cuarenta minutos. La policía navaja dice que fue como una bomba nuclear. Se acercaron con un helicóptero, pero había una nube tan densa sobre el área que les resultó imposible echar un vistazo más de cerca.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Lapides, rompiendo su voto de silencio.

—¿Cuántos de estos exploradores había?

—No lo sabemos, señor. Estamos tratando de obtener un número. Hasta el momento, no hay más noticias, excepto lo que comunicó la red de emergencia de Four Corners. Mendenhall y yo establecimos un sistema de comunicación. El avión de prensa huele algo…

—¡Ellos siempre huelen algo!

—Mendenhall los está manteniendo a distancia. En cuanto tengamos idea de las bajas que hubo, debería tener lista una táctica para hacer el anuncio a la gente.

Tomtree trató de concentrarse hasta lograr la agudeza de un rayo láser, pasando por una docena de posibles escenarios para evitar que la información desbordara. ¡Gracias a Dios que había sido un accidente! Tomtree pensó de inmediato en su posición personal en todo eso. En una semana iba a anunciar que se postularía para ser reelegido en el año 2008, a fin de adelantarse a cualquier republicano ambicioso de la multitud de bautistas.

Mendenhall, que era capaz de sudar en un iceberg, estaba empapado cuando entró.

—Confirmación del satélite de la CIA —anunció con voz ronca. Las paredes del cañón se desplomaron a lo largo de una extensión de tres kilómetros. El sendero está debajo de millones de toneladas de rocas caídas.

Todos temían la siguiente pregunta:

—¿Cuántos exploradores había en el cañón?

—No estamos seguros, señor Presidente. Había tres columnas que se juntaron en Mexican Hat, que sumaban un total de mil quinientos o mil seiscientos Eagle Scouts.

—Bueno, maldición, divide mil quinientos por cuatro. Eso da cuatrocientos en esa columna. Eso no significa, de ninguna manera, que todos hayan resultado heridos. En cualquier caso, fue un desastre natural. Tendría que poder recibir mucho apoyo.

«Por Dios», pensó Darnell, «está actuando como si la divina providencia lo estuviera llevando a Four Corners. Quizá podría hacer el anuncio de su reelección presidencial en cuanto lleguemos a Four Corners».

Darnell Jefferson prácticamente se había desplomado en su butaca. El Presidente y Mendenhall convirtieron el *Air Force One* en una Casa Blanca voladora, enviando instrucciones a las fuerzas armadas y a los organismos relacionados.

… La información llegó y salió primero con gotero y finalmente como una avalancha…

—Dios, Señor Presidente, están pasando fotos por Internet de los cañones cerca del Monumento Nacional Hovenweep, Utah. *National Geographic* está a la cabeza.

—Señor Presidente —dijo Darnell con aspereza—, tiene que hablar con el avión de prensa.

—Señor Presidente, los choferes de los camiones de provisiones de los exploradores confirmaron que se cambiaron los planes a la mañana y la columna entró en Six Shooter Canyon.

—¿Cuántos?

—No lo sabemos, señor.

—Señor Presidente, el Cuartel General de Boy Scouts confirma que la columna entró en Six Shooter Canyon con cuatrocientos exploradores y jefes. Son de treinta y siete estados.

—Señor, estamos conectados con el avión de prensa.

—Habla Thornton Tomtree. Una avalancha de origen desconocido al parecer tuvo lugar en uno de los cañones cerca del Monumento Nacional Hovenweep, en Utah. Parece que una columna de Eagle Scouts que se dirigía caminando a su congreso en Mexican Hat puede haber quedado atrapada. El *Air Force One* se dirige a Albuquerque, donde iba a dar un discurso por el Día del Trabajo. Pido a nuestra amada nación que una las manos y rece.

El equipo de emergencia de la Casa Blanca —integrado por el secretario de la presidencia, Tony Rizzoli, Darnell Jefferson, Mendenhall y el estratega político Turnquist— tenía acceso libre al Presidente.

… OBTENER UNA LISTA DE LOS NOMBRES DE LA GENTE DE ESA COLUMNA…

… El Presidente necesita un asesor del departamento legal aquí para que nos dé un panorama de la posible responsabilidad del gobierno…

… También enviar a Jacob Turnquist, estratega político, para que evalúe los daños y estime las secuelas políticas. ¿Mejor anunciar ahora la reelección como un gesto para apaciguar al público o mejor anunciarla en cuanto comience el próximo año?…

… «NO PODEMOS DECIRLO HASTA NO TENER TODA LA INFORMACIÓN».

El almirante Wall, médico personal del Presidente, controló la presión sanguínea y el pulso.

—Altos, pero bien.

—¿Dónde diablos está el vicepresidente?

Mendenhall se deslizó dentro del cuarto atestado. Se inclinó y susurró al oído de Tomtree.

—Voy a pedirles que todos excepto el equipo de emergencia salgan por unos minutos. No quiero que me llamen a menos que les dé órdenes. ¿Y bien?

Cuando se cerró la puerta, la cara expresiva de Mendenhall mostró terror.

—Acabo de hablar por el celular con el jefe de policía navajo. Reunió una docena de helicópteros y aterrizó en un lugar llamado Bloody Gulch dentro del cañón. Un grupo de diez bajó a Six Shooter… y se encontró con una pared de quince metros de rocas caídas.

»Treparon para obtener una mejor vista y no vieron señales de vida. En las cercanías, al parecer cientos de personas de la región oyeron estruendosos disparos a las 07:30 de esta mañana.

—¿Está diciendo —dijo Darnell— que la explosión fue provocada?

—De acuerdo con la policía navaja, la propiedad contigua, la hacienda White

Wolf, era el cuartel general de una milicia de Four Corners.

El almirante Wall controló otra vez la presión del Presidente, rápidamente preparó una jeringa y le pidió al Presidente que se bajara los pantalones para poder darle una inyección en el glúteo.

—¿Qué equipo de televisión está a bordo?

—CBS.

—Que esperen en el vestíbulo. Haré una declaración en diez minutos.

—Último informe, señor Presidente: se confirmó el informe de la policía navaja. Es posible, incluso probable, que nadie en el cañón haya salido con vida.

—Damas y caballeros, les habla Larry Merton a bordo del Helicóptero Uno, KTM, Salt Lake City. Las nubes de polvo sobre Six Shooter Canyon parecen estancadas allí. En cuestión de minutos los equipos médicos y de rescate de montaña van a tratar de entrar en el cañón. No ha habido señales de vida. El Cañón sigue rugiendo y arrojando piedras. Vamos a tratar de volar por abajo. ¡Oh, Dios mío! Es una catástrofe. Todas las edificaciones en la hacienda y la mina han sido destruidas…

»Interrumpimos para conectarnos con *Air Force One*, camino a Albuquerque, Nuevo México. Con ustedes, el Presidente de los Estados Unidos.

—Compatriotas estadounidenses, una gran tragedia ha golpeado a nuestra nación. Una columna de aproximadamente cuatrocientos Eagle Scouts y sus jefes, de más de treinta estados, se dirigían a un congreso en Lake Powell. Al pasar por una profunda quebrada conocida como Six Shooter Canyon, las paredes cayeron sobre ellos. Los primeros informes nos indican que al parecer no hay sobrevivientes. No tengo palabras para expresar el dolor que me causa tener que informarles que creemos que no fue un accidente, sino un deliberado ataque de la Hudson Mining and Cattle Company. La información al respecto es escasa, ya que todas las señales de vida y la propiedad de la hacienda también fueron destruidas. Nosotros, nuestra nación y su gente, hemos ingresado en un terrible período de dolor y rabia. Debemos superar nuestro dolor y nuestra rabia para poder tomar decisiones claras.

»He ordenado que se inicie de inmediato la más grande y precisa investigación de la historia y que se emita un informe público preliminar en cuestión de semanas.

»Estados Unidos es una nación grande y fuerte, la democracia más antigua que existe, y esa grandeza no se ganó sin constantes desafíos, derramamientos de sangre y sacrificios.

»Nuestros enemigos aprovecharán esta tragedia para demostrar la caída de la grandeza estadounidense. Sin embargo, hemos prevalecido donde otros han caído en la noche de los tiempos, y volveremos a prevalecer.

»Como su Presidente, les pido que abran los brazos a las familias de aquellos jóvenes que murieron. Deben sentir la fuerza, las oraciones y el sufrimiento compartido.

»¿Cómo pudo pasar algo semejante? Bueno, tenemos que remontarnos, quizá generaciones, para encontrar el eslabón. Creo que el eslabón nos va a llevar a

nuestras raíces.

»No obstante, esta catástrofe ocurrió durante mi mandato y debo cargar con la responsabilidad.

»Señor, permite que salga un rayo de luz de esta oscuridad y nos diga que estos jóvenes valientes encenderán el camino de nuestro futuro.

—Henrietta Joslin, CNN, Denver. El gobierno ha dispuesto los siguientes números de teléfono sin cargo para los familiares de las víctimas. Todas las líneas aéreas que van a Albuquerque y Santa Fe están emitiendo pasajes gratis a los familiares. El servicio de viajes regulares estará en vigencia mañana por la mañana para hacer conexiones desde Denver y Salt Lake City. Los hoteles y moteles del área proporcionarán alojamiento en Four Corners.

El Presidente finalmente pudo tener tiempo para él y para Darnell. Darnell de repente tenía aspecto de viejo, y atravesaba por oleadas de incredulidad. «En nombre de Dios, ¿qué estoy haciendo aquí?».

Thornton Tomtree, sentado más allá, después de haber pasado por su momento de dolor, se torturaba tratando de pensar cómo salir bien parado de la catástrofe.

Empezarían a señalar con el dedo. Ya los medios estaban señalando, y los demócratas estaban lanzando insultos.

El tema de las armas siempre se mantuvo bajo un manto de discreción, pero todos eran conscientes de la actitud liberal de T3 con respecto a las armas y las milicias. Darnell había discutido con el Presidente en forma regular su posición con respecto al control de armas en sus primeros dos años y medio de mandato.

—No se puede detener a los contrabandistas, no se puede detener a los traficantes de drogas —le había dicho Tomtree. ¿Qué demonios te hace pensar que podemos detener el tráfico de armas?

—Son malvados —había argumentado Darnell. Si ves a un malvado, a un malvado impresionante, y dices: «No podemos hacer nada, amigo» y dejas que sea cada vez peor, ésa no es la conducta de un pueblo civilizado. El mal debe ser combatido en todos los niveles.

—Entonces, ¿qué debemos hacer, Darnell? ¿Pontificar sobre el tema y observar a China y a los malditos franceses tomar el control de nuestro comercio de armas?

—¡Pero somos los Estados Unidos de América!

—Exactamente —respondió Thornton. Ni siquiera podría mover al Congreso… aunque quisiera hacerlo. Así que, mirando la realidad de la situación, luego debemos evaluar los resultados.

Darnell estaba exasperado. Sabía que en algún punto del camino con Thornton caería un puente. Una y otra vez durante sus años juntos, Darnell estuvo a punto de irse furioso. Siempre, la atracción de T3 lo volvía a arrastrar hacia él. Thornton era un genio, un gran hombre, y él, Darnell, no sería nada sin él.

Thornton captó la enormidad de la tragedia y sintió que iba a tener el escrutinio más intenso de la historia. ¿Acaso Darnell quería tratar de salvar a este hombre?

—Necesitamos un plan, necesitamos un plan —dijo Tomtree.

Darnell no respondió. Thornton lo miró con suspicacia.

—¿Estás…?

—¡No lo sé! —contestó Darnell.

—Debemos tener cuidado —advirtió Thornton—, estamos caminando sobre arena movediza.

—No me digas —respondió Darnell.

—Necesitamos un plan.

Mendenhall llegó con varias hojas. Tomtree hizo una mueca al ver que no tenía puesta una chaqueta y además estaba transpirando como si fuera un preso encadenado.

—¡Señor Presidente, aquí está! Encuestas en el lugar, información en bruto.

—¿Quién la obtuvo con tanta rapidez? —preguntó Darnell.

—Warren Crowder. Diez minutos después de la explosión tenía periodistas haciendo encuestas en paradas de autobús, canchas de bowling y paseos de compras y enviando la información a Crowder-Washington.

—Eso significa que está inmiscuida esa perra, Greer Little Crowder —dijo bruscamente el Presidente.

—… La información no es mala, señor —agregó Mendenhall. Veamos: gravedad del acontecimiento: serio, 97 por ciento; no sabe, 2 por ciento. Culpa de la falta actual de leyes sobre armas y milicias: no sabe, 62 por ciento; sí, 33 por ciento; no, 7 por ciento. Cree que el Presidente es en parte responsable: sí, 30 por ciento; no, 30 por ciento. Cree que el Congreso es en parte responsable: sí, 50 por ciento; no, 37 por ciento, no sabe… etcétera. Adultos blancos de más de cuarenta…

—Es suficiente —dijo Darnell Jefferson. Gracias, Mendenhall, deje el resto de la información aquí.

—Así son las cosas, Thornton. Hacemos un ataque sobre dos flancos. El ataque número uno es hacia el Congreso. Admitimos que dejamos estos temas en suspenso porque el Congreso no iba a conmoverse con ellos, *incluyendo* a docenas de demócratas. Eso, si se hace con sutileza, expone al Congreso a una explosión popular. El Congreso sabrá qué hacer cuando tenga el asunto entre manos…

—Vamos a ofender a nuestra propia base de poder, Darnell. Tienes que recordar que asumimos la mayoría con una frágil coalición.

—Ahí es donde entra nuestro segundo flanco. ¿Recuerdas cuando gastamos veinte millones en la fiesta del milenio? No era dinero de la campaña, y te costó mucho llegar a la Casa Blanca. Está bien, escucha bien. Tú y sólo tú puedes tranquilizar a esta nación angustiada. Usa este próximo período para viajar a veinte, treinta reuniones de los padres. Será cubierto por la prensa nacional y local. Las encuestas nos permitirán saber cuándo es suficiente. Pero como su Presidente, vas a

mostrar compasión y fuerza.

—Abrazar y besuquear no es lo mío.

—Te enseñaremos a mostrar compasión. Una vez que aprendas, podrás usar la voz temblorosa y mostrar las lágrimas en un abrir y cerrar de ojos.

Thornton Tomtree tenía mucho que sopesar. Moverse rápidamente para quitarle el peso a la Casa Blanca y pasárselo al Congreso. Sonaba como un plan. ¿El tema de la compasión?

«Bueno, llegué a la Casa Blanca una vez», se dijo. «Estoy seguro de que soy tan compasivo como lo fue Nixon».

Darnell se echó atrás. Hacía una hora, media hora, se había sentido lleno de desprecio, y estuvo a punto de decirle a Thornton que se fuera al diablo. Después de la encuesta, iba a usar cualquier medio a su alcance para lograr que Thornton fuera reelegido. El desprecio ahora era hacia sí mismo.

Ni él ni el Presidente habían mencionado a los Eagle Scouts… sólo se preocuparon por decidir cómo hilvanar la historia.

Capítulo 39

REUNIÓN DEL COMITÉ CENTRAL DE IOWA
WATERLOO, IOWA FEBRERO, 2008

—Hola, guapo, ¿qué tal si invitas a un trago a una chica?

Quinn la oyó, la olió y sintió su mano sobre el hombro. Se dio vuelta sobre el banco de la barra y sonrió con aprensión. Greer Little-Crowder, con perlas exquisitas, no usaba la chaqueta hecha a medida de ningún hombre. Su vestido era suave y seductor, violeta transparente; pulseras de oro le anclaban las muñecas. Seguía siendo delgada a los cincuenta y tantos años y no se había olvidado de cómo destacar sus encantos.

Los ojos de Quinn brillaron sobre sus pechos pequeños y volcánicos, luego el pelo, que ya no usaba lacio, sino peinado con sensacionales reflejos. Quinn abrió los brazos y ella se acomodó dentro de ellos. «Las chicas delgadas pueden ser abrazadas con tanta facilidad», pensó él.

—Dios —dijo Greer—, tienes un aspecto espantoso.

—Y tú estás absolutamente deliciosa —contestó él.

Greer le tocó la mejilla y dejó que sus dedos recorrieran el pelo de Quinn. ¿Acaso estaba diciendo: «Abróchense los cinturones»? No necesariamente. Los dos se habían visto en reuniones de asuntos políticos, de los medios o cívicos. De otra manera, ninguno intentó contactar al otro en forma personal.

Greer Little-Crowder se había convertido en una de las principales ejecutivas del país. Era un genio de los medios, directora general del conglomerado de Warren Crowder, reina del mundo.

—¿Puedo ofrecerle algo, señora? —preguntó el camarero.

—Vodka con hielo y limón —contestó ella.

Cuando empezaron a entrar algunos periodistas, Quinn señaló un compartimento fuera de la vista de todos. El camarero se puso tan nervioso que casi volcó la bebida.

—¡Oh! ¡Usted es el gobernador O’Connell!

Quinn se llevó un dedo a los labios. Era un secreto.

—Su dinero no sirve aquí, señor.

Greer metió la punta de su dedo pequeño en el vodka y lentamente recorrió con él sus labios aduladores.

—¡Ya está bien! —dijo Quinn.

—Quinn, ¿ya te olvidaste de que una vez lo hicimos en un pequeño pasillo entre la barra y la cocina…? ¿Cómo se llamaba el restaurante?

Aún recordaba algo.

—Hay una manada de búfalos entrando y buscando algún lugar donde provocar una estampida —continuó ella. ¿Creiste que iba a venir?

—Siempre se le pasa a uno por la mente. Pero ¿Waterloo?

—Allí está la acción, amigo.

—Corre, Quinn, corre —dijo él. Vean correr a Quinn… vean saltar a Quinn… salta, Quinn, salta. Estoy representando el papel de candidato renuente… ¿o estoy tan renuente?

—¿Te alegra verme? ¿Enojado? ¿Triste? ¿Molesto?

—Todo eso —respondió él, tomándola de la mano pero evitando su mirada. Más que nada triste —aclaró con voz entrecortada.

—Ha sido espantoso —dijo ella. Tendrías que haber estado en la sala de redacción durante las vacaciones. La tierra está cubierta de miedo y dolor. Fue como si uno de esos agujeros negros del universo nos hubiera tragado. Esta tragedia fue tan terrible que empiezas a pensar que lo que viene es el día de la bomba nuclear.

—Perdimos treinta exploradores y jefes de Colorado. En medio de un himno o en una fiesta, la gente de repente se echa a llorar, desesperada. Fue cuando los padres me suplicaron: «Gobernador, ¿queda algo de mi hijo? ¿Un dedo, algo?». Yo, eh, me desarmé un poco, tengo que admitirlo. ¿Te acuerdas de Dan’s Shanty? Me quedé sentado, desplomado en un rincón, a punto de perderlo todo. Era como un loco en una celda tratando de agarrarme una borrachera digna del *Libro Guinness de los records*.

Le dije a Rita que no iba a salir hasta que no estuviera repuesto y pudiera funcionar como su gobernador… mira, se oye esta historia en todo el país.

Greer vio que el camarero se dirigía hacia ellos con otro hombre y le dio una palmada en la mano para que se callara.

—Tuve que contarle al jefe —dijo el camarero.

—Es un honor —dijo el dueño.

—Encantado —contestó Quinn, estrechándole la mano con fuerza.

—Gobernador —dijo el hombre—, tiene que ayudarnos con esta masacre de Four Corners.

Las palabras hirieron los oídos de Quinn. Logró emitir un suspiro y una mueca triste.

—Gobernador O’Connell, dentro de unos momentos el restaurante va a estar lleno de periodistas. Sería un honor que me permitiera prepararles una cena especial a usted y a la dama. Se la enviaré a su habitación.

Quinn miró a Greer, que asintió.

—De acuerdo.

—Y tengo que decirle algo, gobernador —agregó el dueño del restaurante. Éste era el compartimento de mi padre, que en paz descanse. —Señaló una foto en la pared. —Nadie tiene su foto en esta pared excepto mi padre con Joe DiMaggio. También quiero la suya.

Quinn escribió la dirección del dueño del restaurante y le prometió una foto firmada.

—Salgan por la puerta lateral. Hay un callejón que conduce al hotel. Dejen sus

bebidas, les enviaré un par de jarras.

—Gracias, amigo —dijo Quinn.

La suite en el penthouse del hotel Millard Fillmore no era tan cursi. Los asientos viejos y profundos bajo las ventanas, los muebles altos y modelados en yeso y caoba y los ruidos metálicos de los radiadores parecían seguir el ritmo de una nueva nevada en el exterior. Todo era encantador.

Quinn se puso un equipo de gimnasia y pantuflas de lana. En unos momentos, Greer apareció elegantemente cómoda. Se acercó a él y desplegó su cuerpo contra el de él para lograr el máximo contacto. Se besaron deliciosamente. Ella le tomó la mano y se la guió hacia abajo, entre sus piernas. Quinn levantó débilmente su otra mano, para detenerla.

—Hasta aquí llego —dijo Quinn.

—Antes de que no hagamos de nuevo lo que no vamos a hacer —dijo ella. Ay, podríamos crear un enorme escándalo.

—Pensé que después de la humillación de Clinton, los Estados Unidos ya estarían más allá de esas cosas, pero cómo venderíamos diarios. Digo, y no con mucho orgullo, que nosotros, de la generación baby boom, queríamos que la sociedad estadounidense se destapara: basta de hipocresía, que fuera políticamente correcta, nada de discriminación, nada de héroes, nada de metas, excepto el dinero. Bueno, mi hijo entendió lo que era la homosexualidad en cuarto grado y oyó un lenguaje en la televisión que ni siquiera los marines se atreverían a usar. Creo que será mejor que volvamos a tapar algunas cosas. Greer, tienes una parte de mí, para siempre, pero Rita es mi vida. Ésa es la verdadera razón.

El rechazo fue suave y simple, pero ella supo que también era definitivo.

—¿Cómo es la vida de Greer? —le preguntó él.

—¿La señora de Warren Crowder o la señora Greer Little-Crowder? Siempre te evité porque momentos como éste pueden conducir a la destrucción de uno mismo. De todas maneras, cuando tu madre y tu padre vinieron a Nueva York y me ayudaron, hace años, no hubo quién me detuviera. Por brillante que sea, Warren ignoraba muchas cosas, incluyendo los temas que tenían que ver con la cigüeña.

—¿No había tenido un par de esposas?

—Así es, pero Greer entró en el juego para quedarse.

Les trajeron jarras de martini y vodka con una encantadora botella de Chianti. Greer bebió un sorbo y exhibió una expresión triste como una cantante junto a un piano.

—Warren quería una guía turística para ir por los clubes pecaminosos. Yo era mejor que nadie. Hice cosas para agradarle y cobré mi precio: señora de Crowder, acciones en la Bolsa y la mujer más importante en los medios del país. No puedes imaginarte lo rica que soy, Quinn. En realidad, Crowder debe más dinero que la mayoría de los países del tercer mundo… pero la riqueza se cuenta no por lo que tienes, sino por lo que debes. Verás, sus Bancos tienen que mantenerlo solvente

porque si alguna vez no cumple, hará caer a una docena de Bancos con él y hará tambalear a muchas economías.

—Bueno, eso es poder, ¿verdad?

—Quiero a Warren. Adoro su falta de piedad. ¿Qué tiene de malo que haya perdido parte de su juventud en los *ménages*? Era un *voyeur* y estuvimos al borde de las drogas, pero Warren no quería nada que le nublara la mente. Después de un tiempo, hasta mi danza de los siete velos se volvió un poco estática, así que decidimos tener un verdadero matrimonio con una auténtica vocación, e hicimos cientos de millones. Ahora soy de lo más recta. Entro en celo de vez en cuando. Quizá todavía estoy buscando a Quinn.

La comida llegó con un fuerte aroma, como diciendo que en Waterloo había algo en el mundo además de la carne y las papas.

Quinn sirvió el Chianti.

—¡Bang! —dijo.

—Así que, ¿qué te trae a Waterloo en esta noche de nieve? —preguntó ella mientras preparaba la mesa.

—Greer, llegué aquí gritando y pataleando, y no estoy hablando con falsa modestia. Está bien… vine porque muchas personas me dijeron que viniera. Así que, aquí estoy, miraré a mi alrededor y diré, *exclúyanme*. Estuve en Waterloo, amigos, y es imposible que pueda llegar a la presidencia.

—No es verdad —replicó Greer.

—Sí, señora, no voy a ser carne para buitres. No voy a permitir que mi familia pase por eso. Durante mi primera campaña para gobernador, AMERIGUN me castigó sin piedad, incluso haciendo correr el rumor de que me estaba volteando a ovejas. La verdad puede ser una pequeña piedra que desaparece en una rugiente represa. Sin embargo, algunas de esas historias falsas y podridas me van a perseguir hasta el día en que me muera. ¿Existe la vida después de la presidencia, o acaso todos son cadáveres cuando dejan el puesto?

—Yo veo nieve por la ventana —dijo Greer. Me temo que tú ves lluvia ácida. Se está formando una gran ola que podría resultar imparable. Llamaste la atención sobre un tema que es crucial. Apoyas el control de armas en una nación que lo pide a gritos. No puedes irte, hombre, no importa cuánto interfiera en tu vida. Tu país se está desangrando, y ésa es la razón principal por la que no puedes huir. Hay otra razón por la que no vas a irte. Anhelas que tus padres biológicos te miren desde el cielo y estén orgullosos de ti: «Nuestro hijo se va a postular para Presidente de los Estados Unidos».

Quinn palideció.

—¿Por eso es que hago todo esto?

—Sí.

—Pensé que lo tenía controlado.

—Te mentiste.

Greer respondió a un golpe a la puerta con movimientos que habían sido pulidos a lo largo de los años para capturar y mantener la atención del observador.

—Profesor Maldonado, si no me equivoco.

—¡Greer!

Mal entró, le dio un beso al pasar y comenzó a inspeccionar el dormitorio y los baños… y el enorme cuarto de vestir.

—Así que, ¿qué te trae por aquí? —preguntó al regresar.

—Lo mismo que te trajo a ti —contestó ella.

Mal se dirigió directamente a la comida.

—La carne de ternera es una manteca. —Se había convertido en un viejo encantador.

—¿Qué está pasando ahí afuera? —preguntó Quinn.

—Un fenómeno —dijo Mal. Varios gobernadores demócratas se pusieron en contacto conmigo. Están interesados en tu candidatura. El partido se está alineando rápidamente detrás de ti.

—No cuentes con Quinn como un ganador seguro. T3 no es fácil de vencer —dijo Greer. Hizo un trabajo magistral al distanciarse del Congreso. Cada vez menos gente lo hizo responsable de Four Corners, en particular con esta nueva humildad, la espalda recta cuando se arría la bandera, una ocasional lágrima en los ojos y esos abrazos calurosos a los padres de las víctimas. Y Pucky Tomtree también hizo un buen trabajo.

—Dicen que Darnell Jefferson lo planeó todo —comentó Mal. Él y T3 son gemelos, pero no idénticos. Lo que sea que haya hecho, el Presidente ha luchado para volver.

Quinn notó una sonrisa rápida y pequeña en el rostro de Greer.

—Tú te codeas con esa gente —dijo Quinn.

—Bueno, tuve un interludio con Jefferson hace algunos años, en Martha’s Vineyard. Estaba haciendo una dieta de carne blanca —contestó ronroneando.

—Creí que la actitud humilde de Tomtree era transparente —dijo Mal, comiendo un bocado de tiramisu.

—La gente quiere transparencia —replicó Greer—: Miren las comedias. Aquí no se habla inglés. Hagan retroceder el camión de la basura y llévense el espectáculo de esta semana. ¡No! Vale millones en distribución a distintos medios de comunicación. Reciclamos más mierda en un año de lo que los chinos arrojan a sus hoyos en una década.

—Sí, que los niños salgan de la sala —dijo Quinn suavemente. Algunos niños hoy dicen «mierda» tanto que piensan que es su segundo nombre.

Mal se echó atrás el pelo, se palmeó el estómago con satisfacción y miró todas las jarras. El vodka parecía prometedor.

—Lo que se está formando aquí —comenzó Mal con su modo académico— es un ciclo recurrente. La raza humana no es menos cruel ni menos asesina que hace diez

mil años. Sin embargo, con mucha frecuencia se encuentra con un imperativo moral que tiene que superar para que la civilización avance. ¿En los Estados Unidos? La revolución contra Inglaterra fue un imperativo moral. La decisión de luchar contra Hitler y comenzar con la energía atómica fueron imperativos morales.

—Estás hablando de Washington, Lincoln y Roosevelt —dijo Quinn riendo.

—Y quizá Quinn O'Connell. Un gran imperativo moral terminó en una sangrienta tragedia en Six Shooter Canyon. AMERIGUN no va a rodar y morir fácilmente, pero tú eres el hombre que se enfrentó a ellos —dijo Mal. Así que, ¿cómo vas a vivir contigo mismo sin pelear hasta las últimas consecuencias?

—La nación está lista para llevar a cabo un serio control de armas, y la gente sabe que va a tener un presidente duro que va a ocuparse de eso —añadió Greer.

—Gracias por compartir eso conmigo —dijo Quinn.

—Espera, hay más —saltó Greer. Todavía faltan nueve meses para las elecciones, y no tienes una maquinaría de campaña nacional, estatal o local, no tienes dinero ni respaldo. Pero eres el rey de los temas calientes. ¿Puedes aceptar las mentiras y las provocaciones? ¿Puedes dirigir? Si crees que puedes, ¡quiero jugar!

—Gracias por tu gloriosa oferta, Greer; pero, querida, el pueblo de los Estados Unidos quizá no sea tan sofisticado como crees; esto no va a resultar.

—Tienes razón —murmuró Mal.

—Ayer renuncié a Crowder Communications.

La noticia los dejó sin habla.

—¿Qué? ¿Cómo? ¡Eres una mujer casada! —exclamó Mal.

—Oh, apuesto a que a Warren Crowder le gusta esto —comentó Quinn. Va a llevar la carrera de su ilustre dama a un punto culminante.

—Warren es un jugador —explicó Greer. Y sabe que voy a regresar.

—Ustedes dos tienen que portarse bien —recomendó Mal. Quiero decir, de verdad portarse bien. Si podemos poner a Greer a cargo de los detalles prácticos… conoce a todos los políticos del país. Conoce a todos los matones. Tiene acceso al dinero de la noche a la mañana.

—Tendría armado tu comité nacional en cinco días —afirmó Greer—, y en una semana te presentaré una estrategia.

—Los votantes van a fijarse más en mí. Mejor quédate en Colorado, vaquero. Cada vez que oyeron de Quinn O'Connell, fue como consecuencia de una lucha. Urbakkan… AMERIGUN… y ahora la masacre de Six Shooter Canyon —se defendió Quinn.

—Pequeña diferencia —corrigió Greer. Tal vez la gente tenga el deseo político de seguir un imperativo moral.

—Llamaré a Rita —anunció Quinn. Tiene que estar totalmente de acuerdo.

—No tienes que llamarla —dijo Greer. Lo hablé con ella antes de comprar mi pasaje de avión a Waterloo. Rita dijo: «Gracias a Dios que vas a verlo. Por lo menos, vas a darle una oportunidad de luchar».

Maldonado contestó el teléfono. Los senadores Ebendick y Harmon estaban en el hotel y querían unos minutos.

—¡Bueno! —exclamó Mal. Acaban de llegar a la ciudad algunos peces gordos.

—¿Quiénes? —preguntó Greer.

—Ebendick y Harmon.

—Eso es una declaración de apoyo —exclamó Greer.

—Voy a bajar a registrarlos —dijo Mal. Quería decir más acerca de que esperaba poder confiar en Greer y Quinn. Alguna vez habían derretido cañones con su pasión. ¿Cómo un extraño momento de tensión, pasión o alegría no iba a arrojar a uno a los brazos del otro? Pero Rita creía. ¿A qué jugaba Dios al poner a un hombre decente como Quinn en una trituradora mientras se dirigía con los hombros caídos hacia Jerusalén?

El gobernador Quinn Patrick O'Connell se dirigió al estrado en un salón atestado de gente en el hotel Millard Fillmore. Una explosión de luces de televisión resplandeció mientras los fotógrafos seguían consumiendo película.

—Hola —dijo Quinn cuando hubo silencio. Soy Quinn O'Connell, gobernador de Colorado. Cualquier reconocimiento nacional que pueda tener se debe en gran medida a mi inclinación hacia el control de armas. Hay una larga lista de problemas graves en la agenda de los Estados Unidos, y si mi candidatura sigue adelante, daré a conocer mi posición dentro de algunos días.

Greer apoyó la cabeza sobre el hombro de Mal y lloró un poco.

—Pero hoy estamos aquí porque gran parte de la brillante esperanza de los Estados Unidos yace en silencio en el fondo de Six Shooter Canyon. Podría haberse evitado con la voluntad política del pueblo, y volverá a suceder si no existe la voluntad politica del pueblo de cambiarlo.

»Estoy aquí, delante de ustedes, no como un santo que se postula para la santidad ni como un pecador que evita el infierno. Pretendo vivir mi vida privada en privado, y pretendo devolver una gran medida de dignidad y autoridad que ha faltado en la presidencia durante casi diez años.

Quinn se quedó callado y la sala de pronto quedó atrapada en su encanto. Abrió un libro pequeño en el estrado.

—«Artículo… —leyó—… Considerando que una milicia bien regulada es necesaria para la seguridad de un Estado libre, el derecho del pueblo de tener y portar armas no será infringido».

Un murmullo de incredulidad recorrió toda la sala.

—Cuando entró en vigencia la Segunda Enmienda de nuestra Constitución, nuestra nueva nación no tenía un ejército permanente para luchar contra vecinos hostiles: Inglaterra, Francia, Canadá y España. También estábamos luchando contra muchas naciones indígenas, y parte de la población seguía siendo leal al rey. ¡*Por lo*

tanto! Cada colonia, cada nuevo estado estableció su propia milicia. Estas milicias no eran muy buenas.

»Ahora miremos esta Segunda Enmienda. No tiene nada que ver con los derechos de los ciudadanos de poseer armas, sino con la formación de milicias *bien reguladas*.

Quinn estaba muerto de sed, pero temía que su mano fuera a temblar al sostener el vaso con agua. ¡Al demonio! Tomó un trago, con la firmeza de una roca.

—Si algo en todo el panorama estadounidense ha sido distorsionado y enrevesado, eso fue la Segunda Enmienda. Las milicias fracasaron. Después de la Guerra Civil, muchas unidades estatales fueron convertidas en una guardia nacional. Una guardia nacional *bien regulada*, tal como lo requería la Constitución, con sus armas bajo el control del gobierno.

»Durante mucho tiempo, hombres de intenciones cuestionables se han cobijado bajo el ala de la Segunda Enmienda, diciendo que es su divino mandamiento poseer armas.

»¡Mentira! Gracias a la inacción federal sobre el control de armas, muchos pueblos, ciudades, condados y estados, incluyendo a Colorado, han promulgado sus propias leyes sobre el control de armas. Pero el cabildeo de las armas es poderoso. Un arma sale de la línea de montaje cada siete segundos y durante esos mismos siete segundos otra arma es importada dentro del país.

»»¡Pretendo darle fin! —exclamó Quinn. Porque la mayoría de los casos de los tribunales en los estados y ciudades podrían ser eliminados con la aprobación de un solo proyecto de ley nacional. El derecho de posesión de armas no es ni nunca fue una garantía constitucional, y para entenderlo bien y con claridad… la Segunda Enmienda de la Constitución debe ser derogada.

Capítulo 40

WASHINGTON, FEBRERO, 2008

Si las lágrimas fueran estrellas, se habrían derramado suficientes para duplicar el tamaño del universo. La nación pasó al Año Nuevo con oscuridad a mediodía, en posición fetal. Ninguna pelota fue bajada en Times Square para indicar que había llegado el Año Nuevo; la mitad de los partidos de fútbol fueron reprogramados o cancelados. Sólo el Super Bowl siguió adelante, con total valentía. Simplemente había demasiado dinero en juego. La Bolsa cayó en picada y pronto se empezó a señalar a personas. Los espectáculos con paneles de expertos generaban espectáculos con paneles de expertos.

La masacre de Four Corners fue un acontecimiento único en la historia estadounidense. Nadie sabía realmente a quién dirigirse, pero Thornton Tomtree estaba allí y se propuso firmemente distanciarse del Congreso. Comenzó a deleitarse con su nueva estrategia compasiva.

Después del Super Bowl, T3 había surgido como el hombre «grande», el pastor, el gran padre.

Luego llegaron los desalentadores hallazgos iniciales de la investigación.

Habían desaparecido todas las pruebas en el terreno cerca de Six Shooter Canyon y la hacienda White Wolf. Los perpetradores habían muerto con las explosiones.

El FBI persiguió a los patriotas de White Wolf que no estaban presentes, con el propósito de establecer una secuencia de acontecimientos. Cuantas más piezas descubría el FBI sobre la historia de Wreck Hudson, más caía dentro del reino de la fantasía. Los patriotas de White Wolf existentes desaparecieron debajo de la tierra con la ayuda de la Llegada de los Cristianos Arios Blancos.

En cuanto a resolver el destino de Six Shooter Canyon, había un terrible problema.

En el pozo más profundo de su vida, el presidente Thornton Tomtree gimió ante la recomendación que tenía sobre el escritorio. La comisión de investigación, que incluía a toda la sociedad, desde los genios en ingeniería hasta los líderes religiosos, había hecho un rápido primer hallazgo, que se abrió camino hasta la Oficina Oval a fines de febrero del año 2008. El Presidente no tuvo más remedio que transmitírselo al pueblo norteamericano.

—Compatriotas estadounidenses. El informe que estoy a punto de transmitirles fue previamente comunicado a los familiares de las víctimas de la masacre de Four Corners. La comisión ahora ha hecho una recomendación inicial… por favor, ténganme paciencia… debo evocar imágenes horribles.

»No podemos llevar equipos para remover la tierra a ese estrecho cañón. La alternativa sería dinamitar las paredes para ensanchar el acceso. Después de eso, nos

embarcaríamos en un proyecto para remover la tierra en una superficie muchas veces más grande que la represa Hoover, lo cual llevaría años.

»Las perforaciones de prueba indican que las víctimas fueron aplastadas por la avalancha inicial y luego sepultadas debajo de tres a seis metros de roca. Otros doce a treinta metros de roca cayeron sobre ellos.

»Las perforaciones de prueba también nos dicen que probablemente no recuperemos suficientes restos para entierros individuales. Los expertos forenses y los expertos en ADN opinan que nadie va a ser realmente identificado, ya que los restos están muy mezclados y pulverizados.

»Si se ordenara una excavación, quedaríamos atrapados en esta tragedia durante muchos años. Al final, sería un gesto fútil. La supervivencia de nuestra nación depende de superar nuestro dolor nacional. Por lo tanto, he pedido a los líderes republicanos y demócratas que se apruebe un proyecto de ley de ambos partidos, para sellar el cañón y erigir un monumento apropiado.

—Noticias prometedoras, señor Presidente. Tres cuartos de las familias están de acuerdo, desde el principio. A partir de su mensaje por televisión… sesenta y dos por ciento de los editoriales de los principales medios piensan que el cierre y el monumento son decisiones acertadas… sólo un ocho por ciento piensa que deberíamos excavar el cañón… A partir de su mensaje, el setenta y dos por ciento de las encuestas de CNN/ TIME/ CBS/ *New York Times*/ USA *Today* dio como resultado que tenemos que seguir adelante con la vida de la nación… CBS/ *New York Times* tienen un siete por ciento que «no sabe»… Si esta muestra se mantiene, ¡ya pasó lo peor!

Thornton Tomtree sintió que la sangre le volvía a circular por el cuerpo.

—Y, señor, como broche de oro. En la reunión del comité central republicano de Iowa, setenta y tres por ciento quiere que se presente para la reelección.

—¿Quién presidió la reunión del comité demócrata? —preguntó el Presidente.

—El patán ese, el hombre de Colorado…

—¿Quinn Patrick O’Connell?

—Sí, señor.

¿Acaso el pueblo norteamericano podría confiar en otro político, aunque conociera todos sus defectos de antemano? Se reunieron alrededor de Thornton Tomtree. En ese momento, T3 era todo lo que quedaba. Estaba perfectamente tranquilo y en control de la situación.

Y llegó Quinn.

«Salvador» era una palabra demasiado fuerte, pero una nación desesperada por levantarse lo había colocado en el centro del escenario. Una enorme cobertura de los medios en New Hampshire hablaba de la llegada de una nueva fuerza.

En Denver, por las vías del ferrocarril, un depósito viejo y grande fue donado para uso del comité de «O'Connell presidente». Había estado mucho tiempo abandonado y más tarde se transformó en una discoteca. Greer reunió a una enorme cantidad de voluntarios y abrió una cuenta bancaria.

Las contribuciones para muebles de oficina y computadoras llegaron desde Chicago a Salt Lake City.

Las discusiones nocturnas con Maldonado, Greer y Rita, su círculo más íntimo, se convirtieron en leyenda. Los tres llegaron a darse cuenta de que con Quinn era «la campaña se hará a mi manera o nada».

La mitad del tiempo de un candidato estaba destinado a recaudar fondos entre los poderosos y los ricos. Ninguna candidatura seria podía llegar lejos sin los principales contribuyentes… que encontraban formas ilimitadas e ingeniosas para evitar los límites legales para las donaciones. Quinn tomó una osada decisión la noche que salió para New Hampshire.

—No aceptaré contribuciones de los comités de acción política. No voy a aceptar fondos ilegales. Ese dinero es resbaladizo y difícil de agarrar, pero ustedes saben lo que son las contribuciones ilegales, igual que yo. Quiero que mi candidatura sea respaldada principalmente por contribuyentes comunes. Se me pide que haga un trabajo difícil, y si creen que yo soy el hombre, entonces ayúdenme.

Ésa fue la primera vez entre otras muchas en que era obvio que O'Connell había hecho algo estúpido que le traería muchos problemas.

Sin embargo, cuando llegó a New Hampshire, un diluvio de contribuciones cayeron sobre Quinn, convenientemente cargadas a tarjetas Diners Club, MasterCard, Visa, Discover y American Express.

HERMANO, ¿PUEDES DONAR DIEZ CENTAVOS?, decía el titular. SOY EL CANDIDATO DEL PUEBLO.

Quinn levantó su boletín de prensa diario. Encima había varias cajas con donaciones de las últimas veinticuatro horas, gastos y el total del Banco. El grado de apertura heló hasta la médula a los políticos estadounidenses.

En Manchester, hubo un sentimiento repentino y urgente de reunir gente de Maine y Vermont. Simplemente tenían que ver a este tipo. Por favor, Dios, que sea verdadero. En los días sombríos de invierno, las calles se llenaron de gente y apareció una improbable escena de habitantes de Nueva Inglaterra que demostró su pasión en público.

Los entendidos escarbaron en la historia de la presidencia estadounidense para encontrar un candidato más «natural»: astuto, ambientalmente brillante, cabal en sus temas y completamente modesto y cómodo con la gente.

Quinn y Rita bajaron a toda velocidad por un camino traicionero conocido como «El sendero de mierda» y terminaron de pie.

¡*Miren a esa pareja*!

¿Acaso él era demasiado bueno para ser real? ¿Ya nos olvidamos de cómo se ensució el cargo de presidente en la época de Clinton? ¿Ya nos olvidamos del dolor? ¿Podremos volver a confiar en otro político?

Seguramente los votantes podrían estar dando rienda suelta a su dolor, y seguramente podrían estar apostando a sus propias aspiraciones futuras. ¡Pero no paren el carnaval!

En sus reuniones en la municipalidad, Quinn muchas veces escandalizaba con su sentido común y su candor. Dijo la verdad, más de una vez, para admitir sus propias fallas. Quinn encendió el renacimiento de muchos valores que se pensaba que habían desaparecido de la sociedad.

¿El resultado? ¡Sorprendente! Quinn Patrick O'Connell obtuvo más votos que otros cinco demócratas juntos e iba a la par con el gobernador de Vermont, como candidato favorito.

Menos de un mes después de la reunión del comité de Iowa, había establecido una legitimidad, aunque su insistencia en el financiamiento popular apenas mantenía la campaña en marcha. El día después de New Hampshire fue un día bueno para recaudar fondos. Y bueno, tenía que serlo, porque no había tiempo para detenerse. Quinn y su gente de pronto miraron hacia el Martes de Carnaval, en unos días.

El Martes de Carnaval se realizaría una elección primaria y una reunión del comité de doce estados de costa a costa, con Samoa Oriental incluida. Quinn podía tener un pie en la puerta, pero todavía le faltaba mucho para poder ingresar.

Quinn necesitaba una fuerte presencia en los estados sureños de Georgia, Carolina del Sur y el estado casi sureño de Maryland. Al no poder visitar todos los estados, eligió pronunciar su mensaje en la Universidad Emory, en Atlanta.

A través de un enorme orgullo cívico, emprendimiento, liderazgo y migración, la ciudad se había convertido en el centro de poder del sur, sofisticada, con mucha vida nocturna, ambiciosa, un lugar maravilloso para criar a una familia.

Al principio de su carrera como joven senador del estado de Colorado, Quinn había sido un orador tímido, pero se superó a sí mismo a través de una inteligente crítica. Cuando ganó la gobernación, ya estaba convertido en un orador fuerte y confiado pero medido.

Todas las cosas parecieron unirse cuando llegó a Atlanta como una creciente curiosidad nacional. Quinn sintió que la gente anhelaba oír lo que iba a decir. Sintió, por primera vez, que tenía el poder, como orador, de atrapar a su público.

Mientras Quinn hablaba, con suavidad al principio, sintió las vibraciones, y entró en un ritmo, en un ballet, dotado de gracia, consciente de lo que le estaba sucediendo.

Decidido a que no lo catalogaran como un perro con una sola gracia, Quinn dejó de lado el tema de la Segunda Enmienda y escribió un visionario ensayo político.

Quienes trabajaban con Quinn contuvieron el aliento.

—… hemos alimentado a un poderoso bosque de leyes y valores y decencia. Estamos destrozándolo sin plantar árboles nuevos. Bajo el disfraz de la libertad de expresión, nuestras fronteras de la moralidad se extienden tanto que los niños de doce años conocen los vulgarismos de nuestra lengua o lo explícito de la conducta sexual o el delito y las drogas. De modo que, ¿hemos dejado de lado las viejas hipocresías o estamos cediendo ante las estupideces que nos endilgaron las personas cuyo único interés es hacer dinero y que van a seguir avanzando hasta que nuestro sentido de la indignación se acalle?

¡*Bum*! Quinn sabía que el discurso volaba.

—Hace diez años, el pueblo norteamericano fue sometido a escuchar a un presidente obligado a dar un discurso sobre el sexo oral. Juramos que nunca más sucedería. Pero volvió a pasar, una y otra vez. La nación ya no puede aceptar este lascivo deseo de sangre, que ya le está robando candidatos brillantes que ya no quieren ser funcionarios públicos.

»El mundo reza por nosotros, espera que salgamos de la cloaca. Corresponde que cada ciudadano tenga una larga charla en silencio consigo mismo y no sucumba ante la mendacidad.

¡*Bum*! Las vibraciones de orador a observador temblaban en el aire. Quinn bajó del estrado, micrófono en mano y recorrió el escenario de extremo a extremo.

—¿Acaso hemos interrumpido las relaciones personales y nos hemos distanciado los unos de los otros? Nos elevamos en grandes olas de miles de millones de bits… pero ¿nos conocemos siquiera?

»Vamos al Banco, compramos, votamos, intervenimos en el mercado, compramos alimentos, volamos, salimos de vacaciones, leemos lo que dictamina un dispositivo electrónico que, a pesar de ser una maravilla milagrosa, no tiene corazón ni alma ni compasión.

»Cuando llegue la salvación, no vendrá con forma de impresión de computadora, sino de la Palabra traída del Sinaí. Debemos reanudar el vínculo con el prójimo y establecer las reglas de la decencia.

Fue un extraño discurso. No parecía político, sino más bien algo dicho desde un púlpito. ¿Cómo se daba cuenta Quinn de la sed de la gente de un guía moral? Aún de duelo por la masacre de Four Corners, necesitaban un guía espiritual.

Quinn hábilmente había trazado una línea en la arena y había adoptado una elevada actitud moral. ¿Inteligencia o genio político?

Martes de Carnaval.

Las elecciones primarias dijeron que O'Connell había llegado para quedarse. Ganó en Maryland por un pelo, perdió en Georgia por la misma cantidad, pero obtuvo el cuarenta por ciento de los votos de Carolina del Sur. ¿Acaso el oeste y el este se identifican entre sí? Quizás al ser tratados como una selva cultural. Este extraño de un lugar extraño no era en absoluto un extraño.

Quinn y su gente llegaron tambaleándose a Nueva York para una visita relámpago. Éste era el terreno de Greer Little-Crowder, y ella llenó el gran salón del Plaza con una multitud de genios de las finanzas, estrellas del negocio de los entretenimientos, abogados, gerentes de empresas, grandes atletas, banqueros.

(¡Dios! ¡Él es increíble!).

(Bueno, ella no está para nada mal).

Quinn se dirigió a ellos como un hombre de negocios exitoso.

—Para retener nuestra exaltada condición comercial en el mundo, revisemos a conciencia los estándares éticos. Los fondos ilegales son fondos de la codicia. Los fondos de la codicia son fondos ilegales. Este dinero socava nuestras bases.

Prácticamente todos los presentes estaban incómodos, pero vaciaron sus billeteras hasta el fondo. Quizá Quinn no era para ellos, pero era agradable tener un vocero de la conciencia antes de reelegir a Thornton Tomtree.

Luego llegó el turno de presidir una importante reunión en la Universidad de Columbia con estudiantes traídos desde la Universidad de Nueva York, St. John's, Fordham, Yeshiva y City College.

—Ya no podemos aceptar el racismo. Hace tan sólo un siglo y medio, peleamos una guerra civil para derrocar al ogro de la esclavitud. Durante el siglo XX, la gente trató de liberarse, declarando su libertad y dividiendo el planeta en ciento ochenta y cinco naciones independientes. Este nuevo siglo es el siglo en que nos desharemos de los flagelos más antiguos de la humanidad. Nos desharemos de la maldición de la intolerancia.

Cien cámaras atraparon varios miles de imágenes de Quinn estrechando la mano de Warren Crowder, de Quinn estrechando la mano de Warren Crowder y de Greer Little-Crowder.

Mientras tanto, Rita había atraído mucha atención hacia ella.

El recaudador de fondos del Madison Square Garden rechazó a más de tres mil personas. La fiebre era como un desfile de Lindbergh por Broadway. Quinn se fue de Nueva York con más de un millón y medio de dólares y cincuenta y ocho por ciento de los votos de los demócratas.

—Gobernador O'Connell, Charles Packard, Reuters. ¿Podría hacer un comentario sobre la historia de *Newsweek* con respecto a la jefa de su campaña, Greer Little-Crowder?

—Sin Greer, mi campaña nunca se habría cristalizado y tampoco habría podido desarrollarse tan bien.

—Pregunta obligada, gobernador. ¿Estuvieron relacionados sentimentalmente la

señora Crowder y usted?

—Sí. Fuimos novios cuando estudiábamos en la Universidad de Colorado hace treinta años. También era una excelente entrenadora de béisbol y mejoró mi promedio de bateo en casi cuarenta puntos.

—¿No le parece de interés periodístico, señor, que Greer Little-Crowder ahora sea una persona poderosa y se dedique de lleno a su campaña?

—Obviamente, se angustió mucho con la tragedia de Four Corners y, junto con millones de estadounidenses, cree que la Segunda Enmienda debe ser derogada.

—Louise Markham, *Washington Times*. ¿Usted y la señora Crowder tuvieron contacto en todos estos años?

—Bueno, no el contacto al que usted se refiere. Nos vimos en público.

—Gobernador, Chance Spencer, MSNBC. ¿La señora Crowder renunció o simplemente se tomó una licencia prolongada?

—Un momento, damas y caballeros. Me están llevando hacia un terreno peligroso. Por Dios, no volvamos a las épocas oscuras de 1998 y el daño que trajo aparejado, y la tortura impuesta a un gran hombre, aunque imperfecto.

—¿Y el derecho que tiene el público de saber?

—Ese derecho termina en la puerta de mi casa. Espero poder invitar a todos a mi living. El resto de mi casa es un lugar privado mío, de mi esposa y de mi familia y de Dios.

El enfrentamiento llegó al sur. Seis de ocho elecciones primarias eran en esta área. Florida y Texas, dos de los grandes estados, surgían amenazadores frente a Quinn. Un candidato apoyado por los delegados de Florida, el gobernador y luego senador Chad Humboldt, se preparó para detener el tren de O'Connell.

La familia de Quinn comenzó a aparecer en la prensa y en las entrevistas. Rita y su sonrisa y su modo amable. Uno no podía más que pensar en Jackie Kennedy, aunque la belleza de Rita no tenía comparación.

Bueno, ese Duncan, ¡qué monumento! Dejó las cuestiones cotidianas del manejo de la hacienda en manos de Juan Martínez. Pasaba la mayor parte de su tiempo en las instalaciones veterinarias y de investigación animal construidas en la propiedad.

Era de esperar que Duncan se enamorara de una veterinaria de Glenwood Springs, Lisa Wong, de ascendencia asiático-americana. Ella llegó a Troublesome con una beca de investigación para determinar fehacientemente el tiempo que podían conservarse los huevos sin deteriorarse. Vio a Duncan entrar en el gallinero… y eso fue todo.

Duncan iba a las campañas y se ocupaba de los períodos de descanso de su padre, filtraba las comunicaciones entrantes… era un cancerbero.

Lisa permanecía en la hacienda, encargándose del bienestar de su abuela política, Siobhan, a quien el cáncer estaba debilitando.

Rae, experta en informática en el Instituto de Investigación Atmosférica en Boulder, tomó licencia para instalar y operar las computadoras de las oficinas centrales de la campaña. Rendía cuentas a Greer de todo: desde las cobranzas hasta las reservaciones de viajes y la publicidad.

Rae intentó asistir a una gira de una campaña de cuatro días con el candidato y con eso le bastó.

… porque todo se amontonaba: aeropuertos, comités de bienvenida, hombres del Servicio Secreto que hacían retroceder a las cámaras, corresponsales que gritaban: «¿Le importaría tomarse una foto con la señora Gumport?» «¡Me encantaría!», contestaba Quinn… hamburguesas, sandwiches de salchicha ahumada, clase turista, moteles, encuestas, estudios de televisión, programas de entrevistas en la radio, salones, auditorios de colegios, «A ver un hurra para O'Connell», hogares para ancianos, grandes donaciones de personas de ojos redondos y brillantes, muchachas de ojos enormes con faldas cortas, «arroje la primera bola», conferencias de prensa, más conferencias de prensa, desfiles cortos en pequeñas ciudades, irlandeses, judíos, italianos, pescadores de la costa del Golfo, mexicanos, sembradores de trigo, alcaldes negros, alcaldes blancos, alcaldes morenos… domingo. «Rita, ve tú a rezar por mí, tenemos reuniones cada veinte minutos»… Internet, redes externas, libros como sabiduría, «¿Se puede planchar esto y tenerlo en una hora?»… «¿Qué demonios dice con que tengo fiebre? No puedo tener fiebre, porque tengo que estar en Des Moines»… «Necesitamos efectivo, jefe», planillas de posición, «¡Los días felices están otra vez aquí!»… jugo de naranja, mucho jugo de naranja… «¿Voy a tener tiempo para ir al baño?»… «Lo siento, no hasta la próxima parada, gobernador».

Chad Humboldt hirió el sur con insinuaciones. La palabra «católico» no fue usada en voz alta, pero estuvo presente en las iglesias de la Derecha Cristiana. Lo esencial era que «O'Connell está fingiendo ser uno de nosotros, pero no lo es. Es un montañés inquietante y cuando lo mira a uno a los ojos, es imposible saber si dice la verdad. No olvidemos que hemos tenido presidentes que nos miraron a los ojos y mintieron descaradamente».

Chad Humboldt era el representante de generaciones apoyado por una repentina coalición de políticos en Florida, Louisiana, Mississippi, Oklahoma, Tennessee y la poderosa Texas. «Tengan cuidado con el extraño. Tengan cuidado con sus opiniones inexpertas de los distintos asuntos». Humboldt trató el tema del control de armas, pero advirtió sobre un extraño que los despojaría de las tradiciones.

JACKSON, MISSISSIPPI
LUNES 10 DE MARZO, 2008

—Estás yendo al cántaro con demasiada frecuencia —dijo bruscamente Greer. No va a funcionar en Jackson.

—Funcionó en Atlanta.

—Causó una gran sorpresa e impresión, es verdad, pero eso fue entonces y ahora es ahora. Ningún electorado va a seguir escuchando juegos de moralidad. Estamos en la zona apache, Quinn.

—Mm.

—Rita, Mal, ayúdenme, por el amor de Dios.

Mal echó un vistazo a las encuestas.

—Nos estamos quedando atrás en todos los estados sureños. Bueno, tienes una mínima ventaja en Oklahoma, pero es un estado hermano de Colorado.

Quinn no habló. Parecía alejarse otra vez en una especie de estado de narcolepsia, con una concentración interna que impedía que interfirieran los ruidos externos.

—Si yo fuera un jugador —dijo Mal—, te diría, adelante, da tu terrible discurso sobre el control de la población. Esto no es un juego de apuestas. Vas a poner un huevo.

—¡Pero de todas maneras nos hundimos! ¿Qué otra cosa puedo hacer excepto apostar?

—Quédate del lado seguro —dijo Greer. Y salgamos de aquí con el pellejo a salvo y enloquezcamos en los estados del Medio Oeste. Sólo falta una semana… y luego California.

Duncan llegó con el último boletín.

—Papá, Denver informa que recogimos más de trescientos mil esta semana.

—Qué bueno, no vamos a tener que salir de aquí con el rabo entre las piernas —dijo Quinn.

Por lo demás, Quinn mantuvo un terco silencio y los demás, furiosos y frustrados, querían sacudirlo.

—¡Mierda! —gritó Greer.

—Te has vuelto espantosamente testarudo —dijo Mal. Tu oficina del senado del estado en Colorado era un lugar de conciliación y transigencia.

—Porque —contestó lentamente Quinn— demócratas o republicanos, todos éramos de corazón de Colorado. Quizá tratamos a estas personas del sur como campesinos durante demasiado tiempo. Éstos son temas, además de la Segunda Enmienda, que tengo que guardar para Thornton Tomtree. Tenemos que cesar el fuego hasta que lo veamos frente a frente. Eh, amigos, los quiero a todos. Tengo que dormir un poco.

—¡Y el próximo Presidente de los Estados Unidos, Quinn Patrick O’Connell!

—… una cosa de esta campaña realmente me molestó, y es que mis rivales trataron de comunicar la idea de que vengo de un sitio extraño a un lugar donde no tengo nada que hacer. Es más. Dicen: «¿Qué puede llegar a saber un gobernador de un pequeño estado de montañas y praderas sobre la historia, la tradición y la política

del sur? Si un habitante de Colorado llega a la Casa Blanca, y que Dios no lo permita, ¿qué va a pasar con nosotros?». Me molesta el pasado aislamiento del sur y me molestan los Chad Humboldt que quieren continuar con este aislamiento.

»Me molesta cuando me dicen: "No des un terrible discurso en Mississippi. No saques a relucir temas morales agobiantes porque el electorado de Mississippi no lo va a entender. Quieren miel sobre sus tortas de maíz fritas".

»Creo que un electorado informado, un electorado *estadounidense* informado, en el norte, el este, el sur o el oeste, tendría que ser consciente de los problemas de nuestros líderes. Me preocupan profundamente muchas cosas que ya no pueden pasarse por alto.

»Así que, acallen los tambores. Vamos a limpiar este planeta a un punto sin retorno.

Greer cerró los ojos, pero casi podía oírse el fuerte latido de su corazón. Duncan tomó la mano de su madre. Ambas manos estaban húmedas. Maldonado sintió una fuerte puñalada y quiso ponerse de pie y gritarle a Quinn que se detuviera.

—… En una palabra, estamos sacando del planeta más de lo que el planeta tiene para dar a fin de mantener la vida.

»En todas partes vemos signos ominosos de una peor calidad de vida, áreas despojadas para construir centros de compras a expensas de bosques de hojas perennes de Nueva Zelanda… indios que luchan contra elefantes que llegan a los límites de las aldeas para comer las hojas de los árboles altos… leñadores que tienen que recorrer kilómetros para encontrar leña que solía estar al borde de sus campos… peces muertos que no pueden atravesar la represa, destrozados por las aspas de los generadores… cieno verde que derramamos en nuestras aguas y que quita el oxígeno a millones de mariscos… los tiburones, las maquinarias de lucha más antiguas y perfectas, ahora están en peligro de extinción. Dieciséis carriles de asfalto que recorren toda la extensión de Florida y cubren praderas ricas destruidas para siempre. Tanto se aró la tierra que nuestras grandes granjas han sido erosionadas y la capa superior del suelo ha desaparecido.

»Sí, creo que la gente de Mississippi entiende esto. Y sé que ustedes entienden cuando digo que cincuenta mil personas mueren de hambre y desnutrición todos los malditos días del año. Dieciséis millones de muertes por hambre al año: un niño muere cada seis segundos.

»El planeta, con todas sus innovaciones agrícolas, no puede alimentar a nuestra actual población mundial de cuatro mil millones de personas. ¿Cómo va a lograr alimentar a ocho mil millones, la cantidad que va a habitar la Tierra este siglo?

»Debemos trazar una estrategia inteligente para atravesar estos campos minados. Sé que el control de la población ofende a mi Iglesia y a muchas de sus creencias. Sé que desde el principio de los tiempos, los hombres pobres han contado sus riquezas según el número de niños que podían producir. Es un lujo que ya no podemos darnos, y van pagarlo nuestros hijos y nietos a menos que tomemos conciencia de lo que está

pasando y hagamos algo al respecto.

»»Díganme, y estoy escuchando, cómo vamos a sobrevivir para ver el próximo siglo sin control de la población.

—¡Oh, Dios, lo hizo!

Florida: Humboldt 64% O’Connell 35%

Hawaii: Humboldt 21% O’Connell 79%

Louisiana: Humboldt 53% O’Connell 47%

Mississippi: Humboldt 50% O’Connell 48%

Oklahoma: Humboldt 40% O’Connell 55%

Oregon: Humboldt 33% O’Connell 62%

Tennessee: Humboldt 45% O’Connell 46%

Texas: Humboldt 51% O’Connell 44%

Thornton Tomtree tomó a dos de las personas más destacadas de la Casa Blanca y las transfirió a su campaña electoral. Hugh Mendenhall, un experto en elecciones, robusto y lleno de vida; el doctor Jacob Turnquist, el estratega político. Conocían lo suficiente a T3 para no dejarse vencer por el miedo que su presencia provocaba. Como cualquier gran ejecutivo, Thornton permitía que discutieran con él y le dijeran lo que pensaban.

La nación pasó el primer aniversario de la masacre de Four Corners. Thornton sobrevoló Six Shooter Canyon en un helicóptero y después depositó una piedra angular del monumento permanente a los muertos.

Había hecho lo suficiente en su reelección republicana sin oposición para mantener su nombre en alta estima, y asumió la convención por aclamación.

Pero lo mismo había sucedido con el gobernador Quinn Patrick O’Connell en una convención demócrata bulliciosa y grandilocuente en Detroit.

Cuando Thornton regresó a Washington, llamó a Hugh Mendenhall y al doctor Jacob Turnquist y se retiró con ellos y Darnell a Camp David.

—¡Ah! —dijo el Presidente.

—¡Ah! —concordaron Turnquist y Mendenhall.

—¡Ah! —dijo Darnell y sirvió bebidas de las grandes jarras de Bloody Mary. El auxiliar del Presidente ajustó los toldos para que el sol no entrara en el patio.

Darnell Jefferson se recostó en un diván y se dispuso a escuchar.

Había llegado el momento de empezar a disparar sin tregua contra el opositor

demócrata. El fin de semana estaba destinado a ultimar detalles de la estrategia de guerra. Se oyó el ruido del apio al ser mordido.

—Nuestro ruidoso cowboy va a estar muy ocupado —dijo el Presidente.

—No podía creerlo —comentó expresivamente Mendenhall. O'Connell hablando del control de la natalidad en Mississippi. Tiene que tropezar y caer; es demasiado desorganizado y temerario.

Jacob Turnquist siempre tenía una expresión fidedigna, sincera, seria y estratégica.

—O estamos frente a un genio político —sugirió. Él sabe, como un pájaro con el viento, hasta dónde puede llevar un tema. Está obteniendo seguidores casi fanáticos… y no olviden, lo único que hizo hasta el momento es presentarse con una danza silenciosa. Apenas ha tocado temas importantes en forma superficial. Ha eludido la Segunda Enmienda. ¿Por qué? Hasta que obtuvo el control del partido. Ahora puede apuntar a usted. Hasta el día que ganó la convención, apostó ciegamente para llamar la atención… por ejemplo, la financiación a través de medios populares… ahora estamos frente a dos millones de votantes que invirtieron en él, que van a aparecer en las elecciones.

—Astuta desesperación. Esta vez funcionó. Nunca lo hizo antes —dijo Mendenhall. Tenemos que acordarnos de Four Corners para comprender el temor que todavía sienten los votantes.

Tomtree habló y ambos se inclinaron hacia adelante. Darnell seguía en silencio, escuchando.

—Lo que hizo el hijo de puta —dijo el Presidente— es iniciar deliberadamente una erosión de nuestra base sureña. Muchas mujeres bautistas no quieren armas en los armarios de sus maridos. Su invasión iba a hacerlo desaparecer o establecerlo como una poderosa nueva fuerza. Ahora, ¿a qué nos enfrentamos?

Turnquist habló con profundidad y seriedad.

—Quinn y Chad Humboldt apenas se castigaron mutuamente. Nuestra mejor carta, el vicepresidente Hope, ha mantenido unida su parte de la coalición del ala derecha durante veinte años.

—Es nuestro imperativo —dijo el Presidente. El vicepresidente estará aquí mañana para recibir instrucciones.

—Seguimos siendo mayoría en el sur —insistió Mendenhall. Todavía a O'Connell le falta mucho, y apuesto a Matthew Hope.

—¿Tenemos algo sobre O'Connell?

—Se negó a contestar preguntas de índole personal —prosiguió Mendenhall. Creo que quizá la prensa entendió su mensaje. Ahora lo enfrentan con precaución, incluso respeto, podría decirse.

—El hombre tiene gran reputación de honesto.

—¿No hay nada con respecto a la relación con Greer Little-Crowder? —preguntó Thornton.

—Eso fue hace treinta años, señor Presidente. Eran estudiantes universitarios. Además, estamos en una época en que la gente rechaza los escándalos sexuales —respondió Turnquist.

—Una mierda —replicó el Presidente. Van a dejar de rechazarlos cuando se enteren de otro chisme jugoso. No vamos a perder de vista a esta extraña relación. Si no es O'Connell, Greer Little tiene fama de chica traviesa. —Todos rieron y bebieron, excepto Darnell.

—Si podemos encontrar una importante indiscreción que lo arroje de su pedestal de dios, tenemos que insistir como sea. En el momento en que recobre su condición humana, los coyotes van a devorarlo.

—Revisaremos su historia —dijo Turnquist. Tiene razón, señor Presidente. Cuando alguien sagrado cae, está frito.

—Habiendo establecido su imagen, O'Connell va a enfocar temas… —dijo Mendenhall.

—Sin embargo —lo interrumpió Tomtree—, cada vez que lo atrapamos, también sacamos a relucir el lado pistolero, temerario, irresponsable y peligroso del hombre. Allí es donde el cowboy es más vulnerable.

El vicepresidente llamó desde Washington. Iba a llegar en helicóptero a Camp David en una hora. ¡Perfecto!

—¿Hacemos algo con el hecho de que era huérfano… ya saben, una niñez conflictiva… todo eso?

—Podríamos hacer correr rumores acerca de sus padres biológicos. Ciertamente tenemos amigos que pueden ocuparse de sacar eso a la superficie. Y esa mujer que tiene. ¿Hay algún desnudo de ella dando vueltas? —preguntó Mendenhall.

—Averígualo, Hugh, pero con mucho, mucho cuidado. Ahora bien, esto es lo que vamos a hacer. Los anuncios de televisión y gráficos ya están casi listos. Va a haber tres perspectivas de cada publicidad: alta, mediana y baja; baja significa negativa, a la mierda con la verdad, insinuaciones o ataque personal. Si, por ejemplo, las publicidades bajas no funcionan en Seattle, intentamos con publicidades medianas y altas en Kansas City y Chicago hasta que sepamos qué funciona allí. Ése es un trabajo bien grande para ti, Hugh. ¡No hagas ninguna acusación de la que no podamos desdecirnos!

—Sí, señor Presidente.

—Quiero que todas las futuras publicidades pasen por Darnell.

—Absolutamente, señor Presidente.

—¿Entendiste eso, Darnell?

—Mm —respondió Darnell, volviendo a llenar su vaso.

—Darnell, has estado muy callado —comentó Tomtree.

—Estoy admirado con el proceso.

—¿Qué parte de todo esto no te gusta? —lo presionó Tomtree.

—La mayor parte. Tienes que salir al encuentro de este Quinn a la montaña. No

vas a lograrlo de otra manera. Está rompiendo nuestras coaliciones, por Dios. Se está convirtiendo en una especie de Churchill con sus discursos. Sabe que está sobre el gran tema del siglo.

—¿Y? —preguntó el Presidente.

—Aleja de él el tema de la Segunda Enmienda o núblalo. O, por Dios, únete a él.

—¿Unirme a él?

—¿Unirse a él?

—¿Unirse a él?

—Demostraría que te das cuenta de que la época de las armas terminó y de que tienes el coraje de presentarte con una posición asombrosa e iluminada. ¡Ésa es la solución para derrotar a este tipo!

El Presidente apretó los dedos y cerró los ojos. Valiente idea, pero loca.

—¿Cuáles son los números, Hugh?

—Después de la convención, usted le llevaba catorce puntos, más o menos tres por ciento. Ahora bajó a once, pero ya sabe, podría ser prácticamente lo mismo.

—Jacob, ¿llevamos esta campaña hasta el paraíso?

—Es una campaña política, y siento que ha alienado a la prensa, que va a subirse a su tren, señor, en el momento en que él dé un traspié.

—Perdón, admito mi error —satirizó Darnell. ¿Qué quieres hacer con respecto a los debates?

—Bueno, él necesita tener un debate conmigo para tratar de atraparme. Yo establecería términos extremadamente restrictivos, limitaciones sobre preguntas y posiciones. Si mi liderazgo cae a un dígito, y que Dios no lo quiera, entonces deberemos hacer serias negociaciones. No más de dos debates y que las reglas sean confusas.

—Ten en cuenta —dijo Darnell— que si O’Connell sigue ganando, es posible que debamos ir a pedirle que tengamos un debate.

—Eso nunca va a pasar —dijo Mendenhall.

—Nunca —concordó Jacob Turnquist.

Capítulo 41

Cuando resultó evidente que el gobernador O'Connell iba a ganar en la convención demócrata, los gobernadores de Texas, Nueva York, Florida y California, sombrero en mano, pelearon por la nominación a vicepresidente.

En cambio, Quinn sacó un conejo de la galera respaldando al senador Chad Humboldt, su principal opositor en las primarias, aunque había una diferencia en algunos temas. Humboldt era, simplemente, el mejor hombre. Además, el senador podía neutralizar al vicepresidente Matthew Hope en el sur.

Después de un año de duelo, la gente esperaba ansiosamente las próximas elecciones. Quinn empezó a actuar con éxito sin demora.

Como gobernador, había propugnado un proyecto de ley ambiental y de explotación del suelo que abarcaba a hacendados, intereses mineros, la industria del esquí, urbanizadores y terratenientes privados, y que preservaba el espacio abierto y la tierra de haciendas para siempre.

La Universidad de Colorado había sido elevada a una de las diez mejores universidades estatales.

Colorado era el estado turístico mejor administrado.

Colorado tenía más negocios extranjeros de importación y exportación que cualquier estado al oeste del río Mississippi, con excepción de California y Texas.

La Orquesta Sinfónica de Denver se convirtió en una de las mejores del país, y Denver se convirtió en un oasis cultural.

Había una lista impresionante de logros en educación secundaria, cuidado de niños, bienestar social y había cerrado dos de las más detestables organizaciones de medicina y salud.

Encabezando la lista, el tema de la derogación de la Segunda Enmienda ahora estaba abierto para negociar.

DENVER, 1.º DE OCTUBRE, 2008

Greer oyó el desagradable sonido del teléfono y se puso una almohada sobre la cabeza. El ruido persistió. Encendió la luz de su mesa de noche y, a la vez, encendió su mente.

—Greer —contestó.

—Habla Darnell Jefferson.

—Hola, Darnell, ¿qué es de tu vida?

—Greer, vas a tener que perdonarme por la hora, pero acabo de terminar con mis reuniones. ¿Podemos hablar sin problemas?

—Por supuesto.

—¿Nos tenemos confianza?

—¿Para hacer qué? —preguntó ella.

—Cualquier cosa más allá de esta llamada. Si nos encontramos, donde nos encontremos, es imprescindible que lo que digamos no se grabe, que no haya micrófonos ni pinchaduras.

Greer meditó un momento.

—No lo sé. ¿Qué tienes en mente?

—El Presidente me está persiguiendo. Estamos tratando de completar el programa de su campaña y no podemos hacerlo a menos que acordemos acerca de los debates.

«¡Bingo!», pensó Greer.

—Está bien —dijo Darnell—, nosotros dimos el brazo a torcer antes, pero tú sabes tanto como yo que todas las campañas dan largas a los debates y luego siempre los organizan. La responsabilidad es de ambas partes. Y sabes perfectamente bien que vamos a terminar haciendo debates.

—No podrías haberlo expresado mejor.

—El Presidente realmente confía en mí. Quiere que todo esté dispuesto en los próximos días.

Darnell estaba llamando desde Washington. Eran las dos de la mañana allí. Bastante tarde para limpiar su escritorio. Urgencia presidencial. Seguramente habían recibido los últimos sondeos. Quinn estaba disputando la delantera con Tomtree. ¿Se estaban ablandando o T3 estaba tratando de tenderle una trampa a Quinn?

—Entonces, ¿cuál es el programa? —preguntó Greer.

—Chicago está a mitad de camino entre Denver y Washington. Allí tenemos un refugio, o si eres demasiado supersticiosa, puedes elegir un hotel. Enviaríamos un avión charter para tu negociador.

—¿Y tú?

—Yo estoy autorizado para cerrar tratos.

—Te llamaré en unas horas, Darnell. Si voy a Chicago, no podrá ser hasta mañana por la noche. Tendríamos que ir yo y el profesor Maldonado.

—¿El suegro del gobernador?

—Sí.

—Voy a estar esperando tu llamada. Será bueno volver a verte.

Greer no pudo volver a dormirse, así que finalmente se levantó, bostezó y se desperezó, y encendió la cafetera. Desde la reunión del comité central de Iowa en febrero, había esperado que alguien le tocara el hombro y le dijera: «Sé lo que sabes».

Cada día su secreto crecía, como un tumor, y cada día que pasaba por alto su propio sentido del decoro se agrandaba. Greer volvió a repasar sus argumentos, pero se encontró en el mismo lugar, con la locura de guardar un secreto. El temor de darlo a conocer la hizo estremecerse.

¿Llamar a Warren? Dios, sabía lo que diría. Le diría que aprovechara su ventaja, como en una adquisición hostil. Sin prisioneros.

—Oh, Dios —susurró y marcó un número de teléfono.
—Hola —dijo una voz sombría.
—Hola, Rita, soy Greer.
—¿Algún problema?
—¿Mal y Quinn están en el departamento contigo?
—Sí.
—Despiértalos. Estaré allí en media hora.

Los tres estaban tendidos en el living, sabiendo, a esa hora de la noche, que iban a hablar de cosas desagradables.
Greer llegó desaliñada y su rostro mostraba el desgaste de la toma de decisiones ejecutiva.
—Recibí una llamada de Darnell Jefferson, a las dos de la mañana, hora de Washington. Quieren reunirse con nosotros y concretar un debate.
—Deben de estar sufriendo —dijo Rita.
Greer sacudió la cabeza y, a pesar de que era un momento serio, no pudo dejar de ver lo voluptuosa y llena de Quinn que estaba Rita. Greer sintió una punzada de celos.
—¿Nos despertaste para decirnos qué? —preguntó Reynaldo Maldonado.
Greer inspiró profundamente, cerró los ojos y levantó la cara.
—Pucky Tomtree tiene un amante desde hace dos años.
—Bueno, tienes la atención de este viejo —dijo Mal. Tanto Quinn como Rita la miraron fijo, sorprendidos.
—Sigue —la instó suavemente Quinn.
—Hace quince, quizá veinte años que conozco a Pucky Tomtree —comenzó Greer. Fue presidenta de un montón de servicios para la comunidad en Boston. Comité para salvar a las llamas, Comité para revivir a Caruso, Arriba la sinfonía, Artistas contra el hambre, Artistas para la paz. Presidía o estaba en el directorio de cien grupos nacionales. Estuvimos juntas en una docena de comités. Me parece una mujer encantadora.
Jugo de naranja para todos.
—Providence tiene una vida teatral muy activa. Una especie de pequeño apéndice de Broadway. Le encantaba participar de la vida bohemia. Había algunos murmullos discutibles sobre aventuras. Nada del otro mundo.
—No quiero oír más —intercedió Quinn.
—Cállate y escucha —ordenó Mal a su yerno.
—Está bien, amigos —dijo Greer—, pásenme el sobre, por favor. Y el ganador es… Aldo de Voto, el director de la Orquesta Sinfónica Nacional. Trabajé con él antes de que se mudara a Washington, cuando dirigía la Filarmónica de Nueva York. Acontecimientos… comités… recaudación de fondos. Es un tipo encantador con

mujer e hijos a salvo y fuera de la vista, en España. No, nunca fuimos amantes, pero Aldo y yo éramos íntimos amigos.

Greer continuó contando que Crowder Media tenía un departamento de la compañía en el edificio Watergate, donde vivía Aldo de Voto. Pasaban mucho tiempo charlando, como amigos, y cada uno tenía la llave del departamento del otro.

—¿Por qué creías que necesitabas la llave de su casa? —preguntó Mal…

—Porque la mía muchas veces parecía una autopista, con la gente de Crowder entrando y saliendo y una fila de políticos en la puerta. Aldo pocas veces llegaba a su casa antes de la noche, y yo podía esconderme allí. Los viajes a Washington no son divertidos, amigos.

Hasta ese momento, Rita se sentía incómoda con las discusiones sobre infidelidad, pero trató de no mostrar su aprensión. Quinn parecía no estar escuchando, mientras que Mal aclaraba cada frase en su mente.

—Hacía unos tres meses que yo no iba a Washington, y después de las audiencias del Comité de Comunicaciones tenía los sabuesos encima de mí, incluso de mi propia red. Llamé a Aldo, pero su contestador automático me informó que estaba en Filadelfia. De todas maneras, su llave aún funcionaba. Me tendí en su sofá durante un rato y luego fui al baño a arreglarme un poco. Había una bolsa de cosméticos frente al espejo con la parte superior abierta. ¿Alguna vez vieron el broche japonés que usa Pucky?

—Sí… —respondió Mal.

—Estaba allí, en la bolsa de cosméticos, además de su lápiz labial, un bloc de notas con sus iniciales, su perfume, etcétera. Y además, una tarjeta con su nombre.

—Sería imposible que alguien lo pusiera allí —dijo Mal.

—En particular un broche que vale cientos de miles de dólares —acotó Greer. Había algunas otras cosas en el armario de Aldo que se pondría una dama para un encuentro una tarde. De su talle.

—¿Y el Servicio Secreto no se enteró?

—A veces maneja su propio auto. Pucky es una mujer independiente.

—¿Acaso no abandonamos todo esto con Clinton? —preguntó Quinn asqueado.

—Pasaron ocho años sin un susurro de escándalo en el país —dijo Rita. ¿Les parece que al pueblo estadounidense le importa siquiera?

—Mira, hija, el Presidente puede acostarse con cualquier gato callejero que se le cruce. ¡Pero la Primera Dama! La cúpula del Capitolio se desplomaría —dijo Mal.

—El adulterio es un delito menor para un hombre y un delito grave para una mujer —dijo Greer.

—¿Quién lo sabe? —preguntó Mal.

—Nosotros y los involucrados. No saben que yo lo sé. Mi intuición me dice que Tomtree está totalmente ajeno a todo.

Quinn vio que el asunto hacía estremecerse a Rita. Le apretó el hombro con la mano.

—Es todo lo que necesitamos oír —dijo. No vamos a hacer absolutamente nada excepto jurarnos no hacer absolutamente nada. Es todo. Fin de la discusión.

—Es algo muy decente de tu parte, gobernador —explotó Greer. Pero ¿tienes alguna idea de los ataques que estas personas van a dispararte por Internet, la televisión y los diarios? Y no me digas que el pueblo norteamericano puede hacer una distinción.

—Quinn, si Tomtree se enterara, querría mantenerlo en secreto hasta después de las elecciones. Luego lo dejaría salir a la luz. Esto es un verdadero as en la manga. Apretamos un poco en las negociaciones del debate —sugirió Mal.

—Dije que no, y es no. Quizá llegué hasta aquí con los cuerpos de esos muchachos en Six Shooter Canyon. ¡No, no, no, no!

—¡Típico O'Connell! —exclamó Greer con brusquedad. Y lanzó un grito de guerra.

Los cuatro se miraron boquiabiertos, como luchadores exhaustos.

—Quizás es típico O'Connell —dijo Rita. Quizá mucha gente allí afuera está empezando a entender qué clase de hombre es. Quizás es el último político honesto que el mundo verá jamás. Quizá la idea de herirme es demasiado para él. Quizá se está destruyendo a sí mismo. Pero es un marine. Tómenlo o déjenlo.

Oh, cómo los dejó duros Rita.

—Necesito que me prometan que nunca van a mencionar a Pucky, porque si no, tendrán que renunciar —amenazó Quinn.

—Mierda —gruñó Mal. Está bien, cuenta conmigo. Tienes mi palabra.

—Queda entre nosotros —prometió Greer.

Capítulo 42

A último momento, Greer decidió que necesitaba a Rae O'Connell con ella y Mal en Chicago. Rae, una exitosa mujer de negocios orientada hacia la informática, se había ocupado de la electrónica en la oficina central de su padre en Denver. Después de recoger y analizar los mensajes entrantes, se los daba a Greer, en orden de prioridad.

La última vez que Greer había viajado con Rae, su trabajo le resultó de gran ayuda.

Con las valijas hechas y listos para partir, Greer pidió que el avión fuera desviado a Colorado Springs a fin de evitar una posible alerta de los medios.

El expreso nocturno aterrizó en la sección de aviones privados del aeropuerto de Midway, donde una limosina se estacionó junto al avión y los condujo a la mansión Schweitzer en Lake Shore Drive, una casa republicana de estilos combinados, y lugar de encuentros secretos.

La mansión tenía cien años y estaba decorada básicamente con caoba y tapices. Cada cuarto tenía una enorme cama con cuatro columnas, y cada baño tenía un lavatorio no empotrado, tuberías para calentar las toallas y sábanas con escudo. Por todas partes parecía leerse la frase «capitalista inescrupuloso». Los actuales Schweitzer vivían lujosamente de la antigua fortuna. Eran habitantes de Chicago de clase alta.

Alma, una robusta exmezzosoprano, los recibió y los condujo a sus suites. Kurt Schweitzer iba a estar en Washington hasta después de las elecciones.

Darnell Jefferson llegaría al amanecer. Se convocó a una reunión en el estudio del señor Schweitzer para las diez de la mañana.

Greer, Mal y Rae durmieron profundamente, después de lo cual se llenaron de jugo de naranja y bizcochos daneses seguidos de una gran transfusión de café.

Las diez en punto.

Darnell se levantó de la silla del señor Schweitzer.

—¡Greer!

Dios, tenía un aspecto maravilloso, pensó ella. El pelo blanco hirsuto y acolchado contrastaba con su piel color chocolate con leche. Aun vestido con ropa informal parecía un modelo.

—Hola, guapo —dijo ella, pasándole los dedos por el pelo y dándole un abrazo y un beso. Él es el profesor Maldonado y ella es Rae O'Connell, hija del gobernador.

—Es un honor conocerlo —dijo Darnell a Mal. Tengo un par de sus figuras en mi casa.

—¿De verdad? ¿Cuáles?

—Las damas rusas.

Mal sonrió.

—Sí —dijo. Sí.

—Anoche le pedí a la señora Schweitzer —dijo Rae— que me instalara lo más cerca posible de ustedes en un teléfono seguro. Tendré que pasar mensajes a Greer durante su reunión.

El estudio era digno de Teddy Roosevelt, con cabezas embalsamadas de jabalíes, leones y búfalos que los miraban y fotos de safaris, safaris de caza.

… buen viaje, perfecto…

—Saben —dijo Darnell—, todas las campañas juegan a las escondidas cuando se trata de debates y maniobran para obtener una ventaja. Al final, siempre hay un debate. Espero que podamos discutirlo.

—Sabemos que están dispuestos a empapelar el país con anuncios que afirman que Quinn fue el que se negó a sostener un debate —dijo Greer.

—Nuestra opinión aquí y ahora es que ustedes realmente no quieren el debate —acotó Mal.

—Me refiero a un solo debate —agregó Darnell—, porque simplemente no hay lugar para dos. Ésta es nuestra propuesta en cuanto al lugar y a las reglas de juego.

—Y ésta es la nuestra —dijo Greer.

El papel de Darnell descartaba los campus universitarios. Las universidades eran demasiado volátiles y propensas a ser demasiado liberales. Las ciudades sugeridas eran San Diego, Portland, San Antonio, St. Paul, Baltimore y Montgomery.

El debate duraría noventa minutos y habría moderadores alternativos.

Tres minutos para cada tema nuevo. Tres minutos para refutar. Los últimos quince minutos, preguntas del público.

Rae entró de la oficina contigua y puso frente a Greer media docena de notas. Escribió algo en dos de ellas y dejó dos de lado.

—Esto debería entusiasmarte, Darnell. Acabamos de ser habilitados para recibir fondos federales para el resto de la campaña.

—¿La propuesta?

—Una mierda —respondió Mal en su modo característico. Montgomery, St. Paul, Portland. ¿Por qué no lo llevamos a cabo en medio del Amazonas? Además, es posible que el 11 de octubre coincida con un partido de la Serie Mundial de béisbol. Por lo demás, no hay nada con lo que estemos de acuerdo en el resto de esta propuesta.

Darnell levantó la mano para poder leer la contrapropuesta. Rae entró con otras seis notas, dos para Mal.

Darnell dejó la propuesta de ellos.

—¿Hablan en serio? —preguntó.

—Bueno, su propuesta era bastante aséptica.

—Y la de ustedes, revolucionaria.

—Lo único que tratamos de hacer —explicó Mal— es traer el arte del debate a donde estaba hace ciento cincuenta años.

—Esa clase de debates es ganada por embusteros astutos —dijo Darnell.

—Yo diría que ambos candidatos son idóneos —contestó Greer.

Darnell miró con furia el papel sobre el escritorio. Iban a competir en un debate de tres horas con una pausa de veinte minutos en el medio. Se propuso sólo un lugar: la Sala Celeste Bartos, en la Biblioteca Pública de Nueva York.

Sería un debate abierto. Cada candidato podría proponer un tema y argumentar sobre él. Cada uno podría refutar. El límite de tiempo sería de cinco minutos. Si un candidato terminaba antes de los cinco minutos, podría luego aprovechar el tiempo restante; si se pasaba, se le deduciría de su tiempo total de discurso.

Un moderador.

—Es el preludio para una pelea a gritos —dijo Darnell con fuerza. Una discusión callejera.

—No —respondió Mal—, estamos hablando de transmitirle la verdad al pueblo.

«Todos buscamos la verdad», pensó Darnell, pero prefirió no decirlo. No cedían. Quizá, pensó, creían que tenían una ventaja. «¡Pero un momento! Tienen más que ganar que nosotros. Nosotros estamos para neutralizar este debate creando confusión».

Rae regresó con un mensaje urgente. Greer lo estudió, meditó y luego se puso de pie.

—Tengo que ocuparme de algo —anunció. Me tomará algunos minutos, quizá más. Ustedes sigan y luego me ponen al día.

Mal se enfrentó a Darnell; Darnell se enfrentó a Mal. Darnell se preguntó si estarían tendiéndole una trampa.

Sabiendo que los republicanos iban a inundar los medios con anuncios desagradables, Mal había formado un «Escuadrón de la verdad» que obtuvo copias de alrededor de la mitad de los anuncios. Quinn estaría listo para reaccionar de inmediato. Sin embargo, el presidente Tomtree seguía ostentando el poder y poseía la maquinaria para destruir y triturar a sus opositores sólo con el peso de la cantidad de dólares y su falta de deseo de hacerle honor a la verdad.

—Creo que no lo entiende —dijo Mal.

—Creo que ustedes exigen cosas absurdas. Ni siquiera se las voy a plantear al Presidente.

—Pretende pasar por un debate sin consecuencias, soltar su bombardeo de los medios y convertir el resto de la campaña en una maldita fiesta. Pasar por alto el cordón e ir directamente a la cloaca. Está bien, juguemos algunos juegos sucios.

—Prefiero esperar hasta que vuelva Greer.

—Quédese quieto, señor Jefferson. Pucky Tomtree ha estado teniendo una relación ilícita con otro hombre durante más de dos años.

La mente de Darnell recorrió los antecedentes de Pucky. Si era verdad, ella fue extremadamente lista y cuidadosa. ¿Sería verdad? Algunos chismes la asociaban con artistas y escritores, pero eso había sido hacía mucho tiempo, probablemente antes de

Thornton. Lo que parecía seguro era que Maldonado no diría algo semejante si no fuera verdad.

—¿Cuáles son sus intenciones? —preguntó Darnell con tono grave.

—Esta campaña no va a empezar a lanzar lodo. Exigimos un debate completo, honesto y abierto, sin trucos. Exigimos decencia en su publicidad.

Darnell sintió que lo habían pescado. Lo sabía. Sin embargo, Maldonado no estaba tratando de ocultar sus exigencias. Darnell había llegado a conocer a Quinn a través de distintos tipos de informes. Esto era típico de Quinn Patrick O'Connell, una sensación de humildad y honor que se transmitía al público.

—¿Quién sabe de esto?

—Greer fue la primera en enterarse. Se lo dijo al gobernador, a mí y a mi hija, que es la mujer de Quinn. Eso es todo.

—¿La prensa?

—Nada de nada.

—¿Está seguro de que mantendrá esto en secreto hasta después de las elecciones, siempre que nos manejemos dentro de ciertos límites?

—Tan seguro como puedo estarlo de cualquier otra cosa —le aseguró Mal. Estamos tratando con tres personas maravillosas. Greer ni siquiera sabe que me estoy enfrentando a usted. Quinn nos ordenó que no habláramos de esto bajo ningún concepto. Me hago responsable de sugerírselo a usted como una advertencia.

—Si acepto inspeccionar cuidadosamente nuestra publicidad y acepto sus condiciones para el debate, ¿me dará el nombre del caballero?

—¿Acepta? —preguntó Mal.

—Acepto, pero ¿cómo O'Connell puede darse el lujo de tener este gesto con nosotros, gesto que podría costarle la presidencia?

—Simplemente no lo entiende, señor Jefferson.

Cuando Greer regresó, Darnell los observó con detenimiento. ¿Estarían confabulados en un juego de amistad y hostilidad, deliberadamente, dando tiempo a Mal para estar a solas con Darnell a fin de poder aplastarlo mientras la dejaba a ella afuera? En la conducta de Greer no había absolutamente nada que indicara que sabía acerca de la revelación del profesor Maldonado.

A lo largo de las siguientes dos horas de «negociaciones», Darnell comenzó a «ver» más y más ventajas en la propuesta que le hacían. Expresó en voz alta que tal vez podría hasta ayudar a Thornton. Dos políticos que se enfrentaban con honestidad. Bueno, ésa es una fantasía… o más bien un absoluto oxímoron.

Darnell ganó algunos puntos al objetar por esto o aquello, y temprano por la tarde levantaron campamento para regresar al aeropuerto de Midway.

El sello final sería un simultáneo anuncio con ambos candidatos alabando la honestidad y la apertura del debate.

Rae estaba sentada en la cabina frente al escritorio del piloto, aún dirigiendo las oleadas de información que llegaban.

La puerta de la cabina estaba cerrada.

—¿Estás bien? —preguntó Greer.

—Me siento muy cansado —respondió Mal.

—Se lo dijiste mientras yo estaba fuera del cuarto.

—Sí —contestó Mal con un suspiro. Lo arrinconé.

—Eso pone a Quinn en una desagradable posición con respecto a ustedes dos.

—Le ahorraré el dolor de tener que despedirme. Voy a renunciar.

Greer le palmeó la mano.

—Quizá vemos a Quinn bajo una luz demasiado brillante, Mal. Tal vez él sabía, en el fondo de su corazón, que uno de nosotros tenía la intención de enfrentar a Jefferson con respecto al asunto de Pucky. Es así de inteligente, ya sabes.

Rae volvió con mensajes y se los dio a Greer.

—¿Estás bien, abuelo? —preguntó Rae.

—Sólo cansado, mi amor.

Quinn leyó la breve nota de renuncia de Mal.

—Esto es terrible —dijo Quinn.

—Te conseguí el debate que creo que necesitas. Así que no volvamos sobre el tema.

—Voy a tener que aceptar tu renuncia —dijo Quinn, sintiendo que un temblor le recorría el cuerpo.

—Sí, lo sé.

—Mal. Seguimos siendo una familia. Somos humanos. En realidad, no me sorprendió cuando me lo dijiste. Quizás en silencio te endilgué la sucia tarea a ti. Y tú la ejecutaste para que el campo de juego se emparejara. Quiero que Rita y mis habitaciones personales sigan estando en tu casa. ¡Somos una familia, hombre!

—Gracias, Quinn.

Capítulo 43

BIBLIOTECA PÚBLICA DE NUEVA YORK — QUINTA AVENIDA
15 DE OCTUBRE, 2008

Ese día, el gran depósito de experiencia y pensamiento humanos fue el centro de atención de la nación. Ese día, los amantes ilícitos ya no pudieron citarse en las estatuas de los leones, puesto que el edificio estaba aislado por barricadas policiales.

Las calles 42 y 40 y la Quinta Avenida estaban reservadas para que estacionaran los privilegiados asistentes.

En la parte posterior del gran edificio, que daba a la Avenida de las Américas, estaba Bryant Park, un parque pequeño. Dos veces al año, el mundo de la moda colocaba una carpa y las modelos desfilaban por la pasarela. Vítores para Karan y Klein.

Detrás de Bryant Park, el mayor de los tesoros: un bunker de ocho pisos albergaba una joya que mostraba la existencia humana en el planeta, desde la escritura cuneiforme hasta cabezas de flecha de la Edad de Piedra, desde el desierto de Gobi hasta Terranova. Todo estaba allí, esperando a los visitantes del espacio.

La andrajosa elegancia del Foro *kodak* CELESTES BARTOS había sido remozada para la ocasión: su imponente cúpula de vidrio brillaba hasta lanzar destellos y se habían instalado cuatrocientos asientos temporarios de estadio.

La avalancha de personas de los medios tuvo que cubrir el acontecimiento desde el Salón fujifilmjohn Jacob Astor.

Carter Carpenter, un venerado pope de los medios estadounidenses, había resucitado para moderar el acontecimiento.

Iba a ser un debate abierto y el moderador sólo intervendría para preservar la urbanidad.

Un zumbido de expectativa se elevó cuando el reloj dio las nueve. Afuera, las últimas entradas que quedaban eran arrancadas por más de quinientos dólares cada una.

—Damas y caballeros, por favor tomen asiento —pidió con tono autoritario Carter Carpenter. Un aplauso controlado recibió al gobernador y al Presidente cuando se ubicaron en sus respectivos estrados.

En ese momento, Thornton se alegró de haber permitido que Darnell lo convenciera del debate. Su delantera sobre O'Connell había disminuido de dos dígitos a uno solo del nueve por ciento.

Thornton, el estoico dueño de una gran corporación, una figura gigantesca, organizada y en control de las situaciones, ahora exhibía un agregado de tragedia, al estilo de Lincoln. Se había humanizado de alguna manera, desde Four Corners, después de dejar caer el manto de culpa y ganar simpatía por «asumir la

responsabilidad, porque sucedió mientras yo estaba al mando».

Esa noche se enfrentaría al tema de las armas como nunca antes. Estaba listo.

Carter Carpenter explicó las reglas.

—El señor Tomtree empezará, ya que ganó cuando se echó a suerte.

La primera afirmación de Tomtree fue:

—Estamos a mitad de camino en muchos sentidos, empezando un nuevo siglo y recuperándonos de un acontecimiento catastrófico. Nosotros no cambiamos de caballo en medio del río. Al haber afirmado que Four Corners fue una tragedia nacional que exigió que cada político y cada ciudadano estadounidense aceptara su parte de culpa…

»… ¿Qué se nos ofrece en mi lugar? Un candidato popular, un cowboy que, de hecho, probablemente esté más cómodo marcando ganado.

La sonrisa de Quinn estalló en una corta risa. Tomtree fingió no oírlo. Quinn sabía qué clase de discusión se avecinaba. «No gastes pólvora en chimangos hasta la última media hora», se dijo.

—El pueblo norteamericano no debe arriesgarse —siguió Thornton. No debemos confundir a mi opositor con un héroe del Oeste, el alguacil de *A la hora señalada*. Éste es un hombre temerario que llegó a la fama a través de la violencia.

»En el fiasco de AMERIGUN, Quinn O'Connell hizo peligrar vidas una docena de veces con tácticas ilegales según nuestro sistema de justicia.

»¿Acaso queremos un presidente cuya política sea "disparar primero y preguntar después"? ¿Queremos confiar el futuro de nuestra nación a un hombre cuyo dedo siempre está en el gatillo?

Cosas fuertes, muy fuertes, y sólo habían pasado dos minutos y treinta y dos segundos.

—Señor Tomtree, tiene a su favor veintiocho segundos.

Quinn deslizó un banco alto debajo de él, halló una postura cómoda, apoyó los brazos en su podio y habló sin notas cuando Carter Carpenter le hizo una seña con la cabeza de que podía comenzar.

—Thornton Tomtree ha realizado un trabajo admirable el año pasado al ayudarnos a sanar nuestras heridas, pero ha realizado un trabajo aún más admirable al salvar su propia reputación.

»El día que el señor Tomtree asumió el cargo hace cuatro años, en los Estados Unidos proliferaban más de trescientos millones de armas, una para cada hombre, mujer y niño en los Estados Unidos.

»Las milicias clandestinas se habían diseminado como ratas en nuestros bosques, cañones y ciudades. Hoy, la milicia Llegada de los Cristianos Arios Blancos afirma tener casi doscientos mil seguidores, seguidores de Adolf Hitler y alimentadores del odio.

»Desde la época en que asumió la presidencia hasta hoy, Thornton Tomtree no habló ni una sola vez del tema del control de armas.

»Él, como muchos republicanos y demócratas, de pronto se quedaron sordos, mudos y ciegos durante el vals de intimidación que tocó AMERIGUN.

»Treinta mil estadounidenses mueren cada año por las armas. Comparemos eso con los sesenta mil que murieron en Vietnam en un período de diez años.

»Cada año mueren más estadounidenses a causa de las armas que en accidentes de tránsito. Más gente muere por las armas que de Alzheimer… o leucemia… o cirrosis.

Thornton tocó la campana que tenía sobre su podio.

—Ésas son cifras muy delicadas —dijo Carter Carpenter. ¿Le gustaría responder?

—Sí —dijo Thornton. Es fácil hacer circular números superficiales.

—Supongo que sí —contestó Quinn. Los obtuvimos de la Red Informática Bulldog, que garantiza su exactitud.

—Los datos en bruto —dijo Thornton —pueden manipularse para ajustarse a cualquier argumento. La posesión privada de armas ha sido una tradición estadounidense desde el comienzo de la nación. Despejaron el camino a medida que avanzamos hacia el oeste. Esas supuestas estadísticas dependen de ciertos hechos. Los números se interpretan de acuerdo con quién sea el que los analiza. Es posible que hayamos llegado al punto en que tiene que haber una nueva corriente de pensamiento sobre el tema. Pero debemos esperar hasta que se lleven a cabo las investigaciones y se cuente con toda la información. No debemos apresurarnos a emitir un juicio y, al hacerlo, poner en peligro un derecho básico estadounidense.

—Un momento, señor —interrumpió Quinn. ¿Qué sucedió con la monumental investigación que prometió? Pasó un año, se gastaron cuarenta y cuatro millones y no hay un informe.

—Depende de la justicia estadounidense que todos obtengamos la información. Cuando recibí el informe preliminar de la comisión de Four Corners el pasado febrero, tuve que enfrentarme al pueblo y decirle que Six Shooter Canyon tenía que convertirse en una tumba masiva permanente. Como Presidente, sentí que nuestro pueblo necesitaba más tiempo para que sus heridas cicatrizaran. De haber dado a conocer las miles de hojas de documentos, sólo habría intensificado el dolor nacional y obligado a la gente a revivir el incidente una y otra vez.

»Más allá de nuestra historia y nuestras tradiciones, la probabilidad de la tragedia del cañón fue de una en tres mil quinientos millones. No puede pasar ni pasará otra vez, más allá de la decisión que tomemos con respecto a la posesión de armas.

—Caballeros, ambos expusieron sus posturas básicas. ¿Mantenemos en mente estos datos y pasamos a otro tema?

—No, señor —dijo Quinn rápidamente. Éste es el tema que me trajo hoy aquí. Ayer, hoy y mañana, catorce niños morirán diariamente a causa de las armas. Además de los treinta mil muertos, otros cien mil son heridos, y llenan de sangre nuestras salas de emergencias. Cada muerte por armas nos cuesta trescientos noventa y cinco mil dólares. Somos la vergüenza del mundo civilizado. Los Estados Unidos, una de

las cuarenta naciones más ricas del mundo, solos son responsables de la mitad de todas las muertes a causa de las armas.

Thornton Tomtree sintió su primera punzada de miedo. Sabía que Quinn había puesto un pie en la puerta de la Derecha Cristiana. Sabía exactamente qué estadísticas le presentaría Quinn. Era el modo palpitante en que Quinn transmitía su mensaje, sin matonear. Thornton sabía que podía decir exactamente las mismas palabras, pero nunca lograría el mismo efecto. Thornton echó un vistazo a Darnell. Era una estatua. Ahora, dentro de la mente de Thornton pasó toda la estrategia para el debate. ¿Tenderle una trampa? ¿Sí? ¿Cuándo tenderle una trampa?

Thornton suavemente cambió de tema y comenzó a hablar de sus logros, inmortalizados en la Red Informática Bulldog. Nada de déficit comercial, superávit del presupuesto; seguridad social financiada para el siglo; grandes logros médicos; empleo completo y, además, comercio mundial, comercio en el que el país era la potencia que era.

La lista de logros de Quinn era más reducida, pero eran la clase de logros que habían elevado a Colorado como una luz de la nación.

Thornton aprovechó para hablar del ataque inicial de Quinn de estadísticas al azar como otro ejemplo de su temeridad.

Ahora pasaría a golpearlo con el discurso terrible que había dado Quinn durante las primarias en Jackson, Mississippi. Los dos temas principales de ese discurso eran el control de la población mundial y los recursos finitos del planeta.

Tomtree se sintió casi abrumadoramente tentado de sacar a colación el tema del control de la natalidad. Pero el control de la natalidad y la defensa del aborto eran temas arriesgados. La mayoría de los norteamericanos, por un amplio margen, favorecían y practicaban ambos.

Si de alguna manera Thornton pudiera abrir una brecha entre el tema y el hecho de que O’Connell era católico. Miró a Darnell, cuyos ojos le dijeron a Thornton que era posible que se tendiera una trampa a sí mismo.

Está bien, la segunda parte del discurso de Mississippi.

—El señor O’Connell pinta una evaluación inquietante y sombría del futuro de los recursos de la Tierra. Durante mi gobierno, los Estados Unidos se han mantenido a la cabeza de un consorcio para la exploración de los mares. Usando el gran regalo de la informática, estamos en el proceso de trazar un mapa del fondo de todos los océanos, mares, bahías, casquetes polares y lagos.

»Se han firmado tratados con la mayoría de las naciones marítimas, en las que los Estados Unidos realizarán la exploración y los mapas. Las naciones participantes de los tratados recibirán una parte de las posibles ganancias.

»¿Qué hemos encontrado debajo de nuestros océanos? Hemos descubierto cientos de miles de metales y minerales básicos de las capas internas de la tierra. Si mantenemos la exploración concentrada en nuestros mares, creo que descubriremos lo que vamos a necesitar para sostener la vida futura. De modo que dejemos de lado

nuestros discursos apocalípticos. Nuestra informática está avanzando tanto que sabemos que nos demostrará que el planeta seguirá prosperando.

Carter Carpenter se aclaró la garganta.

—¿Quiere contestar, señor O'Connell?

—Sí, señor. Creo que la exploración profunda de los mares puede tener algún mérito, pero no podemos depositar el futuro del planeta en ello.

La campanilla de Thornton sonó cuando sintió que Quinn vacilaba.

—¿Tiene una opinión al respecto, señor O'Connell?

—Por supuesto que sí —contestó Quinn. El Scripps Institute, Woods Hole y la Facultad de Oceanografía de la Universidad de Long Island me dieron información sobre el tema. Mientras que hemos obtenido un enorme conocimiento del universo, en realidad no entendemos la capa de la tierra a unos kilómetros de profundidad. La exploración del espacio alimenta el impulso humano de investigar, aprender, tener un contacto romántico. Tal vez, en este siglo hagamos contacto con vida inteligente allí afuera. Pero más allá de cualquier ecuación, nunca podremos abastecer los recursos menguantes de la Tierra. Dios no tiene una compañía de abastecimiento en el espacio exterior. En cuanto al espacio interior, las grietas en el suelo del océano son verdaderamente obra de Dios, creadas a lo largo de decenas de millones de años. El calor de las capas inferiores debajo de la corteza terrestre surge desde debajo del fondo del mar, lanzando minerales a través de las grietas. ¿Encontraremos infinitas fuentes nuevas de materiales? Si alteramos estas grietas, que indican que hay fuego más abajo, entonces estamos preparando el terreno para volcanes submarinos y los maremotos que van a crear. Podríamos estar preparando el terreno para un calentamiento de nuestras aguas que constituiría un riesgo mundial de inundaciones costeras y una corriente de El Niño de un siglo de duración.

»¿Acaso esta exploración submarina indica una desesperación para reemplazar lo que se perdió? ¿Acaso no hicimos suficiente daño a nuestras aguas?

Quinn siguió profundizando sobre el tema de los peligros de la exploración minera submarina.

—La exploración es primitiva. Tomar algo del fondo del mar costaría cien veces más que la explotación minera en la superficie.

Thornton sintió una oleada de verdadero miedo. O'Connell estaba explicando algo del mundo de Thornton con total claridad. Thornton podría devolver el ataque con datos informáticos esotéricos, pero no tenía la seguridad de que funcionara.

Thornton creía que él mismo era increíble, casi un dios, por la forma en que había salido del problema de Four Corners. Pero lo que era más, la gente creía que el Presidente había agregado una dimensión a su carácter.

Thornton había diseñado todo para presentarse con una minuciosa investigación en el debate, una que dejara frío a O'Connell. En realidad, Thornton se había avinagrado un poco con tanta exploración submarina. Sin embargo, era un tema bueno y engañoso para poner en evidencia la ignorancia de su oponente.

Thornton echó un vistazo al aparato que medía el tiempo. Quinn había acumulado una reserva de diez minutos, mientras que él estaba usando tiempo prestado.

T3 no había ido al gran debate sin un as en la manga. Esperaría hasta que el reloj llegara a los cinco minutos. Mientras tanto, Quinn lo había llevado astutamente hacia un juego no deseado de preguntas y respuestas.

—Señor Carpenter —dijo Thornton, volviéndose hacia el moderador. Mi posición es que necesitamos un estudio.

—Señor Tomtree, no existe restricción o limitación en el tema. El señor O'Connell puede revisar cualquier cosa que quiera.

Thornton hizo una mueca internamente. Ese hijo de puta de Carter Carpenter en ese momento era el hombre más poderoso del mundo.

—¿Qué sucede con las trabas para niños? —prosiguió Quinn.

—Es razonable —contestó Thornton.

—Tenemos un sistema de inscripción en Colorado. La oficina tiene cuarenta personas que también se desempeñan como instructores para la certificación de un arma. ¿Qué hay de la limitación del número de armas personales que puede comprar un ciudadano?

—Puede comprar todos los bidones de nafta y chocolates que quiera o necesite.

—-Bueno, ¿está bien si cada ciudadano compra cincuenta armas, tantas como ciudadanos hay?

—Si hablamos de cantidad de armas, es posible que estemos poniendo en peligro la libertad de elección. Sí, puede haber un tope, supongo.

—Tengo dos pares de esquís, dos raquetas de tenis, y entre el administrador de mi hacienda y yo tenemos tres armas. Señor, ¿es consciente de que hay cien mil traficantes de armas en los Estados Unidos?

¿Dejar que esto siga su curso o impedir que siga? «Muestra dignidad», se dijo Thornton. El punto de todo esto era que como Presidente estaba protegiendo a los demócratas y a los republicanos que recibían enormes contribuciones de AMERIGUN y sus aliados. Maldición, nunca apoyarían ninguna ley nacional de armas a rajatabla.

Quinn estaba hablando de la ley de armas de Colorado, diciendo que las disposiciones que estaba presentando eran asuntos de sentido común.

—Dígame, señor Tomtree, ¿cree que debería derogarse la Segunda Enmienda de la Constitución?

—Voy a decir oficialmente a nuestro moderador que sus preguntas parecen más de un acusador en una inquisición. Pero le responderé, señor O'Connell. No jugamos a hacer política con nuestra Constitución. Sería como juguetear con los Diez Mandamientos. Nunca habrá una derogación porque demasiados demócratas apoyan nuestra opinión de que eso podría causar un efecto dominó sobre la Constitución. ¿Entonces qué? ¿Atacar la libertad de culto? ¿La libertad de prensa? ¿La libertad de expresión?

—¿Por qué tanta polémica con respecto a la Segunda Enmienda? —preguntó Quinn. Leamos lo que dice: «Considerando que una milicia bien regulada es necesaria para la seguridad de un Estado libre, el derecho del pueblo de tener y portar armas no será infringido». ¿Puede decirme, señor Tomtree, por qué los defensores de las armas nunca citan la primera parte? La gran pancarta en la pared de la convención de AMERIGUN decía: «El derecho de la gente de tener y portar armas no será infringido». Bueno, ¿dónde está el resto, y por qué está ausente de toda su propaganda? ¿Podría ser que está ocultando la primera parte porque no es una enmienda sobre el derecho de poseer armas, sino una enmienda sobre la formación de milicias?

Thornton miró los relojes. O’Connell había usado todo su tiempo excepto dos minutos y estaban llegando al intervalo. Era hora de sacar un conejo de la galera. Era hora de destrozar a O’Connell antes del intervalo para que la gente quedara impactada con sus palabras y poder así equilibrar el campo de juego.

—Señor O’Connell, me gustaría que nos diera su opinión acerca del boletín informativo semanal publicado por el altamente respetable Longacre Institute.

—No leí sus boletines más recientes, pero para informar al público, Longacre es un gabinete estratégico de Washington, íntimamente relacionado con la Coalición Cristiana, la gente de Falwell y Robertson.

Thornton levantó el boletín oficial.

—Cito: «La verdad detrás del ataque sobre Urbakkan». De acuerdo con el Longacre Institute, señor, el ataque sobre Urbakkan, que ocurrió en 1977, fue un mito. ¿Qué pasó en realidad? Un equipo de respuesta rápida, del cual usted era miembro, estaba probando un avión prototipo en un ejercicio de entrenamiento de la OTAN en Turquía. Estaban probando diversos sistemas, se desviaron del curso y entraron en espacio aéreo iraní. Un avión cisterna había estado siguiéndolos para una recarga de combustible en el aire, y la cabina perdió combustible y se prendió fuego. Murieron cinco marines, incluyendo un teniente general. Murieron calcinados. El Cuerpo de Marines, como deseaba varios cientos de estos aviones, inventó una historia de encubrimiento. Esta historia fue el ataque en Urbakkan. El ataque fue falso. Las leyendas de valentía sobre usted y los demás también fueron falsas.

Se oyó un murmullo de un público incrédulo.

—Durante años —dijo Thornton—, oí rumores sobre Urbakkan. Cuando hice algunas investigaciones, me enteré de que el informe sobre el ataque estaba sellado bajo llave. Ahora sabemos por qué —dijo, levantando el boletín de Longacre.

«Dios», pensó Quinn, «¡mantén la calma! El degenerado cree que puede crear una confusión que no podrá aclararse hasta después de las elecciones». Quinn se rascó el mentón mientras Tomtree siguió con voz atronadora.

—Respetuosamente le pido que baje el tono, señor Tomtree —lo reprendió Carter Carpenter.

—En nombre de mis valientes compañeros que dieron sus vidas, no voy a

dignarme a responderle.

—¡Todo falso! —repitió Tomtree. Le conviene no contestar.

—Hay diecisiete sobrevivientes del ataque a Urbakkan —contestó Quinn. Nos hemos mantenido en contacto a lo largo de los años. Nunca dejamos de asistir a una reunión anual. He sido perseguido con el tema de Urbakkan desde que me postulé por primera vez hace veinticinco años. Sabía que iba a surgir esto. Quince de esos marines pudieron venir a Nueva York y están entre el público. El ex comandante del Cuerpo de Marines y el ex presidente del Estado Mayor Conjunto ahora están dando declaraciones para responder a la terrible mentira del Longacre Institute. La razón por la cual los hechos sobre Urbakkan fueron mantenidos en secreto fue que el ataque fue todo un éxito. No queríamos que el enemigo supiera cómo lo habíamos hecho. Además, el avión mismo y muchos de sus sistemas fueron mantenidos en secreto por razones de seguridad nacional. De hecho, los miembros sobrevivientes de Urbakkan ofrecerán una conferencia de prensa en McGraw Rotunda directamente después del debate.

Durante el intervalo, Darnell empujó a Thornton dentro de una oficina. Una hilera de personas encargadas de la evaluación de los daños desfiló detrás de ellos. Darnell sentó al Presidente. El Presidente era una lápida con ojos, con la mirada fija en el suelo. Darnell daba vueltas a su alrededor como un representante a cuyo luchador le habían dado una paliza.

—Señor Presidente, de acuerdo con una rápida encuesta en el Oyster Bar —comenzó Mendenhall.

—Usted, Mendenhall, ¡afuera! —ordenó Darnell. Y usted, Turnquist, afuera, y usted, usted y usted… ¡afuera!

—Señor Presidente —exigió Turnquist.

—¡Afuera! —gritó Darnell.

—Hagan lo que les dice Darnell —dijo Thornton con voz áspera.

Lapides, agente del Servicio Secreto, llevó a todo el mundo al pasillo rápidamente y se encerró con el señor Jefferson y el Presidente.

Thornton levantó la cabeza, alicaído.

—Lo arruiné todo —murmuró.

—Increíblemente.

—¿Por qué? ¿En qué me equivoqué?

—Trataste de convertir este debate en una misión de búsqueda y destrucción —gruñó Darnell.

—Es difícil encontrarle la vuelta a O’Connell —prosiguió Thornton.

—Sí. Puede vencerte a muerte con la verdad. Si ves que estamos perdiendo, sal con dignidad, Thornton. Es un poquer de mentirosos, y te llamaron a ti. Te lanzaste a asestarle un golpe a traición con tu maldito suelo oceánico y el ataque de Urbakkan.

¿A quién diablos asignaste en Longacre para que escribiera ese boletín?

—No importa.

Darnell se volvió hacia la puerta.

—Lapides, el Presidente está empapado. Tiene una camisa limpia en el baño.

Thornton fue conducido al lavatorio y al espejo. El daño no era irreparable. Se lavó la cara. Darnell le anudó la corbata observando el cambio de ánimo del Presidente, de compasión de sí mismo a ira.

—¡Cinco minutos! —oyeron que decía una voz desde el pasillo.

—Creo que entraré antes —dijo Thornton.

—Sé por tu expresión lo que estás pensando —dijo Darnell. No puedes hacerlo.

—¡Es legítimo! —exclamó Thornton, cobrando autoridad al instante.

—No vas a traer a colación una aventura que tuvo Rita O'Connell hace treinta años.

—¡Dejó su lecho nupcial para irse con el abogado de un cartel de drogas!

—No vas a hablar de eso —exclamó Darnell.

—Soy el Presidente. ¡Puedo hacer lo que se me dé la gana!

Darnell lo sujetó de las solapas.

—Pucky tiene una aventura desde hace dos años. O'Connell sabe sobre eso.

Thornton trató de quitarse de encima las manos de Darnell, pero Darnell lo aferraba con fuerza. Thornton parpadeó y volvió a parpadear.

—¿Fue una aventura con un hombre o con una mujer?

—Un hombre.

—Bueno, gracias a Dios. ¿Te imaginas que O'Connell va a callárselo después de las elecciones?

—Te lo advierto, no te metas con su mujer.

—Ya veo —dijo Thornton. ¿Y tú sabías de esto todo el tiempo y no me lo dijiste?

—Me enteré cuando me reuní con Greer Little y el profesor Maldonado en Chicago.

—¡Greer Little! —exclamó Thornton. ¡Esa perra!

—No te confundas, Thornton. Greer descubrió lo del amante de Pucky. O'Connell le hizo jurar que lo mantendría en secreto. Maldonado fue quien me lo dijo. Cuando O'Connell se enteró, despidió a Maldonado de inmediato, su propio suegro.

—¿Quién demonios es este O'Connell? —gimió Thornton.

—¡Un minuto! —exclamó la voz desde el pasillo.

—Darnell, ¿qué debo hacer?

—Tienes que disculparte. Dile que en el empeño de Longacre por atrapar a O'Connell, te dieron información errónea que tú desmientes.

Thornton asintió con la cabeza.

—Darnell, ¿vas a dejarme?

—No, no voy a dejarte, Thornton.

Por primera vez en muchos años, Thornton arrojó los brazos alrededor de Darnell y lo abrazó con fuerza. Luego se dirigió al pasillo.

—Thornton.

—¿Sí?

—¿No quieres saber el nombre del… amante de Pucky?

—¿Cuál es la diferencia? ¿Cómo pudo Pucky hacerle esto a la presidencia?

Thornton Tomtree tenía cien segundos para resucitar, y lo hizo. Analizó sus opciones. La noticia de la aventura de Pucky le molestaba. ¿Quién demonios la habría deseado? «Ése no es el punto», se dijo. «¿Cuánto daño causará antes de las elecciones?». Si O'Connell mostraba suficiente desesperación para efectuar un ataque, los voceros de Thornton podrían devolvérselo a O'Connell y mostrar al pueblo norteamericano que su oponente demócrata era capaz de rebajarse ante cualquier cosa. Una vez que el público supiera eso, Thornton desempeñaría el papel de «Lincoln herido».

Al seguir a Darnell hasta la puerta, desarrolló un plan. El ataque sobre Urbakkan seguía siendo un misterio y podría causar confusión con respecto a los hechos reales.

La multitud atestaba Times Square a unas manzanas de distancia, debajo de la gran pantalla de noticias.

En los distintos hogares, las tareas durante el intervalo terminaron cuando la gente tiró de la cadena, abrió las botellas de Coca y cerveza y se reunió delante del televisor.

Los centros de las ciudades quedaron vacíos.

Esta tierra, tan diversa, se daba cuenta de que estaba a punto de tener lugar un momento particular de epifanía.

—Thornton —susurró Darnell—, la gente sabe que aún eres el Presidente. Tienen miedo a O'Connell. Esta próxima hora es el momento de tu vida.

Thornton asintió a Carter Carpenter cuando se acomodó en su podio.

—Señor Carpenter —dijo Thornton—, a causa de la naturaleza de nuestro debate antes de la pausa, me gustaría hacer una aclaración.

—No es su turno, señor —dijo Carpenter.

—Le cedo mi turno al señor Tomtree —dijo Quinn.

—Es una terrible humillación que un político se mire en el espejo y se avergüence. Este informe de Longacre fue publicado hoy, y como el tema de la verdad acerca de Urbakkan se ha vuelto vital para estas elecciones, lo acepté por la devoción a la verdad que Longacre demostró durante décadas.

Los familiares en la sección de Quinn palidecieron. Parecía haber familiares en los asientos de Thornton además de Pucky, pero eran desconocidos para un padre que no recordaba sus cumpleaños.

—¿Por qué surgió esto ahora? Si Longacre publicó este relato y demuestra ser

falso, yo me sentiría muy avergonzado. Pero, compatriotas míos, Urbakkan ha estado sellado durante tres décadas. Creo que la verdad es que alguien del personal de O'Connell deliberadamente pasó información falsa al escritor de este artículo. ¿Qué empresa de medios reúne los requisitos? ¿Ella va a responder?

—¿Señor O'Connell?

—El señor Tomtree hacía referencia a mi jefa de campaña, Greer Little-Crowder. El comité estratégico de Longacre ha marchado al ritmo de T3 durante veinte años, alimentado por su generosidad de más de tres millones de dólares.

—Ya ve cómo está tratando de distorsionar…

—Longacre no verificó un solo hecho, señor Tomtree. Fue un ataque feroz para crear sospecha en torno de Urbakkan. Existen sólo una o dos personas que pudieron escribirlo. Pronto lo sabremos y no voy a esperar hasta después de las elecciones.

Bueno, desafió a O'Connell y O'Connell no sacó a colación el asunto de Pucky. Aunque Quinn atacara, la revelación se le volvería en contra. O'Connell podría fácilmente convertirse en un atacante y un tiburón.

«Por otra parte, si Quinn pierde la oportunidad, va a demostrar que es demasiado débil conmigo», pensó Thornton.

—El pueblo norteamericano tendrá una respuesta a esto en unos días —dijo Carter Carpenter. Me parece propicio seguir con otros temas.

Justo lo que quería Thornton: crear dudas y confusión, dejar las cosas inconclusas, desafiar la condición de héroe de O'Connell.

Thornton ahora estaba rodeado de cuadros y gráficos, líneas y barras de colores y trozos redondos de tortas todas divididas en porcentajes. Thornton asumió una postura de reunión de directorio, donde podía tender cien trampas con las cifras distorsionadas, omitidas… y salirse con la suya.

—Tengo un verdadero problema con sus cuadros —comentó Quinn riendo.

—Sí, lo sé, por supuesto que lo tiene —replicó Thornton. La sangre le circulaba más rápidamente a medida que recobraba toda su fuerza. Thornton se aferró con tenacidad a los cuadros y gráficos sin terminar.

—Caballeros —dijo Carter Carpenter—, nos estamos quedando sin tiempo. Ambos tienen de tres a cinco minutos para ofrecer un resumen. Señor Tomtree.

—¿Qué importa si el artículo sobre Urbakkan demuestra estar equivocado? Lo único que prueba es que después de tres décadas de estar sellado, alguien del séquito de O'Connell pudo pasarnos información falsa, engañando a una institución honorable. Ésta es la clase de confusión en la Casa Blanca a la que se enfrentará el pueblo norteamericano si este hombre es elegido.

«¡Perfecto!», se felicitó Thornton. «¡Le asesté un buen golpe! Ahora, atrápalo, T3».

—¿Acaso no es adecuado —continuó Thornton— haber llevado a cabo este debate en esta gran biblioteca? Nada podría explicar mejor la diferencia que hay entre nosotros. Yo soy de la nueva raza norteamericana que ha hecho posible transmitir la

información de esta biblioteca a cualquier parte del mundo en una fracción de segundo. Desde el comienzo de este nuevo siglo, hemos estado avanzando hasta forjar un gran mundo electrónico. Hombres como Quinn Patrick O'Connell preferirían tallar una piedra antes que tener una imprenta. Sí, hay codicia, pecado y basura en Internet y en los canales de cable.

»¿Cuándo la humanidad ha estado libre de la codicia? Cada vez que un nuevo invento aparece para el progreso de la raza humana, legiones de codiciosos se abalanzan sobre él.

»Eso lo sé. También sé quién de nosotros está más preparado para enfrentarse a este nuevo y complicado mundo de la tecnología. Quinn Patrick O'Connell ha demostrado ser un candidato de una sola faceta. No puede dominar la sofisticación y las necesidades de la nueva era electrónica del hombre.

—¿Puedo? —preguntó Quinn.

—Sí, señor O'Connell —contestó Cárter.

—Thornton Tomtree sin duda nos mantendrá ocupados regulando a los agentes de Bolsa de poca monta, la pornografía infantil, los chanchullos, y dará castigos poco severos a quienes invaden masivamente la intimidad de los norteamericanos. Habrá juicios sensacionales y regulaciones estrictas. Eso será para las moscas codiciosas que revolotean alrededor de un cadáver. Pero Thornton Tomtree dejará solos a los grandes jugadores. Las setecientas cuarenta redes industriales, comerciales, de transporte y bancarias de T3 son los mayores instrumentos para la codicia que este mundo jamás vio. Usará su poder para mostrarse como guardia armado ante los pequeños, mientras que, al mismo tiempo, cubre miles de millones de dólares que se mueven diariamente en absoluto secreto.

Quinn había hablado cuidadosa, pero rápidamente, y las palabras parecieron salirle a borbotones de la boca.

—No se trata de la tumba de Tutankamón ni de un dinosaurio obsoleto. Es la generación de mi padre, que dio más de sí misma que cualquier otra para la mejora de esta nación.

Se abrió una gran puerta entre el orador y el público.

—Viví en una hacienda la mayor parte de mi vida. Mis padres y yo hicimos muchos viajes. El momento de gloria estaba llegando a este edificio y la Biblioteca del Congreso en Washington. Era como entrar en un lugar sagrado. Sabía, desde el principio, que el escritor me abría una ventana a nuestro pasado, una comprensión de las relaciones humanas que me colocaba en un puente que debía cruzar para participar con mi propia generación. Muchas veces me sentí solo. Sólo cuando leí *De ratones y hombres* me di cuenta de que no estaba solo y de que la soledad era una tristeza universal del hombre.

»Pasé mucho tiempo con John Steinbeck. Desnudó su alma para traerme la luz. Desnudó la fragilidad humana en sus páginas y en su propia vida, como lo hicieron cien… no, mil otros autores que sabían por lo que estaba pasando un niño y que se

mantenían con la cabeza en alto para la dignidad del hombre.

«¿A dónde diablos quiere llegar?», se preguntó Thornton. «Está divagando. Pero ¿será posible el silencio que hay aquí? ¿Será posible?».

Era increíble ver a Times Square en silencio. Los taxis se detenían en las zonas de estacionamiento, y veinticinco mil personas, o más, observaban la gran pantalla.

—Hace poco derrumbamos edificios como éste —siguió Quinn—, en nuestra eterna lucha por imponer los paseos de compras y los rascacielos. ¡Qué diablos! La herencia de las generaciones pasadas ahora puede guardarse en un espacio de software y proyectarse en la pantalla tan sólo con tocar el mouse de la computadora.

»Algo le falta a eso. Lo que falta es la relación personal, el amor entre el escritor y el lector, toda la esperanza y todo el horror que el escritor tiene para decirnos. Nosotros y el escritor, juntos, es lo que nos hará comprender el gozo y el temor, los celos y el amor que sentimos hacia nuestros padres, hermanas y hermanos.

»Me regocijo con la era electrónica, pero no tiro abajo este edificio. Creo que la salvación del hombre no va a provenir de una impresión de IBM, sino de las palabras, sí, sobre piedra, que vinieron del Sinaí. No abandonemos todo el gran pensamiento de estas salas ante la proposición de depositar toda nuestra fe en una máquina impersonal. Al hacerlo, nos convertiremos en algo menos que seres humanos.

Capítulo 44

Después del debate, la situación cambió en forma radical. La campaña de Tomtree pareció quedarse sin energía. O’Connell había deshecho parte de la derecha dura, no sólo mediante la política, sino gracias al creciente carisma del candidato. ¿Acaso O’Connell es demasiado bueno para ser real?

En Los Angeles, Quinn habló a la comunidad mexicano-americana con un candor que nunca habían oído.

—No tenemos derecho a interferir en los asuntos internos de México, pero para que México sea un buen vecino de los Estados Unidos, su corrupción institucionalizada debe terminar. No existe mejor ejemplo de ello que la explotación de la mano de obra mexicana en fábricas a lo largo de nuestras fronteras.

Fue otro de los osados discursos de Quinn, pero algunas personas finalmente oyeron en voz alta lo que habían estado diciendo con susurros.

La noche siguiente hubo una reunión en el Hollywood Bowl para una transmisión por televisión de dos horas desde la comunidad de las estrellas. Fue un éxito.

Rita supo de inmediato cuando llamó su nuera. Siobhan había tratado de reunir toda la coherencia posible cada noche cuando su hijo llamaba. Durante las últimas dos noches no había podido hablarle.

—Está lúcida por momentos. No sabemos durante cuánto tiempo más.

Mal y Quinn mantenían un trato cortés, un nuevo giro en sus años juntos. La presión desapareció cuando Mal llamó primero.

—Estuve hablando con tu madre —dijo Mal. Está muy mal, Quinn. Si puedes volver, tú y Rita todavía tienen sus cuartos en mi casa. Puedo reservar suficientes habitaciones en Grand Junction para alojar a casi toda la comitiva.

—Es tu padre —dijo Quinn a Rita. Tengo que volver.

—¿Siobhan?

—Sí.

—Tenemos a tu madre en un lugar tranquilo, junto a la galería que da al sur. Aparte del de Duncan y Lisa y Rae, tiene que haber otros cuartos disponibles en la hacienda.

—Rita y yo volaremos directamente a Troublesome. Creo que llegaremos después de la medianoche. Mal… Mal…

—No digas nada, Quinn. Entiende bien que no me arrepiento de haberle dicho a Darnell Jefferson lo del amante de la mujer del Presidente. Si no lo hubiera hecho, Tomtree habría atacado a mi hija y a tu mujer. Ningún trabajo en el mundo vale la pena si te va a atacar y destrozar con fiereza. Sin embargo, por más tonto que seas, eres mi yerno. Ahora, ¿dónde quieres que ponga a Greer?

—Greer, Greer. Se quedó en Nueva York para ver a su marido y aclarar algunas

cosas. ¿Tienes lugar en tu casa?

Mal rió.

—El cuarto donde Rita tenía sus animales de peluche. Le diré a Juan y a otros dos que lo arreglen. Instalaré cualquier mierda electrónica o de computación que haya para mantenerlos conectados.

—Mal, gracias, hombre.

—Eres un estúpido bastardo, pero te quiero.

Rita estaba en otro teléfono. Canceló las citas de Quinn en el noroeste, luego pidió a una secretaria de prensa que emitiera un comunicado para explicar que se trataba de un asunto familiar.

Rita se quitó los zapatos y se estiró en el diván. Quinn se sentó en la otomana y le hizo masajes en los pies.

—¿Cómo estás, amor? —le preguntó ella.

—Más o menos. Dan, Siobhan y el padre Sean son la única familia que conocí. Me siento solo y en el aire.

—Estás a punto de llevar a cabo un maravilloso trabajo. Has devuelto mucha fe y has salido intacto.

—¿Te parece, Rita? ¿Estoy tan limpio? Cuando envié a Greer y a Mal a Chicago a negociar el debate con Darnell Jefferson, supe que uno de ellos iba a amenazarlo con revelar los asuntos de Pucky. Les advertí que no lo hicieran y despedí a Mal, pero no estaba muy disgustado con lo que hicieron.

—Desde el momento en que compartiste conmigo tus secretos más oscuros y peligrosos, me di cuenta de que eras el único hombre de entereza que había conocido o iba a conocer jamás. Bueno, no te presentaste a los votantes como alguien cubierto de brillo. Le dijiste a la gente un montón de cosas que no quería oír. Lo entiende. No te escondes detrás de la Constitución, te pones delante de ella. Tus fallas, tu increíble coraje al admitirlas… eso es lo que todos valoran.

Quinn montó una minioficina cerca de la cama de su madre. Aun en los momentos en que estaba sola con su terrible dolor, parecía sentir su cercanía.

Duncan y Rae se turnaban para traerle mensajes.

—Necesito a Greer —dijo Quinn.

—La oficina central ha hecho contacto con su charter. Te llamará a tu teléfono celular —respondió Rae.

Quinn garabateó notas sobre los mensajes, entregó un par a Rita para que se hiciera cargo de ellos. Miró de su madre a su hijo a su nuera embarazada a su hija… a su mujer. «Que Dios me ayude», pensó, «es una locura, pero Rita está tan atractiva».

Por el ruido del teléfono, Quinn supo que quien llamaba estaba en un avión.

—Quinn —contestó.

—Habla Greer. ¿Cómo está Siobhan?

—Está aguantando. Preguntó por ti, Greer.

—Mira, voy directamente a Grand Junction. Estaré allí al mediodía. Manda un auto a recogerme. Surgió algo extremadamente importante.

—¿Puedes decirme qué es?

—No. Tenemos que tener un cuarto seguro donde hablar.

—Estoy en casa de Mal. Su estudio es seguro.

Desde el porche de la villa de Maldonado, Rita podía ver hasta el atajo desde Troublesome. Una escolta de motocicletas conducía a un auto por el camino colina arriba.

Greer emergió con un desconocido. Quinn y el hombre se miraron fijo.

—Entra, Mal, tú eres parte de esto —dijo Greer, encerrándolos a todos en un lugar atestado de bosquejos, estatuillas de alambre y una obra que había estado haciendo hasta que comenzó la campaña.

—Quiero que conozcas al señor Horowitz —dijo Greer.

—Señor —dijo Quinn, extendiendo la mano.

—¿Gobernador O’Connell? —preguntó el hombre.

—Sí.

—Soy tu hermano, Ben.

Capítulo 45

FRONTERA SOVIÉTICA-POLACA, 1945 — FIN DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

A mediados de los años 20, después de la muerte de Lenin, Stalin asumió el poder. Los comunistas se dedicaron a destruir la vida comunitaria judía. La vida religiosa, las instituciones educativas, el teatro y la prensa estaban prohibidos. Los judíos fueron reducidos a ciudadanos de segunda clase.

Se cerraron las fronteras soviéticas y la consecuencia fue un trágico aislamiento. ¿Habría una comunidad judía identificable cuando terminara la Segunda Guerra Mundial?

Pequeños grupos de sionistas de Rusia mantenían una débil comunicación con el mundo exterior. El sionismo era un delito mortal, semejante a la traición. Los sionistas, los únicos judíos que sobrevivieron intactos, estaban en su mayoría en unidades de partisanos en los bosques.

Yuri Sokolov era un adolescente cuando escapó del gueto de Varsovia y llegó hasta partisanos judíos que operaban en la Rusia Blanca, al este de Varsovia. Para cuando la guerra terminó, tenía veintidós años, estaba al mando de cuatro compañías y se había convertido en una leyenda.

Yuri sabía acerca de la liquidación de los guetos, los enormes campos de trabajo forzado y, más tarde, del genocidio. Como sionista sobreviviente, su misión cambió y se dedicó a encontrar restos de su grupo y conducirlos en el peligroso viaje a través de Europa, para luego cruzar el bloqueo británico hasta Palestina.

Marina Geller aún no tenía veinte años cuando conoció al tan mentado Yuri. Había sobrevivido a la guerra con más facilidad, con una tía conversa en Minsk, además casada con un cristiano.

Marina también era de estirpe sionista. En cuanto llegó la paz, salió a buscar a sus padres, hermanos y hermana. Después de una búsqueda inútil, se dio cuenta de que su familia era sólo un pequeño accidente entre los millones de judíos asesinados.

Marina se lanzó de lleno a trabajar con las pequeñas unidades sionistas que ahora desesperadamente se dedicaban a sacar a los sobrevivientes de los cementerios de Rusia y Polonia.

Estableció un refugio cerca de la frontera polaca, en Bialystok. Al principio llegaban de a dos y de a tres, en su mayoría sionistas que habían luchado contra los alemanes como partisanos.

De vez en cuando llegaba algún niño huérfano o uno demasiado enfermo para seguir con el viaje infernal. Convirtió parte de la casa en un orfanato y apoyaba a la operación encargada de la emigración. Marina logró conseguir alimentos y medicinas como un orfanato «legal». Pronto tuvo a veinte niños.

Yuri y Marina se casaron en una boda partisana y antes de que se acabara su

pasión, regresaron a sus amargas tareas.

Se juraron, como lo hacen las parejas, que si Yuri alguna vez era capturado por los soviéticos, ella se escaparía a Palestina y lo esperaría allí.

Sucedió rápidamente, por el odio de un informante. Yuri fue capturado, llevado a Moscú y acusado de sionismo. Fue un buen día para los soviéticos, puesto que el nombre de Yuri Sokolov era conocido en todas partes. Serviría de ejemplo para los judíos; tendrían que conformarse con el régimen y no tratar de establecer contacto con judíos fuera del país.

Aunque fue torturado sin piedad, Yuri se negó a darse por vencido. Fue sentenciado a veinticinco años en un campo de trabajos forzados en el archipiélago de Gulag, un desierto congelado en el mar Blanco. Se lo tragó la tierra, desapareció y se perdió todo contacto con él.

Llegó el momento de cerrar el orfanato en Bialystok. Un agente de emigración ilegal, un judío palestino llamado Shalom Katz, organizó un osado plan para evacuar a Marina, sus dos ayudantes y veinte niños.

Salieron de Polonia en un vagón de pasajeros cerrado que aparentemente transportaba prisioneros alemanes de alto rango.

Cuando llegaron a la frontera checa, el truco fue descubierto, pero huyeron hacia Checoslovaquia.

Los soviéticos exigieron el regreso del tren a Polonia. Los británicos exigieron que los fugitivos fueran trasladados a campos de refugiados. El presidente checo, Jan Masyryk, hijo del fundador de su país, se negó y garantizó el paso seguro a través de su país.

Marina llegó a Palestina en un barco de refugiados en el momento en que los judíos palestinos declaraban la independencia y eran atacados por las naciones árabes.

Marina era una rareza, esposa de un gran héroe judío, ella misma una heroína. Tanto Ben Gurión como Golda Myerson creyeron que serviría más en los Estados Unidos, para despertar a los judíos de esa nación.

Marina recorrió todos los Estados Unidos infinidad de veces para difundir el mensaje del Holocausto y suplicar ayuda para llevar a los sobrevivientes a Israel.

Su marido, Yuri, había desaparecido en la tundra del norte. Sólo llegaban rumores ocasionales, pero nunca una información directa.

Al viajar por el sur de los Estados Unidos en 1948, ocupó la misma habitación mohosa de hotel, le pareció que la recibía el mismo comité de bienvenida y hablaba ante el mismo público, reducido pero interesado, y comía la misma comida casera, volaba el mismo avión pequeño que se sacudía, hasta que todo le pareció borroso. San Francisco se convirtió en Oakland, en Los Angeles, en Phoenix. En aquellos días, antes de la llegada del jet, no existía ninguno de los grandes aeropuertos. Se trataba de una serie de conocimientos rudimentarios de pilotos temerarios sobre pistas de aterrizaje de mala muerte. El rugido del jet todavía estaba en un futuro lejano.

Ella viajó con un enorme poster cuidadosamente plegado que exhibía a su marido, y que desplegaba y colgaba detrás del podio. Su recorrido sin fin la llevaba a pequeñas ciudades en Pensilvania y Oregon, donde las escasas y tranquilas familias judías querían escucharla.

Pasó un año en el que Marina hizo más de cuatrocientas apariciones y logró un grupo de seguidores pequeño pero activo. Ella finalmente se apagó. Su vida había sido una larga lucha. Y sólo Dios sabía acerca de su amado Yuri.

Un amigo de la embajada israelí la convenció de permanecer en los Estados Unidos. Cuando recuperara su vitalidad, sería un fuerte recurso entre los judíos. Por el momento, sólo quería estar sola.

Marina volvió a usar su apellido de soltera, Geller, y desapareció en un departamento de un ambiente en un área de Nueva York conocida como el Village. El subsidio de desempleo no le alcanzaba para llegar a fin de mes. Su conocimiento del idioma y la historia rusos la convirtió en una persona atractiva para un puesto cuando se presentó en la Universidad de Nueva York.

El profesor David Horowitz, jefe de estudios eslavos de la Universidad de Nueva York, pensó que Marina era un hallazgo excelente.

Una vez que logró vivir decentemente y pagar sus cuentas, Marina permitió que la ciudad de Nueva York la maravillara. De alguna manera se entusiasmaba ante la perspectiva de pasar un rato con David Horowitz. Amable… suave… su sonrisa y su preocupación penetraron su depresión. Pronto llegaron los almuerzos juntos, ¿te parece? Sólo almuerzos. Una reunión social.

Los almuerzos se convirtieron en cenas. Marina tuvo la posibilidad de asistir a los magníficos espectáculos que se representaban en teatros pequeños, alejados de Broadway, que plagaban el Village. Cuatro meses después de conocerse, un nuevo sonido emergió cuando lanzó una carcajada durante *The Fantasticks*.

David era el típico académico. No tenía hermanos; sus padres estaban muertos. Se había casado, tenía un hijo y estaba divorciado. Su hijo de tres años, Ben, pasaba con él los fines de semana.

Lo que llegó a lo más profundo de Marina fue la sensación de paz que emanaba de David. Era tan diferente de su explosivo Yuri Sokolov.

«¿Por qué los estoy comparando?», se preguntó. Había conocido algunos hombres durante sus presentaciones, pero siempre se sentía invadida por la culpa. Lo que estaba empezando a sentir por David la ponía en una situación comprometedora. Estaba casada y había prometido, prometido volver a Israel.

Le llegaron rumores de que todo rastro de Yuri había desaparecido. Uno de sus compañeros prisioneros pensaba que probablemente Yuri estuviera muerto.

La mujer estaba al borde de la locura cuando David Horowitz la tomó tiernamente en sus brazos y la condujo a un lugar seguro. Yuri era un luchador. David era un amante. Ella necesitaba amar.

El loft de David en el Village era un pequeño reino de risas y música y acaloradas discusiones académicas. Los profesores conocían el lugar. Los alumnos conocían el lugar.

Un gran amigo de David era un sacerdote bribón, el padre Mario Gallico, que énseñaba latín y griego clásicos en la universidad. El padre Gallico comía con ellos dos veces por semana, y aunque no estaba invitado siempre era bienvenido.

El cardenal Watts, de la diócesis de Brooklyn, quería desesperadamente cambiar las ideas díscolas de su sacerdote. El cardenal lo necesitaba como un brazo fuerte en Brooklyn, alguien que arreglara ciertas cosas. Después de observar al padre Gallico tirarse un lance poco pastoral con una adorable secretaria, el cardenal lo envió a Manhattan y la dama regresó con su marido.

Marina había perdido completamente su manto de luchadora por la libertad. David la llenaba por completo. Pensar en un matrimonio, en hijos, no era posible. Cuando el hijo de David, Ben, iba a visitarlos los domingos, lo abrazaba y lo amaba como si fuera suyo… pero ¿le bastaba con eso?

¿Cuántos años habían pasado sin una sola palabra de Yuri? Más de cinco años. La promesa de ir a Israel a encontrarse con su marido había perdido toda lógica. ¿Acaso ella tenía que llorar eternamente a un cadáver?

Cuando quedó embarazada, ella y David decidieron tener al bebé.

Alexander nació en 1950. El gozo de ser, de existir, era de ellos. Los fines de semana y durante viajes cortos, el medio hermano de Alexander, Ben, estaba allí. Los cuatro parecían una familia unida y llena de amor.

—¡Marina! —exclamó una voz de hombre.

Ella se volvió y vio a Shalom Katz, que venía hacia ella. Marina le sonrió y lo saludó calurosamente, disimulando su aprensión. Él le tomó el brazo y señaló un banco de plaza en Washington Square.

—Han pasado años —dijo ella. ¿Sigues ayudando a los emigrantes?

—Me retiré de Alyiah Bet —respondió, refiriéndose a la organización central secreta. Soy diplomático israelí en las Naciones Unidas. Segundo secretario, o algo por el estilo, en la misión.

Marina sonrió. Shalom era un policía. Los policías tenían aspecto de policías y actuaban como policías. Los policías secretos israelíes eran un grupo difícil.

«¿Qué debo hacer?», se preguntó Marina. ¿Contarle sobre su nueva vida, como si él ya no lo supiera? Seguramente le estaría trayendo la noticia de la muerte de Yuri. Al mismo tiempo que lloraba por Yuri, gritaría por su nueva libertad.

—¿A qué debo el honor de tu visita? —le preguntó ella.

—Con un gobierno real, podemos lograr cosas que eran imposibles en los viejos tiempos. ¿Puedo hablarte, por supuesto, bajo la más estricta confidencialidad?

Ella asintió.

—Capturamos a un jefe de alto rango de una estación de la KGB en Jerusalén. Estaba disfrazado de sacerdote de la Iglesia Ortodoxa rusa. Los rusos lo querían de regreso. Yo actué de negociador. Le di una lista de sionistas que habían tomado prisioneros, para hacer un intercambio. Yuri Sokolov está vivo.

Ella se inclinó contra Shalom y se estremeció.

—¿Hace cuánto que lo sabes?

—No iba a informarte hasta que tuviéramos una absoluta confirmación. Vamos a rescatar a Yuri y a otros dos a cambio del espía de la KGB.

—¿Cómo está? —preguntó con voz temblorosa.

—La prisión no lo mató ni le quebró el espíritu, pero es un hombre destrozado. Ha sido maltratado en forma salvaje. Debes estar en Israel para recibirlo.

—Encuéntrame aquí, mañana, a la misma hora —dijo ella y se alejó rápidamente.

Maldita tragedia rusa, su música triste, los interminables inviernos siempre iguales, el paisaje inhóspito, las paredes de piedra fría, las mujeres llorando en *babushkas*, los borrachos en las calles, los ojos indiferentes de mil hombres y mujeres en la escalera mecánica que salía del tren subterráneo.

«Oh, David, ¿qué te hice? Tú eres mi amor, el más grande de todos. Yuri nos unió y ahora nos está separando. ¡Yuri! Fui una mujer infiel. Te traicioné. Cuando tuve el hijo de David, quería enterarme de tu muerte. Qué demonios, David, Alexander y Ben no eran más que un sueño. Rusia es real». Nada importaba, tenía que encontrarse con Yuri en Israel. Ese gran hombre no podría soportar un escándalo. Habría que guardar secretos.

La seguridad del niño era una necesidad mayor que la agonía de Marina y David. Alexander tendría que ser dado en adopción y ella regresaría a Israel. Pero ¿cómo? A través de las organizaciones judías, seguramente su nombre sería descubierto.

El padre Gallico ahora era monseñor Gallico, un importante asistente del cardenal Watts. Su relación con David Horowitz seguía en pie.

—Mi querido amigo, mi muy querido amigo —lo consoló Gallico. Así que así están las cosas. Veré qué puedo hacer.

Alexander tenía un año cuando Marina se lo entregó a Mario Gallico. El niño desaparecería dentro de la burocracia católica.

A partir de aquel momento, pareció que la muerte metía la mano para silenciar a todos aquellos que tenían conocimiento del complot.

La primera en morir fue Marina Sokolov. Ella y Yuri vivieron un momento de paz. Recibieron un breve respiro en un bello *kibbutz* en el mar de Galilea.

Pero Yuri estaba hecho una ruina, ciego de un ojo, con una pierna amputada y violentas jaquecas producto de las palizas recibidas. Marina le ofreció toda su vida, pero al hacerlo, fue perdiendo la suya. Continuó guardando la gran mentira, temerosa día tras día de que su secreto fuera descubierto. Siempre sacudiéndola, estaba su terrible anhelo de estar con Alexander y su bello amante, David.

Marina se fue en silencio, dijeron que por insuficiencia cardíaca congestiva. Fue

su corazón roto de amor. Incapaz de continuar sin ella, Yuri la siguió a la tumba un año después.

El pequeño convento de St. Catherine guardaba muchos secretos. Una de sus obligaciones tácitas era cuidar de ciertos huérfanos «sin nombre». A veces, se trataba de hijos de sacerdotes y de vez en cuando de alguna monja. Otros niños eran enviados allí para protegerlos de la mala reputación de la revelación.

Cuanto menos supiera la madre superiora, más seguro estaría el niño. El «bebé Alex», sin apellido, se convirtió en el «bebé Patrick». Padres desconocidos. Durante los siguientes dos años, Patrick fue una pieza central en el convento, un niño adorable lleno de dones.

Durante esa época, el padre Sean Logan le había suplicado a monseñor Gallico que le consiguiera un niño especial para que lo adoptaran su hermana, Siobhan O'Connell, y su marido, Dan.

David Horowitz, despojado de toda voluntad de vivir después de la pérdida de su amante y su hijo, sucumbió a la neumonía, que contrajo debido al descuido de su salud.

Al principio, Quinn no quiso oír la historia, se sintió invadido, expuesto de una manera que derribaría las paredes sobre su cabeza.

A medida que Ben fue hablando, todo cambió. Era un momento que había soñado e imaginado diez mil veces. ¡Ese momento! ¡Ese preciso momento!

—Yo tenía trece años cuando nuestro padre murió —continuó Ben. Estábamos muy unidos, aunque cualquier mención de Marina y Alex estaba prohibida. El dolor lo destrozó. La culpa terminó de matarlo. No sabía nada acerca de dónde estabas ni con quién ni cómo estabas. El último año de su vida fue lamentable. Cuando llegó mi *bar mitzvah*, me reveló las circunstancias de tu desaparición, y me dijo que Marina Sokolov había muerto en Israel llevándose el secreto a la tumba.

—Un fantástico *bar mitzvah* —dijo Greer.

—Nuestro padre me dijo que yo ya era un hombre y que tenía que asumir la carga de un hombre. Apenas recordaba a mi medio hermano y, de alguna manera, el nombre Alexander se me clavó en la mente.

El miedo de Quinn se convirtió en una gran alegría cuando Ben se detuvo a tomar un trago, notando que la altura le había secado la garganta. Tomó de su pequeña valija un pequeño álbum de fotos y lo abrió.

—Éste es nuestro padre.

Quinn sintió la mano de Rita apretándole el hombro mientras él miraba fijo, sin decir nada.

Ben inspiró profundamente y dio vuelta la página.

—Ésta es la única foto que tengo de tu madre.

Quinn giró, se levantó de su asiento y les dio la espalda, murmurando para sí con voz temblorosa. Ben bebió de un trago otro vaso de agua.

—Lo siento, Ben. Soy muy egoísta. Dios, lo que debes de haber pasado.

—Sabía que iba a encontrarte. La búsqueda se convirtió en el centro de mi vida. Me hice policía para especializarme en personas desaparecidas. Cuando llegué a teniente detective, entré en la Facultad John Jay de Justicia Penal. Durante años, sólo pistas falsas… Éstos son mis hijos, dos niños y dos niñas. Bueno, ya no son niños. Y éstos son mis nietos.

—Soy tío. Dios, qué extraño, tío Quinn. Y voy a ser abuelo, y mi hija tendrá primos y un tío y una tía…

—Quizá debí haber elegido un momento más apropiado, pero la señora Crowder me convenció de que sería desastroso seguir guardando esta información… así que vine.

Ben relató el resto de su odisea. Todos los protagonistas estaban muertos, y Alexander había desaparecido como por arte de magia. Ben tenía recuerdos vagos de las visitas de monseñor Gallico, pero también éstas se interrumpieron.

—Cuando papá murió —relató Ben—, yo era su principal sobreviviente. Yo estaba presente con el abogado de la familia cuando se vació la caja fuerte. Había algunas cosas de valor, algunas acciones, joyas, títulos de propiedad, pólizas de seguro. Lo que yo no sabía era que papá había enviado un sobre sellado a monseñor Gallico y sus sucesores. El frente decía: *No debe ser abierto hasta el año 2000 por Benjamin Horowitz o sus herederos inmediatos*. Éste es el contenido.

Quinn miró las fotos de Marina y David y un certificado de nacimiento de un «bebé» Horowitz.

—Traté de ingresar en los círculos católicos, pero no llegué más que a la puerta del convento. Es un mundo profundo, oscuro y místico, con una interpretación de Dios extraña y diferente.

—Dios sí que tiene un raro sentido del humor —gruñó Mal.

—Se convirtió en una cuestión de números: buscar huellas de pies que concordaran con el certificado de nacimiento. El FBI tenía cientos de millones de huellas, pero todavía no se disponía de los avances informáticos necesarios como para clasificarlas. Las huellas de un niño recién nacido pueden cambiar, así que abordé el tema por las fechas probables de nacimiento. Bueno, todos dejamos una huella tarde o temprano. Cuando apareció la tuya, concordaba casi completamente con la del certificado de nacimiento.

—¿Mi huella? ¿Cómo demonios obtuvieron una huella de mi pie?

—Yo no lo hice, pero un certificado me dijo tu nombre, la hora y el lugar de tu nacimiento. Luego investigué los registros de adopciones católicas dentro de un período de cinco años. Una línea aislada decía: «Bebé Patrick, *padres desconocidos*. Adoptado por Daniel y Siobhan O’Connell, Troublesome, Colorado, 17 de febrero de 1953». ¿El resto? El bebé Patrick se convirtió en el gobernador Quinn Patrick O’Connell.

—Pero ¿cómo confirmaste tu relación con Quinn? —preguntó Rita.

—Quinn había donado mucha sangre al banco de la Cruz Roja para ser usada en

una emergencia familiar y, además, es un donante regular. Pude obtener una muestra y le hice un análisis de ADN, luego hice uno con mi propia sangre. Para tener la certeza absoluta, hice exhumar el cuerpo de mi padre y tomé muestras de él. Nuestro ADN concuerda.

—No necesitamos los resultados del ADN —dijo Rita, quitándole los anteojos a Ben. Mírenlos.

Volvieron de ese relato fantástico al estudio de Mal.

—Gracias a Dios, Ben nos encontró cuando lo hizo. Si el público se enterara después de las elecciones, sería el preludio de una pesadilla nacional —comentó Greer.

—¿Puedo compartir esta información? —quiso saber Mal.

—Por supuesto que sí —contestó Quinn.

—Está bien. Debemos comunicar esto al pueblo norteamericano de inmediato —sugirió Mal. Pero más allá de cómo encares este tema, estás en un campo minado.

—Él va a decir la verdad —exclamó Rita.

—La verdad es muy subjetiva. Quienes deseen la verdad le creerán. Ninguna verdad podrá penetrar a quienes no puedan comprender la verdad. Van a empezar a hablar sobre una conspiración sionista. En diez minutos puedo encontrar a alguien de los medios en Troublesome y pasarle el dato de que un sacerdote católico de izquierda metió a un niño judío entre católicos como parte de un complot sionista. ¿Les parece una locura? Nada entre quienes lo odian va a ser demasiado rebuscado.

Mal miró a los hermanos y meneó la cabeza. El parecido era notable.

—El problema es que el odio a los judíos siempre ha estado casi en la superficie a lo largo de los últimos dos milenios. Es un sistema perfecto de fanatismo, demostrado a través del tiempo: el saqueo romano de la nación, el divorcio de Jesús de los judíos a fin de crear una nueva religión, el islam, los cruzados del Rin hundidos hasta los tobillos en sangre judía, la Inquisición, Martín Lutero, los pogromos de Europa del este y no olvidemos el Holocausto.

—¿Acaso la raza humana está eternamente en una cárcel de fanatismo? —susurró Quinn.

—Quinn, no quiero que tú, Rita o los niños tengan que meterse en una lluvia de odio. Retírense de la carrera —sugirió Mal.

Ben volvió a reprocharse su celo típico de cazador de botines. Greer le contestó que tenía que hacer lo que hizo. Ni Quinn ni Rita hablaron del terror que habían sentido antes y después de la convención de AMERIGUN.

—Nosotros, los judíos, somos el ejemplo más sobresaliente de una minoría patriótica —dijo Ben. Somos el dos por ciento de la población y hemos creado grandes industrias, escritores y músicos y doctores. Como les enseño a mis alumnos, hay más de setenta judíos norteamericanos ganadores del Premio Nobel. Maldición, ¡merecemos el respeto de nuestros compatriotas!

—No ha habido delito… ni conspiración —dijo Quinn.

—Depende de quién cuenta la historia y quién la escucha —acotó Mal. Están todos en sus puestos, esperando las noticias.

—Y si me retiro, la Segunda Enmienda nunca se cuestionará.

—Recuerda lo que les pasó a los Clinton —dijo Rita. Destrucción, pura destrucción. —Sus temblorosas palabras fueron las primeras que pronunció. Sabía lo que les esperaba si él seguía adelante. Quinn se sintió desgarrado por su apoyo tan poco entusiasta. Sus fuertes aliados en la vida se estaban convirtiendo en sus aliados renuentes. ¿Greer? ¿Y Greer? Era demasiado lista para tomar uno u otro partido a esta altura.

—Es tu decisión, jefe —dijo Greer.

—Como dijo el viejo general Jeremiah Duncan: «Si la sangre te molesta, no vengas en esta misión». Greer, compra un espacio de televisión por aire y por cable. Leeré una declaración desde aquí al pueblo norteamericano a la una… —Y riendo luego agregó: —Hora de las Rocallosas.

—Llámame si me necesitas —dijo Mal, y salió del estudio.

Rita dio rodeos. No se resistiría más. Se pondría de su lado. Sólo que le daba miedo saber lo que les esperaba. Greer se dio cuenta. Tomó a Rita del brazo y la hizo darse vuelta.

—Ésta es la verdad —dijo Greer con brusquedad. Quinn Patrick O’Connell no puede y no va a retirarse de esta lucha. Nunca lo ha hecho y nunca lo va a hacer.

—Lo sé —dijo Rita con las lágrimas cayéndole por las mejillas. Lo sé.

—¿Qué vas a decirles a los votantes, Quinn? —preguntó Greer.

—Toda la verdad, creo. No voy a rogarles ni defenderme. No voy a arrastrarme. Va a depender de ellos.

—Oh, Dios —exclamó Greer. Ben, acompáñame. Tenemos que repasar cuidadosamente tu historia para la prensa.

—¿Y mis sobrinos, Duncan y Rae? —preguntó Ben con entusiasmo. ¿Acaso la esposa de Duncan no está a punto de dar a luz?

—Su padre se lo dirá. Podrás conocerlos dentro de una hora.

—Perdóname, tenemos trabajo que hacer —dijo Greer. Ella y Rita intercambiaron miradas duras.

Noticias de último momento Noticias de último momento Noticias de último momento

—Les habla Lou Luenberger, MSNBC, Denver. Estamos en Troublesome, Colorado, hogar del candidato demócrata, el gobernador O’Connell. El aire alrededor de sus oficinas itinerantes ha estado cargado de rumores. La gente de O’Connell ha mantenido las cosas tapadas y pasó por alto el informe vespertino diario a la prensa. El centro de esto parece ser un nuevo actor en el escenario, que voló desde Nueva York esta mañana. Supuestamente se trata del teniente detective Ben Horowitz,

también profesor de criminología. El gobernador hará una declaración a las once, hora del este; dos, hora de la costa del Pacífico.

Quinn estaba sentado, desnudo ante el mundo. Sin notas, con la camisa abierta, sin banderas, sin la repisa llena de fotos, sin bustos de Lincoln ni estatuas de Remington.

—COMPATRIOTAS NORTEAMERICANOS —DIJO QUINN—, HOY EXPERIMENTÉ UNO DE LOS MOMENTOS DE MAYOR GOZO DE MI VIDA. COMO USTEDES BIEN SABEN, QUEDÉ HUÉRFANO A LA EDAD DE UN AÑO Y CRECÍ EN UN CONVENTO HASTA LOS TRES. NO RECUERDO LOS NOMBRES DE NINGUNA DE LAS MONJAS Y TAMPOCO SÉ EL NOMBRE DEL CONVENTO NI SU UBICACIÓN.

»A LOS TRES AÑOS FUI ADOPTADO POR MI MADRE Y MI PADRE, DAN Y SIOBHAN O'CONNELL, HACENDADOS CERCA DE TROUBLESOME, COLORADO.

»MI FAMILIA Y YO TUVIMOS LOS MISMOS PROBLEMAS QUE LA FAMILIA MEDIA NORTEAMERICANA. AL SER IRLANDESES, DE VEZ EN CUANDO NOS SALÍA EL ESTILO EUGENE O'NEILL. AL FINAL, LOGRAMOS TENER UNA RELACIÓN DE CARIÑO TOTAL. DAN YA SE FUE. SIOBHAN ESTÁ MUY ENFERMA. SOY LA PERSONA MÁS AFORTUNADA DEL MUNDO POR HABER SIDO SU HIJO.

»SIN EMBARGO, PARA CADA HUÉRFANO EXISTE UNA VIDA DOBLE DE FANTASÍA. NO SE PUEDE SEPARAR AL HUÉRFANO DE SU SUEÑO. LA NECESIDAD DE CONOCER A SUS PADRES BIOLÓGICOS ES UNA NECESIDAD DE CONOCERSE A UNO MISMO. ¿QUIÉN SOY YO EN REALIDAD? ¿DE DÓNDE VENGO? DIOS NOS PONE EN UNA BÚSQUEDA IMPLACABLE. NUNCA SOMOS UNA PERSONA COMPLETA SI NO ENCONTRAMOS NUESTRAS RAÍCES.

»HOY CONOCÍ A MI HERMANO, BEN HOROWITZ, QUE ME HA ESTADO BUSCANDO DURANTE CASI MEDIO SIGLO.

Quinn brevemente relató la historia de David Horowitz, Marina Geller y Yuri Sokolov.

—AQUÍ ESTÁ EL PROBLEMA —CONTINUÓ QUINN. CREO QUE LA CIVILIZACIÓN NORTEAMERICANA HA ALCANZADO UNA DESAFIANTE MESETA MORAL. HEMOS HECHO UN PODEROSO INTENTO POR DESHACERNOS DE LA INTRANSIGENCIA. TODAVÍA TENEMOS UN LARGO CAMINO POR RECORRER PARA LIBRAR A NUESTRA NACIÓN DEL RACISMO. SI YO HUBIERA SIDO ALEXANDER HOROWITZ, CREO QUE HABRÍA SIDO ELEGIDO GOBERNADOR DE COLORADO. TAMBIÉN CREO QUE EL GOBERNADOR ALEXANDER HOROWITZ PODRÍA HABER GANADO LA NOMINACIÓN DEL PARTIDO DEMÓCRATA. Y TAMBIÉN CREO QUE ALEXANDER HOROWITZ PODRÍA GANAR LA PRESIDENCIA.

»SOY EL MISMO HOMBRE QUE ERA AYER. NO HE CAMBIADO. SEGUIRÉ CON LOS MISMOS TEMAS QUE TENÍA EN CUENTA AYER. JUNTO CON MIS OTROS COMPROMISOS, LUCHARÉ POR LA DEROGACIÓN DE LA SEGUNDA ENMIENDA.

»ME CRIÉ COMO CATÓLICO. SEGUIRÉ FIEL A LA IGLESIA. SIN EMBARGO, NO PUEDO EVITAR INVESTIGAR SOBRE MI HERENCIA JUDÍA. DÓNDE VA A LLEVARME TODO ESTO, NO PUEDO PREDECIRLO.

»LA RAZA HUMANA HA TENIDO UNA EXISTENCIA ACCIDENTADA, DESDE EL COMIENZO HASTA ESTE MISMO DÍA, DE SANGRE Y MALDAD. NO OBSTANTE, NOS ENFRENTAMOS A IMPERATIVOS MORALES, COMO LA ESCLAVITUD, QUE NOS OBLIGAN A LEVANTARNOS Y CREAR UNA NUEVA NORMA. EL TEMA DE LAS ARMAS, CREO, ES OTRO IMPERATIVO MORAL. TAMBIÉN CREO QUE LA ERRADICACIÓN DEL ANTISEMITISMO ES OTRO IMPERATIVO.

»ME HE PRESENTADO ANTE USTEDES CON LA VERDAD. SI ME CREEN, SI QUIEREN LO QUE YO QUIERO PARA LA CIVILIZACIÓN NORTEAMERICANA, PARA LA DECENCIA

NORTEAMERICANA, ENTONCES LO LOGRAREMOS.
»»BUENOS DÍAS, QUE DIOS LOS BENDIGA, Y QUE DIOS BENDIGA A LOS ESTADOS UNIDOS.

Capítulo 46

Sosteniendo un balde de agua y una botella de vodka y vasos, Rita entró en el cuarto de huéspedes y cerró la puerta detrás de ella con el pie.

Greer estaba sentada en la cama, la espalda contra la cabecera, mirando otra mesa de expertos por televisión. Su rostro exhibía las marcas de las lágrimas, que le caían hasta la nariz y el mentón y le corrían el maquillaje. Sobre la mesa de noche, un gran vaso vacío de vodka.

—Soy un desastre —lloró Greer.

—Mal me dijo que está conectado con Denver. Llamaron voluntarios para manejar los conmutadores.

—¿Quinn?

—Está con Mal preparando un plan para el resto del día. No habrá conferencia de prensa hasta mañana.

Rita apoyó la bandeja, sirvió otro trago para Greer y uno doble para ella. Salió y volvió del baño con toallas húmedas y secas, se sentó en el borde de la cama y le limpió la cara como alguien podría hacerlo con un niño de jardín de infantes.

—¿Y Duncan, Rae y Lisa? —preguntó Greer, todavía llorando.

—Los vimos antes de que Quinn hablara a la nación. Ahora están con su tío Ben. Es un hombre realmente agradable.

—Será mejor que me arregle un poco —dijo Greer arrastrando las palabras. Déjame ver. Demasiado tarde para volver a Denver. Entonces… es mejor que esté aquí a la mañana. ¿Mal y tú están enojados conmigo?

—Yo sabía que Quinn no iba a retirarse —dijo Rita—, pero me asusté mucho por un momento. Será mejor que cambie mi actitud. No voy a vivir con miedo.

—Yo, eh, tengo que analizar las consecuencias de este impacto… esto puede descontrolarse como un incendio —dijo Greer.

—Respira hondo, Greer, y embriaguémonos.

—¡Eh! ¡Dos borrachas!

—Los primeros informes de Denver y el Comité del Partido Demócrata no son tan malos.

—Bueno —dijo Greer—, tenemos treinta canales de expertos comentaristas a los que sacaron del congelador y les dieron descargas eléctricas para revivir sus baterías. Francamente, recibo las mejores noticias de los canales E! y Comedy Central. Ay, ese maldito Quinn es un hijo de perra.

—No me lo digas a mí.

—Es maravilloso —lloró Greer. Llamé a Warren y le dije que moviera el culo y trajera el yate de Florida. Voy a gastarme cinco millones de dólares en París. Hijo de puta… estuvimos tan cerca. Tengo que irme pronto… para siempre.

Rita le secó otra catarata de lágrimas.

—Soy un desastre —repitió Greer.

—Quiero que sepas que has hecho algo muy valiente, Greer. Fue el trabajo de un genio. Y estaba lleno de amor. Creo que sé cuánto lo amas.

—También te amo a ti, Rita. Sólo una mujer muy segura me habría dejado a solas con Quinn Patrick O'Connell. Al quererte cada vez más, las cosas me resultaron más soportables.

Esto fue seguido de otro trago de la botella, que Greer ya no necesitaba. Las mujeres se abrazaron y se quedaron así un momento. Greer era liviana como una pluma. Rita la meció y la dejó desahogarse.

Rita mulló algunas almohadas, acostó a Greer y se ubicó junto a ella de manera que quedó sosteniéndola como a un bebé, mientras le acariciaba la cabeza y le susurraba una canción de cuna mexicana.

—Los amo a ambos —logró decir Greer.

Un momento después se oyó un golpe y se abrió la puerta. Allí estaba Quinn. Rita se llevó un dedo a la boca para que guardara silencio.

—Empezaron algunas revueltas —dijo Quinn. Birmingham. Chicago está que arde.

—¿No sería mejor que trataras de contactar al Presidente? —preguntó Rita.

—Él sabe lo que sucedió y cómo contactarme.

—Quinn, estoy contigo.

Capítulo 47

WASHINGTON

El Helicóptero Número Uno del Cuerpo de Marines se balanceó sobre Camp David y se dirigió urgentemente a Washington. El Presidente se puso los auriculares y encendió el micrófono.

—Es un milagro, Darnell —dijo Thornton. Nunca creí en la intervención divina porque no tiene un sitio en Internet ni se puede imprimir. ¿Podemos lograr que las elecciones den un vuelco?

—Muchas cosas van a suceder en las próximas setenta y dos horas. Vas a tener que representar el papel de estadista y padre.

—¡Darnell! ¡El hombre nos dejó un hueco!

—Ya te metiste en sus huecos antes. No pienses mal.

El Presidente levantó su teléfono de la Casa Blanca.

—Martha, habla el Presidente. Quiero a Jacob Turnquist y a Hugh Mendenhall en la Oficina Oval, de inmediato. Mejor busque a Lucas de Forest —le ordenó, refiriéndose al director del FBI. Quiero reunirme con ellos en la sala contigua a la Oficina Oval.

—¿No te parece que es mejor que Pucky asista a la reunión?

—¿Se sabe dónde está? —preguntó Tomtree.

—A menos que esté en un discurso de la campaña, en general se encierra en su suite en la Casa Blanca —respondió Darnell.

—De hecho —dijo Thornton—, mantenla en la Casa Blanca. Creo que sería sensato que hiciéramos varias apariciones para la campaña juntos.

Desvió la mirada de la de Darnell, levantando otra vez el teléfono de la Casa Blanca.

Darnell se asombró por milésima vez de cómo el Capitolio se levantaba de la oscuridad y resplandecía con focos blancos y cegadores sobre la cúpula y los monumentos. Más adelante, la Casa Blanca. Una multitud se estaba reuniendo en Lafayette Park, cruzando la calle. ¿Qué cantarían todos aquella noche?

El helicóptero se posó suavemente. Sin su perro ni su mujer que lo recibieran, Tomtree estiró sus largas piernas sobre el césped hacia el pórtico.

—¡Allí vienen!

—Señor Presidente…

—Señor Presidente… puede decirnos…

En la puerta se volvió y levantó las manos.

—Damas y caballeros, en cuanto haya recibido toda la información, haré declaraciones.

—¿El gobernador O’Connell trató de contactarlo?

—¿Cómo va a afectar el resultado…?

—Señor Presidente, ¿usted sabía…?

Thornton desapareció en el interior. Darnell miró hacia el camino de entrada, donde los camiones de televisión y los autos de los corresponsales estaban tratando de estacionar en donde pudieran.

Jacob Turnquist estaba en su puesto cuando Mendenhall, los faldones de la camisa torcidos, entró en la Oficina Oval con un montón de noticias de último momento.

—¡Martha! ¿Dónde diablos está Lucas de Forest?

—Acabo de recibir una llamada desde su celular. Estará aquí en diez minutos.

Thornton le hizo una seña a su secretaria con la cabeza para que saliera y los aislara del mundo. Señaló a Mendenhall.

—Los rumores —dijo Hugh Mendenhall— son confusión general e incredulidad. Demasiado pronto para cualquier clase de encuestas confiables, pero las estaciones de cable están llenas de expertos constitucionales, ya sabe, esos que van de un programa a otro. La única información seria es que O'Connell no va a ir a Birmingham. El Ku Klux Klan está quemando una cruz frente a una tienda de propietarios judíos. Una sinagoga destrozada en Atlanta y disturbios en muchas zonas urbanas deprimidas: Watts, Oakland, Harlem, Detroit, East Saint Louis.

—¿Todos negros?

—Sí, señor, parece que los predicadores musulmanes realmente están tratando de soliviantarlos. A medida que llegan las últimas noticias, estoy tratando de cubrir los editoriales para los periódicos de mañana.

—¿Llegó alguno ya?

—Sí, señor —contestó Mendenhall, y a desgano le pasó una edición especial del *New York Times*.

¿DEBEMOS CREERLE AL GOBERNADOR O'CONNELL?

«No existe nada en las candidaturas del pasado o del presente reciente de O'Connell que indique siquiera que alguna vez mintió o engañó deliberadamente al público. El *New York Times* no encuentra razón alguna para retirar su respaldo para la presidencia».

—¡Por Dios! —exclamó Thornton, golpeando el escritorio.

—Señor Presidente —dijo Jacob Turnquist—, no lea demasiado. El *New York Times* es un diario judío que trabaja para una enorme población judía. Es de esperar que nos abandonen unos cuantos defensores suyos.

—Señor Presidente, el director De Forest está aquí —anunció Martha por el intercomunicador.

Lucas de Forest, el primer director negro del FBI, era el candidato modelo de Tomtree. Había devuelto al Departamento de Policía de Nueva Orleáns su dignidad y luego hizo lo mismo en Filadelfia. Su único defecto consistía en que era demasiado autoritario y, a veces, demasiado descuidado con los derechos de los ciudadanos. Él y

Thornton habían disentido en temas de Internet. El FBI quería poder irrumpir en líneas como la Red Bulldog. Una de las razones por las que Thornton estaba en la Casa Blanca era para evitar que eso sucediera, y para no hacer nada que ensombreciera las transacciones comerciales.

Sin embargo, de Forest era un gran policía.

—¿Cuál es tu interpretación, Lucas? —le preguntó Tomtree cuando se cerraron las puertas.

Lucas tenía aspecto de policía y más aún de un boxeador cuya cara había recibido su cuota de palizas. Sin embargo, era una roca. Se volvió hacia Hugh Mendenhall.

—Hace sólo un par de horas que empezó todo esto —contestó Lucas. Hugh, ¿qué está pasando con Internet?

—Todos los sitios en Internet neonazis y de la Llegada de los Cristianos Arios Blancos están pulsando las teclas. Cosa de chismosas.

—¿Y los medios televisivos?

—Confusión total amplificada por sus paneles. Nadie ha llamado a O'Connell un mentiroso rematado… todavía.

—Por el momento, creo que vamos bien —prosiguió Lucas. Si estos arranques están confinados a los grupos contrarios, no tendremos problemas para ocuparnos de ellos… y no me parece que ninguno de ellos tenga un gran alcance dentro de la opinión pública en general ni la fuerza para seguir luchando.

—Lo que me preocupa —opinó Jacob Turnquist— son las zonas urbanas deprimidas. Se dan las condiciones ideales para tener un pogromo negro contra los judíos, al estilo cosaco. «Ahora es el momento, hermanos, para desahogar toda nuestra frustración contra los usureros judíos», etcétera, etcétera.

—Tienes razón —concordó Lucas sin rodeos. No podemos permitir que se provoquen incendios en las zonas urbanas deprimidas.

—¿Crees que la situación va a deteriorarse tanto? —preguntó Tomtree.

—Señor Presidente, un levantamiento adquiere vida propia —contestó Darnell.

Mendenhall susurraba por el teléfono conectado en la sala contigua. Había reacciones viscerales de la Derecha Cristiana, una cuidadosa crítica con un toque de rencor. Sin embargo, nadie fuera de los grupos contrarios había tildado a O'Connell de mentiroso rematado. Estaban apareciendo más focos de violencia de los arios y el Klan.

—Creo que será mejor que hagamos una declaración —sugirió Darnell.

—¿En los diarios o la televisión?

—Por ahora, un comunicado de prensa será suficiente —respondió Tomtree.

—Esos sabuesos de las noticias están al acecho allí afuera —comentó Mendenhall.

—Una declaración mantendrá las cosas tranquilas durante un rato —calculó Darnell.

—¿Jacob?

—Ya conoce todos los acontecimiento de esta noche —respondió Jacob mientras se detenía a pensar. Diga que nada cambió si O'Connell está diciendo la verdad. Luego diga que espera que toda la información salga a la luz *antes* de las elecciones.

—Eso es una acusación —dijo Darnell.

—No me parece —contestó Turnquist. No está diciendo judío, no está diciendo mentiroso…

—Está diciendo —interrumpió Darnell— que si el perro no se hubiera parado a cagar, habría atrapado a la liebre.

Thornton cerró los ojos y murmuró en voz baja mientras repasaba las palabras.

—El editorial del *Wall Street Journal*, Señor Presidente. —Mendenhall leyó: —Las aguas se enturbiaron. El curso seguro es no abandonar al Presidente.

Una oleada de deleite, de tensión que aflojaba.

—Jacob, escribe mi declaración. Si O'Connell está diciendo la verdad, y espero que podamos saberlo *antes* de las elecciones, podemos salvar a la nación de ingresar en un área peligrosa.

—¡Maldición! Saca la última parte —dijo Darnell—, no tenemos que hacer una advertencia. Todos saben de lo que estamos hablando. Señor Presidente, tiene la oportunidad de hacer un pronunciamiento propio de un estadista, brillante, lleno de significado…

—¿Como por ejemplo?

—Bueno, como éste —contestó Darnell—: leí la Constitución y no hay nada en ella que diga que es ilegal que un huérfano encuentre a sus padres. Este tema no entra dentro de la agenda de estas elecciones.

Turnquist hizo una mueca de dolor. Mendenhall hizo una mueca de dolor. Lucas de Forest era políticamente indefinido, pero Thornton parecía incapaz de evitar hacer un tiro libre a su oponente.

—Nos quedaremos con «si O'Connell, *antes* de las elecciones». Sacaremos la parte acerca de salvar la nación, por ahora —decidió el Presidente.

—Señor director, ¿qué clase de plan de emergencia tenemos para esto? —preguntó a Lucas de Forest.

El director tomó una gran carpeta de tres anillos de su viejo maletín, la puso sobre la mesa ratona y se inclinó sobre ella.

CONFIDENCIAL — OPERACIÓN CALLES DE JÚBILO, decía el título de la tapa.

—En caso de desobediencia civil por parte de grupos contra el gobierno; éste no es un plan que incluya a estudiantes.

—¿Acaso no hay siempre levantamientos en los malditos campus? —preguntó Tomtree.

—Señor Presidente, nunca un campus se ha levantado contra la población judía —le aclaró de Forest—, pero no podemos descartarlos. Ésta es una situación única.

—Dame los detalles de esta operación Calles de Júbilo —pidió Thornton.

—Fase Uno, alertar al FBI; Oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego; Jefatura de Policía de los Estados Unidos; establecer comunicaciones locales con las oficinas centrales de Washington.

Lucas recorrió rápidamente la página con el dedo, omitiendo los detalles.

—Está bien, ahí vamos. Esto también es parte de la Fase Uno: contactar a nuestros agentes secretos, informantes, espías en grupos sospechosos. Esto es fundamental para la Fase Uno… es decir, enterarnos a través de nuestros infiltrados si su célula, grupo, organización local, etcétera, ha preseleccionado blancos para bombardear o personas para asesinar. Nombre y dirección de los líderes de las células.

—¿Cuántos agentes infiltramos? —preguntó el Presidente.

—Unos doscientos —contestó Lucas. De éstos, dos o tres docenas se han infiltrado totalmente y son confiables. El resto son templados.

Thornton hizo una seña para que Lucas de Forest continuara.

—Señor Presidente, echemos un vistazo a esta Fase Uno. Si podemos poner a nuestra gente en los controles y si podemos detener tres o cuatro bombas, se desbaratará su ataque.

—No estoy de acuerdo —dijo Thornton. Si iniciamos este primer llamado a filas sólo por la sospecha de lo que podría pasar, entonces la gente va a creer que disparamos a la menor provocación, tratando de sacar mayor ventaja de lo posible y esas cosas.

—Pero el llamado a filas es secreto —argumentó De Forest.

—Demonios —interrumpió Hugh Mendenhall. Cinco minutos después de iniciada la Fase Uno, la prensa ya estaría enterada.

—Verán, hemos tildado a O’Connell, con cierto éxito, de soldado temerario —dijo Thornton.

—Pero, señor —insistió De Forest—, si dudamos en poner en funcionamiento la Fase Uno, podría perder su eficacia por completo. La idea detrás de Calles de Júbilo es adelantarse a todo el mundo.

—Sigue leyendo, por favor —ordenó Tomtree.

—Fase Dos, convocar a todas las fuerzas policiales urbanas y los alguaciles de los condados para hacer una redada y detener sospechosos. Fase Tres. Llamar a la Guardia Nacional en lugares amenazados, para mantener una postura que garantice la paz.

—Está empezando a sonar como esos policías tontos de la comedia *Keystone Kops* —dijo el Presidente.

—¿Por qué, señor? Una vez que tengamos una lista de gente y edificios prioritarios que defender, que tengamos a la Guardia Nacional en las calles y hayamos hecho una redada a sus líderes, terminamos para mañana al mediodía.

—Oigamos el resto de este plan —dijo Thornton, sabiendo que ya había tomado una decisión.

—El resto de las fases consisten en ejercer presión en las calles: toques de queda, ultimátums y finalmente convocar al Ejército y al Cuerpo de Marines para aplicar la ley marcial.

—Malas noticias —interrumpió Mendenhall. Acaban de bombardear un centro de la comunidad judía en Los Angeles.

—No podemos determinar que esto sea una tendencia —gruñó académicamente Jacob Turnquist. Sólo incidentes esporádicos.

—Si no ponemos en funcionamiento la Fase Uno, estaremos participando en un juego que no podemos ganar. Si permitimos que surjan incendios, el fuego va a consumir todo hasta que se extinga —advirtió De Forest.

—Y yo digo que apresurarse sin pensar envía una mala señal al pueblo norteamericano. Podría terminar todo para el amanecer —dijo Tomtree.

—Yo no contaría con eso —opinó De Forest. Es una cuestión de seguridad pública, señor…

—Mendenhall.

—Señor.

—Haz una copia de esta operación Calles de Júbilo para mi uso personal. Hay que saber cuándo resistir y cuándo retirarse. ¿Qué más tienes allí, señor director?

—Un formulario, Señor Presidente. Una orden que usted debe firmar para poner la operación Calles de Júbilo en funcionamiento.

—Déjalo ahí. Gracias, caballeros —dijo Thornton, haciendo una señal con la cabeza a cada uno. Señor Jefferson, quédese, por favor.

Los tres salieron, consumidos por la aprensión. Hugh Mendenhall hizo copias de Calles de Júbilo. El director Lucas de Forest recibió una nota.

—Mierda. Una sinagoga incendiada en Baltimore. —Lanzó una mirada feroz a Mendenhall, que levantó los brazos.

—No sé por qué —dijo Hugh a la defensiva. El jefe juega con crueldad.

Thornton se desató los zapatos y se refregó los pies. Nunca había visto a Darnell Jefferson con un aspecto tan repentinamente demacrado.

—Creo que vamos por buen camino, Darnell, pero parecías a punto de explotar.

—Porque —dijo Darnell con voz ronca— sé algo que no sabía antes.

—¿Y qué es eso?

—Realmente no creo que puedas comprender lo que tengo que decir, Thornton.

—Es demasiado tarde para hablar con adivinanzas, y mañana nos espera un día de perros. Ahora me pregunto, ¿cómo encaramos los últimos días de la campaña?

—Bueno, ve al centro de los levantamientos.

—Eso podría ser un lío. Creo… creo que compraremos dos espacios de treinta minutos por día, uno al mediodía, otro a las ocho de la noche, y haremos una combinación de publicidad con información de las últimas noticias.

Darnell Jefferson se dio vuelta para irse.

—¡Darnell! ¡No te vayas! —La mano de Darnell cayó del picaporte de la puerta.

—Dime, ¿qué es lo que sabes que no sabías antes?

—Todo sobre mi vida —respondió Darnell. No es muy interesante.

—Siéntate. Bebe un trago —lo invitó Thornton. Esto podría ser volátil, porque…

—Porque quieres que sea volátil —dijo Darnell, mirando hacia abajo, luego a los ojos del Presidente. Quieres que exploten algunas bombas más, que se profanen cementerios, que se quemen sinagogas, *Kristallnacht*, la Noche de los Cristales Rotos, quieres una *Kristallnacht* como la de 1938, con la matanza indiscriminada de judíos. Entonces papá presidente aparecerá y salvará el día. Quieres comenzar la operación Calles de Júbilo tarde adrede para poder asumir el papel de salvador.

—¿Estás tratando de decir que estoy orquestando estos levantamientos?

—Sabías que iban a tener lugar, hermano. Y sabías que podrías haberlos detenido hace media hora. Pero hay más. También quieres sangre en las calles. Cada vez que alguien muere o es herido, la presión aumenta para que O'Connell abandone y se retire.

—¡Eso es diabólico! —protestó Thornton.

—Por supuesto que sí. Thornton, grábatelo bien: cada baja que presiona a O'Connell, té presiona a ti todavía más.

Thornton desvió la mirada.

—Se reduce a un simple cálculo matemático. Si la gente cree en O'Connell, va a votarlo para presidente la semana que viene —dijo Darnell. Si te cree a ti, va a votarte para reelegirte.

Tomtree apartó los ojos de la furibunda mirada de su amigo como no lo hacía desde que eran adolescentes.

Darnell sudaba, rogaba.

—Por Dios, hombre, ¡detén esos levantamientos!

Sabiendo que Thornton no iba a moverse, Darnell retrocedió, deshecho, y comenzó a gemir:

—He estado siguiendo a un hombre despiadado toda mi vida. Mi padre creía que había una estrella brillante en el este la noche en que naciste. ¡Como Jesús! «La mente de Thornton puede llegar a lugares donde nadie puede seguirla. Alcanzará la mayor grandeza para sí mismo y la raza humana». Yo también creía eso, creía que nunca tomarías una decisión sabiendo que eso pondría en peligro a los Estados Unidos.

—Es suficiente, Darnell.

—No, no lo es. La razón por la que esta noche estás haciendo esto es esa semilla ya plantada en un jugador de basquetbol desgarbado y lleno de granos en Pawtucket. En ese momento, estabas furioso y ahora estás furioso. ¡El mundo! T3 va a vengarse por su vida sin amigos.

—¡Dije que es suficiente!

Darnell no le hizo caso.

—La Red Bulldog, absoluta confidencialidad garantizada. Un parangón de logro

humano. ¿Por qué Thornton Tomtree amaba eso? La codicia del éxito está donde está el poder, donde está el dinero. La codicia es la maldición de convertirte en una deidad a tus propios ojos hasta el punto de que no puedes manejar una relación humana. Codicia es justificar cualquier medio de control. ¡Eres un monstruo electrónico! Tenemos a un presidente al que no le importa cuántas personas mueren en las calles mientras que gane su reelección.

—Sabía que ibas a terminar de rodillas, llorando, cuando las cosas se pusieran difíciles. No sabías lo que implica la presidencia —dijo Thornton.

Hugh Mendenhall entró.

—Los musulmanes se están levantando en Detroit. Ése es un lugar muy incendiario. El gobernador de Michigan, Grayson McKenney, acaba de llamar a la Guardia Nacional.

—¡Maldición! ¡Grayson es republicano! ¡Debió llamarme a mí primero!

—En este momento AMERIGUN está preparando un ataque por la televisión y el sitio en Internet para la mañana. Por lo demás, estos incendios siguen apareciendo.

—¿Colorado? —preguntó bruscamente Thornton. ¿O'Connell llamó a su guardia?

—Negativo. Nada parece estar pasando en Denver.

—¿Alguna idea de cómo podemos hacer estallar a Denver? —preguntó Thornton.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Darnell.

—Siéntate y cállate, Darnell.

Más noticias de levantamientos. ¡Las áreas céntricas de una docena de ciudades comenzaban a incendiarse al ritmo de vidrios rotos!

¡*Kristallnacht*!

Thornton fue a la sala junto a su oficina, donde había instalado una docena de monitores de televisión. Le llegaban imágenes de gases lacrimógenos, cachiporras que se blandían por los aires… ¡ahora camiones cisterna antidisturbios!

—Está bien, amigo —se dijo Thornton—, ¡juguemos a ver quién es más resistente, O'Connell, a ver quién es más resistente!

Ben Horowitz estaba casi inconsolable. Se culpaba por haber soltado las fuerzas del infierno.

La calma de Quinn los calmaba a todos. No había roces ni manos que se restregaban nerviosas ni blasfemias. Hablaba con suavidad a medida que le llegaban las noticias y daba respuestas rápidas y pensadas.

—Nebraska acaba de convocar a la Guardia —le comunicó Greer.

—No pensé que estuviera yéndonos tan bien en Nebraska. ¿Cuántos llamados a filas?

—Nueve estados, seis estados pendientes. Veintiocho estados informan que no hay levantamientos… pero, Dios, si el Presidente no da una orden… ¿durante cuánto tiempo?

Un terrorista en un auto se lanzó contra la vidriera de Feldman Toyota en San Francisco.

Un hombre armado entró en la fiambrería Lew Singer Deli en la zona sur de Broadway y ametralló el lugar. Se sabe que hubo seis muertos y veinte heridos.

Una hoguera de libros de las secciones judaicas de la Biblioteca de Jacksonville lamió los cielos mientras los neonazis a su alrededor hacían saludos militares y entonaban cánticos.

El Banco de Ketchum, Idaho, azotado por una docena de milicias. Medio millón de dólares arrebatados. Un muerto.

Al caer la noche, la pregunta más inmediata era el día siguiente. Los acérrimos detractores de O'Connell observaban cómo las autoridades respondían para ver de qué situaciones podrían aprovecharse.

Y los gobernadores y alcaldes observaban y usaban sus fuerzas con cautela y no querían meterse en la situación de poner a miles de ciudadanos contra sus propias armas.

¡Y el sonido de *Kristallnacht*!

El reverendo Amos Johnson era el ícono sobreviviente del primer movimiento de los derechos civiles. Había luchado por la presidencia dos veces en las primarias y obtuvo el dieciocho por ciento de los votos.

Con sus ambiciones personales enfriadas por el establishment blanco, Amos se convirtió en una fuente dinámica de esperanza para su gente y logró reunir a muchos seguidores hispanos.

Hubo una época de separación entre un activismo judío liberal y la comunidad negra. Algunos líderes afroamericanos tacharon a sus antiguos aliados de bienhechores piadosos que miraban con lástima a sus hermanos negros.

Dentro de esta combinación surgieron los inevitables antiguos tentáculos del antisemitismo. La usura judía, la riqueza judía y el poder judío ahora molestaban a esos habitantes oprimidos de los guetos.

El propio Amos Johnson opinaba que los judíos estaban tratándolos con condescendencia, sin amor profundo ni convicción.

Los intentos por sanar el creciente resentimiento con una curita no ayudaron.

El movimiento musulmán negro alimentaba un fuego constantemente ardiente de antisemitismo. ¡Los judíos son el enemigo!

El reverendo Amos Johnson había trabajado de cerca con demasiados políticos y líderes judíos como para no darse cuenta de que las dos comunidades estaban inexorablemente unidas por tragedias.

Los judíos, como pueblo, habían alcanzado muchos de sus objetivos. Esto enojó a algunos negros y enfureció a otros cuyas ganancias llegaban con más lentitud y más dolor.

Emergió un ciclo de los negros por el bien de los negros. El reverendo Amos Johnson siempre evitaba las enseñanzas de odio de la nación musulmana. A pesar del gran respeto del que gozaba en el país, el reverendo Amos nunca los reprendió públicamente por ningún asunto.

No era que la historia, el liderazgo y los ciudadanos blancos merecieran algo mejor. Habían forjado un sistema de injusticia que estaba terminando en una polarización de blancos y negros. Los jurados negros demostraban tener tantos prejuicios como los blancos.

Los días de activista quedaron en el pasado de Johnson, y tres de sus hijos, dos de ellos mujeres, eran miembros del Congreso. Le insistían constantemente para que liderara a la comunidad afroamericana y la ayudara a salir de su estado de eterna víctima.

En cuanto empezaron los levantamientos, sus hijos corrieron a su casa, se aferraron de las manos y rezaron pidiendo una guía. Afuera, una multitud de creyentes comenzó a crecer hasta llegar a miles y ocupar hasta ambas esquinas de las calles.

Los medios contaban con canales de televisión por cable negros y una prensa negra.

—¡Ahora escúchenme! —comenzó Amos.

—Te escuchamos —fue la respuesta.

—Nos hemos ido a pique una y otra vez a lo largo de nuestra trágica historia en esta nación. ¡Estamos sufriendo!

—¡Sufriendo!

—¡Estamos agonizando! ¡Seguimos esperando nuestro paseo bajo el sol!

—¡Dinos, reverendo!

—Lenta, lenta, siempre demasiado lentamente nos hemos arrastrado, alimentándonos con migajas de esta sociedad rica. ¡Aún esperamos nuestro paseo bajo el sol!

—¡Aleluya!

—¡Esta noche! —exclamó Amos.

—¡Esta noche! —fue la respuesta.

—Desempeñaremos la función que nos dio Yavé para poder ser verdaderos norteamericanos. ¡Por el momento, dejaremos de lado las injusticias y antes seremos norteamericanos! Nosotros, que hemos sufrido el terror de los linchamientos, los perros y las cachiporras y los policías llenos de odio… nosotros, que sufrimos todo esto, decimos: ¡no seremos usados como monstruos para abatir a otra comunidad norteamericana!

—¡Amén!

—¡No dejemos que las fuerzas del mal del interior y exterior de nuestra comunidad permitan que seamos usados para que hagamos a los demás lo que nos hicieron a nosotros! ¡No importa cuál fue nuestra experiencia personal con los judíos, simplemente dejémosla de lado, ya que Yavé nos ha ordenado salvar a nuestros hermanos!

El silencio los envolvió.

—Nosotros, a quienes se nos ha negado el derecho de ser verdaderos ciudadanos, no seremos usados para negar ese derecho a los demás. Que ningún hombre negro se manche con la sangre de un judío, porque si no se detiene la masacre, los negros serán el próximo blanco. Los Estados Unidos deben existir con todas sus pequeñas comunidades intactas, o no van a existir en absoluto. ¡Ahora debemos dejar de lado nuestro propio dolor porque hoy somos norteamericanos!

Amos se alejó de los micrófonos y se fundió en un abrazo con su mujer e hijos.

—Dijiste lo correcto, papá —le aseguró su hija.

—El odio nos está matando —susurró Amos.

Milwaukee estaba en silencio. Los *skinheads* de Milwaukee buscaron una y otra vez a policías en las calles. No había ninguno. Cobraron valor. Llegó un llamamiento a través de su sitio en Internet para una reunión inmediata.

Sesenta hombres con las cabezas rapadas, enfundados en cuero negro y adornados con esvásticas, marcharon hacia la sinagoga Beth El cantando una de las canciones de los fascistas de camisa negra.

Cuando la sangre judía
gotea de nuestros puñales…

Noticias de último momento Noticias de último momento Noticias de último momento

—Les habla Charlotte Cassidy, CBS, Memphis. El gran dragón del sur Potter Wesley ha llamado a una convergencia de cuatro estados del Klan en Memphis para que se lleve a cabo un desfile al amanecer. ¡Señor Wesley! ¡Señor! ¿Puedo hablar un momento con usted?

—No.

—¿Cuántas organizaciones locales cree que podrán llegar a Memphis para

cuando amanezca?

—¿Qué oyó? —gruñó él.

—Más de mil miembros del Klan.

—No voy a discutir eso y, ya que estamos, déjeme decirle algo. La CBS es otra red judía.

—Entiendo que algunos de sus hombres van a portar armas…

—Ésta es una marcha pacífica. El Ku Klux Klan no cree en la violencia contra los negros o los judíos. Ahora, si algunas personas quieren traer armas para defenderse, no puedo hacer mucho por evitarlo.

—El jefe de policía dijo que la demostración de fuerza del KKK no será perturbada mientras que no sea destructiva. Sin embargo, una encuesta en los campus universitarios de la zona indica que el Klan va a enfrentarse a filas crecientes de estudiantes.

Noticias de último momento Noticias de último momento Noticias de último momento

San Francisco.

El cardenal Eric Mueller, decán y muchas veces vocero, ocupó su asiento mientras las cámaras lo enfocaban y el comentarista hablaba, dando suavemente los antecedentes del sacerdote.

—Es la eterna misión de la iglesia encontrar la verdad y decir la verdad hasta el punto de admitir los errores del pasado. Ninguna iglesia puede sobrevivir con la mentira. Desde la Segunda Guerra Mundial, nuestros cimientos han sido sacudidos por la conducta pasiva del Vaticano durante el Holocausto. En esta búsqueda de la verdad, ahora estamos investigando nuestra función en la Inquisición española.

»Hace sólo cincuenta años, los ciudadanos judíos de Alemania pidieron a gritos a sus vecinos que los ayudaran. Cuando estos vecinos les cerraron las puertas a los judíos, se abrieron las de Auschwitz.

»Una *Kristallnacht* se está gestando en las calles de nuestras ciudades y en el interior del país. Al final, tenemos que hacer honor de nuestra condición de cristianos.

»Todavía nos persigue el Holocausto. El Holocausto no es un problema judío. El Holocausto es un problema cristiano. No podemos permitir que esto vuelva a suceder, porque si lo hacemos, borraremos nuestras propias enseñanzas.

—¡Apaga esa maldita cosa! —ordenó bruscamente Thornton. Ese maldito cardenal alemán ahora quiere que nos sintamos culpables por ellos. No olvides que O’Connell sigue siendo católico. Y el reverendo Amos y sus tres hijos siguen siendo demócratas.

A medida que Thornton iba recibiendo los informes minuto tras minuto, Darnell prácticamente se ocultó en un rincón, asumiendo una posición fetal. Tenía deseos de

vaciar su cabeza de su vida y sus hechos. Seguramente, en una confrontación, Thornton Tomtree defendería la decencia. Esa propuesta los había mantenido juntos durante cuatro décadas. ¿Por qué no habría podido ver lo que veía ahora?

Lo único que estaba haciendo T3 era convertirlo en una extensión de sí mismo. No, no desviaría el curso. No, no caería con elegancia.

¡Pero sí pondría en peligro la nación!

«¡Oh, Dios!», pensó Darnell. «Habrá una fotografía que marcará una época, como los marines izando la bandera en Iwo Jima, o el bebé oriental de la guerra sentado en medio de una calle, o John-John Kennedy haciendo un saludo militar frente al ataúd de su padre. ¿Cuál será esta foto? ¿Una Estrella de David en llamas? ¿Sangre en la calle? ¿Un niño muerto aferrando el conejo de peluche de alguien? ¿Cuál será nuestra *Kristallnacht*? Como el abrazo de Monica Lewinsky y Clinton, la *Kristallnacht* provocará una situación desagradable».

El doctor Jacob Turnquist se sentó bastante incómodo frente al Presidente. Se retorció.

—Como los grupos duros de derecha han tenido tiempo de organizarse, podemos esperar nuevas actividades callejeras al amanecer. Una vez que estos incidentes pasen de ciudad en ciudad… creo que habremos llegado a extremos peligrosos.

Eso no era lo que Thornton quería oír en ese momento. Necesitaba hablar con el vicepresidente, asegurarse de que la base de la Coalición Cristiana seguía en su lugar. ¿Qué estaba sopesando Thornton? ¿Por qué? ¿Cuánto peligro podía permitir?

Mendenhall entró con rostro macilento, con una hoja que temblaba entre sus dedos.

—¡Bueno!

Mendenhall se aclaró la garganta, señal de un inminente desastre.

—Los editoriales para mañana de los cien diarios de mayor tirada. Primera página, noventa y dos. Defensores del levantamiento, siempre que se proteste sin destruir propiedades o vidas… veinte. Quieren que el Presidente reaccione… ochenta y uno. Creen en el gobernador O'Connell… setenta y ocho. Complot sionista… tres. Quieren que se pospongan las elecciones… sí: doce, no: ochenta…

—¡Mierda! —murmuró Thornton.

—Algunos de los editoriales fueron realmente duros —comentó Mendenhall.

Thornton miró a Turnquist con ira. Una cosa era sentarse ante una mesa de conferencias y exhibir su sabiduría política de Princeton y otra muy diferente estar en el *bunker* con balas que silbaban alrededor.

—El Vicepresidente está al teléfono.

—Gracias a Dios —dijo Thornton. ¿Dónde diablos estás, Matthew?

—Estoy en Tulsa.

—Ponme al tanto.

—He recorrido veinticinco de las más grandes iglesias de la Coalición. Es un resultado muy confuso, Señor Presidente. Parece que O'Connell ha hecho

importantes avances en nuestro frente sólido. Las mujeres no parecen querer armas, muchos de los hombres idolatran a O'Connell como si fuera un héroe, los rezos en los colegios son ilógicos y, eh, legalidad del aborto…

—¡Qué!

—Bueno, siempre estuvieron tomando la maldita píldora y visitando clínicas de abortos. Simplemente sienten que ya no debería ocultarse más. Usted tiene que actuar de alguna manera. Lo único que estamos haciendo es ofrecer nuestra presencia. Tenemos que poner hombres en las calles y asumir una postura ofensiva.

—Esperaba poder retrasar el proceso hasta la tarde —dijo Thornton. Cruza un límite delicado para la reelección.

—Es muy peligroso —insistió el vicepresidente.

—¿Cuál es tu postura personal con respecto a esto? —quiso saber Thornton.

—Estamos hablando de que está surgiendo una imagen muy perturbadora de los Estados Unidos. ¡Deténgalos ahora!

Thornton colgó el teléfono con un golpe, luego levantó otro.

—Comuníqueme con Lucas de Forest —ordenó.

Eran las cuatro y media de la mañana; sólo faltaban algunas horas para que la maldición de la oscuridad se convirtiera en la maldición del día. Observó al abrumado Darnell Jefferson, un viejo esclavo que sufría. Un par de buenas sacudidas y Darnell volvería a ser el de siempre.

—¡Hola!

—Señor Presidente, habla Lucas de Forest.

—¿Dónde diablos estás, Lucas?

—En las oficinas centrales del FBI. Estoy vaciando mi oficina.

—¡Qué! Yo no te despedí.

—Yo renuncié. Dejé un sobre para usted en el escritorio de su secretaria.

—Bueno, no acepto la renuncia —dijo Thornton, alarmado de que semejante noticia prácticamente sellara su perdición. Estoy declarando una emergencia nacional… y debes quedarte.

Lucas de Forest temblaba, la cabeza, el corazón, las articulaciones, los ojos.

—¿Está dispuesto a ordenar poner en funcionamiento la operación Calles de Júbilo?

—Mañana a las… digamos, las diez.

—Señor Presidente —dijo Lucas, respirando con dificultad—, es un imbécil.

—No cortes… no cortes… está bien, Lucas, ¿qué tienes en mente?

—Calles de Júbilo de inmediato. Fase Uno y Fase Dos simultáneamente. ¿Sí o no, señor?

Darnell se había enderezado, se acercó y tomó el teléfono de la mano de Thornton.

Los dos hombres se miraron fijo con una ferocidad que nunca habían experimentado. Devolvió el teléfono al Presidente.

—Acepto —dijo Tomtree. Cortó la comunicación y siguió lanzando a Darnell una mirada venenosa. —Lo único que necesitaba era unas cuantas horas más para que esto funcionara bien.

—Seguro, jefe —dijo Darnell. Hay que saber cuándo resistir y cuándo retirarse. Me retiro, Thornton.

—¿Qué? Ah, ¿te refieres a nuestra acalorada discusión? Olvídala, amigo. Tenemos un montón de trabajo que hacer para que esta historia salga bien… Darnell, ¿estás escuchando…? Darnell, ¿realmente vas a abandonarme? ¡Maldición, no vas a ser tan honrado cuando no recibas esos cheques de T3! —exclamó Thornton.

—No cambia las cosas, hombre. De todas maneras, he dado la mayor parte de mi dinero. Tengo un dato para ti, gratis. ¿Por qué no culpas a Lucas de Forest por el comienzo tardío de la operación Calles de Júbilo? Desacreditar a tu jefe del FBI demuestra que tienes los huevos bien puestos.

—¿Crees que podemos hacer eso? —preguntó Thornton con seriedad.

—Dios, estoy seco —dijo Darnell. Ni siquiera tengo para escupirte en la cara.

¿Qué mostraría la foto de *Kristallnacht*?

¿El odio norteamericano? La decencia norteamericana.

Oh, dime, ¿puedes ver con la primera luz del alba?

Capítulo 48

—Jamás conocí a nadie con la voluntad de Siobhan —dijo el doctor.

—Cinco días más —rogó Quinn.

—No veo cómo. Se hunde en un estado casi comatoso y luego se obliga a permanecer despierta, en medio de un dolor insoportable y saturada de drogas. Va a luchar hasta que tenga media hora, una hora de lucidez. En uno de estos sueños profundos, seguramente va a irse.

Quinn estaba sentado junto a la cama tomándole la frágil mano. El sol siempre inundaba ese cuarto de un modo encantador en enero. La gran montaña se volvía difusa y, a medida que el sol iba desplazándose, hacía un montaje de colores y luego se hundía en el horizonte.

Sus libros eran variados, una viejísima Biblia en gaélico e inglés. Ahora le leían Thoreau y *Hojas de hierba*. Ella asentía para indicar que entendía y era inevitable sentir que su contenido la fortalecía.

Los ojos de Siobhan se abrieron, temblorosos, con una expresión de temor al principio, hasta que lograron enfocar a Quinn.

—Hijo.

—¿Me entiendes bien, mamá?

—Sí.

—Rita y yo tenemos que irnos mañana. Ya llevamos dos días de atraso. Pero están preparando una fiesta para ti. Rae, Duncan, Ellie y el bebé: Dan Wong O'Connell, como nuestros padres, van a estar todos aquí.

—Tendrían que estar contigo.

—Yo estaré con Rita y Mal, y mi hermano Ben.

—Qué amables son todos… —Puso los ojos en blanco e hizo una mueca, aferrándole la mano con la poca fuerza que le quedaba.

—¿Duele mucho, mamá?

—No se lo desearía ni a Hitler.

El dolor pasó.

—Cuatro generaciones de O'Connell —dijo. Ésa es una familia… ésa es una… familia. —Siobhan se repuso puesto que sabía que pronto iba a perder otra vez la lucidez. —El bisnieto chino de Dan. Quinn —exclamó—, ¿y tú?

—Si Dios quiere, en nuestro Congreso ya pasaron las inquisiciones de la Edad Media. Clinton tuvo que aparecer desnudo ante el mundo y humillarse más de lo que jamás se humilló un ser humano. Al final, él y su mujer salieron del problema con valentía y dignidad. ¿Estás bien, mamá?

—Ya te diré cuando no pueda más.

—Creo en la decencia del pueblo norteamericano —dijo Quinn.

Siobhan esbozó una pequeñísima sonrisa e indicó que le leyera hasta que se quedara dormida uno de los libros sobre su mesa de noche. Quinn sabía que su madre estaba iniciando su viaje, luchando por entender las palabras que él pronunciaba; la de él sería la última voz que oiría, tal como lo deseaba.

—De *Generaciones* —dijo Quinn—, Ralph Waldo Emerson. —Abrió el volumen donde estaba marcado, y luego lo cerró y recitó. —«El hombre es un dios en ruinas. Cuando los hombres sean inocentes, la vida será más larga y pasará a la inmortalidad con tanta suavidad como cuando nos despertamos de un sueño».

Siobhan asintió.

—«Ahora bien, el mundo estaría loco y rabioso —continuó él— si esas desorganizaciones duraran cientos de años. Sólo es controlado por… por…»

—La muerte —dijo ella.

—«Es controlado por la muerte y la infancia. La infancia —nuestro Daniel Wong O'Connell—, la infancia es el Mesías perpetuo que llega a los brazos de los hombres caídos y les ruega que regresen al paraíso». Mamá, siento un gran amor por el pueblo norteamericano y la gente sabe que no voy a tolerar ningún mal.

La voz de Siobhan era tan baja que él tuvo que acercar el oído a sus labios.

—¿Puedo decirlo sólo una vez?

—Por supuesto.

—Señor Presidente —susurró y cerró los ojos.

Los autores de la Constitución no contemplaron un discurso presidencial de asunción en enero, cuando el tiempo era demasiado húmedo y frío para el gran desfile norteamericano en las calles.

Kilómetros y kilómetros de banderitas decoraban Washington como una cobertura en una gran torta. El National Mall estaba atestado de carpas de ciencias, carpas de comida, carpas de historia, carpas de tecnología y carpas de arte.

Y en todos los auditorios se oían los sonidos de los Estados Unidos cantando, cantando gospel e himnos mormones, rock y samba y, por supuesto, blue grass. Gaitas y cornos de dixieland. Había una carpa de baile donde bailarines irlandeses seguían a un grupo de bailarines folclóricos mexicanos y coros de niños. Había un coro de homosexuales y tambores de Corea, Hawaii y la India.

Y en el Kennedy Center, la National Sympathy tocaba música grandiosa y patriótica de las grandes planicies, costas, montañas y ciudades, que se elevaba como dedos hacia Dios.

La gente llegó en multitudes a los aeropuertos de Dulles y Reagan y la Union Station hasta que las grandes estatuas sonrieron desde sus pedestales.

Habría treinta y tantos bailes inaugurales y los fieles esperarían sin aliento la aparición de cinco minutos del Presidente y su esposa.

Cuando el ánimo de la gran fiesta empapara toda la tierra, un rey gruñiría con

envidia.

19 de enero, 2009

Quinn se había disciplinado para poder dormir en cualquier momento, en cualquier lugar y durante el tiempo que pudiera. De otro modo, pocos políticos podrían sobrevivir.

Quinn buscó con la mano a Rita en la cama. *¿Dónde estoy? Ah, sí. Blair House*. Volvió a desplomarse sobre la almohada, luego se incorporó sobre un codo cuando vio a Rita escribiendo algo en el escritorio. Estaba sentada frente a la ventana, con las cortinas abiertas, mientras afuera caían copos de nieve. Él la observó hasta que terminó.

Rita plegó la hoja y escribió *Quinn* sobre ella. Buscó el traje que había preparado para él y la metió en el bolsillo. Cerró las cortinas y se acurrucó junto a él y así se quedaron hasta la mañana… cada uno era tan consciente del momento que no podían hablar.

Al amanecer, la nieve había dejado de caer. Las ramas se mecían y derramaban sus copos blancos.

—Está tratando de salir el sol —dijo Rita, mientras el vapor se elevaba desde el césped. ¿Estás seguro de que no me necesitas en el desayuno de oración?

—Lo entenderán.

—Rezaré aquí por Siobhan. Tú reza por el país. —Rita desapareció en el cuarto de vestir para comenzar su cuenta regresiva.

Rita había pedido a Stetson que les hicieran un par de sombreros del Oeste, que no fueran demasiado de cowboy ni demasiado hondos ni les taparan la cara, sino una especie de sombrero estilo Clark Gable. Quinn se sentía muy de Colorado por el momento.

Después del desayuno de oración iba a reunirse con líderes del Congreso y Rita se encontraría con él para un té tradicional con el Presidente saliente.

Pucky, con su actitud más amable, los recibió. Instruyó a Rita sobre cómo hacerse cargo de la empresa de operar la Casa Blanca. Durante esos días helados, Thornton Tomtree apenas dejó su estudio. No hubo canciones para aclamarlo ni damas para darle cariño. Pero sí existió el momento agridulce en que Darnell Jefferson regresó. Estaban destinados a chocar juntos contra Noah’s Rock. La bulldog de Tom no tenía respuestas.

—Yo controlaba el mayor invento de la historia de la humanidad. Creí que íbamos a empezar a hacer algo exitoso de inmediato —dijo Thornton. ¿Qué carajo pasó?

—Me tomaría un Bloody Mary —dijo Darnell.

—Adelante. No tienes que adoptar una postura revisionista. ¿Qué carajo pasó?

El primer sorbo fue bueno; el segundo, delicioso.

—¿Y bien? —insistió Thornton.

—Sabes, Thornton, las personas son arrastradas por esta máquina, nuestras personalidades. Le obedecemos, aun cuando no sabemos lo que estamos haciendo. Nuestra personalidad siempre nos dice que tenemos razón. No podemos entender el choque con la personalidad de otra persona que nos dice que estamos equivocados. Así te convertiste en Presidente. Sin embargo, demonios, tu motor te llevó exactamente a donde querías ir.

—Entonces, ¿por qué estoy tan encantado? —gruñó Thornton.

—Esa personalidad te llevó a ganar veinticinco mil millones de dólares, la presidencia de los Estados Unidos y, durante un breve momento, casi lograste controlar absolutamente todo.

—Lo tenía aquí —dijo, mostrando un puño. Darnell desvió la mirada. —¿No es así?

—A la gente no le parecía, Thornton. La codicia es endémica, pero cuando llegó el momento de que una marca de salchichas patrocinara el Lincoln Memorial, todos se avergonzaron.

Thornton trató de entender.

—Ponemos a nuestros hijos el nombre de nuestro padre o madre, una tía o un héroe. Enterramos a nuestros muertos en verdes parques y les llevamos flores frescas para mantener su santo recuerdo. Lloramos los días malos en que recordamos a nuestra familia. Trabajamos por ella. Somos tiernos con los ancianos. Y luchamos contra ellos a brazo partido.

—¿Y…?

—Nunca lloré por una computadora muerta —dijo Darnell. Los hombres como nosotros, que estuvieron allí al principio, debieron establecer cuál era el lugar de las computadoras antes de que terminaran controlando la moral de la mitad de la raza humana.

—¿Acaso no fue ése el juego siempre? —preguntó Thornton. La irresistible personalidad del hombre, que nos arrastra a la guerra. Entonces, ¿qué hacemos, Darnell?

—Tal vez pensamos que somos inmejorables, pero tenemos que ponernos al día con un montón de cosas antes de volver a ser tan grandes como en nuestro pasado. Afortunadamente, hay mucho de donde aprender.

Thornton palideció.

—Y Quinn O’Connell personifica nuestra grandeza pasada… y… el camino hacia el futuro. Ese hijo de puta. Dijiste que yo no podía controlar el impulso de mi personalidad.

—Es verdad, Thornton.

Pucky entró.

—Están llegando los O’Connell. Debemos recibirlos en la puerta principal.

—Este té es una situación de mierda, si quieres que te diga —exclamó Thornton, levantándose de la silla, que crujió. ¿De qué diablos vamos a hablar?

—Oh, de los Denver Broncos —dijo Darnell. O'Connell es fanático de ese equipo de fútbol.

—Yo, Quinn Patrick O'Connell juro solemnemente que ejerceré fielmente el cargo de Presidente de los Estados Unidos y haré todo lo que esté en mi poder por preservar, proteger y defender la Constitución de los Estados Unidos.

En todos los cielos que conocemos y todos los que cielos que no conocemos, ¿es posible que haya un acontecimiento más todopoderoso que pueda suceder a una sola persona?

Los miles de personas ubicadas delante de él en medio del aire helado no se movieron.

—Hace un año que me acerco a ustedes para escuchar sus aspiraciones y presentarles mi visión del futuro. Ustedes me dijeron, rotundamente, que ahora es el momento para que los Estados Unidos recorran el gran camino. El gran camino requiere que cada ciudadano ofrezca su energía a una oleada gigantesca de progreso y decencia…

Quinn mencionó las cosas que quería lograr para los Estados Unidos, siempre con referencia a la gente más generosa y decente del mundo.

Y, en pocos minutos, como hacía mucho frío, concluyó con su tema elevado, sabiendo que iba a encontrar resistencia en todo el camino, pero desafiando a aquellos que lo iban a rechazar o a aquéllos cuyos corazones iban a despedazar el planeta.

—La raza humana —dijo Quinn— ha funcionado desde el primer día a partir de la propuesta de que algunas personas son superiores a otras y, de esta manera, tienen el poder para gobernar y explotar a estas personas de menor fuerza. La humanidad muchas veces se confunde con la urbanidad. Los humanos siempre han sido algo menos que humanos. Bien, entonces, ¿qué reglas le imponemos a este juego? Con mucha frecuencia, un IMPERATIVO MORAL nos exige que alteremos nuestro sentido de humanidad o nos desvanezcamos en polvo de estrellas en el universo.

»La esclavitud y nuestra Guerra Civil fueron ese IMPERATIVO MORAL. Después del Holocausto creimos, ¿no es así?, que un acontecimiento semejante no podía volver a suceder a la familia del hombre. Pero el genocidio de la raza humana hacia la raza humana ha vuelto a aparecer una y otra vez.

»Al comienzo del último siglo, nos despertamos a la invención de la luz eléctrica, los aviones, los rayos X, el automóvil y las películas. Y, asimismo, de la ametralladora, un arma que mató a veinte mil hombres en el río Somme en un solo día.

»Abrimos la puerta bruscamente y marchamos hacia este siglo XXI con más

promesas de que la raza humana puede resolver las enormes tareas de alimentar y brindar una vida decente y preservar el planeta.

»Cuando se analiza el siglo pasado, la conclusión es que básicamente fue un levantamiento de la gente para liberarse de sus amos. Fue el siglo de Mandela.

»Sin embargo, las semillas del odio están dentro de todos nosotros. Junto con el progreso incomparable de nuestra forma de vida, debemos enfrentarnos a la exigencia de un IMPERATIVO MORAL con el objetivo de erradicar el racismo. El racismo entre personas, tribus y naciones es la mayor plaga sobre la gente de esta tierra, de este mundo.

»No, nunca podremos derrotarlo por completo. Pero debemos saber reconocerlo, enfrentarlo y destruirlo cada vez que aparezca.

»Y, en esta cuestión, contamos con la riqueza de diferentes comunidades y nuestra decencia básica para decir: quién mejor que los Estados Unidos para estar a la vanguardia.

Hubo un extenso momento de silencio cuando Quinn se apartó. Luego, desde un lado y desde otro se entonó una sola palabra que fue creciendo hasta que la antigua ciudad se estremeció.

—¡QUINN! —gritaban. ¡QUINN! ¡QUINN! ¡QUINN!

Ah, fue bueno que Rita se acordara de meter dos pares de botas en la limosina presidencial porque la calle estaba cubierta de nieve. Se dirigieron a pie a la Casa Blanca al tiempo que la gente estiraba las manos suplicando que la tocara, entonando el cántico.

Quinn vio a un sobrecogido chico de unos doce años cuya ropa le indicaba que era pobre. Quinn se detuvo un momento, se quitó su nuevo Stetson y se lo puso al muchacho.

Unos momentos después ocuparon sus lugares en la tribuna y por la avenida Pensilvania llegó la banda del Cuerpo de Marines. Se detuvo frente al artillero Quinn y, al compás de la trompeta y el tambor, tocó *Salve al jefe*.

Y luego aparecieron todos los Estados Unidos.

Bailarines chinos, disfrazados de dragones.

Y un hombre en zancos, vestido como el Tío Sam.

Y plataformas con trabajadores de las minas de carbón y mulas de Virginia y un barco pesquero de Maine.

Y por la calle avanzaba marchando la banda de la Mount St. Joseph High School de Bloemer, Nuevo México, que viajó a la capital con dinero ganado levantando cosechas.

Y la réplica de la Estatua de la Libertad.

Y la banda del Ejército de los Estados Unidos.

Y las carretas de los pioneros.

Y un desfile aéreo que casi superaba la barrera del sonido.

Y milicianos de la Guerra de la Independencia.

Y la partida más feroz del oeste al mando de un alguacil.

Y la banda de la Armada de los Estados Unidos.

Y montañas y llanuras y ríos y arroyos y bosques y barcos con paletas y *aligatores* y carrozas henchidas con la abundancia de la nación.

La última división de personas avanzó marchando encabezada por la banda de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos en el momento en que el sol comenzaba a perder su fuerza.

Faltaba otra hora antes de que unos treinta bailes inaugurales requirieran su presencia. Ya la noche estaba iluminada por diez mil fuegos artificiales.

Quinn se dio cuenta de que todo le parecía increíble en ese momento, pero ver a Rita vistiéndose le produjo la sonrisa más grande del día. *Será mejor que te pongas en movimiento*, se dijo al darse una palmada en los bolsillos de los pantalones y la chaqueta antes de vaciarlos. Extrajo la nota que Rita había escrito la noche anterior.

Para mi amado
Hemos llegado a esto tú junto a mí.
Éste es mi discurso no escrito para ti,
inaugural, un primer poema
que encontraste en tu bolsillo.
Esta noche soy mi propia multitud de seguidores,
que confía tanto en la curva familiar de tu oreja,
que te escucha escuchar,
hace un relato justo de lo que oyes,
rodea cada una de tus células
como si cada una fuera su propia convicción verdadera,
y no temo cuántas otras personas lejanas a ti
te puedan mantener de esta manera.
Por el deseo de conocerte como te conozco,
igual que después de ver una pintura de una
tierra radiante y lejana.
Llegas allí y la encuentras igual que siempre.



LEON URIS, (Baltimore, 1924 - Nueva York, 2003). Novelista estadounidense, creador de una literatura convencional y ligera, muy seguido por el gran público. Hijo de inmigrantes polacos judíos, estudió en su ciudad natal y en Virginia, pero no obtuvo ningún título superior.

Participó como marine en la Segunda Guerra Mundial. Finalizada la contienda trabajó como chofer pero, a partir de 1950 ya se dedicó por completo a la literatura. Su primera novela publicada, *Battle Cry* (1953), fue muy bien recibida y se utilizó para una película para la que él escribió el guión.

Sus siguientes novelas que, por lo general tenían como tema la guerra, también fueron exitosas. Pero fue con *Éxodo* (1958), novela escrita por encargo y también llevada al cine al cine en 1960 protagonizada por Paul Newman, con la que alcanzó renombre internacional.

Después de la exhibición del film llegaron a venderse veinte millones de ejemplares del libro que, sin duda, contribuyó a la causa sionista, ya que es la historia de los judíos que emigran de todas partes del mundo para ir a fundar el estado de Israel. Otros títulos destacados de su novelística son *Mila 18* (1961), *Armageddon* (1963), *Topaz* (1967) en la que se basó Alfred Hitchcock para realizar la película homónima, *QB VII* (1970) y *Redención* (1995).